



DESAFIAR A UN REY

*Cómo la hija de William Marshal
se enfrentó a Juan Sin Tierra*

Premio de la Romantic Novelists' Association
a la Mejor Novela Histórica de 2011

se

NOVELA HISTÓRICA

ELIZABETH
CHADWICK

Lectulandia

William Marshal, un joven caballero sin dinero y de exiguo porvenir, emerge de repente de la oscuridad cuando salva la vida de Leonor de Aquitania, la esposa de Enrique II. Como muestra de su agradecimiento, la reina lo nombra tutor del heredero al trono. Sin embargo, convertirse en favorito real acarrea, además de fama y recompensas, conflictos y envidias. En una cautivadora mezcla de hechos reales y ficción, Elizabeth Chadwick resucita a uno de los grandes héroes olvidados de la Edad Media. Y, a través de él, refleja los triunfos, escándalos y luchas de poder que apenas han cambiado en el transcurso de ochocientos años.

Lectulandia

Elizabeth Chadwick

Desafiar a un rey

Cómo la hija de William Marshal se enfrentó a Juan sin Tierra

ePub r1.0

Titivillus 11.04.18

Título original: *To Defy a King*
Elizabeth Chadwick, 2013
Traducción: Isabel Murillo Fort
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

1

Mansión de los Marshal en Caversham Berkshire, enero de 1204

—¡No es justo! —Mahelt Marshal, de diez años de edad, frunció el entrecejo y miró a sus hermanos mayores, que estaban inmersos en un juego de chicos en el que simulaban el asalto a un castillo enemigo—. ¿Por qué no puedo ser yo un caballero?

—Las niñas no se dedican a asaltar castillos —respondió Will con la superioridad que le otorgaba ser varón, tener casi catorce años y ser el heredero del condado de Pembroke.

Hizo el ademán de agarrar las riendas del caballo de su hermano, y Will tiró de ellas para impedirsele.

—Las niñas se quedan en casa, a bordar y criar hijos. Solo los hombres van a la guerra.

—Las mujeres tienen que defender el castillo en ausencia de los hombres —observó Mahelt—. Es lo que hace mamá... y tú tienes que obedecerla. —Agitó la cabeza y miró a Richard, de doce años de edad, a quien de vez en cuando lograba convencer de que se pusiera de su parte; pero, pese a la amplia sonrisa que iluminaba su pecoso rostro, en aquella ocasión no saltó en su defensa.

—Y ella tiene que acatar las órdenes de nuestro señor padre cuando este regrese —replicó Will—. ¿Verdad que papá no la envía a guerrear por ahí espada en mano cuando él está en casa?

—Pero puedo hacerlo de mentirijillas; al fin y al cabo, todo es una farsa. —Mahelt estaba decidida a no darse por vencida—. Tampoco tú eres un hombre.

La sonrisa de Richard se ensanchó más si cabe al ver que Will se ruborizaba.

—Déjala que defienda el castillo —dijo—. Tal vez no tenga más remedio que hacerlo algún día cuando se case.

Will puso los ojos en blanco, pero claudicó.

—De acuerdo, pero no será ningún caballero, ni tampoco montará a *Equus*.

—Claro que no.

—Que sea ella los franceses. Nosotros somos los ingleses.

—¡Eso no es justo! —volvió a protestar Mahelt.

—Pues entonces no juegues —dijo con indiferencia Will.

Mahelt fulminó a sus hermanos con la mirada. Le apetecía probar la nueva montura de Will porque era un caballo de verdad, grande y reluciente, no un poni. Deseaba saltar los setos con él, como hacía Will, y ver la velocidad que lograba alcanzar al galope. Deseaba sentir el viento alborotándole el cabello. Will le había puesto *Equus*, que decía que era el nombre que utilizaban los escribas para escribir «caballo de batalla» en latín. El dócil caballo tordo de Richard no suponía ni mucho menos un desafío del mismo calibre y hacía ya tiempo que ella misma había superado en altura a su regordete alazán, recluido en los establos por culpa de un esguince en una pata. No le cabía la menor duda de que era capaz de montar tan bien como sus hermanos.

Con un sentido suspiro, echó a andar con desgana y escasa elegancia dispuesta a defender el «castillo», que a efectos del juego era la cabaña del criador de perros. Guardaban allí los collares y las correas de los sabuesos, mantas viejas, cuernos de caza, herramientas diversas, cestas y recipientes de todo tipo. Una estantería, que le quedaba a Mahelt a la altura de los ojos, almacenaba un montón de botes de barro de forma achaparrada que contenían unguento para tratar las heridas de los perros. Mahelt cogió uno, retiró la tapa de paja trenzada y se apartó con asco del fétido olor a grasa de ganso rancia.

—¿Lista? —oyó gritar a Richard.

Mahelt cogió el bote bajo el brazo, salió del cobertizo y, levantando la mandíbula con resolución, se enfrentó a los jóvenes que empezaban ya a espolear sus monturas. Los chicos portaban lanzas de fabricación casera hechas con ramas de madera de fresno y levantaban en ristre sus escudos de entrenamiento. Los hermanos profirieron gritos simultáneos y se lanzaron a la carga. Consciente de que lo que esperaban de ella era que se acobardara y corriera a encerrarse en el cobertizo, Mahelt se mantuvo firme. Arrancó un puñado de hierba, húmedo y resbaladizo entre sus dedos, y lo lanzó contra los caballos que venían hacia ella. Will se agazapó detrás de su escudo, que recibió el primer impacto, pero la siguiente ración lanzada por Mahelt rebotó en el perfil de cuero de la defensa y le salpicó la capa y la parte lateral del cuello. Otro puñado fue a impactar contra el lomo del caballo tordo de Richard, cuyos esfuerzos por controlar su lustrosa montura lo dejaron al descubierto y el cuarto disparo aterrizó directamente en su cara.

—¡Ja! ¡Los dos estáis muertos! —Empezó a dar saltos de alegría—. ¡He ganado, he ganado! —El pecho le ardía por la sensación de triunfo. Los había dejado en evidencia.

Will desmontó de su caballo a la velocidad del rayo. Mahelt chilló e intentó

alcanzar el cobertizo, pero su hermano era demasiado rápido y la agarró por el brazo. Se revolvió entonces ella y le aplastó contra el pecho la mano cubierta de ungüento, manchándole la capa con grasa rancia.

—¡Pegar a una dama es deshonoroso! —gritó Mahelt al ver que su hermano levantaba un puño amenazador.

Will bajó la vista hacia sus nudillos, la soltó del brazo y le dio, en su lugar, un asqueado empujón.

—¡Mira lo que le has hecho a mi capa! Siento ya lástima del que te convierta en su esposa. Eres un marimacho.

Mahelt levantó la barbilla, decidida a no mostrar indicio alguno de remordimiento ni parecer intimidada.

—Pero sigo siendo la vencedora —dijo—. Os he ganado a los dos.

—Déjala correr, Will —gruñó Richard, exasperado, pasándose la mano por la cara para secarse—. Vámonos. Hay lugares mejores donde entrenar. En una batalla de verdad nos lanzarían más cosas que simples puñados de grasa añeja.

Con una última mirada furiosa, Will dio media vuelta y montó de nuevo a lomos de *Equus*.

—Me parece, de todos modos, que has perdido —dijo al coger las riendas.

Con la visión empañada por las lágrimas, vio marchar a sus hermanos. Y cuando levantó la mano para secarse los ojos, el hedor del ungüento que impregnaba sus dedos se le hizo de repente insoportable. Tenía frío, estaba hambrienta y se sentía vacía. Su victoria era hueca y tendría problemas por haber desperdiciado el ungüento del cuidador de los perros y haber manchado la ropa de sus hermanos. Devolvió el recipiente a su estantería y cerró la puerta del cobertizo. Al volverse, dio un respingo al ver que Godfrey, el chambelán de su padre, estaba a su lado.

—Vuestros padres os buscan, joven señora —dijo, arrugando la nariz—. Por los ojos de Dios, ¿qué habéis estado haciendo?

—Nada. —Le lanzó una mirada imperiosa para camuflar su sentimiento de culpa—. Defender el castillo.

Godfrey no dijo nada, pero su mirada era elocuente.

—¿Qué quieren? —Enfrentarse a su padre y su madre a la vez estaba reservado para fechorías graves. Su madre tenía ojos en la nuca, pero era imposible que se hubiera enterado ya de que había lanzado grasa a sus hermanos y a Mahelt no se le ocurría nada que hubiera hecho recientemente que pudiera ser merecedor de una orden de aquella índole.

—No lo sé, joven señora. Su señora madre me ha dicho simplemente que viniera a buscaros.

Decididamente en guardia, Mahelt lo siguió hacia el solar, deteniéndose en el abrevadero para lavarse las manos con abundante agua y secárselas luego en una de las redes de heno que colgaban de la pared de los establos.

Su madre y su padre estaban en su cámara privada, sentados frente a la chimenea,

y Mahelt vio que se cruzaban una mirada al hacer ella su entrada. Percibió enseguida algo en el ambiente, pero no era enfado. Gilberto y Walter, sus dos hermanos menores, estaban jugando a los dados en el suelo y una niñera se ocupaba de sus hermanas pequeñas, Belle, de cuatro años, y Sybire, de dos.

Su madre le señaló el banco y Mahelt tomó asiento en el espacio que sus padres acababan de abrir entre ellos. El fuego la abrazó con calidez. Las cortinas cubrían las contraventanas y el suave resplandor de las numerosas velas de cera de abeja otorgaban a la estancia un aire confortable y acogedor. Su madre olía maravillosamente a rosas y el brazo que rodeó a Mahelt resultaba tierno y maternal. Mahelt decidió que sus hermanos y su juego tonto podían quedarse donde estaban. La atención de sus padres era mucho mejor, sobre todo si no andaba ella metida en problemas. Le pareció extraño, sin embargo, que su padre estuviera sujetando entre sus grandes manos su blandita muñeca de trapo y la observara pensativo. Cuando se dio cuenta de que ella lo miraba, dejó la muñeca a un lado y le sonrió, aunque su mirada era seria.

—¿Recuerdas hace unas semanas, cuando estuvimos con la corte en Canterbury por Navidad? —preguntó.

Mahelt asintió.

—Sí, papá. —Había sido encantador... el banquete, el baile, la celebración. Se había sentido como una chica mayor porque había obtenido permiso para relacionarse con los adultos. Se había mostrado cauta con el rey Juan, pues sabía que no era hombre del agrado de su madre, pero no por eso había dejado de apreciar la magnificencia de las joyas que llevaba al cuello. Zafiros y rubíes de Sarandib, le había comentado su prima Ela.

—¿Recuerdas a Hugh Bigod?

—Sí, papá. —El calor del fuego ardió de repente en su cara. Cogió la muñeca y se puso a jugar con ella. Hugh era mayor, pero había formado pareja con ella en una danza circular, asiéndola de la mano y guiándola para seguir los pasos. Luego había organizado partidas de la gallinita ciega y de correr el anillo para los más pequeños, sumándose a ellos con gran entusiasmo. Poseía una hermosa voz cantarina y una sonrisa que le producía mariposas en el estómago, aunque no entendía por qué. Algún día sería el conde de Norfolk, igual que Will sería algún día el conde de Pembroke.

—Los padres de Hugh están buscándole una esposa idónea —dijo su padre—. Tu madre y yo creemos que sería bueno que los Marshal y los Bigod se uniesen a través de una alianza matrimonial.

Mahelt pestañeó. Sentía el suave tacto del vestido de la muñeca bajo sus dedos, el calor del fuego, el brazo de su madre rodeándola. Miró a su padre. Si la ley lo permitía, si Dios en el cielo lo hacía posible, se casaría con él. Sabía que se esperaba de ella que realizase un gran enlace que beneficiara a la familia. Era su deber y se sentía orgullosa de ello, pero no se había imaginado que el momento fuera a llegar así, un día normal y corriente justo después de haber estado jugando a la guerra con

sus hermanos. Sintió de repente un vacío en el estómago.

—De momento será solo un compromiso matrimonial —intervino su madre para tranquilizarla—. No cambiará nada hasta que seas más mayor, pero tu padre debe hacer la oferta ahora.

El alivio que sintió Mahelt al comprender que no iba a casarse al instante quedó sustituido de inmediato por la curiosidad.

—¿Por qué tienes que hacer la oferta ahora, papá?

Su padre la miró muy serio y le habló como un adulto hablaría a otro.

—Porque quiero asegurar una alianza con el conde de Norfolk, Matty. Es poderoso y honorable, y sus dominios son prósperos. Conoce mejor que nadie las leyes de la tierra y su hijo es un joven excelente. Estarás a salvo y bien cuidada, y eso me importa. Si no hacemos la oferta ahora, es posible que el conde no quiera esperar. Podría decidir unir a Hugh a cualquier otra familia y sacar un buen provecho de ello. Es la mejor elección para ti.

Mahelt apretó su muñeca con más fuerza, porque estaba pensando, no porque se sintiera molesta. Will estaba prometido a Alais de Béthune, que tenía cinco años de edad. La prima de Mahelt, Ela, condesa de Salisbury, se había casado con William Longespée con solo diez años. Mahelt tenía casi once...

—Hugh Bigod me gusta —afirmó, balanceando las piernas. Le gustaba también la condesa Ida, que por Navidad le había regalado un broche esmaltado con flores azules y rojas. El padre de Hugh, el conde Roger de Norfolk, lucía siempre unos sombreros magníficos.

—Me alegro entonces —dijo su padre—, y me siento muy orgulloso de ti. Haré la oferta y ya veremos qué pasa.

Su aprobación le produjo a Mahelt un cálido hormigueo. La abrazó y ella soltó la muñeca para corresponderle con todas sus fuerzas. Él hizo ver que se asfixiaba por la potencia del abrazo, pero emitió enseguida un sonido gutural y se apartó con una mueca.

—¿Qué has estado haciendo, niña? ¿Qué es este olor?

Mahelt trató de mantenerse imperturbable.

—No es más que el ungüento que utiliza Tom, el cuidador de los perros, cuando los sabuesos sufren alguna herida.

Su padre enarcó las cejas.

—¿Y por qué hueles tú a eso?

Mahelt se retorció con incomodidad.

—Will me dijo que tenía que defender el castillo del ataque y que no me dejaba ser un caballero y montar a *Equus*. —Sus ojos brillaban—. Y dijo además que yo tenía que ser los franceses, y después se ha enfadado y se ha ido porque no ha ganado. —Ocultó un leve estremecimiento al recordar que su hermano había dicho que la perdedora era ella. Y eso no era verdad.

—¿Y el ungüento?

Mahelt apretó la mandíbula.

—No había otra cosa que arrojar. Y no estaba dispuesta a rendirme, ya que me habrían hecho prisionera y habrían pedido un rescate por mí.

Su padre apartó la vista y se pasó la mano por la cara. Cuando volvió a girarse, su expresión era muy seria.

—Sabes que a Tom no le quedará otro remedio que preparar más unguento, y que para ello tendrá que esperar a que volvamos a hacer la matanza del cerdo para obtener la grasa. Y que, además, tendrá que ir a recoger las hierbas.

Mahelt retorció la punta de su trenza.

—Lo siento, papá; le ayudaré. —Sería divertido, pensó, eso de mezclar y remover. Mucho mejor que coser en el cenador.

Su padre la miró con ironía.

—Seguramente es una suerte que entre tu compromiso y tu boda tenga que pasar un tiempo.

—Nunca le arrojaría cosas a mi marido —aseguró ella, tranquilizándolo.

—Me alivia oír eso —replicó él, su voz algo tensa—. Y ahora ve a lavarte bien las manos y tostaremos un poco de pan al fuego.

Mahelt saltó de la bancada y corrió a hacer lo que acababan de ordenarle, aliviada por haber escapado de aquella sin más castigo. Además, estaba hambrienta.



—Es tan joven aún —le murmuró más tarde William Marshal a su esposa contemplando a su adormilada hija dirigirse a la cama. Iluminada por la cálida laguna de la luz de la vela, su abundante melena castaña brillaba con destellos rojizos y caminaba con su muñeca de trapo pegada al corazón.

Isabelle tiró de él hacia la alcoba antes de que la luz acabara interrumpiendo el sopor en el que estaba sumida Mahelt.

—Tenías que tomar una decisión, y ha sido la correcta.

William se sentó en la cama y se frotó la cara.

—Roger Bigod es un amigo, pero siempre pondrá sus intereses por delante... como haría yo de estar en su lugar.

—Por supuesto que lo hará —concedió Isabelle, colocando la vela en una hornacina—, pero sospecho que esta oferta le alegrará el corazón y no habrá segunda alternativa.

—¡Eso cabría esperar! —exclamó William, levantando la cabeza—. Mahelt es un premio digno de lo mejor de estas tierras.

Isabelle posó la mano en su nuca para calmarlo.

—Claro que lo es, y no podrías haber buscado a nadie mejor para ella que Hugh Bigod. —Se agachó para besarlo, identificándose con la melancólica sensación de pérdida de su marido. Las otras niñas eran aún muy pequeñas. Mahelt tenía siete años cuando llegó al mundo su primera hermana y, en consecuencia, había sido durante mucho tiempo la única hija de William. Se parecía mucho a él. Compartía con su padre su prodigiosa energía y su tremendo sentido del honor y el deber, aunque, todo había que decirlo, no su paciencia ni su tacto. Mahelt conocía bien el lugar que ocupaba en el mundo. Que, como la querida hija mayor del conde de Pembroke merecía, era elevado. Por mucho que Isabelle amara a su hija, sabía que Hugh Bigod tendría trabajo con ella.

—Norfolk y Yorkshire están muy lejos del peligro —dijo William, aunque su mirada mostraba preocupación.

Isabelle se mordió el labio. Mantenían una incómoda relación con el rey Juan. William no era del agrado del rey ni gozaba de su confianza. Los sentimientos eran mutuos, pero un juramento de fidelidad era vinculante, y Juan les había concedido el condado de Pembroke a cambio de ese juramento. El punto fuerte de William había sido siempre su absoluta lealtad, pero se encontraba ahora sirviendo a un hombre que no confiaba en el honor de los hombres y que, personalmente, hacía escasa gala de esa virtud. Normandía era un hervidero de agitación y malestar bajo una superficie a simple vista tranquila. Anglia Oriental, sin embargo, era un refugio alejado de los problemas y su conde era un hombre cauto que controlaba con firmeza sus tierras.

William movió la cabeza de un lado a otro.

—Hace diez años, la llevé a cristianar con las marcas de nacimiento presentes aún en su cuerpo. Parece que fue ayer, y aquí estoy ahora, disponiendo su matrimonio. El tiempo es como montar a todo galope un caballo que no responde a tus riendas.

—Tal vez el caballo no responda a tus riendas, pero planificando con antelación, hay menos probabilidades de caerte de la silla.

William, que se había despojado ya de la túnica, refunfuñó, se tendió en la cama y dispuso las manos bajo su cabeza a modo de almohada.

—Me alegro de que hayas dicho «menos probabilidades», mi amor. —Observó a su esposa quitarse el velo y deshacerse el recogido del pelo hasta dejar caer sus gruesas trenzas doradas—. Dios sabe bien que el camino tiene de por sí obstáculos suficientes como para derribar al jinete más astuto. Mañana ordenaré a los escribas que redacten la misiva para Bigod y luego ya veremos.

2

Settrington, Yorkshire, febrero de 1204

Hugh Bigod desmontó para examinar la loba que acababa de matar y secar su espada en la tostada hierba invernal. El viento erizaba el pelaje gris plateado. Un gruñido sangriento había dejado a la vista sus colmillos e, incluso con el brillo de la muerte, sus ojos ambarinos resultaban funestos. Habría tenido crías este año, pero su vientre hinchado no era consecuencia de la fecundidad, sino del atracón que se había dado a costa de la oveja preñada que su pareja y ella habían aniquilado el día anterior. Los lobos eran un problema constante para el pastoreo: grises como el crepúsculo, merodeaban sigilosamente cerca de los rediles a la espera de que llegara su momento. Pastores y perros los vigilaban de cerca, pero no podían estar en todos los sitios a la vez y se producían bajas aun cuando acercaban los rebaños a las casas.

Gránulos de lluvia gélida caían oblicuamente y volvió la cabeza para protegerse del viento. A pesar de las manoplas que cubrían sus dedos, tenía las manos entumecidas. Era la época del año del frío y el hambre, los resquicios del invierno, presente aunque los amaneceres llegaran más temprano y, por las noches, la luz tardara más en abandonar el cielo.

—Ahora podré tener una alfombra de piel de lobo para los pies de la cama —dijo su hermano Ralph, de trece años de edad, su mirada marrón verdosa resplandeciente.

Hugh sonrió.

—Con una piel de oveja al otro lado, para equilibrar la situación, y para recordarte, para empezar, por qué cazamos lobos.

—No sé por qué quieres un pellejo de lobo a tu lado. ¡Apesta! —intervino William. Con casi quince años, era el más próximo en edad a Hugh.

—No si se curte y ventila como es debido —argumentó Ralph.

William hizo un gesto negativo con la cabeza.

—El único lugar bueno para un lobo es el pudridero.

Hugh, acostumbrado a sus contiendas verbales, no les hizo ni caso. Aquello no significaba nada. Se peleaban alegremente entre ellos —llegando incluso a veces a las manos—, pero el rencor duraba poco y siempre se mantenían unidos frente a cualquier enemigo común.

Hugh montó de nuevo a lomos de *Flecha*. La yegua se llamaba así por su habilidad para emprender el galope a partir de una salida en parado. Era capaz de superar en velocidad a cualquier lobo y era su orgullo y su alegría. Cogió las riendas, y estudió con atención los nubarrones de aguanieve procedentes de la costa este mientras esperaba a que Ralph cargara los ensangrentados cadáveres sobre la silla del poni. El viento tenía la malicia de la dentellada de una bestia salvaje. Era un día en el que cualquier hombre cuerdo se habría quedado en casa junto al fuego, aventurándose solo a salir para vaciar su vientre... o dar buena cuenta de los lobos.

Llevaba cinco años siendo el señor de Settrington, desde que su padre le concediera diez feudos propios después de la coronación del rey Juan. Tenía once años por aquel entonces, edad suficiente para asumir esa responsabilidad bajo supervisión, y aquellos dominios en Yorkshire le habían servido para curtirse y prepararse para el día en que heredara enormes extensiones de tierra fértil y pueblos costeros en Anglia Oriental, incluyendo el castillo de Framlingham, con sus trece altas torres. Su padre estaba aún fuerte y sano, pero llegaría el día en que Hugh se convertiría en el conde de Norfolk y sus feudos ascenderían a más de ciento sesenta.

Se detuvo al llegar a la cabaña de los pastores para darles la buena noticia sobre los lobos y siguió luego hacia la mansión. La tarde empezaba a perder claridad y los caballos avanzaban removiendo el fango helado del camino, el aire glacial formando nubes de vapor al emerger por las ventanas de sus narices y alzarse sobre su pelaje. La luz de las linternas se filtraba entre las rendijas de las contraventanas de la mansión y los mozos de cuadras aguardaban la llegada de la partida de caza para encargarse de sus monturas.

—Señor, vuestro señor padre está aquí —le dijo el mozo de cuadras principal a Hugh en cuanto este desmontó.

Hugh se había fijado ya en los caballos de más que llenaban los establos y en el aumento del número de criados. Esperaba la visita de su padre porque el rey Juan y la corte estaban en York, y Settrington se encontraba únicamente a veinte millas de distancia. Asintió, se despojó de las manoplas y, soplando en el interior de sus manos, entró en la mansión. Su chambelán lo esperaba con una copa de vino caliente especiado, que Hugh aceptó agradecido. Su padre estaba sentado frente a la chimenea, las piernas cruzadas a la altura de los tobillos, bebiendo también vino, pero se levantó en cuanto le vio llegar.

—Señor. —Hugh hizo una genuflexión e inclinó la cabeza.

—Hijo —replicó Roger Bigod, su voz henchida de orgullo. Le ordenó que se incorporara y le besó ambas mejillas. Cuando se fundieron en un abrazo, Hugh

percibió la solidez del cuerpo de su padre bajo la capa forrada con pieles. Era duro y robusto como un árbol desmochado.

William y Ralph fueron obsequiados con un recibimiento similar y la conversación giró durante un rato sobre aquel tiempo de perros y la cacería de los lobos. Llegó más vino caliente acompañado por bandejas de pastelitos recién fritos. Era Cuaresma, por lo que no podían estar rellenos de queso ni espolvoreados con azúcar y especias, pero los hombres, que tanto tiempo habían pasado a la intemperie, agradecieron de todos modos aquel calor capaz de escaldar la lengua a cualquiera, así como la sensación de la manteca crujiente. Hugh notó que sus manos y sus pies empezaban a volver a la vida. Los sabañones eran otra buena razón para no alejarse de las cercanías de la chimenea un gélido día de febrero. Apartó de su lado el hocico de un pedigüño perro hambriento.

—¿Qué tal está mi señora madre?

Su padre se secó la boca con una servilleta.

—Bastante bien, pero deseando la llegada de la primavera, como todo el mundo... y deseosa también de tener noticias de ti, por supuesto.

—En cuanto mejore el tiempo, cogeré el caballo e iré a verla a Framlingham.

—Tal vez tenga que ser antes.

—¿Sí? —Hugh arqueó una ceja en un gesto de interrogación.

El conde lanzó una mirada a sus otros hijos.

—Después de cenar hablaremos. Quiero hacerlo a solas contigo y sin interrupciones.

Nada conseguiría sacarle y a Hugh no le quedó otro remedio que controlar su curiosidad.



Después de una modesta cena de Cuaresma a base de sopa de pescado y pan, Ralph desapareció para ir a despellejar sus lobos. William, demasiado remilgado como para acompañarlo en esa tarea, se fue a jugar a los dados con los caballeros, pues había recibido órdenes de esfumarse.

Mientras esperaba a que su padre tomara la palabra, Hugh no podía más de tensión. Se estaba tramando algo de suma importancia.

El conde, de espaldas a la chimenea, tosió para aclararse la garganta.

—Me ha contactado William Marshal para ofrecerte en matrimonio a Mahelt, su hija mayor.

La noticia no era una sorpresa, pero, aun así, el estómago le dio un vuelco. Su

padre llevaba ya un tiempo estudiando posibles desposadas. La hija de Marshal era uno de los varios nombres de la lista.

—Le he dicho que consideraría la propuesta y que le daría mi respuesta en cuanto hubiera hablado contigo.

—No tiene ni siquiera once años. —El primer pensamiento de Hugh emergió en forma de palabras, pese a que no tenía del todo la intención de hablar.

—Rápidamente se hará mayor y tú eres todavía joven para el matrimonio. Cuando me casé con tu madre, estaba yo a punto de cumplir los treinta y Marshal doblaba casi tu edad cuando tomó como esposa a Isabelle de Leinster. Lo importante es el honor y el prestigio de un vínculo con los Marshal, y la afinidad que aportará la chica.

Hugh recordaba haber bailado con Mahelt Marshal durante los festejos de Navidad en Canterbury. Era alta para su edad y flaca como un lebrél. Recordaba en particular su cabello, castaño oscuro y brillante, salpicado con mechones bronceados. Le había gustado su animada y ágil compañía, pero era una niña bulliciosa, no una esposa para casarse y compartir cama. De hecho, cuando pensaba en la familia Marshal, lo que le venía a la cabeza eran el conde y la condesa, no Mahelt. En la corte, se había quedado prendado de la condesa Isabelle que, franqueada la treintena, era una mujer fuerte y seductora.

—Te preocupa, lo veo.

Hugh se llevó la mano a la barbilla.

—Tal vez los años que separan una niña de una mujer no sean muchos, pero ¿y si muriese entre tanto? Su dote ya no nos pertenecería y habríamos dejado pasar otras ofertas.

—Es un riesgo que corremos —admitió su padre—, pero Mahelt Marshal no es enfermiza; todos sus hermanos y hermanas están fuertes como caballos de batalla. —La mirada del hombre de más edad se iluminó—. Buena raza para la cría.

Hugh soltó el aire con divertida ironía.

Su padre se puso serio.

—No habrá mejor oferta.

Hugh sabía que el astuto cerebro y la capacidad de razonamiento de su padre eran lo que le había llevado a ser juez y consejero del rey. Debía de haber sopesado ya las ventajas y desventajas del enlace y tendría respuestas para cualquier pregunta que Hugh pudiera plantear.

—Acato tu voluntad, padre —dijo—. Conozco mi deber para con la familia y mis inquietudes no serán jamás objeciones.

El padre esbozó una media sonrisa.

—De todos modos, tus dudas son encomiables. Me satisface haber criado un hijo capaz de pensar por sí solo. Lo único que desea lord Marshal en este momento es un compromiso, y dejar el matrimonio para cuando la chica sea lo bastante mayor como para cumplir con la totalidad de sus deberes como esposa.

—¿Tendrá que vivir con nosotros? —preguntó Hugh en un tono desabrido,

aunque interiormente se sentía incómodo ante la perspectiva de tener una niña-esposa asignada, por mucho que estuviera la mayor parte del tiempo bajo la protección de su madre.

—No hasta el matrimonio, que no se producirá hasta que ella alcance la edad de criar hijos. El conde de Pembroke sugiere que el compromiso tenga lugar en Caversham, pasada la Cuaresma.

—Como desees, padre —dijo Hugh aliviado al saber que no tendría que cargar con una esposa de forma tan inminente.

El padre tendió la copa para que el hijo la rellenara.

—De acuerdo entonces, todo arreglado, aparte de la negociación de los detalles concernientes a la dote y el precio de la desposada. El rey tendrá que conceder su permiso, por supuesto, pero no preveo problema alguno. Gozamos de su favor y valora nuestro apoyo. He tomado la precaución de traer conmigo un bastón de mando adornado con piedras preciosas para ofrecérselo como obsequio, así como un ejemplar de Esopo... teniendo en cuenta lo mucho que le gustan las joyas y la lectura, le pondrá de buen humor.

—¿Hay noticias de Normandía? —La última vez que Hugh había estado en la corte, el rey Felipe de Francia había estado realizando incursiones en la provincia y no solo estaban amenazadas las tierras que los Bigod poseían cerca de Bayeux, sino también los dominios considerablemente mayores pertenecientes a William Marshal.

El padre negó con la cabeza.

—Nada bueno. Mientras el castillo de Gaillard resista, Ruan estará a salvo de los franceses, pero por nuestra parte no hemos ganado nada y en cuanto se inicie de nuevo la temporada de campañas... —Hizo un gesto que describía sin necesidad de palabras la apurada situación en que se encontraba el rey Juan. Los franceses habían invadido el este de Normandía y se había perdido Anjou—. La reina Leonor tiene ya ochenta años y su salud no es buena. Cuando muera, estallará la guerra en Poitou. —Su mirada se tornó lúgubre—. Creía que formaría eternamente parte del paisaje, pero las personas no somos tan perdurables como las piedras.

Hugh no dijo nada, pues eso era lo que pensaba de sus padres —que eran inmutables como una roca—, cuando en realidad eran tan vulnerables como los árboles del bosque.

—El rey levantará un ejército entero para intentar hacer retroceder a Felipe, pero si lo consigue o no... —Roger se quedó con la mirada fija en el fuego, su aspecto de seria sobriedad—. Los pequeños vasallos normandos se pondrán del lado de Felipe para conservar sus tierras. ¿Por qué deberían ser leales a un señor que, por lo que a ellos se refiere, ha huido al otro lado del mar y los ha abandonado para que se apañen como puedan? Juan perderá a todos los hombres pequeños, y son precisamente esos hombres pequeños los que sostienen a los grandes.

Hugh miró con mordacidad a su padre.

—¿Y nuestras propiedades? ¿Qué pasará con la caballeriza?

—De eso iba a hablarte. Creo que ha llegado el momento de traer los caballos a Inglaterra. Aun en el caso de que perdiera a *Corbon* y a *Montfiquet*, no pienso obsequiar al rey de Francia con mis caballos. En cuanto mejore el tiempo, quiero que vayas a buscarlos y los traigas a Anglia Oriental.

—¿Y nuestra gente?

—Nos ocuparemos de eso en cuanto llegue el momento. —El padre se cruzó de brazos bajo la capa de piel—. Tu bisabuelo llegó a Inglaterra y combatió en la batalla de Hastings porque las tierras normandas no servían para darle sustento. Son un aditamento útil, pero no puede decirse de ellas que sean un patrimonio. —Frunció los labios—. Si perdemos Normandía, será duro para Marshal, pues posee allí castillos y tierras de gran valor por los que preocuparse. Se expone a perder la herencia de su segundo hijo. El muchacho va para trece años y el mariscal necesita resistir hasta que pueda despacharlo por derecho propio a Normandía y marcar distancias de este modo. —Suspiró con fuerza—. Todos caminamos en la cuerda floja de un modo u otro, pero mejor caminar por ella con buena compañía. De esa manera hay menos probabilidades de que nos devoren los lobos. —Levantó la copa para brindar—. Por tu compromiso.

—Por mi compromiso —respondió con ironía Hugh.

3

York, febrero de 1204

Juan, rey de Inglaterra, acarició con un elogioso pulgar los paneles de marfil tallado que protegían la cubierta del libro que tenía en la mano.

—Mis magnates se quejan de su pobreza, pero tienen aún los recursos para obsequiarme con objetos como este. —Abrió la página y señaló una mayúscula iluminada—. Lapislázuli prensado y oro. ¿Cuánto le habrá costado al conde de Norfolk?

—Desconozco lo que hay en sus cofres, señor. —William Longespée, conde de Salisbury, agitó los dados con el puño cerrado y los lanzó sobre el tablero de juego.

—¿No lo sabes? —Los ojos de Juan brillaron con ironía—. Pasas bastante tiempo en compañía de Bigod. Pensé que te habrías hecho una idea.

—El conde guarda sus cofres para sí, y un huésped no pregunta cosas de ese tipo.

—Pero tú eres más que un huésped, eres también de la familia —insistió Juan, empleando un tono persuasivo.

Longespée maldijo en silencio cuando los dados cayeron sobre la mesa de caballete revelando un dos y un uno. Tal vez la suerte de Juan fuera insegura en otras áreas, pero llevaba la noche entera ganando a los dados. Las palabras que acababa de pronunciar de un modo tan agradable tenían la intención de picarle. Su hermanastro real conocía muy bien la mezcla de emociones que Longespée albergaba hacia sus parientes, los Bigod, y explotaba ese hecho sin remordimiento alguno.

Juan rio desagradablemente.

—Sabes que pronto va a haber como mínimo otro marco de plata —dijo, señalando el juego con la mano que tenía libre—. La pena es que siempre tengo que prestarte más para volver a ganártelo. ¿Te saca de apuros el conde de Norfolk cuando vas a visitar a tu madre?

Longespée se ruborizó.

—No jugamos.

—No, me imagino que no. Roger Bigod no correría ese riesgo. —Juan pasó con delicadeza las páginas del exquisito librito.

Longespée cogió su copa de vino. Compartir aquella intimidad con Juan era un privilegio; sentarse en los aposentos privados del rey en el castillo de York, beber aquel vino gascón de color rubí y perder su plata en juegos de azar. De no ser por la mácula de la bastardía, también él habría sido un príncipe. Su madre tenía tan solo quince años cuando el rey Enrique, el padre de Juan, la convirtió en su amante y la dejó embarazada. Ella se había casado con Roger Bigod, conde de Norfolk, siendo Longespée un bebé, y Longespée se había hecho hombre en la casa real. Su madre le había comentado siempre lo mucho que le había dolido verse obligada a separarse de él, que su padre el rey no le había dejado otra elección. Posteriormente, había dado al esposo que le habían impuesto una camada de hijos legítimos, pero menos augustos, que había criado lejos de los círculos reales de Yorkshire y Anglia Oriental. Longespée desdeñaba a sus compañeros de vientre y al mismo tiempo envidiaba lo que poseían ellos, que él no tenía. Acudía de forma esporádica a visitarlos a la gran fortaleza de Framlingham. La experiencia resultaba siempre una mezcla de alegría y dolor, y cuando se despedía solía sentirse aliviado... aunque reacio también.

—Y bien... —Juan cerró el libro con el cierre de seguridad. Mostraba más respeto por la literatura y la palabra escrita que por la gente—. ¿Qué opinas de este contrato de matrimonio entre la hija mayor de Marshal y tu hermanastro?

—Me parece una política sensata —respondió con cautela Longespée.

Juan recorrió con la lengua el interior de su boca. Un matiz de escarnio tiñó entonces su voz.

—Bigod le tiene siempre el ojo echado al beneficio y a la promoción, dentro de lo que marca la ley, claro está. —Levantó una ceja—. Tu Ela tenía nueve años cuando te casaste con ella, ¿verdad?

Longespée asintió con cautela.

—Más o menos.

—Y tiene ahora unos apetecibles dieciséis. ¿Cuánto esperaste?

El rostro de Longespée se oscureció.

—Lo suficiente.

—Pero no le has hinchado aún el vientre. —Juan le lanzó una sonrisa lobuna—. Las intentonas te mantienen todavía ocupado, ¿no es así? Tendrás muchos consejos que darle a tu hermano cuando le llegue a él el momento.

Longespée no dijo nada, excepto lo que pudieran transmitir su postura y su expresión. Aborrecía que Juan hablara de su vida privada con aquel tono. Y ese era el problema: Juan no lo veía como un asunto personal, pero él sí. Adoraba a Ela y se sentía su protector. Conociendo el estilo predatorio de Juan, apenas la llevaba a la corte. Trataba además de no hablar sobre ella, puesto que había observado lo celoso

que se ponía Juan de cualquier cosa que se interpusiera entre él y aquellos a los que consideraba su territorio individual. Longespée sabía que Juan lo tenía por una de sus posesiones y no estaba excesivamente preocupado, puesto que esa condición le otorgaba prestigio y un lugar en el corazón de la corte. Era el precio a pagar, pero eso era algo que siempre había existido. Se esforzaba por ser una persona honorable en su vida privada y, cuando sucedían cosas que no podía controlar, miraba hacia el otro lado.

Sonriendo, Juan cogió los dados, los agitó en el interior de su puño cerrado y lanzó un seis y un cinco.

—Vamos —dijo—. No me mires con esa cara; ha sido una simple broma. Buena suerte para los Marshal y tus parientes Bigod. Son dignos los unos de los otros. — Consiguió que sonara casi como un insulto, y probablemente lo era.



A la mañana siguiente, la corte se preparó para salir de caza y Longespée se abrió camino entre la melé de perros y caballos reunidos en el patio de los establos para localizar y felicitar a su hermanastro por su próximo enlace matrimonial. Por él habría evitado a Hugh, pero había que mantener las formas.

Longespée divisó en primer lugar la reluciente yegua plateada, sus guarniciones adornadas con el rojo y el oro de los Bigod, y el corazón se le llenó de envidia. Su padraastro poseía las caballerizas más reputadas de Inglaterra y Hugh, como heredero, podía evidentemente elegir lo mejor de lo mejor. Su hermanastro estaba enfrascado en una conversación con su mozo de cuadras y Longespée movió con desdén la cabeza. Si los intermediarios servían de algo era para tratar con los criados. Se enderezó, se colocó debidamente la capa y siguió caminando.

—Hermano —dijo, forzando la palabra antes de que se le quedase atascada en la garganta—. Encantado de verte. Me he enterado de que hay que felicitarte.

Hugh se volvió con una sonrisa, aunque sus ojos azul mar mostraban escaso entusiasmo. Su pelo brillaba como oro apagado bajo la pálida luz del sol invernal.

—Gracias. —Parecía dudoso—. Estoy todavía haciéndome a la idea. ¿Qué tal está Ela?

—Muy bien —replicó con poca naturalidad Longespée, recordando lo que Juan le había dicho sobre los consejos y sintiéndose incómodo—. ¿Vendrá tu prometida a Framlingham?

Hugh hizo un gesto de negación.

—No de inmediato. Aún me quedan unos años de soltería que disfrutar.

—Pues aprovéchalos... aunque también disfrutarás de una esposa, creo. Ela es para mí una delicia constante. —Terminadas las formalidades, Longespée pasó a examinar la yegua de Hugh—. ¿Es rápida? —Le inspeccionó las patas con manos expertas.

Hugh asintió y se relajó un poco.

—Mucho. En una carrera de una milla batiría a cualquier corcel de este establo.

—¿Calculas que podría batir al corcel negro de De Braose? —Longespée movió la cabeza en dirección al séquito del señor de Bramber. Un mozo de cuabras se ocupaba de un potente semental español de cuello arqueado y grupa ancha. El caballo estaba fresco y se movía con sigilo, ansioso por correr.

—Con facilidad —dijo Hugh con cierta fanfarronería.

—¿Con tanta facilidad como para apostar por ella? —Longespée experimentó la conocida oleada de excitación que siempre acompañaba al juego. Se imaginó a lomos de la plateada yegua; su velocidad, su fuerza. Conociendo a Hugh, sabía que no habría puesto aún a prueba ni la mitad de su brío.

Hugh dudó.

—¿O no ha sido más que una fanfarronada sin prueba alguna que la respalde?

Los ojos azules de Hugh echaron chispas.

—No ha sido una fanfarronada.

—¿Competirías con ella?

—Yo...

Longespée se giró al recibir una palmada en el hombro y se encontró con otro de sus hermanastros: Ralph.

—¡Caramba, si tenemos a toda la familia aquí! —Saludó al recién llegado con un abrazo más caluroso que el que había dado a Hugh. Soportaba a Ralph; de hecho, disfrutaba incluso de su compañía. El muchacho era más joven, su admiración era evidente y no era el heredero de un condado que triplicaba en tamaño el de Longespée.

Ralph se echó a reír. Su voz tenía un profundo restallido adolescente.

—No, solo estamos William, Hugh, yo y nuestro padre. El resto se ha quedado en Norfolk. Hemos estado ayudando a Hugh a cazar lobos en Settrington.

—¿Y capturasteis alguno?

—Un macho y una hembra. Habrían iniciado una nueva manada de no habernos hecho con ellos. Tengo las pieles.

Longespée hinchó las aletas de la nariz.

—Apestan.

—Eso dice William.

Longespée se rascó la barbilla.

—Y bien —fue al grano—, ¿crees que la yegua de tu hermano batiría al corcel negro de De Braose?

—¿Quién? ¿Flecha? —El joven se llevó las manos a las caderas—. Por supuesto

que sí. ¡No existe caballo más veloz en toda Inglaterra!

—En ese caso, no tienes nada que perder. —Longespée se volvió hacia Hugh—. ¿Qué me dices? ¿Me la prestas?

—¡Vamos, Hugh, hazlo! —La mirada gris de Ralph brillaba de puro entusiasmo.

—¿Y la cacería? —preguntó Hugh, buscando evasivas.

—Tienes otras monturas, ¿o no? —dijo Longespée, agitando la mano con impaciencia.

Hugh le entregó las riendas con gran reticencia.

—Ve con cuidado con ella.

Longespée le obsequió con una sonrisa condescendiente.

—No te preocupes. Conozco bien a los caballos. Aprendí a montar antes de a caminar. —Dio unos golpecitos al cuello de la yegua, puso el pie en el estribo y montó a horcajadas. La euforia se apoderó de él en cuanto su perspectiva se alteró y pudo mirar a Hugh desde una altura superior... que era lo adecuado y como debería ser, puesto que él era hijo de rey. Envió a su heraldo a lanzar el desafío y apostó cinco marcos en ello.

A De Braose le hizo gracia la apuesta y se mostró ansioso por competir, aunque dado su volumen y su edad madura, decidió poner a la silla a uno de sus escuderos.

—Nunca temas que la suerte se vuelva contra ti, Longespée, te lo digo. —Rio entre dientes y su aliento formó una nube en el aire. Palmeó el sólido cuello del negro corcel, lo que llevó al animal a encogerse y a desplazarse hacia un lado.

Llegó entonces el rey, cubierto con capa y calzado con botas, listo para iniciar la cacería, y observó los preparativos con una combinación de interés y mofa antes de acercarse a Longespée.

—Aventuro que el semental de De Braose saldrá vencedor. —Le entregó su látigo de cuero negro trenzado—. Lo necesitarás, si es que quieres tener alguna posibilidad.

El corazón de Hugh empezó a latir con fuerza.

—Nunca fustigo a mis caballos, señor, y tampoco lo hace mi padre...

—Pues tal vez deberías hacerlo. —Juan lo miró con desdén—. Caballos, perros, mujeres y obispos. A todos les va bien sentir el látigo de vez en cuando para espabilar. —Movié la mano en dirección a Longespée—. Hazla volar, hermano, puesto que milord De Braose no se andará con chiquitas.

Longespée guio a la yegua hacia la verja de entrada al castillo con un giro tenso que tiró con fuerza de su boca. Ralph saltó a su silla y siguió a su hermanastro al trote. Hugh cerró la boca para no pronunciar una nueva advertencia, sabiendo que lo tomarían por una vieja, y chasqueó los dedos en dirección a un mozo de cuerdas ordenándole que ensillara su otra montura. Cuando el enorme caballo negro de De Braose se abrió paso, el sudor marcando el contorno de las riendas sobre su cuello, tuvo que hacerse a un lado. Hugh sentía un vacío en el estómago. Deseó haber dejado a *Flecha* en Settrington, o incluso haberse quedado él allí. Cazar lobos resultaba mucho menos peligroso.

Se había congregado una multitud en un campo situado en las proximidades de Mickelgate Bar y había más hombres apostando sus caballos más veloces contra los principales contendientes. El conde de Derby había montado a su escudero sobre un magro alazán y otro de los hermanastros del rey, Godofredo, arzobispo de York, había enviado su corcel bayo montado por un joven mozo de cuabras.

Hugh se mordió el interior de la mejilla mientras medían la distancia de cuatro *furlongs*^[1] y clavaban una estaca de madera en el suelo para marcar el punto de media vuelta. Pensó en obligar a Longespée a desmontar y cabalgar él a *Flecha*, pero la cuestión se le había ido ya de las manos; lo único que le restaba por hacer era observar y rezar. Le preocupaba el avance ladeado de *Flecha*, las sacudidas de su cola y el baile sobre los cascos que estaba efectuando bajo el mando de Longespée. Le preocupaba asimismo el espíritu competitivo que iluminaba la mirada de su hermanastro, la tensión de su cuerpo.

La llegada de su padre acompañado por varios de sus criados lo distrajo por un momento.

—¿Qué sucede? —Roger ladeó la cabeza en dirección a los hombres allí reunidos y los caballos.

Hugh se lo explicó. La expresión de su padre se mantuvo inalterable, pero Hugh intuyó su insatisfacción.

—Debería haberme negado —dijo.

El conde asintió.

—Deberías, espero que en otra ocasión tengas más juicio. Aprende de esta... tanto de ti mismo como de los demás. William Longespée codicia siempre lo mejor. Posee la valentía de un soldado y el corazón de un jugador, y por eso Ralph lo adora de esa manera.

Jinetes y caballos se reunieron en la salida de la improvisada carrera, ocho en total por el momento, sus monturas encabritadas e impacientes, los jinetes calando las riendas y lanzándose entre ellos miradas intimidatorias. El corcel negro de De Braose mordía y arremetía contra todo lo que se le ponía por delante. Alguien bromeó diciendo que aquel caballo se parecía a la desabrida esposa de De Braose, aunque tal vez estuviera menos montado. Hubo chanzas también para la yegua de Hugh, con comentarios acerca de su virginidad sin cortapisas. Longespée rio a carcajadas. Hugh forzó una sonrisa, aunque jamás en su vida había tenido menos ganas de esbozarla. Sintió náuseas cuando vio que Longespée tiraba de las orejas de *Flecha* y palmeaba su sudoroso cuello con la familiaridad de un propietario.

Habían marcado en la hierba una línea de salida con arena traída de la cámara del rey y los caballos se empujaban y arremolinaban detrás de ella. Llegó entonces un heraldo con un cuerno, se lo llevó a la boca y sopló con entusiasmo. Como lanzados desde una catapulta, monturas y hombres se precipitaron sobre la línea. Volaron terrones de hierba, rociando a los espectadores. Hugh siguió el oleaje de la grupa blanca de *Flecha* y el estandarte de su plateada cola. La yegua quedó brevemente

constreñida por un mar bayo, castaño y negro, pero pronto avanzó hacia delante y se alejó del resto como una nube impulsada por el viento.

—La obliga a ir demasiado rápido. —Hugh se puso de puntillas hasta que los caballos se perdieron de vista—. ¡Debería calmarla; la atraparán! —Al percatarse de la tensión de su propia voz, trató de serenarse, consciente de que todo el mundo lo miraba. Como heredero del condado de Norfolk, tenía el deber de mostrarse fuerte ante los suyos, sobre todo cuando corrían especulaciones como consecuencia de su alianza con los Marshal. Un hombre que mostraba debilidad por un caballo podía ser un hombre débil en otras cuestiones.

La vibración del veloz tamborileo de los cascos atravesaba las suelas de sus botas. Ralph gritaba con una voz que cortaba como un cuchillo.

—¡Están ganando! ¡Están ganando! ¡Vamos, chica, vuela como el viento!

Flecha seguía liderando la carrera cuando los caballos dieron la vuelta para regresar a la línea de salida, pero a cada zancada, el corcel negro de De Braose iba ganando terreno, igual que el bayo del arzobispo. La yegua galopaba con fuerza, pero había perdido la chispa del primer tramo y se la notaba tensa y presionada.

—¡Vamos! —rugió Ralph, levantando el puño—. ¡Vamos!

Flecha tenía las orejas pegadas al cráneo y seguía arremetiendo una zancada tras otra, mientras el negro la encerraba por la derecha y el bayo por la izquierda. Un cuerpo, medio cuerpo, una cabeza. Longespée levantó el brazo y el látigo descendió una vez, y otra, y la yegua a punto estuvo de aplastarse contra el suelo en una explosión final de velocidad que la llevó hasta la línea de arena que marcaba el final una cabeza y media por delante de los otros dos. Sin dejar de galopar, arrastrada aún por la inercia, dio un traspié, cabeceó y cayó, la crin sobre la cola, las patas sacudiéndose. Longespée rodó hacia un lado y se mantuvo acurrucado en el suelo mientras el resto de caballos pasaba corriendo por su lado. Con un aullido de negación, Hugh echó a correr hacia la yegua y cayó de rodillas junto a ella. De su hocico brotaban riachuelos de color escarlata y pese a que aún respiraba, supo que tenía ante sus ojos un caballo muerto.

Longespée se incorporó y cruzó tambaleándose la removida hierba hasta alcanzar la yegua moribunda.

—Por Dios —boqueó, desvaído por completo, y se secó la boca con la mano—. Por Dios bendito.

Hugh no lo oyó. Estaba viendo cómo la luz se desvanecía de los ojos de *Flecha* y sus miembros se estremecían cuando el esfuerzo por levantarse se convirtió en el anuncio de la muerte. La sangre fluía caliente contra sus rodillas dobladas. Inclínandose sobre ella, le sujetó el hocico y acarició la diadema de pelo que coronaba su frente.

Exhaló su último suspiro y los miembros dejaron de contraerse. A Hugh se le heló la sangre. El gentío se agolpó a su alrededor, mirando, gritando, atraído por la tragedia y el espectáculo. Llegó William de Braose, observó por un instante la escena

con el labio torcido y dejó caer una pesada bolsa en la mano de Longespée.

—Considérate afortunado de que la línea no estuviera diez yardas más lejos —refunfuñó—. De nada sirve tener un caballo rápido si va a caer muerto debajo de ti. —Con una única y despreciativa mirada por encima del hombro, echó a andar en dirección a su sudoroso semental.

La rabia atravesó como un rayo aserrado el estado de parálisis de Hugh. Se levantó de un brinco, el ribete de su túnica azul manchado con la sangre de *Flecha*.

—Has utilizado el látigo —acusó a Longespée con la voz obstruida por la ira.

—Solo una vez. —Longespée respiraba con dificultad, una mano presionando las costillas—. Por el amor de Dios, ha muerto porque no estaba sana, no porque yo la haya fustigado. Podría haber sucedido en cualquier momento. Mejor ahora que en medio de una cacería o de una batalla.

Las excusas hicieron añicos la capacidad de control de Hugh, que agarró a Longespée por el cuello.

—¡Has cabalgado hasta matarla! —sollozó, su voz quebrándose—. ¡Tienes las manos manchadas con su sangre! —Pero la sangre era de él, bordeando sus uñas, manchando las arrugas de sus nudillos.

Su padre lo apartó de Longespée y se interpuso entre ellos.

—¡Ya basta! No hagamos con lo que tenga que decirse y hacerse más espectáculo del que ya hay aquí.

Blanco, claramente dolorido, Longespée respondió con un rígido ademán de cabeza. Hugh abrazó su propio cuerpo, reprimiendo con ello su rabia.

—Te recompensaré por la pérdida —se ofreció Longespée—. Te compraré otro corcel... un corcel que esté fuerte como un roble.

Hugh apretó los dientes.

—No quiero nada de ti. No aceptaría plata de tu mano ni aunque estuviera muerto de hambre y en la miseria. Ese caballo valía para mí mucho más que dinero... ¡pero eso jamás lo entenderías!

Longespée no dijo nada, aunque su impresión daba a entender que consideraba a Hugh un imbécil por albergar sentimientos hacia un animal. Expresaba reproche, además, por haber visto su oferta rechazada con tan poca elegancia.

Llegó el rey. Alguien había recogido su látigo allí donde había caído después de que Longespée se alejara del caballo enfermo y Juan lo llevaba ahora en la mano.

—Mal asunto —dijo, moviendo la cabeza en sentido negativo—. Mis condolencias, Bigod. Tu yegua tenía dotes para la velocidad, pero la velocidad no lo es todo. —Miró con mordacidad a Roger y a Hugh—. Tendrás que echar un vistazo a tus pura raza, y vigilar bien cómo apareas la próxima generación.

—Gracias por vuestra preocupación y consejos, señor —replicó Roger empleando un tono neutral—. Os aseguro que los seguiré a pies juntillas. Ningún linaje es inmune al fracaso.

Juan le lanzó una amarga mirada.

—De hecho, no, milord. —Y antes de dar media vuelta para irse, miró a Longespée por encima del hombro—. Tienes permiso para utilizar mi cámara durante mi ausencia en caso de que necesites auxilio para tus heridas.

Longespée negó con la cabeza.

—Gracias, señor, pero me sumaré a la cacería.

—Como desees. Tu devoción es encomiable... aunque temeraria. —Juan dio unos golpecitos con el látigo en el brazo de Longespée y se marchó.

Cuando el rey se hubo ido, Longespée entregó la bolsa con los cinco marcos a Roger, que no la rechazó.

—Siento lo sucedido —dijo, respirando todavía con dificultad—, pero el caballo se habría malogrado tarde o temprano.

—Eso ya lo has dicho, y lo acepto —replicó Roger sin inmutarse. Hugh no tenía coraje para hablar puesto que, a diferencia de su padre, no lo aceptaba.

Longespée se hizo con un arco antes de echar a andar con dificultad hacia su corcel. Ralph, que había estado observando boquiabierto aquel conato de reyerta, acercó apresuradamente el caballo al apeadero. Cuando Longespée consiguió subir a la silla y coger las riendas, estaba blanco y sudoroso, pero convencido.

En cuanto la partida de caza se puso en marcha, los criados de la casa de Bigod fueron a buscar cuerdas para arrastrar a la yegua. Hugh miró con repugnancia la bolsa que tenía su padre en la mano.

—Es dinero manchado de sangre —dijo, su garganta funcionando por fin—. Nos da la plata de la apuesta que le ha costado la vida a mi yegua y cree que con ello ha pagado su deuda, pero te digo una cosa, padre, jamás volveré a prestarle o a darle nada mío, y es un juramento que mantendré hasta la tumba.

4

Caversham, marzo de 1204

Mahelt miró pestañeando a su futuro esposo cuando este deslizó un anillo de oro trenzado en su dedo corazón. Tres meses atrás, le había dado la mano y bailado con ella durante el banquete de Navidad de Canterbury. Ahora el gesto formaba parte de una ceremonia tan vinculante como el matrimonio en sí. Hugh estaba serio, sin rastro de la alegre exuberancia que le había caracterizado aquel día. Esta vez era plenamente consciente de estar en compañía de un hombre adulto con quien no tenía nada en común más allá del rango que ambos compartían y la obligación de cumplir con un deber familiar.

Mahelt presionó los labios en un intento de ignorar el miedo que empezaba a desplegarse en su estómago. Tampoco es que tuviera que irse a vivir con él en aquel momento. Era simplemente la promesa de hacerlo más adelante. Solo tenía que ir dando sus respuestas, como el avance de los pasos de un baile. Se obligó a mirarlo como es debido. Tenía los ojos del color del mar en verano y una breve sonrisa los iluminó cuando sus miradas se cruzaron, recordándole por un instante el buen humor del que había hecho gala en la corte por Navidad. Aliviada, Mahelt sonrió a modo de respuesta antes de bajar de nuevo la vista con recatado decoro.

Abandonando la capilla de Caversham, el grupo se desplazó a la mansión para celebrar un banquete en honor al compromiso. La madre de Hugh envolvió a Mahelt en un abrazo de dulzón aroma y le dio la bienvenida a la familia. El padre de Hugh se explayó mostrando su satisfacción, recordándole a Mahelt el gallito joven que exhibe sus plumas. Como era habitual en él, lucía un sombrero magnífico, rojo en esta ocasión y adornado con un penacho. Hugh parecía más relajado después de las formalidades, pero su comportamiento hacia ella seguía siendo cortesano y educado, sin ganas algunas de jugar como había sucedido en Navidad. Mahelt se cuidó de

mantener la vista baja en todo momento, como correspondía a una futura desposada, a pesar de que por debajo de la mesa no podía parar de balancear las piernas. De haber sido posible, se habría arremangado el vestido y habría echado a correr hasta no poder más para quitarse de encima aquella pesada carga de tensión y energía.

Hugh le presentó los bocados más exquisitos, pero no tenía hambre. Por mucho que la Cuaresma hubiera tocado a su fin y las comidas pudieran incluir de nuevo las mejores delicias, estaba demasiado tensa para disfrutar del succulento pato joven y de la olorosa cebada perfumada con cardamomo que lo acompañaba.

—Cuando estemos casados, visitaremos nuestros dominios a caballo. ¿Os gustaría?

Mahelt asintió.

—Tengo un nuevo palafrén —comentó para seguir la conversación—. Es una yegua y se llama *Ámbar*.

Vio que los párpados de él se tensaban y pensó que tal vez hubiera hecho o dicho algo malo, pero su expresión se suavizó enseguida y le sonrió.

—Sí, un buen ejemplar. Os he visto llegar montándola y he pensado que erais una amazona excelente.

Se sintió orgullosa ante aquel elogio.

—¿Tenéis aún aquella yegua blanca que montabais por Navidad?

El rostro de él se oscureció de nuevo con una mirada sombría.

—No —respondió—, ya no, pero voy a viajar a Normandía muy pronto para traer a Inglaterra nuestros sementales y aprovecharé para elegir un nuevo caballo.

Mahelt balanceó las piernas con más fuerza y empezó a jugar con un trozo de pan. Decidió no preguntar qué había sido de la yegua porque adivinó, por la expresión de Hugh, que no le apetecía hablar del tema.

Hacia el final de la comida, llegó un maestro armero con unas hojas de espada que el padre de Mahelt estaba esperando y los hombres fueron a probarlas, dejando a las mujeres a solas para charlar de sus asuntos.

Ela, la prima segunda de Mahelt, aprovechó la oportunidad para admirar el anillo de prometida.

—Es precioso —dijo, con una sonrisa en sus ojos avellana grisáceos. Ela estaba casada con William Longespée, hermanastro de Hugh, desde los nueve años de edad. Tenía ya dieciséis y se había convertido en una joven discreta y confiada. Su esposo prestaba servicio en la corte del rey, pero Ela había asistido encantada a la celebración del compromiso.

Examinando el anillo, Mahelt intentó imaginarse convertida en esposa, pero era como probarse un vestido nuevo que le iba demasiado grande y que todo el mundo le comentara que acabaría creciendo para llenarlo.

—¿Sabes cuándo será la boda? —le preguntó Ela.

Mahelt negó con la cabeza.

—De aquí a unos años.

—La condesa Ida es encantadora —le garantizó Ela. Lanzó una cariñosa mirada a su suegra—. Me ha enseñado muchas cosas.

—Me gusta —concedió Mahelt, aunque consciente de que nadie podría igualar jamás a su propia madre.

—¿Y Hugh? ¿Te gusta? —Una chispa de picardía iluminó los ojos de Ela—. ¿A que es guapo?

Mahelt movió afirmativamente la cabeza, percibiendo el rubor de sus mejillas.

—Y bondadoso, además —añadió Ela—. En una pareja, la bondad no tiene precio... y el respeto. Mi esposo es bueno conmigo, y le quiero mucho. Lo único que me gustaría es que Hugh y él se tuvieran más cariño. Me sabe muy mal, porque ambos son buenos a su modo, y son hijos del mismo vientre.

—¿Por qué no se tienen cariño? —preguntó Mahelt, su curiosidad estimulada.

Ela arrugó la frente.

—Mi Will se niega a hablar de ello; se enfada conmigo si saco el tema a relucir, y finge que no tiene importancia, pero me parece que tiene que ver con cuestiones de familia y pertenencia.

Fue entonces Mahelt la que arrugó la frente intentando comprender lo que Ela estaba diciéndole. Se imaginó que Longespée debía de sentirse incómodo entre los Bigod por su condición de bastardo, aunque por lo que había visto del carácter de Hugh, no creía que fuera ese el motivo por el que tal vez se mostrara cruel o desagradable con su hermanastro que, como hijo y hermano del rey, tenía que estar compensado de sobra.

—Mi esposo tiene un pie en cada mundo —dijo Ela—. Y le resulta difícil porque el rey espera de él que le cuente cosas sobre la familia Bigod, y la familia Bigod lo considera como la vía de acceso al rey. Encontrar el equilibrio entre ambas cosas no siempre es fácil para su honor y su deber.

Mahelt asintió. Comprendía esa parte porque su padre estaba acostumbrado a recorrer con pies de plomo la fina línea que separaba su deber hacia la familia de su deber hacia el rey. Pero eso seguía sin explicar la animosidad existente entre Hugh y Longespée.

—El papel de la esposa no es otro que el de tejer la paz —añadió Ela—. Hago todo lo que puedo, pero Will es orgulloso y terco, y Hugh se esconde detrás de una sonrisa que no siempre es sincera.

Mientras Mahelt trataba de digerir toda aquella información, llegó un mensajero al galope, desmontó y se acercó directamente a su padre. Fuera lo que fuese lo que dijo mientras estaba arrodillado, hizo que todo el mundo se olvidara de las espadas y se reuniera a su alrededor, las manos en las caderas, las expresiones de preocupación. A Mahelt le dio un vuelco el estómago. El ir y venir de mensajeros era constante en Caversham. De hecho, raro era que su padre no estuviera en su compañía, pero que llegara uno y lo abordase en una reunión de carácter social significaba que la noticia no podía esperar.

Cuando el grupo se dispersó, Mahelt se acercó corriendo a Will y lo agarró por el brazo.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó.

Su hermano se apartó un mechón de pelo oscuro de la frente, en un gesto de agitación.

—Ha caído el castillo de Gaillard —dijo—. Lo que significa que, teniendo en cuenta que Gaillard controlaba el río, Ruan está en estos momentos al alcance de los franceses. El rey perderá Normandía con toda seguridad.

Mahelt pensó en los elevados muros del castillo de Longueville y en el panorama de ondulantes campos rebosantes de maduro trigo de color oro oscuro que se avistaba desde sus almenas.

—¿Significa eso que papá va a perder también sus tierras? —preguntó.

Will se encogió de hombros.

—No si puede evitarlo —contestó—, pero es muy mala noticia.

5

Montfiquet, Normandía, mayo de 1204

Tendido en la cama, Hugh escuchó el cantar de los pájaros al otro lado de la ventana de su alcoba. El sonoro gorjeo de un tordo en el fresco aire del amanecer hinchó su pecho con emociones que amenazaban con superar el cántico del pájaro. Más allá de las contraventanas, la casa se despertaba. Se oían voces, el relinchar de un caballo, el chirrío del cabestrante subiendo el cubo del pozo. En nada de tiempo tendría también que levantarse y sumarse al ajeteo, consciente de que cuando el sol calentara la hierba primaveral, aquel lugar sería un recuerdo que nunca más podría revivir, a menos que se produjera un milagro.

Volvió la cabeza sobre la almohada para mirar a Nicolette. Su cabello era de un tono rojo profundo y oscuro que le recordaba el de las cerezas y su boca era dulce y suave. Nunca se cansaría de besarla. Anoche habían dejado las contraventanas abiertas a un cielo repleto de estrellas y habían hecho el amor sabiendo que en cuanto la mañana llegara, sus vidas no volverían a fundirse nunca más. Comprendía que él no era más que uno de varios clientes selectos, entre ellos un obispo y un acaudalado comerciante de vinos, pero con todo y con eso, el cariño que había entre ellos iba más allá del pago por los exquisitos servicios prestados.

Como si hubiera intuido el escrutinio de su mirada, abrió ella los ojos y bostezó.

—Ya es de día —dijo él—. Tenemos que irnos. —Se inclinó para abrazarla una última vez y ella unió las manos por detrás de su cuello y se aferró a él con fuerza.

En el exterior, los sonidos habían aumentado en variedad y volumen. Los mozos de cuadras estaban fuera ensillando los caballos. Una mujer llamaba a gritos a los pollos. Hugh se apartó a regañadientes y, con la huella húmeda del beso de ella en sus labios, empezó a vestirse. Nicolette se sentó en la cama y lo observó, con la sábana doblada a la altura del pecho, su melena rubí derramándose sobre su espalda.

—Voy a echar de menos tus visitas. —Bostezó de nuevo, como un gato—. Tal vez, cuando todo se solucione entre el rey de Inglaterra y el rey de Francia, vendrás a visitarme a Bayeux.

—Sí, tal vez. —Sabía que no lo haría.

Cuando ambos estuvieron vestidos, le ofreció un saquito bordado y con cintas de seda. El peso de la plata que contenía era generoso y otorgaba al saquito una consistencia agradable. Era su tarifa, aunque otorgada más como un obsequio que a modo de pago.

Le dio ella las gracias con un último y prolongado beso.

—Piensa alguna vez en mí —pidió ella.

—Pensaré en ti más que alguna vez —le juró él—. Lo difícil será no hacerlo.

Le acarició ella la cara y se apartó.

—Durante una temporada, mi querido Hugh, pero el tiempo todo lo borra. Lo que ahora duele solo con el contacto, se convertirá en nostalgia.

Sabía que tenía razón. Aquellos últimos momentos estaban resultando dolorosamente dulces, pero en cuanto el vínculo se cortara, ambos avanzarían hacia el punto siguiente de su vida.

Bajaron juntos al patio. Hugh ahuecó las manos para que Nicolette pusiera el pie y pudiera subir a su monta. Permaneció ella un instante en la silla, las manos de él enlazándole el tobillo. Pero enseguida la soltó para dejarla marchar escoltada por dos de sus hombres.

Volvió ella la cabeza una vez y él memorizó el pálido óvalo de su rostro y la sonrisa dibujada en sus voluptuosos labios. Cuando encaró el camino, él apartó también la vista y, con determinación, se aplicó en la tarea de reunir los caballos de su padre para el viaje hacia la costa. Había examinado la manada y había elegido un nuevo corcel, un semental de cuatro años con el pelaje de la tonalidad del azabache pulido. *Ébano*, llamado así por su color, exhibía su sangre española en su hocico convexo y en la orgullosa curvatura de su cuello, cubierto con una cascada de crin negra. Hugh lo había cabalgado el día anterior por el dominio para despedirse de los escondrijos predilectos de su infancia, consciente de que los franceses no tardarían en llegar e incautar aquellas tierras, criar allí sus propios caballos, aporcar las manzanas y fabricar la sidra. En los terrenos planos que se extendían entre los huertos, se había armado de valor y había puesto a *Ébano* al galope: con fuerza, el cuerpo extendido por completo, el viento en la cara, la capa al vuelo. Había experimentado un sentimiento de liberación y, en aquel momento, había empezado por fin a dejar atrás el incidente de *Flecha* y a despedirla para siempre. Quedaba en el pasado; vivir para ver.

En un momento de la temporada tan temprano como aquel, los márgenes estaban verdes y los caminos firmes pero sin hallarse todavía polvorientos. Hugh y su séquito de sargentos y arrieros condujeron en manada los caballos hacia la costa, a tres millas de distancia. Los hermanos adolescentes de Hugh cabalgaban con él, pues su padre

había considerado que acompañarlo sería una experiencia útil para los chicos; y la verdad era que habían arrimado el hombro y sido de gran ayuda. Con un tacto excepcional, lo habían dejado solo la noche anterior, aunque esta mañana sus codazos y sonrisas podían calificarse de todo menos de discretos.

Ralph llevaba la delantera a medio galope, con su sombrero colocado en un libertino ángulo sobre sus rizos oscuros. Había trenzado una cinta roja en la cola de su montura. Hugh movió la cabeza de un lado a otro, pero no pudo evitar sonreír. Para Ralph, la vida era una gigantesca aventura. William cabalgaba al lado de Hugh con expresión seria y pensativa.

—¿Por qué piensas que nuestro padre ha tomado la decisión de no dejar a ninguno de nosotros en Normandía? —preguntó—. Ralph o yo podríamos haber realizado un juramento ante el rey de Francia y haber conservado las tierras para nuestra familia.

—Ni tú ni Ralph tenéis edad para eso y liderar hombres es complicado... por mucho que Ralph opine lo contrario. —Hugh dirigió un gesto de exasperación a su animado hermano menor—. Tal vez nuestras tierras nos aporten buenos caballos y sidra, pero son una gota en el océano en comparación con los dominios ingleses. Nuestro padre jamás dejaría aislado y en peligro a ninguno de nosotros. Consolidará aquello que podemos conservar sin problemas y cuya defensa no nos cueste más que las ganancias que nos aporta.

—El mariscal no se retira, ¿verdad? Al menos no son las noticias que he oído esta mañana.

Hugh lo miró con mordacidad.

—¿Qué noticias?

—Ha llegado un juglar mientras estábamos desayunando y tú... seguías ocupado. Buscaba empleo, pero al enterarse de que nos vamos, ha decidido continuar hacia el pueblo siguiente.

—¿Y? —El tono de Hugh era todavía áspero.

—¿Sabías que el mariscal ha ido a ver al rey francés para tratar de negociar un acuerdo de paz?

Hugh asintió.

—Eso es del dominio público.

—El juglar me explicó que el mariscal le ha ofrecido quinientos marcos al rey Felipe a cambio de conservar sus tierras normandas un año más, y que Felipe ha aceptado con la condición de que, pasado ese tiempo, el mariscal se las entregue o jure lealtad a Francia... salvo que Juan haya recuperado el territorio, claro está.

Hugh reflexionó sobre la información y observó a Ralph cabalgar a trote vivaz arriba y abajo de la hilera de caballos. Las tierras del mariscal en Normandía eran mucho más extensas que las de ellos. No tenían nada que ver con un puñado de caserones, huertos y caballos. Se trataba de Orbec, Longueville, Bienfait y todo lo demás. La noticia no le sentaría nada bien al rey Juan. Los acuerdos privados entre

sus barones y el rey de Francia llenaban las pesadillas reales.

—Confío en que tu compromiso con la hija del mariscal no nos acarree dificultades —dijo William, empleando un tono lóbrego—. ¿Y si nos vemos metidos en las disputas que puedan surgir de todo esto?

Hugh hizo un gesto de negación.

—Nuestro padre es demasiado hábil para permitir que suceda, y el mariscal no es un tonto en lo que se refiere a mantener intacto el pellejo. ¿Por qué crees que eligió casar a su hija mayor con nuestra familia?

William se encogió de hombros.

—Porque nuestro padre y él son amigos y aliados. Busca uniones con todas las grandes familias terratenientes para reforzar su posición, y dispone de hijos e hijas para conseguirlo.

—Sí —reconoció Hugh—, pero sabe también que nuestro padre pisa siempre suelo firme. Somos lo bastante poderosos como para proteger a su hija, y el territorio de Anglia Oriental es un reino en sí mismo por su tamaño, lejos además del centro de la corte. Vivimos como nos place sin que nadie se entrometa.

—Confiemos.

Hugh reconoció la certeza del comentario de William con un gesto de cabeza. Sospechaba que, tanto para el juez como para el soldado, el camino que tenían por delante estaba repleto de baches y cada cual tendría que esforzarse por encontrar el suyo propio.

6

Caversham, primavera de 1205

Will se cruzó de brazos y observó a su hermana, con una mirada de divertida exasperación reflejada en su rostro.

—¿De verdad que piensas quedarte con esa cosa?

Con las mangas arremangadas, un delantal de lino atado a la cintura, Mahelt estaba enfrascada bañando un desaseado y tiñoso terriermarrón y blanco con la misma ternura y minuciosidad con la que bañaba sus muñecas de madera cuando era pequeña. El perro se estremecía y gimoteaba en el interior de la tina, pero toleraba el trato. De vez en cuando, intentaba lamerle la cara a Mahelt.

—Mamá ha dicho que podía —respondió, sin levantar la vista—. Simplemente está sucio y necesita un baño.

Will resopló.

—¡Aparte de estar sucio, tiene más cosas! Para empezar, le falta una pata delantera, ¿o acaso no te has dado cuenta?

Mahelt lo miró con el ceño fruncido.

—El padre Walter dice que lo más seguro es que cayera en una trampa de cachorrillo y que alguien consiguiera soltarlo y salvarle la vida, como el viejo Adam. —Se refería a un carretero cojo, antiguo sargento de la tropa de su padre, que había sufrido una herida de flecha en la pantorrilla y había sobrevivido a la subsiguiente amputación.

El capellán había encontrado el perro hurgando en uno de los graneros después de que pasara por allí un grupo de músicos, y probablemente era de ellos. Estaba sarnoso e infestado de pulgas, las costillas sobresalían de su piel como las puntas de un rastrillo, pero el vigoroso meneo de su cola y sus ojillos vivos y suplicantes se habían impuesto sobre la primera idea del sacerdote de llamar a un guardia y ordenarle que

acabara con el animal arreándole un golpe con la base de la lanza. Mahelt, que lloraba la reciente muerte de su pajarito, había incautado el perro perdido y le había entregado de inmediato su corazón.

—No podrá ni correr en las cacerías, ni excavar para encontrar zorros —dijo Will.

—No todos los perros cazan. —Lo sacó de la bañera, mojándose por completo la parte delantera del vestido al hacerlo—. Vivirá en el cenador y ladrará a los desconocidos.

El perro se sacudió con fuerza y esparció gotas de agua a diestro y siniestro. Consiguió mantenerse en pie. Mahelt rio de felicidad, mientras Will retrocedía de un salto, maldiciendo.

—Creo que los Bigod se lo pensarán dos veces antes de aceptar esta parte de tu dote —gruñó con desdén.

—A Hugh le gustan los perros. —Miró a su hermano con superioridad—. De todos modos, de momento no me caso. —Apenas había transcurrido un año desde la celebración de su compromiso y la vida había recuperado su ritmo habitual. La mayor parte del tiempo, olvidaba por completo que estaba prometida. Estaba preparando el ajuar para su arcón de novia, almohadas bordadas, sábanas y cubrecamas, exquisitos manteles y cosas por el estilo, y aunque era un recordatorio frecuente de su futuro, formaba también parte de la escena diaria. Guardaba el anillo en su cofre y solo se lo ponía en ocasiones especiales. Hablar de su matrimonio era como hacerlo sobre un cuento de hadas protagonizado por otra persona. Tenía siempre presente a Hugh Bigod en sus oraciones, pero como algo rutinario. No lo conocía lo bastante bien como para que llenara sus pensamientos y no había vuelto a verlo desde la pedida de mano, puesto que Hugh estaba ocupado en los asuntos de su padre o siguiendo la corte.

Will movió la cabeza de un lado a otro mirando a su hermana y al perro, pero se agachó y extendió la mano para que el animalito la olisqueara y le diera lengüetazos a continuación. Sacó entonces de la bolsa un currusco de pan que guardaba para su caballo. El perro meneó el rabo entusiasmado y el pan, pese a cogerlo con suma educación y delicadeza, desapareció de un solo bocado.

—Dice el padre Walter que tendríamos que llamarlo *Tripas*. —Mahelt depositó una toalla sobre el lomo del perro y lo frotó con energía—. Es algo así como «tres patas» en latín.

—Y se refiere también a los intestinos en nuestro idioma. —Will sonrió—. ¿Sabes qué? Voy a hacerle un collar y una correa con pelo de la cola de *Equus*. ¿Te gustaría?

Mahelt ladeó la cabeza hacia su hermano.

—¿Así que también piensas que deberíamos quedárnoslo?

Will se encogió de hombros con indiferencia.

—Por supuesto que no, pero lo harás de todas maneras. Eres una tozuda.

Mahelt dejó de secar el perro para correr a darle un abrazo a su hermano. Había

momentos en que lo encontraba tan insoportablemente arrogante, prepotente y seguro de su prerrogativa masculina que desearía estrangularlo. Pero también había momentos como aquel, en los que dejaba al descubierto su lado más bondadoso y la hacía reír. Además, era su hermano mayor y lo quería mucho.

—Me muero de ganas de que vuelva papá a casa para enseñárselo. ¿Crees que para entonces habrás tenido tiempo para fabricarle el collar?

—A lo mejor —dijo Will—. Depende de lo que pase en Portsmouth.

Mahelt se protegió los ojos del sol para ver mejor la expresión de su hermano.

—¿A qué te refieres?

—El rey tiene la intención de cruzar el mar Estrecho e invadir Normandía. Pero los barones no quieren que se meta en campaña hasta que tenga un heredero. Muchos dicen, además, que lo que suceda fuera de Inglaterra no es de su incumbencia. Nuestro padre cree que el ejército no acabará haciéndose a la mar.

Mahelt envidiaba a su hermano porque podía participar en discusiones políticas a las que ella, por ser chica, tenía denegado el acceso. Su cerebro era tan bueno como el de él, y seguramente más, puesto que ella no podía salir airoso de las situaciones empleando su físico, sino que tenía que confiar en su ingenio. Su madre siempre se implicaba en las discusiones relacionadas con sus tierras, pero era condesa por derecho propio, un hecho que su padre respetaba y reconocía. Una hija, por desgracia, no gozaba de los mismos privilegios.

—¿Y papá quiere ir? —preguntó.

—No puede ir por el juramento que hizo ante Felipe de Francia. De hacerlo, perjuraría y perdería a buen seguro Longueville y Orbec.

—¿Y no tendrá problemas con el rey Juan si decide no ir?

Will cogió una piedra y apuntó hacia un helecho que salía de una grieta del mortero que cubría la pared del castillo.

—Es probable, pero eso no es ninguna novedad. Hoy en día apenas existen barones que conserven el favor del rey. Nos quita el dinero y paga mercenarios para que cumplan sus órdenes en lugar de hacerlo nosotros. Los Bigod siguen contando con su favor, pero solo gracias a la influencia de William Longespée, y porque Roger de Norfolk ha decidido no poner sus sombreros sobre sus almenas. —Lanzó una nueva piedra, esta vez con más fuerza—. Piensa que, a nivel de lazos de parentesco, Juan será casi tu hermano por matrimonio.

Mahelt sorbió por la nariz.

—Y también el tuyo —replicó—, porque tú eres mi hermano de sangre.

Will esbozó una sonrisa y movió la cabeza para señalar a *Tripas*.

—¿Es normal que haga eso?

Mahelt se giró en redondo y gritó, consternada, pues el perro acababa de encontrar un montón de excrementos de caballo frescos y estaba revolcándose a placer sobre ellos.

—Me parece que vas a necesitar un poco más de agua —rio Will—. ¿Sigues tan

segura de querer quedártelo?



En Portsmouth, Hugh permanecía sentado bajo el toldo del pabellón a rayas de su padre, a cobijo del calor del sol de junio. Habían plantado la tienda encarada hacia el resplandeciente azul del mar. A su alrededor, las tropas de los Bigod empezaban a levantar el campamento. La hoguera para cocinar estaba extinguiéndose y los hombres corrían atareados doblando cañamazo y poniendo los arreos a los caballos de carga.

Su padre regresó de la playa y se dejó caer sobre un taburete. Hugh le sirvió una copa de vino aguado de la jarra que había sobre la mesa de caballete y se la pasó.

—El rey continúa insistiendo —dijo Roger—. Si espera hacernos pasar a todos la vergüenza de embarcarnos con él, se llevará un desengaño.

Hugh se rascó la nuca, enrojecida por el sol.

—Les he dicho a los hombres que levanten el campamento. —Durante los dos últimos días, el rey había tratado de avergonzar a sus barones para convencerlos de cruzar el mar Estrecho haciéndose él mismo a la mar y navegando arriba y abajo para ser visto desde la costa. Hasta el momento, los únicos hombres que se habían sumado a su iniciativa habían sido los mercenarios y Longespée. Con la intención de encontrar un término medio, su padre había rehusado embarcar a sus hombres, pero le había ofrecido al rey el dinero recaudado con el impuesto de escudo de sus caballeros para que pudiera adquirir más mercenarios si así lo deseaba.

—Bien hecho. —Su padre observó el brillante espectáculo de las tiendas por debajo del ala ancha de su sombrero de paja—. Dudo que nos quedemos aquí mucho tiempo más.

—¿Qué le pasará al mariscal? —El día anterior, Marshal y el rey habían discutido en público, después de que aquel se negara a embarcar debido al juramento de fidelidad que había contraído con el rey de Francia por sus tierras normandas.

Su padre ahuyentó una avispa insistente.

—Si está de suerte, nada. Tiene demasiados amigos para que el rey lo aisle y se lo cargue, pero tal vez le convenga pasar desapercibido durante una temporada. Se ha atrevido más de lo que yo lo habría hecho, aunque la verdad es que también tiene más que perder. —Hizo un ademán en dirección a la galera real, que se perfilaba en las aguas a lo lejos—. Mira, ya llegan.

El rey desembarcó al cabo de un rato, seguido por los caballeros de su casa, sus mercenarios y parte de la tripulación, y se encaminó hacia el pabellón real. William

Longespée hizo crujir los guijarros de la playa a su paso hasta alcanzar las tiendas dispuestas en línea más allá de la orilla. Su campamento seguía intacto; de hecho, su cocinero estaba avivando el fuego con el fuelle y se disponía a asar los mújoles recién salidos del agua que acababa de ensartar en una brocheta.

Longespée se paró para hablar con Roger y Hugh en cuanto los vio. Su tez tenía el color del cuero curtido y finas arrugas poblaban las comisuras de sus ojos.

—El rey está furioso, y con razón —les dijo, con cierta rabia controlada también en su semblante. Se llevó las manos a las caderas y avanzó un pie, revestido con cuero de becerro—. Sin el respaldo de todos nosotros no puede zarpar hacia Normandía.

—Ya llegará otra ocasión más oportuna para hacerlo —respondió Roger—. Mejor economizar recursos, por ahora.

Longespée lo miró fijamente.

—Eso no es más que la opinión de algunos.

—De la mayoría —dijo Hugh—. Como has podido comprobar con tus propios ojos.

Longespée le lanzó una mirada airada.

—Pero no por ello es la postura más acertada.

Roger señaló el pabellón de Longespée.

—Veo que no levantas el campamento.

—No. —Longespée enderezó la espalda—. Voy a encabezar un ejército para liberar La Rochelle. Han resistido hasta ahora, pero necesitan hombres y suministros y eso, al menos, el rey puede proporcionárselo, por mucho que se le impida hacer algo más. Sería vergonzoso que el rey de Francia devorara Poitou además de Normandía, ¿no os parece?

Roger bajó la cabeza. Habló a continuación con un tono ecuánime y discreto.

—Te deseo éxito y que Dios dé alas a tu viaje y te mantenga a salvo en todo momento.

Hugh se hizo eco de las palabras de su padre, hablando por pura educación, pues sus verdaderos sentimientos eran algo más tibios. Era típico de su hermanastro ver el grueso de una aventura militar como un deber superior y correcto por encima de todo. Que los demás se preocuparan por las cosechas y se ocuparan del bienestar de todo lo que sustentaba el mundo. «¿Para qué son si no los criados?», se había preguntado Longespée en más de una ocasión.

Longespée realizó una reverencia a modo de respuesta.

—Te ruego que saludes a mi señora madre en mi nombre y le digáis que a mi vuelta iré con Ela a visitarla.

—Así lo haré.

Longespée continuó caminando hacia su tienda y empezó a dar órdenes. Hugh soltó el aire en un prolongado suspiro, abrió las manos que había mantenido cerradas en puños y estiró los dedos para relajar los tendones.

—Como mínimo, la idea de enviar tropas a La Rochelle con un comandante de confianza me parece una estrategia sensata por parte de Juan —afirmó Roger—. Será un incordio constante para el rey Felipe y es una iniciativa viable. Por otro lado, es un buen trabajo para Longespée. Tal vez sea crispante como una camisa de pelo, pero nadie puede negar sus habilidades como soldado.

Hugh contuvo su antipatía. En honor a la verdad, y a pesar de sus insufribles aires de superioridad, había que reconocer las habilidades militares y marítimas de su hermanastro. Cuando se dio cuenta de que su padre lo observaba con ojos de estar entendiéndole, detuvo el movimiento de sus manos.

—Longespée es un elemento valioso para el rey, y valioso para nuestra familia, debido a ello —dijo Roger—. Tu madre le quiere; es mi hijastro y tu hermanastro. Y por todos estos motivos, lo acojo con agrado...

—Padre —replicó con rigidez Hugh.

—... pero no es un Bigod.

El sutil humor del comentario de su padre cambió la expresión de Hugh. Empezó a sonreír, y luego no pudo evitar reír entre dientes.

—Que Dios no lo quiera.

Su padre le dio una palmada en el hombro.

—Vamos. Veo que ya tenemos los caballos ensillados y podemos partir. Que el equipaje nos siga después a su ritmo.

7

Hamstead Marshal, Berkshire, julio de 1205

Mahelt estaba sentada en la cama de Richard, en la alcoba que compartían sus hermanos, su mundo hecho pedazos. La cama de William era una estructura desnuda. El colchón había sido enrollado, sujetado con correas y cargado a una mula junto con las sábanas y el cojín. El arcón de la ropa estaba vacío, su tablero de juego y su caja de fichas de hueso desaparecidos. No había cortinajes en los rieles, ni capa o capota alguna colgaba de la percha. Dos noches atrás, habían estado jugando allí a los dados, bromeando con contencioso placer, la atmósfera cargada e intensa. Ahora, no quedaba nada que insinuara siquiera su existencia. Mahelt se quedó mirando el pedacito de seda verde y amarilla que tenía doblado entre sus manos. No podía creer que el rey Juan hubiera exigido tomar a Will como rehén a cambio de la lealtad de su familia y se tambaleaba aún de un lado a otro solo de pensar que su padre había accedido a entregarlo. Habían tenido problemas con la corte porque su padre se había comprometido con el rey de Francia con respecto a sus tierras normandas con el fin de salvaguardarlas hasta que Richard alcanzara la mayoría de edad. Ahora, a modo de venganza, Juan había exigido hacerse con Will. Le habían contado que su hermano se convertiría en escudero y que eso era positivo para él: ampliaría sus horizontes y sería una experiencia valiosa para su formación; pero Mahelt sabía que aquellas palabras no eran más que una gasa de colores para ocultar el horror. Sus padres se habían peleado por culpa de las exigencias de Juan. Su madre quería negarse a acatarlas, pero su padre había dicho que no les quedaba otra elección: y su palabra era ley. Mahelt no había visto jamás su seguridad amenazada por la división en su casa y estaba tremendamente disgustada y rabiosa.

Se abrió la puerta y entró Will. Iba debidamente cubierto con capa y botas para el viaje, una gorra oscura de lana tapándole el pelo. Su expresión no revelaba emoción

alguna, pero Mahelt sabía que no quería marcharse... y mucho menos con Juan.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó secamente—. Todo el mundo está en el patio esperando.

Mahelt levantó la barbilla.

—Lo mismo podría preguntarte a ti.

—Asegurarme de que no me dejes nada. —Se agachó y extendió la mano hacia *Tripas*, que estaba olisqueando por los rincones de la habitación, pero se acercó a lamerlo y acto seguido se puso patas arriba para que le rascase la barriga.

Mahelt notó un nudo en la garganta.

—Eso es lo que estaba yo haciendo... pero no, ya lo he mirado. —Tenía los ojos llenos de lágrimas cuando le mostró el retal de seda doblado—. Iba a regalártelo cuando estuviera terminado, pero tendrás que aceptarlo tal y como está.

Will se incorporó, cogió la tela y la desplegó: era un pequeño banderín de seda para sujetar a la lanza. Llevaba el blasón de los Marshal, un león rojo rampante sobre un fondo mitad verde, mitad oro.

Tragó saliva virilmente.

—Lo llevaré siempre conmigo —prometió.

La situación se había tornado insoportable para Mahelt. Aquello era el fin de todo. Nada volvería a ser igual. ¿Cómo sería la vida sin él? Con un gritito, enlazó las manos por detrás del cuello de su hermano y lo abrazó con fuerza.

—¡No te dejaré marchar!

Él le devolvió el abrazo y la levantó por los aires.

—Mi espíritu no te abandonará jamás. Siempre estarás conmigo, te lo juro.

Mahelt le acarició la piel y el cabello e intentó introducir la mano entre sus ropajes, consciente de que aquel abrazo podía ser el último. Lo fuera o no, aquel momento cerró la puerta de su infancia.

Se vio obligado a recurrir a una firme presión para deshacer el abrazo y apartarla de él.

—Todo irá bien, Matty. —Sonrió, tratando de restarle importancia al asunto—. Me parece que estás celosa porque te gustaría ocupar mi puesto de escudero y cabalgar un precioso y enorme caballo.

Oírle mencionar su apodo le provocó el deseo de chillar de dolor, pero se contuvo hasta que el estómago empezó a dolerle por el esfuerzo.

—Ocuparía tu lugar de poder hacerlo.

—Lo sé, pero no creo mucho en mis habilidades con el bordado y me parece que a los Bigod les daría un ataque.

Mahelt se obligó a seguirle la corriente y replicó con una aguada sonrisa y un codazo de reprobación.

—Además, es mi deber. —Lanzó una última y prolongada mirada a su habitación. Mahelt se llevó las manos a la espalda para enlazarlas y no volver a arrojarle a sus brazos.

La animó a que bajara la escalera de caracol por delante de él y ambos salieron al patio. El sol de verano brillaba con fuerza sobre los caballos ensillados y las acémilas; relucía sobre arneses y jaeces. Will tenía un nuevo semental gris para el viaje y llevaba a *Equus* sujeto a una segunda correa. Su padre, que lo escoltaba, montaba a horcajadas su caballo y hacía gala de su acostumbrado aspecto sosegado. Mahelt se preguntó cómo podía ser tan fuerte e implacable. Intentaba emularlo, pero le resultaba imposible. Su madre estaba blanca y su mirada llena de dolor, pero mantenía la cabeza muy alta.

—No acabarán con nosotros —la oyó decir Mahelt en voz baja mientras Will subía a su caballo—. Jamás acabarán con nosotros. —Su voz se convirtió en un leve suspiro—. Oh, hijo mío, oh, mi niño.

El dolor de Mahelt aumentó de repente, igual que la rabia que sentía hacia el rey Juan por romper su familia de aquella manera y abrir tan dolorosas heridas. En cuanto el último caballo hubo cruzado la verja, dio media vuelta y salió corriendo en dirección a la cámara que compartía con sus hermanas menores, se arrojó sobre la cama, golpeó con los puños su almohada y rompió a llorar.

Su madre entró al cabo de un rato y se sentó a su lado. Abrazó a Mahelt y le acarició el pelo.

—Ten coraje, hija —dijo, sus ojos hinchados y rojos—. Lloro ahora, pero mañana sé fuerte. Recuerda quiénes somos y que, por mucho que nos usurpen, jamás conseguirán arrancarnos nuestro honor y nuestro orgullo.



Hugh observó a Ralph dar vueltas por la alcoba con el aspecto distraído de un pretendiente enamorado y reprimió el instinto de agarrarlo por el pescuezo y zarandearlo hasta hacerlo entrar en razón. Tenía en la punta de la lengua espetarle que William Longespée era un mortal, no un dios, pero lo único que conseguiría con ello sería que pusiese los ojos en blanco y adoptara una actitud hostil. Ralph tenía que descubrirlo por sí mismo.

Ralph llevaba ya una semana así, desde que Longespée había acudido eufórico a visitarlos después del éxito de su campaña en La Rochelle y le había ofrecido un puesto de caballero en su casa. Ralph se había mostrado entusiasmado y desesperado por aferrarse a aquella oportunidad. Longespée se había dejado adular y, aunque no había hecho mención de ello, era evidente que creía estar comportándose de manera benevolente y dadivosa con su pariente Bigod.

—Ya está todo listo. —Ralph miró de reojo los dos fardos de equipaje que

descansaban junto a la cama. Y dirigió a continuación una melancólica mirada hacia las dos pieles de lobo extendidas en el suelo.

—Longespée no te agradecerá que te las lleves —dijo Hugh—. De hecho, me imagino que no te lo permitirá. No creo que sea tan tolerante.

Ralph suspiró.

—Supongo que tienes razón.

—Sé que la tengo. Y te diré una cosa: voy a conservarlas para acordarme de ti y seguirán aquí cuando regreses... a menos que nuestra madre decida tirarlas.

—No lo hará —aseguró Ralph—. Las conservará, del mismo modo que conserva nuestros dientes de leche, nuestra primera túnica y nuestro primer calzado.

Hugh sonrió con ironía para darle la razón y pensó en el arcón que tenía su madre en su cámara, donde guardaba una variopinta mezcolanza de recuerdos de la infancia de sus hijos. (Su primer caballo de juguete estaba allí, remendado y restaurado, aunque tal vez un poco calvo detrás de las orejas). Pero le costaba imaginársela añadiendo a la colección las dos pieles de lobo. Incluso ahora, un año después, seguían desprendiendo un olor fuerte y desagradable al sacudirlas.

—Voy a echarte de menos. —Hugh apretujó a Ralph con un tosco abrazo de osezno—. Más le vale al conde de Salisbury cuidar bien de ti o caeré sobre él con toda la fuerza de la piedra de una catapulta. —Acarició la coronilla de Ralph con los nudillos. Ralph se liberó del abrazo y fue a darle un zarpazo, que Hugh logró esquivar a tiempo.

—No te preocupes —dijo Ralph—. Sé cuidarme solo. Te prometo que a mi regreso no llegaré envuelto en mi capa y con una actitud como si esperara que todo el mundo tuviera que admirarme. —Hizo la pose.

—Si lo haces, caeré también sobre ti —le avisó Hugh, pero lo hizo riendo.

Ralph replicó con una luminosa sonrisa.

—Antes tendrás que atraparme. —Eludió el puño de Hugh y se acercó a la cama. Se echó un bolsón al hombro y cargó con uno de los fardos de equipaje—. Yo también te echaré de menos —dijo—. Y echaré de menos nuestra casa. —Repasó con la mirada la estancia—. Pero no lo suficiente como para quedarme.

Hugh cogió el segundo fardo y juntos abandonaron la alcoba para dirigirse al salón.

Longespée estaba allí sentado hablando con su madre. Sus ropajes lucían immaculados y colocados con una astucia tan despreocupada que dejó a Hugh preguntándose cuánto tiempo de práctica le habría llevado conseguir aquel porte de displicencia. Su madre lo escuchaba con atención, con el orgullo maternal iluminando su rostro. Estaba obsequiándola con un relato sobre un banco de delfines que había estado haciendo cabriolas junto a la proa durante el viaje de regreso de La Rochelle. Era un buen contador de historias, sabía encontrar la gesticulación adecuada y adornarlas con tantas florituras que uno casi lograba imaginarse los saltos de las plateadas criaturas al salir y entrar en el mar. La llegada de Ralph indicó que la

conversación tocaba a su fin y que todo el mundo tenía que salir al patio, donde el séquito de Longespée esperaba la orden de emprender la marcha. Hubo de nuevo calurosos abrazos, palmadas en la espalda, recomendaciones de tener mucho cuidado. Ralph se arrodilló ante sus padres y recibió su bendición y otro abrazo de su madre. Un mozo de cuabras se había encargado ya de sujetar el equipaje al caballo de carga y Ralph subió enseguida a lomos de su palafrén bayo. Le brillaban sus grises ojos y temblaba de excitación ante la inminente aventura. Pero con todo y con eso, cuando sujetó las riendas, levantó la barbilla y enderezó la espalda para adquirir un aire de dignidad.

Ida sorbió por la nariz y se secó una lágrima y Hugh la rodeó con un brazo para consolarla. Con las manos sujetándose el cinturón y los pies plantados con firmeza en el suelo, su padre se alejó un poco del grupo para ver alejarse a su hijo.

—Considérate afortunada —le dijo con una mirada de exasperación a su esposa—. Al menos se marcha por su propia voluntad y no como rehén del real hermano de Longespée, como hizo el hijo de Marshal. Ojalá podamos evitar más situaciones como esa.

Hugh notó que su madre se estremecía bajo su mano.

—Amén a eso —dijo—. Rezaré por los Marshal y su hijo.

Regresaron al salón, que estaba en silencio ahora que la visita se había marchado. Hugh no echaba en absoluto en falta la presencia de Longespée, pero sentía a su lado un vacío en el lugar que siempre había ocupado Ralph y de pronto se alegró de haber convencido a su jovial hermano menor de que dejase en casa aquellas apestosas pieles de lobo.

8

Castillo de Striguil, frontera galesa, junio de 1206

Mahelt, sentada con su bastidor de bordado sobre la falda, escuchó el golpeteo de la intensa lluvia que azotaba las contraventanas. Estaba haciendo una funda de almohada para añadir a su arcón de boda. Consciente de que su futura suegra era una virtuosa de aquel arte, se estaba esforzando al máximo para conseguir que aquel delicado bordado en blanco sobre blanco le saliera perfecto. Cada vez que clavaba la aguja en el tejido, recordaba lo rápido que pasaba el tiempo. Había empezado a tener su periodo hacía tres meses. Las flores, como lo llamaban, porque su cuerpo había empezado a producir semillas y, en consecuencia, era capaz de concebir un hijo, aunque no poseía aún la anchura pélvica necesaria para darlo a luz con éxito. La aparición del sangrado mensual había hecho que Mahelt se sintiera a la vez orgullosa y aprensiva, puesto que el suceso marcaba su transición a la condición de mujer y la acercaba un paso más al matrimonio. Nadie había sacado a relucir el tema más allá de algunas sonrisas guasonas en la conversación general que mantenían cuando trabajaban en su ajuar, pero ella sabía que lo que hasta entonces había sido un puntito lejano en el horizonte se había acercado de repente muchísimo más.

Levantó la cabeza hacia la ventana abierta cuando oyó el sonido de una corneta que anunciaba la llegada de su padre y, tremendamente aliviada, dejó de lado su bordado.

Su madre abandonó también su costura y ordenó con energía que avivaran el fuego.

—Estarán calados hasta los huesos —dijo, observando el diluvio.

Mahelt se levantó de un salto y corrió a coger su capa.

—¡Voy a bajar! —Salió aturullada de la habitación, ansiosa por ser la primera en recibir a su padre y tenerlo solo para ella, aunque fuese por un breve momento. Sus

cálidos zapatos de piel de cabra no la protegían de los charcos del patio de armas, pero les prestó tan poca atención como al agua que empapaba el bajo de su vestido. Su excitación fue en aumento cuando su padre cruzó cabalgando la entrada. Por un instante, volvió a ser una niña que vivía en Normandía, que se alegraba de su regreso y pedía que la izara a la silla. Y aquel recuerdo la puso en movimiento. Con una sonrisa tan luminosa como el sol, se agarró al estribo, confiando casi en que su padre recordara también los viejos tiempos y alargara el brazo para subirla.

Marshal venía encorvado sobre la empuñadura de su espada, pero hizo un esfuerzo para enderezarse.

—Matty. —Su voz emergió como un ronco crujido—. ¿Dónde está tu madre, Matty?

El fragor de excitación de Mahelt cayó en picado hasta transformarse en temor. Su padre tenía los ojos brillantes y opacos al mismo tiempo, como piedras pulidas y luego maltrechas. Traía las mejillas encendidas.

—En la casa, dando órdenes a las mujeres...

—Ve a buscarla, cariño... —Desmontó, pero se aferró al caballo cuando sus rodillas estuvieron a punto de fallarle. Mahelt se dio cuenta de que su padre emanaba calor como si fuese un brasero—. Ve, niña... no te acerques mucho, sé buena chica. Estoy cansado del viaje; no me gustaría caerme encima de ti.

Mahelt vio que intentaba restar importancia a sus dificultades, aunque sin éxito. Se llevaron el caballo y enseguida acudió un criado para sujetarlo. Mahelt corrió hacia la casa, pisando todos los charcos. Encontró a su madre en el salón, cubriéndose con la capa para salir a recibir a su esposo. Mahelt la cogió por el brazo.

—¡Ven, rápido! Papá está enfermo. ¡Tiene fiebre y no puede ni tenerse en pie!

Su madre la miró horrorizada y salió corriendo. Cuando Mahelt y ella llegaron abajo, a William le estaban ayudando a entrar en la casa su caballero Jean D'Earley a un lado y un robusto mozo de cuerdas al otro. Después de un único grito de exclamación, Isabelle cerró la boca con fuerza y corrió a auxiliarlo.

Mahelt la habría ayudado, pero Isabelle le ordenó que fuera a comprobar que la cama estuviera preparada y buscara más mantas y almohadas. Mahelt se puso enseguida en marcha y presionó a las mujeres para que se dieran prisa. Sacudió y ahuecó personalmente los cojines, consumiendo con ello parte de su aterrada energía. Cuando llegó su padre, tambaleándose de mala manera, corrió hacia él, pero este le impidió acercarse.

—Deja que me atiendan los hombres, Matty. Están tan mojados como yo. Más tarde estaré visible.

Su madre la mandó entonces a ocuparse de diversos asuntos en la casa y a coordinar con el chambelán y el mayordomo que las necesidades de todos los caballeros fueran cubiertas. Mahelt no quería irse, pero alguien tenía que hacerlo, y era evidente que ese alguien no podía ser su madre. El resto de la familia fue asimismo despachada para que su padre pudiera descansar, aunque Mahelt

sospechaba que era también para protegerlos de los vapores malignos que pudiera estar exudando.

—¿Qué le pasa? —le preguntó a Jean D'Earley en cuanto hubo acabado de hablar con el chambelán. Era el caballero principal de su padre y un amigo de confianza de la familia. Estuviera donde estuviera su padre, Jean estaba siempre a su lado.

El intento de sonrisa tranquilizadora de Jean no alcanzó sus ojos, que contaban una historia completamente distinta.

—Está cansado y helado de frío después de un viaje muy duro y tiene un poco de fiebre —dijo—. Estoy seguro de que no es más que un resfriado y que mañana por la mañana estará mejor.

Mahelt le lanzó una mirada desafiante.

—Él nunca se pone enfermo.

—Eso no es cierto, pero normalmente se cura con tanta rapidez o con tan poco esfuerzo que nadie lo ve. Está en el mejor lugar para recibir cuidados: en casa con su familia. Se pondrá bien, ya lo veréis. —Jean le dio un toquecito en la barbilla.

Mahelt deseaba creerle, pero no estaba segura de poder hacerlo. Aunque Jean fuera uno de los miembros de más confianza de la casa, eso no significaba que fuera a decirle toda la verdad si intentaba protegerla.

En aquel momento llegó el mayordomo para preguntarle qué vino debía servir y tuvo que volcar en él su atención. Jean corrió enseguida a reunirse con los hombres, a instalarlos y organizarlos con la intención de que todo pareciera rutinario y normal, pero Mahelt sabía que la normalidad era imposible mientras su padre estuviera enfermo y su hermano mayor no volviera a casa... quizá jamás.



Hugh, respirando con dificultad, limpió la espada en la túnica de un soldado francés muerto. Habían capturado cuatro caballeros, de los que obtendrían un rescate, y los sargentos y los soldados de infantería habían huido o muerto. Y lo habían hecho dejando atrás su equipaje, que incluía, entre otras cosas, dos carretadas de piezas de armadura y ocho ponis cargados con sacos de harina y otros víveres. El ejército francés que había puesto sitio a la ciudad de Niort empezaba a deshacerse ante el avance inglés, y los que lo habían desertado demasiado tarde o habían elegido el camino equivocado para llevar a cabo su huida veían desbaratados sus planes al caer en manos de las tropas del rey Juan.

A Hugh le dolía terriblemente el brazo por los golpes de la pelea, pero estaba ileso; ninguno de sus hombres había sido herido y el resultado era positivo. Las

armaduras confiscadas les resultarían muy útiles y los cocineros se alegrarían al ver la harina.

Hugh organizó a sus hombres, ordenó atar a los prisioneros a los caballos y cabalgó para sumarse de nuevo a la fuerza principal de Bigod, de la que poco antes se había separado para llevar a cabo un reconocimiento. Las tropas, lideradas por su padre, habían capturado también a algunos rezagados, pero los habían dejado marchar con vida, quedándose con sus monturas, sus armas y su dinero.

—Se dan todos a la fuga —dijo su padre con satisfacción—. Los exploradores informan de que el camino hacia Niort está abierto. Los franceses se han retirado.

Hugh rindió cuentas de la escaramuza con su padre.

—Ningún herido —informó—. Cuatro buenos caballos de guerra y ocho bestias de carga, además de los carros con piezas de armadura y diez fanegas de harina.

—Hemos sacado, sin duda, buen grano para la molienda. —Su padre rio con el doble sentido de sus palabras—. No me imaginaba que el rey Felipe fuera a quedarse allí para enfrentarse a nosotros. No puede permitirse hincarle el diente con tanta fuerza a Poitou cuando anda aún en plena digestión de Normandía. —La sonrisa perdió intensidad porque, pese a que hacía ya un tiempo que había reconocido que la familia había perdido las tierras que tenía en Bayeux, seguía sintiendo una punzada de remordimiento por haberlas dejado ir.

—Tal vez podamos conseguir más victorias... Montauban, por ejemplo.

Su padre asintió.

—En cuanto hayamos asegurado Niort, ese va a ser nuestro siguiente objetivo.

A medida que se aproximaban a Niort, convergieron con ellos otros grupos. Estandartes y banderines ondeaban al aire y el calor del sol de última hora de la mañana intensificaba los acres olores de un ejército en marcha: sudor, heces, polvo, grasa y sangre. Hugh se ahogaba de calor en el interior de su cota de malla. Temía salir convertido en líquido de la armadura cuando llegara el momento de despojarse de ella. Su padre tenía la cara encarnada como consecuencia del agotamiento y la solanera. Se acercaba a su sexagésimo año de vida y, aun estando sano y en forma, cargaba con demasiado peso sobre sus espaldas.

Un grito desde atrás llevó a ambos hombres a girarse. Un palafrén bayo avanzaba a medio galope hacia ellos. Hugh sonrió enseguida.

—Ralph —anunció.

Su padre puso los ojos en blanco.

—Debería habérmelo imaginado.

Hugh espoleó a *Ébano* para apartarlo de la columna y galopó hacia su hermano. Los dos caballos se encontraron en medio de una nube de polvo y a punto estuvieron de rozarse sus jinetes los hombros, viéndose Ralph obligado a tirar con fuerza de las riendas para evitarlo. Varios colgantes esmaltados decoraban la hebilla de su cinturón, todos ellos con blasones de reyes franceses.

—Veo que sigues vivo —saludó Hugh con despreocupación. La última vez que

había coincidido con Ralph había sido cuando las tropas partieron de La Rochelle. El muchacho se tambaleaba entonces sobre la silla, ojeroso y agotado después de haber pasado casi toda la víspera puliendo armaduras para que Longespée pudiera brillar con todo su esplendor. Pero ahora se le veía lozano y exuberante.

—Por supuesto que sí. Sé cuidarme solo.

—¿Y todo esto? —preguntó Hugh, señalando los colgantes.

—Son de los caballeros que hemos capturado para pedir rescates. Dijo mi señor que podía lucirlos en el cinturón.

—Buena cosecha.

Ralph movió afirmativamente la cabeza.

—Le ayudé a capturar este y este —señaló con orgullo—. Y lo mismo hizo Will Marshal. —Se giró sobre la silla e hizo una seña a otro joven que montaba un castrado gris y que seguía su estela—. Nosotros los obligamos a desmontar y milord Longespée tomó su juramento de rendición.

El joven saludó a Hugh con una reverencia y después al padre de Hugh. Will Marshal, heredero de Pembroke, acababa de cumplir dieciséis años de edad. Era un muchacho atractivo, de constitución más delgada que su ilustre progenitor, pero no enclenque. Su cuerpo dejaba patente la fuerza de la cuerda de un látigo; su mirada oscura era cauta y observadora. Supuestamente tendría que estar vinculado a la casa del rey Juan, pero durante la campaña de Poitou había pasado mucho tiempo destinado al campamento de Longespée. El padre del joven había enviado tropas a Poitou, pero él no estaba aquí en persona y el rey no había permitido que el joven Marshal confraternizara con los hombres de su padre.

—¿Y cómo es la vida en el séquito de Longespée? —le preguntó Hugh a Ralph mientras cabalgaban hacia Niort—. ¿Te hace trabajar como un esclavo?

Ralph ladeó la cabeza mientras reflexionaba su respuesta.

—Quiere que su arnés y su equipo brillen como un espejo —explicó—. Se enfada si ve una sola mota de polvo. Espera siempre que su cama esté perfectamente hecha, aunque acampemos en el campo bajo la lluvia, pero es una persona justa, y me gusta entrenarme con él. Siempre hay algo que hacer.

Hugh intercambió una mirada de complicidad con su padre. Cuando Ralph había estado a su cargo en Settrington, siempre había cosas que hacer, aunque siempre eran cuestiones relacionadas con las tierras y no con aventuras guerreras.

—¿Qué os parece la vida de escudero, señor Marshal? —le preguntó Hugh a Will, que había estado escuchando a Ralph sin hacer comentario alguno, aunque con una leve sonrisa al oír la mención de los melindres de Longespée.

—Estoy aprendiendo mucho —respondió en un tono neutral.

Ralph emitió un balbuceo que se convirtió en una tos y culpó de ello al polvo que levantaban caballos y carromatos.

El conde Roger miró con mordacidad a su hijo menor.

—De eso se trata, ¿no? —dijo secamente—. De aprender.



Aquella noche, cobijados por la seguridad de las murallas de Niort y homenajeados como libertadores, los integrantes del ejército inglés se acuartelaron y montaron su campamento. En el salón de la torre del homenaje, Hugh se sentó junto al fuego en compañía de su padre, Ralph, Will Marshal y Longespée. Este último estaba hablador después de los éxitos de la jornada y del consumo de dos copas de buen vino tinto confiscado de un carromato de víveres de los franceses. La tercera marcaba ya la mitad del copón, que mantenía en precario equilibrio sobre su muslo, sus mejillas ruborizadas dándole un aire de camaradería. El corrillo cantaba una procaz canción que hablaba sobre franceses y vírgenes y se había relajado lo bastante como para sumarse al coro.

—En cuanto hayamos recuperado Poitou, pondremos la mirada en Anjou —anunció, levantando la copa—. Mi hermano tendrá corte en Angers antes de que finalice esta campaña, recordad lo que os digo. Los franceses se están dando a la fuga.

Los hombres brindaron por aquella opinión y lanzaron vítores, pues era una buena bravuconada, y todo parecía posible después de la jornada victoriosa. Aquella noche nadie quería pensar que era como escupir una gota de saliva al mar.

Hugh experimentó de repente una sensación de frío en la nuca que le obligó a levantar la vista y de repente se puso en pie, para caer de rodillas acto seguido. Todos los demás hicieron también penitencia al ver al rey en persona acercarse a la lumbre, las joyas titilando en su cuello, los anillos brillando en sus dedos. Juan les indicó con un gesto a todos que volvieran a tomar asiento y los elogió con exageración por los éxitos de la jornada. Posó entonces su mirada en Longespée.

—Esta noche me apetece tirar los dados —dijo—. ¿Qué te parece, hermano?

Longespée inclinó la cabeza.

—Si lo deseáis así, señor, nada me satisfaría más.

Juan sonrió a los reunidos.

—Ya veis, señores, lo fácil que es complacerme.

Roger de Norfolk enarcó una lacónica ceja.

—Así es, señor, aunque me pregunto también cuánto perderá milord de Salisbury.

Juan decidió que el comentario le hacía gracia y, de este modo, el grupo se sintió a salvo para echarse a reír.

—Nada que sea suyo, a buen seguro —replicó—, porque todo lo que es y posee le ha sido concedido por su familia real. Su vida, sus tierras, su esposa, sus privilegios: todo es obsequio nuestro. Sabe muy bien que no debe morder la mano

que le da de comer... a diferencia de otros. —Su mirada se clavó con breve elocuencia en Will Marshal antes de posarse sobre Longespée con la benevolencia del amo que contempla su sabueso favorito. Longespée se ruborizó y bajó la vista. Juan dio un paso al frente como si fuera a continuar, pero hizo una pausa y se giró, con una mano jugueteando con las joyas que llevaba colgadas al cuello, la otra posada en el cuero negro de su cinturón—. Pensando en lo cual, Marshal —continuó—, me ha dolido enterarme de la grave enfermedad de tu padre. Rezaré por él.

Will miró sorprendido a Juan.

—¿La enfermedad de mi padre, señor?

—¿No lo sabías? —inquirió Juan con expresión preocupada y contrita—. Claro, imagino que mis mensajeros son más veloces que los de tu familia. No creo que se hayan olvidado de ti, ¿no te parece? Una congestión pulmonar, según tengo entendido, y calenturas diarias. Esas cosas son un peligro para un hombre de sus años. Como ya he dicho, rezaré por él, como deberíamos hacer todos. —Juan prosiguió su camino y chasqueó los dedos para indicarle a Longespée que le siguiera.

Incómodo, Longespée se quedó dudando. Extendió la mano para agarrar a Will por el hombro.

—Si es eso cierto, lo siento muchísimo. Rezaré a la Virgen por la pronta recuperación de tu padre e intentaré averiguar algo más. —Se levantó para seguir a Juan.

Will miró a su alrededor; respiraba con dificultad.

—No debería estar aquí; tendría que estar en casa. ¿Por qué no se me ha informado de nada?

—Porque, como dice el rey, sus mensajeros son más rápidos —aseguró Roger—. A lo mejor no es nada. Tu padre o sus representantes no te escribirían a menos que hubiera una necesidad real. Cálmate, muchacho. Mañana averiguaremos la verdad sobre el asunto.

Hugh comprendió a la perfección la elocuente mirada que le lanzó su padre. Con «mensajeros», Juan había querido decir espías. Probablemente, el mariscal estaba enfermo y no quería que el mundo en general lo supiera, a menos que fuera estrictamente necesario. Aunque, por otro lado, Juan era célebre por su desenfadada crueldad y no sería de extrañar que se inventara historias para causar dolor a los demás. De ser cierto, sin embargo, tendrían que estudiar la situación con detenimiento y evaluarla. Y aun en el caso de que fuese una mentira, el comentario que Juan acababa de hacerle al joven revelaba lo mucho que le enconaba todavía el juramento de lealtad del mariscal hacia Felipe de Francia.



Mahelt se arrodilló ante el altar de la capilla familiar de Striguil y se santiguó repetidamente.

—Santa María, Madre de Dios, Santa María, Madre de Dios, apiádate, apiádate de la vida de mi padre. —Su propia voz le sonaba pequeña e ineficaz. Jamás se había sentido tan impotente y estaba enfadada por ello, furiosa porque esto le estuviera sucediendo a su padre y no al rey Juan. Era él quien debería estar sufriendo.

El sacerdote había estado en casa por la mañana para sentarse con su padre. Al principio, Mahelt había temido que la situación hubiera empeorado y que estuviera a punto de recibir la extremaunción. No había servido de nada que pretendieran tranquilizarla explicándole que la visita era tan solo para su consuelo espiritual, porque no se lo había creído. Sabía que no siempre se lo contaban todo, que creían que de este modo la protegían. Pero no saber la verdad le hacía sentirse impotente y frustrada. Prefería afrontar los problemas de cara, en lugar de darles la espalda y fingir que no existían. Eso era de cobardes.

Su padre llevaba tantos días enfermo que no sabía cuánto tiempo más podría aguantar así. Las elevadas fiebres y la congestión de los pulmones le llevaban a delirar constantemente. Se negaba a que sus hijos entraran en la habitación por miedo a que contrajeran la enfermedad, y se mostraba incluso reacio a que Isabelle se sentara a su lado para hacerle compañía, aunque ella hacía caso omiso a sus protestas con enérgica insistencia. Y Mahelt estaba también enfadada por eso: porque su madre podía desobedecer las normas, o adaptarlas a su manera, mientras ella no tenía el poder necesario para hacer lo mismo. Se juró que, en cuanto fuera una mujer adulta y tuviera su propia casa, la gestionaría como ella quisiera, no como los demás creyeran conveniente.

Tenía las rodillas rojas y doloridas de pasar horas y horas sobre las baldosas del suelo de la capilla, suplicándole a la Virgen que escuchara sus plegarias. Le aterrorizaba imaginarse a su padre muerto bajo la fría losa de una tumba. «¡A él no, por favor, no te lo lleves, por favor!». Si moría, su mundo se derrumbaría, puesto que su amor universal e incondicional desaparecería con él. Will pasaría a ser algo más que un simple rehén de Juan. Al ser menor de edad, se convertiría en su pupilo. Todos se convertirían en sus pupilos y Juan los vendería al mejor postor. Su compromiso seguiría en pie, pero sus tres hermanas menores quedarían a merced del rey, igual que sus cuatro hermanos, eso sin mencionar a su madre, que era una acaudalada condesa capaz aún de dar a luz hijos. Todos quedarían sujetos a la voluntad de Juan, una voluntad malévol, a buen seguro.

Se incorporó y arrastró los pies hasta la piscina de las aguas sacramentales para lavarse la cara con el contenido de la vasija del sacerdote. El agua fresca la revivió, aunque le provocó también un estremecimiento.

—¿Mahelt? —dijo su madre.

Mahelt se giró de repente para mirarla y por un instante pensó que era portadora de las peores noticias. Retrocedió, negando con la cabeza.

—¡No, mamá, no!

—No pasa nada —la tranquilizó Isabelle, haciendo un veloz gesto con la mano—. No pasa nada, Matty. La fiebre ha cesado y pregunta por ti. —Isabelle sonrió y luego rio incluso un poco mientras se secaba con el dorso de la mano sus húmedas mejillas. Abrió los brazos y Mahelt corrió hacia ella para abrazarla.

—¿Se... se pondrá bien?

—¡Por supuesto que sí! —La voz de su madre sonó temblorosa pero decidida—. Pero está débil como un gatito. No debemos cansarlo ni hacerle enfadar. Necesita cariño.

—Eso es fácil. Yo cuidaré de él. —A Mahelt le temblaba también la voz, pero de impaciencia. Se secó la cara—. Le tocaré el laúd, le cantaré canciones y le explicaré historias.

—Pero no todo a la vez —le advirtió Isabelle—. Necesita paz y tranquilidad.

—¡También puedo ser tranquila! —Haría cualquier cosa para que su padre mejorara y volviera a ser el de antes.

—Pero primero tienes que comer y beber algo y asearte un poco. Tu padre querrá que le alegres la vista. Dios sabe bien que debe de estar harto de verme últimamente hecha un macilento espantapájaros. —Alisó su arrugado vestido.

Mahelt movió la cabeza de un lado a otro.

—Estás preciosa, mamá.

Isabelle bufó.

—Dudo que lo esté en este preciso momento.

Mahelt volvió a abrazarla y echó a correr para abandonar la capilla, pero en la entrada recordó que debía hacer la genuflexión y santiguarse para darle las gracias a la Virgen. Le juró darle en ofrenda su mejor broche en cuanto tuviera tiempo de sacarlo del cofre.

Cuando entró en la habitación, su padre estaba sentado en la cama, apuntalado entre numerosas almohadas y cojines. Se cubría los hombros con una capa de suave lana roja forrada con piel de marta cibelina que abrochaba con un alfiler de oro. Se veía huesudo y demacrado, pero consiguió sonreír. Haciendo caso a la advertencia de su madre, Mahelt se acercó púdicamente a la cama y le dio un besito en su mejilla con barba de varios días en lugar del habitual abrazo vigoroso. Tenía la piel fría al tacto y su mirada, aunque ojerosa de puro agotamiento, era transparente.

—Cariño —musitó.

—No he parado de rezar. Te pondrás bien, ¿verdad?

Le sonrió débilmente y cerró los ojos.

—Espero que Dios se apiade de mí. Toca algo de música, sé buena chica.

Mahelt fue a buscar su laúd y se sentó junto a la cama.

—¿Qué toco?

—Lo que tú quieras. Algo suave.

Mahelt se mordió el labio. Había tomado la noticia que le había dado su madre en la capilla como la señal de una recuperación más completa y no esperaba encontrarlo tan débil. Con indecisión, acercó los dedos al instrumento y empezó a tañer las cuerdas. Su padre cerró los ojos, pero asintió para indicar que aquellas delicadas notas le agradaban.

—Tengo mucho en qué pensar, Matty —dijo pasado un rato—. Hace mucho tiempo que no pongo orden a mis asuntos.

—¿Papá? —Dejó de tocar y se quedó mirándolo, pero él le indicó con un gesto que continuase.

—Quiero oír aquella que te enseñé. La que le gusta a tu madre, sobre la Virgen y el Niño.



Mahelt fue testigo, día tras día, de la recuperación de su padre de la enfermedad que había amenazado su vida y que había sido para todos una escalofriante advertencia sobre la mortalidad y la rapidez con la que la guadaña podía cortar el trigo. No tenía prisa para forzar el ritmo y todo el mundo se alegraba de ello, pues nunca habían disfrutado de un periodo tan prolongado de tenerlo en casa con la familia. Las circunstancias siempre lo habían apartado de ellos, pero ahora, aunque fuera brevemente, era como si el tiempo se hubiese detenido.

En los primeros días de la recuperación, Mahelt pasaba la jornada en la habitación del enfermo, sentada en su cama, hablando con él, cantando o tocando el laúd y la cítola. A medida que la concentración de su padre fue mejorando, empezaron a dedicar más tiempo a jugar al ajedrez, al molino^[2] y a las tablas reales^[3]. A veces lo sorprendía mirándola con expresión dolorida y concentrada, pero cuando ella le preguntaba qué sucedía, él siempre le sonreía y le restaba importancia al asunto, decía que no pasaba nada o que se sentía orgulloso de ella y de la encantadora joven en que estaba convirtiéndose.

Cuando recuperó su salud y sus fuerzas, empezó a cabalgar de nuevo y recobró la utilidad y el tono de sus músculos. Ya no se conformaba con permanecer sentado en su cámara o en un rincón caliente y protegido de la casa y mantenerse pasivo. Una

vez más, volvió a coger las riendas de los asuntos del condado y empezó a hacer gala de estrategia y resolución. Una vez más, empezó a moverse y a cobrar impulso.

—Piensa pedirle permiso al rey para ir a Irlanda —le explicó Richard a Mahelt mientras observaban la descarga de vino de la barca que acababa de atracar junto a la puerta del castillo que daba sobre el río Wye. *Tripas* olisqueaba la parte inferior del muro y se detenía de vez en cuando para marcar su territorio.

—¿Cómo lo sabes? —Mahelt miró de reojo a su hermano. Su pelo brillaba como el cobre bajo el resplandor del sol otoñal y sus ojos verdosos revelaban sagacidad. Sintió una punzada de celos al comprobar que Richard estaba al corriente de algo que ella desconocía. Por el simple hecho de que era mayor que ella; por el simple hecho de que era un chico. No le parecía justo.

—Le he oído hablar con Jean D'Earley en los establos. Ha dicho que tenía que ir a Leinster a solucionar unos asuntos... que lo había dejado de lado demasiado tiempo y que iba a escribir al rey para pedirle su permiso.

Mahelt escuchó al corneta dar la señal y a continuación el chirrido del cabrestante al tirar de la red cargada de toneles de vino. Había estado en Irlanda de pequeña. Su abuela Aoife era hija del gran rey de Leinster y vivía todavía, y Mahelt recordaba la desnuda y fría fortaleza de Kilkenny, su tejado con goteras y sus estancias con olor a humedad. Tenía vagos recuerdos del ajeteo de las reparaciones y de las obras del nuevo edificio que su padre había iniciado, y de la fundación de un puerto en el río Barrow para llevar prosperidad y comercio a Leinster. Y también de la lluvia. Siempre la lluvia, pero su padre la protegía bajo su manto forrada con piel y ella estaba calentita y seca.

—Allí tiene gente que puede encargarse por él —dijo.

—Sí, pero no están haciendo un buen trabajo, y algunos de ellos son hombres del rey Juan. Leinster es la dote de mamá.

Mahelt se encogió de hombros.

—¿Y?

Richard la miró muy serio.

—Es donde mamá tendría que vivir si enviudara.

Mahelt le pegó en el brazo.

—¡No digas eso!

—Hay que afrontarlo. Y eso es lo que está haciendo papá. Ha salvado nuestras tierras normandas para que yo pueda heredarlas. Y ahora tiene que salvaguardar el resto para mamá, Will y todos nosotros.

Mahelt se estremeció y empezó a caminar de nuevo. Se abrazó a sí misma para mantener el calor en su cuerpo.

—Will es el rehén del rey —dijo—. Hay quien nunca vuelve a casa después de haber estado bajo la custodia del rey. Todo el mundo sabe que el príncipe Arturo desapareció mientras era prisionero de Juan. He oído rumores de que Juan lo asesinó... y eso que Arturo era su sobrino. —Arturo había desafiado a Juan para

hacerse con el trono de Inglaterra y el control de Normandía y Anjou con el argumento de que tenía más derechos que él sobre aquellas tierras. Arturo había sido capturado durante la campaña de batallas que siguió a su desafío, había entrado en la torre de Ruan como prisionero y jamás había salido de allí.

Richard la miró un instante con aprensión, pero enseguida se serenó.

—No son más que habladurías. Papá no le habría entregado a Will de pensar que Juan podía matarlo.

—Pero si papá viaja a Irlanda, ya no estaría cerca si pasara algo...

—¿No confías entonces en su buen juicio?

—¡Por supuesto que sí! —Mahelt aceleró el paso, como si caminar a grandes zancadas pudiera servirle para huir de sus miedos, de los cambios que sufriría su propia vida si su padre decidiera finalmente cruzar el mar de Irlanda.

9

Castillo de Framlingham, Suffolk, diciembre de 1206

Un fino manto de nieve empolvaba el suelo como la harina que se derrama de una artesa de amasar. Hugh cabalgaba a lomos de *Ébano*. Perros y caballos abarrotaban el patio, y los hombres se apresuraban a montar con presteza para emprender una cacería invernal de ciervos en la extensa reserva de Framlingham.

El conde intentaba recuperarse de un tirón en la espalda y había declinado salir de caza para disfrutar, en su lugar, del calor de la chimenea y un buen vino especiado y dedicar la jornada a gestionar asuntos de estado. Que los demás trajeran venado fresco a la mesa, si eso era lo que les apetecía. Pero, de todos modos, y envuelto en su capa forrada de piel, salió al patio para despedirlos.

Longespée estaba de visita en el castillo y le gustaba cazar. Su corcel bayo no cesaba de patear y piafar, de menear la cola, y el dueño mostraba un estado similar de impaciencia. Después de regresar cubierto de gloria de su expedición a Poitou, la opinión que tenía de sí mismo era especialmente elevada. Roger intercambió con Hugh una mirada de complicidad. Habían cumplido con su deber en Poitou y salido airoso sin deshonor, pero no buscaban la fama, mientras que Longespée estaba decidido a vivir su vida arrastrando estandartes de gloria.

Roger miró de soslayo a Ralph, que estaba poniendo nervioso a su caballo. Los labios del joven, enrojecidos por el frío, esbozaban una cegadora sonrisa. Llevaba en la cadera una daga larga y un cuchillo más corto. Era la viva imagen de un escudero-soldado y un cortesano, y la instrucción de Longespée había acentuado ambos aspectos.

—Buena caza. —Roger dio una palmada en la grupa del corcel de Ralph.

—Eso espero. ¡Volveremos con venados suficientes para celebrar un banquete!
Roger refunfuñó.

—Confío en que hayas puesto sobre aviso a tu madre y los cocineros. —La llegada de un mensajero desvió su atención. El caballo lucía el blasón de Marshal en las banderolas que colgaban del petral y en la tela que cubría la silla. De pronto, a Roger le entraron más ganas si cabe de sentarse junto al fuego y ocuparse de sus asuntos. A pesar de que el mariscal se había recuperado de la grave enfermedad que había padecido, no había vuelto aún a la corte. Circulaban diversos rumores, pero por lo que Roger había oído parecía seguro que William Marshal partiría de viaje a Irlanda en cuanto hubiera obtenido el permiso del rey Juan. Un paso como aquel tenía implicaciones para cualquier aliado de Marshal. En cuanto la partida de caza cruzó la poterna y emprendió camino a galope hacia el bosque, Roger se retiró al interior del castillo y le dijo a su chambelán que ordenara al mensajero presentarse ante él de inmediato.



A pesar de que había nevado, el terreno estaba blando y el avance resultaba traicionero. Hugh cabalgaba a *Ébano* con sumo cuidado. Una cosa era arriesgar un caballo en plena batalla, cuando tu vida dependía de ello, pero el deporte era distinto, y después de lo que había sucedido con *Flecha*, se mostraba más cauteloso si cabe. Habría preferido quedarse con su padre, pero se esperaba de él que acompañase a Longespée como correspondía a un buen anfitrión. Longespée no lo veía de la misma manera, claro está, aunque había que tener en cuenta que era un hombre capaz de cabalgar a un caballo hasta matarlo con tal de ganar una apuesta. Había cogido ya la delantera y cabalgaba a todo galope, su capa agitándose detrás de él, sus facciones encendidas de encarnizada excitación. Hugh no intentó seguirle el ritmo, consciente de que, de hacerlo, no haría más que aumentar los riesgos.

Los ojeadores habían salido, gritaban, hacían sonar sus cuernos, sacudían la maleza con palos y escobones hechos con ramas para hacer ruido y provocar a la presa hasta obligarla a salir de su escondrijo. Los sabuesos tiraban de sus correas de crin de caballo con la lengua fuera. Sonó de pronto un grito más fuerte y un gamo emergió de entre unos matorrales de avellanos jóvenes y echó a correr, su pelaje un destello moteado de marrón rojizo salpicando los invernales árboles. Los cuidadores de los sabuesos soltaron los perros y los jinetes salieron en su persecución. Hugh tiró de las riendas de *Ébano* al ver que el gamo corría en dirección a la profunda zanja que separaba los lindes de la reserva de caza de los campos de cultivo. Bajó el ritmo y galopó a lo largo de la zanja, fijándose en una parte de ella que se había desmoronado y necesitaba reparación.

El macho volvió sobre sus pasos y salió de estampida de entre los árboles que quedaban a la izquierda de Hugh. Pasó como un disparo por su lado, avanzó brincando a lo largo del filo desmoronado de la zanja y entonces, con un amplio salto lateral, corrió como una flecha hacia el bosque. Sorprendido, *Ébano* se estremeció de miedo y perdió el equilibrio, arrojando a Hugh por encima de su lomo hacia la zanja. Hugh cayó dando tumbos por la escabrosa pendiente enfangada y buscó a tientas un asidero, sin éxito, hasta terminar finalmente en el fondo de la zanja, magullado, falto de aire y cubierto de pegajoso barro. En lo alto del desnivel oía los resoplidos de *Ébano* y el sonido sordo de los cascos del semental pisoteando el revuelto suelo del bosque. Le escocía la muñeca derecha, donde había sufrido un profundo y ensangrentado corte, y las costillas y la cadera izquierda le explotaban de dolor. Hugh trató de envolver la mano con el tejido de la capa, pero poca diferencia obtuvo al estar también cubierta de fango.

La partida de caza pasó velozmente persiguiendo al gamo, primero los perros, desgañitándose, luego los hombres, gritando e incitando a los sabuesos. Hugh había perdido el cuerno de caza con la caída, pero hizo un hueco con las manos y lanzó un grito pidiendo ayuda, sin saber muy bien si con tanto alboroto lograría que lo oyesen. Con gran alivio, escuchó que alguien convocaba a los hombres. Instantes después, aparecía la cabeza de Ralph en lo alto de la zanja.

—¿Hugh?

—¡Aquí abajo!

—Dios mío. ¿Estás herido?

—No. Pero sácame de aquí. ¿Tienes a *Ébano*?

—Sí. ¿Qué ha pasado?

—El gamo ha asustado al caballo y me ha lanzado por los aires. —Hugh no estaba en absoluto cómodo manteniendo aquel intercambio a gritos con su hermano. Se sentía como un idiota. No se caía de un caballo desde que tenía seis años.

—¿Qué pasa? —preguntó con impaciencia la voz de Longespée—. ¡Se nos escapará el venado!

—Hugh se ha caído, pero está bien —dijo Ralph.

Longespée hizo un comentario despectivo que Hugh apenas oyó y a continuación asomó la cabeza y gritó:

—¿Puedes trepar para salir de ahí?

—No, está muy resbaladizo. Necesito una cuerda o una escalera.

—¿Pero estás herido?

—¡No! —espetó Hugh, haciendo caso omiso al dolor que sentía en el brazo y el costado.

—Bien. Enviaremos a alguien a recogerte en cuanto podamos.

Ralph levantó la voz, pasmado.

—¡No podemos dejarlo aquí!

—Y no vamos a hacerlo. Volveremos a buscarlo. —La voz de Longespée sonó

tensa de impaciencia—. De todas maneras, sin una escalera no podemos hacer nada. Enviaré a uno de los ojeadores a por él en cuanto hayamos atrapado esa presa.

—Pero...

—Es una orden.

Hugh escuchó un tintineo de arneses y el sonido de las riendas tirando de los caballos, la partida alejándose, el paso transformándose del trote al galope. Le costaba creer que lo hubieran dejado allí. Realizó varios intentos de trepar la pendiente de la zanja, pero el barro estaba resbaladizo y el ángulo era excesivamente inclinado. No había asideros ni puntos de apoyo para los pies excepto pedazos de hierba seca o terrones de musgo que se deshacían en sus manos. Al final, después de sumar a su cuenta personal unos cuantos rasguños y magulladuras más, desistió en su intento. Se puso en cuclillas, se envolvió con la capa, se caló el sombrero hasta las orejas y se dispuso a sobrellevar la situación.

El cielo empezaba a adquirir los matices del anochecer cuando Hugh oyó por fin que alguien se acercaba. Se sentía rígido como un cadáver que lleva varias horas muerto y el frío invernal le había calado en los huesos.

—¡Hola! —gritó Ralph. Hugh levantó la vista y vio la oscura silueta de su hermano en lo alto de la zanja. Divisó también a su padre y a un par de cazadores más. Le lanzaron una escalera de cuerda que empezó a bambolearse de un lado a otro y a recoger fango y porquería en su descenso. Hugh tenía los dedos entumecidos por el frío y sentía las piernas rígidas como tablas. El dolor de las magulladuras se había asentado en todo su cuerpo y agarrarse a los peldaños, trepar para salir de la zanja y emerger a la luz rojiza del atardecer le supuso un esfuerzo agónico. Cuando su pecho asomó por encima del borde de la zanja, unos brazos fuertes tiraron de él para sacarlo definitivamente de allí.

—Lo siento mucho, nos hemos entretenido con la cacería y Longespée pensaba que podrías salir de aquí por tus propios medios —explicó Ralph, casi sin aliento por el esfuerzo y la desazón.

—¡Pues pongámoslo aquí abajo y veremos cuánto tarda en salir! —Gruñó Hugh—. ¡Me ha dejado aquí expresamente!

—No —contestó Ralph con cierto tono de ansiedad en su voz—. Estoy seguro de que simplemente se ha olvidado del tema con su pasión por la caza. Eso no lo haría nunca.

—¿Que no? —Hugh bajó con profundo desdén.

Su padre le entregó las riendas de *Ébano*.

—¿Crees que podrás cabalgar? —preguntó, mirando las manos llenas de arañazos y barro de Hugh. Aunque no había hecho ningún comentario, era evidente que la actitud de Longespée le había dejado perplejo. A nadie se le ocurriría jamás dejar a un hombre abandonado en aquella situación; cualquiera lo habría sacado de allí. Era el deber y la responsabilidad de todo hombre de honor.

—Me las apañaré —aseguró Hugh con un tenso gesto de asentimiento. Y a pesar

de lo dolorido que estaba, consiguió subir a la silla y emprender el camino de vuelta a casa.

Cuando entró en el salón de Framlingham, arrastrándose y congelado hasta la médula, Longespée estaba tranquilamente sentado en un banco acolchado frente a la chimenea, charlando con su madre. Iba lujosamente vestido con una túnica de lana tan gruesa que la lanilla brillaba como la seda. Un broche de oro relucía en su garganta. Estaba caliente, relajado y bien comido. Su madre le sonreía y lo miraba con adoración. Hugh reprimió el deseo de asesinarlo.

—¿Por qué no has enviado antes a alguien a buscarme? —le espetó—. ¿Cómo en nombre de los ojos ensangrentados de Dios esperabas que pudiese salir de allí por mis propios medios?

Longespée se ruborizó. Hizo un gesto como queriendo disculparse y sonrió como si pensara que Hugh estaba montando un escándalo por algo sin importancia.

—Lo siento; sabía que no te habías hecho daño.

—¿Y cazar venados es más importante que rescatar a un miembro caído de la partida que, además, es pariente tuyo?

—Ya he dicho que lo siento. Ven, siéntate junto a la chimenea; toma un poco de vino caliente. —Señaló la jarra que mantenía al calor junto al fuego. Hugh captó la mirada suplicante de su madre, una expresión que insinuaba que eran como niños peleándose por una broma que uno le había gastado al otro y que debía aceptar la rama de olivo que le tendía su hermanastro.

—Creo que no —replicó—. Tengo que quitarme de encima mis embarrados ropajes y en estos momentos no soy buena compañía. Ruego me disculpéis. —Y con una rígida reverencia hacia su madre, e ignorando por completo a Longespée, abandonó el salón y subió a las estancias privadas de la planta superior. La bañera caliente le estaba esperando y en el fuego hervía una olla de barro con caldo de carne. En una mesita de caballete, junto a la bañera, habían dispuesto pan, vino y un surtido de pastelitos especiados.

Mientras Hugh se desnudaba, la puerta se abrió y cerró en silencio para dar paso a su padre. Era evidente que tampoco a él le apetecía quedarse en el salón a beber vino con su invitado.

—Me tiene por un blando porque no me meto de cabeza en el peligro y porque la canción de la espada es para mí simplemente una más entre muchas. —Hugh puso mala cara al ver el impresionante rasguño enrojecido que tenía en el antebrazo que encajaba exactamente con el desgarrón de su camisa.

—Es porque su padre es un rey y yo no soy más que un conde, porque él es un bastardo y tú naciste en el seno de un matrimonio y duplicas su riqueza —dijo con pragmatismo su padre—. Siempre te envidiaré por tu nacimiento. Pero por el bien de tu madre, acógelo como es debido; ten en cuenta, además, que nos interesa tenerlo en la corte... por mucho que considere completamente inaceptable su conducta en el día de hoy.

Hugh se sumergió en la bañera y empezó a sentirse mejor en cuanto quedó envuelto en un agua perfumada que ablandó sus tensos músculos y alivió sus dolores y magulladuras. El vino estaba caliente y especiado; los pastelitos tenían jengibre y enseguida se recuperó por completo.

—Sé muy bien quién es Longespée —replicó—. Comprendo que lo necesitamos en la corte y sé que mi madre lo adora. Entiendo los motivos por los que es bienvenido en esta casa, pero después de lo de hoy... —Torció la boca por las comisuras y su tono de voz se endureció—. Por el bien de mi madre y por el condado, pienso tolerar su presencia, pero no esperes que frecuente su compañía.

—No espero eso —dijo su padre—. Y me alegro de tener esta oportunidad para hablar en privado contigo, porque tenemos que hablar también de otro asunto.

—¿De qué?

—De tu matrimonio con Mahelt Marshal.

Hugh salió de la bañera, y después de secarse vigorosamente con una toalla, se vistió con prendas calentadas al fuego y se calzó confortables zapatos de cuero de cabritilla.

—¿Por qué? ¿Acaso estás repensándotelo? —le preguntó a su padre mientras se abrochaba el cinturón.

Su padre le regaló una sonrisa torcida.

—Es demasiado tarde para eso. Un compromiso matrimonial es un hecho vinculante y su anulación sería tensa y complicada... y tampoco es eso lo que deseo. —Acarició el collar de piel de su capa—. El mariscal me ha escrito para contarme que tiene planes de viajar a Irlanda en cuanto el rey le dé su permiso. Quiere controlar de cerca Leinster, las tierras de la dote de su esposa. La condesa necesitará ingresos para mantenerse en el caso de que a él le sucediera algo y supongo que, después de su reciente enfermedad, empieza a considerarse mortal.

Hugh llenó de nuevo su copa.

—¿Y cómo nos afecta a nosotros?

Roger acarició la suave piel de ardilla.

—El mariscal no tiene intención de viajar con su hija mayor. Quiere que se quede en Inglaterra y solicita la celebración de tu matrimonio con ella... a ser posible antes de Cuaresma.

Hugh se quedó mirando a su padre con cara de consternación.

—¡Solo faltan dos meses!

—La chica tendrá casi catorce años. Dice su familia que ha empezado ya con sus tandas mensuales, pero que es aún demasiado joven para la maternidad. Han solicitado que protejas su castidad hasta el día de su decimoquinto año.

—Y un matrimonio no consumado siempre puede deshacerse —murmuró Hugh.

—Es algo a tener en cuenta, estoy de acuerdo, pero ellos corren tanto riesgo como nosotros —replicó Roger con perspicacia—. William Marshal quiere ante todo la seguridad de su hija y nos pide que seamos sus guardianes. Un año no es mucho

tiempo y de este modo tendréis tiempo de conoceros antes de compartir lecho, lo cual será para bien y le servirá a ella a fin de tener tiempo para familiarizarse con nuestra forma de ser.

Hugh pensó en la niña de pelo castaño con la que se había comprometido hacía ya dos años. Se imaginaba engatusando a la muchacha y bromeando con ella igual que hacía con sus hermanas menores, pero la idea de cortejarla, y menos aún de compartir cama con ella con fines de procreación, era como hablar un idioma extranjero.

—Tal vez el rey le deniegue a Marshal el permiso para desplazarse a Irlanda.

—Es posible, sí. A Juan no le gustará que se entrometa por allí y perturbe sus intereses. La condesa pertenece a la realeza irlandesa. Conociendo el carácter receloso de Juan, es posible que piense que el mariscal tiene intención de instaurar allí su propio reino.

—¿Y crees que quiere hacerlo?

Su padre se quedó pensativo.

—Creo que el mariscal quiere mantenerse lo más alejado posible de Juan y busca cuidarse de sus propios proyectos porque lleva mucho tiempo descuidándolos. Pero, por otro lado, debe encontrar el equilibrio entre sus propios deseos y lo que el rey está dispuesto a tolerar. Nosotros hemos tenido suerte hasta el momento, pero ha sido única y exclusivamente porque nos hemos mantenido dentro de los límites de aceptación de Juan y no hemos levantado sus sospechas.

Hugh reflexionó sobre las palabras de su padre. El mariscal debía de pensar que tenía muchas posibilidades de conseguir el permiso real pues, de lo contrario, no les habría escrito para solicitar la celebración del matrimonio.

—¿Y si ignoramos la solicitud del conde William?

—No creo que nos interese hacerlo. William Marshal no es tonto. Nos necesita, pero conoce también el valor que este matrimonio tiene para nosotros. No hay muchos hombres con hijas de una categoría comparable. Tendremos que mantener los ojos bien abiertos y estar siempre alerta, eso es todo.

Hugh se acercó al fuego y se agachó para servirse un tazón de caldo caliente.

—Ya me suponía que el mariscal haría algo así después de su enfermedad — reflexionó su padre—. Un hombre prudente debe pensar en el futuro y la seguridad de la siguiente generación. Miró a Hugh con complicidad. —Tu madre y tus hermanas te han educado como es debido en el aspecto doméstico y no me cabe duda de que tus asuntos privados te han llevado a conocer bien a las mujeres. Espero que seas capaz de gestionar como es debido a Mahelt Marshal en el caso de que el matrimonio siga adelante.

Hugh se dedicó a engullir con ganas el caldo para evitar el comentario.

—Tendrá su propia alcoba en Framlingham, naturalmente. Podemos remodelar el solar de la mansión antigua y convertirlo en sus aposentos mientras tu madre se ocupa de aconsejarla y se familiariza con nuestra forma de vida. —Roger, se encaminó hacia la puerta mientras devoraba un pastelito de jengibre—. Longespée no

tardará mucho en irse —dijo—. Confío en tu sentido común para tener la fiesta en paz.

La cara que puso Hugh hizo reír a su padre antes de salir. Hugh se sentó en el banco de la chimenea para terminar su caldo. La idea de un matrimonio inminente le había dejado perplejo. Iba a tener que cargar con la responsabilidad de una joven esposa. De una niña que no era ni su hermana ni su hija y que debía conservar su castidad ante los ojos de todo el mundo. Refunfuñó. Longespée había pasado por una situación similar con Ela y sin duda alguna tendría buenos consejos que darle, pero Hugh no tenía ni la más mínima intención de solicitárselos. Sabía que, de hacerlo, Longespée se comportaría como un tutor que trata de instruir a un majadero, no a un hermano o un amigo.

Levantó la vista cuando se abrió de nuevo la puerta y apareció su madre. Sus delicadas facciones delataban ansiedad.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó—. Cuando me he enterado de que te habías caído me he preocupado mucho. —Posó una mano en su hombro y le estampó un beso en la mejilla.

Hugh se obligó a sonreír.

—Sí, madre; no tengo ninguna herida que revista gravedad.

—Confío en que William y tú solucionéis vuestras diferencias antes de que se marche. No me gusta veros siempre peleándoos. —Sus ojos castaños revelaban preocupación—. Al fin y al cabo, sois hermanos.

Tragarse aquello sin rechistar era demasiado.

—Entonces, tal vez el que debería recordarlo es él. Si Ralph, William o Roger se cayeran en una zanja y no pudieran salir de allí, jamás los abandonaría para irme a cazar venados. Iría personalmente a buscar una cuerda.

—Ya ha pedido perdón —dijo en tono suplicante—. No creo que se diera cuenta de que no podías salir de allí.

—Oh, se dio perfecta cuenta, madre. —Hugh se mordió la lengua. Su madre estaba ciega en todo lo referente a Longespée, y teniendo en cuenta que el origen de aquella ceguera no era otro que el sentimiento de culpabilidad y remordimiento por haberlo abandonado de bebé, jamás recuperaría la vista. Suspiró—. Muy bien, hablaré con él, simplemente para tener la fiesta en paz y por pura diplomacia, pero no me pidas que lo haga por amor fraternal.

Su madre volvió a darle un beso.

—Gracias, me siento orgullosa de ti. ¿Ha hablado tu padre contigo sobre lo de Mahelt Marshal?

—Sí, ya ha hablado conmigo.

A su madre se le formaron unos hoyuelos en la cara.

—Será estupendo volver a tener en casa una chica. Ahora que tus hermanas están casadas, echo mucho de menos este tipo de compañía. Su familia estará lejos y nosotros tendremos que ocupar su lugar. —La sonrisa se esfumó levemente—. Habrá

mucho que organizar si vamos de boda poco después de Navidad. —Por su mirada perdida, Hugh adivinó que estaba echando mentalmente cuentas de manteles y servilletas, copas, salvillas y demás. Pero volvió enseguida a la realidad—. ¿Vienes con nosotros al salón? Necesitamos tu voz para cantar.

Hugh dudó un momento. No era su intención, pero si no iba, quedaría como un maleducado y como un ser incapaz de aceptar como un hombre los golpes duros.

—De acuerdo —dijo con un suspiro de resignación y el resplandor que iluminó el rostro de su madre le provocó una mezcla de lástima y exasperación.

En el salón, le esperaba un espacio en el banco junto al fuego y fue recibido con vítores y brindis de camaradería. Longespée se esforzó por darle la bienvenida, sirviéndole incluso personalmente una copa de vino especiado en vez de que lo hiciera un criado, algo sin precedentes. Hugh sospechó que su hermanastro se daba cuenta de que había ido demasiado lejos e intentaba reparar el agravio.

Al principio, Hugh tuvo que obligarse a sonreír y responder, pero fue relajándose a medida que la velada avanzó y los cantos se volvieron más fervientes. Su voz, espléndida y llena de matices, era muy superior a la de Longespée y todo el mundo se deleitaba con ella, mientras que Longespée tenía que conformarse con sumarse al coro. Aunque fuese una tontería, sirvió para que Hugh se sintiera mejor.

10

Castillo de Framlingham, Suffolk, enero de 1207

Hugh se arrodilló junto a Mahelt en la capilla del castillo de Framlingham para recibir el sacramento. Había deslizado un anillo de boda en el dedo corazón de su nueva esposa, pronunciado sus votos y hecho donación de los nueve feudos que constituían su porción matrimonial. Era muy joven, pero nada tenía que ver con la niña que se imaginaba. Había crecido mucho desde su último encuentro y era más alta incluso que su madre. Su vestido de novia, de delicada seda verde plateada, acentuaba unas curvas de reciente desarrollo y dejaba en evidencia una figura grácil, aunque fuerte.

Hugh estaba inquieto y se preguntaba cómo iba a gestionar su relación con ella. Era una responsabilidad enorme y una nueva etapa de su vida para la que no estaba preparado, y a pesar de que las instrucciones que había recibido en lo concerniente a la conducta que debía tener con su desposada, la situación ofrecía muchas oportunidades de confusión y conflicto. Era su esposa, pero no se esperaba de ella que cumpliera con los deberes de una esposa; era una mujer, pero era todavía una niña. Tenía que ser tratada como una invitada, pero era a la vez miembro de pleno derecho de la familia. Consciente de que el padre de Mahelt estaba mirándolo, Hugh prestó especial atención a cada palabra que pronunciaba y a cada acto que realizaba, por miedo a no tener su aprobación. Era casi como volver a ser adolescente, cuando llevaba ya unos años siendo un hombre hecho y derecho.

El cortejo nupcial salió de la capilla y desfiló por el pabellón hasta llegar al nuevo salón, que había sido decorado con plantas de hoja perenne y cintas para festejar la ocasión. Mesas de caballete vestidas con níveo lino bordeaban el perímetro de la estancia y músicos y artistas vestidos con alegres colores permanecían a la espera para distraer a los invitados durante y entre los varios platos del banquete nupcial.

Los padres de Mahelt partirían al amanecer del día siguiente para regresar a Striguil y preparar su viaje a Irlanda; las celebraciones, por lo tanto, aunque vistosas y espléndidas, no se prolongarían hasta muy tarde.

Entre plato y plato hubo diversiones y baile y Hugh y Mahelt se convirtieron en el foco de atención cuando salieron a bailar una canción de boda, aplastando bajo sus pies las hierbas aromáticas con que habían perfumado los juncos secos y liberando breves instantes de lavanda y romero. Mahelt lanzaba veloces miradas y sonrisas a Hugh. Los ojos de ella le intrigaban, porque aun siendo oscuros, su tono variaba y era como mirar una vasija de tinte con todos los matices oscuros formando remolinos. Su cabello, largo y suelto para proclamar su virginidad, brillaba con el color del roble pulido y lucía lustroso como damasquino. Era algo tímida, pero no insegura. La chica sabía lo que valía.

Bailaron con otros invitados y Hugh se encontró formando pareja con su suegra, la magnífica Isabelle de Clare.

—Me alegro de dejarla en buenas manos —le dijo mientras coincidían en el baile, se separaban y daban media vuelta—. Saberlo supone una carga menos para nuestra travesía del mar de Irlanda.

Hugh hizo una reverencia.

—Será estimadísima por todo el mundo en Framlingham, mi señora madre. —Se le encendió la cara al llamar «madre» a Isabelle, en gran parte porque seguía cautivado por ella.

A Isabelle le hizo gracia.

—Te quería para ella, ¿sabes? —aseguró—. Me alegro de que mi esposo fuera de la misma opinión.

Hugh carraspeó para aclararse la garganta. Se sentía como un cohibido escudero.

—Haré todo lo que esté en mis manos para cuidar de ella, *milady*.

Isabelle le sonrió con cariño.

—Sé que lo harás.

El baile continuó. Hugh formó entonces pareja con su madre, que estaba tensa detrás de su animada expresión, ansiosa por que todo saliese sin contratiempos. La tranquilizó diciéndole que todo iba bien y la hizo reír haciéndola girar sobre sí misma. Sus hermanas, Marie y Marguerite, casadas ambas, le inundaron de consejos serios y maduros. Haz esto, no hagas aquello, muéstrate atento, pero no la agobies. Hazle regalos, pero no la malcríes. Al final, Hugh consiguió escapar y compartir compañía con su cuñada, Ela, condesa de Salisbury, que estaba resplandeciente con un vestido de seda azul bordado con jóvenes leones dorados.

—Ahora somos parientes por ambas partes —bromeó—. Hermanastro de mi esposo y primo por matrimonio a través de vuestra esposa.

—Me alegro de tener este vínculo —replicó Hugh, y hablaba en serio, puesto que independientemente de lo que opinara sobre Longespée, sentía un gran cariño por Ela—. ¿No tenéis palabras de sabiduría que compartir conmigo en el día de hoy?

Ella le sonrió con mucha dulzura.

—¡Estoy segura de que estaréis más que empachado en este sentido!

Hugh rio.

—Ya sé todo lo que no tengo que hacer, aunque no corro peligro de acercarme lo suficiente a mi esposa para ser puesto a prueba. Apenas si he tenido ocasión de hablar con ella y tampoco sabría qué decirle si surgiera la oportunidad.

—Por supuesto que sabríais. —Le dio unos golpecitos en el brazo—. Mis palabras de sabiduría, por si queréis escucharlas, son que dejéis que el tiempo se encargue de poner las cosas en su sitio.

Hugh resopló.

—El tiempo hasta ahora ha ido muy por delante de mí, pero intentaré mantenerme al corriente de dónde se supone que debo estar.

Longespée llegó en aquel momento y reclamó a su esposa con una mano posesiva. Hugh hizo algún comentario forzado a su hermanastro y se excusó para ir en busca de su desposada.

No había rastro de ella en el salón, tampoco fuera. Un invitado que se había dado un atracón vomitaba sobre los emparrados, poblados con escasas rosas de invierno. Hugh, moviendo la cabeza, atravesó el patio en dirección al edificio más antiguo de la casa, donde Mahelt tenía sus aposentos, subió al solar por la escalera exterior y abrió la puerta.

Mahelt estaba sentada en la cama, haciéndole mimos a aquel extraño perro de tres patas que había traído consigo desde Striguil.

Levantó la vista e inspiró hondo.

—He... he venido a ver qué tal estaba *Tripas*. —Tenía las mejillas encendidas como el escaramujo—. Lleva mucho tiempo aquí encerrado.

—Me parece muy bien que os preocupéis por el bienestar del perro —dijo muy serio Hugh—. Sé que ahora todo os resulta extraño, pero confío en que vayáis acostumbrándoos.

—Sí —contestó ella, con una expresión de duda en su mirada.

Hugh hizo un gesto para abarcar su entorno.

—Podéis disponer esta habitación como más os guste. Todo el mundo hará lo posible para que os sintáis bienvenida.

Ella asintió con seriedad.

—Gracias.

Se oyeron pasos en la escalera y, acto seguido, Richard Marshal asomó la cabeza por la puerta.

—Andan buscándote, Matty. —Los miró a ambos.

—¿No puedo siquiera venir a ver a mi perro sin que me vayan detrás? —Lanzó una mirada furibunda a su hermano—. ¿No puedo ni tener un encuentro en privado?

—Seguramente —dijo Hugh, andándose sin rodeos—. Las lenguas y las opiniones están hoy más ocupadas que los mayales en tiempo de trilla.

Mahelt se puso en pie y alzó la barbilla. Le ordenó a *Tripas* que se quedara donde estaba y se encaminó hacia la puerta como una reina, su vestido verde plateado brillando como el agua. Hugh se dio cuenta de que, con el pulgar y el índice, detenía a hurtadillas una lágrima y sintió una punzada de compasión. Pobre muchacha. No tenía ni siquiera un refugio donde acudir para llorar un buen rato y liberar la tensión. Sin decir nada, se hizo a un lado y con cortesía le indicó que avanzara por delante de él.

—Tal vez sería mejor que acompañarais a vuestra hermana hasta el salón —le dijo a Richard.

El joven se ruborizó de pura turbación.

—En ningún momento he pensado que estuvierais haciendo nada deshonesto.

Mahelt le lanzó a su hermano otra mirada, esta vez de furioso reproche.

—Por supuesto que no —replicó Hugh, tratando de limar asperezas, sabiendo perfectamente bien que Richard había acudido allí con ese propósito—. Pero ella es vuestra hermana y sé que deseáis que el acuerdo al que se ha llegado se respete en todos los sentidos. —Le indicó la puerta.

Mortificado, Richard extendió el brazo hacia Mahelt y ella lo enlazó. Hugh inclinó la cabeza a modo de saludo y esperó para seguirlos a corta distancia.

—Lo siento —murmuró Richard sin apenas abrir la boca—. Solo quería asegurarme de que estabas bien.

—Eres un tonto —masculló ella entre dientes—. Pues claro que estoy bien. Además, me parece que es un poco tarde para preocuparse por el estado del honor de los Bigod, ¿no crees?

—Te echaré de menos —murmuró con abatimiento Richard—. Jamás pensé que diría una cosa así cuando nos peleábamos de pequeños, pero es verdad. ¿Quién va a decirme ahora lo bobo que soy?

El precario control de Mahelt amenazaba con abandonarla.

—No digas nada más, Richard. ¡En el nombre de Dios, no lo hagas! Me harás llorar y no quiero que ni mi nueva familia ni nuestros padres me vean con lágrimas en los ojos. ¡Es una celebración alegre!

—Por supuesto que lo es. —El entusiasmo de su voz sonaba igual que un toque de difuntos.

—¡Pues entonces no seas idiota! —Le dio un rápido abrazo que él le devolvió en forma de apretujón en toda regla—. Yo también te echaré de menos. —Su hermano era como un oso y pensó que la presión acabaría aplastándole las costillas. «No lloraré —se dijo—. *Jamás lloraré*».

Había empezado un nuevo baile y Richard la guio durante los primeros pasos, para pasarla a continuación a su padre. Mahelt fijó la sonrisa en sus labios, por mucho que el corazón le doliera y lo único que quisiera hacer fuera aferrarse a la seguridad de su infancia y no soltarla.

—Cariño —dijo su padre, y le acarició la cara—. Me siento orgulloso de ti.

Se obligó a sonreírle, como si aquel fuera el momento más feliz de su vida, y confió en que su padre no percibiera la humedad de las lágrimas bajo sus dedos. Y él le devolvió la sonrisa. Su mirada era cálida y triste a la vez. Era su rostro, aunque cubierto con la máscara del cortesano. Decidió que sería como él, y que nadie conocería ni su ansiedad ni su dolor.

Su padre la pasó a Hugh con delicadeza.

—Cuida de ella —pidió, su voz emanando de lo más profundo de su pecho.

—Daría la vida —respondió Hugh, y Mahelt notó los dedos de su esposo entrelazándose con los de ella, la mano en su cintura para levantarla y saltar. Se dejó llevar, ligera y ágil, y cuando volvió a depositarla en el suelo, fue en un lugar distinto a donde estaba antes, no entre su hermano y su padre, sino entre Hugh y su suegro, como si el cambio de posición en el baile fuese también un cambio de familia.

Framlingham, febrero de 1207

Mahelt miró por la ventana de su cámara mientras cerraba el broche sobre el cuello de su vestido. La mañana de febrero era templada y luminosa, una burlona precursora de la primavera que estaba aún a más de un mes de distancia. Los primeros corderitos blancos se tambaleaban ya junto a sus madres y las tardes habían empezado a alargarse.

Estaba acostumbrándose lentamente a su nueva vida, aunque muchos de sus aspectos le resultaban incómodos y extraños. La casa de los Bigod era muy distinta a la de los Marshal y a pesar de que todo el mundo se mostraba muy amable con ella, echaba en falta ser el centro de atención y la niña de los ojos de su padre. No podía ser la niña de los ojos de Hugh mientras no fueran verdaderamente marido y mujer, ni tampoco conseguía conocerlo debidamente como pareja porque siempre iban escoltados por algún chaperón. Hugh se había marchado hacía dos días para ocuparse de unos asuntos en Yorkshire, de modo que en aquel momento no gozaba de su compañía. Recelaba del padre de Hugh, con quien no le unía un vínculo de afecto; su actitud hacia ella delataba deber y responsabilidad. Se mostraba protector, pero también estricto en relación a los lugares que cada uno ocupaba en su casa. A su entender, si todo el mundo conocía el sitio que le correspondía, todo funcionaría sin problemas, pero si alguien se desviaba del papel que tenía asignado, cundiría el caos.

Mahelt alisó su vestido, salió de su cámara y atravesó el patio en dirección a la parte nueva del castillo y el solar de la condesa Ida, que dominaba los jardines y la laguna. Ida estaba sentada con un bastidor tejiendo un cordón. Sus damas se ocupaban en otras labores y las contraventanas estaban abiertas para que la luz de la mañana iluminase los tejidos y resaltase sus colores. La escena le recordó a Mahelt su casa. Aquello podría ser casi la cámara de su madre en Pembroke o en Striguil. Aun siendo competente, las labores que exigían tanta dedicación no eran muy del gusto de

Mahelt. Prefería actividades más dinámicas, que ofrecieran recompensas más rápidas, aunque por otro lado, tejer y bordar le servía para ponerse al corriente de los chismorreos del castillo y descubrir qué compañías cultivar y cuáles evitar.

Mahelt se acercó a Ida y la saludó con una reverencia.

—Señora madre. El nombre le sonaba aún extraño a los oídos.

Ida le dio un beso en la mejilla y cogió con delicadeza el extremo de la toca de seda de Mahelt.

—Es preciosa.

—Pertenece a mi abuela, la princesa Aoife —explicó Mahelt—. La llevó cuando se casó con mi abuelo, Richard Strongbow.

Ida asintió en un gesto de aprobación.

—Me parece muy bien legar estas cosas a la familia. —Le señaló su labor, con un dibujo repetitivo del escudo rojo y amarillo de los Bigod, adornado con un cordón dorado—. Estoy haciendo un nuevo cinturón para el conde.

—Es muy bonito. —Mahelt admiraba la experiencia de Ida y confiaba en que no se esperara de ella que crease labores de una categoría similar.

Ida estaba radiante de satisfacción.

—Creo que sí. —Una ráfaga de brisa entró por la ventana y agitó los tapices de la pared. Mahelt lanzó una melancólica ojeada hacia el arco de luz y olisqueó el aire fresco como un sabueso.

Ida siguió la dirección de su mirada.

—Ven —le dijo con una determinación repentina—. Quiero que veas lo que hay más allá de nuestros muros. En esta época del año, el buen tiempo es un regalo que no podemos desperdiciar. Además, no quiero que pienses que te tenemos prisionera.

Cuando Ida utilizó la palabra «prisionera», Mahelt sintió por un instante su impacto en lo más profundo de su ser. Pensar en Will, que seguía como rehén del rey, en sus padres en la lejana Irlanda y en Hugh de viaje a Yorkshire le produjo una mareante sensación de soledad. Los muros protegían, pero podían también confinar.

—Me gustaría mucho, madre.

—Que Dios te bendiga, hija. —Ida la abrazó. Ordenó a sus damas que continuaran con sus labores y envió un mensajero a los establos con la orden de ensillar los caballos. Despachó también un chico para informar al conde de que salía con Mahelt para enseñarle el dominio y, al cabo de un rato, ambas mujeres pasaban al trote por debajo del rastrillo de la entrada del castillo y tomaban el camino que las conduciría a la laguna. Iban bien abrigadas con calientes capas y cabalgaban a horcajadas como si fueran de caza, en lugar de utilizar sillas de plataforma lateral, que habría sido la elección correcta en circunstancias formales.

—Hace mucho que no hago esto —dijo Ida, pensativa—. Demasiado, de hecho.

Mahelt miró a su alrededor, disfrutando de poder estar de verdad en el dominio en lugar de limitarse a contemplarlo por encima de los muros del castillo.

—Solía montar casi a diario cuando estaba en casa... quiero decir, antes de

casarme.

Ida no dio muestras de haberse percatado del comentario acerca de su «casa» y de su posterior corrección.

—¿Con tu madre?

—A veces, pero normalmente con mis hermanos o mi padre. Pasábamos juntos revista del dominio. Respirar aire puro estaba muy bien y servía para evitar que los caballos se anquilosaran.

La mirada de Ida se iluminó con un destello de picardía.

—Somos propietarios de los mejores caballos de toda Inglaterra —aseguró—. No me gustaría que se anquilosaran por falta de ejercicio.

En cuanto se adentraron en la reserva, Ida y Mahelt animaron a sus monturas a pasar del trote a un medio galope. Matorrales, arboledas y bosques daban cobijo a los venados, mientras que amplias superficies de prado ayudaban a la reproducción de la liebre y generaban una amplia diversidad de hábitats. Encantadas, las mujeres alentaron a los caballos para correr al galope. Mahelt disfrutó con ganas de la sensación de velocidad, del viento contra la cara, de los terrones de tierra que levantaban los cascos. Ida tenía las mejillas sonrosadas y de pronto empezó a reír a carcajadas, su sonido alto y claro, el fantasma de una mujer mucho más joven.

Al llegar a un arroyo, con aguas tan transparentes como un cristal castaño, desmontaron para beber ahuecando las manos. El bajo de los vestidos se oscureció al entrar en contacto con el riachuelo y los nudillos cobraron color hasta quedar doloridos por la frialdad del agua. Los escuderos que las escoltaban se quedaron atrás e intercambiaron miradas entre ellos, provocando la risa de Ida y Mahelt.

—Ah —dijo Ida—. Tenemos que venir por aquí en verano con cañas de pescar y una cesta para comer al aire libre.

Mahelt se mostró fervorosamente de acuerdo. Recordaba con cariño jornadas así en las mansiones de Hamstead y Caversham, cuando las obligaciones de su padre le permitían un poco de tiempo libre.

Más allá de la luminosa reserva de caza, Ida le mostró los campos oscuros de rica tierra cultivable que pronto sembrarían con el trigo de primavera. El cielo, claro y despejado, parecía no tener fin, y Mahelt se sintió sobrecogida aun sin quererlo. Estaba acostumbrada a la majestuosidad de las montañas y a los encarnizados halos de las puestas de sol por detrás de las colinas galesas, pero aquella fría luz oriental tenía un esplendor propio y regio. Las amplias extensiones de tierra y cielo le hicieron darse cuenta del poder de la familia con quien se había casado. No tenían tantos castillos o feudos de caballeros como su padre, no tenían una provincia en Irlanda o dominios en Normandía, pero poseían grandes extensiones de tierra de labranza fértil y productiva. Poseían territorios en la costa con buena pesca, salinas y puertos comerciales. Ida le explicó los beneficios que obtenían del trigo que cultivaban y lo importante que era para la economía del dominio. Le enseñó la yeguada de caballos purasangre, los elegantes sementales, las vacas, los cerdos y las

aves de corral.

—No pienses que te pasarás la vida hilando y tejiendo en el cenador —le dijo Ida—. También hay asuntos de las tierras que controlar.

Su voz escondía un matiz de dureza que le hizo preguntarse a Mahelt si Ida era infeliz con lo que le había tocado en suerte. Sabía que su suegra había sido en su día amante del viejo rey y que había vivido en la corte. La vida que llevaba ahora era tan distinta que debía de haberle exigido un periodo de adaptación.

Cuando regresaron a Framlingham, Mahelt se enteró de la llegada de un mensajero de su padre con cartas para el conde y para ella. Su carta iba acompañada por un bolsito bordado que contenía un rollo de cinta roja de seda para el pelo y un marco de plata. Los regalos, sin embargo, eran el edulcorante de la noticia que obligó a Mahelt a sentarse de golpe en el banco de la chimenea y a llevarse la mano a la boca.

—¿Qué sucede? —Ida corrió a su lado.

Mahelt movió la cabeza de un lado a otro, angustiada.

—El rey ha tomado también como rehén a mi hermano Richard... antes de que partieran rumbo a Irlanda. —Miró a su suegra con los ojos llenos de lágrimas y rabia—. El rey Juan piensa que mi padre es un traidor, pero no lo es, ¡en absoluto!

—¡Por supuesto que no lo es! —Ida abrazó a Mahelt—. Querida mía, tiene que haber un error.

Mahelt se estremeció de asco.

—¿Por qué lo hace? No tiene ningún derecho a llevarse a mis hermanos. ¡Le odio!

—Tranquila, ahora tranquilízate. Todo saldrá bien —Ida miró a sus damas y con su expresión las alertó de no comentar nada sobre el tema fuera del cenador. Estaba horrorizada. Resultaba perturbador, aunque comprensible, que Juan se hubiese llevado al chico mayor de los Marshal. Roger decía que el rey estaba en su derecho y que William Marshal había jugado con fuego en lo referente al asunto de sus tierras normandas. Pero llevarse también a su segundo hijo... eso era pasarse de la raya. Evidentemente, Juan no quería que los Marshal viajaran a Irlanda, pero el padre de Mahelt le había hecho caso omiso y había partido de todos modos. ¿Dónde acabaría todo aquello? Era posible que incluso hubiera repercusiones en su propia familia. ¿Y si Juan le exigía como rehenes a sus hijos?

—No, no saldrá bien —Mahelt apretó los dientes—. ¡Jamás saldrá bien!

—Ven conmigo —dijo Ida—. No puedes hacer nada, excepto pedirle ayuda a Dios. Él te escuchará.

Mahelt dejó que Ida la acompañara a la capilla donde se había casado hacía tan solo unas semanas. Observó los pilares pintados, las velas encendidas en el altar, la estatua de la Virgen y el Niño sonriendo con fatua serenidad. Si Dios estuviera realmente escuchando, pensó, atravesaría a Juan con un rayo. Pero pensó también que Dios necesitaba a menudo la mano del hombre para que sus planes dieran sus frutos,

y que tal vez fuera cierto que Dios ayudaba a aquellos que se ayudaban a sí mismos.



—Me he enterado de lo de vuestro hermano; lo siento —dijo Hugh.

Mahelt movió la cabeza en sentido negativo mientras *Tripas*, que le llevaba la delantera, olisqueaba el terreno.

—No sé por qué el rey se porta así con mi familia. No es justo y no es razonable. —Se frotó los brazos. Había vuelto a hacer frío, pero el cielo estaba claro y despejado. Paseaban el uno al lado del otro en el jardín de recreo instalado debajo del muro oeste del castillo. Hugh había regresado aquella mañana de su viaje, tres días después de que ella recibiera la nefasta noticia sobre Richard.

—Vuestro padre es un hombre poderoso —aseguró Hugh—. El rey lo quiere en la corte para poder controlarlo y aprovecharse de sus sugerencias y consejos. Tened en cuenta que Juan pierde a uno de sus hombres más importantes, tal vez para mucho tiempo. Vuestro padre, además, ha estado casi todo el año pasado alejado de la corte.

—Porque ha estado enfermo —protestó Mahelt.

—Cierto, pero Juan no sabía hasta qué punto estaba enfermo de verdad. Seguramente lo interpretó como una evasiva. Mientras vuestro padre esté en Irlanda, pondrá sus intereses por encima de los de Juan. Lo más probable es que el rey piense en todos los regalos y recompensas que le ha dado a vuestro padre y haya llegado a la conclusión de que no ha recibido a cambio lo que se le debía, sobre todo después de todo ese asunto de la lealtad con los franceses.

Mahelt echaba chispas por los ojos.

—Mi padre no toma como rehenes a los hijos de sus vasallos cuando van a visitar sus dominios. Ni el vuestro. ¿Por qué tendría que ser diferente el rey?

—Estáis hablando de dos cosas distintas. —Hugh la miró, consciente de que se mostraba expresamente obtusa porque no le gustaba lo que él estaba haciéndole notar—. Para empezar, lo que se juega él no es tanto. Un señorío no es una provincia, ni un país, y nuestros padres no son de carácter receloso, como el rey. Para Juan, el viaje de vuestro padre a Irlanda es una traición, una muestra de que no tiene tiempo para él. Vuestro padre es tan poderoso y popular que podría amenazar el trono si así lo decidiera. —Hugh levantó la mano al ver que Mahelt se disponía a discutirle sus palabras—. Yo ya sé que no lo haría, pero Juan lo ve de otra manera. Pensad que vuestro padre se ha ido a Irlanda para barrer para casa a costa del rey.

—Si el rey se sale con la suya, acabará sin tener casa alguna en la que barrer —replicó Mahelt—. Se inmiscuye constantemente en nuestras tierras y va usurpándonos

poco a poco derechos y privilegios. ¿Por qué no podría ir mi padre a Irlanda? Leinster es de mi madre. No está robándoselo a nadie. ¡Es Juan el que se hace con lo que no le pertenece!

—Vuestro padre es un hombre fuerte, capaz de cuidar de sí mismo, incluso contra el rey —observó Hugh sin alterarse—. Y vos aquí estáis protegida porque tenemos una fuerza similar. No permitiremos que os pase nada.

A Mahelt se le pusieron los pelos de punta al captar el tono de humorística paciencia de su voz. No era una niña y no le gustaba que la engañasen.

—¿Y mis hermanos? ¿Quién los protegerá?

Hugh movió la cabeza en un gesto de negación.

—No creo que corran ningún peligro. Vuestro padre tiene aliados; en la corte hay hombres que se encargarán de cuidar de ellos. Baldwin de Béthune por un lado, mi hermano William Longespée por el otro. Es pariente vuestro por matrimonio y consanguíneo mío.

Cuando empezó a reflexionar sobre lo que acababa de oír, la inquietud de Mahelt fue menguando hasta convertirse en un dolor apagado, pero el malestar no desapareció por completo.

—Deberían estar con su familia, no convertidos en rehenes por capricho del rey. ¿Diríais lo mismo si fueran vuestros hermanos los cautivos?

Hugh se rascó la barbilla.

—Supongo que tendría en cuenta estas cosas, pero tal vez tengáis razón: pensaría más en ello.

Mahelt se estremeció.

—Los monstruos no desaparecen por mucho que vivas rodeado de muros de protección.

—Sí, pero saber a qué tipo de monstruo nos enfrentamos ayuda a defenderse de él. Sé que pensáis que le resto importancia al hecho de cuidar de vos, pero os soy sincero, quiero que os sintáis segura en Framlingham.

—Me siento segura. —Se ablandó lo suficiente como para mirarlo de soslayo.

—Bien. —Le sonrió y Mahelt sintió un resplandor en su pecho. Se preguntó cómo sería ser esposa en todo el sentido de la palabra, y no una simple esposa a la espera. Con aquella idea, el resplandor se extendió hacia la parte superior de su cuerpo hasta convertirse en rubor. De pronto, tuvo necesidad de moverse. Se apartó de él, cogió una ramita de uno de los parterres y se la lanzó con todas sus fuerzas a *Tripas*. Cuando el perro correteó para ir a buscarla, ella salió tras él, animándolo con voz alegre.

Hugh la observó jugar con su mascota y sonrió ante su volátil cambio de humor. Apreció su coordinación y su ágil elegancia, con una fuerte oleada física en sus entrañas y el placer del ojo de un artista. Y sintió también compasión. Mahelt se estaba viendo obligada a madurar con rapidez y superar aquel dolor tenía que ser complicado. Se prometió en silencio protegerla lo mejor que pudiera y hacerle fácil la

transición. Y aquella decisión lo embargó con un cálido sentimiento de posesión. No solo era su responsabilidad, sino que sería también su recompensa.

12

Framlingham, mayo de 1207

Era día de costura. Mahelt estaba sentada con su bordado, marcando sus puntadas con determinación, pero escaso entusiasmo. Era una pérdida de tiempo y cundía poquísimo, pero por lealtad a Ida y con el fin de ser una buena nuera, se aplicaba en la labor. Una de las pocas ventajas de la tarea era que le daba tiempo para perderse en sus pensamientos, recordar a Hugh y soñar despierta con su sonrisa y sus intensos ojos de color azul mar.

Llevaba los tres últimos meses disfrutando de su compañía y cuando él tenía que ausentarse se sentía desvalida. Casi todos los días salían juntos a cabalgar y pese a que los criados o los acompañantes estaban inevitablemente presentes, había momentos en los que conseguían estar a solas; de hecho, se había convertido en una especie de juego. A veces, cuando iban a pasear con los perros, él la cogía de la mano y balanceaban los brazos al unísono; Hugh, además, no se lo tomó a mal cuando *Tripas* le destrozó a mordiscos sus mejores zapatos de piel de cabritilla.

Hablaba con ella de música y poesía. A menudo le leía fragmentos de la colección de libros de la familia: fábulas de Esopo, historias del rey Arturo, los romances de María de Francia. Le encantaba escucharlo leer por el doble placer de oír el relato y por la riqueza de su voz, que abrazaba las palabras y les daba vida.

Hoy llevaba prácticamente la mañana entera encerrado con su padre y sus hermanos para hablar de asuntos relacionados con el condado. La atmósfera era tensa, aunque delante de las mujeres apenas se había hecho mención de nada. Cuando Mahelt intentó especular con Ida acerca de las preocupaciones de los hombres, su suegra movió la cabeza en señal de advertencia.

—Déjalos —dijo—. Ellos se ocuparán del tema; y sabrán lo que tienen que hacer. —Mahelt no estaba tan segura. Su madre decía que los hombres siempre creían saber

lo que tenían que hacer, lo cual no era exactamente lo mismo.

Había dejado ya la aguja y estaba mirando por la ventana de la cámara de Ida cuando la reunión finalizó. Los hermanos de Hugh, Roger y William, habían salido al patio y se encaminaron resueltamente hacia los establos. Y lo mismo hizo un mensajero, corriendo con una bolsa colgada al hombro. Instantes después, Hugh entró en la habitación con prisas. Las criadas saludaron su entrada con una reverencia. Ida dejó la labor.

—¿Qué sucede?

Mahelt se puso tensa. Cuando el señor de la casa se encerraba con su séquito y sus hijos para celebrar una reunión, y cuando un hombre entraba en la estancia de costura de las mujeres con tantas prisas, siempre significaba que había problemas.

Hugh se llevó las manos al cinturón, a lado y lado de la hebilla.

—Nada... —dijo, observando la estancia como si fuera la primera vez que estaba allí.

El «nada» era también típico. A continuación, vendría un «pero».

—... pero tenemos que sacar de Framlingham algunas cosas, solo por una temporada. —Se acercó al armario de los tejidos y abrió las puertas—. Tus sedas, mamá, y los mejores ovillos de lana y las piezas de lino. Quédate solo aquello que necesites de inmediato. Miró de nuevo a su alrededor, como haría un predador para olisquear una pista. Nos llevaremos también los cortinajes de cama buenos y esa escena de caza. —Señaló un valioso tapiz bordado procedente de Flandes—. William y Roger han ido a buscar a los carreteros y a los responsables de las bestias de carga.

—¿Pero por qué? —Ida se quedó mirando alarmada a su hijo y se plantó frente al armario con los brazos abiertos, como si quisiera proteger a un bebé.

Hugh respiró hondo.

—El rey ha ordenado un impuesto de un decimotercio sobre todos los bienes muebles y los ingresos que devenguen. Nadie queda exento y sus funcionarios están autorizados a realizar inspecciones y verificar cuentas. Hemos oído decir que han confiscado el castillo de Richmond porque Ruald FitzAllan, su condestable, no quiso declarar sus propiedades.

Ida se quedó en blanco.

—No entiendo nada.

Hugh señaló con un gesto los rollos de tela, las sedas que brillaban como aguas de todos los colores, los linos apagados y sutiles.

—Tenemos que poner a salvo nuestros bienes antes de que lleguen los inspectores del *sheriff*. ¿A cuánto crees que asciende un decimotercio de esa tela dorada? ¿O del tapiz? ¿O de esas copas con rubíes y cristales de roca? Siempre hemos pagado nuestras cuotas, pero esto es llegar demasiado lejos. Si no lo escondemos todo ahora, acabarán exigiéndonos miles de marcos.

—¿Ahora? —Ida estaba consternada—. ¿Te refieres a hacerlo en este mismo momento?

Hugh asintió.

—Sí. No tenemos ni idea de cuánto tiempo disponemos antes de que vengan, y hay que tener presente que Framlingham es uno de sus objetivos.

—¿Dónde pensáis llevároslo? —El problema despertaba el interés de Mahelt, más que sorprenderla. El rey exigía tributos constantemente. Además del impuesto sobre escudos que todo el mundo pagaba para proporcionar soldados, Juan había exigido cuatro años atrás un arancel de un séptimo sobre todos los bienes muebles.

—Lo mejor es repartirlo —dijo Hugh—. Si lo almacenamos todo en un solo lugar y nos pillan, más nos valdría no habernos tomado la molestia y tendríamos que pagar una multa además del tributo. —Enumeró con la ayuda de los dedos el nombre de diversas instituciones religiosas patrocinadas por la familia—. Llevaremos algunas cosas a Thetford, otras al convento que fundó la abuela en Colne. Y luego están Hickling, Sibton y Walton. Lo repartiremos entre todos esos sitios.

—Pero si dejamos Framlingham desnudo, sospecharán, a buen seguro —advirtió Mahelt—. A lo mejor deberíais esconder solo «levemente» algunos objetos buenos, nada de excesivo valor, para que puedan encontrarlos con facilidad y de este modo perder la pista.

La mirada de Hugh se iluminó con una expresión de aprobación.

—Vamos a hacer justo eso. Pondremos señuelos, pero de momento tenemos que empezar a retirar cosas.

—Os ayudaré —dijo Mahelt con impaciencia. Se adhería con pasión a cualquier cosa que frustrara los planes de Juan.

Hugh sonrió.

—Sois una auténtica esposa Bigod.

Mahelt se ruborizó.

Pasó el resto de la mañana ayudando a cargar carretones con telas y ajuar de la casa, con tapices, copas, bandejas de plata y todo tipo de objetos que los funcionarios del rey pudieran considerar bienes muebles. Disfrutó con el trabajo mientras su esposo sonreía con indulgencia. Incluso su suegro rio sin poder evitarlo cuando vio que Mahelt ordenaba a los criados subir un ataúd a un carromato con el fin de proteger sus adornos de marquetería. El conde era del parecer de que las mujeres debían quedarse en el cenador y preocuparse tan solo de asuntos domésticos, pero el entusiasmo y las indiscutibles dotes organizativas de su nuera, eso sin mencionar su juvenil brío, lo llevaron a mostrarse tolerante.

Ida se limitó a mirar, entretenida con tanto movimiento, pero mostró también su chispa de testarudez cuando su esposo quiso llevarse un determinado rollo de seda roja, que insistió necesitaba para su siguiente proyecto. Se plantó delante de la tela, la barbilla levantada y su mirada pidiendo guerra, retándole a arrebatársela. El conde refunfuñó algo sobre la terquedad de las mujeres y lo que iba a costarle aquello, pero Ida se salió con la suya. Mahelt se imaginó que el conde había capitulado al final porque se le ocurrió que la estimada pieza de seda roja podría ser uno de los señuelos

en el caso de que se presentaran en casa los agentes del rey.

Cuando las carretas estuvieron cargadas, Hugh ordenó a su mozo de cuadras que ensillara a *Ébano* y le dijo a Mahelt que se preparase también para el viaje.

—¿Qué podría ser más natural que trasladar mi casa a Thetford y presentar mis respetos a la tumba de mis antepasados? —preguntó—. El hecho de que haya mujeres presentes sumará veracidad para cualquiera con quien podamos cruzarnos por el camino. El padre Michael, vuestra doncella y mis hermanos viajarán con nosotros y serán testigos de que cumplo con mi promesa de castidad.

Mahelt no necesitó que se lo dijeran dos veces y corrió a preparar su arcón de equipaje. Ida, con una triste sonrisa, acudió a ayudarla.

—Esto se quedará demasiado tranquilo sin ti. —La miró compungida—. ¡Sobre todo con el armario de las telas tan vacío!

—Serán solo unos días. —Mahelt, por impulso, abrazó a su suegra y recibió a modo de respuesta un abrazo el doble de fuerte.

—Te deseo bienandanza —dijo Ida cuando Mahelt salió casi volando de la habitación. Era como un potrillo patilargo, joven, vibrante y llena de vida. Ida suspiró. Era increíble la rapidez con que el río arrastraba a todo el mundo aguas abajo hasta el mar. Salió entonces al patio para despedir las carretas y pensó en lo guapo que estaba Hugh ayudando a subir a la silla a su sonriente y emocionada esposa-niña. Que Dios les diera felicidad, deseó, y tuvo que secarse las lágrimas con la manga del vestido. Se acercó un poco a su esposo, que observaba la marcha del cortejo con las manos en las caderas y los labios fruncidos.

—Confiemos en que el buen tiempo se mantenga —dijo.

Ida se quedó mirándolo, pensando que era un comentario romántico por su parte.

El conde chasqueó la lengua contra el cielo de su boca.

—No me gustaría nada que una de esas carretas se quedase atascada en el fango y empezaran a hacer preguntas.

Con un suspiro, Ida regresó a su desolado armario de las telas.



En cuanto llegaron a Thetford, trasladaron a la casa del prior los bienes designados. Escondieron las piezas destinadas al sacrificio de tal modo que una inspección moderadamente enérgica acabara encontrándolas. La mayor parte del tesoro fue a parar a un escondite seguro donde, a menos que dejaran el priorato reducido a escombros, nunca sería descubierto. Mientras Hugh y sus hermanos cenaban con el prior y negociaban con diplomacia un precio a cambio de salvaguardar los bienes,

Mahelt recibió a las esposas de los dignatarios de Thetford en la casa que los Bigod poseían en la otra orilla del río. Había visto y ayudado tantas veces a su madre en circunstancias similares que actuó con espontaneidad y disfrutó de la oportunidad de ser ella la única responsable del acto, en lugar de ir a remolque de Ida.

Cuando regresaron Hugh y sus hermanos, acababa de marcharse la última invitada de Mahelt y las criadas estaban recogiendo los restos para dispensarlos a modo de limosna.

—Tampoco les gusta ese tributo del decimotercio —le explicó Mahelt a Hugh mientras él se despojaba de la capa y tomaba asiento junto al fuego—. La mitad de ellas me ha contado que han escondido cosas u omitido declarar todas sus pertenencias.

Hugh enarcó las cejas, sorprendido.

—¿Os lo han contado?

Mahelt se echó a reír.

—Hablando en sentido contrario. Se ha hablado mucho sobre todo lo que *tienen...* dando a entender todo lo que estaban dispuestas a mostrar y declarar.

Refunfuñó él con sorna.

—Si tenemos en cuenta este criterio, saben perfectamente que no estamos en Thetford por el simple hecho de visitar los restos de tu abuelo. Saben que hay algo más. Pero necesitan nuestro mecenazgo y nos consideran aliados contra una injusticia, razón por la cual estamos seguros.

Hugh se cruzó de brazos.

—Os gusta todo esto, ¿verdad?

Le lanzó ella una mirada llena de orgullo y trató de disimular su inseguridad levantando la barbilla.

—Me educaron para escuchar y observar, y para luego cribar y discernir el verdadero significado de palabras y acciones.

Hugh miró por encima del hombro. Sus hermanos se habían retirado para charlar un rato y compartir una copa de vino. Los criados estaban ocupados. Se volvió de nuevo hacia ella, le acarició la cara con el dorso de la mano y la besó justo allí donde acababa de acariciarla, prolongando el beso un instante para disfrutar del delicado sabor a agua de rosas de aquella piel bajo sus labios.

—No pienso preguntaros qué habéis interpretado a partir de esto —dijo—. Deseo simplemente vuestra aprobación.

Mahelt le miró con picardía.

—Me siento satisfecha de satisfaceros, milord —respondió. La mirada de los ojos de Hugh y la sensación de sus labios en su mejilla desencadenaron un hormigueo en todo su cuerpo. Casi confiaba en que volviera a hacerlo, pero él abandonó aquel momento de intimidad y se sumaron a sus hermanos, que seguían junto a la chimenea.



En cuanto regresaron de Thetford, Hugh tuvo que partir de inmediato hacia Yorkshire para depositar con discreción más bienes familiares. Tenía que asegurarse de que el decimotercio no creara un agujero en sus ingresos.

Mahelt se entristeció al verlo marchar. Las jornadas de su viaje de ida y vuelta a Thetford, donde pasaron tres días, habían cambiado su relación. Había descubierto que flirtear con Hugh, y que él le correspondiera, suponía un pasatiempo delicioso. Entrelazar los dedos con él cuando se sentaban junto a la chimenea a contar historias y cantar le provocaba escalofríos. Las manos de Hugh no eran tan grandes ni potentes como las de su padre, pero tenían fuerza y elegancia. Cuando durante su última comida en Thetford habían tenido que compartir un plato de madera, sus hombros se habían rozado y de haber ella movido la pierna un poquito, habría entrado en contacto con la de él. No lo había hecho, pero le habría gustado. Hugh había compartido con ella bocados de su comida y Mahelt había notado los dedos de Hugh acariciándole los dientes, y podría haberlo mordido de haber querido hacerlo. Cuando ella le había correspondido limpiándole la salsa que le manchaba la comisura de la boca, para luego chuparse el pulgar, él se había ruborizado y ella había notado que se le alteraba el ritmo de la respiración. De camino de vuelta a casa, Hugh había mantenido más distancia entre ellos, pero incluso así hubo cabida para las bromas, las risas y más canciones. Oh sí, le encantaba el embriagador placer de flirtear. Framlingham sería un lugar muy aburrido sin él, cuando tuviera que conformarse con soñar despierta.

Los funcionarios del rey visitaron el castillo y el padre de Hugh dio su palabra en lo concerniente a sus bienes y enseres y se mostró dadivoso con los hombres ofreciéndoles la oportunidad de buscar donde quisieran.

—No tenemos nada que esconder —dijo, abriendo los brazos.

Mahelt fue un modelo de recatada diligencia mientras los funcionarios inspeccionaban la cámara de su suegra. Cuando Ida abrió el armario de las telas, dejó al descubierto varios rollos de lino de uso diario, una lana verde de buena calidad y la espléndida seda roja, que se había reducido a un cuarto del que fuera su tamaño original. *Tripas* gruñó y enseñó los dientes a los hombres. Su collar de cordón rojo combinaba en tono con el magnífico vestido de seda que su joven ama lucía.

—Solo tiene tres patas —dijo con descaro Mahelt a los hombres—. Ya ha pagado sus tributos.

Cuando se hubieron marchado, Mahelt miró de reojo a Ida y ambas estallaron en carcajadas. En parte fue para liberarse de la tensión e incluso de la rabia que les había provocado que el rey fuera capaz de enviar a sus hombres a registrar incluso sus

alcobas y rapiñar en nombre de su avaricia. A Mahelt le dio mucha lástima que *Tripas* no les hubiera mordido los tobillos.

—Me pregunto cuánto tardaré en tener de nuevo el resto de mis telas en casa — dijo Ida con un nostálgico suspiro.

Mahelt frunció el entrecejo y reflexionó sobre el problema.

—Os bastará con comprar un poco más en Norwich para salir del apuro — replicó, y su respuesta reinició las carcajadas de Ida. Al final, se serenó y agitó un dedo regañándola con sorna.

—Mejor que te cambies, hija mía, si es que piensas ayudarme esta tarde a preparar queso.

Una semana después recibieron la noticia de que su casa en Thetford y el priorato habían sido registrados y que habían descubierto y confiscado un conjunto integrado por cuatro copas de plata y una jarra. El conde Roger estaba satisfecho de sí mismo porque esperaba que los hombres del rey descubrieran también el tapiz flamenco, pero era evidente que no habían buscado muy a fondo. Pero no por ello relajaron su estado de alerta. Era imprescindible mantenerse en guardia.



Mahelt estaba sentada en su alcoba arreglándose el pelo. Había estado cabalgando por el dominio y se había adentrado en un denso bosquecillo siguiendo a los perros. Se le había enganchado una rama en la toca y a punto había estado de arrancársela de la cabeza. En el incidente había perdido un par de horquillas de oro y había regresado a Framlingham en un estado desarreglado que había contrariado a su suegro. En su opinión, pasaba demasiado tiempo cabalgando por puro placer, cuando lo que tendría que hacer era implicarse más en las tareas domésticas. Había replicado a su mala cara con una rápida reverencia y se había retirado a sus aposentos para acicalarse, no sin antes rechazar la ayuda de su doncella, Edeva, que, como era habitual, estaba escandalizada. A veces Mahelt tenía la sensación de vivir rodeada de gallinas, que se pasaban el día cloqueando y ahuecando las plumas, por mucho que su intención fuera ser maternas con ella y acogerla bajo sus alas.

Estaba pasándose el peine por sus fuertes y sedosos mechones cuando se abrió la puerta y entró Hugh. Se detuvo en seco y se quedó mirándola, absorbiendo su melena completamente al descubierto con el pulso acelerado. Mahelt se incorporó de un brinco con un grito de alegría y corrió hacia él.

—¡Hugh! ¡Oh, qué bien que estéis ya de vuelta!

La rodeó por la cintura y la levantó en volandas. No pudo resistirse a acariciarle

el cabello. Su longitud le fascinaba; su brillo, su fuerza y su intenso color. Las mujeres nunca lucían el pelo suelto excepto en sus aposentos privados y verlo de esta manera era un privilegio exclusivo del esposo.

—¿Dónde está Edeva? —La soltó y miró a su alrededor.

Mahelt agitó la cabeza.

—Oh, estaba como siempre, charlando sin parar, y la he enviado a ayudar a vuestra madre. —Se sentó de nuevo en la cama y continuó acicalándose—. Me he enmarañado cuando he salido a dar una vuelta a caballo —le explicó—. He llegado hasta el bosquecillo que hay al otro lado de la laguna siguiendo a los sabuesos, que habían olido el rastro de un zorro, y una rama baja me ha destrozado la toca.

Hugh se agachó para darle unas palmaditas a *Tripas*, que se tumbó patas arriba a modo de invitación para que le rascase la barriga.

—Veo que habéis estado ocupada durante mi ausencia —dijo secamente.

Mahelt hizo una mueca.

—Aunque nos dejasteis vacío el armario de las telas, siempre hay cosas que hacer. Esta mañana me he escapado un momento porque mi caballo estaba anquilosado y necesitaba galopar.

—¿Y vos no?

—Un poco —reconoció con una sonrisa—. Vinieron los hombres del rey, ya lo sabéis.

—Sí, me escribió mi padre contándomelo.

—¿Visitaron el resto de mansiones?

Asintió él.

—No encontraron nada. Buscaron a fondo, pero no pudieron conmigo. Estoy acostumbrado a ahuyentar lobos. —Soltó el perro, se sentó en la cama. Le cogió el peine y empezó a cepillarle el pelo—. Es como una cascada oscura —dijo en voz baja.

Mahelt cerró los ojos y se recostó dejándose llevar por los delicados tirones del peine y el suave gesto de seguimiento de sus manos. Se volvió entonces hacia él, levantando el rostro hacia su muda invitación. Su beso fue una mínima caricia en su frente y sus pómulos. Contuvo la respiración, deseosa de que hiciera algo más, esperando que aquel momento se prolongara eternamente.

Le retiró el pelo de la frente con la punta del pulgar y buscó sus labios. Mahelt cerró los ojos y se dejó llevar por el placer de ser besada y saber cómo devolver el beso. Era como sujetar una mariposa, pensó, y sentir el delicado movimiento de sus alas rozando la palma de la mano.

Se tendieron en la cama y él siguió acariciándole el cabello entre besos que no fueron más allá de una delicada iniciación. No hubo juego de lenguas, ni urgencia húmeda y apremiante. Pero, aun así, mientras él le acariciaba su cabello en toda su longitud, rozó también las partes del cuerpo que la melena cubría: su cintura, su brazo, la curva de su pecho. El dedo pulgar acarició el pezón, una y otra vez. Mahelt

se deshacía casi con aquellas caricias. La cabeza le daba vueltas y sentía en el cuerpo una cálida pesadez, como si estuviese drogada con una languidez lenta que se concentraba en su entrepierna y la obligaba a volverse hacia él. Tal vez fuera inocente, pero no era ingenua y quería más.

Al otro lado de la ventana, uno de los mozos de cuadras le gritó alguna cosa a un compañero y Elswyth, la lavandera, se sumó a ellos con una estridente risotada y un comentario irónico sobre una buena y rígida vara de lavar.

Hugh echó la cabeza hacia atrás, jadeante. Lo que había empezado como un breve y tierno momento de bienvenida estaba convirtiéndose muy rápidamente en otra cosa. Había jurado no consumir el matrimonio hasta la primavera, pero se interponía ante ello el hecho de que aquella chica era su esposa; tenía las curvas de una mujer y su respuesta no era precisamente la de una niña. Pero no quería que su primera vez fuera un encuentro con prisas, escuchando pasos y los comentarios groseros de los criados que se filtraban por la ventana. Tenía que ser con honor. Una cosa era cortejarla y guiarla poco a poco por el camino de la felicidad en el lecho matrimonial —estaba en su derecho—, y otra muy distinta romper un juramento.

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, volvió a besarla, de forma breve y juguetona esta vez y, alejándose de sus brazos, se levantó.

—Venid —dijo—. Cubríos el cabello antes de que pierda la cabeza por completo. Tengo algo para vos... un regalo del norte.

Mahelt se pasó la lengua por los labios, su expresión confusa y desorientada.

—Os lo he traído por vuestro padre y por el padre de vuestro padre, aun antes que él —le explicó atrayéndola y tendiéndole la mano—. ¿No queréis verlo?

Abandonó a regañadientes la cama y se acercó a la puerta. Enlazó las manos por detrás del cuello de él y lo abrazó.

—¿No podéis traerlo aquí? —Apoyó la cabeza contra su pecho. Hugh cerró los ojos y tragó saliva. Permanecer allí de pie no era más seguro que estar acostados y se encontró de nuevo presionando cadera contra cadera, su imaginación amotinándose.

—Podría —dijo, con la voz congestionada—, pero sería complicado. —Con determinación, se hizo a un lado y cogió el sombrero y la toca de encima de la cama—. Apresuraos o se nos hará la hora de cenar.

—Tendréis que ayudarme... a menos que queráis que llame a Edeva.

Hugh rio entre dientes.

—No creo que fuera buena idea.

Se trenzó y se recogió el pelo y entre los dos lo sujetaron con horquillas y el tocado para que lo cubriera en su totalidad. Sofocados aún por el deseo, empezaron a reír y los ánimos se calmaron. En cuanto Mahelt hubo recuperado la decencia para abandonar la alcoba, Hugh enlazó con firmeza su mano derecha y, liberado por poder escapar de allí, tiró de ella para salir de la estancia y cruzar el patio. De las cocinas emanaba un rico aroma a carne y el sonido de un cucharón chocando contra las paredes de un caldero sugería que la cena era realmente inminente.

Un pequeño poni picazo y regordete ocupaba uno de los compartimentos de los establos. Su copete cubría la mitad de su cara y la punta de su espléndida cola negra acariciaba el mullido lecho de paja del suelo.

Mahelt miró a Hugh de soslayo.

—¿Para mí? —dijo.

Hugh se mordió el interior de la mejilla al verla tan confusa.

—El otro día estuve leyendo una carta de estatutos de tiempos de vuestro abuelo. Decía que el mariscal tenía el privilegio de quedarse con todos los caballos moteados que se capturasen en batalla. Sé que no he ido a la guerra, a menos que consideréis como campaña nuestros esfuerzos por no pagar tributos indebidos, pero he pensado que siendo descendiente del mariscal, sería un regalo apropiado.

Mahelt empezó a batir palmas y estalló en carcajadas.

—¡Oh, Hugh, sois un bribón! ¡Es precioso! —Cogió un puñado de avena de un contenedor de grano y extendió la palma de la mano. El poni lo hizo desaparecer al instante con glotonería y antes de que le diera a ella tiempo a coger más, el animal se encaprichó de repente de su recién recompuesto tocado y tiró de él con los dientes. Chillando de risa, Mahelt luchó por liberarse. Hugh empezó a reír, primero entre dientes y luego con más fuerza, al ver aquel terco tira y afloja. Cuando Mahelt consiguió liberar la tela del alcance del poni y soltarse, el remate del tocado estaba lleno de babas y copos de avena a medio masticar y Hugh se partía de la risa sin poder evitarlo. Llevándose las manos al estómago, Mahelt cayó sobre él, las lágrimas rodándole por las mejillas. No pudo resistirse a volver a besarla hasta verla sonrosada y ruborizada, y cuando por fin se detuvo para coger aire, vio al muchacho encargado del establo saliendo por la puerta, la mirada recatadamente baja. Hugh comprendió con retraso que el cuerno que anunciaba la cena debía de haber sonado sin que ellos lo oyeran. Con prisas, se apartó para alisar su túnica y ayudó a Mahelt a recomponer el tocado, aunque poco podía hacerse con el desastre causado por el poni.

Su entrada al salón, aturullada y con retraso, fue presenciada por una estancia llena de encantados comensales. Hugh, con la cabeza muy alta, ascendió a la tarima como si el momento no conllevara circunstancias adversas, mientras Mahelt caminaba a su lado con la dignidad de una reina, aunque él notó que estaba temblando y no se atrevía a mirarla por miedo a echarse de nuevo a reír.

En la mesa, caballeros y séquito intercambiaron miradas y hubo alguna que otra risilla disimulada y comentarios. El conde, con los carrillos colorados, cerró la boca con fuerza y no dijo palabra mientras la pareja ocupaba sus puestos. Ida lanzó a Mahelt una mirada reprobatoria.

—Tienes la espalda del vestido llena de paja —susurró con virulencia—. ¿Qué has estado haciendo?

Mahelt se ruborizó mientras se enjuagaba los dedos en el lavamanos.

—Hugh me ha traído un poni de Yorkshire. Estábamos en los establos.

—¿No has oído el cuerno de la cena?

Mahelt negó con la cabeza y explicó que el poni se había querido comer su tocado y enseñó como prueba de ello el extremo manchado y rasgado de la prenda. Dio la impresión de que Ida se sentía aliviada, pero, con todo y con eso, posó una mano de advertencia sobre la muñeca de Mahelt.

—Solo pensamos en tu bienestar, querida, y en el honor de ambas familias. Las promesas son sagradas.

—Sí, madre —dijo sumisamente Mahelt, aunque se sentía dolida. ¿Por qué todo el mundo tenía que pensar siempre lo peor? ¿Por qué no podían dejarlos tranquilos a ella y a Hugh?

El plato principal era cordero aderezado con una ácida salsa de menta, un festín excepcional, puesto que el cordero no solía matarse por su carne. Pero se necesitaban pieles para fabricar pergamino y se habían sacrificado una docena de machos sobrantes. Hugh y Mahelt intercambiaron cómplices y sonrientes miradas mientras los comensales empezaban a comer. Hugh trinchó la carne —tostada por el exterior, rosada y succulenta por dentro— en el plato de madera que compartían. Mahelt cogió primorosamente una loncha fina entre el dedo índice y el pulgar, la sumergió en la salsa de menta, mordió la mitad y le ofreció a Hugh la otra mitad. Le respondió él de la misma manera. Compartían también la copa, bebiendo ambos por el mismo lugar. Mahelt sabía perfectamente bien que su suegro la observaba con desaprobación. Con la sangre ardiendo de deseo y rebeldía, le ofreció expresamente un nuevo bocado a Hugh.



Terminó la cena. El aroma a cordero asado persistía todavía en el ambiente y todo el mundo se sentía grasienta y confortablemente lleno. Ida decidió llevarse a Mahelt a coser un rato para de este modo vigilarla. El conde observó su partida con mirada cínica y volcó su enfado en Hugh, que se había quedado con él en el salón.

—Sé que acabas de regresar de Yorkshire y que la ausencia aumenta el cariño, pero deberías cuidar más tu conducta —masculló.

—¿Padre?

—No me mires con esa inocencia. Estás intimando demasiado con la chica. Realizamos una promesa a sus padres y estamos obligados por honor a cumplirla. Nadie podrá decir jamás que los Bigod rompieron la palabra dada. Si tienes necesidades, satisfazlas en otras partes. Ya sabes a qué me refiero.

Hugh se ruborizó.

—No hemos hecho nada indecoroso —aseguró con frialdad.

Su padre enarcó las cejas.

—¿Y llegáis de los establos cubiertos de paja?

—Eso no ha sido...

—Y lo que es más, he venido a buscaros antes de la cena y he visto las marcas de dos cuerpos en su cama, no de uno. ¿Qué delata eso de tu conducta e intenciones?

—Es mi esposa. No he hecho nada con ella más allá de los besos. —La voz de Hugh se tensó de rabia—. ¿Acaso no nos está permitido un poco de noviazgo?

El conde se desabrochó el cinturón porque le presionaba en exceso el estómago.

—En el salón puedes cortejarla todo lo que te venga en gana, o si salís a montar con compañía, o si os escoltan tu madre y sus damas, pero no en los establos, y tampoco a solas en su alcoba... y, sobre todo, no en la cama. Y no quiero tener que repetir esta conversación contigo, ¿entendido?

—Perfectamente, padre —dijo Hugh, tensando la mandíbula, sintiéndose como el niño que recibe una regañina por haber robado pasteles de la cocina.



Mahelt estaba cosiendo en la cámara de Ida, zurciendo su maltrecha toca. No se había hablado de nada, pero Mahelt percibía una atmósfera generalizada de reproche, y a pesar de sentirse todavía alterada e inquieta, estaba esforzándose para reparar lazos rotos. Cuando Hugh entró en la estancia, continuó cosiendo y apenas levantó la vista; sus mejillas, no obstante, se ruborizaron. Hugh saludó formalmente a su madre y se sentó un momento para hablar con ella en voz baja. Fuera lo que fuese lo que le dijo, sirvió para disipar la tensión de Ida, que le dio un beso y una palmadita en la mejilla. Hechas las paces, se acercó al asiento junto a la ventana donde Mahelt seguía sin levantar la vista de su labor.

—Dice mi padre que tenemos que ser más cuidadosos con nuestra conducta —suspiró—. Supongo que tiene razón.

Mahelt entró en ebullición. ¿Por qué tenía que meterse su suegro? Se preguntó si el viejo conde habría conocido alguna vez la dulce intensidad del cortejo y el deseo. No se lo imaginaba. Lo que estaba claro era que últimamente no frecuentaba el lecho de la condesa y que prefería disponer de su propia alcoba y dedicarse a sus fueros y sus cuentas.

—¿Siempre hacéis lo que él os dice? —le preguntó en tono desafiante.

—Cumpló con mi deber y le obedezco —respondió Hugh sin alterarse—. ¿Acaso no hacéis vos lo mismo con vuestro padre?

Mahelt cerró la boca con fuerza, su interior rebelándose. No le gustaba nada que

los mirase todo el mundo, que los juzgasen para establecer con precisión lo que tenía que ser una conducta adecuada y correcta. Ida había dicho que no quería que en Framlingham se sintiese como una prisionera, pero a menudo sí se sentía así.

—En este caso, imagino que tendremos que hacer lo que él nos diga... —replicó con un profundo suspiro, antes de mirarlo con picardía—... en público. —Se levantó para ir a preguntarle a Ida algo sobre el bordado, asegurándose de que su pierna rozara la de Hugh al pasar por su lado.

Hugh, experimentando una perplejidad típicamente masculina ante las formas y las artimañas de las mujeres, huyó del cenador en busca de la compañía más franca y directa de sus hermanos y de los asuntos del dominio, que, por lo menos, no escondían complicaciones.

13

Framlingham, septiembre de 1207

Con un delantal de lino atado a la cintura y el cabello recogido bajo una toquilla, Mahelt sumergió el cucharón en el copioso caldero de potaje de cerdo y judías y vació el contenido en el tazón que le tendía la esposa de un vaquero. La mujer la saludó con una reverencia y una tímida sonrisa y continuó hacia la mesa donde estaban dispuestas las barritas de pan blanco. Mahelt introdujo de nuevo el cucharón en el caldero y sirvió a la siguiente mujer de la cola. Era tradición que por San Miguel los arrendatarios del dominio asistieran a un banquete y fueran servidos por el señor y su familia. Mientras el conde y sus hijos repartían comida a los hombres, la condesa y sus damas servían a mujeres y niños.

Mahelt estaba disfrutando de la ocasión. Aquello era mucho mejor que la costura. Reconocía y recompensaba a la gente por su diligencia y su trabajo duro y a cambio recibía su gratitud y su buena voluntad. Era un deber que le salía con naturalidad y que desempeñaba tan bien que se convirtió incluso en la mediadora de su suegro, que le obsequió hoy con una sonrisa. El herrero había acudido al acto con su gaita, otro había traído un tambor, y varios niños y adolescentes habían unido las manos para empezar a bailar. Mahelt observaba la escena sonriendo. *Tripas*, escondido bajo la mesa de la comida, roía satisfecho un hueso de jarrete.

Hugh se tomó un respiro y dejó por un momento de servir y trinchar carne para dar una vuelta, con un paño de senescal colgado del hombro y sus ojos azules brillantes de satisfacción. Mahelt le devolvió la mirada y una oleada de alegría le recorrió el cuerpo. Se mostraban más mesurados desde la advertencia de su suegro sobre su conducta, pero el juego del cortejo no había cesado. El día anterior habían salido a cazar y él la había ayudado a fijar el halcón en su muñeca. Su proximidad, la sensación de los dedos de él sobre su piel, percibir su respiración acelerada antes de

que se apartara de su lado había sido en conjunto una experiencia deliciosa. Y todo ello bajo los ojos vigilantes de su padre y dentro de los límites del decoro.

—Estáis haciéndolo muy bien, mi señora esposa —dijo Hugh con una sonrisa.

—Estoy divirtiéndome mucho. —Sumergió de nuevo el cucharón y se lo acercó a él para que pudiera probar el guiso.

—Y yo también. —Lo cató sin apartar sus ojos de ella y, pese a ser un intercambio normal, estaba también lleno de contenido e insinuaciones. Mahelt se ruborizó. Con retraso se dio cuenta de que su suegro estaba observándolos y tuvo que reprimirse para no sacarle la lengua. Vio también un mensajero a su lado, bebiendo sediento de una taza de loza. Mahelt recuperó el cucharón y continuó con su labor. Hugh, de buen humor, cogió el recipiente vacío de manos de la niña que aguardaba en la cola, se lo acercó a Mahelt para que lo llenara y se lo devolvió a la pequeña con una exagerada reverencia. La niña rio y le lanzó una tímida mirada por encima del hombro al continuar su camino. Hugh siguió ayudando a Mahelt y las mujeres de la cola empezaron a darse codazos entre ellas.

Las risas se interrumpieron con la llegada del conde. Mahelt sintió un escalofrío de ansiedad. Era casi tan alta como su suegro; él no podía mirarla físicamente desde arriba, pero incluso con aquel paño sobre el hombro, su presencia y su poder eran impresionantes.

—Tengo que hablar contigo —le dijo a Hugh, lanzándole a Mahelt una mirada de soslayo que ella no comprendió en absoluto. Se imaginó que iba a reprenderla de nuevo, y le supo mal porque su comportamiento había sido excelente. Sabía cómo lo haría: regañaría a Hugh y esperaría que luego Hugh, como marido, la riñera a ella.

Hugh inclinó la cabeza para disculparse ante su último cliente y le apretó secretamente la mano a Mahelt antes de alejarse de las mesas para seguir a su padre.

Mahelt continuó sirviendo potaje de cerdo, forzando ahora su sonrisa y pensando en la que le iba a caer. No era justo. Cuando todo el mundo estuvo servido, dejó el cucharón en el interior del caldero y se quitó el delantal.

Se le acercó entonces Ida, que seguía con su delantal.

—Lo has hecho de maravilla. —Estaba resplandeciente y le dio un beso—. Me siento orgullosa de ti. Tienes talento de verdad. —La miró entonces con picardía—. Me juego lo que quieras a que prefieres esto que la costura.

—No os lo negaré —dijo Mahelt, tratando de seguir la conversación con ella pero tremendamente distraída.

Ida miró a la gente reunida a su alrededor.

—Es estupendo tener jornadas para el recuerdo como esta.

—Sí —concedió Mahelt, aunque no quería vivir de recuerdos. Quería vivir el presente y el momento. Vio que Hugh regresaba y su expresión preocupada confirmó sus temores, sobre todo cuando Ida encontró de repente un motivo para ausentarse.

Mahelt miró a Hugh y se dispuso a defender su posición.

—Ven. —Hugh la cogió del brazo y la arrastró hacia un banco, echando a los dos

niños que estaban allí sentados rematando las costillas de cerdo—. No es lo que piensas.

—¿Y qué es entonces?

—Acaba de recibir noticias de la corte... de mi hermano Longespée. —Le cogió las manos con expresión sombría—. Vuestro padre está en Inglaterra. El rey lo ha convocado para que regrese de Irlanda.

Se había preparado para defenderse de las nimias manías de su suegro, pero las palabras de Hugh la dejaron pasmada. No sabía si estar feliz o aterrorizada.

—¿Por qué? ¿Ha regresado también mi madre, y mis hermanos y hermanas?

Hugh negó con la cabeza, muy serio.

—No, ellos siguen en Irlanda. Pero vuestro padre ha sido convocado en presencia del rey para rendir cuentas de una disputa que se produjo entre él y Meilyr FitzHenry.

Mahelt ladeó la cabeza.

—Estoy al corriente de esa disputa. Es uno de los motivos por los que mi padre tuvo que ir a Irlanda. Meilyr FitzHenry ha estado robándonos tierras y había que detenerlo antes de que nos quedásemos sin nada. —Sus ojos se oscurecieron de rabia—. Que sea el justicia de Irlanda y cometa actos de latrocinio contra los hombres decentes es un crimen.

—FitzHenry también ha sido convocado a la corte, así como algunos vasallos de vuestro padre en Irlanda... pero me temo que hay dificultades.

Mahelt empezó a sentir frío.

—¿Qué tipo de dificultades?

Hugh suspiró.

—FitzHenry ha saqueado Newton, el puerto de vuestro padre, y ha atacado a sus hombres y sus posiciones.

—¡El muy bastardo! —Mahelt enderezó la espalda, sus ojos echaban chispas—. ¡Maldito cobarde! ¿Cómo osa? —La rabia y el miedo se apoderaron de ella—. Mi padre no permitirá que una acción así quede sin castigo. ¡No lo consentirá!

—Ha dejado a sus mejores hombres para proteger a vuestra madre y a vuestros hermanos y hermanas —dijo Hugh para tranquilizarla—. Jean D'Earley está al cargo de la situación y es un hombre fuerte y leal hasta la médula. —No quiso añadir que su padre estaba retenido en la corte, completamente impotente. El mariscal no podía regresar a Irlanda sin el permiso de Juan y, entre tanto, los secuaces de FitzHenry podían causar estragos como les viniera en gana. El rey no solo tenía ahora como rehenes a los dos hermanos de Mahelt, sino que además retenía a su padre. El conde estaba muy preocupado por las posibles implicaciones, y Hugh estaba inquieto por Mahelt. ¿Quién sabía en qué acabaría todo este asunto? Era evidente que para doblegar al mariscal no bastaba con aquello, pero los sucesos dejaban patente lo peligroso que podía ser estar en el bando erróneo con un rey desconfiado y vengativo.

—Vuestro padre saldrá adelante —aseguró, sin permitir que su rostro evidenciara sus dudas—. Es un gran hombre. Vos estaréis protegida en Framlingham. Aquí nada

ni nadie os hará ningún daño.

Mahelt se encogió de hombros, puesto que eso le daba igual. Quería combatir. De repente, los festejos, los cánticos y los bailes que se desplegaban a su alrededor le parecían una tontería y haber estado sirviendo a aquella gente con el cucharón, una pérdida de tiempo, porque con ello no estaba ayudando a su padre. El odio que sentía hacia Juan era tan fuerte que le agriaba el estómago.

El rostro de Mahelt se desfiguró casi. Observar y esperar era una experiencia peor incluso que la costura. Su inagotable energía y su impaciencia la hacían desesperarse por hacer algo. Y saber que eso era imposible la volvía loca. Se puso de pie bruscamente, necesitaba moverse, y echó a andar a toda velocidad, con zancadas masculinas, deseosa de haber sido hombre y poder coger una espada para cortar en pedazos a sus enemigos.

Se detuvo por fin al llegar a la laguna, sus pies casi en los juncos que bordeaban el agua. Ahuyentó con su llegada a una familia de ánades reales, que empezaron a graznar, asustados. Mahelt cerró la boca con fuerza. La presión le había provocado un fuerte dolor de cabeza y le escocían los ojos. Hugh la había seguido y, sin decir palabra, le pasó el brazo por los hombros.

—El rey no se saldrá con la suya —dijo Mahelt entre dientes—. Juro que no. — Se volvió hacia el consuelo de su pecho y hundió la cara en la suave lana azul de su túnica.

14

Thetford, Norfolk, octubre de 1207

Un mes más tarde, el conde Roger trasladó por unos días a Thetford a toda la familia y Hugh aprovechó la oportunidad para ir a cazar al bosque con sus hermanos y los caballeros de la casa y abastecer de carne fresca a la mesa.

Desde que había recibido la noticia del regreso de su padre a Inglaterra, Mahelt había sabido poco más acerca de la disputa con el barón Meilyr FitzHenry. El debate continuaba y su padre seguía obligado a mantenerse clavado en la corte, donde Juan lo controlaba de cerca.

Después de pasar una hora ejercitando a su yegua, Mahelt desmontó justo en el momento en que hacía su entrada en el recinto un buhonero montado en una versión de mayor tamaño de *Pastel*, el poni blanco y negro que Hugh le había regalado. De su cesta colgaban varias pieles de gato y, aunque sus calzas estaban tintadas de caro color escarlata, se veían arrugadas y deshilachadas. Apestaba a humo y a suciedad incrustada, resultado de varias semanas de viaje. Mahelt intentó evitarlo y entrar directamente a la casa, pero el hombre se cruzó en su camino, se despojó de su grasiento sombrero y la saludó con una reverencia. Y acto seguido le hizo entrega de un pergamino doblado y lacrado que guardaba bajo el ala.

—*Lady Bigod*, un joven señor que encontré en el camino me ha pedido que le entregue esto. Me ordenó que os dijera que un león siempre será un león, y más aún si pertenece a un Marshal.

Mahelt guardó rápidamente el pergamino en su cinturón, por debajo de su capa, y miró a su alrededor para ver si alguien había sido testigo del intercambio, pero el buhonero había elegido bien el momento y el mozo de cuadras estaba atendiendo ya a su caballo.

—Gracias —dijo sin aliento—. Pide pan y cerveza^[4] en las cocinas y diles que

lady Bigod ha ordenado que te den bien de comer.

—*Milady*. —Hizo otra reverencia, concediéndole una vista de los piojos que paseaban por su pelo, antes de salir corriendo hacia las cocinas.

Mahelt subió enseguida a su habitación, rechazó con un impaciente chasquido de dedos la presencia de Edeva y tomó asiento en la bancada de la ventana para leer el contenido del pergamino. *Tripas* se encaramó de un salto a su lado y se hizo sitio para acicalarse. Mahelt se quedó mirando los borrones del escrito, que sin duda alguna habían sido compuestos con prisas, y rio mientras se secaba las lágrimas. Su corazón, sin embargo, empezó a acelerarse en cuanto leyó el contenido. Will, bajo custodia del hijo de su carcelero, John FitzRobert, y acompañado por un caballero de la corte llamado Robert Sandford, iba de camino al norte y pasaría la noche siguiente en Edmunsbury. Le pedía que se reuniese allí con él. Se mordió el labio, pensativa, pues era bastante más fácil decirlo que hacerlo.

Se acicaló, colocó el tocado en su debido lugar, se alisó el vestido procurando que no quedara a la vista ningún pelo de perro y se aseguró de que su aspecto fuera recatado y correcto. Adoptó un aire comedido, respiró hondo y salió en busca de su suegro.

Estaba ocupado con sus escribas en su alcoba, pero le indicó con señas que pasara a la pequeña estancia e interrumpió la discusión que mantenía en aquel momento.

—¿Hija? —Levantó las cejas—. ¿Va todo bien?

—Sí, padre. —Con el corazón en un puño, Mahelt le mostró la carta de Will y le pidió permiso para ir a ver a su hermano.

Su suegro unió las manos bajo su barbilla y la examinó de arriba abajo con sagaces ojos grises.

—Creo que no —dijo por fin, su voz tranquila pero imperativa—. No es lugar para mujeres, sobre todo para una joven inocente como tú. No puedo prescindir ni de hombres ni de caballos para esta escapada. Y recibir cartas privadas de vagabundos que andan de paso es indecoroso, no es la conducta que me esperaba de la esposa de mi hijo.

Mahelt lo miró con desesperación.

—¡Pero Will es mi hermano! ¡No lo he visto desde que fue hecho rehén!

El conde se mostró implacable.

—Lo siento, pero ante todo tengo que velar por tu seguridad y por los intereses de mi familia, y eso significa controlar de manera estricta todo lo que aquí sucede. No quiero que nadie ponga en entredicho esta casa. Puedes verte con tu hermano, eso está claro, pero en público y decorosamente. Eso que propones me suena a clandestino. Y podrían muy bien haberte tendido una trampa.

—¡Por favor! —le imploró Mahelt—. ¡No podéis negármelo, no podéis!

—Puedo hacerlo y lo haré, hija —replicó con frialdad—. Te sugiero que vuelvas a tu habitación, te tranquilices y reflexiones sobre el tema de la obediencia.

Aunque a veces con esfuerzo, Mahelt siempre había logrado manejar a su padre a

su antojo, y a Hugh podía engatusarlo hasta cierto punto. Pero su suegro no tenía la más mínima rendija en su armadura. Era férreo. Se despidió con la acostumbrada reverencia y salió corriendo de la habitación. Él se quedó mirándola a través de ojos entrecerrados y continuó con lo que tenía entre manos, aunque sin dejar de tenerla presente.



El crepúsculo otoñal era ya cerrado. Hacia el oeste, el cielo era rojo pimpinela, salpicado de prímula y pinceladas de violeta. Con una fuerte sensación de náuseas, Mahelt descolgó el manto de la percha y se lo puso sobre los hombros. Le siguieron una capucha y una capa. Había vomitado dos veces, lo que daba veracidad a su anuncio de que no se encontraba bien, y había rogado que le permitieran retirarse y curar con sueño el mal que estuviera achacándola. Su suegro creía que estaba enfurruñada por su negativa de ayer de dejarle ir a ver a su hermano, pero le había otorgado el beneficio de la duda y deseado un buen descanso con la esperanza de que se encontrase mejor a la mañana siguiente.

A primera hora del día, su suegro le había concedido permiso para escribir a Will, transmitirle sus mejores deseos y decirle que la reunión que proponía era una imprudencia. La carta había sido enviada a través de un mercader que iba de camino a Edmundsbury. Pero había además otra carta, enviada a través del buhonero, que había partido al amanecer luciendo calzas nuevas y con la saca cargada de pan, queso y salchichas, y tres peniques en su bolsa. Junto con la carta, llevaba un regalo para su hermano consistente en un pañuelo de seda bordado con el león rojo de los Marshal. Confiaba en que Will comprendiera su significado.

—¡Señora, por favor, no hagáis esto! —le pidió Edeva llorando y retorciéndose las manos—. Es demasiado peligroso. ¡No desafiéis al conde, os lo suplico!

—¡Solo será peligroso si tú abres la boca! —le espetó Mahelt a la criada—. Lo que tienes que hacer es decirle a cualquiera que se acerque a mi alcoba que estoy durmiendo. Antes del amanecer estaré de vuelta. Y ahora, suelta la escalera de cuerda.

—Señora... ¡no me atrevo!

—¡Por Dios bendito, pues ya lo haré yo! —Mahelt abrió un arcón y extrajo de su interior la escalera de cuerda que había metido furtivamente en la habitación a primera hora del día, escondida bajo un montón de lana para hilar. El vigilante de la puerta estaría controlando y estaba obligada a salir por el muro. Se acercó a la ventana y abrió los postigos. El aire olía a escarcha y la puesta de sol había dejado

una estrecha cinta de rojo sangre en el horizonte. Aunque aterrada, Mahelt sintió también una oleada de euforia—. ¡En el nombre de Dios, no seas tan llorica! — masculló entre dientes al ver que la doncella seguía llorando—. ¡Si fuese tu hermano, harías lo mismo!

Convenció por fin a la temblorosa chica de que la ayudara con la escalera. Edeva le suplicó que no se fuera, pero a Mahelt se le había metido la idea entre ceja y ceja y empezó a descender con rebelde determinación. Nada la detendría. Si Hugh podía salir a cazar al bosque con sus amigos por la noche, también ella podía ir a visitar a su hermano.

En el bosquecillo de detrás del edificio, Tarant, el escudero de Will, la aguardaba con un caballo siguiendo las instrucciones que ella había enviado con el buhonero por la mañana. En cuestión de segundos, Mahelt había subido a la silla y cabalgaba al galope rumbo a Edmundsbury.



Roger miraba furioso a Edeva, que no paraba de llorar y retorcer las manos hasta casi destrozárselas.

—Por el muro —dijo, la rigidez de su mandíbula dejándolo casi incapaz de pronunciar aquellas palabras.

—Sí, señor —sollozó Edeva—. Le dije que no debía hacerlo, pero se negó a escucharme. Tuve que ayudarla por miedo a que cayese y se hiciese daño.

—¿No se te pasó por la cabeza dar la voz de alarma en aquel mismo momento?

—Yo... yo no sabía qué hacer... Oh, señor, ¡os suplico que me perdonéis! —Las lágrimas caían sin cesar por sus mejillas.

Roger no estaba para perdones y aquella mozuela tonta no hacía más que exacerbar su ira. Pero sus años como juez en el tribunal le habían enseñado a controlarse. Al menos, la chica había corrido a decírselo. De no haberlo hecho, aquella desgraciada proeza le habría pasado por alto y habría acabado llegando a mayores.

—Ya basta —ordenó—. Enciértrate de momento en tu habitación y no hables con nadie. Has hecho bien acudiendo a mí, y el gesto te ha servido para salvarte.

—¿Qué... qué le pasará a mi señora?

—Deja que sea yo quien me preocupe de eso. Vete.

Cuando la mujer se hubo marchado, Roger empezó a dar vueltas por la habitación para consumir la energía de su malhumor. Miró a Ida, que estaba sentada junto al fuego, su costura paralizada por completo.

—Le hemos dado demasiada libertad de acción a esta chica —gruñó—. ¿Por qué nadie la vigilaba más de cerca?

Ida movió la cabeza de un lado a otro. Parecía también que iba a romper a llorar de un momento a otro.

—Mahelt siempre ha estado bien acompañada. Si no por mí, por alguna de sus damas, o por un capellán.

—Pero no había nadie para impedir que hiciera esto, ¿verdad?

Ida estaba dolida.

—Yo estaba en el salón contigo, ocupándome de mis deberes. Todo el mundo tenía entendido que se encontraba mal. ¿Qué otra cosa querías que hiciésemos?

Roger había llegado al otro extremo de la estancia y se giró en redondo para empezar a andar en sentido contrario.

—Se le tendrían que haber cortado las alas antes de que esto llegara a pasar —espetó—. Sales a montar con ella y os comportáis como un par de alocadas. ¡Creía que le enseñarías a ser una buena esposa, pero es ella la que está enseñándote a ti a comportarte como un marimacho!

Ida sofocó un grito llevándose la mano a la boca, sintiéndose como si su esposo acabara de pegarle. Lo que Mahelt había hecho la había dejado pasmada y con un terrible sentimiento de remordimiento y culpabilidad, preguntándose qué habría hecho mal. No sabía cómo podría haberlo hecho mejor con la chica y consideraba que su relación era muy buena. Pero su esposo tenía razón; se había divertido mucho riendo, montando a caballo y disfrutando de la compañía de una joven tan alegre, algo que echaba profundamente en falta desde que sus hijas se casaron y se fueron de casa. Mahelt había despejado aquellos terribles nubarrones, ¿pero a qué coste?

—No es más que una tontería, una pataleta infantil —dijo.

A Roger se le tensó la mandíbula.

—Pero ya no es una niña, y esto no es una pataleta. De hecho, podría resultar peligroso para todos. Y Hugh no es mejor que tú. Se deja llevar por ella como un mequetrefe enamorado y abandona sus responsabilidades yéndose de caza con sus amigos. La chica necesita tener el tiempo más ocupado, puesto que es evidente que tiene demasiado en sus manos.

—¿Qué piensas hacer? —preguntó Ida, con náuseas casi y asustada—. ¿Vas a ir a por ella?

Negó él con la cabeza.

—No. Antes de tomar la decisión necesito saber si hay algo más, pero habrá que meterla en cintura. No pienso permitir en mi casa insubordinaciones de este tipo.



Cuando Mahelt desmontó delante de la casa de un comerciante, en las afueras de Edmunsbury, Will estaba ya esperando bajo la luz de la luna para recibirla. Ella gritó su nombre y se lanzó a sus brazos, chillando de alegría para liberar la tensión acumulada. Su hermano la atrajo hacia él y le estampó un par de besos tan fuertes en las mejillas que Mahelt se quedó dolorida.

—¡Cuánto me alegro de verte! —La voz de Will se quebró de pura emoción—. ¡Me siento feliz de que hayas venido!

—¿Creías que iba a permitir que alguien o algo me lo impidieran? —replicó ella con pasión. Lo miró de arriba abajo. Ahora era mucho más alto que ella.

Will rio con ironía.

—No creo que nadie se atreviera, hermana, pero, incluso así, soy consciente del riesgo que te he pedido que corrieras.

Mahelt levantó la barbilla.

—Me trae sin cuidado. Habría cruzado el infierno con tal de llegar hasta aquí.

Entraron en la casa, que estaba caldeada y bien decorada, y Will la guio hacia un asiento junto al fuego. Le sirvió una taza de vino caliente de una jarra que reposaba junto a las ascuas.

—Les dije a Sandford y a FitzRobert que tenía un amorío con una joven dama. —La miró bajando la cabeza—. Lo cual es cierto, aunque no cayeron en la cuenta de que me refería a mi hermana. Se han ido a beber vino por ahí para concederme un rato de tranquilidad.

—¿Son tus carceleros?

Will se encogió de hombros, su expresión compungida.

—Más bien podría decirse que en estos momentos estoy bajo su custodia. Juan me envía al norte para alejarme de nuestro padre... por una temporada, tan solo. No quiere que coincidamos en la corte. El padre de FitzRobert es el condestable de Newcastle, y allí es donde me llevan. La verdad es que me alegro de alejarme por un tiempo del séquito real. —Frunció la frente—. No tienes ni idea. Es como tratar de sobrevivir en un corral lleno de ratas hambrientas. Algunos de los mercenarios de Juan... —Se interrumpió y tragó saliva—. No quiero hablar del tema.

Mahelt le dio un sorbo al vino, pero el calor no rozó siquiera el gélido bulto de terror que comprimía su interior.

—¿Y papá, y Richard?

—Richard está bien. Ya conoces su carácter y eso le ayuda a salir adelante. Se ríen constantemente de él por su pelo rojo y su envergadura, pero él le resta

importancia. Nuestro padre... —Will hizo una mueca—. También le resta importancia a todo, ¿pero a qué coste? Responde a las humillaciones que Juan carga sobre él con una sonrisa o una mirada serena, pero los insultos y la traición tienen que estar haciéndole pedazos por dentro sin que su exterior lo demuestre. No soporto verlo. Y en cuanto a lo que pueda estar sucediendo en Irlanda, que Dios nos ampare. —Acabó con su copa de un solo trago y se sirvió otra.

Mahelt cerró los puños con fuerza pensando en el acoso que sufría su amado padre. No se atrevía a pensar en Irlanda más allá de lo puramente superficial para no ponerse a gritar como una arpía.

—Nuestra madre está de nuevo embarazada —añadió Will—. Espera para principios de primavera, dice papá. Querían que al menos uno de nosotros naciese en Irlanda.

Mahelt lo miró sorprendida y se preguntó con cuánto más podrían cargar antes de que todo se desmoronase. La noticia de un embarazo solía ser causa de celebración, pero pensar en su madre sola en Irlanda a medida que su situación fuese madurando, y teniendo en cuenta que esta era ya su novena vez, solo sirvió para que su inquietud fuese en aumento.

Will se mostró dubitativo, pero dijo por fin:

—Tengo algo para ti. —Introdujo la mano entre su camisa y su túnica y extrajo un pergamino doblado varias veces.

—¿Qué es?

Will miró con sigilo a su alrededor y se lo entregó.

—Una carta del rey en la que habla de enviar soldados a Irlanda. Detalla la cantidad de hombres y a qué castellanos envía y dónde... son instrucciones para sus agentes.

Mahelt sintió un vuelco en el estómago.

—¿De dónde lo has sacado? —susurró.

—Uno de los mensajeros de FitzRobert dejó sin vigilancia la saca de las cartas mientras iba a hacer sus necesidades. No me atrevo a llevarlo encima por si acaso registran mi equipaje, pero si encontrases la manera de hacérselo llegar a nuestra madre y a Jean D'Earley, sería de gran valor para ellos. No permitas que nadie lo vea, puesto que supondría nuestra ruina. No sabía a quién confiarlo sino a ti. Yo no puedo conservarlo.

Mahelt se estremeció al oír aquello, pero, con determinación, guardó el pergamino en el bolsito de su cinturón.

—No te preocupes —dijo, con un aplomo que ocultaba el pánico que la embargaba—. Me ocuparé de ello. Escribiré a mamá y se lo transmitiré lo más pronto que pueda.

Will le ofreció comer algo, pero, aunque Mahelt mordisqueó un currusco de pan y un trozo de queso, su aprensión le había cortado el hambre. En su cabeza pesaba tanto aquella carta como saber que no debería estar aquí.

—Tengo que irme —dijo, apurando el vino—. El conde se ha negado a concederme permiso para venir a verte y si descubre que me he marchado... —Dejó la frase sin terminar.

Will asintió, un gesto de nobleza.

—Lo comprendo. Roger Bigod es un hombre firme. —La miró de reojo—. ¿Y tu marido?

Mahelt se ruborizó, sintiéndose culpable.

—Está de cacería en el bosque de Thetford. No sabe nada. —Jugó con nerviosismo con un hilo suelto de su capa—. Me hace reír y sabe distinguir los distintos matices de las cosas. No es rígido como su padre.

—¿Puedes confiar en él?

Su rubor se intensificó al levantarse.

—No le contaría esto —contestó—, pero confío en él... —Abrazó de nuevo a Will y lo apretujó con fuerza, absorbiendo el tacto y la sensación de la consanguinidad, sin querer apartarse de él, pero consciente de que debía hacerlo—. Cuídate, y rezaré para volver a verte pronto. No te preocupes por el pergamino. Conmigo está a salvo.

—Ya no recuerdo cómo era vivir en casa —dijo Will, su voz amortiguada por el tejido de la capa—. No me atrevo a recordarlo porque me bajaría el ánimo. Además, ya no puedo volver allí nunca más, como tú... Ah, hablo demasiado. Ve, Matty, y haz lo que puedas. —Le dio un beso en la sien y otro en la mejilla.

Llegó un chico con un caballo descansado y Will ayudó a Mahelt a montar para iniciar el recorrido de trece millas que la devolvería a Thetford.

—Bienandanza —dijo—. Tarant se ocupará de que llegues sana y salva. —Hizo un gesto en dirección al mozo de cuadras.

Mahelt lanzó a su hermano un último beso de despedida desde lo alto de la silla y espoleó al caballo. Miró por encima de su hombro y guardó en su recuerdo la imagen de Will perfilada sobre el umbral de la puerta iluminado por las antorchas, su brazo levantado para despedirla.



A la mañana siguiente, Mahelt se despertó tarde y se quedó acostada en la cama, reorientándose. Los sucesos del día anterior parecían un sueño, pero cuando alargó el brazo hasta el pequeño corte en el colchón y palpó el borde rizado del pergamino que Will le había entregado, supo que todo había sido real. Notaba los muslos rígidos de la cabalgada y le dolía el brazo allí donde se había golpeado al encaramarse de nuevo

por la escalera de cuerda y acceder a su alcoba por la ventana una hora antes del amanecer. Edeva estaba esperándola, temblando de tal manera que apenas había sido capaz de cerrar las contraventanas. Mahelt no estaba mucho mejor, desbordaba excitación y le había llevado mucho tiempo conciliar el sueño. Lo que ahora le había despertado era Edeva, que acababa de entrar de puntillas en la cámara. Le traía una taza de suero de leche y un poco de pan y queso. Mahelt estaba aún demasiado nerviosa como para tener hambre, pero se obligó a beber el suero. Si la bandeja salía de su alcoba con la comida sin tocar, su excusa de que estaba enferma ganaría credibilidad.

Edeva no levantó la vista mientras ayudaba a Mahelt a vestirse y su barbilla temblaba como si fuera a romper a llorar. A Mahelt le entraron ganas de arrearle un bofetón para que no fuera tan simple, pero se contuvo. Fingir que nada había pasado era probablemente la mejor forma de gestionar el asunto. Cuando iba a enviar a su doncella en busca de pergamino y tinta para escribir a su madre, se presentó un escudero en la puerta para anunciarle que el conde quería verla de inmediato en su cámara. Mahelt tragó saliva, presa del pánico. No podía saberlo. ¡Era imposible! A menos que... Miró a Edeva, pero su doncella estaba ocupada arreglando la cama. El criado se había quedado a la espera, insinuando con su actitud que tenía que acompañarlo, y Mahelt comprendió que decir que estaba enferma no serviría de nada con su suegro.

Muerta de miedo, siguió al hombre hasta la habitación del conde. Su suegro estaba plantado en medio de la estancia, esperándola, y Mahelt gritó horrorizada al ver a Tarant, el escudero de su hermano, retenido entre dos caballeros de la casa. Estaba magullado y ensangrentado, sus manos sujetas con una cuerda. Tuvo la sensación de que bajo sus pies acababa de abrirse un enorme agujero y que caía y caía por él, aun manteniéndose paralizada donde estaba.

Los ojos azul grisáceos del conde eran fríos como el mar en invierno.

—¿Sabes algo de este asunto, hija? —le preguntó—. ¿Conoces a este hombre?

Mahelt negó con la cabeza.

—No lo he visto en mi vida —mintió, su boca seca de puro terror.

—En ese caso, solo puedo entender que ya que no tenía ningún asunto que lo reclamara en mis tierras, y en vista de que no piensa contar qué hacía aquí, es un traidor o un espía y hay que tratarlo en consecuencia. —La miró con dureza—. ¿Qué piensas que deberíamos hacer con él, hija mía? ¿Colgarlo?

El miedo le enronqueció la voz.

—Tal vez simplemente pasaba por aquí de camino a cualquier parte, señor.

—Cualquier parte no es aquí. ¿Y qué hacía deambulando despierto antes del amanecer?

Durante el largo e incómodo silencio que siguió, Mahelt se clavó las uñas en la palma de la mano preguntándose si debería confesar que había ido a ver a su hermano. Estaba casi segura de que el conde lo sabía y que ese era su castigo. ¿Debía

asumirlo o aguantar la acusación con descaro?

—Luce los colores de tu padre. ¿Estás segura de que no lo conoces? —El conde abrió el puño que hasta entonces había mantenido cerrado y le mostró un pequeño gallardete de esmalte en forma de caballo con el león de los Marshal sobre el conocido fondo en verde y oro.

Mahelt notó que le fallaban las rodillas.

—Tal vez forme parte de la casa de mi padre, pero no conozco a todos los criados —dijo con voz débil.

El conde movió el labio superior.

—De un modo u otro lo averiguaremos. Siempre puedo escribir al rey y hacerle saber que hemos encontrado a este hombre merodeando por aquí.

Mahelt abrió los ojos de par en par.

—¡No!

—Ah, entonces le conoces.

Mahelt bajó la vista para evitar la taladrante mirada del conde y asintió con un movimiento de cabeza apenas perceptible.

—¿Y qué asunto tienes entre manos con él? Te lo sonsacaré. —Su voz se hizo más potente—. ¡Por Dios que voy a enterarme de lo que sucede en mis dominios!

—Yo solo quería reunirme con mi hermano —susurró Mahelt—. Llevaba mucho tiempo sin verlo. —Se secó las lágrimas con la manga del vestido—. Era mi única oportunidad. Tenía que saber que estaba bien.

—Y con ello has desobedecido mi voluntad —dijo con aspereza Roger—. Lanzaste una escalera de cuerda por el muro. Pusiste en peligro tanto tu físico como tu moral. Pero lo que es inexcusable es que hayas puesto en un compromiso la seguridad de esta casa. No lo consiento.

Mahelt no había recibido en su vida una reprimenda de aquel calibre. Antes de casarse siempre había sido la hija predilecta y favorita. El corazón le latía con fuerza contra las costillas. Estaba asustada, acorralada y enfadada.

—Es mi hermano —repitió.

—Lo es, y tendrás oportunidades para verlo sin necesidad de realizar escapadas irresponsables en plena noche. Y ahora quiero que vayas a buscar el meollo de este asunto.

Mahelt se quedó sin aliento.

—No sé de qué me habláis.

—Entonces, quizá si miras en el interior de tu colchón lo recordarás enseguida. Tráeme ahora mismo ese pergamino. A mí nadie me toma por tonto. Hamo, acompáñala. —Señaló a uno de sus caballeros.

Mahelt atravesó corriendo la habitación con piernas temblorosas. Las esperanzas de eliminar el pergamino o de mutilarlo eran nulas con la presencia de un impertérrito caballero a su lado y que su suegro conociera su existencia significaba que iba un paso por delante de ella en el juego. Cuando entró en su alcoba, Edeva seguía todavía

allí y Mahelt comprendió quién era la culpable de todo.

—Tuve que decírselo, *milady* —se excusó Edeva llorando, retorciéndose las manos una y otra vez—. Temía tanto por vos...

Mahelt no dijo nada porque sentía tanta rabia y su miedo era tan inmenso que le resultaba imposible incluso hablar con Edeva. Deseó morir mientras extraía el pergamino doblado del interior de la raja del colchón bajo la gélida y controladora mirada de Hamo. Su hermano había confiado en ella y ella no había estado a la altura. De haber tenido aún a mano la escalera de cuerda, la habría desplegado muro abajo y habría huido por ella. Pero tal y como estaban las cosas, se replegó en sí misma y descendió la escalera como si fuese una desconocida, entró de nuevo en la cámara y entregó el pergamino al hombre que lo esperaba, quedándose a cierta distancia, avergonzada y rabiosa.

El conde leyó el contenido con expresión hermética.

—No es un buen reflejo de tu hermano ni de su lealtad, ¿no te parece? —dijo con frialdad—. Ni de la tuya, para el caso. —Cerró la boca con fuerza—. Tienes que aprender cuál es tu bando, niña, y al servicio de qué intereses estás. Ni de los de tu hermano, ni de los de tu familia de origen. Estás al servicio de la sangre con la que te has casado. Mientras vivas bajo este techo, tu lealtad es para con el nombre de los Bigod, que honrarás por encima de cualquier otra consideración. ¿Entendido?

Mahelt apretó los dientes.

—Sí, señor —respondió, consciente de que nunca le perdonaría aquella humillación. Levantó la cabeza como una reina y se situó al lado del mozo de cuadras de su hermano en un gesto de solidaridad.

—De haber nacido mía, te habría atado al poste del látigo por esto —rugió Roger—. Es una lástima que tu padre no te azotara cuando había que hacerlo. He sido demasiado indulgente. Si tienes tiempo para este tipo de ardid, es que no tienes nada que hacer. Esto se acabó... se acabó este avispero. —Arrojó el pergamino al brasero y se quedó contemplando cómo se rizaba hasta que el fuego prendió en él y quedó reducido a cenizas. A continuación, movió la mano en un gesto brusco—. Y ahora puedes llevarte a tu cómplice y atenderlo. Después podrá irse, y no quiero oír hablar más de este asunto... jamás. Córtale las cuerdas —le indicó a Hamo.

Mahelt se obligó a despedirse del conde con una reverencia y ayudó a Tarant a llegar a los establos. Ordenó a un joven que fuera a buscar un cuenco con agua y un paño para poder lavar el ojo morado e hinchado del mozo de cuadras y ella misma fue a buscarle pan y cerveza. Bebió, pero no comió, pues tenía el interior de la boca cosido a cortes y había perdido varios dientes.

—Lo sabía, señora, él lo sabía —dijo Tarant arrastrando las palabras mientras ella iba lavándolo con sumo cuidado—. Pero yo no se lo dije, juro que no lo hice.

—Lo sé. —Tenía la garganta tensa—. Yo solo pretendía ayudar a mi familia. —Era una carga demasiado pesada que soportar. Lo sentía mucho por Tarant y se sentía además culpable, también deberían haberla pegado a ella—. ¿Crees que el conde se lo

contará realmente al rey Juan? —susurró.

Tarant engulló un poco de cerveza y gimió de dolor.

—No, señora, porque entonces el rey sospecharía que también él está implicado. Creo que simplemente intentaba asustaros.

Mahelt inclinó la cabeza.

—Yo solo quería hacerlo lo mejor posible, pero ahora todo es un lío —dijo.

Tarant le indicó con un gesto que dejara de lavarle las heridas.

—Tened coraje, joven señora. Dejad que las cosas se tranquilicen.

Se sintió avergonzada de que, pese a su dolor, el joven intentara consolarla, y se sentía además enferma de rabia. Sabía que el conde creía estar enseñándole una lección sobre los actos y sus consecuencias, pero ella tan solo pretendía ayudar a su familia y le dolía muchísimo que la hubiese humillado de aquella manera.

—No quiero que regreses con mi hermano —dijo—. Quiero que vayas a Irlanda, a ver a mi madre y a Jean D'Earley. —Mientras lo ayudaba a subir al caballo, le explicó todos los detalles del pergamino que era capaz de recordar. No era perfecto, pero era mejor que nada. Era un pequeño desafío, y se sentía bien por ello.



Cuando Tarant hubo partido, encorvado sobre su silla en un intento de proteger sus doloridas costillas y su magullado estómago, Mahelt subió directamente a la habitación de Ida, consciente de que aquello era lo que se esperaba de ella y que, por desagradable que fuera, tenía que afrontarlo.

Ida había estado llorando y tenía la cara cubierta de manchas e hinchada. Estaba sentada junto a la ventana con su labor, dando rápidas puntadas, como si con ello pudiera arreglar el mundo y hacer que todo volviera a estar bien como antes. Mahelt se detuvo en el umbral de la puerta, asolada por un terrible sentimiento de culpa al ver la cabeza gacha de aquella mujer y su lastimero aspecto. Entró y corrió a abrazarla.

—Siento haberos causado problemas, mi señora madre —dijo sinceramente. Por nada del mundo le haría daño a Ida.

Ida se quedó rígida de entrada, pero poco a poco fue ablandándose hasta aceptar el abrazo, aunque sin devolverlo.

—¿Eres consciente de los peligros que has corrido? —Su voz temblaba de angustia—. Hemos hecho la promesa sagrada de cuidar de ti. ¿Qué les habríamos contado a tus padres si te hubieses matado de una caída o si te hubiesen raptado? Tal vez te sientas inmortal, pero no lo eres. Deberías pensar en todo el dolor que has

causado a quienes velan por tu bienestar. —Sus ojos castaños no cesaban de derramar lágrimas—. El conde me echa a mí la culpa. Dice que no te he dado suficientes cosas que hacer, y le echa también la culpa a Hugh por no ser un esposo estricto.

Mahelt sofocó un grito.

—¡Eso no es justo!

—No. —Ida levantó la mano—. El conde está en su derecho, y por mucho que pienses mal de él, nunca ha dejado de ser justo.

Mahelt no estaba de acuerdo, pero no dijo nada.

Ida respiró hondo para tranquilizarse.

—Sé que no te gusta la costura, pero eres buena supervisora y posees una energía inagotable. Creo que es adecuado que, ahora que ya llevas un tiempo aquí, empieces a tener más deberes. El conde cree que de este modo te tendrá bajo el yugo. Yo debería haberme encargado de que a estas alturas tuvieses más tareas, pero no quería cargarte en exceso en un momento tan temprano de tu matrimonio. Me doy cuenta, sin embargo, de que me equivoqué.

Mahelt se sintió herida.

—Sé muy bien cómo ser responsable.

Ida levantó una ceja.

—Bajar un muro con una escalera de cuerda en plena noche no es una muestra de madurez, por mucho que pensaras que hacías lo correcto. Ha llegado el momento de que aprendas más cosas sobre tus responsabilidades en esta casa. —Su suegra subrayó las dos últimas palabras—. Sé que tener la familia lejos resulta preocupante, así como que tus hermanos estén a merced del rey, pero tu vida está ahora con nosotros y debes aprender a vivir según nuestras reglas.

—Sí, madre —dijo Mahelt con un puchero de rebeldía.

—Ven. —Ida dejó su labor y se levantó—. Mañana regresaremos a Framlingham y tenemos que preparar el equipaje. Demuéstrame hasta qué punto eres responsable.

Con un sentimiento de resignación, Mahelt siguió a Ida hasta los arcones de equipaje que ocupaban un rincón de la estancia.

—En cuanto estemos de vuelta, el conde quiere que supervises el prensado de las manzanas para hacer la sidra y su almacenaje para el invierno —explicó Ida mientras abría la tapa del arcón más próximo—. Suelo encargarme yo, pero ahora será tu tarea, de principio a fin.

—Sí, madre —dijo Mahelt obedientemente. Suponía que, en su conjunto, encargarse del proceso de las manzanas era mejor que pasarse el día cosiendo, aunque seguía siendo una nimiedad mundana y doméstica en comparación con la lucha por la supervivencia de su familia.

Bosque de Thetford, octubre de 1207

Cubriéndose con su cama, el cabello alborotado después de dormir, Hugh separó los faldones de la tienda y emergió a la mañana en pleno bosque otoñal. El fuego de campo humeaba y sus compañeros se desperezaban aletargadamente para volver poco a poco a la vida después de la velada de camaradería de la noche anterior. Le dolía la cabeza y le sabía la boca a tanino, pero era un mínimo precio a pagar por lo mucho que había disfrutado.

Su hermano William y su cuñado Ranulf estaban sentados junto a la hoguera sujetándose la cabeza, comiendo pan y salchichas frías y bebiendo cerveza inglesa de baja graduación. Hugh se sumó a la pareja, no sin antes gastarle una broma a William hundiéndole el sombrero hasta los ojos.

—Ha sido una buena noche, ¿eh? —Miró en dirección al lugar donde los cazadores estaban ocupados colocando en los caballos de carga los venados descuartizados. Tendrían caza de primera calidad para la mesa y el ahumadero. Los perros habían capturado además varias liebres para añadir al botín.

—Eso creo recordar. —Ranulf esbozó una teatral mueca. Entrecerró sus ojos verde claro para protegerlos de la luz matutina—. Dice Marie que eres mala influencia. Que siempre me llevas por mal camino.

Hugh se echó a reír.

—Típico de mi hermana. La verdad es que eres muy capaz de ir por mal camino tu solito.

Ranulf resopló, hizo un gesto grosero y levantó la vista hacia un mensajero que llegaba a todo galope.

—Problemas —dijo.

Hugh puso mala cara, preguntándose qué sería tan importante que no podía

esperar. Se acercó al jinete y cogió el pergamino doblado que extrajo de su saca. Llevaba el sello de lacre de su padre y la imagen grabada en la cera aparecía muy sólida, como si la hubiera impreso una mano resuelta, rabiosa tal vez. Con una sensación de vacío en el estómago, rompió el sello, abrió la carta y empezó a leerla. Las palabras de la misiva empezaron a cobrar volumen hasta que Hugh no pudo más y liberó la tensión con un profundo suspiro.

—¿Qué sucede? —preguntó William con ansiedad.

Hugh puso mala cara.

—¿Qué te imaginas? Mahelt.

—Ah. —Su hermano puso los ojos en blanco y sonrió—. Ya ha vuelto a perturbar el orden en la casa, ¿no es eso?

—Podría decirse que sí. —Hugh le pasó el pergamino a William, que lo compartió con Ranulf mientras apuraban la cerveza.

William levantó la vista hacia Hugh con expresión grave, su risa desaparecida por completo.

—¿Qué piensas hacer?

Hugh hinchó las mejillas.

—No lo sé. Si me enfado demasiado, perderé su confianza y esa parte de ella que la hace tan singular, y eso no lo quiero por nada del mundo.

—Pero algo tendrás que hacer —insistió William—. Esto no ha sido un simple desatino. Podría haber tenido repercusiones muy graves para todos nosotros.

—Lo sé. —Hugh se mordió los carrillos—. Nunca piensa antes de actuar.

Ranulf tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—Los hombres que acompañan al hermano de tu esposa... —Hizo una pausa y movió la cabeza—. Sandford es un hombre leal al rey, pero John FitzRobert es famoso por estos lares por ser un exaltado.

—Pero su padre es leal al rey, y condestable de Newcastle.

—Sí, pero el hijo frecuenta la compañía de John de Lacey, que es también un temerario, y el padre de De Lacey está emparentado con la rama irlandesa de la familia. De Braose, De Lacey y Marshal. —Ranulf contó los apellidos con los dedos—. De estar en sus manos, Juan pondría freno a los tres porque teme el poder que tienen. —Agitó un dedo en señal de advertencia—. Aun siendo un rehén, el hermano de tu esposa tiene compañías sospechosas... y el rey estará controlándolo porque tiene espías por todas partes.

—Pero Roger de Lacey es sólido como una roca —dijo Hugh, pensando en el hosco y taciturno condestable.

—Hablas del padre, no del hijo —replicó Ranulf—. Y no siempre se transmite. El rey Enrique tuvo cuatro hijos y todos lo desafiaron. Cogió la jarra de cerveza. —Lo que quiero decir es que deberías velar por tu seguridad igual que el buen pastor protege su rebaño de los lobos.



Cuando Hugh llegó a Framlingham, Mahelt salió corriendo a recibirlo. Y a Hugh se le encogió el corazón al verla tan llena de vida. ¿Cómo, en nombre de Dios, iba a conseguir domarla sin quebrantar con ello su carácter?

Cuando desmontó, vio que ella dudaba un instante y luego volvía a apresurarse hacia él para recibirlo con una cortés reverencia. Tenía las mejillas encendidas, resultado de su carrera, pero sabiendo Hugh lo que sabía, sospechaba que la causa era emocional... y que la velocidad estaba a buen seguro provocada por su deseo de hablar con él antes de que hablara con nadie.

La ayudó a incorporarse, le estampó un beso en la mejilla en lugar de besarle los labios y se apartó, sin soltarla de las manos, para quedársela mirando con expresión grave.

—Mi padre me ha escrito. ¿Qué habéis hecho, Mahelt?

Levantó ella la barbilla.

—Nada de lo que me avergüence. Vuestro padre no comprende...

Hugh levantó una mano en señal de alerta al ver que su padre se aproximaba a paso rápido.

—Padre —dijo, haciendo una reverencia.

Mahelt saludó con rigidez y cerró la boca.

La mirada gris del conde centelleó entre ellos.

—Tengo que hablar contigo, hijo. —Despidió a Mahelt con un breve ademán de cabeza que le dio a entender que por mucho que corriera más que él y hubiese sido la primera en recibir a Hugh, quien mandaba en la casa era él y ella tenía que aprender esa lección.

A Mahelt no le quedó otra opción que volver a saludar y retirarse a la cámara de las mujeres. Las miradas de especulación de los integrantes de la partida de caza le abrasaron los omóplatos mientras regresaba a la casa. Levantó la cabeza y fingió ignorar a todo el mundo.



—¿Ha ido bien la cacería? —preguntó Roger secamente mientras el criado cerraba la

puerta de su cámara para dejarlo a solas con su hijo.

—Sí, padre. He hablado con los forestales sobre la construcción de la nueva conejera.

—Tal vez sería mejor que pusieras orden a tus asuntos en casa antes de ir ordenando criaderos de conejos.

Hugh se infló de indignación.

—Dijiste que te parecía bien que fuera. ¡No pusiste objeción alguna!

El conde lo miró con ojos entrecerrados.

—Eso fue antes de que tu esposa se fugase a medianoche para llevar a cabo actividades de traición con su hermano. ¡Tu esposa, Hugh, no la mía! ¡Ella es responsabilidad tuya y es evidente que no estás enseñándole cuáles son las tuyas!

—Padre, esto no es trai...

—¿Y qué pretendes permitiéndole este desenfreno? —Su padre lo miró fijamente—. ¿Qué pretendes dándole tanta libertad? ¡Es un marimacho y una desgracia para los Bigod!

Hugh notó que todo su cuerpo se tensaba por dentro. Su padre casi nunca explotaba, pero cuando lo hacía, su ataque de rabia era concentrado y terrible. La arenga lanzada contra Mahelt lo dejó consternado. Amaba a su joven esposa por su energía, por su sinceridad, por las cosas divertidas que decía, pero comprendía la furia de su padre.

—Es todavía muy joven, padre —dijo—. Seguramente no se dio cuenta del daño que iba a causar.

—A juzgar por cómo la tratas en estos últimos tiempos, diría que está convirtiéndose rápidamente en mujer —le espetó su padre—. Dices una cosa, pero luego haces lo contrario. ¡Esa chica necesita mantenerse en el lugar que le corresponde, que no es precisamente el que está labrándose gracias a tu ciego «sí a todo»! Tiene que amoldarse para encajar en la casa y, como esposo suyo que eres, tu tarea consiste en conseguir que así sea. —Agitó el dedo índice para subrayar sus palabras—. En nuestra casa no se le permitirán salidas de tono de este tipo.

—Estoy de acuerdo —dijo Hugh, pero su padre estaba imparable y decidido a decir todo lo que tenía que decir.

—Recuerda que esta es nuestra casa, no la de Marshal. No pienso ser una casa dentro de la casa de esa familia y no permitiré que nos dicten lo que tenemos que hacer. Esa chica no es más que un peón en su juego.

—Yo no...

—Y si la tienen en tan poca estima como para ponerla en una situación tan peligrosa, ándate con cuidado, pues tampoco tendrán en gran estima a su esposo... ni a nosotros, recuerda bien lo que te digo. —Terminó de hablar y se plantó delante de Hugh, su pecho agitándose trabajosamente, su frente sudorosa y la estancia demasiado pequeña para contener toda su ira. Hugh no había visto a su padre tan exasperado desde el día en que, siendo él todavía un niño, había cometido la

travesura de lanzar una piedra enorme contra los dientes de la rueda de un molino para ver qué pasaba y lo había dejado inservible.

Hugh sirvió vino a los dos y se sentó junto a la chimenea, dándose con ese gesto un tiempo para reflexionar y concediéndole a su padre una oportunidad para tranquilizarse un poco. No creía que su padre estuviera en lo cierto en lo referente a la actitud de los Marshal con respecto a su hija y había que tener presente, además, que era su hermano quien la había metido en aquel lío. Reconocía, sin embargo, que estaba de acuerdo con los puntos principales. Pero tenía que pensar también en Mahelt, y no tenía ni idea de cómo lo haría para ponerla en su lugar. Mahelt era como una nube: de humor cambiante, imposible de alcanzar, a menudo increíblemente bella, pero capaz de causar estragos.

Si se decidía por disciplinarla físicamente, intuía que lo único que conseguiría sería ponérsela en contra y aumentar su terquedad. Hugh se había criado en una casa donde, en términos generales, los correctivos se imponían sin necesidad de puños o látigos. Recordaba una única azotaina en toda su infancia: por haber puesto en peligro a su hermano pequeño utilizándolo como blanco en un torneo. Su padre lo había azotado delante de todos los miembros de la casa. Pero eso no podía hacerlo con Mahelt y un sermón estricto le resbalaría como el agua por el lomo de un pato. La solución consistía en aprovechar esa cantidad tan impresionante de energía que poseía y guiarla en dirección positiva.

Imaginaba que el método para encarrilar a Mahelt se basaba en apelar a su lealtad y su amor. Eran cualidades que le habían inculcado desde muy pequeña, pero solamente hacia su familia de sangre. Para conquistarla, tendría que encontrar la manera de cambiar su punto de mira. No quería perderla. Era el humor y la chispa de su vida y deseaba protegerla, además.

Su padre se había quedado de pie. A pesar de que sus hombros habían dejado de agitarse y su tez había adoptado un tono más natural, su expresión daba a entender todavía que pretendía llevar el asunto hasta el final.

—Lo siento, padre —dijo—. Me doy cuenta de que he sido remiso y tal vez excesivamente indulgente con ella, pero me encuentro en una situación complicada... con todos mis respetos, en una situación a la que tú nunca has tenido que enfrentarte.

Su padre enarcó las cejas.

—Cuando te casaste con mi madre, ella era una mujer hecha y derecha y madre de un hijo. ¿Pero cómo tratar a una chica sobre la que tienes derecho pero, por otro lado, no lo tienes todavía en absoluto? ¿Cómo cuidarla cuando no es tu hija, pero no es todavía tu esposa? ¿Cuando no sabes si de un instante a otro se comportará como una niña o como una mujer?

Su padre respiró hondo con la boca cerrada y las aletas de su nariz se hincharon.

—No lo sé, pero debes darte prisa y encontrar la manera, porque no pienso permitir más situaciones de este estilo en mi casa. Ponle freno.

—Lo haré, padre, pero concédeme un poco de tiempo para reflexionar sobre el

tema. —Apuró su vino y se levantó.

Su padre refunfuñó y levantó el dedo índice a modo de advertencia.

—Hazlo rápido —rugió—. Porque si no lo haces tú, lo haré yo.



Jamás en su vida se había sentido Mahelt más miserable y disgustada como aquella noche, sentada a la mesa que dominaba el salón. Sabía que lo que el padre de Hugh le había dicho sobre ella era condenatorio. Desde que había salido de la habitación de su padre con expresión pesimista, Hugh apenas le había dirigido la palabra ni le había prestado atención, y aquello le resultaba intolerable... además de aterrador. Necesitaba que se percatase de su presencia; necesitaba que se pusiera de su lado; pero era evidente que él creía la versión de los acontecimientos que le había dado su padre.

La comida fue formal y Hugh tomó asiento al lado de su madre y compartió con ella su plato, mientras que Mahelt se vio obligada a compartir el suyo con el conde. La tierna ternera en salsa se le atascó en la garganta. El padre de Hugh se comportó con ella con impecable y glacial cortesía y Mahelt respondió de la misma guisa durante la comida... forzándose a ello y con exiguos resultados. Su familia nunca la habría tratado de aquel modo. Los demás hijos del conde se mostraron también distantes con ella y apenas pronunciaron palabra, sus miradas rebosantes de recelo y desaprobación.

Después de la comida hubo bailes y canciones. Normalmente, Mahelt disfrutaba con aquel tipo de entretenimiento, sobre todo cuando Hugh estaba en casa. Era una excusa para tocarse, para reír, para estar en movimiento. Pero esta noche Hugh se mostraba formal y remoto. Bailó con ella un único baile y estuvo distante, aunque se dio cuenta de que la miraba con ojos pensativos y especulativos.

Al final, incapaz de soportar más aquel ambiente, Mahelt pidió permiso para retirarse a su alcoba, donde al menos podría llorar y sentirse miserable detrás de la intimidad de los cortinajes de la cama. El conde se lo concedió con un simple gesto con la mano.

—Padre, acompañaré a mi esposa a su cámara. —Hugh se levantó y saludó con una reverencia a su progenitor, que le lanzó una mirada elocuente e inclinó la cabeza.

Mahelt, esperanzada, abandonó el salón en compañía de Hugh. Pensó que lejos de la presencia del conde, todo sería distinto. Podría explicarle todo lo sucedido y conseguir su apoyo. Pero en cuanto salieron al patio y empezaron a subir las escaleras, él tomó la palabra.

—Esta noche procurad no alejaros mucho de vuestros aposentos. —Le indicó con un gesto el soldado que deambulaba por el patio con un perro mastín sujeto con una correa corta—. Como bien podéis ver, se ha reforzado la guardia y todo el mundo está muy alerta.

Su voz no mostraba ningún tipo de matiz cariñoso ni humorístico y la infelicidad de Mahelt aumentó. Su aliento olía a vino y su enunciación, aun sin ser arrastrada, era cuidadosa. Mahelt dio un puntapié y se giró en redondo en la escalera, los ojos llenos de lágrimas.

—¡No pienso permitir que se me trate de esta manera!

Ascendió él dos peldaños más hasta quedar justo debajo de ella, pero casi a su nivel debido a su altura.

—Por desgracia, seréis tratada así hasta que aprendáis la conducta que se considera adecuada en esta casa. ¿No sois consciente del trastorno que habéis causado con vuestra locura?

Mahelt se quedó pasmada.

—¡Vos no sabéis lo que en esta casa se considera una conducta adecuada! —Arremetió desde lo más profundo de su dolor—. Necesitaríais un Marshal que os enseñara a discernir lo correcto de lo incorrecto.

Se produjo un instante de silencio y, acto seguido, habló Hugh en tono irónico:

—Es una lástima que seáis una Bigod, mi señora esposa.

Mahelt sofocó un grito y levantó la mano dispuesta a darle un bofetón, pero él la agarró por la muñeca y le apartó la mano. Forcejeó ella, pero la mano de él era la de un soldado, fuerte y segura. La empujó contra la pared y ella sintió el cuerpo de él pegado al suyo. ¡Santo Cielo, por Dios bendito! Hugh levantó la mano y acercó el dedo índice a la nariz de Mahelt.

—Vigilad a quién provocáis, *milady*... quién sabe qué consecuencias podrían tener vuestros actos —le advirtió en un ronco susurro.

Apartó el dedo y la besó en la boca, separándole los labios, recorriéndolos con la lengua, mientras sus cuerpos encajaban a la perfección a la altura de pecho, muslos, entrepierna. La sangre acumulada por la rabia descendió hacia su pelvis. Estaba temblando, deshaciéndose; las rodillas le cedían. Cuando él se apartó, tuvo que sujetarse a la pared para no caerse.

—Hablaremos sobre el tema por la mañana, cuando esté sobrio y ambos hayamos tenido tiempo suficiente para pensar en ello —dijo Hugh—. Y decidiremos hacia dónde vamos a partir de aquí. Por el momento, os deseo buenas noches y, por vuestro bien, os recomiendo que cerréis la puerta con pestillo.

Mahelt cogió aire, sollozando casi, y subió a toda prisa el resto de peldaños. Ya en su alcoba, corrió rápidamente el pestillo y apoyó la espalda contra la puerta, jadeando como el cervatillo que consigue llegar a su escondrijo justo por delante de los sabuesos.

Poco a poco se percató de la presencia de Edeva junto a la cama, que estaba ya

preparada. La criada no levantaba la vista y temblaba casi tanto como su ama. La rabia de Mahelt reapareció al instante. Recordó que Hugh le había dicho que estaría vigilada. Tal vez, pero no por aquella mujer.

—¡Sal! —vociferó—. ¡Vete, no quiero volver a ponerte los ojos encima en mi vida!

La criada le lanzó una mirada reprobatoria, pero avanzó con sigilo hacia la puerta. Mahelt corrió el pestillo y se hizo a un lado para que Edeva pudiera salir, reprimiendo las ganas de darle un empujón, y corrió el pestillo una vez más con un poderoso golpe. Apoyó la cabeza en la fría pared de piedra y rompió a llorar, sus sollozos arrancados de sus entrañas. Deseaba regresar a su antigua vida, donde era la hija más querida y todo el mundo la amaba. Aquí no era más que el miembro más reciente de la casa y una molestia, por mucho que estuvieran encantados de disfrutar de la riqueza y el prestigio que había aportado a la familia. Oh sí, eso sí que lo querían. Su cuerpo ardía aún como secuela del beso de Hugh. Un dolor amortiguado se extendía por su pelvis. Se sentía desasosegada y frustrada. De haber sido posible, habría ido corriendo a los establos, ensillado un caballo y galopado millas y millas. Pero no podía. No le estaba permitido. De hecho, empezaba a preguntarse si podría volver a galopar algún día.



Era primera hora de la mañana y Mahelt paseaba entre los árboles del huerto, su vestido arrastrándose por la hierba húmeda, el bajo oscureciéndose paulatinamente. Edeva no había vuelto y había tenido que vestirse sola y beber los posos de vino rancio del fondo de la jarra que había quedado en su cámara. Nadie le había subido ni agua fresca para lavarse ni comida. Seguía castigada, pero se negaba a ser metida en cintura como un perro acobardado. En lugar de presentarse en el salón para desayunar y aparecer en público, decidió dar un paseo entre los árboles y respirar el aire fresco y puro.

Al pasar por el lado de una rama baja, extendió el brazo para abarcar con la mano una manzana y tiró ligeramente de ella para ver si se desprendía con facilidad. Y así fue, pero cuando mordió la pulpa estaba agria y amarga, aunque, con todo y con eso, detectó una dulzura subyacente. Ideal para preparar sidra o *verjus*^[5].

Oyó entonces unas pisadas y se giró. Hugh avanzaba hacia ella cargado con una bandeja de madera con pan, queso y dos jarras de cerveza.

—Tened —dijo—. A menos que os apetezca romper vuestro ayuno con manzanas verdes y pagar después por ello. Os he visto pasar de largo del salón.

—¿Estabais observándome para vigilarme? —preguntó ella, con una mueca—. ¿Creíais, tal vez, que iba a fugarme saltando el muro?

—Sinceramente, no sé qué pensabais hacer —replicó él, moviendo la cabeza de un lado a otro—. Ni lo sabe nadie. Venid, comed. —Depositó la bandeja en un banco bajo uno de los árboles y tomó asiento. Mahelt se sentó a su lado, pero esperó un momento a hacerlo para demostrar que actuaba por voluntad propia y no por obedecer una orden. Después de lo de anoche, estaba en guardia con él, aunque se preguntó si aquel gesto pretendía hacer las veces de una disculpa que no pensaba pronunciar.

Los trabajadores del huerto estaban iniciando sus tareas matutinas y trajinaban arriba y abajo con escaleras y cestas. Unas últimas y perezosas avispas se arrastraban entre la fruta caída y zumbaban alrededor de los árboles, provocando repentinos gritos de alarma entre los recogedores de manzanas.

Hugh partió el pan y cortó el queso con su cuchillo. Mahelt observó el trabajo de sus manos. El sol de verano había aclarado las puntas del pelo que le caía sobre la frente. Finalizada su tarea, dejó el cuchillo y se quedó mirándola. Bajo la agradable luz matutina, sus ojos encerraban todos los matices del azul, desde los cálidos tonos del pastel y la verónica, hasta los oscuros del carboncillo y la pizarra.

Mordió la corteza del pan y masticó con alegría y con fuerza. Era evidente que aun habiendo bebido la noche anterior, no sentía ningún tipo de malestar. Mahelt, en cambio, tenía el estómago revuelto. Picoteó el queso y cogió un trocito de pan, a la espera de que él tomara la palabra.

—Y bien —dijo Hugh por fin al coger la jarra—. ¿Qué vamos a hacer con todo este lío? Habéis causado más agitación en esta casa que un zorro en un corral de gallinas.

Mahelt siguió jugueteando con su comida y no dijo nada.

Hugh bebió de su jarra, sin dejar de mirarla por encima del borde, antes de bajar el brazo y suspirar.

—¿No os dais cuenta del mal que podríais haber causado? Si lo descubriera quien no toca, acabarían con todos nosotros. ¿Cómo creéis que mi padre va a poder ayudar al vuestro y forzar la estabilidad si el rey se vuelca contra él por traición? ¡Su conducta tiene que ser irreprochable!

Mahelt abrió los ojos de par en par. No se le había ocurrido pensar que el padre de Hugh fuera a prestar ayuda a sus circunstancias. Lo consideraba un gallito remilgado y engreído, imbuido por una pedante necesidad de tenerlo todo en su debido lugar. Se había fijado en cómo disponía su plato en la mesa, todo en el sitio que le correspondía. Dios nos librara de que un cuchillo o una copa estuvieran dispuestos de manera torcida sobre el mantel, o que el mantel tuviera una mancha.

—No sabía que vuestro padre estuviera ayudando al mío.

—Hay muchas cosas que no sabéis. —Le cogió la mano y acarició con el pulgar su anillo de boda—. Vuestro hermano os entregó lo que considera son mensajes

clandestinos, pero aquí no somos en absoluto bobos desinformados; tenemos que velar por nuestra seguridad.

Mahelt se estremeció bajo su caricia.

—Temo por mi padre y por mis hermanos... como temeríais vos si los vuestros estuvieran retenidos como rehenes.

—Por supuesto. Sé que estáis desesperada y que hicisteis lo que creíais que debíais hacer, pero esto no puede volver a repetirse. Si tenéis problemas, acudid a mí y veremos qué puede hacerse.

Mahelt se preguntó si estaría hablándole con un lenguaje indirecto para pasarle mensajes y eso la llenaba de ansiedad y la derretía a la vez, porque por mucho que ella se hubiera convertido en una Bigod por matrimonio, el vínculo no convertía a Hugh en un Marshal. Deseaba confiar en él, pero sabía que él estaba obligado por honor a obedecer a su padre.

—Tengo que cubrir con abono unas cuantas manzanas —dijo, evitando la respuesta directa—. Vuestro padre opina que es una ocupación adecuada para mujeres.

Hugh hizo una mueca.

—Lo que desea mi padre es un compromiso por vuestra parte que le demuestre que estáis preparada para formar parte de esta casa. Abonar unas cuantas manzanas me parece un precio muy pequeño a pagar a cambio de tener paz y demostrar que podéis ser una buena castellana. Hacedlo bien, y la presión sobre vos disminuirá.

Mahelt se puso en pie y le lanzó una mirada desafiante.

—¿Y va a ser siempre así? ¿Voy a ser siempre una prisionera de su opinión y sus dictados?

Hugh se levantó también y la rodeó por la cintura.

—No sois una prisionera, amor mío, excepto si así lo elegís vos, pero debéis aprender a asumir compromisos.

—¿Por qué? —preguntó, haciendo pucheros—. Él no se compromete en nada.

Hugh la rodeó con más fuerza.

—Siempre hay alternativas. No es necesario darse topetazos contra la pared para derribarla cuando hay una puerta abierta justo al lado... a menos que os guste haceros daño. Mi padre es juez y jurisconsulto. Conoce la justicia y es ecuánime. Si estáis dispuesta a ser razonable, él será razonable también.

—No me permitió ver a Will. ¡Yo a eso no lo llamo ser razonable!

—¿Y os parece razonable trepar por las paredes a medianoche y aceptar cartas secretas? ¿Qué os parece más sinrazón? Deberíais reflexionar sobre el tema, amor mío. —La besó, una vez en la boca, con ternura esta vez, sin el ardor de la noche anterior, y luego otra, un beso leve en la mejilla—. No pongáis la mano en el fuego hasta estar preparada para quemaros —dijo—. Como ya os dije, todo acto tiene sus consecuencias.

Mahelt se llevó las puntas de los dedos a los labios en cuanto Hugh se marchó.

Un fuerte hormigueo le recorría el cuerpo. Se sentía ligera y pesada a la vez. Llena y vacía, necesitada, pero sin saber muy bien qué lograría satisfacer esa necesidad. Hugh tenía razón. Tenía mucho en qué pensar. Respiró hondo y decidió volcarse en su tarea. Si abonar un huerto repleto de manzanas bastaba para recuperar las bendiciones de la casa, mejor que se pusiera cuanto antes a ello, pero lo que pudiera suceder después era aún una incógnita.

16

Framlingham, enero de 1208

Era un gélido día de enero en el que no había dejado de caer aguanieve y Mahelt se entretenía jugando a un bullicioso juego con los miembros más jóvenes de la casa de los Bigod. Uno de los participantes tenía que cubrirse la cabeza con una caperuza de lana puesta al revés para no ver nada. Los demás jugadores utilizaban sus caperuzas a modo de inofensiva arma con la que atizar y acicatear a la víctima. Esta tenía que intentar capturar a uno de los demás jugadores, que pasaba entonces a ocupar el lugar del encapuchado.

Riéndose a carcajadas, Mahelt se abalanzó y le asestó un golpe a su cuñado Ranulf, que era el encapuchado, y se apartó enseguida. Sabía que su suegro la observaba, aunque por una vez con una sonrisa en los labios, por mucho que sus ojos continuaran siendo vigilantes. Sus miradas se cruzaron por un momento y él levantó la copa llena de sidra de las manzanas que había supervisado ella aquel otoño. Mahelt devolvió el brindis con una obediente, aunque poco sentida reverencia. Desde los sucesos de octubre, se había esforzado por encajar en el molde de la corrección. Seguía costándole sentarse a coser, pero había asumido la supervisión de la vaquería y colaboraba en los preparativos para la acogida de huéspedes y visitantes de Framlingham. Esta última tarea le gustaba y la desempeñaba con éxito, pero sabía que la vigilaban de cerca a fin de que no lo utilizara como un medio para pasar información. Ojalá pudiera hacerlo. Su padre estaba todavía matando el tiempo en la corte y sus hermanos continuaban como rehenes del rey. No quería pensar en cómo debían de sentirse, atrapados e impotentes.

Se abalanzó sobre Ranulf, pero él fue más rápido y la atrapó con un alarido triunfante. Mahelt rio y frunció la expresión, simultáneamente, cuando se vio obligada a intercambiar su puesto con él. No le parecía correcto tener que quedarse a

oscuras. El juego se reanudó y las caperuzas empezaron a chasquear contra su cuerpo mientras ella daba bandazos en el aire y oía risas y bromas. Notó un leve golpecito en el costado, en una ocasión y luego otra vez, provocándola. Un golpecito, otro. Fingió ignorarlo, pero entonces se giró de repente dando un salto y capturó con la mano la borla que remataba la punta de una caperuza. Hugh, comprendió, pues era el único que llevaba aquel tipo de adorno.

—¡Pillado! —gritó triunfante, descubriéndose la cabeza.

Él lucía una sonrisa radiante.

—Querréis decir que os he salvado —replicó.

Mahelt levantó la cabeza y se llevó las manos a las caderas.

—¡No es verdad!

Hugh le pellizcó la nariz y le estampó un beso en la mejilla.

Físicamente, Hugh y ella seguían en equilibrio precario. Desde noviembre, él había tenido que ausentarse a menudo para atender sus responsabilidades para con el condado y sus tierras. Durante sus ausencias, Mahelt quedaba bajo la inoportuna y estricta supervisión del conde. Cuando Hugh estaba en casa, se mostraba cauteloso y comedido. Pero con todo y con eso, habían conseguido disfrutar con gran intensidad de algunos momentos a solas. El conde no podía controlarlos a todas horas, e incluso permitía cierto grado de cortejo formal, siempre y cuando todo se mantuviera dentro de los límites establecidos.

El chambelán del conde entró en aquel momento, entregó a su señor un paquete lacrado y le murmuró unas palabras al oído. Como le sucedía siempre que llegaba un mensajero, a Mahelt se le encogió el estómago solo de pensar que pudiera portar noticias de Irlanda o de la corte. El conde rompió el lacre y leyó el contenido. Su rostro se mantuvo inexpresivo, lo que podía significarlo todo o nada. Mahelt se abandonó al juego con temeridad y fue pillada de nuevo. Hugh movió la cabeza hacia uno y otro lado.

—¿Qué voy a hacer con vos? —dijo apesadumbrado—. ¡No puedo salvaros vos misma!

Mahelt ladeó la cabeza.

—No necesito que me salve nadie —aseguró, sorbiendo por la nariz, sus modales altaneros porque estaba con los nervios a flor de piel. Se puso la caperuza con rabia, oscureciendo su visión. La siguiente víctima fue su cuñada, Marie, y Mahelt pestañeó al salir de nuevo la luz. Cuando miró a su alrededor, se percató de que ni Hugh ni su padre estaban en el salón. Excusándose para visitar la letrina, Mahelt lo abandonó también.



Hugh cerró la puerta del aposento privado de su padre. La aguanieve arañaba como uñas las contraventanas cerradas y las llamas de los lampadarios vacilaban, empujadas por una gélida corriente.

—¿Padre?

Roger le entregó a Hugh un rollo de pergamino.

—Es de Ralph. Ya no sé qué creer. En la corte corre el rumor de que los hombres de Marshal han sido doblegados en Irlanda.

Alarmado, Hugh leyó con avidez las noticias que enviaba su hermano. El pergamino dejaba entrever la fantasmagórica huella de la columna del cordero. Meilyr FitzHenry había regresado a Irlanda y el rey había ordenado que los mejores caballeros de Marshal se presentaran en la corte y respondieran por su conducta. Se habían negado y el rey afirmaba haber recibido noticias de importantes disputas en Leinster que habían dado como resultado la muerte de Jean D'Earley y el apresamiento de la embarazada condesa Isabelle y de los demás hijos de Marshal.

Hugh se quedó mirando a su padre, horrorizado.

—¿Cómo quieres que sea cierto? ¡De haberse realmente producido estos hechos, reinaría el tumulto por todo el país y nos habría escrito Longespée para comunicárnoslo, no Ralph!

—Yo ya no sé nada con este rey al timón —dijo con brusquedad Roger—. Nada de lo que diga o haga puede tomarse como cierto. Si cae el mariscal... —No terminó la frase, pero movió la cabeza y continuó, como si con ello pretendiera convencerse—: No llegaremos a eso. Los rumores no son más que rumores y sabemos que a Juan le gusta torturar a la gente y ahorcarla con palabras.

—Pero lo de enviar a FitzHenry de regreso a Irlanda debe de ser cierto.

—Sí, pero según Ralph, FitzHenry solo lleva una quincena ausente. No es tiempo suficiente para que haya sucedido todo eso y se haya recibido ya la noticia. Sospecho que el rey genera todas estas barrabasadas porque va con su carácter. —Una nueva ráfaga de aguanieve hizo temblar las contraventanas y el conde se envolvió con más firmeza en su capa de piel—. En cuanto vayamos a la corte, descubriremos por nosotros mismos todas estas mentiras.

—¿Crees que deberíamos decírselo a Mahelt?

Su padre reflexionó su respuesta y negó con la cabeza.

—No tiene sentido hasta que hayamos cribado el rumor y distinguido lo que es verdad de lo que no lo es. Sea lo que sea que haya pasado, nada podemos hacer ahora para cambiarlo. La única ventaja es que hombre prevenido vale por dos.

Al salir de la estancia de su padre, Hugh estuvo a punto de tropezar con Mahelt y por la palidez de su rostro y el fuego de su mirada comprendió que había oído parte de la discusión. Hugh maldijo para sus adentros, miró por encima del hombro y rezó para agradecer que su padre no se hubiera percatado de su presencia. La arrastró a la fuerza hacia el pasillo.

—¿De nuevo espiando por la cerradura? —susurró—. ¡Creía que habíais aprendido la lección!

—¿Y por qué no podría hacerlo cuando me concierne? Os he oído hablar con vuestro padre... ¡sobre mi padre!

Hugh se esforzó por recordar lo que se había dicho. Volvió a agarrarla y la alejó aún más de la cámara de su padre mientras evaluaba los daños. La puerta era robusta y cuando él había abandonado el salón, Mahelt estaba jugando a la caperuza ciega. Era imposible que lo hubiese oído todo.

—¿A qué os referíais cuando habéis dicho «si el mariscal cae»? —preguntó entre dientes—. ¿De qué os habéis enterado?

Hugh volvió a mirar a su alrededor y dijo en voz baja:

—El rey ha enviado a Meilyr FitzHenry de vuelta a Irlanda y ha exigido a los caballeros principales de vuestro padre que se presenten en la corte. Ralph ha pensado que deberíamos estar al corriente.

Mahelt pestañeó.

—No vendrán —dijo—. Jean jamás renegaría de las instrucciones de mi padre ni dejaría sola a mi madre.

—Estoy seguro de ello.

—¿Por qué le hace esto a mi familia? ¿Por qué no puede dejarnos en paz? ¡Le odio! —Rompió a llorar.

—Mahelt, no llores. —La acogió entre sus brazos y la besó. Deseaba protegerla de todos los males del mundo, y el rey Juan era uno de esos males. En un sentido distinto, sospechaba que el padre de ella y sus hermanos eran también males porque cualquier daño que sufrieran, era un golpe para ella. Tal vez fuera una Bigod ante la ley, y supuestamente su lealtad tenía que ser en primer lugar hacia esta familia, pero se imaginaba que por mucho que de puertas afuera acatara este hecho, siempre sería ante todo una Marshal. Nada conseguiría alterarlo jamás.



Roger llevaba varios meses sin frecuentar la corte, pero consideró prudente hacer una aparición, mostrarse ante el rey y dar la impresión correcta. Tener representación en

forma de delegados y parientes estaba muy bien, pero no eran más que una presencia que servía para señalar su lugar en la corte, pero no para sacar los asuntos adelante.

En el concurrido salón de Marlborough, Roger posó brevemente su mirada en Hugh, que estaba charlando con un grupo de hombres entre los que se encontraban Longespée, Ralph y el conde de Oxford. Los hermanos rehenes de Mahelt estaban también presentes, el mayor desplazado de nuevo al sur. Era evidente que no le permitían permanecer en un mismo lugar durante mucho tiempo. Los hermanos Marshal formaban parte del corrillo, aunque se mantenían ligeramente aparte, como si una barrera invisible los separara de los demás. Los rumores que Ralph había mencionado en su carta eran solo una verdad a medias. Meilyr FitzHenry había regresado a Irlanda con el cometido de emplazar a los hombres del mariscal, pero la historia de las disputas y la captura de la condesa era simplemente resultado de la desbordante malicia de Juan y de sus vanas ilusiones. Las terribles condiciones climatológicas que azotaban el mar de Irlanda se traducían en la imposibilidad de realizar travesías desde hacía más de un mes.

Para complacencia y satisfacción de Roger, Hugh resultó ser un hombre popular en la corte. Utilizaba con sutileza su buen humor y su atractivo aspecto; no se mostraba insolente, como muchos jóvenes herederos. Sus modales no eran afectados ni vestía sus ropajes con fingimiento... el principal fallo de Longespée. Roger era de la opinión de que su hijo tenía que aprender a mostrarse menos sincero ante determinados hombres, pero eso llegaría con el tiempo y la experiencia.

Echando un nuevo vistazo a su alrededor, se dio cuenta de que William Marshal, que había estado charlando con el obispo de Norwich, estaba solo en aquel momento, con la excepción de los dos caballeros plantados a su lado como desconfiados perros guardianes. La concurrencia lo evitaba, puesto que haber perdido el favor del rey Juan resultaba contagioso. Había que vigilar con quién hablabas y calcular todas y cada una de tus palabras. Y este era uno de los motivos por los que Roger controlaba muy de cerca la evolución de Hugh.

Roger respiró hondo, ya que sabía que los momentos siguientes no serían placenteros, pero había que hablar, y cuando recordaba lo sucedido en Thetford a sus espaldas, se encendía todavía de rabia. Bajó la cabeza y cruzó la estancia como un toro presto a investir y saludó a William Marshal con una reverencia formal.

El mariscal se conservaba bien para su edad madura. Su piel permanecía tersa sobre sus huesos finos y atractivos, pero de cerca Roger se dio cuenta de lo descarnado que estaba en comparación a la última vez que lo vio, con motivo de la boda de Hugh y Mahelt. Sus pómulos sobresalían y macilentas ojeras oscurecían su rostro.

William recibió a Roger con la sonrisa de un cortesano profesional.

—He oído que la corte se traslada a Freemantle mañana por la mañana —dijo.

Roger inclinó la cabeza.

—Los caminos están secos, al menos —respondió algo molesto. No quería iniciar

una cháchara remilgada y, por su propio bien, no podía permitirse ser visto hablando con el conde de Pembroke durante mucho rato.

—¿Qué tal tu hija? —le preguntó William al cabo de un momento, sin dejar de sonreír.

Roger comprendió perfectamente que William se refería a Mahelt, no a Marie ni a Marguerite. Y respondió de manera concisa:

—Tenía la impresión de que era tu hija, mariscal.

Se produjo un tenso silencio mientras los dos hombres asimilaban el significado de aquellas palabras. En la mejilla de William se apreció el movimiento nervioso de un músculo.

—Ay de mí, ahora que es una Bigod ha dejado de serlo, pero confío en que esté prestando un excelente servicio y... y pienso en ella a menudo...

La repentina emoción de la voz de su interlocutor y el brillo de sus ojos cogieron desprevenido a Roger. William Marshal era un cortesano consumado, capaz de esconder cualquier cosa detrás de una actitud de relajada serenidad. En aquel momento, Roger se dio cuenta de lo mucho que aquel hombre quería a Mahelt, un hecho que era de por sí peligroso. La vida debía tener equilibrio, y aquel equilibrio no podía pender de un hilo.

—Su bienestar está garantizado con nosotros —replicó—. Haremos todo lo que esté en nuestra mano para cuidarla y protegerla. —Miró con intensidad a William—. Estoy muy alerta a todo lo que sucede en nuestra jurisdicción.

William inclinó la cabeza a modo de reverencia.

—Como imaginaba que sería, conde.

Roger le devolvió el cumplido.

—Me alegro de que nos entendamos —dijo, y se retiró para sumarse a otro grupo. Se frotó sus sudorosas manos en un gesto que integraba tanto lavarse las manos como desempolvárselas. Hecho y terminado. Cerrado. Cuando echó la vista atrás vio que la pose erecta de William se había rebajado un poco. Una parte de él se sentía triunfante y exonerada, pero era la parte más pequeña, la menos importante. La mayor parte se sentía alarmada, solidaria incluso, puesto que cualquier hombre de los reunidos en aquella estancia era susceptible de encontrarse en la difícil situación de William en un abrir y cerrar de ojos. Dos años atrás, el mariscal había dicho que era un espejo para todos ellos, y no mentía.



Hugh coincidió a solas con su hermano por matrimonio de camino a las letrinas. Su

padre había abordado a William Marshal. Su deber era ahora hablar con Will. Después de asegurarse de que nadie lo oía, dijo Hugh:

—No deberías haber implicado a tu hermana en tus actividades. La has puesto en un grave peligro.

El joven lo miró con unos ojos que tenían los mismos tintes cambiantes que los de Mahelt.

—No conoces a mi hermana —dijo con cierto desdén.

—Estoy haciéndolo rápidamente —replicó Hugh sin sonreír—. Pondría en peligro su vida por ti, por tu padre y por su familia de nacimiento. No hace las cosas a medias y su lealtad es apasionada y sincera. No deberías implicarla en tus planes. Soy su esposo y estoy obligado por ello a velar por su bienestar y su honor, y no pienso poner en compromiso ninguna de esas cosas.

Will siguió mirándolo con ironía.

—Entonces, no la controles tan estrictamente porque no prosperará.

Hugh entrecerró los ojos.

—Tampoco prosperará si corre peligro por culpa de tu temeraria conducta.

Will hizo una mueca.

—Todos corremos peligro, «hermano», constantemente.

Hugh reprimió las ganas de agarrar a Will por la garganta.

—Tal vez, pero por el momento, ella disfruta de estabilidad en Framlingham. La pusiste en peligro con tu plan temerario y despertaste la cólera de mi padre cuando se enteró de lo sucedido. Ahora ya no confía en ella y su vida se ha convertido en una jaula. Poco puedo hacer para mejorar su situación porque la palabra de mi padre es ley, y porque además tiene razón. No solo has causado daño a nuestra casa y a tu hermana, sino que además has sumado tensión a los vínculos entre mi padre y el tuyo. Ha habido consecuencias, y deberías darte cuenta de eso... «hermano».

Los pómulos de Will cobraron de repente color.

—Conozco muy bien el significado del honor —dijo con sequedad—, igual que mi hermana. No necesitamos que nos lo enseñes.

—En este caso, aprende lo que es la prudencia que lo acompaña —le espetó Hugh—. Piensa en lo que te he dicho... y piensa en el bienestar de tu hermana.

Framlingham, marzo de 1208

Cuando Mahelt hizo su entrada a caballo en la villa de Kettleburgh, la sorprendieron los gritos histéricos de una mujer y los chillidos de unos niños que agujereaban el aire del claro día de primavera.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Ida, con expresión preocupada, sujetó con más fuerza las riendas de su yegua.

—No lo sé.

La escolta cerró filas en torno a las mujeres y los ponis de carga. Ida y Mahelt regresaban a Framlingham después de una semana de visita a la casa y los atracaderos que los Bigod tenían en Ipswich. Aunque los caminos eran normalmente seguros para todo aquel que viajara con la protección de hombres armados, los conflictos eran cada vez más frecuentes.

Cuando Mahelt e Ida llegaron a la curva donde estaba el desvío que conducía hasta la pequeña iglesia, se quedaron pasmadas al ver la escena: una mujer gimiente se arrastraba con las muñecas atadas tras la cola del caballo de un soldado. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Le habían arrancado el tocado y unas desaliñadas trenzas negras serpenteaban sobre sus hombros. Detrás de otro caballo se arrastraban dos pequeños; una niña de unos diez años y un niño de menos edad de esqueléticas piernas y mugrientas rodillas.

Los soldados lucían caras inexpresivas e iban vestidos con cota de malla y armados con espadas a la cadera y garrotes en la mano. Tiraron de las riendas de sus monturas al ver el séquito de los Bigod para cederle el paso. William, el cuñado de Mahelt, capitaneaba su viaje de vuelta a casa y se separó de la fila para parlamentar con los hombres, mientras la mujer y los niños seguían llorando y gritando.

—Es el interdicto —informó William cuando volvió con Mahelt y su madre—.

Dice el rey que mientras los sacerdotes no estén al servicio del país, no seguirá tolerando su forma de vida laxa. —Movi6 la cabeza en direcci6n a los soldados y sus cautivos—. Son hombres del *sheriff* y tienen orden de hacer prisionera a toda mujer que sea concubina de un sacerdote. La mujer dice que lleva doce a1os siendo su esposa, pero teniendo en cuenta que los sacerdotes no pueden casarse, es su prostituta y esos, sus bastardos.

—¿Qu6 ser6 de ellos? —pregunt6 Mahelt, mirando con compasi6n a la madre y a sus hijos, aun a sabiendas de que no haba nada que hacer. El interdicto, que afectaba al rey y al pa6s, haba sido promulgado recientemente por decreto papal como consecuencia de la disputa sobre qui6n debera ser el pr6ximo arzobispo de Canterbury. Juan se haba negado a aceptar el candidato del papa, Stephen Langton, y Roma haba aplicado sanciones a toda Inglaterra a modo de represalia. La disputa llevaba dos a1os ferment6ndose y haba generado muchas oportunidades para que los insatisfechos se sirvieran de su impulso para causar problemas. Mahelt odiaba a Juan, pero, en consonancia con la mayoria de la poblaci6n, opinaba que la conducta del papa era desp6tica y que extender su poder fuera de Roma hasta el punto de tener que ser 6l quien eligiera el pr6ximo arzobispo de Canterbury no tena sentido. Un interdicto significaba que el clero tena que negarse a llevar a cabo sus oficios: no ta1an campanas, no celebraban misas, no bendecan matrimonios, no escuchaban confesiones, no enterraban cuerpos en suelo consagrado. Los 6nicos servicios que ofrecan eran el bautismo de los reci6n nacidos y la extremaunci6n a los moribundos. En respuesta a las sanciones, Juan haba ordenado la incautaci6n y administraci6n de las tierras de la Iglesia, pero esta pol6tica de arrestar a las familias de los sacerdotes supona un nuevo giro... ingenioso y mal6volo.

William se encogi6 de hombros.

—Los llevar6n a Norwich y los encerrar6n en la c6rcel. Si el sacerdote quiere volver a verlos, tendr6 que pagar un rescate por ellos.

En cuanto continuaron camino hacia Framlingham, Mahelt intercambi6 pertinentes miradas con Ida, ya que en sus aposentos trabajaba como costurera una de esas «esposas». Tena una ni1a de dos a1os y un beb6 a1n en la cuna.

—¿Vendr6n los hombres del *sheriff* a por Wengeva?

—No lo s6 —respondi6 con ansiedad Ida—. Espero que no. El *sheriff* es hombre del rey, pero no tiene motivos para hostigarnos en Framlingham.

Mahelt se agit6 inc6moda en la silla. Ida nunca la haba acusado, ni siquiera haba hecho una referencia indirecta al incidente con su hermano, pero el sentimiento de culpa de Mahelt era muy duro. No se arrepentia de su fuga de aquella noche, pero haba comprendido que haba sido un acto muy peligroso, y no solo para Will y para ella.

Framlingham bulla de actividad cuando llegaron. Mahelt observ6 los caballos y carretas del patio.

—¡Ebano! —exclam6 al ver el corcel negro de Hugh amarrado a una anilla del

muro donde un mozo de cuadras se encargaba de cepillarlo. El voluminoso alazán del conde estaba también allí, así como las monturas de los caballeros y escuderos. Mahelt desmontó de su yegua sin esperar la ayuda del mozo de cuadras y entró corriendo en el salón. Sus modales desinhibidos obligaron a Ida a mover la cabeza con censura, aunque se vio incapaz de reprimir una sonrisa.

Hugh salía en aquel momento y Mahelt a punto estuvo de chocar con él. La cogió para que recuperase el equilibrio antes de tomarla en brazos y dar vueltas con ella. Mahelt unió las manos detrás de su cuello y le besó. Hugh se echó a reír, la abrazó con más fuerza y luego la depositó en el suelo para mirarla de arriba abajo.

—Hemos estado en Ipswich —dijo Mahelt—. Pensábamos que al menos tardaríais una semana más en regresar.

La sonrisa de Hugh se apagó levemente.

—Hemos decidido que era hora de volver a casa —replicó, y corrió entonces a besar a su madre y a darle una palmada en el hombro a su hermano. El conde apareció pisándole los talones y Mahelt lo saludó con la reverencia y el recato que no había demostrado al recibir a Hugh.

—Hija —dijo el conde con tono brusco—. Llevo en mi equipaje cartas de tu padre. Te manda sus saludos y regalos... y te ruega que recuerdes que ahora eres una Bigod.

El decoro de Mahelt se disolvió con aquellas palabras.

—¿Habéis visto a mi padre? —preguntó con impaciencia—. ¿Está bien, milord?

La mirada gris mar del conde se caldeó ligeramente.

—Tu padre está bien. Para tu descanso mental, permite que te diga que el asunto irlandés ya está resuelto. Tu madre, tus hermanos y tus hermanas están a salvo. Tu padre ha acordado con el rey la redacción de unos nuevos estatutos para Leinster y ha regresado allí para ocuparse de sus asuntos. El obispo de Norwich sustituirá a Meilyr FitzHenry como justicia mayor de Irlanda. —Movié afirmativamente la cabeza para dar por finalizada la conversación y lanzó una intencionada mirada hacia el ajetreado patio—. No quiero impedir que continúes desempeñando tus deberes.

Durante las horas siguientes, Mahelt e Ida estuvieron atareadas dando órdenes a los criados y organizando comidas, preparando las acomodaciones para dormir, desempacando el equipaje más esencial y ocupándose de las muy variadas tareas que acompañaban el regreso de dos partes de la familia. Finalmente, puesto ya orden en el caos, Mahelt se sentó un momento en el jardín que se extendía bajo el muro oeste para leer la carta de su padre. Las palabras, caligrafiadas por su escriba, eran tranquilizadoras. Estaba bien y no tenía por qué preocuparse por él. No había censura ni referencia alguna al incidente con su hermano, aunque le rogaba que se mostrase leal a su esposo y obedeciese a su suegro. Mahelt arrugó la frente al leer aquello y se preguntó qué se diría en la corte. Le enviaba un cofrecito con joyas: un broche de plata irlandesa, anillos y horquillas de oro para el tocado y unos colgantes de plata para adornar el petral de su yegua. La quería; le deseaba lo mejor. Mahelt cerró los

ojos con fuerza, pero, aun así, lágrimas calientes empezaron a resbalar por su rostro.

Oyó un sonido y se giró rápidamente. Hugh se acercaba en compañía de *Tripas*, que iba olisqueando el suelo. Se secó enseguida los ojos con el dorso de la manga.

—¿Lloráis? —dijo Hugh preocupado.

—Solo porque me alegro de que mi padre esté bien —contestó, sorbiendo por la nariz—. Me envía esto. —Le mostró el contenido del cofrecillo—. Dice que está bien.

—Y así es. —Hugh tomó asiento a su lado.

—Me gustaría haber podido verlo.

—Sin duda lo haréis en cuanto sus asuntos de Irlanda estén controlados. Ha tenido que regresar de inmediato para ponerlo todo en orden.

Mahelt asintió.

—Sé que lo necesitan allí. —Intentó que su frustración no se notara—. A lo mejor ahora Juan lo deja por fin en paz.

Hugh dudó un instante antes de hablar.

—El peligro no ha terminado. El rey sustituye a Meilyr FitzHenry por John de Grey, que es muy capaz, y es un hombre leal al rey. Vuestro padre y De Grey tienen buena relación, pero en lo referente a los derechos de Juan, no soltará ni un céntimo. —Hugh cruzó una pierna sobre la otra y jugueteó con el cordón de cuero de la bota. *Tripas* decidió acostarse, el morrito entre sus patas, y suspiró—. Sospecho, por otro lado, que De Grey se desplaza a Irlanda para evitar el pronunciamiento del interdicto sobre el rey.

La mención del interdicto le recordó a Mahelt la escena que había presenciado en el camino de Kettelburgh y se lo explicó a Hugh.

—Eso no puede sucederle a Michael —dijo con vehemencia—. No quiero que metan en la cárcel a Wengeva y a sus hijos, pero no podemos esconderlos como hicimos con los rollos de tela y los candelabros de plata.

Hugh le acarició el brazo.

—Ya he hablado con Michael. Seguirá llevando a cabo los servicios en la capilla y todos podemos asistir, lo que significa que no habrá conflicto ni necesidad de que los agentes del rey nos rindan una visita.

—¿Y piensa desobedecer a su obispo y al papa?

Hugh se encogió de hombros.

—Teniendo en cuenta que el obispo de Norwich va a estar muy ocupado en Irlanda, ni él ni sus oficiales tendrán tiempo para controlar a todos los capellanes de la diócesis. Y el papa está en Roma. Michael es lo bastante sensato como para no morder la mano que protege a su mujer y a sus hijos. Aquí no habrá ningún cambio. —Se inclinó para darle un beso tranquilizador. Mahelt se lo devolvió, fundiéndose con él. Le había echado mucho de menos.

Con delicadeza, Hugh le retiró el tocado y acarició sus bruñidas trenzas oscuras, murmurando halagos a su belleza. Pero de repente se detuvo y se apartó. Mahelt

siguió su mirada y vio que su padre los observaba desde el camino de ronda del muro. No alcanzaba a ver su expresión, pero a buen seguro era reprobadora. Sintiéndose incómoda sabiéndose observada, recogió apresuradamente el cabello en el interior de su toca y lo cubrió con el velo. Hugh le ayudó a colocar debidamente las horquillas.

—Pronto —dijo—. Muy pronto tendremos nuestra propia alcoba y nuestra propia cama.

Mahelt hizo una mueca y se levantó.

—No permitiré orejas pegadas a la puerta ni ojos en la cerradura —aseguró—, ni que la gente calcule el tiempo que pasamos a solas y controle si se me empieza a hinchar el vientre.

Hugh se levantó también.

—Encontraremos momentos y lugares.

—¿Como ahora? ¿En el jardín?

—Os lo prometo.

Ella movió la cabeza.

—Tengo que irme. Tengo mis deberes que cumplir. —La última frase la pronunció con especial énfasis.

Hugh la atrapó cuando llegaba a la puerta del muro.

—Lo juro —dijo, besándola de nuevo, en la mejilla y la frente, en el cuello y los labios. Mahelt sofocó un grito, pero consiguió liberarse de él.

—Ya lo veremos —contestó, pero con la sonrisa que acababa de dejarle el beso de él en los labios. Salió de nuevo al patio y se sumó de nuevo a la actividad del castillo.

Hugh se llevó la mano a la boca e intentó no pensar en todo lo que no le había contado sobre Irlanda.

Framlingham, finales de abril de 1208

Hugh, sentado en la cámara de su padre, intentó por tercera vez leer la misiva que reclamaba su atención. Era el borrador de una carta de otorgamiento de tierras al priorato de Colne y supuestamente tenía que comprobar su redacción, pero le resultaba imposible concentrarse en aquel tema y los caracteres le parecían tan incomprensibles como cuando tenía seis años y batallaba por aprender letras y latín. Perjurando de pura frustración, dejó a un lado la pluma y se acercó a la ventana. Tenía la sensación de que la savia recorría su cuerpo, que retoñaba con la calidez de la primavera y la floreciente abundancia que lo envolvía por todas partes. Los caballos pastaban en los exuberantes prados en compañía de los potrillos. En la laguna, las aves acuáticas lideraban hileras de esponjosas crías. Los nidos estaban repletos de polluelos, las casetas de cachorros y los establos de gatitos. Todos tenían retoños a su disposición. Incluso su suegro había sido bienvenido por un nuevo hijo a su regreso a Irlanda. Habían recibido la noticia del nacimiento del pequeño Ancel hacía tres semanas. Hugh miró por encima del hombro y suspiró ante la perspectiva de las cuentas y pergaminos que reclamaban su atención. Mahelt acababa de celebrar el día de su decimoquinto año, que había coincidido con un viaje de Hugh a Ipswich. Su padre decía que tenían que celebrar una ceremonia formal de desfloración como culminación del acuerdo al que habían llegado con los Marshal, pero faltaban todavía dos meses para que la casa entera pudiera reunirse en Framlingham. Su padre estaba en la corte y no regresaría hasta mediados de verano y, entre tanto, Hugh tenía que desplazarse a Yorkshire para gestionar sus tierras.

Sin dejar de mirar por la ventana, sopesó su dilema. Mahelt había alcanzado la edad estipulada y el acuerdo se había cumplido de buena fe. El tiempo de espera había tocado a su fin, pero la ocasión exigía un ritual de iniciación adecuado; sin

embargo, la idea de una grandiosa ceremonia de desfloración, con la sábana ensangrentada exhibida en el salón como prueba del cumplimiento del acto, le causaba repugnancia. Sabía que Mahelt se sentiría humillada. El aspecto indiscreto del asunto les ponía muy nerviosos cada vez que se besaban o acariciaban, conscientes de que estaban bajo escrutinio constante, como si fueran una yegua y un semental en época de celo.

Murmurando para sus adentros, Hugh se sentó de nuevo a la mesa e intentó trabajar. William Lenveise, el condestable de Framlingham, entró en aquel momento para preguntarle sobre la idea de incorporar arqueros a la guarnición y quería discutir sus salarios. Después de formularle la pregunta dos veces, empezó a mostrarse un poco molesto.

—¿Señor? —dijo con mordacidad.

Hugh agitó la mano para disculparse por su distracción.

—Contrata cuatro —respondió—, e iremos empleando más a medida que los necesitemos. No requerimos más por el momento.

Lenveise abandonó la estancia con una reverencia. Hugh se frotó los ojos, echó un vistazo a los pergaminos, y perjurando una vez más, los dejó allí para bajar al salón.



Ida dejó su costura y miró sorprendida a su hijo.

—¿Quieres mi bendición para llevarte a Mahelt a Settrington?

—Sí, madre. —Tomó asiento a su lado, cogió un trozo de cinta de la caja de la costura y la enrolló entre sus dedos.

—¿Significa eso lo que pienso que significa?

Hugh fijó la vista en la seda que brillaba en su mano. Por arriba, por abajo, del derecho y del revés.

—Sí —respondió—. Tendremos, por supuesto, una ceremonia formal en Framlingham en cuanto regrese mi padre, pero necesito estar a solas con Mahelt... adecuadamente a solas.

Su madre lo miró con preocupación.

—¿Y qué me dices de los deseos de tu padre?

—Tendrá su ceremonia —respondió Hugh con determinación—, con una ampolla de sangre de pollo para desflorar la sábana, si necesita que todo esté en orden. Hasta el momento lo he obedecido, pero yo no soy él y tiene que concederme espacio para respirar. Conozco a mi esposa como él no la conoce... y mejor la conoceré aún.

¿Cómo quieres que me concentre en lo que tendría que hacer con ella aquí todo el tiempo... a mi lado pero inalcanzable?

Ida lo miró pensativa.

—¿Y podrás pensar mejor cuando la tengas a tu alcance? ¿Empezarás entonces a centrarte?

Hugh fijó la mirada en los ojos castaños de su madre. Normalmente lo miraba con ternura. Con frecuencia, sus ojos tenían un centelleo intenso, pero ahora estaban cansados y tristes. No había hablado con su habitual titileo y lo observaba con melancolía.

—Sí, por supuesto —respondió con firmeza—. Me sentiré entero y completo... igual que ella. Aquí somos como niños bajo tu constante vigilancia. Necesitamos tiempo a solas para convertirnos en marido y mujer.

Su madre permaneció un largo rato en silencio. Y entonces volvió a suspirar.

—Cuando me casé con tu padre, me trajo con él a Framlingham. Eso fue antes de que se construyeran las torres y la casa nueva; no había más que el viejo salón. Por aquel entonces, él no era conde, sino simplemente un joven que intentaba hacerse un lugar en el mundo. Yo llevaba muchos años viviendo en la corte, pero me alegré de venir aquí. Pasamos tiempo juntos, solos, y recuerdo que valoraba esos momentos más que el oro y más que la diadema de un condado. —Las lágrimas brillaban en sus ojos—. De hecho, con el paso de los años, aquellas semanas que pasamos juntos a solas han sido tanto una bendición como una maldición.

Hugh enarcó las cejas.

—Fue la época más dulce de mi vida. Éramos unos simples recién casados, que solo pensaban en su propia satisfacción y en hacer lo que les venía en gana. Tu padre tostaba pan en el hogar abierto de nuestra alcoba y nos alimentábamos de amor... —Tragó saliva—. Desde entonces, no hemos vuelto a tener muchos momentos como aquellos. Lo que el mundo no se ha llevado, lo ha forjado el paso del tiempo. —Le ofreció una sonrisa triste y conmovedora—. Sí, ve; disfruta de tu tiempo y hazlo con mi bendición. No pienso negaros momentos tan dulces.

Hugh se arrodilló ante su madre y percibió una suave caricia en la cabeza.

—Hubo un tiempo en que apenas si me llegabas a las rodillas —dijo con la voz tomada—. Y ahora tienes que arrodillarte.

—Por honor —replicó Hugh, y su madre cogió sus manos entre las suyas y le besó ambas mejillas.

Cuando su hijo se hubo marchado, Ida se secó las lágrimas y observó las diversas labores que tenía en su habitación. Cada puntada era una marca diminuta en el tiempo, desarrollada a partir de un único punto de inicio hasta convertirse en una prenda, un tapiz o un cordón, testigo de meses y años de trabajo... tiempo que no había pasado con Roger, excepto en raras ocasiones. Todas aquellas piezas eran recuerdos tangibles de diligencia y soledad. Los recordatorios del tiempo que había compartido con su esposo eran sus hijos, pero uno a uno habían ido cortando los hilos

y tejiendo vidas propias más allá de su esfera de influencia... del mismo modo que su esposo se había ido distanciando poco a poco de ella y dedicaba prácticamente todo su tiempo a los asuntos del condado. Los nietos llenarían aquel vacío, se imaginaba, y siempre habría labores, por supuesto. Zarandeo mentalmente la cabeza. Pensar así era estúpido e improductivo. Ordenó a sus damas que le trajeran la colcha de seda clara en la que había estado bordando rosas blancas y rosas de cara a la ceremonia de desfloración. Estaba casi terminada y si todas se esforzaban lo suficiente durante el día, estaría lista para que Hugh pudiera añadirla al equipaje que se llevaría a Yorkshire y sería un gesto tangible de su amor y su bendición.



Mahelt desmontó en el patio de los establos de la mansión que Hugh poseía en Settrington y miró a su alrededor para embeberse del entorno. La casa le recordaba en muchos aspectos su casa familiar en Hamstead. Era de un tamaño comparable e incluso había un río similar en las cercanías. Compartía su mismo ambiente agradable y cuidado, y el hecho de que le recordase su hogar le llevó a encariñarse de aquel lugar al instante. Los ventanales rematados en arco le hacían pensar en unos ojos abiertos por sorpresa, mientras que por la puerta emergía una sonrisa de luz.

Un grupo de jinetes había llegado antes que ellos y los criados habían tenido tiempo suficiente para preparar la llegada del grupo principal. De los edificios de la cocina emanaban embriagadores aromas. El salón era limpio y luminoso; sus paredes estaban cubiertas con una capa reciente de lechada de cal y la nota de color la ponían escudos y estandartes. El mobiliario era escaso, pero su madera de roble de calidad desprendía un meloso olor a cera de abeja.

Habían viajado hasta Settrington por la costa, zarpando de Yarmouth rumbo a Bridlington, desde donde habían cabalgado en dirección oeste hasta llegar a su destino final. Mahelt había gozado intensamente de cada instante del viaje. A diferencia de su padre, no sufría el mal de mar y había disfrutado del azote del viento en la cara y de la espuma que se alzaba por encima de la borda y le salaba los labios. Hugh llevaba el mar en la sangre y lo había observado con orgullo y deseo ayudando a arrizar la vela y relevándose con los demás al timón.

Hugh la acomodó junto al fuego del salón y pidió a los criados que trajeran agua para que Mahelt pudiera lavarse las manos y sirviesen un refrigerio a base de buen vino y delicados pastelitos. Le murmuró entonces que tenía una cosa que hacer y que enseguida estaba de vuelta. Mahelt sonrió y asintió, y aprovechó aquel rato para poner en orden sus pensamientos y asimilar su entorno. Estaba sentada en una

bancada vieja pero bien conservada que brillaba con una suave pátina. Imaginó al instante que los bellos cojines bordados eran obra de la mano de Ida. Echó la cabeza hacia atrás para saborear el vino y disfrutar de aquella sensación de tranquilidad y libertad.

A su regreso, Hugh se sentó en el banco a su lado. Estaba sonrojado y parecía muy satisfecho consigo mismo.

—¿Os gusta? —Hizo un gesto para abarcar la estancia.

—Mucho. —Le sonrió—. Es como estar casados, ¿verdad?

Hugh echó la cabeza hacia atrás y rio a carcajadas.

—No lo sé, pero estoy a punto de averiguarlo. —Comió un pastelito y lo remató con un trago de vino—. Esta mansión es de mi propiedad desde que cumplí diecisiete años.

Lo miró ella con coquetería.

—Tendríamos que haber venido antes.

—Lo pensé, pero de haberlo hecho no habría podido cumplir la promesa que realicé ante vuestros padres y los míos.

Mahelt notó una pequeña y agradable sacudida en el estómago.

—Quiero enseñaros una cosa. —Dejó la copa y le tendió la mano—. ¿Me acompañáis?

Mahelt rio. Se sentía acalorada y débil.

—No será otro poni, ¿verdad?

La mirada de Hugh se iluminó.

—Esta vez no.

Mahelt le cogió la mano y lo siguió hacia fuera y luego escaleras arriba hasta la puerta que daba acceso a la cámara situada encima del salón. Se retiró la caperuza y la utilizó para cubrirle los ojos a ella, como si fueran a iniciar el juego del encapuchado.

—No quiero que mires ni por una rendija —le susurró al oído. Las capas de tela amortiguaban su voz, pero su humor y su tensión seguían siendo inconfundibles y un esplendoroso estremecimiento le recorrió la espalda.

Hugh le cogió de nuevo la mano, abrió la puerta y la guio pasito a pasito por la habitación. Percibió ella la firme pero flexible elasticidad de la esterilla de cañizo bajo sus pies y notó en la mejilla la suave brisa de la corriente de aire que entraba por una ventana. La guio hacia un lado para esquivar alguna pieza de mobiliario. Privada de la vista, sus demás sentidos estaban alerta y despiertos. Notaba el calor de la mano que la guiaba. Sintió entonces la pesadez de una cortina de lana y comprendió que él había levantado el brazo para correrla hacia un lado. Tiró con delicadeza de ella para que superara un umbral y volvió a cerrar la cortina a sus espaldas.

—Ahora ya puedes mirar —dijo él, retirando la caperuza.

Mahelt pestañeó y empezó a mirar por todos lados. Estaban en una alcoba, como cabía esperar, pero una alcoba que jamás se habría imaginado. En la chimenea titilaba

un fuego moderado, que absorbía el frío de la habitación. Las paredes relucían con su enyesado blanco y estaban decoradas con un friso con delicados adornos de voluta en verde entremezclados con rosas caninas de color escarlata. Las contraventanas, tintadas con rubia roja, estaban abiertas y permitían que la luz de la tarde se derramara sobre el suelo e inundara la cama con un cálido resplandor. Sábanas y cojines de immaculado tejido blanco contrastaban con una colcha que era como un campo de rosas bordadas. Había también pétalos de rosa esparcidos sobre las almohadas. La cama no tenía cortinajes, de manera que todo quedaba expuesto a la luz de día. Un delicado aroma de flores y especias impregnaba el ambiente.

Mahelt se quedó sin habla de la sorpresa, y también un poco llorosa. Tenía la sensación de que el corazón se le había hinchado en el pecho y no le dejaba espacio para respirar. Hugh ahuecó la mano para acariciarle la cara y, con inmensa ternura, quitó los alfileres de su tocado y retiró la redecilla para dejar caer sus trenzas.

—He soñado una y otra vez con este momento —dijo con voz ronca, deslizando la mano por uno de sus brillantes mechones—. Sé que hemos de tener una ceremonia oficial con testigos, pero esta es para nosotros. En tierra de mi propiedad y sin interferencias de nadie. Solos vos y yo, aunque sea únicamente por unos días. Juro que no os haré daño. En mis manos jamás sufriréis ningún daño.

La respiración de Mahelt se aceleró.

—Esto no me da miedo, ni vos —musitó.

Hugh la levantó en brazos y la llevó hacia la cama, la deslumbrante luz primaveral bañando la colcha. Esta primera vez estaría llena de luminosa claridad, estaría santificada por la luz. Él deseaba ver su cuerpo; conocer todo lo que había de conocer sobre ella para convertirla de verdad en parte de él, y él convertirse en parte de ella.

Deshizo sus trenzas y dejó que su oscura suavidad se enroscara en sus manos. El sol inyectaba los filamentos con matices de oro, rubí y púrpura real. Sus ojos eran de color medianoche y carbón, irradiados con ámbar alrededor de las pupilas. Cuando los labios de ella se separaron, cató él la miel y el vino. Ahora que había llegado el momento, Hugh ya no se sentía pendiente de un hilo. Deseaba hacerlo durar eternamente. Deseaba poder disfrutar de todo el tiempo del mundo.

La desnudó muy despacio, arropándola con besos para reemplazar las prendas que iba quitándole. Exploró su piel, admirando con el ojo de un amante y de un artista los esbeltos perfiles de su cuerpo. Tenía las piernas largas, pechos pequeños y redondeados que podía abarcar con las manos como manzanas maduras al sol. Sus pezones tenían un maravilloso matiz castaño rosado. Besó la elegante curva de su clavícula, su delgado y pálido cuello, y se deleitó con la visión que le ofrecía el sol de primavera al brillar sobre su piel. Se pasó la túnica por la cabeza y, cogiéndole a ella las manos, las acercó al cierre de la parte superior de su camisa. No necesitó ella más pista que esa y empezó a deshacer los cordones. Se desprendió él de la prenda y sus miradas se cruzaron por un instante antes de que ella bajara la vista para contemplar

su cuerpo.

Mahelt lo había visto medio desnudo en otras ocasiones, pero nunca con aquella intimidad. Siempre se habían tocado vestidos y era la primera vez que exploraba a solas su piel desnuda. Era flexible y musculosa, todo en su exacta proporción. Un halo de luz de sol envolvía su cabello y era como si ambos estuvieran hechos de luz.

Notaba los pétalos de rosa húmedos bajo sus caderas y sus nalgas, las sábanas frías y prístinas. Se estremeció, sus brazos cubriéndose de piel de gallina.

—¿Tienes frío?

—No... —Los escalofríos recorrían su cuerpo de la cabeza a los pies. Veía su luminosidad reflejada en la mirada de él y la imagen volvía a ella multiplicada por cien—. Hugh —susurró, y le acarició el pelo antes de enterrar el rostro en el potente pulso que latía en su garganta. Percibió el latido agitado del corazón de él contra sus costillas y su corazón latió al unísono. Se acariciaron, se tocaron y se besaron y empezó a tener la impresión de que eran una sola persona. Una sola carne, como decía la Iglesia que tenían que ser el hombre y la mujer al dar sus votos matrimoniales. La costilla de Adán reintegrada. Percibió entonces la ondulación de las caderas de él y respondió con similar movimiento. Hugh jadeó y se colocó encima, enlazando los dedos entre su grueso cabello, brillante y oscuro a la vez. Consciente de su excitación, Mahelt tembló de emoción y de miedo. No le gustaba sentirse atrapada en una situación de desventaja y se atrevió por ello a avanzar un paso más, y el atrevimiento se transformó en desenfreno, como si estuviera en plena batalla y solo hubiera una forma de sobrevivir.

Y Hugh aprovechó ese desenfreno y se sirvió de su experiencia para guiarla a voluntad, aun estando desesperado de deseo. La penetró, y el sol jugó sobre sus cuerpos en movimiento bajo la luz. Le besó los párpados, la nariz, el cuello y finalmente la boca, sincronizando los movimientos de los labios y de la lengua con el avance y la retirada de sus caderas. El olor a sábanas perfumadas, la acidez de sus sudores mezclados, el especiado aroma del cabello de ella llenaban su respiración hasta entrar a formar parte de él. Sentía a Mahelt tensa bajo su cuerpo y sacudir la cabeza sobre la almohada, y supo que no aguantaría mucho más, aunque deseara que aquello continuara eternamente porque era perfecto y tal vez nunca jamás volvería a alcanzar aquella perfección. La abrazó con fuerza y ella enlazó las piernas en torno a su cuerpo, acogiéndolo, entregando y recibiendo y devolviendo otra vez, fundiéndose en uno.

En las postrimerías del cegador destello de liberación, Hugh se dejó caer hacia un lado para no aplastarla con su peso. La mano de ella acarició su agitado torso.

—Parece que el corazón acabará saliéndose de tu pecho —murmuró.

—En ese caso, sería para ti. —Le acarició él el cabello—. Y así tendría que ser, puesto que eres su propietaria. —Una apacible languidez se apoderó de sus huesos y tuvo la sensación de que el mundo podía seguir adelante haciendo lo que le viniera en gana; le daba igual, con tal de que él y Mahelt pudieran quedarse allí y vivir para

siempre aquel momento—. Tengo a mi esposa. —Dijo, y añadió con una sonrisa—: Mi mujer.

Mahelt se ruborizó cuando él pronunció aquellas palabras: «Mi mujer». Porque se sentía como una verdadera mujer. Conocía lo que las demás mujeres conocían. Había vivido la experiencia y le agradecía a Hugh que la hubiera hecho tan placentera. Se apoyó sobre el codo y recorrió el cuerpo de él con la otra mano. La luz del sol había cambiado y se había añejado para pasar del blanco a un tono oro claro. Hugh tenía las manos y las muñecas, la cara y el cuello más oscuros que el resto de su cuerpo, parecía como si llevara una prenda interior hecha de piel, una prenda a la que acababa de tener acceso para disfrutar de su verdadero ser. Brotaba de ella tanto amor por él que se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Mi esposo —dijo imitándolo—. Mi hombre.



En los días que siguieron, Hugh llevó a Mahelt a cabalgar por el dominio y le enseñó los campos, los bosques, los pastos. La obsequió con pequeñas sorpresas: un exquisito anillo que representaba dos manos entrelazadas, una corona de rosas para la cabeza, ligas de seda para sus medias y cintas doradas para engalanar el pelo. Jugaron como niños, sin nadie esta vez que se lo impidiera ni les lanzara miradas reprobatorias, e hicieron el amor con las ventanas abiertas y la luz iluminando la cama hasta acabar doloridos y saciados.

Un día pasó por la mansión un visitante, de camino a York. Llevaba joyas en las alforjas: deslumbrante azabache negro, granates y ámbar del Báltico. Hugh se quedó especialmente cautivado por un trozo de ámbar de forma irregular con un extraño insecto atrapado en su interior; era como si se hubiese ahogado en miel. La talla era tan transparente que podían verse incluso las delicadas venas de sus alas extendidas y el fino vello de sus patas. Le compró la pieza al buhonero, junto con un granate rojo intenso para el sombrero de su padre y una joya azul de gran tamaño para que su madre se hiciese un colgante. Y perlas para Mahelt, para entrelazar como estrellas entre su pelo.

El buhonero se llamaba Matthew. Era un joven parlanchín que, aun siendo consciente del lugar que ocupaba en el mundo, no era servil y se sentía orgulloso de su profesión. Confiaba en poder vender la mayoría de sus piedras preciosas a los orfebres de York.

—Deberías ir con cuidado —le alertó Hugh—. Muchos querrán robarte por el contenido de tus alforjas.

Matthew se encogió de hombros.

—Si lo hacen, lo harán, aunque lo único que ven exteriormente es un pobre vendedor ambulante por el que no merece la pena perder el tiempo. No visto ricos ropajes, no tengo un buen caballo, simplemente mi asno, y una silla de carga vulgar.

Hugh asintió, pues lo que el joven decía tenía sentido, y se quedó pensativo. Tal vez le resultara útil auspiciar a Matthew por si acaso necesitaba enviar mensajes a su padre, o a otras personas, a través de un mensajero que no vistiera la librea de los Bigod.



Mahelt abrió los ojos y, cuando se recuperó de la inconsciencia del sueño, miró a través de las contraventanas abiertas. Le fascinaban los cambios que experimentaba la luz a través de la ventana, su transformación de blanco a dorado y a ocre a medida que avanzaba el día. Hugh continuaba durmiendo a su lado, su pelo una maraña veteada por el sol, su boca relajada en una curva natural y rodeada por una barba incipiente. Su corazón disparó una intensa punzada de amor hacia sus ingles. Anoche le había dicho que ya iba siendo hora de regresar a Framlingham. Comprendía que tenía razón, pero deseaba disfrutar los últimos días que les quedaban y extraer de ellos hasta la última gota de oro que pudiera, puesto que, en cuanto regresaran a Suffolk, su vida se vería de inmediato constreñida por sus obligaciones para con los demás. Estaba planteándose la posibilidad de despertarlo a besos cuando oyó el sonido de unos cascos en el patio, el tintineo de los arneses y voces hablando en tono jocoso.

Mahelt se puso encima su camisola y, trenzándose el cabello, se acercó a la ventana. Para su increíble sorpresa, vio que se trataba de sus hermanos Will y Richard, acompañados de otro joven que no había visto nunca. Al levantar la cabeza, Richard la vio mirando por la ventana y la saludó con una sonrisa. Mahelt se retiró rápidamente y corrió a zarandear a Hugh para despertarlo.

—¡Despierta! —gritó, su voz vibrando de pura excitación—. ¡Despierta, han llegado mis hermanos!

Hugh refunfuñó, se obligó a medio abrir los ojos y buscó a tientas su camisa.

—Les ha llevado su tiempo —murmuró.

Mahelt, que estaba vistiéndose, interrumpió por un momento el proceso y se quedó mirándolo.

—¿A qué te refieres con eso de que «les ha llevado su tiempo»? ¿Lo sabías?

—Oí que estaban en Newcastle, de manera que escribí a Robert FitzRoger, su

custodio. Pensé que se mostraría compasivo y les permitiría desplazarse un par de días a Settrington.

—¿Y no te pareció adecuado contármelo? —Acordeó con destreza los laterales del vestido.

—No estaba seguro de que fueran a soltarlos, por eso preferí mantenerlo en secreto y confiar en poder darte una sorpresa.

Mahelt se inclinó sobre la cama para estamparle un emocionado beso en la boca.

—¡Me encantan tus sorpresas!

—Tienen su recompensa —replicó él riendo entre dientes.

Mahelt le apesó el labio inferior entre los dientes y él le dio un palmetazo en las nalgas. Lo miró ella con sorna mientras se recogía el pelo en una redcilla y lo cubría con un velo sujeto con horquillas doradas.

—Me las pagarás por lo que acabas de hacer.

—Lo esperaré con impaciencia —reconvino Hugh, dándose en absoluto por vencido, y rio para sus adentros al verla salir en tromba de la habitación. Poco a poco, sin embargo, su sonrisa se esfumó y su expresión se volvió pensativa. Intentó dejar de lado la idea de que su padre jamás aprobaría lo que había hecho. Pero consideraba que era mejor dejar que Mahelt burlara las reglas estando él con ella, a que lo hiciera siguiendo sus disparadas estrategias. De esta manera, él podría controlar lo que hacía y decía y tal vez, de paso, sacar algún provecho de ello.



Mahelt cruzó corriendo el salón para recibir a sus hermanos, agitando los brazos y gritando de alegría. Después, con menos exuberancia, saludó con una reverencia a John FitzRobert, el hijo mayor del carcelero de sus hermanos. El joven tenía la cara horadada con marcas de la viruela y la mirada aguerrida, pero hablaba con acento culto y sus modales eran corteses.

Cuando llegó al salón, Hugh estaba todavía abrochándose el cinturón.

—Lo siento, esta mañana estamos muy remolones —dijo con una sonrisa al recibir a sus invitados. Los condujo hacia la mesa del entarimado donde los criados empezaban a servir jarras de vino, barras de pan recién hecho, queso y miel.

Al principio, entregados a la comida, la conversación giró en torno a trivialidades y asuntos de familia. Will y Richard le contaron a Hugh la anécdota de cuando su hermana les arrojó unguento rancio para defender su «castillo» y Mahelt levantó orgullosa la cabeza.

—Gané —dijo—. ¿O no?

—Sí, ganaste —admitió Will haciendo una mueca—. Pero mi capa nunca volvió a ser la misma.

Mahelt puso cara de superioridad. La conversación pasó entonces a Irlanda y hablaron de las noticias que tenían sobre su recién nacido hermano, Ancel.

—Confiemos en que podamos conocerlo antes de que se haya convertido en un hombre hecho y derecho —dijo Will.

—Porque de no ser así, seremos ya barbicanos —observó Richard.

Mahelt le dio un codazo.

—No digas eso, pronto volveremos a estar todos reunidos.

Will hizo un gesto de negación.

—No estés tan segura. Por mucho que Meilyr FitzHenry haya salido derrotado de esta, el rey no permitirá que las cosas sigan tal y como están ahora.

Mahelt lo miró fijamente.

—¿A qué te refieres?

—A Juan no le gusta perder y es vengativo. No permitirá que nuestro padre permanezca en Irlanda completamente solo, sobre todo ahora que William de Braose ha huido hacia allí.

Mahelt abrió los ojos de par en par.

—¿Que De Braose ha huido? —Miró a Hugh con perplejidad, pero él evitó su mirada—. ¿Por qué?

Will parecía sorprendido.

—Creía que lo sabías. Ha huido a Irlanda con su esposa y familia. Dice el rey que De Braose le debe miles de marcos y le ha ordenado pagárselos y entregar rehenes como muestra de su buena fe. —Will pronunció la palabra «rehenes» con lúgubre repugnancia—. Pero el asunto va más allá de una simple deuda de dinero.

Hugh le lanzó a Will una mirada de advertencia.

—No es una conversación para mantener ahora.

—¿Y cuándo mantenerla, si no? —cuestionó Will—. ¿Echamos el asunto al pudridero junto con todo lo demás y fingimos que el hedor que tenemos bajo nuestras mismas narices no existe?

—¿Y servirá para algo saberlo? —Hugh negó con la cabeza—. Nadie remueve el pudridero a menos que tenga necesidad de hacerlo.

Mahelt miró de reojo a Hugh.

—Cuéntamelo. No pienso quedarme sumida en la ignorancia.

Will se volvió hacia ella y dijo:

—De Braose fue la última persona que vio con vida al príncipe Arturo y sabe perfectamente qué sucedió. —Miró a todos los reunidos—. Juan asesinó a su sobrino a sangre fría.

—Eso no es más que un simple rumor —espetó Hugh.

—Un rumor lo bastante «simple» como para que la esposa de De Braose se negara a entregar a sus hijos a Juan como rehenes —replicó Will—. Lo bastante

simple como para encumbrar a De Braose a cambio de su silencio, y luego hacerlo caer como una rata y tenga que escarbar para encontrar la salida de un túnel cerrado. Lo bastante como para destruirlo a él y a toda su familia. ¿Hasta dónde tiene que agrandarse el rumor para ser considerado verdad? ¿Cuánto tiempo más tendremos que sufrir el gobierno de este tirano?

—Ya basta —dijo Hugh con rabia—. Sois bienvenidos para visitar a vuestra hermana y cazar en mis tierras, pero sabed que no abrigaré conversaciones de este tipo en mi hogar.

Will lo miró también airado.

—No hablar del tema no servirá para que desaparezca. Se hará cada vez más grande mientras sigues ignorándolo, *porque* lo ignoras, hasta que llegue el día en que te engulla por completo y desearás haber escuchado.

—No si tenemos que hacer grandes esfuerzos por protegernos. Existen más formas que esa, y dentro de lo que marca la ley. En Anglia Oriental hemos tenido pocos problemas.

La expresión de Will decía sin palabras que creía que Hugh era un iluso.

—Tal vez porque en Anglia Oriental te sientes cómodo haciendo que no ves nada, como si estuvieses ciego —dijo FitzRobert.

Hugh tenía en la punta de la lengua replicarle diciendo que era mejor fingir estar ciego que estar ciego ante la verdad, pero se contuvo. El padre de FitzRobert no solo era condestable de Newcastle, sino también *sheriff* de Norfolk y lo más prudente era andarse con pies de plomo.

—Tengo buena vista y veo lo cerca que estamos todos del abismo —replicó para dar por zanjada la cuestión—. Se acabó esta conversación. ¿La aprobarían vuestros padres de estar sentados aquí? ¿Cómo creéis que responderían a vuestras palabras?

Siguió un incómodo silencio. Will murmuró una disculpa y Richard formuló expresamente una pregunta sobre uno de los lebreles que dormitaba junto al fuego, y la conversación avanzó dando bandazos hacia aguas más seguras.



Mahelt acabó de cepillarse el pelo mientras Hugh deambulaba de un lado a otro de la alcoba con inagotable energía. Sus hermanos y FitzRobert se habían retirado para pasar la noche en una cámara situada al otro lado del salón y al amanecer saldrían de caza para regresar después al norte.

Hugh soltó el aire con fuerza.

—Will anda por terreno peligroso.

—¿Por qué terreno andarías tú de estar en su lugar? —le preguntó Mahelt—. ¿Si te hubieran apartado de tu familia y estuvieras sujeto a caprichos y crueldades?

Hugh se rascó la frente.

—Asomar la cabeza por encima de un parapeto equivale a pedirle al arquero que te meta una flecha en el ojo. Mejor quedarse abajo.

—¿Y qué me dices de la verdad y la justicia? ¿Y si matasen a todos tus amigos y aliados? ¿No acudirías en su ayuda?

Hugh hizo un gesto de impaciencia.

—Por supuesto que sí, pero asomar la cabeza por encima del parapeto no significa morir como ellos. ¡El hecho de haber invitado a tus hermanos a visitarte se acerca mucho a asomar la nariz entre las almenas!

Mahelt levantó la barbilla y dijo con ironía:

—Mi padre se interpuso en su día en el camino de Ricardo Corazón de León para impedir que capturara al rey Enrique cuando estaban en guerra. Estaba dispuesto a sacrificarse por ello. No se paró a calcular las consecuencias de su aguerrida acción.

—He escuchado docenas de veces esa historia —dijo nervioso Hugh mientras desataba los cordones de su camisa—. El rey Ricardo iba desarmado y tu padre sabía que jugaba con ventaja. Tu padre ha hecho cosas muy grandes, pero nunca ha corrido un riesgo no calculado y nunca ha desafiado al rey... solo ha buscado protegerse de sus ataques. Mi padre es también un gran hombre, pero no del mismo estilo que el tuyo. El rey Ricardo utilizó a tu padre para combatir en sus guerras en Normandía y para resistir contra la adversidad. Utilizó al mío para administrar justicia, aplicar la ley y mantener la paz en los condados. Ahora tenemos otro rey y los tiempos han cambiado. Todos debemos adaptarnos, y la mejor manera de hacerlo es manteniéndose fiel al camino que siempre has seguido.

—¿Y si te apartan de tu camino? —insistió ella—. Mi hermano nunca debería haber sido hecho rehén y mi padre nunca debería haber sido perseguido. Eso es una *injusticia* mayor. Cuando un obstáculo se interpone en tu camino, hay que retirarlo.

—O rodearlo, o cambiarlo de lugar.

—Para hacer eso, tienes que tener conocimiento de ello.

—El conocimiento es importante, en eso estoy de acuerdo, y a veces cuesta obtenerlo, pero las conspiraciones y la traición son un asunto completamente distinto. Hay una línea que nunca debe cruzarse. Tu padre y el mío lo saben muy bien, pero no estoy muy seguro de que tu hermano y sus amigos lo sepan.

—¡Mi hermano es leal! —estalló ella.

—A su familia, sí, pero si cruza esta línea y lo descubren, habrá repercusiones para todo el mundo. No será solo él el que caiga.

Mahelt empezó a guardar sus peines y sus tarros de ungüento en el cofre. Hugh tenía razón, pero no estaba dispuesta a admitirlo, puesto que deseaba proteger a Will y aborrecía tener que ceder terreno en las discusiones.

—¿Y qué opinas de De Braose? —preguntó, esquivando el tema—. ¿Crees que el

rey asesinó a Arturo? ¿Crees que acosa a De Braose porque sabe demasiado?

Hugh suspiró.

—Creo que es posible que Juan matara a Arturo, pero no hay pruebas que lo demuestren. Creo que De Braose se ha vuelto demasiado arrogante y poderoso, y que Juan se ha propuesto destruirlo... igual que intentó destruir a tu padre. Teme a los hombres que poseen el potencial de ser más fuertes que él.

—No me contaste lo de De Braose.

—No —dijo Hugh—. ¿De qué habría servido?

—Esa no es respuesta. Deberías habérmelo contado, no dejarme en la ignorancia. —Se abrazó a sí misma—. ¿Me valoras como algo más que un simple vientre para tus herederos?

—¡Por supuesto que sí! —Los ojos de Hugh echaban chispas—. Te tengo siempre presente en mis pensamientos. ¡Te llevo encima como si fueses mi propia piel! No quería preocuparte sin necesidad. He corrido un gran peligro al invitar a tus hermanos, y lo he hecho porque sabía que no podían ir a Framlingham. Te veo, Mahelt. Veo lo que hay en tu corazón. Quiero que me des hijos e hijas. Y yo quiero dártelos a ti, pero si piensas que este es el único motivo por el que te necesito a mi lado, mejor que habitemos en cámaras separadas a partir de ahora.

Ella hizo una mueca.

—¿Como hacen tus padres? —Aquello era como los encuentros de lucha en los campos de torneo, donde los oponentes ponían a prueba el temple y los límites del contrario... derramando su sangre, a menudo.

—Nosotros no somos ellos. —Ablandándose, Hugh se inclinó hacia delante y abarcó la cara de ella en su mano en un gesto conciliador.

Ella cerró los ojos ante el contacto.

—Quiero confiar en ti.

—Yo también quiero confiar en ti... ¿pero puedo? Es una espada que corta en ambos sentidos, mi amor.

—Puedes confiar en mí hasta la última gota de mi sangre —respondió ella con pasión—, pero tienes que jurarme lo mismo... —Lo obligó a comprometerse a sus palabras con la intensidad de su mirada. Mahelt, viendo la expresión de Hugh, que daba a entender sus intenciones, notó que se le aceleraba la respiración y una fuerte tensión en la pelvis.

—Por mi alma —dijo Hugh con voz ronca, y atrayéndola hacia él, la besó con pasión.

Mahelt le devolvió el beso con fuerza pareja y, por mutuo acuerdo, se arrastraron hacia la cama para sellar el pacto y curar sus respectivas heridas.

Framlingham, junio de 1209

Mahelt se llevó la mano al vientre al notar que el bebé se movía y pataleaba. Su cintura seguía siendo esbelta por los costados, pero, con la entrada en el sexto mes de gestación, su abdomen revelaba ya con orgullo una curvatura. El anuncio de su embarazo en el transcurso de la celebración de San Miguel, después de que se cumpliera la segunda falta, había sido recibido con alegría y festejos por su familia por matrimonio. Su suegro se mostraba apacible e indulgente con ella y cuidaba de su bienestar, puesto que estaba cumpliendo con su papel de portadora de la nueva generación. Por su parte, Mahelt había accedido a una tregua. Su carácter se había vuelto más dócil con el avance del embarazo. Le apetecía más sentarse a coser con Ida que estar en constante movimiento. No podía pasar por delante de una cuna sin mirarla y había descubierto de repente un interés por los recién nacidos y los niños pequeños que no creía poseer. Cuando Marie, la hija de Ida, acudió a visitarlos en compañía de su esposo Ranulf y su prole, Mahelt miró a los pequeños con nuevos ojos. La idea de tener su propio hijo —el hijo de Hugh— le producía un grato escalofrío, así como la idea de convertirse en madre, de hacer padre a Hugh y de dar nietos a sus padres.

Hugh y ella disponían por fin de una cámara privada y de su propia cama, habiéndose instalado en el antiguo salón. Podían estar a solas por derecho y con autorización. Aquello era una bendición para Mahelt. A su regreso de Yorkshire, el conde había insistido en la celebración de la ceremonia oficial de desfloración y habían vestido su nueva cama con la colcha con capullos de rosa bordados, que el capellán Michael, que continuaba al servicio de la casa a pesar de que el interdicto se extendía cada vez con mano más dura por el país, se había encargado de bendecir. En la capilla de Framlingham, los moradores del castillo seguían asistiendo a misa y a

confesión, se casaban con la bendición de la iglesia y recibían sepultura con consagrado respeto.

De vez en cuando llegaban noticias, inocuas siempre, sobre los hermanos de Mahelt y sobre Irlanda. Will había prestado atención a la advertencia de Hugh y el embarazo de Mahelt le había hecho perder su interés por cuestiones externas a los muros de su casa.

—¿Te encuentras bien? —Ida tocó la manga del vestido de Mahelt, con cierto tono de preocupación en su voz.

Mahelt salió de sus ensoñaciones y le sonrió.

—Sí, madre. El bebé está muy animado esta mañana, eso es todo. Es un pequeño torbellino —dijo con ironía. Desde que había empezado a notar los movimientos, el ajeteo en su vientre era constante. Estaba segura de que el pequeño no dormía nunca; poseía ya los recursos necesarios para ser un campeón de justas.

Ida se echó a reír encantada y apiadándose de ella.

—Ven. Acuéstate. Deja que te haga un masaje en los pies.

—Sois muy amable conmigo. —Mahelt se tendió en la cama y se descalzó. Los mimos siempre eran bienvenidos. Ida, que tenía un talento especial para esas cosas, empezó a masajearle los pies con firmes caricias. Mahelt entrecerró los ojos y se relajó. De haber sido un gato, se habría puesto a ronronear. Incluso el bebé se tranquilizó un poco y dejó de dar patadas y saltos, como si estuviera en sintonía con la suave voz de Ida y sus balsámicas manos.

Ida cantaba en voz baja, pero después de unas cuantas estrofas, interrumpió su nana para hablar.

—Me alegro mucho de que estés aquí con nosotros, hija mía.

—¿Ahora que cumplo los deberes de la mujer, os referís?

Ida la miró compungida.

—Te quise desde el momento en que llegaste, como querría a una hija, pero no te conocía. Intenté atraerte hacia la familia y tratar de que te sintieses bienvenida, pero después... después de lo que pasó, temí mucho por ti.

—Lo sé, y lo siento —dijo Mahelt arrepentida, porque le sabía de verdad muy mal incomodar a Ida. Pero con todo y con eso, sabía que volvería a desafiar las circunstancias de tener que hacerlo—. He madurado desde entonces.

—Sí, y mucho. —Ida canturreó otra estrofa y prosiguió con su masaje—. Ahora que vives como una verdadera esposa y tienes responsabilidades propias es mucho mejor para todos. Haces feliz a mi hijo, y tienes mi bendición por ello; el conde, además, está muy satisfecho.

Mahelt estuvo a punto de hacer una mueca al oírla mencionar a su suegro.

Ida suspiró.

—Sé que el conde y tú habéis tenido vuestras diferencias, pero has de saber que él siempre tiene presente tu bienestar y el bienestar de este condado.

—Sí, madre —replicó Mahelt con contenida diplomacia. Sabía que Ida quería que

todo fuese estupendamente bien, pero sabía también que eso no siempre era posible. El conde Roger quería que todo estuviese en su debido lugar y que cada uno desempeñase la función que le correspondía, pero todo y todos necesitaban espacio para expandirse y sobrevivir, y eso no lo entendía. Su suegra había acabado resignándose, pero Mahelt sabía que, por muchos hijos que tuviera a lo largo de sus años de matrimonio y por mucha responsabilidad doméstica que depositaran en su puerta, jamás permitiría que la aplastasen en el interior de una caja.

Hugh entró en la cámara, saludó formalmente a su madre con una reverencia y un beso y después abrazó a Mahelt de un modo similar. Había estado reunido con su padre para tratar asuntos del condado y su expresión preocupada llenó de ansiedad a Mahelt. No había acudido a la cámara de su madre por el simple placer de pasar el rato.

—Ha llegado la convocatoria tal y como esperábamos —anunció—. Tenemos que presentarnos en York a finales de julio con la recaudación de nuestros impuestos y luego viajar al norte para tratar con Guillermo de Escocia. —Lanzó una pesimista mirada en dirección a Mahelt—. Corren rumores de una conspiración contra el rey por parte de los barones del norte. Su objetivo es asegurar la frontera escocesa y gestionar las ambiciones rebeldes que el rey Guillermo y otros pudieran estar abrigando.

Mahelt dudaba de que esas fueran las intenciones de Guillermo.

—Los rumores de conspiración nunca cesan —dijo—. Juan sería capaz de ver una conspiración incluso en una copa de agua.

Hugh se encogió de hombros.

—Tal vez sí, pero eso no altera el hecho de que debemos obedecer la convocatoria.

Ida suspiró.

—Mejor que empiece ya a clasificar el equipaje de tu padre —dijo con discreción y abandonó la estancia después de despedirse con un beso a cada uno.

Hugh tomó asiento en el lugar que hasta entonces había ocupado su madre y acogió los pies de Mahelt en su regazo. Adoraba su forma fuerte y elegante, los puentes pronunciados, los huesos finos y largos y su piel de alabastro, pero su masaje era tan pragmático como indulgente. Mientras le sujetara los pies, no se movería de allí para empezar a dar vueltas por la habitación.

—¿Y cuáles son concretamente esos rumores de conspiración? —preguntó Mahelt, como él se imaginaba que haría—. ¿Y cómo te has enterado de ellos? Te recuerdo que en una ocasión me dijiste que los rumores no son más que rumores hasta que se demuestre lo contrario.

—Yorkshire no queda lejos de la frontera escocesa y mi madre tiene parientes en la corte de Escocia; de modo que siempre se oyen cosas. El rey Guillermo ha estado carteándose con Felipe de Francia y discutiendo una posible invasión de Inglaterra. En Irlanda fermentan los problemas. Roger de Lacey, de Chester, está bajo sospecha

porque su hijo ha estado mandando cartas a Francia y causando agitación, y esa familia también es poderosa en la otra orilla del mar de Irlanda.

Mahelt se mordió el labio.

—¿Está... está Will implicado en todo esto?

Hugh continuó masajeándole los pies con delicadeza.

—No lo sé... y tampoco quiero saberlo. Espero que no, por su bien. Por lo que suponemos, Irlanda, Escocia y Francia están preparándose para unirse y Juan no puede permitir que eso suceda. Escocia es el reino más fácil para una primera intervención. No hay necesidad de cruzar el mar, y saquear la frontera escocesa es un pasatiempo que deleitará a cualquiera, esté o no del lado de Juan.

—¿Y qué hay de mi padre?

Los ojos de Mahelt se oscurecieron de rabia y de miedo.

—Estimo a tu padre y es un hombre fuerte y sagaz —dijo con cautela—. Afrontará el tema cuando tenga que hacerlo.

—Crees que también está implicado, ¿verdad?

Dudó un momento antes de decir:

—Creo que está al corriente de lo que pasa y creo que mantendrá las distancias. Ha llegado a un acuerdo con el rey con respecto a Irlanda y por mucho que De Braose sea su aliado, el rey Juan es su señor. De momento, Juan tiene la mirada fija en Escocia; no hay motivos de preocupación inmediata.

Mahelt retiró los pies de su regazo, bajó de la cama y se acercó a la ventana.

—¿Verás a mi hermano?

—Seguramente.

—Dile... dile que vaya con mucho cuidado.

—Se lo diré —dijo Hugh, pensando que sería gastar saliva inútilmente puesto que el hermano de Mahelt, igual que ella, no se tomaba a bien los consejos. Se incorporó y se situó a sus espaldas, cerca, pero sin tocarla. Al otro lado de la ventana, los campos y los prados brillaban bajo el plácido sol de verano.

—Y tú ve también con cuidado —dijo con una voz tensa y dolida que le llegó a él al corazón.

—No tengo intención de involucrarme en nada, amor mío. —Le posó una mano en el hombro y otra sobre la delicada curvatura de su vientre—. Tengo demasiado que perder.

Se giró ella entre sus brazos y recorrió con el dedo índice el perfil de la mandíbula de él.

—Oh, Hugh...

La miró a los ojos, unos ojos rebosantes de preocupación y amor, y se dio cuenta de que no sabía aún de qué color eran, solo que contenían el mundo entero en su interior.

20

Framlingham, agosto de 1209

Incorporada en su cama de parto, apoyándose sobre los codos, Mahelt observó a la nodriza bañar a un bebé chillón en un recipiente de bronce situado junto a la chimenea. El pequeño era rosado y perfecto, con un copete de pelo oscuro coronando su cabeza, largas extremidades y un llanto robusto. Hijo y futuro heredero del condado de Norfolk y primer nieto de su padre. Se sentía orgullosa de sí misma, satisfecha y eufórica, aunque un poco dolorida. Se llamaría Roger en honor a su abuelo, un nombre tradicional en la familia Bigod.

Mahelt se había retirado para el parto quince días atrás, después de que Hugh partiera para acudir a la convocatoria real en el norte. Esperaba encamarse a principios de septiembre, pero el niño había llegado con adelanto y sorprendido a todo el mundo, incluida su suegra. Estaba sentada junto a la ventana de su cámara contemplando el cielo, deseosa de poder cabalgar bajo aquella inmensa extensión azul, cuando se vio sorprendida por un repentino torrente de agua entre las piernas seguido de potentes contracciones. Había sido breve para tratarse de un primer hijo, había dicho la partera. Menos de cuatro horas en total y todo había ido muy bien; Mahelt estaba indignada porque la partera le había dado unas palmaditas en las caderas comentando que era una chica grande y fuerte, como si fuera una yegua o una vaca. Con los pechos transformados de repente en enormes ubres, Mahelt se vio obligada a reconocer que la mujer seguramente sabía algo que ella desconocía.

Como no se esperaba la llegada del bebé hasta tres semanas más tarde, como mínimo, Ida se había desplazado a Ipswich para ocuparse de unos asuntos del conde y la única compañía de Mahelt había sido Ela de Salisbury, que había viajado a Framlingham para estar con ella durante su retiro a la espera de la llegada del parto.

Ela miraba a la nodriza y al bebé con ojos anhelantes y llenos de preocupación.

—Es precioso —alabó.

—¡Sobre todo ahora, que ya no tengo que llevarlo encima a todas partes! — proclamó Mahelt riendo—. Tiene la nariz de Hugh, me parece, pero los ojos son míos. Hugh dirá que tiene mi temperamento, aunque creo que será para bien.

Ela forzó una tímida sonrisa y se llevó una mano al vientre. Lucía un vestido ajustado de encaje a la última moda y su figura era plana como una tabla. Mahelt dijo enseguida:

—Todo irá bien. La reina acaba de darle ahora un hijo al rey Juan y llevan casados siete años.

Ela estaba meditabunda.

—Rezo y hago todo lo que me dicen las parteras, pero William pasa mucho tiempo ausente y llevamos una temporada sin compartir el lecho. —Bajó la vista—. Mi esposo es un hombre muy orgulloso.

Mahelt leyó entre líneas lo que obvió decir. El hecho de que Hugh hubiera tenido un heredero varón irritaría a Longespée, que siempre pensaba que tenía que ser el mejor debido a su sangre real.

—En ese caso, tienes que conseguir atraerlo a tu cama —dijo—. Los rezos y las parteras no sirven de nada si no pones el otro ingrediente. De nada sirve tener un parterre preparado sin planta alguna que sembrar.

Ela se sonrojó.

—Lo sé. —Observó a la partera que, después de secar con delicadeza al recién nacido, lo envolvió en pañales y lo depositó en la cuna—. Pero no quiero que mi esposo piense que soy una desvergonzada o una impúdica.

—No me parece que tengas que preocuparte por eso —aseguró Mahelt, sospechando que el nacimiento del pequeño Roger iba a lograr que Longespée se mostrara muy atento en ese sentido, siempre que la oportunidad se lo permitiera, y tampoco se imaginaba a Ela mostrándose impúdica, por mucho que lo intentara.

El bebé se tranquilizó y se quedó dormido. Mahelt decidió acostarse para disfrutar también de una pequeña siesta, pero no por ello le pasó por alto el detalle de que Ela abandonó la habitación de puntillas para entrar en la capilla contigua y arrodillarse a rezar.



A la mañana siguiente, mientras Ela le leía a Mahelt un lay sobre María de Francia, oyeron unos delicados pasos subiendo a toda prisa la escalera. Al instante se abrió la puerta e Ida irrumpió en la estancia, sin aliento y sofocada, el bajo de su vestido

embarrado del viaje.

—¿Dónde está? —gritó, sus ojos brillantes—. ¿Dónde está? —Con una sonrisa radiante, miró a Mahelt y a Ela y, al mismo tiempo, echó a correr hacia la cuna y miró en su interior. La nodriza había ido a buscar pañales limpios y el bebé estaba desnudo encima de su colcha de vellón. Cuando Ida se inclinó, sus deditos enlazaron casualmente la joya azul que colgaba de su cuello y tiró de ella—. ¡Oh! —Ida se quedó tremendamente embelesada al instante—. ¡Mirad, acaba de nacer y ya sabe coger cosas! ¡Va a ser un guerrero intrépido! —Con mucha ternura, lo cogió y lo acunó contra su pecho mientras desenredaba la cadena de entre sus deditos—. El primogénito de mi hijo y su esposa y un futuro conde. —Lo arrulló y lo llenó de besos con los ojos llenos de lágrimas y se acercó a la cama de Mahelt—. ¡Lo has hecho muy bien!

Mahelt sonrió.

—¿Verdad que es precioso? —preguntó con aire satisfecho.

Casi a regañadientes, Ida lo entregó a la nodriza para que le pusiera el pañal y tomó asiento junto a la cabecera de la cama, ignorando el bajo embarrado de su vestido.

—¿Fue doloroso? ¡Sentí mucho no estar presente, pero nos tomó a todos por sorpresa!

Mahelt hizo una mueca.

—Fue peor que el dolor de estómago que sufrí después de comer manzanas verdes cuando era pequeña, pero el resultado, al menos, compensa. —Miró de reojo a la nodriza, que estaba ocupada con las yardas de tela de pañal—. Ela ha sido una amable y buena compañía.

Ela se ruborizó y sonrió, no sin cierta tensión.

—Eres una buena chica —dijo Ida, dándole su cálida aprobación antes de volver a dirigirse a Mahelt—. ¿Sabes si han enviado ya mensajeros con la buena nueva?

—Sí. Para Hugh y el conde y también a Irlanda, para avisar a mis padres.

A Ida le brillaban los ojos.

—Su primer nieto. Se sentirán muy orgullosos de ti, y sé que Hugh estallará de alegría.

Ida hablaba con tanto cariño que Mahelt tenía un nudo en la garganta.

—Vamos —dijo Ida—, deja que te peine el pelo y le cante mientras a mi nieto.

Ela se levantó.

—Iré a buscar comida y bebida, madre, y agua para que podáis lavaros y quitaros el polvo.

—¡Oh, no te preocupes por eso! —exclamó Ida riendo, pero entonces bajó la vista hacia su vestido y se mordió el labio—. ¡Aunque imagino que parezco una vieja bruja!

—¡Eso nunca! —exclamaron al unísono ambas nueras.

—Sois un encanto las dos —agradeció Ida—. Y pensándolo bien, un poco de vino

y comida no estaría nada mal, y tal vez también un vestido limpio.

Ela salió corriendo de la habitación para cumplir con sus recados. Ida cogió los peines y un frasco de polvos perfumados con nuez moscada y se dispuso a peinar las brillantes y oscuras trenzas de Mahelt.

—De joven tenía el pelo como tú —dijo—. Supongo que ahora te resulta impensable, pero era lustroso y grueso como el damasco más espléndido. Pero ahora, más me vale esconderlo bajo un tocado de esa tela —comentó con melancolía mientras sumergía el peine en un recipiente de agua de rosas para deslizarlo a continuación por el pelo de Mahelt, dejando a su paso un cálido y estival perfume.

—A Ela le preocupa ser estéril —intervino Mahelt.

La sonrisa abandonó el rostro de Ida.

—Lo que tenga que ser será, aunque rezo para que ella y mi hijo acaben recibiendo con el tiempo esta bendición. Confío en que Dios no los castigue por mi culpa.

—¿Por vuestra culpa? —Mahelt miró sorprendida a su suegra.

—Forniqué con el rey Enrique cuando era una joven de la corte y mi hijo fue el resultado. Desde entonces he hecho penitencia por mi pecado tratando de vivir como esposa y madre virtuosa, pero no puedo evitar preguntarme si es culpa mía.

—¡Por supuesto que no lo es! —Mahelt se quedó conmocionada al enterarse de que Ida seguía sufriendo por algo acontecido tanto tiempo atrás. De vez en cuando, su suegra se quedaba en silencio y ensimismada, pero Mahelt nunca se había parado a pensar en el motivo, o había culpado de ello al conde—. Lo que sucede es que no comparten lecho muy a menudo. El rey lo envía constantemente lejos de casa. Todo irá bien, sé que todo irá bien.

—Eso espero. —Ida se quitó el collar con la piedra preciosa azul para sujetarlo a la parte superior de la cama, descansó el pie en el balancín y la joya empezó a titilar y brillar—. Quiero que todos mis hijos vivan una vida plena y sean felices, y también los hijos de mis hijos. Si solo pudiera tener una cosa en este mundo, querría que fuese esa, pero sé que es más fácil desearlo que conseguirlo.



Hugh y su padre estaban sentados en el interior de su tienda en Norham, cerca de la frontera escocesa, bebiendo un vino agriado por el exceso de tiempo en las barricas, los golpetazos de a bordo y los zarandeos del poni de carga y el carromato en su recorrido hasta allí. Las tiendas del ejército inglés se extendían hasta donde a Hugh le alcanzaba la vista como los fantasiosos anillos de una seta otoñal. Su oponente,

Guillermo, el León de Escocia, tenía menos tropas que comandar y menos recursos si cabe. No poseía tantos caballeros y su equipamiento no estaba a la altura del de los ingleses. Se decía que lo que les faltaba en número lo suplían con ferocidad, pero, por otra parte, lo que tenían en ferocidad les faltaba en disciplina.

Juan y el rey escocés habían estado conferenciando toda la jornada con el fin de alcanzar un acerbo acuerdo, a saber, que Juan no ordenaría a su ejército inglés cruzar la frontera y destrozar a los escoceses, siempre y cuando el rey Guillermo ordenase la desbandada de su ejército, pagase una suma de quince mil marcos y entregara como rehenes a dos hijas legítimas para que en un futuro contrajeran matrimonio con los barones ingleses que Juan eligiera. Los términos se habían planteado empleando un lenguaje diplomático, pero las discusiones habían sido muy fuertes.

Longespée se detuvo en la tienda de los Bigod de camino a su pabellón, donde iba a cambiarse de túnica para asistir al banquete. Un músculo empezó a temblar bajo su ojo cuando cató el vino que le ofrecieron.

—Me hace pensar en los viejos tiempos en la corte —le dijo Roger con cierta tristeza—. Las barricadas de tu padre eran famosas por el vinagre que contenían.

—Era demasiado joven para ser su víctima, pero he oído hablar de ello. — Longespée rio entre dientes y agitó el contenido del copón—. Al vino lo le gusta ir de campaña. —Miró a Roger y a Hugh—. ¿Qué opináis de que el rey le haya retirado a Roger de Lacey el título de *sheriff* de Lancashire y Yorkshire?

Roger se encogió de hombros.

—Juan necesita un respaldo fuerte en el norte. Al menos, gracias a este tratado, los escoceses estarán una temporada sin molestarnos y si en la frontera norte hay hombres leales, no tendremos que estar vigilando constantemente nuestras espaldas. No quiero decir con ello que De Lacey sea desleal (es un hombre de mi agrado), pero su hijo es voluble y la familia que tiene en la otra orilla del mar de Irlanda no es de fiar.

Hugh miró fijamente a su hermanastro.

—¿Qué piensa hacer Juan con los quince mil marcos que ha conseguido de los escoceses?

La expresión de Longespée se tornó hermética de repente.

—Tiene varios asuntos entre manos.

—¿Y cuándo no? —Hugh levantó la vista hacia el mensajero que acababa de aparecer en la entrada de la tienda. Era evidente que había cabalgado a todo galope y el hedor a caballo y sudor era tan acre que se hacía visible casi. Pero cuando extrajo de su saca un paquete de pergaminos lacrados y se arrodilló ante los hombres, lo hizo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Señores, tengo órdenes de saludaros y deciros que la señora Mahelt Bigod ha dado a luz un hijo sano cuatro días después de la víspera de la Asunción.

Hugh cogió el mensaje, rompió el lacre y leyó el contenido antes de ayudar al hombre a incorporarse y abrazarlo como si fuese su mejor amigo. Le gritó a un

escudero que trajese más vino.

—Busca el mejor que tengamos, o ve a comprarlo. Quiero brindar por esto con dulzura. ¡Un hijo! ¡Mi primer hijo! —Después de abrazar al mensajero, Hugh abrazó a Longespée y le estampó un sonoro beso en cada mejilla.

—Una gran noticia —dijo Longespée con una sonrisa poco entusiasta cuando Hugh corrió a abrazar a su padre, que lucía una luminosa expresión de satisfacción.

Hugh se volvió hacia el mensajero.

—¿Dices que mi esposa está bien?

—Sí, milord, y os envía sus saludos. El bebé ha sido bautizado con el nombre de Roger, tal y como deseabais.

Regresó el escudero con una barrica de vino que había conseguido después de engatusar al dispensero del conde de Oxford diciéndole que su señor era pariente consanguíneo del bebé a la salud del cual iban a beber. Espitaron de inmediato la barrica y llenaron las copas.

—¡Por mi hijo y mi nieto, futuros condes de Norfolk! —declaró Roger levantando la copa por encima de la cabeza. Bebieron todos, esta vez de un vino bastante decente.

—¡Por mi esposa! —replicó Hugh—. ¡Y por mi padre el actual conde, que tenga una vida larga y próspera! —Los hombres bebieron de nuevo y se rellenaron las copas.

Longespée se quedó en la tienda para los dos primeros brindis, pero declinó que le llenasen otra vez la copa y observó con desdén que se permitía la presencia y la participación del mensajero y los demás criados. Era tremendamente inapropiado, aunque típico de los Bigod. El peso de la envidia le oprimía el pecho. Que Hugh hubiera engendrado un hijo antes que él era insoportable. Ver a Hugh henchido de orgullo y al viejo conde poniendo cara de rana sonriente le producía náuseas. Disculpándose, se despidió con una amanerada reverencia y, una vez fuera de la tienda, cerró los puños con fuerza y se encaminó a su pabellón con un humor de perros.

Hugh depositó en la mano del mensajero el dinero equivalente a un día adicional de salario.

—Busca acomodo entre mis hombres. Voy a escribirle una carta a *milady*, pero dile de todos modos que volveré a casa lo antes posible. En dos semanas como mucho.

—Milord. —El hombre se apartó el mechón de pelo que le caía sobre la cara y abandonó la tienda.

—Recuerdo cuando tú naciste —empezó su padre en tono nostálgico—. Me sentía el rey del mundo. Cuando te vi en la cuna supe que no habría momento mejor en mi vida... y ahora, mi hijo ha tenido un hijo.

Volvieron a abrazarse y la emoción humedeció los ojos de Hugh. Su padre tosió para aclararse la garganta antes de hablar con un tono brusco y formal.

—Tu esposa: tal vez te haya parecido que he sido duro con ella, pero era importante que conociera los límites. Me siento muy satisfecho viendo cómo ha sentado la cabeza y cumple con su deber.

Hugh sintió un destello de rabia ante aquel comentario, pero comprendía por qué lo había hecho su padre y, en un momento tan perfecto como aquel, todo le parecía bien.

—Mejor que vaya a decirle a sus hermanos que tienen un nuevo sobrino.

Su padre asintió, pero no sin levantar un dedo en señal de advertencia.

—No te quedes mucho rato con ellos y cuidado con lo que dices. No me cabe la menor duda de que están vigilándonos.

—Ya sé de qué pie cojean —replicó Hugh, logrando que su voz no revelara su impaciencia. Por mucho que su origen fuera la inquietud provocada por las circunstancias, los sermones de su padre eran tediosos.

Encontró a Will y a Richard en compañía de los dos John: FitzRobert y De Lacey. A pesar de que el grupillo era predecible y casi de esperar, Hugh sintió un escozor en la nuca porque sabía que aquella no era compañía segura. Richard recibió a Hugh con una alegre sonrisa y le hizo espacio para que se sentase sobre la pila de arneses que en apariencia estaban limpiando.

—¿Quieres ayudar? —le preguntó—. Tenemos una brida estupenda que necesita lustre, cargada de adornos y rincones engorrosos.

Will tenía los pies apoyados en una mesa de campamento bajo y estaba reclinado en su silla.

—No seas idiota, Richard —dijo taimadamente—. Nuestro buen cuñado no tiene intención de quedarse. Su padre no se lo permite.

Hugh entrecerró los ojos al ser tratado con tanta insolencia por un muchacho de diecinueve años, pero guardó silencio porque era aquel un momento de alegría, no de hostilidad.

—He venido a deciros que he tenido un hijo y vosotros un sobrino. Mahelt acaba de dar felizmente a luz un varón.

Richard soltó de inmediato un grito de alegría, se levantó de un brinco y felicitó a Hugh con unas palmaditas en el hombro.

—¡Qué gran noticia!

La sonrisa se extendió lentamente por el rostro de Will y su expresión de cautela y beligerancia se esfumó por completo para dar paso al atractivo joven de ojos oscuros que vivía escondido detrás del duro exterior de un hombre hastiado del mundo. Retiró los pies de la mesa y se levantó para abrazar a Hugh.

—Me alegro mucho por Mahelt y por ti. Dile que la quiero mucho y dale a tu hijo todas mis bendiciones. —Se echó a reír—. La niña me ha hecho tío. De repente me siento anciano y responsable.

—¡Pues no se te nota todavía! —dijo con burla De Lacey, y recibió como respuesta un grosero gesto con un solo dedo por parte de Will.

Hugh decidió aceptar el ofrecimiento de Richard y sentarse un rato con ellos puesto que, a pesar del peligro, su compañía resultaba estimulante y refrescante. Bebió un tazón de cerveza local, que resultó ser mucho mejor que el viajado vino, y cogió incluso la brida que le había indicado Richard y se puso a trabajar con ella con un trapo impregnado con el contenido de un tarro de cera de abeja.

Pasado un rato, dijo Richard:

—Me imagino que te has enterado de que el rey piensa retirarle los cargos de *sheriff* al padre de John. —Señaló a De Lacey.

—Me lo comentó Longespée, sí —asintió Hugh, levantando la vista del cuero—. También he oído decir que milord De Lacey será destinado a otros servicios para la corona. Se trata de un simple traslado a otro puesto... algo que el rey está en su pleno derecho de hacer.

De Lacey miró con ironía a Hugh.

—Por lo que se ve, tiene derecho a hacer muchas cosas —dijo con una mueca—. No tenía motivos para retirarle los cargos a mi padre.

Will se inclinó hacia Hugh.

—¿Qué crees que va a hacer con todo ese dinero que ha obtenido del rey de Escocia?

Hugh se encogió de hombros.

—Podría utilizarlo para muchas cosas... para construir barcos para proteger la costa de los franceses, para empezar.

—O para costear una campaña en Irlanda —dijo Will.

—También podría ser. Me parece bien que los escoceses dejen de saquear nuestras fronteras, puesto que suponen un obstáculo para los ingresos que recibo de Yorkshire. Los lobos de cuatro patas me dan ya problemas suficientes como para encima tener que enfrentarme a las incursiones de esos salvajes de Galloway. —Apuró su cerveza, consciente de la mirada sombría y amenazadora de Will—. Tengo que irme. —Se levantó y dejó sobre el caballete la remozada pieza de arnés—. Aún hay más gente a la que dar la buena nueva. Confío en que pronto podáis visitarnos y ver a Mahelt y a vuestro nuevo sobrino.

—¿Seré bienvenido? —preguntó Will, la expresión de cinismo de nuevo en su rostro.

—Eso depende de ti.

Hugh salió de la tienda inflando las mejillas. William Marshal, hijo, era duro de roer. Con la llegada del atardecer, se había levantado un viento gélido y se detuvo un instante para abrocharse mejor la capa. Richard salió de la tienda y lo alcanzó.

—Nos has traído muy buenas noticias —dijo—. Will lo cree también, pero tiene el carácter agriado. No se lo tengas en cuenta.

Hugh dejó de andar y se quedó mirando a su pecoso cuñado, mucho más formal que su hermano.

—No se lo tendré —aseguró—. Y la oferta de la visita sigue en pie. Quiero que

mi hijo conozca a sus tíos Marshal.

El rostro de Richard se iluminó con una sonrisa.

—¿Crees que es un comentario responsable por parte de alguien que acaba de ser padre?

Hugh se echó a reír, su corazón alegre, y le dio al joven una palmada en el hombro.

—Probablemente no, dadas las circunstancias. Espero no arrepentirme de ello.

—No te arrepentirás.

Hugh se encogió de hombros en un gesto evasivo.

—Ya veremos —dijo, y prosiguió su camino. Y los hermanos de Mahelt cayeron pronto en el olvido, puesto que había otros fuegos de campo y otras celebraciones y porque tenía la sensación de que, gracias a la llegada de aquel pequeño ser, su mundo disfrutaba de una nueva luz.



Hugh compró regalos para Mahelt en el camino de vuelta a casa: una cruz de rubí colgada de una cadena de oro, un cinturón con una delicada hebilla de oro, un tocado de seda y cintas para el pelo, un anillo de dentición y un sonajero para el bebé. La generosidad de su amor se traducían en generosidad de su bolsa y se vio obligado a contenerse, puesto que por mucho que la primera fuese ilimitada, no era este el caso de la última. Su padre se había quedado con el rey, que continuaba viaje hacia el sur con destino a Marlborough, donde había convocado a todos sus vasallos principales para que jurasen fidelidad tanto a su persona como a Enrique, su hijo recién nacido. A simple vista reinaba la paz, pero era tensa y deficiente, y amenazaba con rasgarse como el hilo mal tejido.

Su madre salió a recibirlo en cuanto hizo su entrada a caballo en Framlingham. Su rostro estaba iluminado y hacía tiempo que no la veía tan animada. Lo abrazó con fervor, sus ojos castaños radiantes.

—Tu hijo es precioso... y tu esposa también —dijo mientras los mozos de cuadras corrían a ocuparse de los caballos. Le dio un beso y lo empujó con delicadeza hacia las escaleras—. Ve con ellos, están esperándote.

Lo primero que vio Hugh cuando entró en la cámara fue la cuna junto a la cama. Se acercó a ella, miró a su hijo y se quedó asombrado. Ver el vientre de Mahelt y saber que esperaba un niño no era lo mismo que ver a ese niño en la cuna. El bebé no estaba envuelto en pañales, sino que vestía un blusón largo de lino. Agitaba bracitos y piernas y emitía sonidos, no malhumorados, sino más bien como si estuviese

acostumbrándose al sonido de su propia voz y quisiera ejercitar las extremidades. Tenía el pelo fino y oscuro y los ojos con el mismo tinte marrón azulado de su madre.

—Muy bien, hombrecito —dijo Hugh en voz baja y le dio unos toquecitos delicados en la barbilla con el dedo. El bebé gorgoteó y volvió la cabeza. Padre e hijo se quedaron mirándose, Hugh convencido de que el recién nacido fijaba la mirada en él. Hinchado de cariño y felicidad, se volvió hacia Mahelt, que estaba de pie junto a la cama observando su reacción y con una sonrisa radiante.

—¿No te parece precioso? —preguntó con orgullo—. Y se le ve ya tan fuerte y tan inteligente... en cuanto vio a tu madre, intentó coger la piedra azul de su collar. Mira, la ha dejado colgada en la cuna.

Hugh la envolvió con ternura entre sus brazos y la besó. Su cintura era esbelta, pero su vientre conservaba aún la redondez del embarazo.

—¿Te encuentras bien?

Mahelt hizo una mueca.

—Todos me dicen que fue un parto fácil, pero en su momento no me lo pareció. Compadezco a mi madre y a la tuya... y a todas las mujeres que tienen que pasar por este trance año tras año. ¡Como penitencia por el pecado de Eva, según está escrito! —Se inclinó sobre la cuna y cogió el bebé—. Pero merece la pena. —Lo manejaba con confianza, pues era lo bastante mayor cuando sus hermanas nacieron y estaba acostumbrada a los bebés. Sonriendo, lo depositó en brazos de Hugh, que se sintió asimismo cómodo, ya que era el mayor de la prole. Hugh le hizo cosquillas al pequeño bajo la barbilla y rio al verlo contonearse.

—Prometo no gravarte con esta carga año tras año, aunque no me quejo del resultado. —La besó de nuevo. Y en aquel momento nada importaba en el mundo excepto estar en el corazón de su hogar en compañía de su esposa y su hijo.

Framlingham, diciembre de 1209

El suelo estaba helado y el aire soplaba mordazmente frío. El sol invernal enrojecía el patio donde los hombres entrenaban en las artes de la lucha y practicaban con sus armas, sus cuerpos envueltos en un halo de vapor. Mahelt permanecía sentada junto a las contraventanas abiertas del salón, viendo la actividad en compañía de Ela y de Ida y las demás mujeres de la casa.

Ida se dirigió a Ela, con una nota nostálgica en su voz.

—Sabes de sobra que vuestra presencia es bienvenida para el banquete de Navidad.

Ela volvió su cabecita hacia ella.

—Gracias, madre, y aceptaría de buen grado, pero el rey espera a mi esposo en la corte. —El pesar de su respuesta era sincero, aunque su expresión se mantuvo neutral al mencionar al rey.

—Sí, naturalmente. —La desilusión de Ida quedó escondida tras una sonrisa forzada—. Al menos, mientras estéis aquí, podéis pasároslo bien.

—¿Queréis decir que no se lo pasarán bien con el rey? —preguntó Mahelt con la mirada de un diablillo. Tenían las Navidades encima y Longespée y Ela estaban unos días de visita en Framlingham antes de sumarse a la reunión real que iba a tener lugar en Windsor. Se había vivido la tensión y el trasfondo habituales, pero todo el mundo se había comportado de manera civilizada y hasta el momento su estancia se había desarrollado sin incidentes. Ela estaba entusiasmada con el pequeño Roger. Le encantaba hacerle arrumacos y provocarle risillas. Mahelt se había fijado en que Longespée observaba a su esposa y al bebé con una expresión que entremezclaba deseo y repugnancia. Sospechaba que no quería pasar más días allí de los que tenía pensado y que le resultaría más fácil pasar la Navidad en la corte que tener que

soportarla en Framlingham.

Ida se ruborizó.

—Por supuesto que no, pero en la corte tendrán más deberes y responsabilidades. Aquí son tanto familia como invitados bienvenidos.

Debidamente amonestada, Mahelt centró su atención en el entreno de los hombres. El sonido metálico del choque de las barras de hierro ascendía hasta la ventana; los gritos de aviso y la palabra malsonante de Ralph al recibir un golpe en el pulgar. Mahelt sonrió para sus adentros. Esa era nueva. Tendría que recordarla.



Abajo en el patio, Hugh se detuvo para recuperar el aliento. El aire gélido le quemaba el pecho y sabía que la temperatura era extremadamente fría a pesar de que la túnica de cuadros le mantenía caliente y el ejercicio le hacía sudar. Habría preferido pasar la tarde junto al fuego asando castañas, contando historias y cantando, pero Longespée se había empeñado en salir al patio de justas a exorcizar sus demonios y, siendo como era el invitado, y teniendo en cuenta que sus demás hermanos disfrutaban con ello, había preferido mostrarse complaciente y no ser aguafiestas.

Cuando el ritmo de su respiración se sosegó, vio que su hermanastro giraba rápidamente la espada larga por la que tan renombrado era y exhibía diestras y limpias maniobras. Los demás intentaron emularlo, pero ninguno de ellos poseía la habilidad de Longespée. Ralph, que se había detenido también para tomarse un respiro y se había recuperado ya, desafió a Hugh a un combate. Hugh accedió, levantó su escudo y realizó las maniobras, devolviendo los golpes de Ralph con facilidad y economía de movimientos.

Longespée se detuvo a mirarlos, las manos en las caderas, su expresión crítica. Al cabo de un rato, movió ligeramente la cabeza. Hugh registró el comentario tácito por el rabillo del ojo y cuando Ralph y él se separaron, bajó la espada y se giró.

—¿Tienes algo que decir? —inquirió, sus hombros subiendo y bajando por el esfuerzo—. Nos gustaría oírlo.

Longespée se cruzó de brazos.

—A Ralph, que es bueno, pero que debería seguir practicando e ir más a por las piernas, ya que su altura no le da ventaja.

Ralph se sonrojó, tanto por el elogio como por la crítica, y asintió con la avidez de un perro joven en fase de adiestramiento.

—¿Y a mí? —preguntó Hugh.

—Que luchas a la defensiva, y que quizá no posees el instinto asesino suficiente

como para ser comandante en batalla.

Hugh entrecerró los ojos.

—No me había dado cuenta de que estábamos en batalla. A lo mejor la próxima vez, para complacerte, le cortaré la cabeza a Ralph. —Envainó la espada y se cruzó de brazos—. Posees unas habilidades magníficas en las artes militares y encomio tu talento, pero eso no lo es todo, ni significa tampoco que los que tenemos menos... fragor no seamos competentes. La túnica no sienta necesariamente mejor por estar tejida con hilo de oro... de hecho, hay ocasiones en las que una túnica sencilla rinde mejor servicio.

Las fosas nasales de Longespée se ensancharon de indignación.

—¿A qué te refieres?

—Creía que era evidente para un hombre de tu ingenio.

Longespée se mostró dolorido.

—No sé por qué adoptas un tono tan hostil cuando simplemente te digo la verdad.

Hugh se abstuvo de decir que su visión de la verdad y la de Longespée no eran precisamente iguales. Si continuaban así, acabarían discutiendo, pero, por el bien de su madre, quería seguir en paz.

—Acordemos, entonces, que vemos la verdad desde perspectivas distintas. Y ahora, si me disculpas. —Hugh abandonó el grupo para acercarse al hombre que acababa de entrar en el patio a lomos de un asno. Era Matthew, el vendedor de piedras preciosas, y esta vez iba acompañado por una mujer y un niño de unos cinco años de edad. Hugh saludó a Matthew con agrado e, indicándole con un gesto que se incorporara, le dio unas palmaditas en la espalda.

—Me alegro de verte, y por el aspecto de tu carga creo que confías en poder aligerarla aquí.

—Así es, señor, esa es parte de mi encomienda —dijo Matthew—. Os presento a mi esposa Godif y a mi hijo Edmund. —La mujer hizo una reverencia. El pequeño, de cabello rubio y despeinado, realizó un sofisticado saludo que provocó una leve mueca en Hugh.

—Ve y lleva tu asno a los establos y di a los mozos de cuadras que te he dicho yo que lo hicieras. Luego ve a buscar a Simon, el chambelán, y dile que te conduzca hasta las estancias de mi madre. Estoy seguro de que a las mujeres les gustará ver el contenido de tu carga... ¡aunque quizá, si me paro a pensar lo que sufrirá mi bolsa, no debería enviarte tan rápido a verlas!

Matthew sonrió, se puso serio enseguida y dijo:

—Traigo noticias además de joyas, señor. El papa ha excomulgado al rey. El decreto está emitido, aunque no se ha ejecutado todavía. —Miró más allá de Hugh y fijó la vista en Longespée, que se había acercado a escuchar atraído por la curiosidad de lo que Hugh pudiera tener que decir a gente de tan baja alcurnia.

—¿Y tú cómo lo sabes? —preguntó Longespée.

—Se lo he oído decir a uno de mis clientes, señor. —El rubor empezó a ascender

por el cuello de Matthew.

—¡Ja! —espetó Longespée—. Como si una información así fuera a ser compartida con alguien como tú.

—Matthew sirve joyas a grandes hombres de la Iglesia como parte de su trabajo —replicó secamente Hugh—. Como he dicho, no es necesario vestirse con túnicas elegantes para exhibir la importancia ante los demás. —Se volvió hacia el vendedor ambulante de piedras preciosas y su familia—. Ve. Me reuniré contigo de aquí a un rato y, mientras, procura no vaciarme las arcas.

—Uno de tus espías, imagino —dijo Longespée con una sonrisa torcida cuando Matthew y su familia partieron hacia los establos con su agotado asno.

—Ni mucho menos; no es más que un hombre que lleva noticias allí donde va y que es de mi agrado y mi confianza. —Hugh indicó con un gesto a los escuderos que empezaran a guardar los equipos. En el horizonte se oteaba una oscuridad morada, y aunque no hubiera sido la hora de recoger, ya no le apetecía seguir fingiendo interés en el juego de armas.

—¿Y qué sucederá si el rey es excomulgado? —quiso saber Ralph.

—Para empezar, que su lugar en el trono se vuelve más inseguro —respondió Hugh—. Ya debía de saber que esto acabaría pasando. Fue por eso por lo que hizo jurar lealtad a todo el mundo en Marlborough y por lo que tenía tantas ganas de inmovilizar a Guillermo de Escocia.

—No podemos permitir que Roma dicte lo que tenemos que hacer —dijo con indignación Longespée—. El rey ha sido totalmente razonable con la cuestión del arzobispo de Canterbury.

—Tenía derecho a defender el candidato elegido por él —concedió Hugh—, pero ha decidido no mostrarse conciliador. A menudo se convierte en su peor enemigo.

—Esto no lo toleraré, sé que no lo hará. —Y dando media vuelta, Longespée emprendió camino de regreso a la casa.

Hugh suspiró y miró en dirección a la ventana del solar, donde las mujeres cerraban ya los postigos. Al menos ahora era seguro que Longespée se marcharía pronto, lo cual era una consecuencia positiva a nivel personal, pero tener un rey excomulgado además del interdicto era como arrancarle una rueda a un carromato ya averiado. Sus probabilidades de mantenerse en el camino mucho tiempo más eran escasas, y Longespée debía de saberlo.



Sentada sobre la cama con Hugh en su alcoba privada, el bebé dormitando en la cuna

a su lado, Mahelt dijo pensativa:

—¿Qué pasaría si el rey fuera derrocado? —Cogió uno de los granates de Matthew para observarlo a contraluz y se estremeció al pensar que era como mirar una gota de sangre—. ¿Quién asumiría la corona?

—Supongo que el hijo recién nacido de Juan sería el testafarro, pero alguien tendría que tomar todas las decisiones —respondió Hugh—. O nos invadiría el rey francés. Hay quien lo acogería con agrado en el trono, sobre todo en el norte.

—¿Y tú?

—¿Y tu padre? —Le cogió el granate e, igual que acababa de hacer ella, lo izó para que la luz se filtrara a través de la piedra.

—No es eso lo que te he preguntado.

—No, pero te he dado una respuesta. ¿Acogerías con agrado un rey francés que tuviera sus propios favoritos? ¿Te gustaría ver a condes y barones reñir entre ellos por decidir quién gobierna en lugar de Juan? Derrocar a Juan no serviría para que todo fuese más sencillo, recuerda lo que te digo. —Le devolvió el granate—. ¿Quieres que nos manchemos las manos de sangre?

—No, pero cuando pienso en la cantidad de sangre que mancha las tuyas y en todo el mal que ha hecho a tanta gente... a mi familia... Tal vez nada sería más sencillo, pero sería a buen seguro mejor.

Hugh se acercó a Mahelt. Deshizo lentamente sus trenzas y acarició sus gruesos mechones castaños.

—Juan sigue siendo el rey ungido. Así lo reconoce tu padre y tú no eres más que la hija de tu padre.

Mahelt sacudió la cabeza y su melena se derramó sobre los dedos de él.

—Ahora soy una Bigod, o eso me han dicho. —Con un veleidoso cambio de humor, empujó a Hugh sobre la cama y se sentó sobre él, sus ojos brillantes—. Una esposa Bigod cumplidora y sumisa. ¿Qué deseas que haga?

Hugh deslizó las manos por debajo del vestido de ella y acarició sus pantorrillas y sus esbeltos muslos.

—Que cumplas con tu deber —murmuró con voz ronca.

Mahelt rio de forma entrecortada y con un rápido movimiento lo despojó de las calzas y lo tuvo en su interior. Resultaba de lo más sorprendente que la mujer se colocara encima del hombre para hacer el amor; de hecho, era un pecado, pues perturbaba el orden del mundo, pero esa conducta atrevida excitaba tremendamente a Hugh y suponía un elemento sorpresa en su relación. Aquel riesgo estaba siempre presente. Nunca sabía muy bien qué esperar. Era algo que su padre jamás haría; sabía con absoluta certidumbre que una conducta como aquella impactaría sobremanera a Longespée y eso no servía más que para aumentar su deseo.

Mahelt cerró los ojos y presionó con fuerza sobre él al alcanzar el clímax, gritando. Cuando terminó, y con un tremendo esfuerzo, Hugh se retiró para derramarse fuera del cuerpo de ella. Era consciente de que desperdiciar su semilla era

otro pecado terrible, pero había visto lo que pasaba con las mujeres que criaban hijos en rápida sucesión y, por mucho que dictaran las constricciones de la Iglesia, no estaba dispuesto a permitir que eso le sucediera a Mahelt. No quería ver su cuerpo decaído en el interior de constantes sacos informes y su precioso cabello volverse débil y ralo. Aunque el placer del apareamiento disminuyera por no poder dejarse ir en su interior, había tomado la decisión de abstenerse, al menos hasta que su hijo empezara a caminar.

Mahelt fue a buscar un paño empapado en agua de rosas para que pudieran lavarse los dos y se acurrucaron juntos y satisfechos.

—¿Crees que he cumplido lo bastante con mi deber? —ronroneó.

Hugh refunfuñó adormilado.

—Me imagino que por el momento bastará.

Mahelt se inclinó para mordisquearle la oreja; él emitió un gáñido y le dio un palmetazo con mano cansina.

—Eso no ha sido sumiso —refunfuñó, pensando que era un acto que reflejaba a la perfección su personalidad: una combinación de dulzura y espinas. La miel y el aguijón. Sonrió solo de pensarlo. Era briosa y él la adoraba por ello y se sentía tan placenteramente cansado y saciado que no quiso pensar más en las noticias que Matthew acababa de traer. Le bastaba, por ahora, con observar desde la distancia el desarrollo de los acontecimientos.



Mahelt tomó asiento delante de su pequeño telar dispuesta a continuar con el largo cordón trenzado que remataría uno de sus vestidos. Su estado de humor era contemplativo y se sentía feliz y satisfecha con la labor que tenía entre manos. El diseño le estaba saliendo bien. Sus colores eran intensos y sutiles al mismo tiempo y abarcaban diversos matices de azul: el cielo, la laguna, los ojos de Hugh. Los ojos de su hijo habían pasado de su primer color de gatito a una tonalidad marrón avellana y su oscuro cabello natal se había transformado en un castaño cálido salpicado con mechones dorados. Era un bebé vigoroso y rebosante de energía, que cogía y alcanzaba objetos en cuanto se sentía liberado del envoltorio de los pañales. En aquel momento, por una vez, estaba tomándose un respiro de su despertar a la vida y dormía plácidamente en su cuna, aunque la intensidad de su sopor no era más que un reflejo de la fortaleza de su carácter cuando estaba despierto. Marshal y Bigod. Una combinación devastadora. De vez en cuando, Mahelt lo miraba y su corazón se henchía de orgullo.

Notó de repente unas manos firmes en sus hombros y cuando se giró, con una mezcla de salto y grito, se encontró con la sonriente mirada de Hugh. Le retiró el velo y se inclinó para darle un beso detrás de la oreja.

—¿Qué haces?

Mahelt se recostó para disfrutar del contacto de los labios de Hugh sobre su piel.

—Ordeñar una vaca —respondió con descaro—. ¿Acaso mi señor no tiene ojos para verlo?

—Por supuesto que sí —dijo él, riendo—, aunque no sé muy bien si creerlos cuando te veo tejiendo por voluntad propia. —Había hablado en voz baja para no despertar al bebé. Saltó entonces con agilidad por encima del banco y tomó asiento junto a Mahelt, sus hombros rozándose. Permaneció un instante viéndola tejer y añadió—: Mueves las manos como se mueven los juncos en el agua. Me gusta mirar.

Ella se echó a reír y se ruborizó con timidez.

—Estos azules combinan a la perfección... déjame probar.

Mahelt lo miró de soslayo para comprobar si hablaba en serio y vio que, pese a su sonrisa, albergaba buenas intenciones. Le enseñó lo que tenía que hacer, a ir girando las tablillas y asegurar la trama para que el dibujo no perdiera la forma. Captó rápidamente la técnica, sus dedos ágiles y habilidosos. Comprendía el lenguaje textil y tenía buena memoria para el dibujo.

—Ya está —dijo cuando completó otra vuelta y la aseguró en su debido lugar—. Ahora, el cordón tendrá una parte de ti y una parte de mí, para siempre... como nuestro hijo.

Una sacudida de amor la atravesó como un rayo. Se quedó mirándolo y se besaron, sellando aquel momento, aunque con diferencia, la parte más íntima estaba en su telar, serpenteando como un río de soleado azul. El sonido de alguien tosiendo a sus espaldas les hizo separarse de repente y girarse. Con cierta culpabilidad, vieron que se trataba del conde, que los observaba desde el umbral de la puerta. Estaba colorado de turbación y también, le pareció a Mahelt, sorprendido. Ver a su hijo sentado frente a un telar debía de trastornar gravemente su sentido del orden. Hugh se había quedado blanco, pero miró fijamente a su padre.

Mahelt se levantó del banco y le saludó con una reverencia.

—Señor, ¿deseáis una copa de vino?

Su suegro negó con la cabeza.

—Gracias, hija, no. Hugh, tengo que hablar contigo. —Habló disponiéndose ya a abandonar la estancia y Hugh tuvo que seguirlo por fuerza, dándose por entendido con ello que se trataba de un asunto de hombres que tenía que ser discutido en privado. Mahelt cerró los puños con fuerza. Su padre nunca excluía a su madre de las discusiones. Hugh le lanzó una elocuente mirada por encima del hombro al salir.

Mahelt suspiró y contempló el cordón que Hugh y ella acababan de tejer y esbozó una amarga sonrisa. Su suegro no tenía voz y voto sobre *todo*, por mucho que creyera que sí.



Sentado en su cámara, el conde se frotó la pierna e hizo una mueca. Últimamente, las rodillas eran como un dolor de muelas. Estaba además recuperándose de un resfriado que le había congestionado la cabeza por entero y tenía la sensación de tener el cráneo relleno de vellón mojado. Ver a Hugh sentado al telar junto a Mahelt lo había dejado conmovido. Excepto para los tejedores profesionales, era algo completamente alejado del orden de cosas varonil. Después vendría verlo con una aguja de bordar o, peor aún, sentado a una rueca. Pero la escena de su hijo y su joven esposa sentados juntos, el bebé durmiendo en la cuna a su lado, era una imagen tan tierna y estimulante que Roger se sentía imbuido por la sensación de que, de haber permitido que arraigara, habría acabado produciendo dolor. Ida y él habían disfrutado en su día de una intimidad como aquella, pero el detrito del paso de los años había levantado un muro entre ellos. Había ocasiones en las que conseguían derribarlo, pero nunca hasta los cimientos, y en aquel momento la acumulación de deshechos era imponente y ya no quedaban recursos para acabar con ella. Ver a su hijo y su esposa hombro con hombro, besándose con tanto cariño, lo había dejado devastado.

Hugh se había quedado de pie, su expresión cauta. Y eso entristecía también a Roger. Últimamente encontraba muros por donde quiera que mirara.

—El rey ha convocado una reunión de todos sus comandantes en jefe en Pembroke, a primeros de junio —anunció—. Piensa desplazar un ejército a Irlanda para ocuparse de De Braose, su pariente De Lacey y, si es necesario, también de los Marshal. Hemos sido convocados para cumplir con nuestras obligaciones militares, y nuestros marineros tripularán los barcos.

Pese a que hacía tiempo que sospechaba que una noticia de este tipo acabaría llegando, Hugh miró consternado a su padre.

—Es una probabilidad que siempre existió —dijo hoscamente Roger—. El rey está decidido a ejercer un control férreo de la situación y ahora dispone del dinero de Guillermo de Escocia para financiar la expedición. Tenemos que reunirnos en Bristol el decimocuarto día de mayo.

—¿Y el padre de Mahelt?

—¿Qué pasa con él?

—Ha dado cobijo y socorro a De Braose. ¿Y si decide desafiar al rey?

Roger hizo una mueca.

—William Marshal sabe cuidar de sí mismo, y lo digo tanto a modo de consuelo como de advertencia. Hará lo que tenga que hacer para sobrevivir. No creo que se declare abiertamente en contra de Juan. Es un hombre de palabra, por mucho que la

interpretación de dicha palabra sea a veces discutible. Pero esa parte del asunto no está en nuestras manos. Tendrás que conducir a los hombres a la reunión.

Hugh se quedó mirando fijamente a su padre.

—¿Quieres que lidere yo a nuestros hombres?

El conde respondió en tono mordaz.

—Es un poco tarde para declararte incompetente, pero si prefieres quedarte en casa tejiendo preciosas labores, dilo y enviaré a otro de mis hijos.

Hugh se puso rígido ante el tono de su padre.

—Soy lo bastante competente como para liderar a los hombres y jamás he eludido mis deberes, padre, pero me imaginaba que querías supervisar las cosas personalmente.

Roger negó con la cabeza.

—Ha llegado el momento de que asumas la responsabilidad del mando absoluto de una campaña. Tengo males y dolores como cualquier hombre de mi edad. Tal vez no haya llegado aún a la chochez, pero no me apetece atravesar toda Inglaterra a caballo, cruzar el mar de Irlanda y pasar el verano combatiendo y durmiendo en una tienda cuando hay hombres más jóvenes que yo perfectamente capaces de realizar esa tarea. He ordenado a los escribas que redacten las convocatorias para nuestros vasallos y realicen el pedido de todos los suministros necesarios. Esta misma quincena te pondrás de camino.

Hugh seguía tambaleándose cuando regresó con Mahelt. Su cabeza hervía de ansiedad y expectación. Nunca había estado en Irlanda, ni había ostentado el mando único de las tropas de los Bigod. Gran parte de su inquietud tenía su origen en la posibilidad de que tuviera que enfrentarse en el campo de batalla con el padre de su esposa. Era una posición insostenible.

Mahelt ya no estaba sentada al telar, sino de pie junto a la ventana, mirando hacia el exterior. Estudió su silueta envuelta en un vestido rojo, esbelta y firme.

—¿Te apetece salir a montar? —le preguntó.

Lo miró ella con sagacidad.

—Tu padre debe de haberte dicho algo muy serio.

—Si te apetece, por favor. A mí me gustaría. —Abrió la mano en un gesto de cortés solicitud, consciente de que ella no lo rechazaría porque le encantaba cabalgar por el dominio.

Mientras ella se cambiaba de vestido y se calzaba las botas de montar, él hizo ensillar los caballos: *Ébano* para él y una yegua negra con una estrella blanca para Mahelt. El uno al lado del otro, escoltados por un par de mozos de cuerdas y acompañados por un variopinto surtido de entusiastas perros, cruzaron la poterna y pasaron por el jardín y la laguna que su padre acababa de ajardinar para realzar la belleza de Framlingham. No era solo una fortaleza defensiva, sino también una mansión de grandeza y elegancia construida con la riqueza que proporcionaba el cereal de Anglia Oriental, que exportaban desde los ajetreados puertos de Ipswich,

Yarmouth y Hunstanton. Hugh miró por encima del hombro los altos torreones. Vivirían una vida rica y plena solo si las circunstancias se lo permitían.

Se adentraron en la reserva de caza, sus monturas trotando y hundiéndose casi hasta la rodilla en la exuberante hierba que cubría los claros, y avanzaron a través de los extensos bosques, las copas de los árboles vestidas aún con el delicado verde tenue de la primavera. Los perros olisqueaban el terreno pisándoles los talones y perseguían piezas por los senderos. A lo lejos, varias gamas y cervatillos corretearon hacia unos matorrales y Hugh silbó a sus lebreles para que los siguieran. Cabalgaron después en silencio durante un rato. Mahelt había aprendido a controlar mejor su impaciencia y a esperar el momento oportuno. Pero estaba preocupada de todos modos, porque fuera lo que fuese lo que Hugh tenía que decirle, tenía que ser grave si necesitaba sacarla a montar para abordar el tema.

Hugh señaló por fin a su izquierda y dijo con indiferencia:

—Estaba pensando que cuando regrese de Irlanda podríamos plantar algunos tilos para que den sombra y desviar ese riachuelo de allí.

Mahelt se giró en la silla para mirarlo.

—¿Irlanda? —preguntó—. ¿Qué quieres decir con eso de cuando regreses de Irlanda?

Hugh puso mala cara.

—El rey viajará allí para gestionar los asuntos con sus vasallos irlandeses. Estamos convocados en asamblea en Bristol el decimocuarto de mayo. —Dudó un momento—. Mi padre quiere que lidere yo los hombres debido a sus problemas de salud.

Mahelt creyó que iba a desmayarse.

—¿Cuándo dices que el rey va a «gestionar» los asuntos con sus vasallos irlandeses, incluyes en esto a mi padre?

—Eso dependerá de lo que haga tu padre.

—¿Voy a tener que veros combatiendo en bandos opuestos?

Hugh se agitó sobre la silla y evitó la mirada furiosa y asustada de Mahelt.

—No se llegará a eso.

—¿Y entonces a qué viene la asamblea de tropas?

—Recuerda que para Escocia hubo también una asamblea de tropas, y no hubo contienda. Juan quiere poner por escrito una nueva constitución para Irlanda, para que todo el mundo tenga claros los límites.

Mahelt fustigó con las riendas el cuello de la yegua y clavó en sus flancos sus pequeñas espuelas plateadas. Resoplando de indignación y sorpresa, la yegua echó a correr a todo galope por el claro. Hugh, maldiciendo para sus adentros, espoleó a *Ébano* para que corriera tras ella, presionándolo para que cabalgara al máximo de sus fuerzas. Pronto se situó a la altura de la yegua negra de Mahelt y extendió el brazo para agarrarle la brida y tirar de ella como habría hecho con el oponente de un torneo. La yegua redujo la marcha hasta quedarse inmóvil justo donde se iniciaba de nuevo el

bosque.

—Tu padre es demasiado astuto para que lo cacen —jadeó—. El rey no va tras él. Va detrás de De Braose y de los De Lacey.

—¡Pero, por la gracia de Dios, podría perseguir también a mi padre! —espetó ella—. Todos sabemos perfectamente por qué va detrás de De Braose, y no es precisamente porque le deba dinero, ¿verdad?

—¡No, es porque su esposa no puede mantener la boca cerrada!

—Si lo consideras un pecado, no tengo más que decirte. —Hizo voltear la yegua y, al trote, emprendió el camino de regreso al castillo.

Hugh maldijo de nuevo y cabalgó tras ella.

—No he dicho que fuera un pecado. He dicho que este es el motivo. Estás poniendo en mi boca palabras que no he dicho.

—Pero todo es una cuestión de proporción. Ayudarás a destruir a De Braose y con ello estarás consintiendo el asesinato del príncipe Arturo. ¿No crees que Juan debería rendir cuentas por eso antes de hacer responsables a otros?

Hugh replicó con voz ronca.

—Aquí solo estoy yo para oír tus palabras. Tu padre sabe muy bien cuándo debe morderse la lengua. Por tu propio bien, me gustaría que hicieras gala de sus mismas virtudes.

Mahelt espoleó a la yegua, que emprendió de nuevo el galope y, esta vez, Hugh la dejó marchar.



Hugh agitó a su hijo en sus brazos.

—Sé buen chico con tu madre durante mi ausencia. —Estampó un beso en la mejilla del pequeño Roger. El bebé rio y extendió el brazo para tirar del sombrero de su padre. Con una sonrisa, Hugh se lo plantó en su redondita cabeza.

A Mahelt se le encogió el estómago viéndolos a los dos. Desde que Hugh le había comunicado que tenía que desplazarse a Irlanda, se había erigido un muro entre los dos. No deseaba su marcha, pero nada podía hacer para impedirselo. Estaba enfadada con él, con el rey y con su suegro por obligarlo a cumplir con su deber. El conde no era tan viejo ni estaba tan enfermo como para no poder atender personalmente aquel asunto. Además, estaba furiosa consigo misma porque no sabía cómo reparar la situación. Disculpándose no, eso lo sabía seguro, pues la razón estaba de su parte. ¿Y si había una guerra? ¿Y si perdía tanto a su esposo como a su padre? Le aterraba pensar en esa posibilidad. Nunca había sido una persona pegajosa ni llorica. Siempre

se había mantenido firme y con la cabeza muy alta y aborrecía los sentimientos que inundaban su corazón. Aquel aspecto del amor y la lealtad le resultaba insoportable.

Hugh recuperó su sombrero y entregó a su hijo a la nodriza. El bebé frunció la cara dispuesto a llorar a lágrima viva y la mujer lo acalló acercándolo a la ventana para que pudiera ver la actividad que se desplegaba en el patio.

Hugh se acercó a Mahelt.

—Ya es la hora. —Le acarició vacilante la cara con el pulgar y se agachó para darle un beso en la boca.

Mahelt cerró los ojos, desesperada por absorber aquella última huella antes de que se fuese a la guerra.

—Dios mío —susurró—. No quiero que te vayas.

—Yo tampoco quiero irme, pero debo hacerlo; es mi deber.

—Sí —dijo con amargura Mahelt—. Tu deber. —Sabía que no estaba siendo justa, pero su aflicción era de momento insuperable. Se levantó, se acercó a la ventana y cogió al bebé de brazos de la nodriza. Lo atrajo hacia ella y estampó un beso en su suave mejilla, y se quedó mirando fijamente el patio hasta que los ojos empezaron a escocerle. A sus espaldas, escuchó el picaporte de la puerta levantándose y caer después de que Hugh abandonara la estancia.

Apretando los labios, Mahelt se obligó a ponerse en movimiento antes de que fuera imposible. Con su hijo en brazos, bajó corriendo al patio para despedirse. El conde estaba ya esperando, e Ida también. La mañana estaba encapotada cuando Mahelt accedió a la arena pública y se dispuso a cumplir su deber.

Hugh se arrodilló delante de su padre y recibió su bendición. Después ante su madre. Volvió a abrazar a Mahelt, pero fue un gesto afectado, una actuación delante del público. El pequeño Roger empezó a chillar y a extender los bracitos al ver que Hugh montaba a lomos de *Ébano*, y Hugh lo subió a su silla mientras sus hombres llevaban a cabo los ajustes de último minuto. Entonces, agachándose, le devolvió el niño a Mahelt.

—Una parte de ti y una parte de mí —dijo con una mirada elocuente. Se despidió con una reverencia y, tirando de las riendas, guio la procesión de jinetes fuera de Framlingham sin volver la vista atrás.

Ida le dio a Mahelt unas palmaditas en el hombro cuando la grupa del último poni de carga cruzó la verja del castillo.

—Sé cómo te sientes, cariño —aseguró—. Ve y acuéstate con un paño frío en la frente. Ya me encargaré yo del pequeño.

Mahelt negó enérgicamente con la cabeza, aterrada ante la sugerencia. Ida no tenía ni idea de cómo se sentía. Cuando su suegra tenía un disgusto, siempre se retiraba a su cama o se consolaba con sus labores, pero Mahelt sabía que si buscaba solaz en aquello se volvería loca. Necesitaba estar ocupada, tener la mente distraída con cuestiones prácticas que nada tuvieran que ver con la temida costura.

El conde tosió para aclararse la garganta antes de decir en tono abrupto:

—Hija, ahora que los hombres se han ido, hay que bajar a las bodegas para ver qué provisiones debemos restituir.

Su expresión era impasible, sus ojos con su habitual gris sílex, pero Mahelt detectó en ellos un destello de algo que era casi bondad.

—Me ocuparé de ello, padre —dijo, y pese a que estaba furiosa con él por haber enviado a Hugh a Irlanda en su lugar, sintió un desacostumbrado chispazo de gratitud.

Crooke, sur de Irlanda, verano de 1210

— So, tranquilo, tranquilo—. Con palabras calmantes, Hugh engatusó a su corcel para que descendiera por la pasarela y pisara la playa. Cruzar el mar de Irlanda con caballos siempre era arriesgado, pero Dios se había mostrado piadoso, la travesía había sido tranquila y los animales no habían sufrido mucho. *Brunet* era un joven y potente semental de la caballeriza de los Bigod. A la hora del crepúsculo, su pelaje adquiría el brillo del cobre y su cara estaba marcada con una deslumbrante mancha blanca. Era descendiente directo del caballo de guerra que el padre de Hugh había montado en la batalla de Fornham Saint Genevieve, en la que los sitiados realistas derrotaron un ejército rebelde cuatro veces mayor que ellos.

El sol de junio abrasaba la nuca de Hugh como si estuviera en un horno mientras supervisaba el desembarco de *Brunet* y lo dejaba a salvo en manos de un mozo de cuadras antes de volcar su atención en *Ébano*. La costa de Crooke estaba bordeada por completo con los navíos de la flota de transporte del rey Juan, sus proas varadas, sus popas bañadas por el mar. Setecientas embarcaciones repletas de hombres y suministros, no solo para el conflicto que iba a tener lugar, sino para gestionar la posguerra. Una de las galeras cargaba con seiscientas pieles de pergamino donde quedaría escrita la nueva constitución de Irlanda que aumentaría los poderes de Juan y limitaría los de sus barones.

A lo lejos, la vista de Hugh alcanzó a otear los navíos del mariscal vomitando hombres y provisiones. Su suegro se había sumado a las fuerzas del rey en Cross on the Sea, cerca de Pembroke, le había rendido homenaje y le había prometido su apoyo. Hugh desconocía lo que William Marshal le había dicho a Juan, pero fuera lo que fuese había sido suficiente para mantenerlo intacto, o quizá incluso favorecido. Ni había sido expulsado de la corte ni declarado rebelde, por mucho que el ambiente

entre el rey y él pudiera cortarse con un cuchillo romo.

Hugh vio que Longespée se acercaba a grandes zancadas procedente de donde estaban varadas sus embarcaciones y, refunfuñando para sus adentros, se preparó para recibirlo.

—Ha sido una buena travesía, ¿no te parece? —comentó Longespée frotándose las manos. La brisa del mar se enredaba entre su capa y le alborotaba el pelo como si fuese una violenta mano invisible.

Hugh asintió.

—Se nos ha partido una driza, pero por lo demás sí, y los caballos han viajado muy bien.

Longespée se regaló la vista con *Brunet*.

—¿Y este dónde lo tenías escondido? No lo había visto por los establos de Framlingham.

—Es que no estaba allí —dijo con sequedad Hugh, su instinto de protección despierto—. Mi padre lo tenía pastando con la manada de Bungay. —Le picaba la nuca y le indicó con un gesto al mozo de cuadras que retirara el caballo de la playa.

Longespée siguió contemplándolo.

—Digno de un rey.

Hugh no dijo nada y por fin su hermanastro captó la indirecta, pues se giró para contemplar el engañosamente tranquilo y brillante mar y cambió de tema.

—Mi hermano me ha dicho que, en cuanto nuestras piernas se acostumbren de nuevo a tierra firme, conduciremos el ejército a la fortificación del mariscal, en Kilkenny.

—Y a expensas del mariscal, me imagino —dijo Hugh.

Longespée se encogió de hombros y levantó la vista hacia las gaviotas que volaban en círculo por encima de la flota varada.

—Eso va implícito en la naturaleza del vasallo mayor. Cuando el rey visita tus dominios, te toca correr con los gastos.

—Y muy especialmente si llega acompañado de un ejército.

—Y muy especialmente en ese caso, sí. —Longespée prosiguió su camino y se acercó a hablar con el conde de Aumale, mientras Hugh continuaba supervisando la descarga de sus navíos con semblante pensativo. Longespée era pariente de William Marshal por matrimonio y siempre le había parecido que lo admiraba, pero era también hermano del rey. Quién sabía de qué bando estaban las simpatías de Longespée... tal vez ni siquiera el mismo Longespée lo supiese.



Hugh se dispuso a relajarse en un banco acolchado y notó que le pesaban los ojos. Después del día entero a caballo al mando de sus hombres, resultaba tremendamente agradable relajarse en la cámara privada de la condesa Isabelle en Kilkenny, bajar la guardia y beber la deliciosa y dorada aguamiel irlandesa. Acurrucada a su lado como un gatito estaba Eve, una de las hermanas menores de Mahelt. La niña tenía seis años, lucía una trenza de ondulado cabello rubio y poseía unos vivarachos ojos de color avellana. En la cuna dormía una niña menor que su propio hijo. El mariscal había superado las tres veintenas, pero su esposa estaba todavía en edad de ser madre y era evidente que el lecho matrimonial continuaba siendo un lugar fructífero. Varios vástagos más del mariscal aparecían y desaparecían correteando por su lado. Ancel daba con entusiasmo sus primeros pasos. Había tres niñas, incluyendo a Eve, y dos niños retozones, uno adentrándose en la adolescencia, otro rematando su infancia. A Isabelle se la veía cansada, aunque había que tener en cuenta que últimamente se había visto obligada a resistir la práctica destrucción de su familia y la pérdida de sus dos hijos mayores como rehenes del rey. Mientras su esposo corría peligro y se esforzaba por sobrevivir en la corte, ella había tenido que ocuparse de conservar las tierras, gestionar los vasallos, regentar una casa y afrontar un embarazo. No se imaginaba a su delicada madre saliendo airoso de una hazaña de este calibre, aunque sospechaba que Mahelt sí poseía esa capacidad.

Isabelle se sentó a su lado con una copa de aguamiel. A pesar de las arrugas de cansancio de su rostro, sus ojos seguían siendo transparentes y su mirada inteligente.

—Cuéntame acerca de mi nieto —dijo, la curvatura de su sonrisa dándole a entender que necesitaba distracción.

Hugh se recostó, cuidando de no despertar al niño dormido.

—Es un tipo genial. Fuerte y lleno de vida y de curiosidad. Está al tanto de todo y no para mientras está despierto... es decir, la mayoría del tiempo. —Sonrió compungido—. Se parece mucho a su madre.

Isabelle se echó a reír.

—Se te llena la boca hablando de él.

Hugh hizo un gesto de asentimiento y la obsequió con historias sobre las travesuras del niño, le explicó cuántos dientes tenía y le regaló un mechón de pelo del pequeño Roger, oscuro como el de su madre y sujeto a una cinta de seda azul.

Isabelle acarició el suave recuerdo.

—¿Está bien mi hija?

—Sí, muy bien, señora. —Se preguntó si estaría al corriente del incidente de la fuga de Mahelt para reunirse con su hermano. No era asunto que discutir en aquel momento. El camino más seguro a seguir consistía en fingir que nunca se había producido—. Está ansiosa por su familia en momentos tan problemáticos como estos, y os echa de menos.

—Igual que nosotros la echamos de menos a ella. Tranquilízala, por favor, y dile que estamos todos muy bien y que no nos ha pasado nada.

—Así lo haré, por supuesto. —Aunque no estaba seguro de si Mahelt le creería.

—Tengo regalos, si tienes sitio en tu equipaje.

Inclinó él la cabeza.

—Encantado.

Isabelle lo miró pensativa y Hugh se preguntó si estaría esperando que tomara él la palabra... ¿pero, qué más había que decir?

Isabelle suspiró.

—Mi hija puede ser de trato difícil. Posee el vigor y la energía de su padre... aunque no su tacto. Desde muy pequeña siempre intentó igualar a sus hermanos, en todo.

Hugh rio entre dientes.

—Ya me he dado cuenta. Aborrece coser o cualquier cosa que implique permanecer sentada sin moverse, pero la amo por ello. Me hace pensar en el cielo.

—¿Por qué lo dices?

Volvió a reír y se dio cuenta de que se ruborizaba.

—Porque día a día es muy distinta. Nunca sabes si habrá nubes o lucirá el sol. Te tumbas al sol y tienes que salir corriendo a cobijarte cuando estalla la tormenta... pero no te aburres jamás, y a veces te abruma incluso que exista una belleza como la suya.

Isabelle lo miró con cariño y le dio unos golpecitos en la rodilla.

—Me preguntaba si hicimos bien en emparejarla contigo, por tu bien tanto como por el de ella, pero tus palabras me confirman que no nos equivocamos.

Hugh tosió para aclararse la garganta.

—La quiero mucho —dijo—. La amaré y la protegeré lo mejor que pueda.

—Eres un buen hombre; sé que lo harás. —Isabelle sonrió a Hugh cuando este se levantó para marcharse. Interrumpido su sueño, Eve bostezó como un gatito y se frotó los ojos.

—Eso ya no lo sé —respondió Hugh con torpeza—. Siento que mi visita haya sido en estas circunstancias. Hubiera preferido que fueran más felices.

—También yo —dijo William Marshal desde el umbral de la puerta.

Hugh inició una reverencia, pero el hombre de más edad le interrumpió con un gesto y avanzó para cogerlo por el hombro.

—Del mismo modo que Mahelt es ahora hija de tu padre por matrimonio, también tú eres mi hijo.

—Mira —dijo Isabelle—, un mechón de pelo de nuestro nieto. —Se lo mostró sobre la palma de la mano—. Hugh dice que es igual que Matty.

Las patas de gallo de William se acentuaron con su sonrisa y sus ojos miraron con melancolía el sedoso mechón.

—Espero que podamos verlo pronto. —Miró a Hugh—. ¿Te marchabas?

—Tengo que comprobar qué tal siguen los hombres y los caballos, señor.

William asintió.

—Tu responsabilidad es grande en ausencia de tu padre. Confío en que su indisposición no sea grave —dijo empleando un tono insulso y mundano.

—Sus rodillas le causan problemas, señor. Su cuerpo siente los años, pero su cabeza sigue avispada.

—Conociendo a tu padre, no me cabe la menor duda —espetó secamente William—. Igual que tampoco dudo de que estarás a la altura de las expectativas que tiene depositadas en ti.

—Eso espero, señor. Pero siento mucho tener que estar aquí.

—Haces lo que debes para sobrevivir —afirmó William—, como todos, dentro de los límites de lo honorable y de lo que hemos jurado.

Hugh se despidió con una reverencia. Isabelle lo acompañó hasta la puerta y le prometió que le enviaría un criado con los regalos que había mencionado antes de que el ejército abandonara Kilkenny. Cuando le besó la mejilla, Hugh aspiró un aroma cálido y especiado que le recordó a Mahelt y le inundó de nostalgia. Estar en aquella estancia en Kilkenny era como estar en casa y al mismo tiempo resultaba tan distinto que no se parecía en absoluto a su hogar. Al salir de la cámara, miró por encima del hombro y vio que el padre de Mahelt había tomado asiento en el banco que acababa de dejar él vacío y se frotaba la cara con las manos, el gesto de un hombre cargado con excesivas responsabilidades.



Hugh dio un paseo entre las tiendas de sus hombres, se aseguró de que todo estaba en orden, solucionó problemas, respondió preguntas y finalmente fue a ver a los caballos, pues su compañía siempre le tranquilizaba. Las estrellas empezaban a despuntar en el cielo teñido de matices azulados, verdosos y púrpuras del prolongado crepúsculo de verano y el ambiente estaba en calma. El olor a caballo era acre y acogedor. El susurro de sus colas, su aliento racheado y las pisadas sordas de los cascos eran sonidos reconfortantes que conocía desde que nació.

Cuando llegó a las filas de sus caballos, vio una figura perfilada por la última luz del día que se acercaba hacia él y, con gran desazón, reconoció a Longespée. Llevaba una damajuana colgada del hombro y canturreaba para sus adentros. Hugh consiguió saludarlo con educación.

Longespée sonrió a modo de respuesta y se aproximó a *Brunet* para admirarlo de nuevo. El semental se sacudió y su lustroso flanco se onduló sinuosamente.

—No está en venta —le soltó Hugh, puesto que la postura de su hermanastro le recordó la de un tratante de caballos que examina la mercancía en el mercado de

animales de Smithfield.

Longespée le sonrió con frialdad.

—Supongo que tampoco querrías jugártelo a los dados.

—Ni siquiera teniendo en cuenta tu suerte en el juego.

La sonrisa menguó, pero Longespée hizo caso omiso al comentario de Hugh y señaló la damajuana.

—¿Te apetece compartir la bebida? Es un vino bastante decente.

—Ni emborrachándome conseguirás que consienta desprenderme de él —dijo Hugh, solo medio en broma, pero accedió a sentarse con Longespée junto a la hoguera de su tienda. El fuego crujía débilmente y chisporroteaba cuando los jugos de los dos patos que se asaban sobre él resbalaban fuera del recipiente colocado bajo el espetón. Hugh entró en su pabellón para ir a buscar un par de cuernos para beber y los hermanos brindaron. Hugh reconoció a regañadientes que Longespée tenía razón. El vino era suave y con cuerpo, sabía a uva y no a vinagre.

Una segunda y una tercera copa siguieron a la primera. Dieron buena cuenta de uno de los patos, amortiguando grasa y jugos con pan y chupándose los dedos. El ambiente se sosegó. Saciado y a gusto, Longespée se tendió en la hierba, las botas apuntando hacia la hoguera; acomodó la cabeza sobre sus manos unidas y miró al cielo, que estaba ya oscuro como el pelo de un gato negro.

—¿Piensas alguna vez en tu esposa cuando estás en campaña? —preguntó al cabo de un rato.

Hugh tenía la boca llena de vino y respondió emitiendo un gutural sonido afirmativo.

—Yo siempre pienso en lo que mi Ela estará haciendo en este momento —meditó Longespée—. Me la imagino despojándose de sus joyas y peinándose el cabello... grueso y brillante como agua dorada. Quitándose después el vestido y poniéndose la camisa de dormir y el batín. —Río aun sin quererlo—. Le digo que lleva demasiada ropa, pero mi chica es recatada... no me deja ni verle los tobillos, si puede evitarlo. Pero luego se acerca y se sienta junto al fuego a mi lado y hablamos sobre nuestra jornada, y entonces sé que estoy de verdad en mi hogar.

De pronto, Hugh notó la garganta tensa. Pensó en sus manos acariciando las oscuras trenzas de Mahelt y en una estancia bañada por la luz. Se preguntó cómo sería recibido a su regreso a casa.

—Comprendo a qué te refieres.

—Somos hombres muy afortunados, ¿verdad?

—Por supuesto —replicó inexpresivamente Hugh.

Longespée cambió de posición para estar más cómodo.

—Cuando me fui, Ela me dijo que estaba esperando un hijo.

Ah, pensó Hugh. De ahí tanta camaradería.

—¡Felicidades! —Brindó con Longespée con sincero cariño—. Ver a tu heredero en la cuna es una sensación increíble.

La sonrisa de Longespée era de orgullo, y también de cierta ansiedad.

—Llevaba mucho tiempo esperando esta noticia.

Los procesos de pensamiento de Hugh estaban emborronados por la bebida, pero estaba aún lo bastante consciente como para darse cuenta de que, sin el vino, Longespée no se habría puesto en evidencia de un modo tan cándido.

—Ahora no habrá quien te pare.

—Excepto las guerras, los viajes diplomáticos y la presencia en la corte.

—Tal vez, pero eso le concederá a tu esposa un tiempo mayor de recuperación... y la ausencia hace el cariño. —Sus palabras sonaron vacías e inciertas incluso para sí mismo.

Se produjo entonces un largo silencio, seguido por un difuso ronquido. Longespée acababa de quedarse dormido y Hugh sintió un inesperado arrebató de efecto hacia su hermanastro. Finalmente, se levantó de su taburete para ir a orinar. De regreso, se detuvo de nuevo junto a sus caballos. Y cuando acarició el morro de *Brunet* bajo la noche estrellada, pensó en Mahelt... y se preguntó si se sentiría tan vacía como él.



La noche siguiente, Juan se encontraba en su cámara de Kilkenny supervisando cómo sus empleados reunían todo el material necesario para escribir. Las contraventanas estaban abiertas para dar paso al balsámico aire nocturno y el titileo de las velas había atraído hacia el interior de la estancia una amplia diversidad de mariposas nocturnas e insectos de transparentes alas. Un arpista irlandés tocaba música de fondo y Juan jugueteaba con unas pequeñas fichas de azabache frente a un tablero de juego, aunque la última partida ya había finalizado. Un montón de monedas de plata junto a su codo atestiguaba su éxito. Longespée estaba sentado delante de él, las mangas de su gambesón subidas y dejando al descubierto el vello oscuro que empolvaba sus antebrazos.

—Bien —dijo Juan, lanzándole una mirada calculadora—. Traemos organización a esta tierra ofuscada. Ponemos en el lugar que les corresponde a los vasallos que se han hecho demasiado fuertes y que colocan sus intereses por encima de los míos y nos aseguramos como aliados en todo esto a los lores irlandeses nativos. Damos además ejemplo con De Braose. —Le brillaban los ojos—. Demostramos a mis barones por qué deben permanecer leales y obedientes a su rey.

Longespée puso mala cara al ver una mancha oscura de grasa en su manga arremangada, seguramente del pato de la noche anterior. La cabeza le zumbaba del cansancio y de los efectos de las copas de vino de más. Cuando Juan hablaba de dar

ejemplo siempre le daba miedo.

—Hablando de lores irlandeses, señor, me dijisteis que estuviera atento a posibles caballos de batalla como obsequio a los hombres que pensáis persuadir para que os juren fidelidad.

Juan enarcó las cejas.

—¿Entiendo con esto que has localizado alguno?

—Mi hermano Hugh Bigod tiene uno que serviría. Uno de esos lombardos castaño-rojizo que cría su padre. El mejor que he visto en mucho tiempo.

—¿Lo tiene aquí?

—No creo que esté dispuesto a separarse de él, pero es el mejor caballo que he visto en los campamentos en muchos años.

Juan sonrió como un felino.

—Estoy seguro de que podremos convencerlo —dijo sin alterarse—. Al fin y al cabo, enseguida podrá conseguir otro. Los Bigod no andan precisamente escasos de carne de caballo.

—No, señor —contestó Longespée. Tenía tan mal sabor de boca como sensación de triunfo y de sórdida culpabilidad.

—Bien. Hablaré con él. Tienes un ojo excelente para los caballos, de modo que confío en tu palabra.

Longespée abandonó la estancia en busca de su cama, tropezando aquí y allá, el estómago ardiéndole. Su primera lealtad era para Juan, que no solo era su hermano sino también el rey. Como Juan había dicho, Hugh encontraría montura de recambio sin problemas. Su padre poseía la mejor caballeriza de Inglaterra. Los lores irlandeses valoraban mucho sus caballos y era más importante conseguir su lealtad mediante espléndidos regalos que conservar la amistad de Hugh que, de todos modos, no siempre era un camino de rosas.



Vestido con camisa y calzas, el pelo alborotado por el sueño, Hugh empezaba a romper su ayuno al amanecer cuando Juan se presentó en el recinto de tiendas de los Bigod. El rey iba vestido y aseado, listo para iniciar su jornada. Hugh engulló apresuradamente su bocado de pan y, sacudiéndose las migas de la camisa, se arrodilló e inclinó la cabeza en una reverencia; los hombres sentados junto al fuego siguieron su ejemplo.

Juan les indicó con un gesto que se levantaran y continuaran comiendo. Se volvió a continuación hacia Hugh.

—Bigod, me han dicho que entre los tuyos tienes un caballo de guerra estupendo. Querría verlo.

—¿Señor? —Hugh tragó de nuevo, aunque esta vez su boca estaba vacía.

—Es evidente que tus oídos continúan dormidos —espetó Juan con desprecio. Se encaminó tranquilamente hacia las filas de los caballos y recorrió la de los Bigod, examinando a los animales allí estacados con baldes y sacos de comida. Se detuvo por fin delante de *Brunet*—. Me veo incluso reflejado en su pelaje —dijo—. Longespée tenía razón. Un animal estupendo, cierto. —Extendió la mano y acarició la mancha blanca como la tiza del semental y retrocedió luego unos pasos para admirar su estructura.

Hugh se preguntó alarmado qué más le habría contado Longespée. No había rastro de él entre los acompañantes matutinos del rey.

—Lo es, señor.

Juan se rascó la barbilla.

—Necesito un regalo apropiado para endulzar al rey de Connacht. Este caballo encaja a la perfección con lo que tengo en mente.

Hugh se quedó horrorizado. No podía negarse a la solicitud de Juan, pero el animal valía una fortuna, y no solo en cuanto a su valor monetario, sino también en lo referente al tiempo dedicado a su entrenamiento, y eso sin tener en cuenta sus dotes como semental. Se pasó la lengua por los labios.

—Es mi principal corcel de batalla, señor.

Juan asintió.

—Bien, más adecuado aún. Un rey debe tener lo mejor. No pongas caras raras a mis espaldas, Bigod. Podrás hacerte fácilmente con otro. Monta por el momento tu suplente. Ten presente que como parte del botín obtendremos más caballos. —Agitó la mano—. El arnés no lo necesito; tengo mejores. Cuando lleguemos a Dublín tendrás tu recompensa.

Cerrando la boca con fuerza, Hugh desató a *Brunet* y se lo entregó al mozo de cuadras de Juan. El chico lo recibió con una sonrisa burlona que Hugh sintió tentaciones de borrar de un puñetazo, pero se controló pese a que la rabia que sentía le producía incluso náuseas. Cuando el rey se hubo marchado, salió corriendo en busca de Longespée, y lo encontró en su pabellón, poniéndose la túnica acolchada que llevaba bajo la cota de malla. Hugh apartó con rudeza el escudero que estaba ayudándolo. Ralph, que estaba clasificando el equipo en la parte trasera del pabellón, levantó sorprendido la cabeza.

—Le hablaste sobre mi caballo, ¿verdad? —gritó, apartando de un puntapié un taburete que se interponía en su camino—. No podías dejarme en paz. Tanta charla «fraternal» sobre nuestras esposas y el hogar, la otra noche junto a la hoguera. Tanto compartir vino y comida y ser compañeros de armas. No significa nada para ti, ¿a que no? ¡No era más que un medio para conseguir un fin! —Estaba tan furioso y se sentía tan traicionado que sus últimas palabras surgieron como un sollozo.

Longespée se ruborizó.

—El rey necesita aplacar a los reyes irlandeses y controlarlos con la ayuda de la diplomacia, lo sabes. —Miró a Hugh, pero sin establecer contacto visual directo—. ¿Preferirías combatir contra ellos, además de tener que hacerlo contra nuestros lores rebeldes? Un caballo es un precio barato a pagar a cambio de su fidelidad.

—¡Sobre todo cuando no es tuyo! ¿Qué precio le pones a la sangre que corre por tus venas?

Longespée se enderezó.

—Soy hijo de un rey, no un Bigod —dijo con frialdad—. Serás bien recompensado; me encargaré de que así sea. —La exasperación contorsionó sus facciones—. ¡Por Dios, hombre, no es más que un caballo!

—Sí, lo recuerdo. Eso ya me lo dijiste en una ocasión. —Hugh dio media vuelta y abandonó el pabellón antes de recurrir a la violencia. Si perdía el control, sabía que no pararía hasta dejar la cara de su hermanastro convertida en una papilla roja. Tuvo tentaciones de coger el corcel de Longespée y apartarlo de la fila, pero era un animal del calibre de su caballo suplente y Hugh no lo conocía en absoluto.

Ralph lo alcanzó, jadeante.

—¡Espera, Hugh! ¡Ha tenido que hacerlo! —gritó.

Hugh se detuvo y se giró en redondo.

—¡No, no tenía por qué! —le espetó—. Ha decidido hacerlo, y eso es algo completamente distinto.

—El rey depende de él y confía en él. Se siente obligado.

—Mira el otro lado de la moneda —dijo Hugh muy airado—. Depende del rey para que le garantice posición y autoridad. Está enamorado de su sangre real y, de poder hacerlo, se arrancararía esa parte de él que no la tiene.

—Conmigo se porta muy bien —aseguró Ralph, levantando la cabeza.

—¡Porque eres su criado, estúpido! Porque conoces el lugar que ocupas en su mundo y no eres más que un Bigod, un ser inferior. Si dejases de someterte de ese modo, otro gallo cantarías.

—No es verdad.

—No —dijo secamente Hugh—. Y no es más que un caballo.



En menos de una hora, el rey Cathal de Connacht y su banda de guerreros hicieron su entrada en el campamento inglés. Los lores irlandeses lucían espléndidas barbas tupidas, algunas lo bastante largas como para alcanzar incluso la altura de su

cinturón. Llevaban las piernas al aire y sus ropajes estaban tejidos en los apagados matices del óxido, el verde y la mora, fundiéndolos con el paisaje. Aquí y allí, la rica tonalidad amarilla del azafrán iluminaba a hombres de particular importancia capaces de permitirse prendas teñidas con una planta que era más cara que el oro.

El rey Cathal tenía la boca grande, una nariz corta y respingona y ojos veloces y brillantes con marcadas arrugas en las comisuras, bien porque reía mucho, bien porque se pasaba la vida examinando con detenimiento a todo aquel que se le acercaba. Portaba un cuchillo largo al cinto, una suntuosa espada y un escudo decorado de forma redonda. Juan lo saludó con elegancia y lo trató como un huésped de relevancia. Hugh había oído decir que Juan había visitado Irlanda de joven y agriado las relaciones entre él y los lores nativos, puesto que les tiraba de las barbas cuando estaban borrachos para comprobar si eran de verdad. Un error del que sin duda alguna había aprendido, pues se mostró ante el rey Cathal como si fuera el encanto personificado. Había que tener presente, no obstante, que necesitaba a los lores irlandeses de su parte para compensar y contraatacar el poder de sus propios vasallos.

Juan obsequió al rey irlandés con *Brunet*, el semental engualdrapado ahora con un arnés cuyo petral destellaba con plateadas estrellas radiantes. El borrón y el respaldo de la silla alta de guerra lucían incrustaciones de piedras preciosas. Hugh apretó los dientes cuando el pequeño irlandés posó la mano en la correa del freno de *Brunet* y le habló cariñosamente en su idioma. Acarició su potente cuello arqueado y los cuartos traseros y rascó a *Brunet* debajo de la quijada, justo allí donde el caballo disfrutaba frotándose contra la puerta del establo. Entonces, para el asombro de todos, deshebilló la brida, lo desensilló y ordenó a uno de sus criados que fuese a buscar un ronzal de cuerda.

Uno de los parientes irlandeses de Mahelt, un joven robusto y de pelo oscuro llamado Domnall, se acercó entonces a Hugh.

—Ahora verás el manejo del caballo que tienen nuestros compatriotas —le dijo con orgullo—. Vosotros sois caballeros, lucís muy elegantes con vuestra malla, os batís a golpes en la guerra y no hay nada que se os resista... ¿pero sois capaces de alcanzar al viento?

Hugh observó cómo Cathal se agarraba a la crin de *Brunet* para hacerse con él y saltar con agilidad a lomos del semental, que había quedado completamente desnudo con la excepción del paño que hacía las veces de silla.

—Monta como el niño que entrena sobre un poni —se mofó Hugh.

Domnall negó con la cabeza.

—En absoluto: monta como un irlandés. No necesitamos el control feroz que ejercéis vosotros, los normandos, para que nos obedezcan los caballos. Cuando luchamos, lo hacemos ligeros de armamento. Somos espectros, no gigantes. ¿Qué necesidad tenemos de tanto aparato?

—Pero es evidente que nuestros caballos os gustan —gruñó Hugh.

Domnall le respondió con una sonrisa torcida.

—Un buen caballo es un buen caballo. Pero tu rey es astuto. Sabe que el regalo de un animal así obliga al hombre que lo recibe a rendirle homenaje. Quiere incorporarlos a todos a su grupo y los que se queden fuera serán considerados lobos.

Hugh refunfuñó.

—No creo que todos los que estén dentro sean precisamente ovejas.

Domnall rio entre dientes.

—Por supuesto que no, pero saben quién da de comer al grupo y lidera el rebaño.

El ejército partió de Kilkenny por el camino que conducía hacia el norte para ir en busca de los De Lacey y De Braose. El rey Cathal cabalgaba al lado de Juan y guiaba a *Brunet* con solo sus muslos y el roncal de cuerda. A pesar de que estaba rabioso y enfadado, Hugh no pudo más que reconocer que pocos señores normandos serían capaces de controlar de aquella manera un caballo. Era un método perfecto para montar un animal para llevarlo a abrevar o para regresar a los establos después de una salida por el campo, pero ningún normando se lo plantearía para un viaje más largo o para una campaña. Hugh lo almacenó en su memoria para contárselo a su padre y probarlo, y también para enseñárselo a su hijo cuando alcanzara la edad suficiente para subirse a un caballo. Su expresión se endureció al pensar que también le enseñaría a su hijo los conceptos de la lealtad y el honor, así como a quién debía rendirlos.

23

Framlingham, septiembre de 1210

Sentada en la bancada de la chimenea de su cámara, Mahelt extendió sus pies desnudos hacia el fuego y se relajó. Era tarde. Había despedido ya a sus damas y estaba tomando una última copa de vino antes de acostarse. *Tripas* estaba acurrucado en un rincón junto a la chimenea, el morrito sumergido entre sus patas. De vez en cuando, se sacudía en sueños, como si persiguiese imaginarias ratas y ratones en un paisaje de onírica fantasía.

Había pasado el día ocupada con la supervisión de los preparativos de la celebración de la cosecha y de los banquetes para los vasallos. Pese a que tenía quien le hiciera los recados, había ido y venido personalmente a muchos lados y estaba agradablemente cansada. Durante la última semana, había asumido gran parte de los deberes diarios de una castellana puesto que Ida había estado indispuesta con un resfriado y se había quedado cosiendo junto al fuego en su alcoba. Mahelt se había ocupado de todo, y había disfrutado con ello.

Seguían sin noticias de Irlanda, cosa que era de esperar porque las tropas debían de encontrarse en pleno campo de batalla. Echaba de menos a Hugh; las estancias parecían vacías sin su presencia y su mundo más pequeño y reducido. Era como tener un espacio a su lado donde penetraba un aire frío que la hacía tiritar. Le habría gustado no despedirse con aquella ambigüedad. Temía por él y le preocupaba la posibilidad de no tener la oportunidad de solucionar sus asuntos. Temía también por su padre... con desesperación. Hugh decía que era demasiado listo para quedar atrapado por las contracorrientes que estaban en juego, pero Mahelt sabía que su padre tenía enemigos que no se detendrían ante nada con tal de destruirlo.

De pronto, *Tripas* levantó la cabeza y gruñó; a continuación, empezó a menear la cola. Se abrió la puerta muy despacio y Hugh entró de puntillas. Mahelt se quedó

mirándolo pasmada, casi pensando que era el producto de una ilusión de sus errantes pensamientos. Pero parecía bastante sólido y, cuando le sonrió, estuvo del todo segura. Con un grito de alegría, se incorporó de un brinco y se lanzó a sus brazos.

La cogió y la atrajo hacia él, enterró la cara en su cuello y empezó a repetir el nombre de ella.

—¡Hugh, Dios mío, Hugh!

Consiguió por fin separarse y, secándose los ojos con la manga, lo miró de arriba abajo. Tenía la tez del color de los frutos secos, y cuando le retiró el sombrero de la cabeza, vio que su cabello dorado oscuro estaba decolorado por el sol en la coronilla y que las puntas eran blancas como el lino. Cargaba en el brazo con un tusón de oveja e imaginó que lo utilizaría para proteger la silla.

—¡Deberías haber avisado de tu llegada con antelación y te habría preparado la bienvenida que te mereces! Debes estar hambriento y muerto de sed. —Se apresuró a servirle vino de la jarra y observó cómo su garganta se movía al tragar. La alegría de Mahelt era tan grande que resultaba casi dolorosa.

—He comido pan y queso en la silla, sin bajar siquiera del caballo —dijo, restándole importancia con un gesto—. Quería seguir hasta Framlingham sin parar. Quería estar contigo esta noche... quería estar en casa.

Mahelt volvió a abrazarlo al captar el matiz de necesidad de sus palabras. Apestaba a sudor y a caballo caliente, a humo, suciedad y campo de batalla. El olor se exacerbó cuando se despojó de capa, túnica y camisa, pero a ella le dio igual.

—¡Te has puesto muy fuerte! —Acarició con codicia la curva de su bíceps.

—Teníamos que montar las tiendas, desmontarlas, atender a los caballos, vestir la armadura. —Hizo una mueca, pero al mismo tiempo flexionó con agilidad su recién adquirida musculatura—. Tengo la sensación de haber estado cargando a mis espaldas con el peso de otro hombre durante semanas seguidas.

De cerca, Mahelt se percató de la suciedad incrustada en las arrugas de su piel. Estaba más mugriento que el hijo de un campesino y cubierto de pequeñas marcas rojas, testimonio de la infestación por parte de pulgas y bichos. Recordaba vagamente haber visto a su padre volver alguna vez a casa en aquel estado, aunque nunca tan mal.

—Necesitas un baño.

—Sí —dijo sin entusiasmo, y se dejó caer en el banco. El bostezo que siguió podía haberle partido la mandíbula.

Mahelt se dio cuenta de que estaba agotado y que su «seguir hasta Framlingham sin parar» había sido efectivamente así. No se había detenido para nada, ni siquiera para lavarse. Dudó un instante, pensando en su vestido, pero enseguida decidió que ya era demasiado tarde.

—Por la mañana bastará. —Se recostó a su lado y cuando él la rodeó con el brazo, el sentimiento de frialdad desapareció por completo.

—He visto a nuestro hijo cuando he pasado por la antecámara —dijo, aliviado al

ver que todo el lío del baño quedaba aplazado—. Estaba dormido como un tronco chupándose el dedo. Está enorme.

—Ya sabe decir «poni» y «mamá».

—Me pregunto cómo me llamará a mí —dijo Hugh, su tono orgulloso y reflexivo a la vez.

—Mañana por la mañana lo averiguarás. —Mahelt le acarició el pelo. Notaba una fuerte presión de puro deseo en la entrepierna, pero podía esperar. A Hugh se le cerraban los ojos como si tuviera un par de pesos en los párpados. Deseaba formularle infinidad de preguntas, pero adivinaba que no obtendría la respuesta correcta. Lo maravilloso era que hubiera cabalgado de aquella manera para conseguir verla esta misma noche cuando podría haber esperado y llegado fresco por la mañana —. ¿Está bien mi padre? —preguntó, puesto que esa era la única cosa que necesitaba saber.

Hugh refunfuñó y se obligó a abrir un poco los ojos.

—En sorprendente estado de buena salud y resistiéndolo todo muy bien. Tu madre y tus hermanos y hermanas están también bien y los bebés son preciosos... aunque no tan preciosos como nuestro hijo.

Algo había en su tono de voz que llevó a Mahelt a ladear la cabeza como el perro que oye en el patio un sonido que no le resulta familiar. Algo tocaba muy superficialmente u omitía detalles. Pero tratar de sonsacarle ahora sería como intentar encontrar joyas en una fosa llena de barro.

—Ven —dijo—. Si te quedas dormido en la bancada, mañana no podrás mover el cuello. —Le dio la mano y tiró de él para acompañarlo hasta la cama. Al día siguiente tendría que cambiar las sábanas, pero había que hacerlo de todas maneras. Le ayudó a quitarse las botas y lo tendió en la cama. Él la cogió de la mano y tiró de ella.

—Estoy demasiado cansado y no sirvo para nada, pero quiero que te quedes conmigo —pidió—. Quiero saber que eres algo más que un sueño.

Sus palabras la derritieron, se descalzó y se metió en la cama con él. Las prendas la protegerían de alguna manera, pensó con ironía, y como había permanecido despierta todas las noches anhelando su presencia para calentar el lado frío de la cama, se sentía feliz de poder abrazarlo ahora. Mañana se ocuparía de todo.



Por la mañana, y mientras Hugh seguía durmiendo, Mahelt ordenó a las criadas que prepararan una bañera. Cogió un peine de púas finas de su estuche y ordenó a una de sus damas que trajera de la alacena de los jabones un bloque de grasa depurada con

aceites esenciales de rosas. También hierba de gato, y aceite y cenizas para acabar con los piojos. Hizo traer comida y bebida a la cámara porque, pese a que todavía era temprano, sabía que el conde querría hablar con Hugh, aunque Mahelt lo necesitaba antes solo para ella. Cuando ya no pudo soportar por más tiempo estar sin él, se acercó a la cama, corrió los cortinajes y lo zarandeó con delicadeza para despertarlo.

La miró con legañosa sorpresa. Sobre las sábanas saltaban varias motitas negras y Mahelt apartó la vista.

—Ya es de día —dijo—. Hay una bañera esperándote y las criadas tienen que llevarse estas sábanas al lavadero.

Poco a poco, su mirada se despejó y empezó a centrarse.

—¿Una bañera?

—Me he acostado esta noche a tu lado por amor, pero dudo que alguien más se atreva a acercarse tanto —contestó con rudeza—. ¡Mírate! ¡Tienes más pulgas que un puercoespín y hueles como la letrina de un granjero!

Se sentó, rascándose los ojos para despejarse.

—Lo único que quería era volver a casa —dijo con un timbre de voz que le produjo a Mahelt una sacudida, puesto que aquellas emociones eran mucho más profundas que el simple deleite de estar con ella y de regreso a Framlingham después de tantas semanas de ausencia. Escondía una necesidad real, y el hecho de no conocer todavía sus motivos la puso nerviosa.

—Pues ya estás aquí —dijo con energía—, y si te regaña tu esposa es porque ya no estás ni en el campo de batalla ni de camino y debes estar presentable para ocupar esta cámara. Si fueses *Tripas*, te habría encerrado en los establos. Ven. —Cuando consiguió sacarlo de la cama, ordenó a las criadas que retiraran las sábanas, ventilaran las colchas y les dieran una buena sacudida. Les ordenó hervir su camisa y sus calzas y convertirlas luego en paños y trapos para el retrete.

—¡No están tan mal! —protestó Hugh al ver que cogía las prendas formando una pinza con los dedos para arrojarlas al montón de la colada.

—¡Tienen más agujeros que las hojas de una acedera después de una plaga de escarabajos! —replicó ella—. ¡Y tierra suficiente como para que crezcan puerros! Incluso el mendigo más pobre de los caminos rechazaría vestirse con eso.

Una sonrisa que no llegaba a ser luminosa del todo frunció las pequeñas arrugas que perfilaban los ojos de Hugh.

—He echado mucho de menos tus regañinas —dijo.

Mahelt chasqueó la lengua y le indicó con un gesto que entrara en la bañera. Vio que tenía los brazos con piel de gallina y le pidió a la criada encargada del balde que trajera un cubo más de agua caliente. Y a continuación emprendió la descomunal tarea de conseguir que su esposo estuviera limpio y oliera bien. Ungió su cuerpo con la mezcla de grasa y aceite de rosas, lo raspó con el peine para arrastrar con él bichos y suciedad. El agua fue adoptando poco a poco el color de un río en plena crecida, una avalancha de escombros. Ordenó una segunda bañera con agua limpia y envió a

una de las criadas a buscar las tijeras.

—¿Por qué, en nombre de Dios, te has abandonado hasta llegar a este estado? —le preguntó enojada.

Hugh se estremeció porque tenía el torso fuera del agua y el aire que entraba por las ventanas abiertas era fresco.

—Porque estábamos constantemente en el campo de batalla y no había nunca tiempo para nada. Apenas acababa de caer en mi jergón cuando era hora de levantarse de nuevo. Me resultaba más fácil vivir vestido. Todos hacían lo mismo. —Su expresión se tornó desapacible—. A decir verdad, a nadie parecía importarle.

Mahelt cogió las tijeras de manos de la mujer y se dispuso a cortar el pelo. Debajo de la decoloración provocada por la exposición al sol, estaba enredado, grasiento e infestado. Cortó y recortó y después trató los trasquilones con unguento de hierba de gato. Le ordenó que se incorporara y pidió a las criadas que lo aclararan con cubos de agua limpia.

Mientras las mujeres lo secaban y le ayudaban a cubrirse con un batín suelto y caliente, Mahelt aprovechó el agua limpia de la segunda bañera para frotarse, peinarse y tratar su cabello, que no tenía ninguna intención de cortar.

Hugh deambuló por la habitación, tocando esto y aquello, como si estuviera conociendo de nuevo todo lo que en su día le resultaba tan familiar. Mahelt se cubrió con una camisa limpia y se acercó a su lado mientras las criadas vaciaban las bañeras y esparcían por el suelo hierba de gato en polvo.

—En Irlanda no hay serpientes, pero creo que nos has traído como regalo todo tipo de bicho rastrero. —Mahelt lo miró riéndose, aunque también con cierto reproche. Guardó el peine en su estuche y se quedó mirando un rollo de pergamino depositado junto al cofre de las joyas y los tarros de ungüentos. Una fina tira de cinta roja impedía que se desenrollase y reposaba sobre un lecho de claros pétalos de flores de zarzamora. Con el entrecejo fruncido y una desconcertada sonrisa, Mahelt deshizo el lazo de la cinta y desenrolló el pergamino. Salieron de su interior un puñado de ramitas que repiquetearon como dedos de madera al caer sobre el cofre. El pergamino era un documento oficial escrito en latín—. ¿Qué es esto?

Sonriendo, Hugh se acercó a la bancada de la chimenea y retiró el tusón que había dejado allí la noche anterior.

—Pensé que tal vez suspirarías por ser pastora, o quizá mercadear con lana, o paños y pergaminos. Son tuyas para hacer lo que quieras con ellas, y esto es prueba de su calidad.

Con los ojos abiertos de par en par, Mahelt cogió el tusón. Era blanco y rizado y con un ligero brillo en las puntas.

—¿Me has comprado un rebaño de ovejas? —Palpó la espléndida esponjosidad bajo sus dedos y, a continuación, la aterciopelada parte inferior, tangible y suave. Era una sorpresa que jamás se habría esperado y se sintió de repente inundada por la risa y el cariño, por una tierna sensación de amor. Aquellas ovejas eran tuyas para que

hiciera con ellas lo que quisiera, una fuente de ingresos para gestionar como estimara conveniente.

—Cuando las vi pastando en el prado pensé en ti —dijo—. Tropezamos con ellas en las Marcas, no muy lejos de Leominster.

Mahelt le sonrió con los ojos llenos de lágrimas. Se acercó el tusón a la mejilla.

—¿Te recuerdo a una oveja?

Hugh se echó a reír y negó con la cabeza.

—No en ese sentido. Cuando cabalgaba, miraba el cielo y las nubes y sus formas cambiantes me recordaban a ti. Y después, un rebaño de ovejas me hizo pensar en las nubes y me pareció que era algo natural y adecuado: regalar a mi esposa la suavidad del tusón lavado y los medios para tener algo solo para ella.

Mahelt miró las varas de cuentas. Había cinco, cada una de ellas con diez muescas.

—Cincuenta —calculó.

Hugh la miró con suficiencia.

—Por diez —dijo.

Se quedó mirándolo.

—¿Quinientas?

—Pensé que sería un buen número para empezar. Lo he dispuesto todo para que las lleven a Settrington antes de que empiecen las tormentas de invierno. Cuando lleguen, iremos a verlas.

Mahelt se fundió entre sus brazos. Ahora olía a jabón y hierbas. A limpio. A nuevo. Las manos de él se enredaron con el cabello suelto de ella y descendieron después hacia su cuerpo, por debajo de su camisa, hasta abarcar sus pechos. Mahelt se estremeció de deseo y anticipación. Hugh despidió a las criadas con un ademán y condujo a su esposa hacia la cama recién hecha, donde hicieron el amor convertidos en una maraña tierna, urgente y ligeramente húmeda con la piel de oveja bajo ellos y la luz de la mañana por encima.



—Te he echado de menos —dijo Hugh. Estaba tendido en la cama, con el peso de su cuerpo apoyado sobre un codo, y acarició el pelo de Mahelt—. Cada noche, cuando me acostaba en mi jergón, miraba las estrellas y pensaba en ti.

—Yo también las miraba —reconoció ella—. Las criadas me decían que si dejaba las contraventanas abiertas, el aire nocturno me alteraría el humor, pero les hacía caso omiso. Sabía que en algún lugar, tú también estarías contemplando las mismas

estrellas en el mismo cielo.

Hugh se inclinó para besarla.

—Y lo hacía. Cada noche.

Mahelt respondió a su beso y se retiró un poco a continuación para ahuecar la mano sobre el lateral de su cara.

—No me has contado nada sobre Irlanda. ¿Estás escondiéndome cosas otra vez? —Buscó consuelo en la expresión de él y no lo encontró.

Hugh ladeó la cara para darle un beso en la palma de la mano antes de recostarse con un suspiro y cruzar los brazos por debajo de la cabeza.

—El rey cosechó un gran éxito. Ha conseguido meter en cintura a los De Lacey y ha comprado la lealtad de la mayoría de reyes irlandeses regalándoles mantos escarlata, joyas y caballos. —Tensó la mandíbula de rabia cuando le relató a Mahelt la pérdida de *Brunet*—. El rey me reembolsó el importe con dinero de sus propios cofres cuando llegamos a Dublín, pero sin tener en cuenta todo el entrenamiento que le había dado a *Brunet*, ni su valor como semental. A estas alturas ya debería haber aprendido a no confiar en Longespée. Son harina del mismo costal.

—Juan siempre gana —dijo Mahelt con una mueca de desagrado—. Y nunca da nada a cambio, puesto que siempre hay un precio que pagar. ¿Y mi familia?

La expresión de Hugh se relajó un poco.

—Tu madre está bien, y también tus hermanos y hermanas. Los vi en Kilkenny. Tu nueva hermanita es pelirroja como Richard, y Ancel es un tipo fuerte. Tu madre te envía recuerdos y todo su amor. Llevo en el equipaje un tapiz y un broche que piensa que serán de tu agrado. Se mostró muy hospitalaria conmigo y estuvo encantada de escuchar noticias sobre ti y sobre nuestro hijo.

Mahelt devoró con avidez sus palabras, pero aquello no era más que el principio de la comida y estaba hambrienta.

—¿Y mi padre?

Hugh se sentó y enlazó las manos por delante de sus rodillas flexionadas. Miró hacia la ventana y Mahelt aprovechó para contemplar el perfil de sus hombros y sus bíceps recortados por la luz.

—Tu padre también está bien. —Movié la cabeza en un gesto de asombro—. Aventaja a hombres mucho más jóvenes que él, incluyéndome a mí. Había caído yo de agotamiento y él seguía dando órdenes y supervisando detalles mientras todo el mundo llevaba horas acostado. Juró fidelidad al rey y lo respaldó incondicionalmente en la campaña para poner en cintura a los De Lacey. —Hugh bajó la vista y empezó a jugar distraídamente con un nudo del bordado de la colcha—. Juan capturó a la esposa y al hijo mayor de De Braose. Están retenidos en Windsor hasta que De Braose pague una indemnización de cuarenta mil marcos.

Mahelt sofocó un grito.

—¡Nadie puede permitirse esa cantidad! ¡Virgen santa, ni siquiera tu padre o el mío podrían reunir una suma así!

Hugh negó con la cabeza.

—De Braose juró que lo conseguiría y luego huyó a Francia, un gesto que Juan tomó como prueba de que acertaba al no confiar en él y de que De Braose llevaba todo aquel tiempo actuando en connivencia con los franceses. —Hizo una pausa y Mahelt comprendió que intentaba reunir fuerzas para continuar.

—Cuéntame —dijo—. No soy una debilucha que vaya a desmayarse.

Hugh hizo un gesto de negación.

—No temo que vayas a desmayarte —contestó.

—¿Y qué temes entonces?

Hugh suspiró.

—Cuando estábamos en Dublín, justo antes de embarcar para volver a casa, el rey le exigió más rehenes a tu padre.

—¿Más rehenes? —Mahelt se sentó también, su mirada brillando con la rabia y la indignación que él preveía—. ¿Quién? —preguntó—. ¿A quién ha cogido como rehén?

—A Geoffrey FitzRobert, Jordan de Saqueville, Thomas Sandford, Walter Purcel y Jean D'Earley. Jean D'Earley ha sido enviado a Nottingham, pero desconozco dónde están los demás. Ha confiscado también el castillo de tu padre en Dunamase.

—¡Cómo se atreve! —Levantó la ropa de cama como un vendaval y buscó su camisola para empezar a vestirse—. ¡Cómo se atreve a hacer eso!

—Tu padre se mostró dispuesto a entregar los rehenes y ellos se mostraron dispuestos a hacer lo que él les ordenara —replicó Hugh con calma—. Es un jugador consumado en lo que a la política se refiere. De haberse negado a ello con la plana mayor de Inglaterra en el umbral de su casa y todos los reyes irlandeses con sus mantos escarlata recién estrenados, Maude de Braose no habría sido la única encerrada en Windsor. De esta manera, sigue conservando la ventaja moral y sin depender de nadie. Me comentó personalmente que vendar un dedo que no está cortado no hace daño a nadie.

Mahelt empujó hacia fuera el labio inferior.

—¡Esto es intolerable!

—¿Qué otra alternativa nos queda? Es el rey.

—Se me ocurre un centenar de hombres mejores que él.

—Y a mí —replicó Hugh—, pero no están ungidos con ese derecho. Lo que tenemos que hacer es preocuparnos de lo nuestro y reforzar nuestras tierras.

—Así que ha ganado. ¿De modo que hace lo que le place y todo el mundo se lo permite porque es lo más conveniente y lo más seguro... y porque es «el rey»?

Hugh alcanzó su camisa y sus calzas. El tejido era limpio y suave al contacto con su excoriada y restregada piel y olía débilmente a pétalos de rosa.

—Quiero ver a mi hijo crecer y hacerse un hombre. Quiero jugar con él y enseñarle cosas. Quiero verlo montar su primer caballo y cortejar a su primera chica. Quiero que tenga hermanos y hermanas y que disfrute del tipo de infancia que yo

tuve. Un día, se convertirá en el conde de Norfolk y tendrá que tomar decisiones que afectarán a todos los que estén a su cuidado. Debe aprender a cargar con pesos y responsabilidades por encima y más allá de la mayoría de hombres. Pero de momento quiero que tenga una infancia segura. Que juegue. Quiero conseguir esta paz para él porque pronto tendrá que hacerse adulto y enfrentarse al mundo. —Se rascó la barbilla—. Cuando voy a la iglesia, rezo por los caídos y doy las gracias por no contarme entre ellos.

Mahelt se estremeció, sin saber si abrazarlo o enfadarse con él. La había asustado, y el hecho de haber estado hacía tan solo un momento amorosamente enlazados en la cama hacía que sus palabras la conmocionaran todavía más. Con un nudo en el estómago, se dirigió a la antecámara donde sus damas estaban diligentemente ocupadas con sus deberes a la espera de que Hugh y ella dieran por finalizada su «conversación» privada. Las expresiones de complicidad se esfumaron en cuanto vieron la cara de Mahelt al entrar en la estancia. Fue directamente hacia el bebé, que se mecía en las rodillas de su nodriza. Lo cogió en brazos, lo besó y sin mediar palabra, entró de nuevo con él en la alcoba.

Hugh se había cubierto ya con su ropa interior y estaba calzándose unas zapatillas de cuero de cabritilla bordado. El pequeño Roger reclamó a voces ser depositado en el suelo y empezó a contonearse en los brazos de Mahelt hasta salirse con la suya. Se dejó caer sobre su trasero a los pies de la cama. Extendió sus manitas, se agarró a la colcha y se puso en pie.

—Pa-pá —dijo, sonriendo a Hugh de oreja a oreja. Hugh rio, sorprendido y satisfecho. El pequeño se soltó de la colcha y dio dos tambaleantes pero decididos pasos hacia su padre antes de dejarse caer con un gruñido. Con terca determinación, volvió a incorporarse, titubeó y dio dos pasitos más.

Orgullosa y encantada, Hugh miró a su hijo y a Mahelt. Ella, resplandeciente, rio y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Lleva unos días a punto de hacerlo. Estaba esperando que volvieras a casa.

El bebé se incorporó una tercera vez y se bamboleó para dar los últimos pasos hasta alcanzar a su padre, se sujetó a su pierna en busca de ayuda y le sonrió, sus ojos de un luminoso y soleado tono avellana. Hugh se inclinó para darle con cuidado la vuelta y colocarlo de cara a Mahelt. Se agachó entonces ella, extendió los brazos y Roger trotó hacia su madre, dejándose luego caer pesadamente, incorporándose de nuevo con la ayuda de la cama, caminando otra vez, decidido a llegar hasta ella. El corazón de Hugh rebosaba de amor y orgullo. Las lágrimas humedecieron sus ojos. Recordó el día en que se sentó junto a Mahelt frente al telar, en la mezcla de los colores en un dibujo armonioso que se prolongaría más allá de aquel momento. Un pedacito de cada uno de ellos atrapado para siempre.

—Nuestro primer y principal deber es hacia nuestro hijo —dijo Hugh cuando el bebé alcanzó a Mahelt y se precipitó hacia sus brazos—. Él es nuestro futuro. Juan no es más que el presente.

Framlingham, junio de 1212

Mahelt estaba reunida en la alcoba de Ida con Ela y Marie, la hermana de Hugh, disfrutando de un buen rato de chismorreo. Varios niños jugaban a sus pies, aunque el pequeño Roger estaba en los establos con su padre, «ayudándole» a preparar las cosas para el día siguiente, cuando las tropas de los Bigod partirían para la asamblea real que iba a tener lugar en Nottingham y de allí hacia la guerra en el norte de Gales. William, el hijo de dieciséis meses de Ela, daba sus primeros pasos por la estancia con un caballito de madera en la mano. Ela estaba embarazada de nuevo y sufría náuseas. Randal, el hijo mayor de Marie, estaba también con los hombres, pero su hija de tres años de edad estaba jugando en el suelo. Marie esperaba su tercer hijo para otoño. Mahelt tenía su segundo hijo en la cuna, llamado Hugh en honor de su padre.

—No recuerdo de mi época de joven esposa un momento en el que no estuviera esperando un hijo o recuperándome de dar a luz... —dijo Ida—. No quiero decir con esto que me imagine sin alguno de ellos —añadió rápidamente—. Son regalos de Dios y los quiero a todos. —Hizo una mueca—. Una de las damas de la corte me explicó que las irrigaciones con vinagre antes de acostarse con el hombre impedían la concepción, pero no siempre funciona.

—¿Lo probaste entonces, mamá? —Marie la miró con grandes ojos inocentes.

—Cuando yo vivía en la corte y era... —Ida dudó—... cuando era la amiga del rey, sí. Pero tengo un hijo de aquellos tiempos, para demostrar que no hay que negar la voluntad de Dios. —Pareció atrapada por un instante, pero se serenó enseguida y tuvo una sonrisa para Ela—. Y ahora él tiene su propio hijo y una esposa buena y fecunda, y doy las gracias a Dios por su misericordia. —Se volvió hacia Marie—. Con tu padre nunca utilicé estas artimañas porque teníamos el vínculo conyugal y no

quería negarle herederos para Norfolk ni hijas para establecer alianzas matrimoniales. Era mi deber, mi parte del trato. Amaba a tu padre y honraba y temía a Dios.

Las mujeres asintieron indicándole con el gesto que la comprendían, pero Mahelt dijo entonces:

—Incluso así, la mujer no debería agotar su cuerpo y su espíritu criando constantemente hijos. Sé que mi deber es tener hijos e hijas para Hugh y para Norfolk, pero no voy a ser una yegua de cría... ni Hugh desea que lo sea.

Su comentario produjo como respuesta la expresión de perplejidad de Ela y de Ida. Marie, sin embargo, se inclinó hacia delante con evidente interés.

—¿Y qué hacéis?

Mahelt lanzó una mirada a su suegra y abandonó toda prudencia.

—Lo normal. Abstinencia, puesto que la Iglesia dice que es buena para el alma. —Puso los ojos en blanco mientras hablaba—. Un pedacito de musgo... No cabalgar hasta Londres...

—¿Por qué no tendrías que cabalgar hasta Londres...? —empezó a preguntar Ela con desconcierto hasta que se le subieron los colores cuando cayó en la cuenta—. Oh —dijo.

Marie arrugó la nariz.

—Alguien me dijo que me colgara al cuello una bolsita con los testículos de una comadreja. Me imagino que si Ranulf me viese con eso no se me acercaría... ¡ni él ni nadie! También he oído decir que, si pones una lechuga debajo de la almohada del hombre, se vuelve menos amoroso. —Le brillaban los ojos—. O al menos, pierde en parte su capacidad de ser amoroso. —Realizó un gesto de debilidad muy ilustrativo con la muñeca y el antebrazo—. No funciona —añadió—. Lo he probado.

Las mujeres rompieron a reír. Ida cogió en brazos al hijo de Ela y lo sentó en su regazo. El niño recostó con confianza la cabeza contra su pecho y se llevó el pulgar a la boca.

—Este será mi tercero —dijo Marie—. Se me encoge el corazón solo de pensar que tal vez vaya a criar una docena... o más si sobrevivo a ello. ¡Maude de Braose tuvo dieciséis!

Un repentino silencio acabó con las bromas cuando Marie mencionó el nombre de Maude de Braose.

—Que Dios la tenga en su gloria —dijo Ida, santiguándose. La hija de Marie se tropezó con su guardapolvo, cayó con fuerza en el suelo y se echó a llorar. Marie corrió a recogerla y a consolarla entre sus brazos.

Mahelt observó el anillo protector que las mujeres habían formado alrededor de los pequeños, nacidos y no nacidos, y se preguntó hasta qué punto estaban todos seguros. El encarcelamiento de Maude de Braose y su hijo por parte del rey Juan había acabado convirtiéndose en un asesinato. Todo el mundo se había quedado horrorizado con los detalles del caso a medida que habían salido poco a poco a la luz. Juan había trasladado a Maude y a su hijo de Windsor a Corfe, los había encerrado en

una mazmorra y los había abandonado a su suerte para que murieran de frío y de hambre. Corrían rumores que apuntaban que Maude se había mantenido con la carne de su hijo muerto hasta fallecer también. La noticia había hecho enfermar a Ida y horrorizado a todos los moradores de Framlingham. ¿Cómo era posible que aquel hombre fuera rey? La inquietud crecía a pasos agigantados, puesto que a las habladurías generalizadas acerca del asesinato de su sobrino, se sumaba ahora la muerte de Maude de Braose. Era un rey excomulgado, un hombre apartado de la Iglesia. Roma había exonerado a los barones ingleses de su juramento de lealtad hacia el rey. Los detalles se asemejaban a las gotas de lluvia que caen en un estanque y forman una onda tras otra, acumulándose en su interior. Hasta que llega un día en que el estanque se desborda y genera una avalancha fangosa que nadie puede ya contener.

De Braose había huido y se había refugiado en Francia, y el rey Felipe amenazaba con una invasión de Inglaterra, aunque hasta el momento no había pasado de eso. En Framlingham, el conde Roger trataba deliberadamente de pasar desapercibido y no se involucraba en asuntos políticos, salvo en el caso de sus deberes más esenciales, como aquella convocatoria de asamblea en Nottingham. Su padre seguía una política similar en Irlanda. Allí tenía su esfera de influencia, pero estaba a un mar de distancia y ocupado con su nuevo puerto en el río Barrow. Pero Mahelt se preguntaba cuánto tiempo podría seguir haciendo la vista gorda, puesto que quien no vigilaba el peligro podía encontrarse un día convertido en la víctima de la usurpación y la destrucción.



Hugh levantó en brazos a su hijo para sentarlo a lomos del juguetón poni blanco y negro que le había regalado a Mahelt y que había pasado a ser la primera montura de su heredero. Roger rio nerviosamente y golpeó con sus manitas la cruz del poni. *Pastel* se puso en movimiento y meneó una cola negra que rozaba el suelo, aunque se mostró de inmediato sumiso al ver el currusco de pan que Hugh le ofrecía en la palma de la mano.

—Es un zampatortas —dijo Roger con voz aguda. Había oído a niños mayores que él mofándose de algún compañero con un sonsonete repetitivo y había captado enseguida la palabra porque le gustaba su sonido—. ¡Zampatortas, zampatortas!

—Como tú —dijo Hugh con una sonrisa.

—¡Yo no lo soy! —replicó Roger, sus ojos de color avellana brillantes de indignación.

—A tu abuelo Marshal lo llamaban así cuando era un jovenzuelo. —Hugh

observó divertido al pequeño. Rebosaba energía, no paraba quieto en todo el día, desde que salía el sol hasta que se ponía, y a Hugh le costaba mantener su ritmo. En este sentido, era igual que su madre.

—Arriba —le dijo Ranulf a su hijo, un año mayor que Roger, y lo montó también a lomos de *Pastel*. Hugh cogió entonces las riendas del poni, lo desató del aro de la pared de los establos y lo guio para iniciar un circuito entre los distintos edificios, vigilando en todo momento que los niños no cayeran al suelo.

—Al menos, no tenemos que ir a Poitou —le dijo Hugh a Ranulf, que caminaba a su lado, su mirada fija en los carromatos alquilados que soldados y criados estaban cargando con provisiones y equipamiento—. La verdad es que estaba seguro de que me tocaría ir a prestar allí mi servicio feudal.

Ranulf acercó la mano a la pierna de su hijo para evitar que botara tanto.

—Lo dices como si pensaras que Gales va a ser mejor —replicó con mala cara—. Allí siempre llueve y sus bosques no son más trampas para emboscadas.

—Pero al menos no pasaremos días interminables sitiando castillos, estaremos más cerca de casa y todo el mundo coincidirá en un objetivo común —observó Hugh—. Si nuestro destino fuese Poitou, todos se quejarían por tener que ir a combatir al otro lado del mar y protestarían diciendo que eso no forma parte de su juramento de lealtad. —Miró a Ranulf de reajo, pues sabía perfectamente bien que su cuñado sería de los primeros en protestar. Los barones insulares del norte abrigaban sentimientos hostiles sobre el tema. Ranulf era más moderado que la mayoría, pero de haber podido escoger, Hugh sabía que se habría quedado en su castillo de Middleham. Llevaba a cabo su deber feudal con meticulosidad, pero sin entusiasmo alguno—. Además —añadió Hugh—, si Llewelyn de Gwynedd no quería que Juan interfiriese en su gobierno, no debería haber pasado a la ofensiva. Esta vez Juan no parará hasta conseguir aplastar a Llewelyn de una vez por todas. Que Llewelyn esté casado con la hija de Juan da igual... se le lanzará a la garganta e irá a por él.

—¿Como hizo en Irlanda? —cuestionó Ranulf—. ¿Qué nos va a quedar a nosotros y a nuestros hijos?

Hugh se ahorró la respuesta gracias a la llegada de su padre, que se detuvo, con los brazos en jarras, para observar el ajetreo. Su mirada se fijó en el poni y sus nietos y movió la cabeza de un lado a otro, aunque sin poder evitar una sonrisa. Volvió a reunir fuerzas y se acercó cojeando a los jóvenes. Le dolían las rodillas, pero se negaba a utilizar un bastón. Cuando llegó a su lado, ordenó a un mozo de cuadras que los reemplazara y se ocupara de guiar el recorrido de *Pastel* por el patio.

Hugh observó a los pequeños tensando los hombros por lo que pudiera pasarles.

—Si caen, el suelo no les pilla muy lejos y, además, a esta edad a buen seguro que rebotarían —dijo Ranulf con pragmatismo.

—Ojalá pudiera recordar cuando era tan joven. —La mirada del conde era de envidia.

—Cuando lo hagas, creo que habrás llegado a eso que llaman chochez —le dijo

con sarcasmo Hugh.

Su padre resopló por la broma.

—Entonces no estoy aún ahí, ni tampoco he empezado todavía a babear como un bebé.

Hugh sonrió. En aquel momento, otro mozo de cuadras sacaba de los establos el nuevo caballo de batalla de Hugh para verificarle los cascos. Era un animal joven y fuerte, con pelaje de color bronce y un perfil robusto y atractivo. Cuando lo seleccionó entre las monturas disponibles de su manada, Hugh había comentado que iba a llamarlo *Stott* e hizo que lo ataran detrás de las remontas, en lugar de exhibirlo. El nombre había sobrevivido y, por lo tanto, el corcel que montaba el heredero de Norfolk llevaba el nombre de un caballo de tiro vulgar.

Hugh miró a su padre. Había llegado un mensajero y Hugh sabía que el conde no estaba allí solo para ver cómo sus nietos tomaban una lección de equitación.

—He visto al mensajero —dijo—. ¿Hay nuevas instrucciones?

Su padre miró a su alrededor para asegurarse de que nadie, excepto Hugh y Ranulf, pudiera oírlo.

—No exactamente —respondió—. Pero Bened de Settrington afirma haber oído rumores de una conspiración para matar al rey mientras estemos de viaje hacia Gales.

Hugh contuvo la respiración.

—¿Crees que es cierto? —Miró a Ranulf, cuya expresión era tensa y vigilante.

Su padre acarició el ala de su sombrero.

—Bened es un perro viejo y astuto. Sabe cuándo prestar atención y cuándo no.

—¿Dónde escuchó esos rumores?

—Dice que los escuchó de boca de su hermano menor, que sirve en la casa de Eustace de Vesci.

Hugh puso mala cara. La relación entre De Vesci y Juan era de odio y desconfianza. Circulaban rumores de que Juan había deshonrado a la esposa de De Vesci, aunque también se hablaba de un asunto relacionado con un dinero que De Vesci debía a la Corona.

—Lo que ha dicho el hermano de Bened puede tomarse como una advertencia para ser precavidos o como una llamada a las armas, dependiendo de cómo se interprete. —El conde miró con intención a Hugh y a Ranulf—. Bened cree que John de Lacey y John FitzRobert también están implicados.

Hugh tuvo la sensación de que acababa de tragarse un pedazo de hielo.

El conde miró con severidad a Ranulf.

—¿Estabas al corriente de algo?

Ranulf retrocedió indignado.

—¡Jamás formaría parte de una cosa así! No frecuento la compañía de esos hombres. ¡Concededme más sentido común!

Hugh intercambió una mirada con su padre. Ranulf había esquivado la pregunta. No formar parte del asunto no era lo mismo que no estar al corriente de él.

Sospechaba que Ranulf había oído rumores y ahora fingía sordera. Pero lo que de verdad le preocupaba a Hugh era que Will Marshal si frecuentaba la compañía de hombres como De Lacey y FitzRobert.

—Debo conocer la postura de todos los integrantes de esta familia —dijo su padre con voz férrea—. Pero los actos de uno afectan la seguridad de todos.

Ranulf hizo un lacónico gesto de asentimiento.

—Nada tenéis que temer en lo referente a mi lealtad.

—Me alegro de oírte decir eso.

—¿Y Will Marshal? —se atrevió a preguntar Hugh—. ¿Aparece nombrado?

Su padre negó con la cabeza.

—Bened no mencionó al joven Marshal, por lo que deberíamos dar gracias a Dios, pero no me sorprendería que estuviese implicado. —Su expresión se tensó—. Por suerte, tu esposa está últimamente recluida en casa y demasiado ocupada como para sentirse atraída hacia un plan de este tipo, pero no me sorprendería que su hermano y sus cómplices quisieran enmarañar a miembros de la familia.

—Mahelt ya no es tan ingenua —dijo Hugh a modo de argumentación.

El conde continuó manoseando el ala de su sombrero.

—Eso podría jugar o no a nuestro favor.

Ranulf se quedó muy sorprendido. Hugh movió la cabeza, indicándole que no hiciese preguntas.

—¿Cómo tienen pensado hacerlo?

—¿Quién sabe? —Roger se encogió de hombros—. Abandonarlo en la ladera de una montaña y confiar en que los galeses se ocupen del asunto, me imagino. De ese modo, los galeses cargarían con la culpa.

—¿Y qué hacemos? ¿Decírselo al rey o fingir que lo que hemos oído no es más que un vulgar rumor y esperar las consecuencias?

Su padre frunció el entrecejo.

—Habrà que reflexionarlo. No seremos los únicos que han recibido la filtración de esta noticia y todo el mundo estará mirando cómo aprovecharla para su supervivencia. —Lanzó una mirada a Ranulf, que se ruborizó.

—¿Y si nos abordan con la intención de poner en práctica la acción?

Ranulf se atragantó.

Roger se mostró de pronto muy contundente.

—Mantendremos las distancias pase lo que pase, porque solo así podremos pararnos a reflexionar y decidir qué hacer sin ponernos en peligro. Habrà chivos expiatorios, recordad bien lo que os digo, pero no llevarán el nombre de los Bigod. Quemaré la carta de Bened y cualquier otra que llegue hasta nosotros. Espero, Ranulf, que hagas lo mismo y que no confraternices en privado con tus vecinos, y muy especialmente con De Vesci. ¿Puedo confiar en ti?

Ranulf asintió.

—No es necesario que me lo preguntéis.

—Sí que es necesario. —Roger fijó su dura mirada gris en los dos jóvenes—. No debéis contárselo a nadie. Ni siquiera a miembros de la familia, y en esto incluyo a vuestras esposas. Este asunto no debe salir de nosotros, puesto que cuantos menos lo sepan, más fácil será controlarlo. ¿Entendido?

Ranulf asintió de nuevo. Y Hugh siguió su ejemplo, ligeramente dolido. No necesitaba que le echaran sermones; sabía lo que estaba en juego.

El conde suspiró y dejó caer los hombros.

—Juré fidelidad a Juan el día de su coronación. Le he servido fielmente y he mantenido mi juramento. Le he enviado tropas cuando así me lo ha pedido y he cumplido personalmente con mi servicio militar. He recorrido con él el circuito judicial y le he asesorado. Cumpliría encantado a rajatabla lo que dicta la ley para hacerlo responsable. —Su expresión era desapacible—. Pero ha hecho cosas que solo Dios puede juzgar porque quedan fuera del alcance del juicio del hombre. Que sea el destino el que marque el devenir de las cosas. No pienso jugar un papel activo en ninguno de los sentidos. La prudencia lo es todo.

Castillo de Nottingham, agosto de 1212

Hugh ocupaba una bancada de piedra metida en el hueco de una ventana junto a Jean D'Earley, el caballero principal de la casa de su suegro. Jean estaba bajo arresto domiciliario en Nottingham, pues era uno de los rehenes que William Marshal había dejado como garantía de su buena fe.

Jean había estado jugando al molino con otro rehén, un niño galés de cara pecosa de unos siete años de edad.

—Es afilado como una lezna, el chiquillo —dijo Jean, guiñándole el ojo al pequeño—. Apenas habla nada que no sea galés, pero comprende a la perfección las reglas del juego, ¿verdad, Richard? —Miró por encima del hombro al segundo hijo de su señor, que estaba a su cuidado mientras ambos residían allí donde le apeteciera al rey.

La chispa de picardía de los ojos oscuros del niño le hizo pensar a Hugh en su propio hijo, aunque, naturalmente, este era mayor. En Nottingham había un total de veintiocho jóvenes galeses retenidos como rehenes, todos ellos parientes del príncipe Llewelyn o hijos de algún señor importante. Richard Marshal lo miró con ironía.

—Es un experto —reconoció—. Sabe más francés de lo que aparenta. No dejes que esa expresión de inocencia te engañe ni un minuto. —Sus ojos de color verde grisáceo brillaban con buen humor—. Es galés y nosotros somos sus enemigos. Por mucho que sonría como un angelito, siempre estará atento en busca de la manera de clavarnos el cuchillo, igual que su padre. —Ofreció al niño un sorbo de su copa. El niño la cogió y le dio un buen trago. Se secó la boca con la manga e indicó con un gesto que quería jugar a peleas. Richard le complació con la fuerza elegante de un indolente león joven—. Estoy acostumbrado con mis hermanos y mis hermanas menores —le explicó a Hugh en un tono tolerante—. Después de Mahelt, este es pan

comido. Mi hermana sí que era una auténtica peleona.

Hugh rio entre dientes al ver a Richard esquivar con un brazo el ataque del muchacho galés.

—Y sigue siéndolo; tengo cicatrices que lo demuestran.

—Ja, si cicatrices es todo lo que tienes, considérate afortunado. —Hostigó al pequeño, llamándolo tunante escuchimizado, y el niño respondió con una retahíla de lo que sin lugar a dudas eran palabras groseras en su propio idioma. Richard lo placó rápidamente y le hizo cosquillas hasta hacerlo gritar.

Hugh miró a través de las contraventanas abiertas y contempló el apiñado conjunto de tiendas y estandartes que llenaba el patio de armas del castillo. La hueste feudal se había congregado allí en su totalidad en respuesta a la convocatoria de Juan. Un sol blanquecino de agosto incendiaba lanzas y armaduras. Carretones cargados de pertrechos y provisiones cruzaban sin cesar las verjas del castillo tirados por mulas, caballos y hombres. El ruido, la polvareda y los olores se mezclaban entre sí hasta formar un miasma. Hugh se rascó la nuca con inquietud sin dejar de observar la actividad y pensó en la carta que su padre había encomendado al brasero en Framlingham. Las palabras de traición se habían convertido en láminas de ceniza, pero eso no significa que nunca hubieran existido. El fuego, simplemente, las había transformado en otra cosa, pero su residuo seguía allí.

Un grupo de jóvenes galeses había encontrado un espacio para jugar al *campball*^[6] y sus gritos resonaban mientras no paraban de perseguirse por el patio y pelearse por la posesión de una pelota de cuero rellena de vellón. El juego combinaba velocidad, destreza y lucha total. Hugh sintió una tensión en el estómago al plantearse la posibilidad de sumarse a ellos. De joven destacaba en aquel deporte... y destacaba todavía, de hecho, puesto que era veloz y había conservado un físico ágil, aun siendo ahora más ancho de espaldas. Aunque, continuó pensando, ser más ancho de espaldas se traducía para él en más cargas que la de la lucha por la posesión de una pelota.



Sentado en compañía de Jean y Ranulf en el abarrotado salón principal, Hugh sumergió la cuchara en el sustancioso caldo de tuétano y cebada. Estaba especiado con pimienta y el calor que producía en la boca era agradable para quienes disfrutaban de aquella sensación.

Richard estaba siendo servido en la mesa alta en su calidad de escudero real, además de rehén, y cumplía con sus deberes con serio aplomo, aunque el omnipresente brillo pícaro de sus ojos no lo abandonaba en ningún momento. No se

hablaba de otra cosa que de la futura campaña contra los galeses. La discusión de las tácticas era estridente y jocosa. Los soldados de más edad y experiencia intercambiaban historias sobre campañas anteriores en aquel país y afirmaban que no había galés capaz de plantar cara y luchar. Su estratagema consistía en disiparse entre sus colinas y las inevitables neblina y lluvia, atacar por la espalda e ir eliminando a los hombres de uno en uno.

Los barones se miraban entre ellos y apartaban enseguida la vista, como si mantener el contacto visual demasiado tiempo fuera a revelar algún saber o intención peligrosa. Todo el mundo sabía lo que nadie decía. Hugh miró al rey. Juan sonreía, pero era un gesto fijo que más bien parecía el inicio de un gruñido. Sus miradas eran fijas e intensas, como si intentara sonsacar las ideas de la cabeza de los presentes. Hugh decidió prestar esmerada atención a su cena y confió en que su apariencia no revelase lo culpable que se sentía. Ranulf había adoptado la misma actitud. También Jean D'Earley estaba concentrado en la comida y la única conversación entre ellos giraba sobre cuestiones prácticas relacionadas con la equitación.

Juan tenía las manos extendidas para que su senescal vertiera agua en ellas, cuando llegó un mensajero y fue conducido al salón por un ujier. Entregó una carta al rey y Juan limpió su cuchillo con un pedazo de pan para romper el lacre. Apretó con fuerza los labios al leer el contenido. Hizo un gesto en dirección a Longespée y sus capitanes mercenarios y de forma brusca se alejaron de la mesa y abandonaron la estancia.

Su salida dejó el salón sumido en un incómodo silencio, hasta que alguien soltó una inquieta carcajada y las conversaciones se iniciaron de nuevo, aunque con acentuado nerviosismo. El apetito de Hugh desapareció por completo y dejó el cuenco en la mesa. Richard se acercó entonces con una jarra de vino y se inclinó para rellenar las copas.

—El lacre es del rey de los escoceses —les explicó a Hugh, Ranulf y Jean—. Extraed las conclusiones que queráis.

Jean copió su copa y la hizo girar en su mano.

—Podría significar mucho, o podría no significar nada, pero viendo que se ha llevado con él a Marc, a D'Athée y a milord de Salisbury, y no ha esperado a terminar la cena, apuntaría a que se trata de noticias importantes y a que no está dispuesto a compartirlas de inmediato.

Richard dejó la jarra en la mesa y se humedeció los labios con la lengua.

—Circulan rumores de que... —Se interrumpió al ver la expresión de alarma que cobraban las caras de sus interlocutores—. ¿Qué he dicho?

—Escucha los rumores, si es lo que te apetece —dijo con brusquedad Hugh—. Hazles caso si consideras que debes hacérselo, pero resérvate tu opinión... incluso ante mí. Incluso ante el señor y el amigo de más confianza de tu padre.

La tez pecosa de Richard se enrojeció.

—Si tu hermano está involucrado en alguno de estos «rumores» y estás en

contacto con él, dile que se ande con mucho cuidado.

Richard asintió, apretando los labios, y se retiró.

Jean D'Earley miró de soslayo a Hugh.

—Sospecho que no quiero saber de qué va todo esto.

Hugh dio un trago corto a su recién rellenada copa y la dejó de nuevo sobre la mesa.

—Me imagino que sabes ya tanto como yo. Por lo que veo, la casa del mariscal tiene el oído muy atento a lo que sucede a su alrededor e incluso sus miembros retenidos como rehenes están bien informados.

—Los chicos son cachorros —dijo D'Earley—. Han sufrido la ausencia de control por parte de su padre, pero no va más allá de la pasión de la juventud. Conocen el deber que tienen con su sangre.

—Existen distintas maneras de ver el deber —replicó Hugh, pensando en la escapada que en su día realizara Mahelt en Thetford.

—Efectivamente, pero nunca desobedecerán a su padre.

A Hugh le picaba la nuca. Le habían dicho una y mil veces que su suegro sabía todo lo que había que saber acerca de los rumores y la situación. No era una sorpresa, pero le puso nervioso. El comentario de D'Earley era ambiguo, aunque las circunstancias lo eran también. Miró a su alrededor y vio que en aquel momento abandonaban el salón Eustace de Vesci y Robert FitzWalter, otro caballero del norte. Tal vez su propósito no fuera más siniestro que ir a orinar, pero teniendo en cuenta todo lo que sabía, Hugh pensó que no se trataba precisamente de eso. Apostaría con confianza su último marco a que el motivo de su ausencia estaba seguramente relacionado con la misiva que acababa de llegar.

Juan no se reincorporó a la cena y, cuando los hombres terminaron de comer, se reunieron en pequeños grupos para especular. Hugh abandonó el salón en compañía de Jean y Ranulf. Intentaron evitar los corrillos, pero aun así se vieron arrastrados hacia un par de ellos, donde se limitaron a escuchar sin dar su opinión. No habían sido los únicos en percatarse de la sigilosa desaparición de De Vesci y FitzWalter.

—He oído decir que hubo una conspiración para asesinar al rey, violar a la reina, matar a sus hijos y ofrecerle el trono a Simon de Montfort —declaró uno de los hombres del conde de Derby, su mirada brillante.

—Ja, no te creo. ¿Dónde has oído eso? —se mofó uno de sus compañeros que, con todo y con eso, estaba ansioso por conocer los detalles.

—No lo sé —respondió el caballero, encogiéndose de hombros—. En una taberna de la ciudad. Es del dominio público.

Hugh se quedó pasmado. Aquello eran rumores brutales. ¿Y por qué De Montfort, que era francés? Tenía algún derecho sobre suelo inglés, pero solo en el condado de Leicester, que Juan controlaba en la actualidad con sus propias manos.

—Hay quien disfruta inhalando pensamientos ilusorios en la humareda del rumor —dijo Jean—. Y como sucede con todos los rumores, este se ha exagerado y alterado

a medida que ha ido pasando de boca en boca.

—¿Por qué dirán eso sobre la reina? —preguntó con inquietud Ranulf.

Jean movió con nerviosismo los hombros.

—Por la reputación del rey de abusar de las mujeres de otros hombres, siendo la esposa de De Vesci un caso a destacar. En el pasado se despachó a gusto al respecto, muchas veces haciendo uso de la fuerza y de la amenaza. Esposos y padres imaginan lo que harían de tener oportunidad de hacer algo. Deshonrar a la mujer de un hombre es deshonrar también a ese hombre. Es como decir que es incapaz de ocuparse de ella o de su familia... que es un impotente. —Jean miró a Hugh y Ranulf—. Todo se resume en un tema de poder y control. Es como cuando un perro marca el territorio de otro y consigue orinar en un punto más alto de la pared.

—De Vesci y FitzWalter... —Hugh movió la cabeza en dirección de los hombres que cruzaban a caballo las puertas del castillo en compañía de sus caballeros y sargentos—... el rey los deja marchar.

Jean se rascó la barbilla.

—Tal vez piensa que no le queda otra elección. ¿Qué pasaría si les ordenase lo contrario? ¿En cuántos asistentes a esta reunión creéis que puede confiar?

Ranulf no dijo nada. Hugh hizo una mueca. Aborrecía las tinieblas de la vida de la corte y no entendía cómo hombres como su hermanastro se deleitaban con ello... aunque para Longespée, asistir a Juan representaba tanto la validación de su sangre real, como una oportunidad para lucir caros ropajes.

—Marchándose, sin embargo, se exponen a acusaciones de traición o desertión.

—En ese caso, deben de pensar que quedándose tienen mucho más que perder.

Hugh estaba todavía dándole vueltas a una réplica acertada cuando una pelota de cuero se cruzó en su camino, seguida por dos muchachos galeses y el pequeño que antes estaba con Richard. Negando todo lo que sucedía a su alrededor, Hugh se lanzó tras la pelota y se hizo con ella antes que los chicos.

—¡Cogedme si podéis! —gritó y echó a correr a la velocidad de un rayo. Los chicos de más edad se quedaron dudando, pero el más pequeño salió en persecución de Hugh con ánimos de venganza.

Jean D'Earley, moviendo la cabeza de un lado a otro, observó a Hugh enredado con el grupo entero de rehenes galeses, y luego se echó a reír.

—Este es el tipo de cosa que mi señor el mariscal habría hecho de joven —le comentó a Ranulf.

Ranulf se rascó el muslo.

—De no haber sufrido ayer este tirón en la pierna, a buen seguro que lo seguiría haciendo.

—Se maneja bien —dijo Jean con aprobación—. Milord Marshal solo elegiría lo mejor para su hija y me alegro de ver su elección confirmada.

—Aunque, claro está, dominar una esposa que va a la suya lleva más tiempo —dijo Ranulf con perspicacia.

Jean le ofreció una dolorida sonrisa.

—Muchos hombres no lo consiguen ni en toda una vida.



—Pretenden asesinarme. ¡Asesinarme a sangre fría y con traición! —Juan miró furioso a Longespée y arrojó la carta a su hermanastro y a los capitanes mercenarios reunidos alrededor de la mesa de caballete de su alcoba—. Están tramando una conspiración para matarme en Gales. Para abandonarme desnudo y dejar que los galeses me corten en tajadas. Están ya preparados para anunciar mi muerte en todo el país. ¡Han informado incluso sobre el día en que van a proclamarlo! ¿Cuánta gente espera verme muerto? ¿Acaso no hay nadie en quien pueda confiar? —Hizo un gesto cerrando el puño con fuerza.

Longespée miró conmovido el documento, que era una prueba tangible de los rumores que circulaban. El mes pasado, Juan había enviado una tropa de mercenarios al norte después de que Guillermo de Escocia le solicitase ayuda para sofocar una rebelión. Como muestra de agradecimiento, y pensando en su propia supervivencia, el rey escocés le enviaba ahora la advertencia que habían captado sus contactos. La muerte de Juan sería efectiva y proclamada en cuanto llegara a Gales. Los conspiradores habían borrado muy bien las pistas y era imposible identificarlos en su mayoría, pero los nombres de Robert FitzWalter y Eustace de Vesci aparecían muy claros.

—No podéis ir a Gales, señor, en este momento no —dijo Philip Marc, uno de los principales capitanes mercenarios de Juan—. Debéis velar por vuestra seguridad y por la seguridad de la reina y de vuestro hijo.

Juan se enderezó en su asiento y Longespée distinguió el brillo de la ira en los ojos de su hermanastro... y del miedo. Longespée temía también por él y deseaba proteger al hombre cuya sangre real compartía.

—No pienso permitir que suceda —gruñó Juan—. Quieren acabar conmigo, pero antes seré yo quien les arranque el hígado y los lance por el abismo. —Miré a su alrededor—. ¿En quién puedo confiar cuando esta misiva afirma que nadie debe lealtad a un rey excomulgado y que todos deberían aprovechar el momento para levantarse contra mí?

—Tenéis hombres leales, señor —aseguró Philip Marc, su voz dura e implacable—. Todos los presentes os obedecerían sin dudarlo.

—¡Porque ninguno de vosotros tendría nada sin mi palabra! —John miró uno a uno a los allí reunidos.

Longespée se estremeció.

—Puedo dar fe del conde de Norfolk, de Aumale y Pembroke y de De Burgh.

Juan bufó con desdén.

—Tal vez confíe en tu lealtad, hermano, ¿pero crees que debería atreverme a confiar en tu opinión? ¿Puedes aseverar con total seguridad que no van a conspirar contra mí?

—Eso espero, señor.

—Eso «esperas» —repitió Juan, enseñando los dientes—. Conociendo tus habilidades como jugador, que Dios nos coja a todos confesados. Pembroke podría afirmar que tiene el sol en el culo y la gente le creería, y si de tanta confianza fueran los demás, estarían aquí en este momento, en esta habitación. —Empezó a deambular arriba y abajo, el borde con incrustaciones de piedras preciosas de su túnica destellando al ritmo de sus pasos.

—En este caso, es evidente que necesitáis a Pembroke abogando por nuestro bando —dijo Longespée—. Y su apoyo arrastrará a otros con él.

Juan lanzó a Longespée una mirada fulminante.

—De modo que estarán dispuestos a escuchar al mariscal antes que obedecerme a mí. ¿No es eso lo que pretendes decir?

Longespée abrió las manos.

—Acabáis de decir que podría afirmar que tiene el sol en el culo...

—Resultará útil, señor —dijo Gerard D'Athée—. Ha demostrado que no tiene intenciones de rebelarse contra vos.

—Porque tengo conmigo a sus hijos y sus mejores caballeros —rugió Juan, pero su expresión se volvió pensativa cuando empezó a plantearse la posibilidad de gestionar la situación en lugar de rabiar contra ella—. De Breauté, coge un caballo y ve a recoger a la reina. Escóltala a ella y a mis hijos hasta Corfe y cuida de que estén seguros allí. Hay que apresar a De Vesci y a FitzWalter. Disolveré de inmediato esta asamblea, averiguaré hasta dónde ha llegado la podredumbre y la desenterraré. —Sus pisadas eran más fuertes a cada paso que daba, como si estuviera aplastando ya a sus enemigos—. Y en cuanto a los galeses... —Miró a sus hombres, las aletas de la nariz vibrándole—. Ya que no puedo ir a Gales para meter en cintura al príncipe de Gwynedd, y ya que había planes para que mi muerte se produjera en sus territorios, ajustaremos cuentas aquí y ahora. Que los galeses mueran en mi lugar y paguen su deuda con sangre. Que todos vean lo que les sucede a aquellos que conspiran contra el rey de Inglaterra.

Los mercenarios intercambiaron miradas. Longespée miró a Juan. El miedo seguía presente en los ojos de su hermano, pero había también aguijones. Su cara estaba cubierta de sudor y el ritmo de su respiración se había acelerado.

—Colgad a los rehenes —dijo Juan—. A todos.

Longespée se quedó sin aliento.

—Son casi treinta, señor.

—Cuanto antes empiece, mejor. —Chasqueó los dedos en dirección a Philip Marc—. Encárgate de ello.

—Daré la orden —dijo Marc con una reverencia, y se encaminó hacia la puerta. Los demás le siguieron.

—Pero si uno de ellos es casi un bebé... ¡un niño pequeño! —protestó horrorizado Longespée, atragantándose casi.

Las aletas de la nariz de Juan seguían vibrando.

—Y mi hijo también.

—Os suplico que lo reconsideréis, señor. ¡Tened piedad!

—¿Qué piedad habrían tenido conmigo en Gales? —Los ojos de Juan echaban chispas—. ¿Qué piedad habrían recibido mis hijos después de mi muerte? Colgadlos, a todos y cada uno de ellos, y así serán un ejemplo.



Manchado de barro y sin parar de reír, vestido solo con camisa y calzas, Hugh esquivó el salto del joven galés y, justo a tiempo, lanzó la pelota a su hermano Ralph, que había visto que estaban jugando y, como era de esperar, había corrido a sumarse al equipo. Insultos y gritos galeses se mezclaban con réplicas similares en francés normando e inglés. Varios escuderos y criados de los Bigod se habían unido a la pendencia, además de Richard Marshal, y el encuentro se había convertido en una refriega bulliciosa y estimulante.

Rhodri, el más pequeño de todos, tropezó con la correa suelta de su zapato y cayó de bruces al suelo. Hugh, que era el que más cerca estaba de él, lo cogió, le sacudió el polvo y le ayudó a incorporarse. Un descosido triangular dejaba al descubierto su rodilla a través de las calzas y gotitas de sangre inundaban un rasguño en el antebrazo. El niño tenía los ojos llorosos, pero apretó los dientes, desafiando a las lágrimas y a cualquiera que se atreviera a compadecerse de él.

—Son heridas de guerra honorables —dijo Hugh—. ¿Conservas aún todos tus dientes? ¿No te ha saltado ninguno?

El niño negó con la cabeza y enseñó dos perlas y perfectas hileras para demostrárselo. Cuando Hugh saltó hacia atrás, fingiéndose asustado, el niño abrió los ojos de par en par horrorizado de verdad. Hugh mostró intención de girarse, pero se vio agarrado con brusquedad por dos soldados vestidos con cota de malla que lo inmovilizaron, tirándole uno de ellos del pelo para obligarle a echar la cabeza hacia atrás. Un instante después, Rhodri fue maniatado por otro, que lo cogió bajo el brazo como si fuese un cochinillo, el niño chillando y contoneándose para escabullirse.

—Vamos, galés hijo de ramera, dice el rey que vas a montar un caballo de madera con riendas de cuerda —espetó uno de los agresores de Hugh con un marcado acento flamenco.

Hugh combatió y se debatió con fuerza bajo su rígido control de acero.

—¡Soy Hugh Bigod, señor de Settrington, heredero del condado de Norfolk y yerno del conde Marshal! —gritó jadeando—. ¡Quítame de encima tus mugrientas manos!

Continuaron por un momento forcejeando con él, como si lo que veían sus ojos no casara con lo que sus oídos captaban, pero cuando Hugh volvió a maldecirlos en su propio idioma, lo soltaron y retrocedieron. Y con demora, inclinaron la cabeza para saludarlo.

—Lo siento, señor —se disculpó uno de ellos—. Os he tomado por un rehén galés. No sabía que... —Señaló con un gesto poco convincente la camisa manchada y empapada en sudor de Hugh y sus embarradas calzas.

A Hugh le ardía la piel allí donde los soldados lo habían agarrado.

—¿A qué te referías con eso del caballo de madera? —Miró a su alrededor y vio que los soldados habían agrupado a todos los chicos galeses y que con la ayuda de sus lanzas empezaban a empujarlos hacia el muro exterior del castillo que daba a la ciudad. Rhodri seguía chillando y aporreando al soldado que lo retenía bajo el brazo. Hugh abrió los ojos de par en par—. Santo cielo, ¿no estaréis pensando...? —Tragó saliva.

—Órdenes del rey, milord —dijo el segundo hombre con espeluznante placer—. Colgarlos y verlos patalear... a todos.

Ralph se acercó entonces a Hugh, después de haber sido confundido también brevemente con un galés.

—¡No podéis! —Horrorizado, se frotó las huellas que le habían dejado en el cuello los dedos cubiertos con malla metálica.

—Es un acto que va más allá de cualquier decencia cristiana —dijo con voz ronca Hugh.

El soldado se encogió de hombros.

—El rey es un excomulgado. ¿Qué tiene que perder, excepto la vida de unos cuantos gusanos galeses que no llegarán a incordiarlo cuando se conviertan en mariposa?

Hugh se abrió paso entre los soldados y echó a correr hacia el muro que daba a la ciudad. Philip Marc dirigía las operaciones junto con otro mercenario, Engelard de Cigogne, y tenían ya a una docena de jóvenes galeses, acalorados y sudorosos todavía como resultado de su encuentro de *campball*, con el cuello rodeado por la soga y siendo confesados por un capellán. Sus ojos estaban abiertos, aterrados, incrédulos. El otro extremo de las sogas estaba anudado a las almenas de la muralla.

Longespée observaba la escena, su garganta tensa y las venas de su cuello destacando como cuerdas. Sujetaba la empuñadura de la espada con la mano derecha

como si estuviera a punto de desenvainar la hoja. Ni rastro del rey. Hugh corrió hacia su hermanastro.

—¡Haz que se detenga! —Sacudió a Longespée por el brazo—. ¡En nombre de Dios, William, haz que se detenga!

Longespée miró a Hugh con expresión apagada.

—No puedo hacer nada. Hacerle cambiar de opinión es imposible. La suerte está echada. Dice que es una lección para Llewelyn y todos los hombres que pudieran conspirar contra él.

De Cigogne se volvió hacia Hugh.

—Hay traidores entre nosotros, milord Bigod, y el rey está con ánimos de acabar con todo aquel que lo desafíe. Andaos con cuidado, a menos que tengáis intención de sumaros a estos desgraciados.

—¡Con esto ponéis vuestra alma en peligro! —exclamó Hugh, casi sin aliento.

—Son rehenes de la palabra de sus señores, una palabra que han roto y mancillado —replicó Marc sin alterarse—. El rey está en su derecho, y no volverán con su Creador sin ser antes confesados.

Hugh sentía un vacío en el estómago. Lo último que quería en este mundo era mirar, pero tenía que hacerlo, puesto que debía ser testigo del hecho por el bien de ellos, porque no podía darles la espalda a aquellos chicos. Dios, Dios. ¿Y si su hijo tuviera que enfrentarse a una muerte como aquella? Hacía tan solo un instante estaban jugando, y de aquí a un momento se asfixiarían colgados del extremo de una cuerda por culpa de los juegos de poder de hombres adultos. Hugh experimentó una fuerte tensión en el pecho y un tremendo escozor en los ojos, se le nublaba incluso la vista, pero se obligó a seguir mirando mientras los jóvenes eran arrastrados hacia las cañoneras de las almenas y arrojados por ellas como sacos de harina. Algunos tendrían la suerte de que se les partiera el cuello y murieran al instante, pero otros quedarían allí colgados, convulsionándose, asfixiándose inexorablemente mientras el sol ascendía en el cielo.

Rhodri estaba en el segundo grupo. Hugh empezó a andar hacia allí, sin saber muy bien qué pretendía, pero tenía que hacer algo... lo que fuera para impedirlo. De Cigogne lanzó contra él su brazo cubierto con la cota de malla y lo detuvo. Otro mercenario corrió en su ayuda para inmovilizarlo, su sujeción segura, potente, cruel. Rara era la vez que se presentaba la oportunidad de poner las manos con impunidad sobre el hijo de un conde, aunque De Cigogne había podido hacerlo en unas cuantas ocasiones con el mayor de los Marshal.

De Cigogne y su compañero sujetaron a Hugh, que nada pudo hacer para evitar que arrojaran a los jóvenes muro abajo. No vio la sacudida ni el retroceso de las cuerdas al tensarse, ni el pataleo de los cuerpos, batallando hasta la muerte pegados a las piedras de color ámbar claro, pero lo visualizaba. Cuando el ambiente se llenó de silencio después de arrojar a la muerte al último muchacho, los mercenarios soltaron a Hugh, que corrió para alejarse de ellos y, encorvándose, vomitó en la hierba, sin

importarle que lo consideraran blando o débil por ello.

Longespée no dijo nada, pero dio media vuelta y se alejó en dirección al patio superior, la mandíbula prieta y sus movimientos agarrotados como si llevara una rígida lanza remetida por la espalda de su sobreveste.

—Por Dios bendito —dijo Ralph, santiguándose. Se quedó mirando la desaparición de su señor y hermanastro y después fijó la vista en Hugh.

—No menciones a Dios —ordenó con voz ronca Hugh al incorporarse, secándose la boca—. Hoy no ha estado aquí. Esto no es obra suya. —Se estremeció e intentó serenarse por el bien de su hermano, que se había quedado blanco como el suero de la leche, y porque sus tropas necesitaban liderazgo, aunque por dentro se sentía como un niño asustado y confuso—. Deberíamos pedir que se apiade de estos muchachos galeses... y de nosotros, porque este acto es una maldición para todos.



En Framlingham, Mahelt estaba poniendo orden en las bodegas y pasándoselo en grande. La organización aportaba claridad y eficiencia a los procesos de la casa que dependían de una reserva de provisiones ordenada y bien surtida. Como descendiente de mariscales reales, llevaba en la sangre el aprovisionamiento y la organización... ¡tareas que sin duda alguna eran preferibles a la costura! Había encontrado un viejo barril de carne repleto de gusanos y había dado algunos a los muchachos del castillo para que fueran a pescar a la laguna; les había dicho que arrojaran el resto en la montaña de estiércol para que las aves de corral pudieran picotear de allí. Aquel alimento adicional engordaría a las gallinas y mejoraría además la puesta.

Estaban quedándose sin miel y sin cera, que habría que pedir a Ipswich, y tenían que procurarse toneles nuevos antes de que empezara la matanza del cerdo en noviembre. Tendría que decirle al mayordomo que hablase con el tonelero de Thetford. Su hijo se entretenía pasando un palito por una de las hileras de toneles y contándolos a su manera:

—Uno, dos, tres, seis...

—Cuatro —le corrigió Mahelt, riendo—. Después del tres viene el cuatro. —Cogió una damajuana, le quitó el tapón, olisqueó el contenido y le dio un sorbo. El aguamiel, dulce, fuerte y con sabor a verano, inundó su lengua. Oyó entonces cascos de caballos en el patio y dio por sentado que se trataba de su suegro que regresaba de su inspección diaria del dominio.

—¡Uno, dos, tres, cuatro, seis, veinte! —declaró triunfante Roger, golpeando con el palito el último tonel de la fila. Empezó a girar sobre sí mismo hasta marearse y se

tiró al suelo. Mahelt devolvió el aguamiel al estante antes de que el sorbo pasara a dos, y luego a tres.

—¡Papá, papá! —chilló Roger. Mahelt se giró en redondo y vio que Hugh acababa de cruzar el umbral de la puerta. Estaba cubierto de polvo, sus ropajes manchados por el viaje y su sombrero bajo cubriéndole los ojos de un modo tan similar a como solía ponérselo su padre que Mahelt se estremeció. El pequeño Roger corrió hacia él y Hugh lo abrazó con fuerza y enterró la cara en su cuello.

Mahelt miró sorprendida a su esposo mientras retiraba el delantal que llevaba sujeto al cinturón del vestido. No esperaba volver a verlo en casa hasta finales de octubre como muy pronto.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, porque era evidente que algo había ido mal.

Hugh movió la cabeza de un lado a otro.

—Me he adelantado a la tropa —dijo con voz ronca—. No tardarán mucho en llegar.

—¡Papá, papá, ya sé contar hasta diez! Un, dos, tres...

Mientras Roger parloteaba entre sus brazos, Hugh levantó la vista hacia Mahelt, que se quedó horrorizada al ver los movimientos espasmódicos de su cuello y darse cuenta que luchaba por contener las lágrimas. Cogió rápidamente al niño y se lo entregó a una criada que pasaba por allí.

—Llévalo con la condesa y dile que el señor está en casa —ordenó—. Dile después a Simon que prepare comida y bebida y lo sirva en la cámara del señor.

Cuando la mujer se fue a cumplir con el encargo, cargando en brazos con un protestón Roger, que quería quedarse con sus padres, Mahelt cogió a su esposo por el brazo.

—¡Cuéntame! —le dijo con rotundidad, esforzándose al máximo por disimular sus temores.

Hugh emitió un sonido incoherente. La enlazó por la cintura, la arrastró hacia el interior iluminado por linternas de la húmeda bodega y empezó a temblar pegado a ella. Mahelt comprendió que estaba llorando y su temor aumentó. Trató de consolarlo, acariciándole la nuca con una mano, la otra entrelazada con la suya y pegada a su pecho.

—¿Qué pasa, Hugh?

Siguió temblando entre sus brazos. Allí estaba seguro y era un lugar oscuro y podía descargar las emociones que había contenido en su interior desde lo del castillo de Nottingham.

—Creo que no puedo contártelo —dijo con voz ronca.

—Soy lo bastante fuerte como para soportar lo que sea. Lo que me destroza es no saberlo. ¿Por qué no estás en Gales?

Hugh la soltó y se secó los ojos con la manga. Mahelt fue a cerrar la puerta de la bodega, le hizo sentar sobre un tonel y le pasó la damajuana con aguamiel.

—Bebe —le dijo. Le habló con sequedad porque estaba enojada además de

preocupada. La expresión de la cara de Hugh era completamente nueva para ella, como si se hubiera roto algo fundamental, y estaba dispuesta a luchar contra lo que fuera que lo había provocado.

Hugh dio un trago, dejó la damajuana y se quedó mirándola.

—En Nottingham se produjo una conspiración contra el rey... una conspiración para asesinarlo a él, a la reina y a sus hijos.

—¿Qué?

—Es cierto. El rey de los escoceses le envió una carta poniéndolo sobre aviso, y hubo también otra de Gales, de la hija, pero llegó demasiado tarde y tampoco habría cambiado el desenlace. Se había propuesto dar un castigo ejemplar.

—¿A qué te refieres con eso de que llegó demasiado tarde? —Mahelt, que empezaba a notar un hormigueo en la espalda, lo miró fijamente. ¿Habría muerto Juan? Pero entonces pensó en su hermano mayor y se preguntó si estaría implicado en la trama o habría sido capturado. Sintió náuseas, pero enseguida pensó que un posible arresto de Will no era motivo para que Hugh estuviese llorando. La que tendría que llorar sería ella al enterarse. Tampoco era normal que la conspiración para asesinar al rey lo hubiera trastocado de aquel modo. Por el secretismo y el comportamiento de los hombres el último día que pasaron en casa, cayó en la cuenta de que Hugh debía de saber ya alguna cosa antes de partir de viaje. Su suegro estaba extremadamente nervioso desde que se habían ido, además, y salía cojeando de su cámara cada vez que llegaba un mensajero para interceptarlo.

—Como no pudimos viajar a Gales, como pretendía el rey, y ya que Gales era el lugar donde debía ser asesinado, Juan decidió ahorcar a los rehenes que le entregó el príncipe Llewelyn el año pasado. —Abrió los ojos de par en par al recordar aquel horror—. A los veintiocho. Los arrojó por las murallas uno a uno mientras los demás, los que iban a seguir también aquel destino, observaban el espectáculo. Los mercenarios de Juan iban contando a medida que los arrojaban, igual que estaba contando los números nuestro hijo. Algunos... algunos eran niños que deberían haber estado aún pegados a las faldas de sus madres. Uno se llamaba Rhodri; no sé quién era su padre, excepto que debía de ser uno de los vasallos de Llewelyn. Estaba jugando a la pelota con él y con los demás galeses cuando se presentaron los mercenarios de Juan para llevárselos. Hacía un instante que aquel niño había estado persiguiéndome para hacerse con la pelota, y al cabo de escasos minutos moría ahorcado por una cuerda. Philip Marc dijo que deberíamos alegrarnos, que era una liendre menos que se convertiría en piojo, pero yo soy de la opinión de que seremos condenados por ello.

Mahelt cayó arrodillada junto a su esposo y cogió sus manos entre las suyas.

—No, Hugh, tú no —negó con pasión—. Por el amor de Dios.

—No me hables de Dios; he estado cenando con el diablo. —Su expresión se desfiguró—. Creía que mi cuchara era lo suficiente larga para mantenerme alejado de él, pero estaba equivocado. No existe cuchara lo bastante larga para esta tierra. —

Bajó la vista hacia las manos de su esposa, que cubrían las de él—. Pero no tengo otra elección, puesto que, si no ceno, seré devorado, y mi familia también, o condenado a morir de hambre o... o ahorcado. Me siento avergonzado por no haber hecho nada, pero nada podía hacer, y la verdad es que el rey estaba en su derecho. Por ley, podría argumentarse que fue un acto de justicia... pero completamente desprovisto de piedad, totalmente inmoral...

Mahelt se quedó mirándolo, estremecida. Le habría gustado poder ofrecerle palabras sabias y devolverlo todo a su debido lugar, pero su imaginación se llenó con la visión de cadáveres balanceándose en los muros de un castillo, miembros todos de su familia, y el más próximo a ella era su hijo, que se esforzaba por seguir contando mientras su cuello se abigarraba y se volvía azul justo allí donde le ahogaba la cuerda. Su garganta se tensó hasta tal punto que se le hacía imposible hablar.

—Han salido a la luz dos de los conspiradores —añadió Hugh casi sin voz—. Eustace de Vesci y Robert FitzWalter. Huyeron antes de que pudieran arrestarlos, pero el rey ha continuado viaje hacia el norte con sus mercenarios cerberos con la intención de sustituir a todos los castellanos y *sheriffs* que le parezcan sospechosos de querer conspirar para asesinarlo.

Mahelt se mordió el labio.

—¿Y Will?

Hugh se apartó de ella y se incorporó.

—Mantiene una estrecha relación con De Lacey y FitzRobert, y ambos son sospechosos. —Le lanzó una mirada de advertencia—. Si Will está implicado, ruego a Dios que tenga la inteligencia suficiente para borrar cualquier pista.

Mahelt se quedó blanca.

—No he oído nada, te lo juro.

Hugh asintió con rigidez.

—Debemos ir con mucho cuidado. El rey sospecha de todo el mundo, y los mercenarios y los sicofantes que lo acompañan harán cualquier cosa que él les ordene, puesto que les paga el salario y les otorga poder.

De repente, llamaron a la puerta y ambos dieron un respingo de pura tensión.

—¡Papá, papá, sal! —gritaba el pequeño Roger. Oyeron a su niñera tratando de acallararlo y su indignado alarido de rechazo, seguido por otro golpe en la puerta.

Mahelt hizo ademán de dirigirse a la puerta, pero Hugh se lo impidió.

—No pasa nada. —La apartó con delicadeza y abrió la puerta a su furioso y congestionado hijo, que intentaba quitarse de encima a la niñera. Hugh le indicó a la mujer que dejara al niño, se agachó y cogió en brazos al pequeño Roger. Era un peso sólido para su edad, pero resultaba ligero a la vez. Macizo como un roble, frágil como una telaraña y zumbando como una avispa enfadada. Vivo. Hugh no había visto jamás nada tan vivo—. Estoy aquí —dijo—. Siempre estaré aquí. —Y secó las lágrimas de rabia que rodaban por las mejillas de su hijo, y después, con la misma mano, las suyas, de crudo dolor y culpabilidad.

—¿Y ahora qué pasará? —preguntó Mahelt.

Estampó un beso en la mejilla salada de Roger.

—Cogeremos aire y contaremos hasta diez.

—Uno, dos, tres... —dijo Roger, levantando con esmero un dedo detrás de otro

—. Cuatro, cin... —Empezó a saltar en brazos de su padre.

Hugh salió con él al patio para esperar la entrada del resto de la tropa.

—¿Y después?

—Encontraremos la manera de salir adelante —dijo con cautela—, porque es lo que debemos hacer por el bien de todos.

Framlingham, noviembre de 1212

Mahelt estuvo varias semanas con el alma en vilo a la espera de ver si pasaba algo con Will, pero nada se decía y, por una vez, casi prefería que fuese así. No recibir noticias era como cubrir con un paño un rincón desordenado. No solucionaba el problema, pero lograba que en apariencia todo siguiese igual que siempre. El rey había gastado más de mil libras fortificando los castillos del norte; había sustituido a diversos castellanos y había obligado a otros a entregar rehenes... y después de lo sucedido en el castillo de Nottingham, nadie dudaba de las consecuencias de una rebelión.

Por San Martín, la segunda semana de noviembre, era el momento de sacrificar los puercos que se habían estado cebando en la reserva con fabuco y bellota. Los machos, con la excepción del semental y su sustituto, estaban destinados a convertirse en panceta, tocino, salchichas, jamón, carne de cabeza conservada en gelatina, morcilla y manteca para alimentar a la casa durante los oscuros días de invierno, mientras que las marranas se reservaban para la cría. Los cerdos fueron conducidos en manada hacia el patio inferior, y sacrificados uno a uno con un golpe de hacha entre los ojos y un cuchillo astutamente clavado en la yugular, encargándose una persona de clavar la punta y otra de recoger la sangre en grandes recipientes poco profundos. Después, escaldaban a los marranos para dejarlos sin cerdas antes de izarlos con cuerdas para eviscerarlos.

El patio y los cobertizos donde tenía lugar el proceso de elaboración del producto de la matanza eran un hervidero de sangrienta diligencia y Mahelt, con un delantal en la cintura y el pelo envuelto en un pañuelo de lino, estaba inmersa de lleno en la labor. Le gustaba organizar un trabajo duro como aquel y formar además parte en él, puesto que las recompensas que se obtenían eran visibles con mayor rapidez que con

labores como la costura, donde la finalización de un proyecto exigía semanas de trabajo. Aquella noche se serviría en el salón cerdo asado recubierto con crujiente grasa dorada acompañado con manzanas ácidas horneadas y salsas ácidas para complementar el sabor de la carne, además de abundante pan para mojar en los jugos. Y el espíritu comunitario de fiesta daría lugar también a canciones, poesía y algarabía, entre lo que destacaría la actuación de uno de los siervos del conde, Roland le Pettour, un bufón que conservaba su tierra a cambio de hacer acrobacias, malabarismos e interpretar melodías musicales con el ano cuando la ocasión así lo requería.

Las mujeres del castillo bromeaban entre ellas mientras removían sin cesar la sangre de cerdo del interior de gigantescas tinas para impedir que se coagulase y hervían calderos de manteca para llenar las vejigas ya limpias. Con la sal llegada de los pueblos costeros del conde Roger a lomos de ponis de carga, habían preparado con antelación la salmuera. Las especias habían viajado desde el ancladero que la familia poseía en Ipswich y los cuchillos se habían afilado en las piedras de amolar hasta dejarlos brillantes como fuego azul.

Agatha, una de las criadas de la cocina, observó los pedazos de cerdo que ocupaban la ensangrentada y resbaladiza tabla que tenía enfrente.

—Dice mi marido que no quiere volver a ver otra mano de cerdo para cenar en toda su vida —declaró—, y yo le digo que comerá lo que le ponga y que ya puede sentirse agradecido por ello. ¡Encurtidos, en salsa o estofados con miel, pies de cerdo tendrá, le guste o no!

Las demás mujeres estallaron en risotadas y se dieron codazos entre ellas, y Mahelt rio con ellas, disfrutando de aquel clima de camaradería.

Hugh apareció en la puerta de la cocina y le hizo una seña para que se acercara. Hasta entonces había estado ocupado en la cámara de su padre y ahora llevaba un rollo de pergamino en la mano. Su aliento emergía en forma de vapor blanco por el aire gélido de noviembre y el sombrero le cubría las orejas. Mahelt, al captar el mal agüero de su mirada, se secó las manos, se quitó el delantal y, después de ordenar a las mujeres que continuaran removiendo, salió con él al patio.

La matanza había finalizado y ahora tocaba baldear y barrer con energía el suelo. Había todavía cerdos escaldándose al fuego y hombres atareados con los cuchillos destripando a los animales colgados de aparejos de cuerda. El pequeño Roger lo observaba todo con interés con una flexible oreja de cerdo en la mano. *Tripas*, a pesar de su edad avanzada, había conseguido colarse en el patio y hacerse con un pedazo de asaduras y se había escondido debajo de un carromato para devorar su presa.

Hugh alejó a Mahelt del ruido y el bullicio y se sentó con ella en un banco, en el exterior del salón nuevo.

—Ha llegado una carta de tu padre para el mío —dijo—. He pensado que te gustaría saberlo. Tu padre le ha ofrecido su apoyo al rey. Dice que aportará quinientos caballeros de Irlanda y que De Grey y él han conseguido que los señores irlandeses

apoyen ahora a Juan. —La expresión de Hugh era de elocuente perplejidad—. Tu padre le ha aconsejado al rey que trate con el papa y acabe con su excomunión, porque mientras Juan no disfrute de la protección de la Iglesia, cualquier hombre estará autorizado a actuar contra él.

—Desearía que mi padre no debiera su lealtad a una criatura como Juan —dijo Mahelt con vehemencia.

Hugh se rascó la nuca.

—También yo, pero tu padre hace aquello a lo que su juramento le obliga. El rey le ha agradecido su apoyo, pero quiere que de momento se quede en Irlanda para ayudar al justicia mayor y que viaje en primavera, cuando la travesía sea más segura. —Le entregó el pergamino—. Léela tú misma. —Su voz se volvió más cariñosa—. Hay también buenas noticias.

Mahelt examinó las líneas y, con un chillido de alegría, abrazó a Hugh y lo llenó de besos.

—¡Van a liberar a mis hermanos y a todos los hombres que están en condición de rehenes de mi padre!

Con una sonrisa, Hugh le devolvió el abrazo.

—Tu padre ha recuperado el favor real. El rey necesita a su lado hombres leales y sabios que le aconsejen qué hacer con el papa y el rey Felipe.

Mahelt lo soltó para leer de nuevo el mensaje. Su alegría por la noticia de la liberación de sus hermanos y los rehenes no alteraba los sentimientos que albergaba hacia el rey.

—Cuando Juan tiene problemas, necesita la ayuda de hombres dispuestos a respaldarlo, pero cuando los tiempos le son favorables, se vuelve contra ellos —dijo con desdén.

—Dudo que vuelva a meterse en líos con tu padre. Conoce bien la popularidad del mariscal y creo que por fin se ha dado cuenta de que es mejor tenerlo trabajando para la Corona que en una posición neutral o arrastrado hacia la oposición.

Mahelt se levantó, pero no pudo resistir la tentación de leer la carta una vez más puesto que, pese a estar escrita por un escriba, representaba la voluntad y la intención de su padre. Por fin, a regañadientes, besó el pergamino y se lo devolvió a Hugh, que lo enrolló y se lo guardó en el cinturón.

—Al menos, con los consejos de tu padre, el rey pondrá un poco más de sensatez y decencia a los asuntos de estado —dijo—. No confío en Juan, pero confío en que tu padre hará siempre aquello que sea mejor para todos.

Salisbury, Wiltshire, diciembre de 1212

Una capa de esponjosa escarcha blanca cubría la hierba y el viento de diciembre cortaba la respiración como un cuchillo. Empezaba a anochecer y el cielo había adquirido un luminoso matiz turquesa por encima de los resplandecientes edificios níveos del palacio de Salisbury. La catedral relucía a su lado, su magnífica fachada occidental, resultado de la manufactura de los masones, erigiéndose para la gloria de Dios. Mahelt, que se encontraba en la empalizada en compañía de Hugh, levantó la mirada hacia el cielo e inspiró la gélida pureza de las primeras estrellas, pensando, casi sin aliento, en lo que pronto iba a acontecer.

Estaba pasando las celebraciones navideñas en Salisbury junto con su familia por matrimonio. Hugh decía que los habían invitado porque Longespée quería enseñar la bandeja de oro de su aparador y comportarse ante ellos como si fuera el dueño y señor. Mahelt le había dado un codazo al oír aquel comentario y le había dicho que fuese más caritativo y tolerante, en respuesta de lo cual, Hugh había enarcado las cejas aunque, pensando en su propia supervivencia, se había callado cualquier comentario sobre la reputación de ella en lo referente a aquellas virtudes.

—Allí —dijo Hugh, señalando hacia arriba—. Escucha.

Mahelt forzó vista y oídos. Hugh tenía los sentidos afilados de un zorro. Y entonces lo oyó: el tintineo de las campanillas de los arneses y el sonido de voces. Entrecerró los ojos y logró vislumbrar unas formas que se movían en la oscuridad en dirección a la colina. El que encabezaba el grupo portaba una linterna y otros criados flanqueaban el desfile de caballos con más linternas, creando una serpiente de luz que avanzaba a sacudidas en la penumbra. A medida que fueron acercándose, se hicieron visibles los estandartes azules y dorados de Salisbury y el tintineo aumentó de volumen.

Hugh se montó a su hijo sobre los hombros para que pudiera ver el desfile.

—Mira —dijo Mahelt—. Mira, tu tío Will y tu tío Richard. —Le temblaba la voz.

—Eso sin olvidar a tu tío Longespée —añadió con un tono neutral Hugh. Los Bigod habían llegado un día antes que el egregio conde de Salisbury y su inmenso séquito.

—Tío Will, tío Richard —repitió el pequeño Roger, señalando con impaciencia las linternas. Mahelt abandonó la empalizada para bajar corriendo al patio de armas, donde Ela estaba ya esperando. Hugh la siguió con más parsimonia, pero se sumó a Mahelt y posó una mano sobre su hombro en un gesto de cariñoso apoyo. Sabía que aquello significaba mucho para su esposa y percibió su temblor bajo la palma de la mano. Llegó entonces su madre, sin aliento, puesto que venía corriendo de la catedral donde se había quedado rezando después de que todos salieran. Iba envuelta en un espléndido manto de color mora y le brillaban los ojos anticipando la llegada de su primogénito.

Los cascos de los caballos resonaron sobre el foso, cruzaron el arco de la puerta fortificada e hicieron su entrada en el patio de armas envueltos en la nube de vapor, iluminada por las linternas, que desprendían pelaje y bocas. Longespée desmontó y Ela se adelantó para saludarlo con una reverencia. Él se agachó para ayudarla a incorporarse y la besó en ambas mejillas. Saludó a continuación a sus parientes Bigod e intercambió con ellos unas palabras formales de bienvenida.

Mahelt sonrió, hizo una reverencia y le dio distraída un beso, pero su atención estaba volcada por completo en sus hermanos, y en cuanto acabó de saludar formalmente a Longespée, abandonó todo decoro y voló a abrazar a Will y Richard.

Richard la engulló en un impresionante abrazo que la dejó sin respiración. Habían pasado seis años desde que se despidieran en Striguil y se había convertido en un hombre adulto de veintiún años y anchas espaldas que se alzaba por encima de ella, pues tenía como mínimo la altura de su padre. Will parecía un niño insignificante a su lado e incluso Hugh, que era alto y musculoso, podría haber pasado por su escudero.

—Tal vez ahora aprendas a valorarnos, en vez de tratarnos como a unos pesados. —La voz de Richard sonaba como un trueno.

Mahelt dejó de secarse los ojos para responderle con una mueca.

—Siempre os he valorado —replicó—, ¡pero eso no quita que seáis unos pesados!

—Pues aquí estamos para incordiarte un rato. —Richard le dio un apretón a Hugh en el brazo y se besaron para sellar la paz.

El grupo emprendió rumbo hacia los aposentos privados, donde les esperaba la comida servida sobre mesas y la chimenea desprendía un ruidoso calor. Acercarse a las llamas era casi como estar junto al horno de un herrero, pero el resto de la estancia estaba agradablemente atemperada.

Will miró asombrado a su sobrino de tres años.

—Me cuesta imaginarte como madre... —dijo, moviendo pasmado la cabeza—...

¿pero de quién podría ser este niño si no? Es igualito que tú.

—No cabe duda de que es hijo de su madre —admitió Hugh secamente, pasándole una copa a Mahelt y alborotando el pelo oscuro de su hijo.

—¿Y el otro? —preguntó Richard.

—En el cuarto de los niños —respondió Mahelt—. Es más parecido a Hugh.

—Mientras tenga comida y atención, no se le oye gritar —dijo Hugh, hundiendo la lengua en el interior de la mejilla, un comentario que le granjeó un codazo en las costillas por parte de su esposa. Se llevó una mano al dolorido costado y levantó con la otra la copa para brindar con los hermanos de Mahelt—. ¿Y dónde pensáis ir ahora que ya no estáis obligados a vivir allí donde lo haga la casa real?

Will bajó la vista hacia sus zapatos, como si de repente el bordado que los adornaba fuera de suma importancia.

—Yo no lo he decidido aún. A Striguil o Pembroke, seguramente. —Evitó mirarlos a los ojos—. O a lo mejor me quedo una temporada en la mansión que tiene mi padre en Caversham. —Levantó la cabeza para lanzarle de soslayo a Hugh una mirada desafiante—. No tienes que temer nada. No pienso ir a ningún sitio que quede más al norte de Trent.

Hugh le devolvió la mirada.

—No temo, hermano —aseguró—. Sé que siempre llevarás en el corazón el bien de tu familia... y el honor de tu padre.

Will no respondió, pero Richard aprovechó la tensión de aquel momentáneo silencio para decir:

—Yo tengo pensado ir a Longueville en cuanto llegue la primavera. Nuestro padre quiere que asuma el gobierno.

Hugh miró atentamente a Richard. El joven era el heredero de las fincas que su familia tenía al otro lado del mar Estrecho, aunque si las conservaba en herencia era solo porque su padre había conseguido retenerlas gracias a una veloz maniobra cuando el rey Juan perdió Normandía. La obligación de lealtad de Richard sería para con el rey Felipe, no para Juan. Estaría además bien situado para mantener a la familia informada sobre los sucesos en la corte francesa.

—Tendrás mucho que hacer allí.

Richard se encogió de hombros.

—Nací para alcanzar esta responsabilidad y me he formado para ello. Pasé mi infancia en Longueville y Orbec. Ambos lugares son el hogar de mi corazón. —Su rostro se iluminó con una sonrisa irreprimible—. En verano, además se celebran allí buenos torneos.

Hugh tenía la impresión de que Richard estaba restándole importancia al asunto expresamente. Su sonrisa era sincera, pero había también una máscara, y más allá de la alegría que mostraban sus ojos, había oscuras sombras. Al igual que Hugh, no había salido ileso de Nottingham. Aunque en Normandía, al menos, estaría a salvo y alejado del camino de Ricardo. Felipe de Francia, además, era un soberano razonable.

—¿Pero te quedarás un tiempo aquí? —le preguntó con ansiedad Mahelt.

—Por supuesto, hermanita, y te visitaré con frecuencia. No creas que vas a librarte de mí tan fácilmente.

Mahelt sacudió un dedo hacia él.

—Más te vale que seas fiel a tu palabra. No pienso renunciar otra vez a ti.

—No me atrevería a faltar a ella —aseguró él con ironía.

—Me imagino que habréis oído los rumores que hablan de que el rey será depuesto antes del día de la Ascensión —dijo Will.

Un criado llenó de nuevo las copas. Hugh hizo un gesto de negación y se mostró inquieto.

—Creía que los habríais oído, al tener tierras en el norte.

—Últimamente he estado en Framlingham —explicó brevemente Hugh—, y no escucho rumores.

Will ignoró la indirecta que le invitaba a no seguir con el tema.

—Se ve que un ermitaño abordó al rey cuando estaba capturando rebeldes más allá de Doncaster. Le dijo que cuando llegara el día de la Ascensión ya no sería el soberano del reino.

—Eso es lo que desea la Iglesia, puesto que todos sus beneficios están yendo a parar a las arcas de Juan —gruñó despectivamente Hugh—. El mundo está lleno de hombres con la cabeza llena de ideas extrañas.

—Sí, pero este ha hecho correr la voz por ciudades y pueblos causando tanto malestar que Juan lo ha hecho encarcelar hasta que pase el día de la Ascensión. A lo mejor es que sabe alguna cosa.

—Si algo supiera, me parece más desacertado que sabio irlo difundiendo... aun a cambio de dinero. —Por una vez, Hugh se sintió aliviado al ver que Longespée se sumaba a la reunión, puesto que aunque se alegraría de que Juan ya no fuera rey llegado el día de la Ascensión, no pensaba comprometerse ni poner en peligro a su familia con conversaciones estúpidas. Podía estar escuchando cualquiera y toda la casa de Longespée era leal al rey.

Longespée tenía ganas de hablar sobre el navío de guerra que Juan estaba haciendo construir en Portsmouth.

—Tendrá capacidad para ciento veinte combatientes, además de la tripulación y los caballos —dijo.

—¿Y no resultará complicado y lento de maniobrar? —preguntó Richard—. Será una carga, no un navío de combate.

—Oh, no va a ser tan rápido como una nao, pero tendrá velocidad suficiente, y lo que le falte en ritmo, lo compensará con potencia —aseguró confiado Longespée—. Me encargaré de dotarla con los mejores ballesteros que la plata pueda comprar y tendrá castillos a popa y a proa. —Y continuó detallando a viva voz sus muchas florituras. Tanto amaneramiento ponía de los nervios a Hugh, pero escuchó de todos modos con interés porque sabía de barcos y era un marinero consumado.

La amenaza de una invasión por parte de Francia era el origen de la construcción y la incautación de embarcaciones. Todo el mundo sabía que el rey Felipe estaba preparando un ejército para invadir Inglaterra con la intención de derrocar a Juan y sentar en el trono al príncipe Luis. Juan estaba aprovechando el invierno para llevar a cabo preparativos y armar la costa sur con navíos y tropas para repeler la posible invasión. Longespée sería el comandante de la flota. Y, naturalmente, pensó Hugh con fastidio, eso significaba que Longespée tendría el mejor navío.



Aburrida de las fanfarronadas de Longespée, Mahelt dejó a los hombres con sus babores, estribos y mareas y se sentó con Ida y Ela junto a la chimenea. Ela acababa de celebrar una misa de acción de gracias con motivo del nacimiento de su segundo hijo. El pelo del bebé tenía un tinte ligeramente cobrizo que recordaba el de su abuelo real. Ida se inclinaba continuamente sobre la cuna para arrullar al recién nacido y acariciarle la mejilla.

—Es una bendición poder tener aquí a mis hijos y mis nietos —sonrió—. Dios se muestra misericordioso y dadivoso y le doy infinitamente las gracias por ello.

—También yo —dijo Ela. A la luz del hogar, resplandecía como una joven madona. Había adquirido mucha más confianza después de aportar dos hijos a su matrimonio y haber cumplido con su deber. Miró a Longespée con cariño y orgullo—. Pensaba que mi esposo tendría que pasar la Navidad en la corte. Es una suerte que haya conseguido escapar de allí, aunque sea por poco tiempo.

—Siempre es complicado —dijo Ida con cierta tristeza. Había acompañado a Mahelt y Hugh a Salisbury, pero el conde había tenido que quedarse con el rey—. Nuestros hombres viven con muchas exigencias, y nosotras, las esposas, quedamos a menudo en el olvido. Suerte que tenemos el consuelo de los hijos... y los nietos.

—Pero sus casas no funcionarían sin nosotras —contestó Mahelt abiertamente—. ¿Quién da órdenes a mayordomos y chambelanes? ¿Quién cuida del bienestar de los criados y da de comer y entretiene a sus invitados? ¿Quién cría a sus hijos? Si no nos esforzamos para que no sea así, nuestra labor no se apreciará nunca como es debido.

Ida suspiró y aupó a Roger a sus rodillas cuando el pequeño decidió concederse un breve respiro en sus juegos.

—Yo antes pensaba así. Me echaba la culpa de todo y creía que no era buena esposa. A veces aún me pasa, porque sé que no doy todo lo que el conde desea de mí.

A Mahelt se le pusieron los pelos de punta.

—Por lo que he visto, el conde no...

—Calla, calla —interrumpió Ida, levantando la mano a modo de advertencia—. No pienso permitir que pronuncies ni una sola palabra en su contra. Eres joven e impaciente y juzgas con precipitación. —Su boca esbozó un gesto de terquedad—. El conde es como es. Ambos somos lo que el tiempo nos ha hecho ser. ¿Qué crees que conseguiría cambiar echándole la culpa a él? A veces, no nos queda otra elección. Una roca se mantendrá en pie solo hasta que el mar la convierta en arena, y del mismo modo, las necesidades de un rey y de un país siempre se impondrán sobre las de una esposa. —Acarició a su nieto y le dio un beso en la mejilla—. Y para la mujer, las necesidades de un hijo siempre se impondrán sobre las necesidades del esposo. El mundo funciona así. —Hizo una pausa y respiró hondo—. Al final nos abandonamos mutuamente, ¿o no? Al final, todos dormimos solos.

Mahelt apartó la vista, sin ganas de recibir aquella lección. Ela, preocupada, le preguntó a Ida:

—¿Os apetece más vino, madre?

Ida sonrió y negó con la cabeza.

—Por lo que acabo de oírme decir, y por la cara que ponéis, creo que ya he bebido más de lo que debería.

Roger se escabulló de la rodilla de Ida y salió corriendo para volver con los hombres. Se pegó a la pierna de Hugh, que le alborotó el pelo distraídamente y rodeó su pequeño hombro con un brazo protector. Hugh miró hacia donde estaban sentadas las mujeres, le sonrió a Mahelt y medio cerró el ojo, en un asomo de guiño. Mahelt le respondió con una mirada provocadora mientras cogía la jarra que se calentaba al fuego.

—Pero tal vez Ela y yo no —dijo.

Pasó el mal momento e Ida volvió a animarse, aunque sus palabras habían dejado en Mahelt la huella de una pisada sobre arena húmeda. Aquella noche, cuando se acostó con Hugh detrás de los cortinajes de la cama, le hizo el amor con pasión mientras el viento invernal fustigaba las contraventanas. Cuando terminaron, lo retuvo en su interior, ansiosa por sentir sus cuerpos unidos como uno solo, su pecho agitándose trabajosamente como si acabara de correr muchas millas. Hugh le retiró el pelo de la cara con ternura y se dio la vuelta en la cama sin separarse de ella, envolviéndola con su cuerpo, cobijándola.

—Tu madre se equivoca —dijo Mahelt cuando sus jadeos empezaron a apaciguarse y su respiración adoptó un ritmo tranquilo y conjunto.

—¿Qué? —murmuró Hugh adormilado.

Mahelt no le respondió, pero le cogió la mano y sujetó su brazo contra su costado, como si estuviese asiendo un escudo.



Por la mañana, cuando Mahelt se despertó, no encontró ni rastro de Hugh a su lado. Sobre la almohada, no obstante, le había dejado un trocito de pergamino enrollado sujeto con una cinta de seda roja para el pelo, en el que, con caligrafía rápida y elegante, había escrito dos versos de un poema.

*Bele amie, si est de nus,
ne vus sanz mei, ne mei sanz vus.*

Mahelt lo leyó esbozando una tierna sonrisa. «Dulce amor, si así nos sucede, ni tú sin mí, ni yo sin ti». Se cepilló su generosa melena oscura, la trenzó con la cinta roja y se cubrió recatadamente con la toca para que nadie la viera.

Hugh tampoco estaba en el salón, pero oyó el sonido de voces masculinas, las siguió hacia el exterior, y encontró a su esposo, sus hermanos, Longespée y un grupillo de fascinados caballeros, soldados y niños examinando el nuevo fundíbulo de Longespée. A juzgar por la presencia del carretero y el artesano carpintero, era evidente que la nueva máquina de asalto acababa de llegar. Hacía un día helado, pero a nadie parecía importarle excepto a ella. Longespée quería instalar un blanco para comprobar el alcance y la capacidad de su nuevo juguete. Ralph corrió hacia la máquina, haciendo una voltereta en el aire a medio camino, y todo el mundo se echó a reír. El pequeño Roger, montado sobre los hombros de Hugh, aplaudió con alegría. Mahelt se quedó un momento observando la escena, pensativa, y dio media vuelta para entrar en la casa, aunque solo con la intención de ir a buscar su capa más caliente.

Cuando reapareció, con la cabeza bien alta y paso decidido, Hugh la miró sonriente y perplejo.

—Me imaginaba que seguirías calentita en la cama —dijo, arqueando las cejas en un sugerente gesto y con cierta languidez en la voz. Depositó a Roger en el suelo y el pequeño salió zumbando para ver de cerca las redondas piedras de munición que los caballeros empezaban a apilar junto al fundíbulo.

—Cuando me he despertado, me imaginaba lo mismo de ti —replicó Mahelt—, pero me equivocaba.

—Tenía necesidad del orinal, lo mismo que Roger, y entonces ha aparecido Ralph corriendo como un perro con dos rabos para decirme que acababa de llegar el fundíbulo y he decidido dejarte durmiendo.

Mahelt se relajó un poco.

—Gracias por lo que me has dejado en tu lugar. —Se levantó el velo para

mostrarle un atisbo de la cinta trenzada en su pelo—. Y por el verso.

—Lo he escrito con sentimiento.

—A pesar de abandonarme por una máquina de asalto —se burló en tono jocoso, no dispuesta aún a dejarlo salir del atolladero en que se había metido. Movi6 entonces la cabeza señalando el fund6bulo—. ¿Y a qu6 viene esto?

Hugh hizo una mueca.

—Ya conoces a Longesp6e y su necesidad de tener siempre lo m6s nuevo y lo mejor. Lo ha encargado para Salisbury para proteger el castillo en caso de una invasi6n de los franceses, y tambi6n para que sus hombres puedan practicar su punter6a a lo largo del periodo invernal, que siempre es de escasa actividad.

Mahelt lade6 la cabeza, reflexionando.

—Me contaron que mi abuela materna era muy buena disparando con esto... o al menos eso dice la leyenda.

Hugh la mir6 sorprendido.

—Fue en la guerra entre la emperatriz y el rey Esteban. Mi abuela Sybilla aprendi6 a manejarlo antes de casarse. Por lo visto, mi abuelo Marshal siempre se jactaba con orgullo de su capacidad para usar una de esas armas. —Extendi6 un pie por debajo del dobladillo de su vestido y examin6 la delicada punta de su calzado—. Al parecer, aprendi6 precisamente en este patio, puesto que vivi6 aqu6 de peque6a. Creo que deber6amos seguir su ejemplo.

Hugh se cubri6 la cara con la mano.

—Ya sabes lo que dir6a mi padre.

—S6. —Sus miradas se encontraron y Mahelt sinti6 un escalofr6o que le record6 los momentos de intimidad prohibida que Hugh y ella sol6an disfrutar ante las mismas narices del conde antes de que les estuviera permitido compartir una cama.

Hugh baj6 la mano y Mahelt comprendi6 que, pese a su expresi6n tensa, estaba riendo por dentro.

—Entonces, mejor que vengas con nosotros. Al fin y al cabo, la Navidad es el momento m6s adecuado para las tradiciones familiares. Rendiremos nuestros respetos a la sabidur6a de tu abuelo y las habilidades de tu abuela.

—Que as6 sea. —Mahelt levant6 la barbilla—. Ambos sobrevivieron, ¿verdad?

Mahelt pas6 el resto de la ma6ana disfrutando al aire libre con el fund6bulo. Los hombres se encargaron de la carga y del lanzamiento al blanco, puesto que eran grandes, anhelaban hacerlo, y era un asunto importante para ellos. Pero Mahelt aprendi6 con rapidez las habilidades b6sicas de jugar con el contrapeso, el peso del misil y la posici6n para tener posibilidades de dar en el blanco, que en este caso era un gran escudo de paja instalado en el centro del patio de armas. Los hombres se mostraron encantados de hacer alarde de sus dotes ante ella.

Mahelt se encontraba en su elemento. Cuando estaba en movimiento se sent6a feliz y, adem6s, dominar su punter6a le hac6a pensar que estaba haciendo algo 6til para protegerse a ella y a su familia. Estaba entrando en el mundo de Hugh y de su

padre, un mundo que excluía en general a las mujeres, del mismo modo que los hombres estaban excluidos del cenador, y estaba alborozada. Cuando terminaron la práctica y regresaron al salón para disfrutar del vino caliente y los pastelitos, estaba radiante y feliz, casi tan satisfecha como después de hacer el amor.

Ida y Ela estaban junto a la chimenea e Ida tenía un pergamino en la mano. El dibujo del lacre correspondía al sello ecuestre del conde de Norfolk. Cuando el grupillo que había estado practicando con el fundíbulo se acercó al fuego para beber y calentarse las manos, Ida se levantó de su asiento para abordar a Hugh y Mahelt.

—El conde nos manda noticias desde la corte —anunció con mirada preocupada—. El rey piensa venir a Framlingham.

Framlingham, febrero de 1213

Mahelt estaba en la vaquería supervisando las piezas de queso dispuestas en hilera sobre los estantes y planteándose muy seriamente la posibilidad de ir a buscar su yegua en los establos y fugarse. A Bungay, a Thetford, a Ipswich. Al convento de Colne. Donde fuera con tal de alejarse de allí. El rey tenía prevista su llegada en tres días. Viajaba hacia el sur de vuelta de la campaña que había llevado a cabo para poner orden en los condados del norte. No se le ocurría nada peor que recibir al hombre que tanto daño había hecho a su familia y cometido, bajo su punto de vista, maldades imperdonables. Ya había decidido que buscaría excusas para permanecer en su alcoba y no cruzarse en su camino, porque no creía que pudiera mostrarse educada con él. Cada vez que se imaginaba interactuando con Juan, se veía irremediamente escupiéndole a la cara antes de clavarle un cuchillo y arrojarlo a la laguna con un montón de piedras atadas a los tobillos. Intentaría mantener a sus hijos lo más lejos posible del rey. No quería ni que viera a los niños. Tendrían que estar presentes para el recibimiento formal en el patio de armas, pero después se apresuraría a retirarlos lejos de su vista.

Hugh y su padre estaban en la reserva con los cazadores marcando la caza y comprobando el estado de los caballos por si acaso al rey le apetecía salir de cacería durante su estancia. Ni Hugh ni su padre se mostraban especialmente optimistas ante la perspectiva de ser anfitriones de Juan, pero el conde le había restado importancia, argumentando que también tenía sus ventajas. En el séquito real había hombres con quienes podría hablar de negocios y el hecho de que el rey hubiera decidido visitarlos era una muestra de la confianza de Juan y de la estabilidad del condado. Naturalmente, la visita podía asimismo interpretarse como una declaración de que Juan los vigilaba de cerca y quería evaluar personalmente sus defensas.

Ida llevaba días forcejeando con la preparación de la visita. Una responsabilidad tan enorme la abrumaba. Era la primera vez que la realeza visitaba Framlingham. En sus buenos tiempos lo habría afrontado con fortaleza y determinación, pero la edad y su frágil salud se hacían sentir. No sabía muy bien dónde estaban las cosas, excepto todo lo relacionado con las telas de la casa, puesto que conocía con exactitud el paradero de cualquier tapiz, almohadón y paño bordado. Estaba preocupada e inquieta por colgar las mejores cortinas en la cámara de invitados y agonizaba pensando si utilizar los cojines verdes o los rojos o sobre si la cama del rey debería tener dos o tres colchones. Mahelt también estaba ansiosa. Por mucho que odiara a Juan, sabía que era una ocasión muy importante y que era necesario causar buena impresión, pero era evidente que Ida estaba fuera de sí.

—¿Qué quesos? —le preguntó Mahelt—. ¿Esos de arriba? Son los que llevan más tiempo de curación y, por lo tanto, los que tendrán un sabor más fuerte.

Ida asintió.

—Pero habrá que mirar que no tengan gorgojos... no tengo ni idea de cuánto comerán el rey y los integrantes de su séquito. ¿Y la mantequilla? ¿Y si no tenemos loza suficiente? —Se llevó la mano a la frente y Mahelt vio que estaba temblando. En la vaquería siempre hacía frío. En invierno, las criadas encargadas de la vaquería tenían la nariz permanentemente roja y azulada, las manos agrietadas incluso cuando llevaban guantes sin dedos. Ida iba más preparada para el frío que las criadas, puesto que llevaba un vestido revestido de piel y se había cubierto la toca con una capucha, pero bajo la cenicienta luz de febrero, se la veía pálida y agotada.

—Retiraos a vuestra cámara, madre —sugirió Mahelt, tocándole el hombro—. Ya me encargaré yo de los quesos. Siempre podemos traer más de la casa de Acle, y también mantequilla, si es necesario. Tienen excedente y hay tiempo de sobra.

Ida negó con la cabeza.

—No puedo permitir que te encargues tú sola de todo esto. Aún nos queda revisar el vino. —Se enderezó—. Déjame... déjame mirar ese queso de arriba del todo.

Mahelt llamó a una criada y le ordenó que cogiera un taburete y bajara la pieza en cuestión. Mahelt retiró su cobertura de pasta y tela y observó el resultado, dorado como la miel, de lo que allí se había depositado a finales de verano de las vacas que pastaban en los húmedos y exuberantes prados que rodeaban la laguna. Desenfundó el cuchillo que llevaba en el cinto y cortó un pedacito. No demasiado pequeño, puesto que no tenía sentido darle un único bocado a algo tan delicioso.

—No hay gorgojos —dijo, dándole a probar una pizca a Ida y a continuación, sintiéndose muy generosa, también a la criada.

Exquisitos matices de sal, nata y vegetación veraniega inundaron su paladar y la hicieron gemir de placer.

—Demasiado bueno para la corte —afirmó—. Démosle al rey cualquiera de los demás.

Ida se quedó mirando el pedazo de queso que sujetaba entre sus dedos. Tragó de

forma convulsiva y cerró la boca con fuerza.

Mahelt se relamió los dedos.

—¿Madre?

Ida chilló casi como un bebé y salió corriendo de la vaquería; se encorvó y vomitó con violencia.

Mahelt se quedó mirándola, conmocionada, y se giró hacia la criada.

—¡Tira ese queso y ve a buscar ayuda! —le ordenó—. La condesa no se encuentra bien. —Se agachó junto a Ida y la rodeó por los hombros. Ida tenía las manos heladas, pero la frente le ardía como un brasero.

—Estoy bien —aseguró Ida, jadeando entre arcada y arcada—. Pasaré.

Mahelt no dijo nada porque era evidente que su suegra no estaba bien. Enseguida llegó la ayuda y Mahelt hizo caso omiso a las balbuceantes protestas de Ida y la hizo conducir a su cámara. Pero Ida no llegó a tiempo a la letrina y se hizo de vientre encima. Hubo que desnudarla y lavarla sin que dejara en ningún momento de temblar, como si su cuerpo estuviese desintegrándose por entero.

—Lo siento —lloró mientras la acostaban—. Pronto me pondré bien y ayudaré en cuanto me sea posible. Yo... —La sorprendió un nuevo ataque de vómito y su doncella corrió a acercarle un cuenco de bronce.

—Sí, madre, por supuesto que sí —dijo Mahelt, aunque por el aspecto de Ida dudaba de la probabilidad de aquel «pronto»—. Ahora descansad un poco y yo me ocuparé de todo hasta que os pongáis bien.

Cuando los espasmos amainaron, Ida se derrumbó sobre los cojines y dirigió a Mahelt una mirada que combinaba culpabilidad con agradecimiento.

—Gracias. No quiero ser una carga.

—No lo sois. —Mahelt le dio un breve y enérgico apretón en la mano—. Jamás se os ocurra pensar eso. —Al salir de la estancia, la perspectiva de Mahelt se alteró por completo. Llevaba tremendamente mal la inminente llegada de Juan y la antipatía que sentía hacia él había podido con ella, pero la situación había cambiado. No tenía ninguna intención de preparar nada en Framlingham por Juan, puesto que el rey no se lo merecía. Pero lo haría en honor a Ida. Y esa idea le dio fuerzas a medida que fue arraigando en ella. Su confianza iba en aumento: asumiría el papel de la castellana, y le haría justicia, como correspondía a su cuna y a su posición.



El estado de salud de Ida empeoró y al día siguiente la fiebre se disparó y empezó a delirar, a balbucear sobre cosas del pasado que solo ella podía ver. Cuando le

correspondió su turno junto al lecho de la enferma, Mahelt fue testigo del dolor que albergaba aún el alma de Ida por haber tenido que abandonar a su hijo en la corte, siendo todavía un bebé, para casarse con Roger de Norfolk.

—¡Por favor, por favor, no me hagáis esto, señor, dádmelo! —Lloraba Ida fuera de sí, sus ojos castaños neblinosos como aguas turbias—. ¡Os lo suplico, moriré!

Mahelt posó la mano en la frente de Ida para tratar de calmarla.

—Tranquila, no pasa nada. —Tragó saliva para eliminar el nudo que se le había formado en la garganta—. Ahora es un hombre hecho y derecho y con hijos... vuestros nietos.

—Pero mi bebé se ha perdido... —Ida intentó incorporarse—. ¡Tengo que ver al rey, tengo que llevarme a William conmigo, soy su madre!

Mahelt siguió murmurándole dulces palabras, repitiéndoselas una y otra vez, una suave marea para hacerla callar.

—No os preocupéis. Vendrá con vos; todo irá bien, todo irá bien.

Ida se dejó caer con debilidad sobre las almohadas y cerró los ojos. Las lágrimas salían a través de sus párpados. Instantes después, empezó a hablar sobre un momento amoroso que creía estar compartiendo con su esposo: sentada sobre su falda, dándole trocitos de pan tostado. A Mahelt le costaba imaginarse a Ida y el duque en una escena tan íntima. Era el tipo de cosa que Hugh y ella harían y que su suegro vería con malos ojos en caso de sorprenderlos. Le escocieron entonces los suyos de puro dolor.

Hugh asomó la cabeza por la puerta.

—¿Qué tal está?

Mahelt hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La fiebre continúa muy alta y está delirando. El médico le ha practicado una sangría y ha dicho que le humedezcamos los labios con miel y agua y la dejemos dormir. El padre Richard está rezando por ella y ha pedido la intercesión de San Adelardo.

Hugh se acercó a la cama.

—No apreciamos todo lo que vale —dijo, mirando con preocupación a su madre. Se agachó para retirarle con delicadeza los rizos canosos que le caían sobre las sienes—. Cuando era pequeño, tenía el pelo oscuro y brillante, siempre perfumado con nuez moscada —rememoró—. Recuerdo que cuando me sentaba en sus rodillas, me encantaba jugar con sus trenzas.

Ida volvió la cabeza hacia él y se pasó la lengua por sus resecos labios.

—Amor mío —dijo con voz ronca—, querido mío, mi amor.

—Debería venir tu padre —dijo enojada Mahelt.

Hugh estaba incómodo.

—Ha estado muy ocupado con los preparativos.

—Ha estado muy ocupado evitándola —replicó Mahelt—. Pretende que nos encarguemos de gestionar la casa, que nos encarguemos de todo y que no le

molestemos. Tu madre es su esposa, no una silla o una mesa que está allí solo para cuando a él le convenga.

Hugh se quedó horrorizado.

—Mi padre no piensa eso. ¡Claro que no!

—¿Y dónde está entonces? No lo he visto por aquí más que para echar un rápido vistazo, y tu madre está muy enferma.

Hugh se quedó paralizado.

—¿Está...? ¿Crees que...? —Dejó sin pronunciar la aciaga palabra como si con ello pudiera repeler su oscura sombra.

—No lo sé. —Los ojos de Mahelt se llenaron de lágrimas—. Es como el cañamazo, capaz de resistir los rigores del tiempo, pero capaz también de pudrirse cuando se guarda desatendido. Haré lo que pueda por ella; es una segunda madre para mí.

—Hablaré con mi padre.

Mahelt lo miró rabiosa.

—No tendrías que hacerlo. Debería venir por voluntad propia.

—Tal vez piensa que está en buenas manos y no es consciente de lo enferma que está.

—A eso me refiero, a que no se ha dado ni cuenta. —Mahelt no solo estaba indignada por Ida, sino que temía lo que el futuro pudiera depararles a ella y a Hugh. *Ne vos sanz mei, ne mei sanz vos.* ¿Y si no fuera cierto?

—No estoy tan seguro. Es simplemente que gestiona las cosas de otra manera. —Se sentó sobre el arcón que había junto a la cama—. Si tienes cosas que hacer, ya me quedaré yo un rato con ella.

Mahelt dudó, pero la verdad era que quedaban aún muchas cosas que hacer en relación con la preparación de la llegada del rey... puesto que no era solo el rey, sino todo su séquito, y había que buscar acomodamiento para todos sus integrantes en consonancia con su rango. Se levantó y señaló el tazón y la cuchara.

—Humedécele los labios con miel y agua y llama a las criadas si las necesitas.

Hugh la miró afligido.

—Creo que podré apañármelas solo —aseguró.

Mahelt le dio un beso en la frente y se dispuso a reemprender sus labores, siendo la primera de ellas una conversación con su suegro, por mucho que él gestionara las cosas de otra manera. Lo encontró en sus aposentos, en compañía de su condestable, William Lenweise, tratando asuntos relacionados con la seguridad del castillo. El conde interrumpió la charla para mirarla, su expresión de impaciencia.

—La condesa ha estado preguntando por vos, mi señor padre —dijo Mahelt, saludando con una formal reverencia y adoptando una postura recatada, por mucho que en su interior se muriera de ganas de patalear.

El conde agitó la mano en un gesto desdeñoso.

—En este momento tengo cuestiones más apremiantes que visitar el lecho de una

enferma.

Mahelt trató de mantener su voz dentro de un tono razonable.

—Sé que estáis ocupado, señor, pero a buen seguro podréis encontrar un momento antes o después de la cena. La condesa se alegraría mucho de veros.

Sus desgastados ojos gris mar le lanzaron una mirada de advertencia.

—¿Vas a decirme lo que tengo que hacer, hija?

Mahelt se clavó las uñas en la palma de la mano.

—No, padre, he venido a veros sin expectativa alguna.

El conde acarició el ala de su sombrero y se lo caló hasta las cejas.

—Dudo que me reconozca si la fiebre la hace desvariar.

—Percibiré vuestra presencia, señor, y creo que os reconocerá perfectamente.

El conde refunfuñó.

—Ya veré —dijo—, pero no prometo nada.

Mahelt saludó con una nueva reverencia y se marchó. Había hecho lo que había podido; el resto descansaba en la conciencia de su suegro. Se habría enfadado con él por su indiferencia, salvo que por un instante, justo antes de que bajara el ala de su sombrero para enfrascarse de nuevo en su trabajo, había visto en su mirada un destello de algo indeciblemente triste y perdido.



Roger dudó delante de la puerta de la alcoba de su esposa. Condenada chica. Tenía cosas mejores que hacer que visitar a una enferma. Había estado apaciguando su conciencia diciéndose que Ida estaba perfectamente cuidada con sus mujeres, que estaba en manos de un renombrado médico que le ofrecía el mejor tratamiento posible y que disfrutaba del consuelo espiritual de su capellán. Cuidar de su bienestar desde la distancia significaba no tener que cargar con esa preocupación encima de todo lo demás. Pero Mahelt lo había agujoneado hasta atravesar las barreras que se había construido.

—No tengo tiempo —murmuró para sus adentros, y se dio cuenta de que aquellas palabras llevaban más de treinta años acosando su matrimonio.

Respiró hondo y abrió la puerta. Hugh, sentado junto a la cama, levantó la vista.

—Esa problemática esposa tuya dice que tu madre pregunta por mí —rugió Roger acusándolo y aproximándose a regañadientes a la forma acostada en la cama de Ida.

—Iba a decírtelo, pero es evidente que Mahelt ha llegado primero —replicó Hugh con expresión compungida—. Se ha dormido y parece que la temperatura le ha bajado un poco.

—¿Qué quería de mí?

Hugh le miró fijamente.

—A ti, simplemente —respondió.

Roger tomó asiento en un taburete delante de Hugh, y por primera vez en muchos días, miró de verdad a su esposa. La batalla contra la fiebre le había descarnado la cara y era como mirar un delicado pajarillo acostado entre almohadones. En su día había sido un animado petirrojo ocupado de criar y cuidar a todos sus hijos. Ahora era frágil como un saco de huesos en un nido vacío. ¿Y su pareja? Su pareja ya no existía, porque había dejado de ser un petirrojo para convertirse en un águila. Se armó de valor para cogerle la mano y se dio cuenta de que era extremadamente delgada y frágil. Como una garra. Se removió en la cama y una arruga atravesó su frente.

—Estoy aquí —dijo—. Me tienes a tu lado.

Mantuvo los ojos cerrados, pero le apretó la mano a su esposo y susurró su nombre. Al cabo de un instante, su respiración se tornó más profunda y, por primera vez desde que cayera enferma, se quedó tranquilamente dormida. Roger observó el suave movimiento de su cuerpo bajo la colcha y retiró la mano con cuidado.

—Vendré a verte más tarde —dijo—. Cuando estés despierta.

Salió de la habitación, obligándose a caminar con paso firme cuando lo que de verdad deseaba era huir de allí. Una vez fuera, se apoyó en la pared, cerró los ojos y empezó a respirar con dificultad. Hugh lo siguió y le tocó el brazo.

—¿Padre?

—No sabía que estuviera tan enferma —aseguró Roger, aturdido—. Se pone enferma a menudo, cuando se produce una crisis, y pensé que su mal sería otra vez como avisar que viene el lobo... ya sabes cómo es.

Hugh asintió, puesto que lo sabía, pero sabía también que esta vez era algo más que uno de sus ataques de histeria.

—Mahelt dice que ha mejorado un poco.

Roger hizo una mueca.

—Rezaré por ella y ordenaré que se recen oraciones en la vigilia. —Se volvió hacia la escalera, cada paso convirtiéndose en una liberación para él, aunque llenándolo también de sentimiento de culpa—. No estará en condiciones para recibir al rey —le dijo a Hugh, que le pisaba los talones—. Eso es evidente, por mucho que mejore en el transcurso de los dos próximos días. —Se quitó el sombrero y acarició el ala de fieltro—. ¿Será tu esposa capaz de hacer todo lo necesario? Tengo que saber si puedo confiar en ella.

Hugh dejó de andar.

—No te defraudará —aseguró—. Sé que no lo hará.

Su padre frunció el entrecejo.

—Es hija del mariscal, lleva la capacidad de dar órdenes y organizar en la sangre; pero es impredecible, y no quiero ningún comportamiento rebelde mientras el rey esté aquí. Hay que tener presente que Juan no pasará por alto nada susceptible de ser

considerado insurrección.

—Mahelt sabe lo que nos jugamos —dijo Hugh—. Igual que todos.

Roger lanzó una siniestra mirada a su hijo.

—Confiemos en que así sea.



Ida empezó a recuperarse cuando la visita de Juan estaba al caer. Se encontraba débil como un gatito, pero la fiebre había amainado y podía sentarse y comer algo ligero. El día previsto para la llegada del rey, Mahelt la visitó poco después del amanecer y se quedó con ella mientras bebía una taza de suero de leche y comía un trocito de pan blanco. Ida llevaba los hombros de la camisa cubiertos con un cálido chal de seda verde con flecos y el pelo cepillado y recogido en una fina trenza que caía sobre su pecho.

—Lo siento —dijo Ida—. Me correspondía a mí hacer todo lo que te ha caído encima. La carga debería ser mía.

—No tenéis por qué disculparos —replicó Mahelt tenazmente—. La enfermedad nos acecha cuando menos nos lo esperamos. Aquí es donde debéis estar. He hecho todo lo que se me ha pedido y puedo valérmelas sola.

—Eres una buena hija... —Ida le sonrió con cansancio—, aun cuando a veces eres difícil de controlar. Pero tu energía es una de tus mejores cualidades. —Extendió la mano que tenía libre para coger la de Mahelt—. Estoy orgullosa de ti y de aquello en lo que estás convirtiéndote... y de aquello en lo que te convertirás, aunque yo no esté aquí para verlo.

Mahelt, con una fuerte tensión en la garganta, se inclinó para darle un beso en la sien.

—Lo veréis —dijo con determinación.

—Ah, eso será Dios quien lo decida. —Ida dio un pequeño sorbo al suero de leche, mirando cómo las criadas reavivaban el fuego y abrían las contraventanas para que la débil luz del invierno se filtrara a través del grueso cristal de la ventana—. El conde también te tiene mucho cariño, quiero que lo sepas. Aunque sea a su manera.

Mahelt alisó el almohadón que tenía bajo la mano y, muy diplomáticamente, no dijo nada. No creía que «cariño» fuese la palabra más acertada. Simplemente se toleraban. Sabía, porque Hugh se lo había contado, que el conde había visitado a su esposa después de que ella le insistiera, pero el conde no había hecho mención alguna del suceso y desde que habían mantenido aquel intercambio, se había mostrado más distante de lo habitual con ella. Si algún sentimiento de cariño existía entre ellos,

estaba relacionado con los niños, en el hecho de que Mahelt hubiera parido dos niños sanos e inteligentes que garantizaban el futuro del condado. Solo veía el lado más dulce del conde cuando estaba con ellos. Era capaz de sentarse al nieta que llevaba su nombre en el regazo y enseñarle, con tremenda paciencia, a realizar un determinado nudo, o mostrarle cómo darle una golosina a un caballo con la palma de la mano extendida para que el animal no le mordiera los dedos. Su único nexo de unión eran los niños. Pero Hugh era un campo de batalla, así como su diferencia de ideas en cuanto a lo que constituía una conducta moral y apropiada.

Mahelt se levantó.

—Tengo que ir a cambiarme —dijo, haciendo una mueca. Antes de marcharse, dejó sobre la cama de Ida su cesta de costura y sacudió almohadas y cojines.

Ida hurgó en la cesta y extrajo de su interior el par de calcetincitos en los que estaba trabajando antes de caer enferma. Confeccionados en dos tonalidades de seda verde, eran para su nieta más pequeño y la labor no requería mucha concentración, pues no era más que una repetición de puntos con aguja e hilo grueso.

—Buena suerte, hija mía —le deseó—. Y mantente alerta.

—Oh, tened por seguro que estaré alerta incluso de mi sombra, os lo prometo —replicó Mahelt con férrea determinación—. El rey no podrá conmigo.

Cuando dejó a Ida en su cálida y luminosa cámara, Mahelt sintió el peso de la responsabilidad caer sobre sus hombros como una capa pluvial de plomo. Era una Bigod y una Marshal y tenía que defender la reputación de ambas familias. Aunque ello no le impedía imaginarse a sí misma echándole veneno a la cena de Juan. Que entrara allí y no saliera vivo jamás. Poder liberar a todo el mundo de aquel tirano. Pero se había esforzado en ignorar aquellas ideas para concentrarse en ser la anfitriona perfecta de un hombre a quien aborrecía.

Su mejor vestido estaba confeccionado con seda adamascada de color rubí y realzaba las esbeltas líneas de su cuerpo manteniendo además el recato. No era partidaria de los pronunciados escotes que estaban en boga en la corte francesa, y las mangas de campana resultaban un estorbo, por lo que las suyas eran de una longitud discreta y estaban ribeteadas de forma poco sobrecargada con un suntuoso tono azul entrelazado con granates e hilo de oro.

—El color servirá para que no se vea la sangre —le dijo Mahelt a Hugh solo medio en broma, alisando el vestido sobre su cuerpo y volviéndose hacia él. Como representante de Ida, lucía la diadema de piedras preciosas de la condesa de Norfolk y tenía casi la sensación de que aquella filigrana de orfebrería y zafiros transmitía poder a su cuerpo.

Hugh rio y negó con la cabeza.

—No se entretendrá aquí más de una noche a menos que caiga una gran nevada. Reza para que el tiempo se mantenga y pueda seguir viaje. —Miró a través de las contraventanas abiertas a un cielo que mostraba bastante azul entre nubes de forma agusanada.

Mahelt intentó morderse la lengua, pero no pudo; la presión era excesiva.

—Sé que nuestro deber es recibirlo, y que hay asuntos muy importantes que discutir. Sé que deberíamos considerarnos honrados por la visita, pero estoy segura de que le pondrá reparos a todo, y no soporto la idea de que repase con su mirada nuestras posesiones, de que calcule cuánto tenemos y qué puede confiscarnos... de que evalúe además nuestras defensas para hacerse una idea de cómo podría asediarnos. No lo quiero aquí mirándonos... mirando a nuestros hijos.

—Yo tampoco quiero verlo aquí, pero es un mal necesario... una cuestión de política —replicó Hugh, el azul de sus ojos apagado por las sombras. La atrajo hacia él para abrazarla y besarla—. No te preocupes. Tengo intención de mantener a nuestros hijos fuera del alcance de su vista y alejados de su cabeza. Se marchará enseguida. —Acarició la diadema con la punta de los dedos—. Estás magnífica.

—Lo necesito —dijo ella misteriosamente.



Mahelt, desde el camino de ronda que dominaba la laguna, observó la aproximación de la cabalgata real a la barbacana. El viento glacial agitaba los estandartes y los caballos, de dos en dos, tintineaban por el camino. Las lanzas apuntaban al cielo, chispas de plata destellando en sus puntas. Los mercenarios de Juan vestían relucientes cotas de malla y sobrevestes escarlata. Mahelt respiró hondo e intentó no pensar en lo mucho que aquel desfile parecía un ejército invasor más que la visita de alguien que busca hospitalidad en ruta. Pensó en cómo sus padres abordarían una situación como aquella; imaginó la expresión serena de su padre y se esforzó por adoptarla también. Tenía que ponerse una máscara y esconderse tras una fachada amable.

Las puertas se abrieron pesadamente para dejar paso a las tropas: los heraldos primero, con librea en rojo y oro, tocando una fanfarria con trompetas y cuernos. Entró después una escolta de caballeros de la casa real, vestidos también en rojo y oro, protegiendo a Juan por los cuatro costados, y a continuación, un largo tren de tropas a caballo que recordaba una gruesa serpiente de plata. Mahelt se arrodilló en el patio de armas junto con el resto de los Bigod e inclinó la cabeza. Tenía la boca tan seca que no podría ni haberle escupido a Juan en la cara de haberlo intentado. Se concentró en el tacto del suelo del patio bajo la rodilla, en la sensación de los granos de arenilla, y pensó en que cada momento que pasaba significaba un instante más próximo a la partida de Juan.

Juan saludó al conde con un beso de paz, después a Hugh. Mahelt era la siguiente

y, cuando se incorporó, se armó de valor para recibir la sensación de sus labios sobre su piel. Nunca se había imaginado poder llegar a estar tan cerca de él. Casi esperaba que utilizara la lengua, pero no lo hizo. La expresión de los ojos del rey era burlona, como si fuera capaz de leerle los pensamientos. Pero Mahelt estaba decidida a no dejarle invadir su santuario particular y solidificó su expresión hasta conseguir una pétrea sonrisa.

—Veo que has hecho salir a tu joven belleza para el recibimiento. —Juan se dirigió al conde Roger con las cejas enarcadas y esbozando una sonrisa.

—La condesa está indispuesta, señor —replicó el conde—, pero mi nuera lo ha preparado todo y hará lo que sea apropiado para que os sintáis cómodo en Framlingham.

—Siento saber que la condesa está enferma —dijo Juan—. Siempre me ha gustado su compañía. —La fluidez de su respuesta podía tomarse como una cortesanía, aunque también como un ingenioso insulto—. Aunque espero que el mal no sea grave.

—Debe permanecer recluida en su alcoba, pero está ya recuperándose, señor.

—La tendré presente en mis oraciones y confío en que pronto se ponga bien.

Longespée, que formaba parte del séquito real, besó también a Mahelt y le preguntó con inquietud mientras caminaban hacia la residencia:

—¿Qué le pasa a mi madre?

—Vómitos y fiebres altas, pero ya está mejor. Querrá veros.

Mahelt acompañó a Juan a la cámara de invitados que había preparado e indicó al cuerpo de criados reales dónde podían dejar el equipaje. Pese a que sabía que todo estaba en orden, verificó de nuevo que sus criados hubieran realizado bien su trabajo. En los lampadarios había velas de cera de abeja de dulce aroma y montones más de reserva en la hornacina de la pared, mientras que en las lámparas de techo quemaba aceite de oliva limpio. Había cubierto el respaldo del banco con el valioso tapiz de Ida. Esponjosos tusones de las ovejas de su propiedad cubrían un par de taburetes colocados a ambos lados de la cama. Junto a la ventana, había un tablero de ajedrez con sus piezas, además de un arpa, un laúd y un salterio, por si al rey le apetecía un poco de música. En una mesita de caballete cubierta con un fino mantel, había dispuesto una jarra con copas a juego. Había además varios libros por si el rey deseaba leer.

Juan cogió uno de ellos y desató el cierre que lo sujetaba para hojearlo.

—*Ars Tactica* —leyó—. Es una pena que vuestro padre no lea. Este le habría gustado y habría aprendido mucho de él.

Mahelt se clavó las uñas en la palma de la mano, sonrió con dulzura y pensó en la manera de huir de allí.

—¿Os apetecería descansar un rato, señor?

Juan miró de reojo la cama.

—Eso depende de la compañía. —La repasó lentamente de arriba abajo, como si

su mirada fuese una mano de ágiles dedos. Mahelt tragó saliva, aliviada de no estar a solas con él. Los criados estaban metiendo el equipaje en la estancia y estaban además presentes varios empleados de la casa. Un mercenario le lanzó una sonrisa ladina por el rabillo del ojo. Hugh estaba hablando con uno de los chambelanes de Juan justo al otro lado de la puerta. Mahelt podía oír su voz y ver el ribete de su túnica y su brazo doblado.

—Si me disculpáis, tengo asuntos que atender.

—Oh, no os marchéis —le suplicó Juan con un brillo en la mirada—. Nunca había hablado con la hija de William Marshal. Con sus hijos, a menudo, pero no con su hija mayor. Quedaos y entretenedme un rato... —Recorrió con la lengua el interior de su boca—. Tenéis los ojos de vuestro padre, pero la forma de mirar de vuestra madre... ¿lo sabíais? Una mujer hermosa y muy bella, vuestra madre.

—Señor, con vuestro permiso, con la condesa tan enferma, tengo muchos deberes adicionales que realizar. Suplico vuestra indulgencia. —Sus palabras surgieron en un cortés tono monocorde y pronunciarlas le irritó la garganta. ¿Cómo debía de hacerlo su padre para mostrarse educado con aquel hombre, cuando lo que ella más deseaba era coger la jarra y volcarle el contenido por la cabeza?

Juan la miró con ojos zorrunos.

—Mi indulgencia... —caviló, acariciándose su barba oscura y plateada—. Muy bien, os la concedo. Me gusta complacer a las mujeres, y ellas se muestran entusiasmadas conmigo cuando se dan cuenta de las recompensas que pueden cosechar. Hablaremos más tarde.

Mahelt le saludó con una reverencia, pensando que lo único que le entusiasmaría hacerle a Juan sería atacarlo con un cuchillo afilado. Salió velozmente de la cámara, lanzó a Hugh una mirada furiosa al pasar por su lado y cerró la boca con fuerza pensando en cómo podía haberle replicado. Las palabras de Juan eran sugerentes, pero siempre podría decir que ella las había malinterpretado, o que estaba simplemente bromeando. Si montaba un escándalo por ello, habría repercusiones, tanto para ella como para sus dos familias. Lo que tenía que hacer era procurar no quedarse a solas con él y no concederle ni la más mínima oportunidad de llevar hasta la conclusión aquel juego del gato y el ratón.

Se dirigió a las cocinas, que hervían de frenética actividad con cocineros y ayudantes afanándose en preparar un banquete digno de un rey, una empresa difícil en una época del año como aquella, con escaso alimento fresco y las provisiones casi tocando a su fin. En el transcurso de las últimas semanas, a base de ingenio, fuerza de voluntad y unas dotes de organización formidables, Mahelt había logrado planificar con éxito comida y actividades de entretenimiento que no desacreditaran el nombre de los Bigod y de los Marshal, aunque en aquel momento le daba igual si todo lo que Juan recibía era pan caballuno quemado y cerveza amarga. Después de una única y apresurada mirada a los calderos de estofado de buey sazonado con especias, salió de las cocinas andando con paso indignado en busca de la húmeda oscuridad de la

bodega para disfrutar de un momento de paz y serenarse un poco.

Sentada sobre un tonel, con las piernas colgando y bebiendo aguamiel directamente de la damajuana, recordó a Hugh escondiéndose allí hacía tan solo unos meses, contándole el ahorcamiento de los rehenes. Pensó en Maude de Braose y en su hijo. Pensó en Arturo de Bretaña. Pensó en sus hermanos.

—¡Recompensas, sí! —exclamó, y juró que no permitiría que ella o su familia fueran víctimas de aquel hombre. Después de darle un último trago al aguamiel, forzó de nuevo el tapón. Tenía que mantenerse en alerta constante hasta que Juan se marchara. Se levantó, alisó el vestido, recolocó la diadema, extrayendo fuerzas de su poder simbólico, y abandonó el santuario de la bodega dispuesta a enfrentarse a los peligros del castillo.



El banquete que había preparado Mahelt ocupó la mayor parte de la tarde invernal y se prolongó hasta la puesta de sol y la noche. Como anfitriona, y en ausencia de Ida, tuvo que soportar tener que sentarse al lado de Juan y comportarse como si fuera en realidad un invitado bienvenido. Se imaginó que era su propia madre y recluyó a la verdadera Mahelt en la oscura y secreta paz de la bodega con la compañía de una damajuana llena hasta arriba de aguamiel. Sonrió con elegancia, conversó con educación y actuó con decoro y cortesía, una conducta que sirvió para que Juan la reconociera como anfitriona y mantuviera las distancias. Observó el tiempo consumir lentamente las mechas de las numerosas velas que ardían en candelabros y lampadarios y se dijo que el rey se marcharía pronto de allí —Dios, por favor, que así fuera— y la vida retomaría su curso habitual.

Juan se había propuesto ser un invitado encantador y afable. Habló de caballos y cacerías con el conde y con Hugh y comentó alegremente con ellos asuntos legales. Se mostró zalamero, civilizado e hizo gala de buenos modales. Elogió a Mahelt por el delicioso plato de buey con comino que habían preparado sus cocineros y dijo que debería explicarle el secreto de la receta a su cocinero personal.

Juan, bebiendo una copa de vino de moras para rematar la comida, se echó hacia atrás para dar espacio a su estómago y sonrió a Mahelt como un gato bien alimentado.

—A buen seguro estáis satisfecha, *milady* Bigod, de que vuestro padre regrese a Inglaterra en primavera, tan pronto como el tiempo permita la travesía por mar.

—Son buenas noticias, efectivamente, señor. —El corazón de Mahelt se aceleró, intuía peligro. Si Juan se mostraba agradable era por algún motivo—. Me alegrará ver

otra vez a mi familia, conocer a mis nuevos hermano y hermana.

—La verdad es que vuestros padres han sido bendecidos con muchos hijos —dijo Juan—. Dejadme pensar, debéis de ser ya diez. Ruego a Dios que me conceda la misma fortaleza cuando alcance los años de madurez de vuestro padre, por mucho que mi esposa no valore tal vez esa energía. —Su tono era afectado. No había dicho nada que pudiera considerarse como un insulto, pero había conseguido evocar una imagen que equiparaba a su padre con una cabra vieja—. Venís de una cepa fuerte, *milady*.

—Me enorgullezco de ello, señor.

—Valoro los consejos y el apoyo que me brindan mis vasallos Marshal y Bigod... sobre todo cuando son además un regalo para la vista. A vuestra salud, *lady Bigod*. —Brindó con ella y volcó entonces su atención en su suegro. Mahelt dejó sobre la mesa la copa con la que le había dado la réplica, el vino sin tocar.

Los mercenarios del rey y los caballeros de la casa bebían a grandes tragos el vino de Framlingham y el nivel del sonido fue aumentando a medida que la bebida menguaba en las barricas. Cuando se sirvieron canapés, tartitas y especias para rematar el banquete, varios vasallos y caballeros solicitaron ser amenizados con la actuación de Roland le Pettour, que conservaba sus tierras con los Bigod a cambio de su habilidad para interpretar melodías musicales tirándose pedos, realizar acrobacias y contar historias procaces y subidas de tono sobre monjas, monjes e infatigables miembros urinarios de formidables proporciones. Los hombres solían encontrarlo gracioso cuando llevaban unas copas de más. A veces también las mujeres, pero Mahelt había presenciado ya sus actuaciones en varias ocasiones y aquella noche no le apetecía reír. Antes de que iniciara su aluvión de notas, Mahelt solicitó permiso para retirarse e ir a ver si su suegra estaba bien y correctamente atendida.

Juan estaba divirtiéndose.

—¿No os quedáis a escuchar la música y la poesía? —dijo.

—Señor, dejo tales entretenimientos para paladares más exigentes —replicó Mahelt, y abandonó la estancia.



Cuando llegó a la puerta de la alcoba de Ida, vio que Longespée estaba a punto de marcharse. Se inclinó sobre la cama de su madre para darle un beso en la mejilla.

—Ha sido una alegría verte, hijo. —La voz de Ida sonó animada y le brillaban los ojos—. Me alegro de que Dios me haya dado esta oportunidad.

—Descansa y recupérate —dijo Longespée.

—Hago lo que puedo. Quiero ver tu fama crecer. Da mi bendición a Ela y a los niños. Y un beso de mi parte.

Longespée le confirmó que así lo haría y cedió el paso a Mahelt.

—Hermana —dijo a modo de saludo.

Ella inclinó la cabeza.

—Si vas corriendo al salón, llegarás justo a tiempo para ver el repertorio de Roland le Pettour.

Longespée se rascó la nuca.

—¿Ya estamos en esa fase?

—Por desgracia, sí.

Longespée suspiró, enganchó su cinturón con el dedo y, con una mueca, abandonó la estancia.

Ida miró a Mahelt con expresión de culpabilidad mientras se ponía bien el chal.

—¿Ha sido muy terrible ser la anfitriona del rey?

—La verdad es que habría preferido azotarme con cardos. —Mahelt arrugó la cara, se quitó la diadema y la envolvió con tremendo respeto en su paño de seda para guardarla de nuevo en su cofre—. Pero hasta el momento he conseguido mostrarme educada... todos, lo hemos logrado. —Se sentó sobre la colcha—. Mañana, cuando se marche, me alegraré de ver desaparecer por fin la cola de su caballo. —No añadió el miedo que había sentido al ver cómo Juan observaba el salón, como si pretendiese valorar y calcular todas sus posesiones. Había escondido a los niños, pero seguía sin sentirse segura.

Ida estaba triste.

—Juan siempre se mostró resentido hacia aquellos que se interponían entre él y su progenitor. Su padre lo quería mucho, pero a él nunca le pareció suficiente. Cuando la necesidad es tan grande, por mucho amor que viertas en el cuenco, nunca conseguirás que se llene. O a veces lo estropeas, y todo el amor se escurre por el orificio que se abre en el fondo. Yo... —Se interrumpió y sus ojos se llenaron de repente de lágrimas—. Ah, soy una vieja tonta...

—¡No, no lo sois, madre! —declaró con vehemencia Mahelt—. Ojalá pudiera yo derramar amor con la generosidad con la que vos lo hacéis.

Ida se sonó la nariz y se echó a reír.

—Lo que me dices es muy amable por tu parte, pero me adulas en exceso. —Pestañeó y sorbió por la nariz—. Mi hijo me ha contado que su navío estará terminado a finales de mes y que este verano liderará una campaña en Poitou. Es uno de los asesores de más confianza del rey. —Sus ojos brillaban de orgullo y Mahelt pensó que, en cierto sentido, era una bendición que Ida se hubiese puesto enferma. Si Juan siempre se había mostrado resentido hacia cualquiera que se interpusiera entre él y su padre, debía de llevarse mal con Ida cuando ella vivía en la corte, y era probable que siguiera siendo así por el vínculo emocional que unía a Ida con Longespée.

Mahelt se quedó un rato más con Ida y salió dispuesta a retirarse a su cámara, que

estaba situada en el otro lado del patio. Antes de descender por la escalera exterior de la habitación de Ida, se envolvió en su capa forrada con piel y se estremeció. El cielo estaba cubierto de nubes deshilachadas entre las que se vislumbraban estrellas y notó en la cara el frío y ligero salpicar de la aguanieve.

—Ah, *lady* Bigod, bien hallada.

Mahelt se quedó petrificada del susto y tuvo que sofocar un grito ante la aparición de Juan en la oscuridad, caminando sin hacer ruido procedente de las letrinas.

—Señor. —Saludó con una reverencia y se enderezó, pensando que no se sentía en absoluto bien hallada. En el salón se oían todavía gritos de regocijo y el sonido de las copas estampándose contra las mesas. Rezó para que a alguien más se le ocurriera salir a hacer uso de las letrinas.

—¿Qué tal está la condesa?

—Un poco mejor, señor. Si me excusáis...

Juan ladeó la cabeza.

—No, *lady* Bigod, no pienso hacerlo. Cada vez que intento hablar con vos, encontráis un motivo para salir corriendo, y me interesáis mucho más que un hombre entonando «La canción del cuco» por el agujero del culo.

—Hace frío, señor...

—Cierto, pero tenemos cálidas capas y hay otras formas y medios de generar calor.

Conmocionada, notó que la fachada que se había construido empezaba a desmoronarse.

—Señor, hablemos, faltaría más, pero entremos en el salón.

—Preferiría hablar a solas con la hija de William Marshal —dijo Juan, bajando la voz y acariciando el filo de su capa—. Sin distracciones.

—Señor, lo que solicitáis es indecoroso e inadecuado.

Juan rio entre dientes.

—¿Indecoroso? —repitió—. Vamos, no vais a decirme que sois una florecilla marchita o una virgen inocente, ¿verdad, niña? Y por lo que me han contado, no siempre habéis otorgado gran importancia a la decencia.

Mahelt no sabía muy bien si era por el modo en que le había llamado «niña» o por el hecho de que era evidente que Juan tenía espías en casa de los Bigod, y quizá incluso también en la de su padre, pero se encendió de rabia.

—Soy la esposa honrada y fiel de mi marido —dijo apretando los dientes—. La gente estará preguntándose dónde estáis, puesto que eso de que el rey desaparezca a estas horas tan inseguras es sin duda motivo de preocupación.

—Me atrevería a decir que con el tiempo saldrán a buscarme, pero disponemos aún de margen de maniobra y en una casa tan leal como esta, no hay nada que temer. Hablemos un poco sobre honor y sobre fe, ¿os parece bien? —En un repentino y rápido movimiento, la empujó hacia la pared, aplastándole la espalda contra las piedras. La apretó con su cuerpo, entrepierna contra entrepierna—. ¿Qué daríais para

ver a vuestro esposo y a vuestros hijos a salvo, *milady*? ¿Qué pagaríais? ¿Hasta qué punto valoráis vuestro honor?

Mahelt forcejeó.

—¡Hasta mucho más allá de lo que os podéis permitir mancillarlo! —le espetó. Juan tenía la cara pegada a la de ella. Su aliento olía a vino e invadía su boca, obligada como estaba a aspirarlo hacia sus pulmones.

—¿Tanto?

—Necesitáis a mi padre. ¡Necesitáis Norfolk!

—¿Creéis que cometerían traición por la palabra de una jovencuela? —masculló Juan entre dientes—. ¿Por una niña mimada y tonta? ¿Qué creéis que sucedería? ¡Lo que estimáis que valéis y vuestro verdadero valor son cosas completamente distintas!

Mahelt jadeó de indignación. Sin embargo, tenía razón en una cosa. No era ni una florecilla marchita ni una virgen inocente. Por haberse criado entre hermanos varones, y por la turbación ocasional de Hugh en la alcoba cuando ella se mostraba íntimamente juguetona, sabía lo sensibles que eran los hombres en lo referente a sus partes. Dejó de estar tensa, permitiendo con ello que Juan pensara que se había rendido, deslizó la mano entre sus cuerpos, le agarró los genitales y los retorció como si estuviese escurriendo un paño con una sola mano.

La reacción fue instantánea y gratificante, puesto que Juan se retorció de dolor y tuvo que sofocar un grito agónico. Mahelt lo soltó y huyó corriendo, pero no hacia su cámara, que era el santuario donde tenía escondidos a sus hijos. No pensaba conducirlo hasta ellos. Buscó en cambio la seguridad del gentío. Y corrió hacia la luz, el ruido y la afable camaradería.

Y era ahí donde tenía que superar la mayor prueba de su control y su coraje. Tenía que actuar como si acabara de abandonar la cabecera de la cama de Ida y nada hubiera pasado. Si protestaba a viva voz, no habría marcha atrás. ¿Y si Juan tenía razón? ¿Y si no era otra cosa que una jovencuela ignorada? ¿Y si descubría que su valor no era más que el de una «niña mimada» y no el de una futura condesa? Y aun así, si los de casa se ponían de su parte, ¿qué podían hacer? Los mercenarios de Juan estaban en el interior de los muros del castillo y los sobrepasaban en número.

Roland le Pettour seguía haciendo cabriolas con sus pedos musicales y todo el mundo se moría de risa con sus payasadas. En aquel momento inició un malabarismo con manzanas, levantando de vez en cuando una pierna para pasar una manzana por debajo de ella a la vez que emitía un potente estampido. Mahelt ocupó su lugar al lado de Hugh y le indicó a un escudero que le sirviera una copa de aguamiel. Se aclaró la boca, inundándola de sabor a miel. Le temblaban las manos y cuando dejó de nuevo la copa en la mesa, la volcó. Un escudero se acercó rápidamente a empapar el líquido con su trapo de senescal.

Se imaginaba a Hugh absorto con el espectáculo, pero se volvió hacia ella, sobrio y en estado inmediato de alerta.

—¿Qué sucede?

Mahelt negó con la cabeza.

—Nada —respondió con voz tensa—. No veía bien.

Hugh le cogió la mano.

—Estás temblando.

Ella apenas movió los labios para responder.

—En el retrete hacía mucho frío. —Recorrió el salón con la mirada. A pesar de que los hombres seguían riendo de las payasadas de Roland, había quien lanzaba inquietas miradas hacia el lugar vacío del rey. Dos de los caballeros de Juan abandonaron la estancia para ir en su busca. Longespée los siguió.

El escudero llenó otra vez la copa de Mahelt, quien bebió otro sorbo. La tensión en el cuello y la mandíbula era tan grande que empezaron a dolerle con fuerza las sienes.

Instantes después, Longespée reapareció y ocupó de nuevo su lugar en la mesa, mientras que los caballeros se sentaron alrededor de una mesa de caballete más baja.

—El rey se ha retirado —anunció Longespée a los sentados a la mesa de la tarima—. Tiene intención de partir con la primera luz del día y desea estar descansado para el viaje.

Mahelt exhaló un suspiro de alivio, puesto que daba la impresión de que el asunto iba a caer en el olvido. Confió en silencio en que Juan pasara la noche entera dolorido.

Oyó que su padre deseaba un buen descanso al rey y expresaba su sorpresa, puesto que estaba convencido de que Juan solo había salido para visitar las letrinas.

Longespée se encogió de hombros.

—El rey percibe la tensión de las largas jornadas sobre la silla y no desea ser molestado hasta mañana por la mañana.

Maheltapuró su aguamiel y se excusó. Hugh se levantó de inmediato para ocuparse de ella, y a pesar de que habría preferido estar sola, se sintió agradecida de tenerlo a su lado al cruzar el patio para pasar de un edificio a otro.

Cuando llegaron a los pies de la escalera que conducía a su solar y su alcoba, Hugh la cogió por el brazo y la obligó a girarse hacia él.

—Sé que algo ha pasado entre el rey y tú —dijo—. No soy tonto.

—Entonces no te comportes como tal —replicó ella entre dientes—. El rey está cansado de tanto cabalgar. Déjalo así.

—Si te ha mancillado...

—¡Ja! ¿Crees que se habría retirado de haberlo hecho? —Tiró para soltarse y subió las escaleras—. Me ha hecho una oferta y la he declinado.

—¿Qué tipo de oferta?

Mahelt contuvo su impaciencia.

—Oh, por el amor de Dios, Hugh, ¿a ti qué te parece? —Abrió con fuerza la puerta y entró en sus aposentos. El calor del fuego y el agradable entorno le proporcionaron al instante una bienvenida sensación de familiaridad. Roger estaba

sentado en la falda de su niñera escuchando una historia de aventuras sobre un caballero y su magnífico caballo blanco cuando vio que llegaban sus padres, saltó del regazo de la mujer y echó a correr hacia ellos. Mahelt lo cogió en volandas y absorbió su saludable olor: lino calentado al fuego, agua de rosas y niño a punto de ir a dormir. Le tembló la voz con repugnancia y rabia—. Creyó que claudicaría y no diría nada, por mi honor y por el tuyo, pero no me conoce. —Miró a Hugh—. Un hombre capaz de hacer cosas así para demostrar que tiene poder sobre las mujeres es frágil como un junco.

Roger extendió los brazos para cambiar de progenitor, abrazándose a Hugh y aferrándose a él como una lapa.

—Lo hace para demostrar su poder a los demás hombres. Para demostrar que puede conseguir todo lo que le apetezca —dijo en tono grave Hugh.

—Pues esta noche no ha conseguido demostrar nada... por mucho empeño que le haya puesto. Nos guardará rencor por mi negativa, pero eso no es ninguna novedad. Mi familia lleva casi diez años soportando sus rencores.

—El rencor funciona en ambos sentidos. —El enfado y el disgusto habían ensombrecido la mirada de Hugh.

Mahelt observó las manos de Hugh sosteniendo a su hijo, la amplitud de sus manos en relación al menudo cuerpo, su ternura y su fuerza. Y entonces pensó en la mano de Juan sobre ella, clavándola contra la pared, ¿darían vida las manos de su hijo y la respetarían, o se dedicarían a derramarla, a arrancarla, a romperla?

—Hay que detenerlo —sentenció Hugh.

Mahelt sintió un escalofrío al imaginarse a Juan muerto en su cama con una espada atravesándole el pecho. Muerto en Framlingham. Empezó a temblar ante la enormidad de aquella visión.

—¿Hugh? —dijo, su voz un murmullo.

También él se estremeció. Dio un paso atrás y negó con la cabeza.

—Hay que hacerlo en plena luz del día, y no en un rincón oscuro con un cuchillo ensangrentado pues, de lo contrario, no habría diferencia alguna entre nosotros y él. Todos debemos adherirnos a la idea, no solo unos cuantos. Hay que obligarlo por ley y esa ley tendrá que ser respetada por todos.

Mahelt se acercó a la chimenea, se sentó y extendió las manos hacia el fuego. Esperaba que el calor deshiciese el frío terrón en que se había convertido su corazón.

—Decirlo es fácil —aseguró—, ¿pero, cómo hacerlo realidad?

Hugh volvió a dejar a Roger en brazos de la niñera y se sentó junto a Mahelt frente a la chimenea. La rodeó por los hombros y la atrajo hacia él.

—Los barones y los obispos tendrán que reunirse y decidir qué debemos cambiar y, después, darle forma de ley —explicó.

Mahelt fijó la mirada en el fuego.

—En primavera, podríamos sufrir la invasión de los franceses —dijo en voz muy baja para que sus palabras no se alejasen más allá del resplandor de las llamas—. ¿Y

aquella profecía que afirmaba que para el día de la Ascensión Juan ya no sería nuestro rey? —Decir aquello resultaba agradable, especular e imaginar un tiempo en que la presencia de Juan no se cerniera sobre sus vidas.

—Si vienen los franceses, tendremos que decidir qué hacer. Luis de Francia no tiene la depravación de Juan y no nos costaría aceptar su gobierno, pero hay que tener presente que fomentaría el ascenso de sus hombres. No todo el mundo estará dispuesto a desertar del rey. Tu padre no lo haría, a buen seguro, y tampoco Longespée. Y habría muchos que no se arrodillarían ante un francés que está a sueldo de Roma, aunque esto no significa que los que permanezcan leales a Juan vayan a tener más influencia sobre él.

—Habrá que tener cucharas aún más largas que antes —dijo ella.

Hugh le dio la razón con un incómodo gesto de encogimiento de hombros.

—Hay mucho que pensar además de hablar y dependerá de la voluntad de todos y no solo de la palabra de un único vidente loco.

Mahelt suspiró y recostó la cabeza en el hombro de Hugh. Con el calor, las magulladuras que le había dejado Juan al agarrarla empezaban a darle punzadas, un envenenado recordatorio de lo sucedido. Al día siguiente se marcharía, aunque, como el caracol, dejaría una huella a su paso. De pronto se sentía agotada y a punto de echarse a llorar, pero se negó a dejarse vencer por las lágrimas.

—La historia de lo que ha sucedido esta noche no debe traspasar los muros de esta cámara. No tiene que llegar ni a tu padre ni al mío, y muy especialmente, no tiene que llegar a Will... por su propio bien, no por el del rey.

—No lo hará —dijo Hugh, dándole un beso en la sien. Su voz se endureció—. Pero, aunque nadie hable de este asunto, no caerá en el olvido. Si hay que dar a conocer la voluntad de todos para poder ejercerla, entonces más que la espada, los que deseen el cambio necesitarán tanto la pluma como la mente de un jurista.



Longespée entró en la cámara de su madre dispuesto a despedirse. El amanecer había abierto en el horizonte una estrecha rendija de un tono dorado que recordaba el de la concha de una ostra y Longespée disponía de unos momentos de tiempo libre mientras los criados acababan de enjaezar los caballos y cargar el equipaje. El rey había desayunado en su alcoba y estaba dolorido y de mal humor. Un tirón muscular en la entrepierna, dijo, que se había producido al desmontar del caballo el día anterior. Longespée sospechaba que por la noche había habido algún tipo de altercado entre el rey y una de las mujeres de la casa —probablemente Mahelt—, pero había

decidido no ahondar en el tema. Era más fácil hacer la vista gorda. Mahelt estaba presente en la cámara de Ida, su expresión seria y callada. Hugh estaba de un humor similar y Longespée comprendió de inmediato que la visita ya no era bienvenida... si es que había sido bienvenida en algún momento.

Su madre se había levantado de la cama para desearle bienandanza al séquito real y había mejorado con relación al día anterior. Se había envuelto en pieles para resguardarse del frío y sus mejillas estaban ruborizadas después de haber pasado un rato junto al fuego. Insistía en ofrecerle personalmente al rey la copa de despedida antes de que reemprendiera viaje y, con ese propósito, vino y hierbas hervían en un caldero, cuyo contenido estaba listo para ser repartido a cucharones en el último minuto.

La tensión que reinaba en el ambiente no afectaba a los niños. El mayor de sus sobrinos Bigod revoloteaba por la estancia blandiendo una espada de juguete, correteando entre los adultos y combatiendo con entusiasmo enemigos imaginarios. Longespée rio al verlo porque le recordaba a sí mismo cuando aún había inocencia en el mundo y alegría en las pequeñas cosas. El hermanito del niño tenía justo un año de edad y acababa de dar sus primeros pasos. El bebé lucía una mata de rizos dorados, mejillas coloradas y vivos ojos azules como el mar. Vestía un precioso blusón blanco bordado y solo le faltaban un par de esponjosas alitas para completar su aspecto angelical. Encantado, Longespée se agachó para situarse a la altura del bebé.

—Ven, pequeño Bigod —dijo, extendiendo los brazos hacia él—. Ven con tío FitzHenry.

El bebé le sonrió, mostrándole dos hileras perfectas de dientes de leche. Longespée estaba fascinado. La verdad es que nunca había tenido relación con un niño de tan tierna edad. Las largas ausencias del hogar no le habían permitido ser testigo del crecimiento de su hijo y, cuando lo veía, era siempre en brazos de su esposa o de una niñera. Además, nunca le había parecido varonil coger en brazos a un niño tan pequeño.

Le dio un empujoncito al bebé con la punta del dedo. El pequeño cayó sentado en el suelo, con una expresión de sorpresa en sus grandes ojos redondos que hizo reír con ganas a Longespée.

—Vamos, pequeño Bigod, demuestra tu valía, ¿no te parece?

El niño extendió sus regordetas manos y trabajosamente logró ponerse de nuevo en pie, tropezando casi con el bajo de su blusón. Longespée le sonrió y lo empujó una segunda vez. Divertido y fascinado, lo vio caer sentado y esforzarse una vez más para lograr incorporarse. En su interior, enterrado en un lugar tan profundo que ni tan siquiera podía reconocer su existencia, moraba el sentimiento del cazador hacia su presa. Era un cachorro de su propia camada, pero un miembro inferior, y por ello tenía que conocer el puesto que ocupaba o, como mínimo, demostrar que era lo bastante fuerte como para luchar por hacerse con un lugar superior. El bebé era tenaz, sin lugar a dudas, puesto que se afanaba por incorporarse con una expresión de

concentración absoluta. Longespée le dejó dar dos pasos y entonces, riendo, volvió a empujarlo. Cuando el pequeño rodó como una pelota, Longespée levantó la vista para compartir su regocijo con todos los demás, pero se encontró con la expresión tormentosa de Hugh, tan cargada de ira y de repugnancia que Longespée tuvo la sensación de ser él el que había sido empujado.

Hugh avanzó unos pasos, se agachó y cogió a su hijo en brazos.

—¿Cómo osas? —inquirió, su voz ronca de rabia.

Longespée se quedó mirándolo boquiabierto.

—¿Qué he hecho? —Abrió las manos sin dejar de reír por la ridiculez del arrebato de Hugh—. Solo estaba jugando con el pequeño. ¿Ha sufrido algún daño?

Hugh lo miró fijamente.

—Empujar a un niño que está aprendiendo a andar después de animarlo a que venga hacia ti no es ningún juego —dijo con fría ira—. No eres para nada mejor que tu real hermano. Aunque tus acciones sean menos extremas, tienen exactamente la misma intención. —Besó el tierno y blanco cuello del bebé—. No quiero verte nunca más cerca de mis hijos... jamás, ¿me has entendido?

—¿Te has vuelto loco? —Longespée miró a los presentes, que observaban el intercambio con expresión paralizada. Nadie hizo el más mínimo ademán de intervenir.

Hugh continuó mirándolo fijamente con unos ojos tan azules como los de su hijo.

—Si no lo ves, si no lo entiendes, el que está loco eres tú, no yo.

—Por Dios, hombre, estás montando un escándalo por nada.

—Yo a eso no lo considero «nada». No quiero volver a verte cerca de mis hijos... nunca jamás.

Longespée bufó con desprecio.

—No eres el señor de esta casa. No puedes decidir impedirme que la visite cuando me apetezca.

—Pero puedo decidir no compartir tu compañía —replicó Hugh. Dio media vuelta y salió de la estancia, llamando a su hijo mayor para que fuera con él y cargando con el bebé a sus hombros.

Mahelt se quedó dudando, dio unos pasos para seguir a su marido y se detuvo al pasar por delante de su cuñado.

—Reflexiona sobre esto —le dijo—. Hugh está alterado, pero no sin motivo. ¿Le habrías hecho esto a tu propio hijo?

—Tengo intención de reflexionar sobre esto —respondió muy tenso Longespée—, pero estaré encantado de hacer lo que mi hermano Bigod sugiere... más que encantado. —El corazón le retumbaba en el pecho como si estuviera en plena batalla. Seguía asombrado; le costaba creer que estuviera sucediendo aquello. Necesitaba devolver el golpe para recuperar el equilibrio, pero no había nada que golpear.

Ida emitió un sonido de angustia.

—¡No debéis pelearos! —gritó—. Tienes que enmendarlo, te lo suplico.

Longespée la saludó con una reverencia.

—Así lo haré, madre, cuando Hugh se disculpe por sus palabras, pero no estoy dispuesto a ser tratado de esta manera. Siempre me ha odiado por ser el primogénito y tener sangre real. Jugaba con el bebé, simplemente. En nombre de Dios, es mi sobrino. ¿Acaso me cree capaz de hacerle daño a alguien de mi familia? —Se echó la capa a los hombros, cerró el gran broche redondo que la remataba y abandonó la estancia caminando con grandes zancadas, sintiéndose tanto culpable como agraviado. Cuando visitaba Framlingham siempre sucedía lo mismo. Las piezas que componían la relación estaban allí, pero o no lograba encajarlas, o se rompían en pequeñas astillas que indefectiblemente hacían sangrar a alguien.

Ida lo llamó y extendió la mano para reclamarlo, pero ya se había marchado. Ralph prendió también su capa.

—Tengo que irme. —Le dio a su madre un fugaz beso en la mejilla—. Haré lo que pueda. —Abrazó a Mahelt—. Mi señor no entiende de niños pequeños —dijo—. Lo que ha hecho ha sido por pura ignorancia. Hugh no debería haberse ofendido de esta manera. —Y con una rápida reverencia, salió corriendo tras Longespée.

Ida se sentó en el banco y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás con los ojos llenos de lágrimas.

—Intento unirlos, mira que lo intento —dijo, sorbiendo por la nariz—, pero siempre acaban peleándose. ¿Por qué no pueden confraternizar? Ralph no tiene ningún problema, tampoco los demás chicos. Acabarán matándome.

—No digáis eso —pidió Mahelt—. Caerá en el olvido. No podéis vivir pensando siempre en ellos o acabaréis enferma. —Se quedó un momento más para consolar a Ida y salió después en busca de Hugh. Lo encontró sentado en la tronera del salón, con su hijo pequeño en brazos.

—No sé por qué permites que te fastidie así —le dijo, exasperada—. Lo que ha hecho ha sido una tontería y una estupidez, pero no escondía ninguna malicia. —Hugh abrazó con fuerza el pequeño que llevaba su nombre.

—Se cree que estamos hechos de material más tosco que él —dijo con una mueca—. Se cree que dedicarse a empujar a mi hijo es un juego justo porque no es más que otro Bigod, al que tiene que poner en su lugar y que tiene que estar subordinado a él. No pienso tolerarlo más. Ya basta.

Mahelt lo miró con mala cara. Sabía que Hugh se había puesto a la defensiva y que se comportaba de aquella manera porque había tenido que tragarse la rabia provocada por lo que Juan había intentado hacer con ella. Y aquella era una amenaza más contra su familia por parte de la realeza, por parte de un hombre que cabalgaba al lado del rey y que compartía su sangre. Longespée había hecho una tontería, pero no tan exagerada como para provocar una reacción de aquel calibre.

—Vuestras peleas acabaran con vuestra madre —advirtió.

Hugh besó los esponjosos rizos de su hijo.

—Nada le impide seguir manteniendo el contacto con él si eso es lo que desea —

dijo con frialdad—. Cuando visite Framlingham, lo dispondré todo para estar en el norte, o en Thetford, o en Ipswich. Si no estamos juntos, no hay pelea... y no quiero hablar más sobre el tema.

Mahelt suspiró. Consideraba su actitud excesivamente terca, pero sabía que si continuaba presionándolo, no conseguiría otra cosa que arrinconarlo más si cabe en su decisión. Hugh era transigente, pero tenía también cierta tendencia a la terquedad y había determinados asuntos en los que nunca daba el brazo a torcer.

—Por cuestiones de formalidad, deberías salir a despedir al rey —dijo, cogiéndole el bebé.

Hugh se levantó y alisó su túnica.

—Tienes razón. —Torció la boca—. Cumpliré con mi deber y saldré a ver cómo esos engendros del infierno se alejan de nuestras puertas... y luego entraré en casa y me lavaré las manos.



Longespée se alejó de Framlingham inmerso en una terrible sensación de pérdida. Su madre le había entregado la copa de despedida con manos temblorosas y mirada angustiada, pero no se había ablandado ni siquiera por ella, sobre todo teniendo en cuenta que Hugh estaba a su lado, su postura y su expresión esculpidas en piedra.

—Todo irá bien —aseguró Ralph, que cabalgaba a su lado, en tono jocoso—. Los enfados de Hugh nunca duran mucho tiempo.

Longespée fulminó con la mirada a su hermanastro.

—Me da lo mismo. Hugh no significa nada para mí. Y aun en el caso de que viniera a pedirme disculpas por su comportamiento, no las aceptaría. Se ha acabado intentarlo con él.

—Lo siento —dijo Ralph, lacónico.

Longespée refunfuñó.

—Si deseas dar media vuelta y regresar a Framlingham para sumarte a él, no te lo impediré.

Ralph se quedó dudando y miró incluso por encima del hombro en dirección a las torres que coronaban el horizonte; miró a continuación el escudo sujeto con correas a su caballo de carga. No brillaba con el rojo y el amarillo de los Bigod, sino con el azul y el oro de Salisbury.

Pero te dolería —contestó—, ¿verdad?

Longespée no dijo nada, pero Ralph se percató de la tensión que provocaba un músculo en la mejilla de su hermanastro. Le dolería, y mucho.

—Eres mi señor —dijo Ralph—. Mi lealtad está contigo, pero seguiré hablándome con Hugh porque es mi hermano.

—Como desees —replicó Longespée, pero se relajó en la silla y Ralph se fijó en que soltaba de pronto todo el aire que había estado conteniendo. El joven movió la cabeza de un lado a otro, preguntándose por qué los vínculos familiares tenían que ser tan amargos y tan complicados.

Canterbury, Kent, junio de 1213

Hugh se levantó después de rendir tributo ante la tumba del mártir Thomas Becket que, cuarenta años atrás, había sido asesinado justo en el lugar donde Hugh y su cuñado Ranulf acababan de rezar, los sesos extraídos de su cráneo y esparcidos cruelmente por el suelo con la hoja de la espada de Reginald Fitzurse, caballero del rey Enrique. Un arzobispo asesinado por orden del rey. Era impensable, pero había sucedido, y podía volver a suceder. Hugh había introducido la mano por el orificio que daba acceso al féretro de Becket y acariciado la suave madera igual que innumerables hombres habían hecho antes que él. Se preguntó cuánto tardaría en erosionarse por completo y si llegaría el día en que, al introducir la mano, se tocarían los huesos del santo en lugar de la madera.

Nunca había peregrinado hasta la tumba de Becket. El sepulcro de San Edmundo quedaba más próximo a Framlingham y era mejor tener como patrón a un rey mártir que sentía un especial interés por Anglia Oriental, que al que fuera un arzobispo de Canterbury y que recientemente había sido encumbrado a la santidad. Levantando con ironía una ceja, el padre de Hugh había comentado en su día que Becket no había sido precisamente un santo en vida, sino un hombre camorrista, orgulloso y terco, rasgos de carácter que al final habían acabado matándolo. Pero su Iglesia lo había convertido en un mártir, se habían producido milagros en su tumba, y antes de que al rey Enrique le diera tiempo a asimilarlo, tenía ante sí un santo y no un sacerdote muerto que en vida fue un hombre contumaz.

A Hugh nunca se le habría ocurrido peregrinar expresamente hasta allí, pero puesto que la corte y el ejército real estaban acampados en las cercanías y tenía que buscar algo con que matar el tiempo, había decidido visitar la catedral en compañía de su cuñado. Ranulf hizo también la genuflexión y se incorporó.

—Dicen que antes de ser obispo viajó a Francia en misión diplomática y que su exhibición de riqueza fue tan exagerada que los franceses lo tomaron erróneamente por el rey Enrique. Y me lo creo. —Los ojos verde claro de Ranulf recorrieron la engalanada opulencia del sepulcro y vagaron por el resplandeciente arcoíris de las ventanas pintadas—. Tal vez no pudiera llevárselos con él, pero la verdad es que está enterrado envuelto en tesoros.

—Y aun así, vale más que todo lo que le rodea —dijo Hugh—. Sin su martirio, aquí no habría nada de lo que ahora vemos. El año antes del interdicto, las ofrendas de los peregrinos ascendieron a más de trescientas setenta libras de plata.

Ranulf frunció los labios para silbar sin hacer casi ruido.

—No creo que necesiten entonces la ofrenda de dos marcos y cinco libras de cera que pretendíamos dejar, ¿no te parece?

Hugh sonrió.

—Estás convirtiéndote en un vasallo del condado de Yorkshire tremendamente prudente.

—Me siento insultado —dijo con tono altivo Ranulf—. Jamás he sido otra cosa.

La pareja recorrió cordialmente la nave, estudiando el detalle de las columnas pintadas, los lampadarios dorados, los tapices y los elementos decorativos. Hugh se sumergió en la magnificencia de formas, texturas y colores. Ranulf no sabía valorar tanto el arte y mostraba menos interés, pero se comportó con buen humor y paciencia, sin importarle tener que esperar a Hugh cuando él hubo dado por terminada su visita.

La parte exterior de la nave era un trajín de buhoneros que ofertaban a voz de grito velas votivas, chapas de plomo con la efigie del santo y ampollas con el agua bendita en la que se habían puesto en remojo las prendas que Becket llevaba en el momento de su martirio. Había incluso frascos de cristal de roca con sangre del santo, supuestamente recogida después de su asesinato por algún monje, más emprendedor que horrorizado, por si acaso había alguien lo suficientemente ingenuo como para creerse esa historia. Cuando emergieron por el pórtico occidental al sol de primeros de junio, fueron atacados de nuevo por otros mercaderes que vendían escritos que confirmaban la consumación del peregrinaje. Había cuentas ensartadas para la oración hechas de piedras preciosas de distintos tipos, madera, marfil y hueso para cubrir las necesidades de todo tipo de bolsillos. Baratijas y recuerdos. Guirnaldas de flores, tanto naturales como artificiales. Cinturones, sillas de montar, broches, hebillas, cruces, relicarios.

—Estoy seguro de que todo este comercio ha continuado durante el interdicto —dijo Ranulf—. ¿Cómo iban a echarlo a perder? —Se detuvo para admirar las cuentas de oración que se exponían en uno de los puestos.

—Por lo que vi, en Bury siguieron con ello, y también en Norwich. —Hugh lo miró de reojo—. No irás a... ¡Por Dios, Ranulf!

Ranulf agitó la mano.

—Tengo una esposa que me ofrecerá una bienvenida a casa mucho más dulce si

regreso de la campaña cargado de regalos, además de ropa sucia. Si se entera de que he estado en Canterbury y no le he comprado un recuerdo, me tocará pagar en casa bastante más que los pocos chelines que pueda gastarme aquí. ¿Qué te parecen estas azules? ¡El que tiene el talento para el color eres tú!

Hugh se lo pensó. Las cuentas eran atractivas y por su aspecto se dirían que eran de lapislázuli.

—¿Hacen juego con sus ojos?

Ranulf frunció el entrecejo y se quedó mirando a Hugh.

—Hacen juego con los tuyos, por lo que me imagino que lo harán también con los de ella, ya que es tu hermana.

Después de negociar el precio, Ranulf se ató las cuentas al cinturón. Terminadas las compras, los hombres se detuvieron en la taberna más cercana, pidieron una jarra de vino y se sentaron en el exterior a la sombra de un roble.

Había más hombres del campamento real que habían aprovechado como ellos la oportunidad para visitar el sepulcro y las multitudes que entraban y salían de la catedral estaban salpicadas de soldados y criados de distinto rango y condición. Ranulf estiró las piernas.

—Si es así antes de que acabe oficialmente el interdicto, ¿cuánta clientela tendrán en cuanto esté ratificado?

Hugh restregó el pulgar contra el resto de los dedos en un gesto que quería indicar lo que pensaba sobre el aspecto económico del tema y bebió un trago de vino.

Ranulf movió la cabeza de un lado al otro.

—Me cuesta todavía creer lo que ha hecho el rey. La verdad es que le ha tomado la delantera a todo el mundo... Pensaba que Juan estaba acabado, pero... —Su tono contenía admiración, aunque no placer.

Hugh se encogió de hombros.

—Sospecho que mi suegro tuvo mucho que ver en cuanto a convencerlo de que acatara los deseos del papa e hiciera las paces con él.

Ranulf soltó el aire con fuerza por la nariz, un sonido que pretendía expresar sus sentimientos al respecto.

—¿Y por qué habría querido hacerlo? Después de cómo se comportó el rey con él con lo de Irlanda, cabría pensar que lo que desearía era verlo caer.

Hugh gesticuló con la copa en la mano.

—Mi suegro juega su juego con sutileza y equilibrio. Además, juró fidelidad al rey Juan y su juramento es su honor. Por eso tiene tantos hombres que lo siguen y confían en él. Si los franceses nos hubieran invadido, ¿cuántos se habrían pasado del bando del príncipe Luis?

Sin responder, Ranulf sirvió una nueva copa de vino.

—No había otra alternativa que hacer las paces con el papa.

—Tal vez no, pero no había motivos para entregarle además Inglaterra. Ahora somos un estado pontificio. ¡Ja! —El tono de voz de Ranulf sonó asqueado al hacer

referencia al hecho de que, con un vuelco completo en su estrategia, Juan se había arrodillado ante el emisario papal, había accedido a aceptar el nombramiento de Stephen Langton como arzobispo de Canterbury y, en la misma jugada, había convertido Inglaterra en estado vasallo de Roma. El ermitaño que en su día predijo que para la Ascensión Juan ya no gobernaría Inglaterra tenía razón, pero no en el sentido que el pueblo imaginaba. El ermitaño había terminado sus días en la horca.

—Pero remoto, y al haber jurado Juan lealtad al papa, nos protege de Francia y significa que Stephen Langton puede establecerse en Inglaterra como arzobispo de Canterbury... y eso a su vez significa que podemos iniciar los trabajos para que Juan gobierne a través de un proceso con las debidas garantías legales. Para conseguirlo necesitamos el favor tanto de la Iglesia como de los barones.

—¿Crees que Juan va a acceder mansamente a ello? —preguntó Ranulf con cinismo.

—No mansamente, pero no le quedará otra elección cuando el arzobispo de Canterbury y los principales condes respalden la iniciativa.

—Siempre he admirado tu optimismo —dijo Ranulf—. Personalmente, preveo tiempos tormentosos.

Se produjo un breve pero confortable silencio que ambos consagraron a digerir sus pensamientos. Hugh llevaba casi un mes sobre el terreno con las tropas de los Bigod, a la espera de la invasión francesa. A lo largo de las últimas semanas, los espías habían ido informando a diario sobre los avances de la flota francesa. El rey Felipe había invertido sesenta mil libras en su apuesta y estaba decidido a hacerse con Inglaterra, reivindicando que un rey excomulgado era algo socialmente intolerable. Felipe afirmaba que su deber como cristiano consistía en liberar Inglaterra de un monarca como aquel. Pero Juan había aunado fuerzas bajo su estandarte. Por muy impopular que fuera, no todo el mundo quería ver Inglaterra gobernada por los franceses. William Marshal había desembarcado procedente de Irlanda con quinientos caballeros y los mercenarios flamencos de Juan se mantenían firmes en su puesto. Su lealtad dependía de la paga, no de juramentos hereditarios. William Longespée era otro incondicional de Juan. Hugh intentaba no pensar en su hermanastro, pero con frecuencia se veía obligado a hacerlo, puesto que en el campamento estaban instalados cerca el uno del otro y compartían la misma tabla en el consejo.

Hugh terminó su vino y pidió otra jarra. En cuanto Juan claudicó ante Pandulf, el enviado papal, este se apresuró a informar al rey Felipe de que la invasión debía detenerse porque Inglaterra se había convertido en estado pontificio y Juan se había comprometido a aceptar a Stephen Langton como arzobispo de Canterbury, había readmitido a todos los eclesiásticos que huyeron al exilio durante el interdicto y había pagado las debidas indemnizaciones. Los barones rebeldes que se habían exiliado, como De Vesci y FitzWalter, recuperarían sus tierras y recibirían un beso de la paz.

Con un ejército preparado y una invasión que llevar a cabo, el rey Felipe se había puesto furioso y había volcado su atención contra el aliado de Juan, el conde de

Flandes, desplegando todas sus fuerzas sobre Gante. El conde le había implorado ayuda a Juan y este le había respondido despachando a Longespée al frente de la flota inglesa con setecientos hombres a su mando. Los navíos habían zarpado rumbo a Flandes hacía cinco días y no se tenían todavía noticias.

—Tengo ganas de volver a casa —dijo Ranulf—. Dejé un hijo recién nacido en la cuna. ¡A este ritmo, cuando vuelva, él habrá dado ya sus primeros pasos y sus hermanas estarán casaderas!

Hugh pensó por un momento en sus hijos. Con Roger el ritmo de crecimiento y cambio ya se había ralentizado, pero el que llevaba su nombre estaba en esa efímera etapa entre bebé y niño, en la que un par de meses marcaban una inmensa diferencia. Con la excepción de que en este caso tal vez no serían un par de meses, sino que podía ser un verano entero luchando para proteger el gobierno de un hombre que le ponía los pelos de punta.

—Este silencio es siniestro, hermano —dijo Ranulf, sin chispa de ironía en sus ojos.

—En cuanto Langton haya regresado, y dependiendo de lo que suceda en Flandes, el rey podría muy bien decidir cruzar hacia Poitou y atacar el norte para intentar atrapar al rey Felipe entre dos fuegos —aseguró Hugh.

Ranulf se pasó las manos por el flequillo, dejando marcado su pelo castaño canoso.

—Pues que no cuente conmigo para ir de caza —dijo brevemente—. Aun sin contar con mi esposa y mis hijos, tengo una cosecha que cultivar y asuntos que atender en casa. No pienso prolongar mi estancia en campaña más allá de mi periodo de servicio y no estoy dispuesto a poner ni siquiera un pie en la otra orilla. —Apuró su vino y depositó la copa en la mesa con un golpe—. Tampoco pienso pagar para que contrate hombres en ultramar. He prestado mi servicio y mi persona. En cuanto mi periodo finalice, me voy... hasta el año que viene. —Miró a Hugh—. ¿Y tú? ¿Irás si te lo pide?

—Tendría que pensármelo —respondió Hugh, rascándose el cogote.

—Me sorprende que te plantees incluso la posibilidad.

—Es un tema a discutir en familia y que debe decidir mi padre.

—Pero el que tienes que ir y prestar servicio eres tú.

Hugh suspiró, abriendo las manos.

—Sí, ¿pero, qué ganaría rebelándome contra mi padre? No pienso permitir que Juan nos divida. Le he visto hundir el cuchillo en el mortero que mantiene unidas a las familias, separarlas y quedarse viendo cómo todo se desmorona. Cuando llegue el momento, actuaremos pensando en el bien de todos.

—Pues bebamos por el bien de todos —dijo con amargura Ranulf. Sirvió otra copa y la levantó para brindar. Hugh respondió al gesto levantando la suya y se preguntó si debería ser ya la última. *In vino veritas*. No estaba muy seguro de la conveniencia de empezar a soltar verdades si iban a por la tercera jarra.

En aquel momento hizo su entrada en la taberna un peregrino cargado con ampollas de plomo, cruces, cuentas de oración y un rollo de pergamino decorado y sujeto con una cinta roja.

—No me extraña que el papa quiera para Roma una parte de los huesos de Santo Tomás —murmuró Hugh para cambiar de tema—. Deben valer más que su peso en oro.

Los ojos de Ranulf se iluminaron con un brillo irónico.

—Me pregunto por cuáles se decidirán... —Se interrumpió y ladeó la cabeza en dirección a la calle, donde se oía a alguien gritar como un loco. Hugh y Ranulf dejaron las copas sobre la mesa y salieron corriendo. Varias personas habían unido las manos para formar un círculo y bailar una carola. Dos soldados lanzaban gritos de alegría a todo pulmón cuando dejaban de soplar sus cuernos de caza. Más allá, otro hombre saludaba, gesticulaba y recibía abrazos de todo el mundo.

Hugh y Ranulf se acercaron a aquel grupo en particular.

—¿Hay noticias? —preguntó Hugh.

El mensajero del centro del corrillo se volvió hacia ellos con una resplandeciente sonrisa. Con los abrazos le habían ladeado el sombrero, que colgaba de forma precaria sobre unos rizos aplastados por el sudor.

—¡Grandes noticias, señores! —Cerró el puño con fuerza—. ¡El conde de Salisbury, milord Longespée, ha conseguido una gran victoria sobre los franceses! ¡Ha destruido su flota y ha conseguido un botín suficiente para llenar cincuenta veces la catedral! Dios vuelve a sonreír a Inglaterra. ¡Es una señal, una señal de verdad!

El gentío lo levantó en hombros y lo transportó de aquella guisa hacia la catedral, sin dejar de entonar la melodía y acompañándola con el sonido de campanas, cuernos y carrasposos gritos de alegría. Hugh y Ranulf entraron de nuevo en la taberna para acabar el vino, pero lo hicieron con rapidez y sin sentarse a la mesa. Si la noticia había llegado a Canterbury, a buen seguro se habría extendido también por el campamento.

—Bien, esto responde a la pregunta sobre los franceses y los deja fuera de la competición —dijo Ranulf. Era una declaración rotunda y su inflexión difícil de adivinar, igual que el modo en que había levantado la copa—. Por nuestro hermano en matrimonio, el conde de Salisbury.

Hugh levantó su copa y la apuró.

—Por la justicia —dijo.



Hugh desplegó el envoltorio protector de tela gris que Ralph acababa de entregarle con un gesto teatral y descubrió en su interior una capa confeccionada con gruesa lana de color escarlata forrada con piel de ardillas rusas. El cierre del pecho consistía en un cordón de seda unido a dos broches redondos de oro macizo, y el remate era de brocado dorado con incrustaciones de piedras preciosas.

Hugh se quedó mirándola pasmado.

—¡Esto es digno de un rey!

Ralph se ruborizó encantado.

—Sabía que te gustaría. Quién sabe, a lo mejor perteneció a Felipe o a Luis. ¡Encontré un arcón con tres capas y cinco túnicas de seda! —Se llevó la mano al pecho, para indicarle que llevaba una de ellas, una prenda magnífica confeccionada en damasquino rojo que destacaba su pelo oscuro y el brillo de sus ojos. En su cadera derecha lucía una ampulosa daga enfundada en una vaina dorada, mientras que sus dedos resplandecían cargados de anillos de oro. Se pavoneaba como un gallito de corral, aunque su sincera satisfacción y placer por ser capaz, por una vez, de ofrecer dadivosidad en lugar de recibirla lo salvaba de mostrarse engreído—. Tengo una pieza de seda para nuestra madre y una copa de oro para mi señor padre... además de dos sombreros.

—Los sombreros le gustarán —aseguró Hugh riendo. Movi6 la cabeza en dirección a su hermano—. Veo que has olvidado por completo las pieles de lobo.

Ralph rio también y respondió a Hugh con un gesto grosero.

—¿No te gusta?

—¡Oh, por supuesto! —dijo Hugh, y se dispuso a probarse la capa.

—¡Nunca te imaginarías un botín como aquel! —exclamó Ralph con entusiasmo, y se dispuso a relatar su historia mientras la tarde de junio empezaba a oscurecer y las chispas saltaban de la hoguera como destellos de naranja y oro lanzados por un dragón—. ¡No podíamos ni creérmolo! —Le brillaban los ojos—. ¡Toda la flota invasora francesa anclada en el puerto de Damme y sin apenas centinelas, puesto que las tripulaciones y los soldados habían dejado allí sus navíos para ir a asediar Gante! ¡Pudimos elegir entre quinientas cocas y galeras! Cogimos lo que nos vino en gana y el resto lo tiramos por la borda. Habríamos tenido más si el rey Felipe no nos hubiera calado, aunque cuando llegó a Damme, ya nada podía hacer. No quería dejar en nuestras manos lo poco que quedaba de su flota, de modo que mandó brulotes contra los navíos y les prendió fuego. Nosotros le hundimos algunos en el lugar adecuado para bloquear la salida del puerto. —Ralph se frotó las manos—. ¡Fue glorioso! ¡Ya no habrá invasión, a menos que seamos nosotros los invasores! ¡La nueva embarcación de nuestro hermano Longespée ha demostrado que vale diez veces lo que ha costado, y además tenemos marineros ingleses! Nunca había imaginado poder hacerse con un botín con tanta facilidad. Apenas tuvimos que asestar un golpe. ¡Además, la climatología ha estado de nuestra parte y pudimos volver sanos y salvos a casa y cargados con el botín de los franceses! —Esbozó una maliciosa sonrisa—.

¿Ves lo que sucede cuando tienes el respaldo del papa?

Hubo un cruce de miradas irónicas en torno a la hoguera y alguien le dio un afable puñetazo.

—No estoy tan seguro de que Dios haya tenido algo que ver con esto, quienesquiera que sean los contrincantes —comentó Hugh, abrochándose la capa—, aunque al menos, de momento, estamos seguros y podemos concedernos un respiro durante el cual reflexionar sobre nuestro próximo movimiento.

—¡Que no será otro que reclamar Normandía, claro está! —dijo Ralph sin dudarle un instante—. Tenemos los hombres y los medios. Deberíamos atacar mientras la ventaja esté de nuestra parte.

—Es también una cuestión de tener la voluntad para hacerlo —añadió Hugh mirando de reojo a Ranulf—. En casa tenemos asuntos igual de apremiantes que hay que abordar.

Ranulf asintió.

—No todo el mundo está tan dispuesto como Longespée a hacer lo que el rey le ordene. Además, ni la excomuniación ni el interdicto están oficialmente anulados.

—Pero lo estarán... muy pronto lo estarán —aseguró Ralph.

Ranulf se incorporó para estirar los músculos. Ralph le había entregado un bolsito de seda para Marie que contenía un cordón de perlas y lo tenía entre sus manos con apocada cortesía, como si lo aceptara porque tenía que hacerlo, no porque sinceramente lo deseara.

Voy a acostarme —dijo—. Si bebo más, mi cabeza se resentirá mañana por la mañana. —Se despidió de los hombres sentados en la bancada y salió en dirección a su pabellón.

Ralph se quedó viéndolo marchar.

—¿Qué le pasa?

—Tiene mucho en qué pensar —respondió Hugh—. Todos tenemos mucho en qué pensar. —Para distraer a Ralph, levantó un extremo de la capa para pasarlo por encima del hombro con el fin de enseñar a la concurrencia el forro gris y blanco. Abrió las manos en un gesto que invitaba a comentarios.

Ralph sonrió.

—Empiezo a arrepentirme de no habérmela quedado para mí. —Volvió a llenar su copa y dijo con cierta ansiedad—: Me imagino que te alegras por nuestro hermano Longespée, ¿no?

—Por supuesto. —Hugh intentó que sus palabras sonaran sinceras—. Es una gran victoria y debemos sentirnos orgullosos. —Y era cierto. Que la política que rodeaba la situación fuera turbia y el futuro incierto no restaba mérito al logro de Longespée. Era un hombre nacido para aquel tipo de expediciones, empresas vistosas en las que todo estaba en juego—. Pero me siento igualmente orgulloso de ti. —Le dio un apretón en el hombro—. Un buen comandante no es nada sin sus hombres.

Más tarde, acostado en su catre de campaña, Hugh unió sus manos detrás de la

cabeza a modo de almohada y escuchó el mordisqueo de los caballos en los alrededores, los sonidos del movimiento y las conversaciones en voz baja de los hombres que estaban de guardia. Estaba cansado, pero su mente no cesaba de dar vueltas. Longespée había conseguido una gran victoria y habría que aprovechar aquella inercia conduciendo al ejército hacia Poitou, pero no sería así. La lealtad y el compromiso brillaban por su ausencia y los hombres, que tenían asuntos pendientes en casa, llevaban ya demasiado tiempo en campaña. Había otros temas que abordar y hasta que eso sucediera, el ejército de Juan, por muchos éxitos que alcanzara en su periferia, iba a emprender la marcha en el acto.

Catedral de Winchester, julio de 1213

Una nube de incienso se alzaba como un fantasma entre los luminosos rayos de luz que se filtraban a través de las ventanas de arco apuntado de la catedral y motas de arcoíris salpicaban a la multitud congregada en la nave principal. Mahelt estaba presente, junto a su madre, sus hermanos y hermanas, en la ceremonia de absolución formal del rey Juan de la excomunión a la que había estado sometido y de nueva bienvenida al seno de la Iglesia que estaba siendo oficiada por Stephen Langton, restablecido como arzobispo de Canterbury.

Juan juró sobre los Evangelios amar y defender a la Iglesia, respetar las leyes de sus antepasados y acabar con el mal gobierno. Mahelt lo escuchó pensando que todo aquello estaba muy bien, pero que en verdad aquellas palabras no significaban nada, puesto que Juan no mantendría aquellas solemnes promesas a menos que se las fijaran con clavos. Si ahora juraba con ferviente sinceridad era porque quería cruzar con su ejército el mar Estrecho y atacar a los franceses mientras estuvieran aún tambaleándose y en vías de recuperación. Longespée estaba ya de vuelta en Flandes con instrucciones de mantener ocupado el ejército del rey Felipe.

Langton se inclinó para darle al rey el beso de la paz. Lo había hecho ya en las escaleras de la catedral, pero lo repitió ante Dios y San Suituno. Su expresión era la de un moralizador, con los labios fruncidos, un gesto que podía ser tanto de pedantería como de divertimento. Le gustaba guiar, dirigir y educar; se consideraba un hombre de razón y equilibrio con mucho que poner en orden.

Celebrada la misa, el rey, el arzobispo y los obispos presentes salieron de la catedral por la puerta occidental y, por tercera vez, Juan y Langton intercambiaron el beso de la paz, en esta ocasión ante una multitud de testigos para que nadie pusiese en duda la reconciliación que acababa de producirse.

Mahelt emergió con su madre de la fría oscuridad de la catedral al potente resplandor del sol de finales de julio y tuvo que resguardarse los ojos con la mano. Su padre estaba cerca del rey, al igual que su suegro, que se había desplazado desde Framlingham para la ocasión. Estaba rojo y congestionado por el calor, puesto que había insistido en lucir su capa forrada de armiño. Ida no estaba presente porque su salud seguía siendo incierta y el viaje habría agotado sus reservas. Mahelt estaba presente en aquel acto como condesa de Norfolk en funciones.

Will se aproximó a ella después de abandonar el corrillo de jóvenes herederos y caballeros de más edad con quienes había estado y entre los que se contaban el cuñado de Mahelt, Ranulf FitzRobert, y el antiguo rebelde, Eustace de Vesci, que había sido perdonado y restituido.

—El rey debería llevar la vida de un trovador itinerante —murmuró con desdén Will—. Estas promesas no son más que falsedades para salir del atolladero en el que se ha metido y convencernos de que nos pongamos en marcha hacia Poitou. No le harán ningún bien.

—La paz nos hará bien a todos, hijo mío —repuso su madre, su mirada de advertencia.

—A todos no —replicó Will con una sonrisa socarrona—, puesto que no se hará extensiva a todos, ¿no crees?

—Alégrate de que el interdicto haya acabado y de que tengamos al timón un arzobispo sensato —dijo su madre con disciplinada serenidad.

—Y un rey podrido. ¿Cómo quieres que me alegre de eso? ¿Te alegras tú, madre?

—No he dicho que me alegrara por ello. Lo que he dicho es que el arzobispo Langton es un hombre sensato. Aportará el equilibrio que hasta ahora no ha habido. Tu padre está aquí, además, y todo esto es por el bien del país y de nuestras tierras.

—Pero no por el suyo, te lo aseguro, aunque él no quiera verlo. Nunca lo ve.

—Ha pasado mucho tiempo lejos de Inglaterra. Está contento de estar de vuelta. Irlanda siempre ha sido para él un lugar de espera.

Will la miró encolerizado.

—Mejor Irlanda —dijo y, viendo en la cercanía a un conocido, se disculpó y se alejó para ir a hablar con él.

Isabelle suspiró y, con el ceño fruncido, siguió con la mirada su marcha.

—Temo que el tiempo que ha pasado como rehén ha corroído su carácter afable.

—La verdad es que no estoy muy segura de que su carácter fuera afable en el pasado —comentó Mahelt, y se mordió la lengua para no mencionar otras cosas que sabía, cosas que habían llenado de amargura el alma de su hermano. Amaba y confiaba en su madre, pero había asuntos que tenían que permanecer en privado entre ella y Will.

Isabelle le lanzó una sagaz sonrisa.

—Tampoco lo es el tuyo, hija mía. Temía por los Bigod cuando entraste en su casa, tanto como temía por ti.

Mahelt se ruborizó. No estaba segura de cuánto conocía su madre acerca de las actividades clandestinas que había llevado a cabo en nombre de Will en los inicios de su matrimonio. Seguramente era mejor no sacarlo a colación. Rio a regañadientes.

—Hugh me trata bien y me quiere mucho. Con su padre... he llegado a momentos de entendimiento y a treguas... treguas en su mayoría. —Miró con remordimiento a su suegro, que parecía un cangrejo hervido—. Adoro a la madre de Hugh, pero me tiene muy preocupada. Este invierno estuvo muy enferma y temimos incluso que pudiera morir. Ahora se encuentra algo mejor, pero no puede asumir más que tareas poco relevantes.

—Cuánto lo siento. Confío en que se recupere pronto.

Mahelt asintió, coincidiendo con ella.

—Se puso enferma justo antes de la llegada del rey a Framlingham y tuve que asumir el papel de castellana. —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la oía. Bajó la voz y dijo—: El rey... cuando nos visitó... Me sugirió que me abriera de piernas por él.

Su madre cogió aire.

—¿No...?

—¡No! —exclamó Mahelt con enojado desdén—. Le metí mano en sus joyas y casi se las arranqué del cuerpo.

Isabelle se llevó la mano a la boca para sofocar un grito.

—Creyó que porque estaba a solas conmigo me convertiría en su víctima, pero el que acabó como víctima fue él.

—Está bien que te defendieras, pero ándate con cuidado porque buscará la manera de vengarse —dijo Isabelle con preocupación—. ¿Lo sabe Hugh?

—Sí, pero no se lo hemos dicho a nadie, ni siquiera a su padre, y no creo que el rey se lo haya comentado a ninguno de sus compinches. Alegó que el dolor era consecuencia de las magulladuras provocadas por la silla de montar. —Mahelt echaba chispas solo de recordarlo—. Hugh lo habría castrado de no haber sido porque el rey estaba bajo el tejado de Framlingham y porque sus caballeros y secuaces estaban acampados en el patio. Hugh dice que tenemos que jugar con la razón y no hacer locuras.

—Tiene la cabeza bien asentada sobre los hombros.

Mahelt se estremeció a pesar del calor reinante.

—Odio a Juan —dijo.

Isabelle levantó el dedo índice en señal de advertencia.

—Es el rey ungido, y por mucho que no quieras sentarte a su lado en el transcurso de una cena o pasar tiempo en su compañía, es sagaz e inteligente. Debemos jugar con astucia y precaución... como muy bien saben Hugh y tu padre.

—Mamá...

—Te entiendo —interrumpió Isabelle, apretándole el brazo—. Pero en este asunto debes separar el corazón de la cabeza. No hablemos más, se acerca el arzobispo. —Se

agachó para hacer un reverencial saludo.

Mahelt no replicó e imitó el gesto de su madre. No estaba muy segura de si era capaz de separar el corazón de la cabeza. Tenía la sensación de que si el precio de la diplomacia era tragarse el odio que sentía hacia Juan, su bolso no disponía de la moneda adecuada.



Mahelt enrolló un mechón de pelo alrededor de su dedo índice y extendió los pies hacia el calor que desprendía aún la chimenea. Era tarde, y aparte de la luz de las estrellas y el destello ocasional de alguna hoguera de vigilancia o de la linterna de un centinela, Winchester estaba sumido en la oscuridad. Los miembros de la familia se habían retirado hacía rato, pero ella estaba en pie esperando a Hugh, que estaba hablando de cuestiones de estado con su padre y otros barones, incluyendo entre ellos a su hermano y al arzobispo de Canterbury. Su padre estaba en otro lado, al servicio del rey. Era sabido que una esposa buena y solícita tenía que esperar despierta a su esposo, pero la vigilia de Mahelt no era del todo consecuencia de su deber, sino que sentía curiosidad.

Ella y su madre habían pasado juntas la tarde, poniéndose al día de chismorreos mientras los niños jugaban. Ancel y Joanna tenían una edad similar a los hijos de Mahelt. Sus demás hermanas se habían sumado a los chismorreos o al juego, lo que más les había apetecido. Cuando Mahelt se despidió de ellas al dejar su casa, no eran más que bebés y niñas pequeñas. Pero ahora Belle, con trece años de edad, empezaba a desarrollar su cuerpo y apuntaba a convertirse en la belleza de la familia, con una blonda melena que le llegaba a la cintura y sus ojos azul oscuro. Sybire tenía doce, y la pequeña Eve era una niña de largas piernas de ocho años de edad. Gilbert y Walter habían dejado de ser niños traviesos para convertirse en adolescentes de voz quebrada y con escaso interés por los asuntos domésticos del cenador. Gilbert estaba formándose para entrar en la Iglesia y había establecido su meta en hacerse con un obispado, mientras que Walter se mostraba inquieto como un potranco en primavera.

Cuando su madre se marchó, los hombres no habían regresado todavía y era ya pasada la medianoche cuando los sonidos en el patio y el ladrido de los perros mezclado con órdenes dadas en voz baja despertaron a Mahelt de su amodorramiento. Se frotó los ojos y se acercó a las contraventanas abiertas. Gracias a la luz de la linterna que portaba un escudero, vio que Hugh se despedía de su padre mientras *Tripas* y un par de perros más de la casa correteaban a sus pies.

Cuando Hugh empezó a subir la escalera exterior que conducía a su cámara,

Mahelt corrió a sentarse al banco de nuevo para que no la sorprendiera mirando por la ventana como una esposa exageradamente ansiosa.

—¿Todavía despierta? —se extrañó en cuanto abrió la puerta—. Me imaginaba que a estas alturas llevarías ya un buen rato en la cama. —*Tripas*, meneando la cola hasta casi tropezarse con sus tres patas, empezó a dar vueltas alrededor de Mahelt y Hugh hasta dejarse caer finalmente frente a las brasas de la chimenea.

Mahelt se levantó del banco.

—No estaba cansada. —Le retiró el sombrero a su esposo y le dio un beso en la mejilla. Se dio cuenta entonces de que llevaba un pedazo de pergamino en la mano.

—Y claro está, tu curiosidad no tiene nada que ver con que sigas en pie. —Los párpados de Hugh se arrugaron con la sugerencia.

Mahelt hizo una mueca.

—Por supuesto que no. ¿Te apetece un poco de vino?

Negó él con la cabeza.

—Estoy de vino que me sale por las orejas. Creo que ya he bebido demasiado. — Se sentó en la cama y Mahelt se arrodilló para quitarle las botas.

—¿Piensas contarme, entonces, qué ha pasado? ¿Qué es eso que llevas en la mano?

Hugh miró a su alrededor para comprobar que no había criados a la vista y le entregó el pergamino a Mahelt.

—El futuro —anunció.

Mahelt bajó la vista hacia el documento. No era la caligrafía de un escriba; de hecho, sospechó enseguida que era un escrito de la mano de su suegro. En el pergamino había algunas anotaciones y lugares donde se habían tachado palabras para reemplazarse por otras, pero aunque el documento no era un ejemplar limpio, seguía siendo claro. Mahelt empezó a ruborizarse a medida que fue leyendo los puntos.

—«El rey Juan otorga que no condenará hombre alguno sin juicio previo, ni aceptará nada a cambio de hacer justicia, ni llevará a cabo injusticias». —Miró de reojo a su esposo y fijó de nuevo la vista en el pergamino—. «Nombraremos jueces, alguaciles, *sheriffs* y otros funcionarios, solo hombres que conozcan las leyes del reino y tengan el propósito de guardarlas cabalmente. Otorgo que mis hombres no servirán en el ejército fuera de Inglaterra excepto en Normandía o Bretaña, y esto en el sentido más estricto; y si alguien por consiguiente adeuda el servicio de diez caballeros, será mitigado según el consejo de mis barones. Separaremos por completo de sus bailías a los parientes de Gerard D'Athée, quienes no podrán en lo sucesivo ejercer cargos en Inglaterra, a saber, Engelard de Cigogne, Peter, Guy y Andrew de Hanceaux, Guy de Cigogne, Geoffrey de Martigny, Philip Marc, sus hermanos, y su sobrino Geoffrey y toda su progenie. Devolveremos con presteza al hijo de Llewelyn, a todos los rehenes galeses y las cartas que se nos hayan entregado como garantía de la paz». —Tuvo que levantar la vista y secarse las lágrimas, aunque sin dejar en

ningún momento de asentir con determinación, resplandeciente de orgullo. Naturalmente, aquella era la parte más sencilla del trato. Conseguir que Juan lo aceptara iba a ser más difícil.

—Guárdalo en la caja fuerte del arcón de las armas —dijo Hugh—. Como puedes ver, esta noche no hemos pasado el rato simplemente bebiendo y hablando de frivolidades. Ahora que Langton está de nuevo aquí, podemos empezar a ir en serio. Esto no es más que un anteproyecto; queda aún mucho por hacer, pero cuando esté terminado, tendremos nuestra carta y, contra viento y marea, obligaremos al rey a comprometerse a acatar sus términos. —El discurso fue acalorándolo—. No es ni rebelión ni traición. Juan ha jurado hoy mismo en la catedral que mejoraría sus modales, y estos puntos se convertirán en el medio para que así sea.

Mahelt cogió el pergamino y lo guardó en el interior de un cofre de madera que depositó a su vez en el arcón de las armas. El arcón tenía cerradura doble tanto porque almacenaba armas afiladas, como para salvaguardar su contenido de manitas traviesas. Regresó a la cama y se arrodilló encima de Hugh. Si antes estaba despierta e inquieta, la anticipación por lo que pudiera pasar y las emociones la tenían ahora en estado de ebullición.

—¿Lo sabe mi padre?

—Le hemos pedido a Will que se lo cuente cuando regrese de servir al rey. Juan necesitará hombres equilibrados a su lado para que lo acompañen a la mesa de negociaciones. Mejor que tu padre esté al corriente, aunque estará implicado por el otro bando, por decirlo de alguna manera.

Mahelt desprendió el broche de oro que sujetaba la túnica de Hugh y a continuación deshizo los cordones de su camisa.

—¿Y crees que Juan estará de acuerdo?

Hugh deslizó las manos por la melena castaña de Mahelt y, atrayéndola hacia él, la besó. Su boca estaba caliente y sabía a vino, y Mahelt se estremeció de placer. Confiaba en que no hubiera bebido demasiado.

—De entrada, no —respondió Hugh entre besos, arqueando la espalda y jadeando—, pero conseguiremos que lo esté. No le permitiremos promesas vacías.

La mano que Mahelt tenía ocupada confirmó encantada las esperanzas que tenía depositadas en relación a su estado de ánimo. Estaba duro como una lanza.

—Ni yo te las permitiré a ti —dijo ella riendo y sentándose a horcajadas sobre él.



Will miró a su padre y respiró hondo. Estaba navegando por aguas peligrosas.

—En ocasiones has dicho que había que poner freno al rey. Tú mismo has sido víctima de sus abusos... todos lo hemos sufrido.

Era tarde y ya solo quedaban ellos dos en la pequeña habitación separada mediante una mampara del salón de la casa donde estaban alojados los Marshal en Winchester. Todo el mundo se había acostado hacía ya un buen rato. A Will le escocían los ojos de agotamiento y las ojeras que lucía su padre le daban a entender que también él había tenido una jornada larga y complicada. Sin embargo, ni el uno ni el otro podrían conciliar el sueño si el anteproyecto de aquella carta se interponía entre ellos. Will estaba enojado por haber sido él el elegido para hablar con su padre. En su opinión, habría sido mejor que lo hubiera hecho alguien externo a la familia, puesto que la relación entre padre e hijo estaba ahora enturbiando las cosas. Estaba viéndose obligado a pedirle a su padre que le escuchara, y aquello era una inversión total de los papeles.

—Pero celebrar reuniones clandestinas a las que asisten hombres que en su día se rebelaron contra el rey no es la manera de hacerlo —replicó su padre, con cierta mordacidad.

—Langton presidió la reunión. Estuvieron presentes Roger y Hugh Bigod. El hecho de que De Vesci y FitzWalter formen parte del grupo no convierte el documento en una rebelión. Está basado en una carta del primer rey Enrique. —Will clavó en su padre una mirada sólida y decidida con la intención de transmitirle que no estaba dispuesto a claudicar. Tenía veintitrés años y era un hombre libre—. Son hombres que no se esfuman en el aire, padre.

—Yo no estaría tan seguro. Saer de Quincy no es hombre en quien confiar en plena tormenta, ni hombre cuya compañía me guste frecuentar.

—Lo mismo podría decirse de Juan —replicó Will.

Se formó entonces una arruga en la mejilla del mariscal. Se giró repentinamente hacia donde estaba la jarra y rellenó las dos copas.

—No tienes necesidad de formar parte de todo esto —dijo—. Puedes regresar a mi casa y tomarte todo el tiempo que necesites para recuperarte y asentarte.

Will aceptó el vino como muestra de buena voluntad, pero su expresión siguió tan determinada como la de su padre.

—Con todos mis respetos, para eso ya es demasiado tarde. Debes escuchar, padre. ¿Qué... qué sucederá si cuando llega el momento crucial sucumbes? —Acababa de pronunciar aquellas palabras y se sentía terriblemente mal por haberlas dicho, pero tenía que hacerse.

—Jamás pensé que vería a mi hijo juntarse con rebeldes —dijo su padre con exhausta aversión—. Es como mirarse en un espejo roto.

Will se encogió de miedo por dentro, pero consiguió que su horror no se hiciera evidente ni en su cara ni en su cuerpo.

—Solo queremos un gobierno justo.

Su padre hizo un gesto de negación con la cabeza y extendió la mano para recibir

el pergamino. Pese a que no sabía leer las palabras, era capaz de leer los sellos y los conocía todos de memoria. Will lo observó con turbación. Su padre tenía una memoria excelente; le bastaba con escuchar o ver algo una sola vez para fijarlo en su cabeza. Si Will no se lo hubiera leído correctamente, todo se iría a pique. Lo único que tenía que hacer su padre era llevarle aquel documento a Juan y prevenirlo.

—¿Estás dispuesto a enfrentarte a estos hombres? —preguntó Will, tratando que su voz no delatara su turbación.

—En caso de necesidad, me enfrentaría individualmente a todos ellos —aseguró su padre—, pero las circunstancias no son esas. Se trata de enfrentarse a la traición. Siempre me he esmerado en proteger a nuestra familia. He concebido estrategias y buscado informantes, pero nunca he conspirado en rincones oscuros... ¡jamás!

Will tragó saliva.

—¿Estás dispuesto, entonces, a enfrentarte a mí como traidor?

—¿Debería dar mi bendición a que ataques al rey por la espalda? No eres mejor que aquel a quien pretendes derrocar.

Will pestañeó, pero se mantuvo firme.

—Que Dios te perdone y que Dios me perdone. ¿No lo ves? —Extendió la mano en un gesto de súplica—. No puedes enfrentarte a esto. No son solo estos nombres. Son un sinfín. Esta noche he venido a pedirte que nos allanes el terreno y nos ayudes a hacer entrar al rey en razón. ¿Acaso sus actos no violan tu corazón y tu honor? ¿Qué pasará si todo esto acaba convirtiéndose en una guerra? ¿De qué bando estarás cuando las cenizas cubran todo el país? ¿Serás la marioneta de este rey tirano o utilizarás tu visión de futuro para discernir el camino correcto a seguir?

Su padre no dijo nada, pero dio media vuelta y, caminando hacia la pared, clavó la mirada sin verlo en un tapiz, los puños cerrados con fuerza. Will sabía que le había hecho daño, aunque su padre también le había herido a él. Se sentía en carne viva y despedazado, y la causa fundamental de todo ello volvía a ser Juan.

El mariscal se giró, y si antes parecía agotado, su expresión era ahora de completa extenuación.

—¿Cuál es el camino correcto a seguir? —preguntó—. Porque me cuesta creer que Eustace de Vesci o Saer de Quincy lo sepan... ni tan siquiera creo que lo conozca el conde de Norfolk, aunque imagino que sus conocimientos como jurista deben de ser indispensables.

Will se armó de valor.

—Ya te lo he dicho, padre, no se trata únicamente de De Vesci y de FitzWalter. Tu talento es indispensable también. Mira bien los estatutos de la carta. ¿Eres capaz de afirmar sinceramente que te opones a ellos? ¿No quieres ver el fin de De Cigogne y los de ese jaez? —Will se estremeció sin quererlo—. ¿No quieres la protección de las mujeres y el fin de los falsos arrestos?

Su padre se pellizcó el puente de la nariz y suspiró.

—Sí, por supuesto que lo quiero, y sí, los estatutos son dignos de debate, pero sin

clandestinidad. No niego que la lista incluye hombres de buen nombre, pero hay otros que no pretenden más que crear problemas. No lo ven como un medio para poner freno a los excesos de Juan, sino como un paso hacia reemplazarlo por el rey de Francia o por su hijo y fomentar sus mezquinos intereses y eso, por mucho que quieras disfrazarlo, hijo mío, es traición.

—Por eso acudo a ti, padre. Eres uno de los pocos hombres a quien Juan escucharía. Puedes convencerlo de que acceda a esta carta y de esta manera todo el mundo estará más tranquilo y dispondremos de un código de trabajo.

Su padre negó de nuevo con la cabeza.

—Por mucho que me consideres un viejo tozudo, yo sigo considerándote un joven ingenuo y alocado. Teniendo en cuenta que todo esto está ya en marcha, pienso que debería ser hecho público para que todos podamos escuchar los estatutos. Soy mariscal del rey. Mi deber consiste en ofrecerle asesoramiento imparcial y permanecer a su lado. A las duras y a las maduras. Piénsalo, Will. Piénsalo bien, porque llegará un día en que serás tú quien tenga que cumplir con este deber.

—También tú deberías pensarlo, padre. —Will miró hacia la puerta—. Tengo que irme; es muy tarde. —Se giró y se arrodilló ante su padre por obligación y respeto.

—Aquí tienes una cama. Puedes quedarte... Es tu casa.

Will dudó un instante, la tentación era tan grande que incluso dolía físicamente. Hundirse en un colchón blando, aspirar el aroma a sábanas limpias y creer que estaba en casa y que al día siguiente todo saldría bien. Pero se sacudió de encima aquel sentimiento de debilidad y se incorporó.

—No, dispongo de alojamiento en la ciudad y es mejor que me vaya. —Porque bajo aquel tejado era un subordinado, no un adulto en su pleno derecho, y de momento necesitaba estar convencido de que era precisamente eso.

Su padre asintió y lo estrechó en un breve y robusto abrazo, en parte de cariño y en parte una reprimenda. Cuando se separaron, Will abandonó la estancia y, aun teniendo tentaciones, no volvió la vista atrás. Sabía que su padre pensaba que todo aquello formaba parte del desenfreno de la juventud, pero no era así. Era el resultado de la convicción de un hombre hecho y derecho.

Costa sur, verano de 1213

Hugh vio que el rey posaba las manos sobre los florones que remataban el trono para presionarlos. La fuerza del movimiento, la rigidez del cuerpo de Juan en el interior de sus ropajes con incrustaciones de piedras preciosas, el ligero temblor que desprendía y que lo envolvía como una calima hablaban de la rabia que sentía. Su tienda de campaña estaba abarrotada de caballeros y barones.

Al lado de Hugh, Ranulf estaba también rígido, pero más debido a su determinación que a la ira.

—Señor, mis hombres y yo hemos permanecido en el campamento todo el tiempo que he podido permitirme. Mis arcas están vacías. He acudido a todos vuestros emplazamientos. Me he mantenido firme ante la amenaza de una invasión francesa, pero a menos que me proporcionéis fondos, no puedo cruzar el mar con vos rumbo a Poitou. No tengo dinero, ni para dar de comer a mis caballos ni a mis hombres.

—¿Pretendes que te pague a cambio de cumplir con tu deber feudal? —le preguntó Juan con una suavidad peligrosa.

—He cumplido con mis obligaciones, señor. El año que viene volveré a hacerlo, pero por ahora me marcho... a menos que me proporcionéis los recursos para permanecer aquí.

Su discurso fue recibido con murmullos de aprobación. Ranulf no era un caso aislado, ni era el portavoz de los afectados, solo que el rey había decidido esta vez escuchar y elegir su voz.

—No pienso hacer tal cosa —gruñó Juan—. Tu obligación es obedecerme y seguirme allí donde yo te diga.

Ranulf se llevó las manos al cinturón y se mantuvo firme.

—Señor, no estoy obligado a servir en ultramar a menos que sea en Normandía

o en tierras bretonas. Mi juramento no incluye Poitou.

Hubo más murmullos de consenso y movimientos inquietos de pies entre los demás hombres, como si estuvieran apostándose en la cubierta de un navío que navega por mares inciertos. Nadie estaba dispuesto a zarpar con el rey para desafiar a los franceses más allá de Poitou. Tal y como Ranulf había indicado, llevaban todo el verano en estado de alerta y estaban hastiados. Alimentar a los caballos, pagar los salarios y estar preparados para dar la talla en todo momento había vaciado las arcas. Había asuntos que atender en casa. La guerra que Juan pretendía librar en el extranjero podía esperar.

—Señor —dijo Hugh, tomando la palabra en apoyo de su cuñado—, estamos casi a finales de verano y cualquier campaña tendrá que comprimirse en dos meses, en lugar de seis. No estamos preparados.

—No me chupo el dedo, Bigod —rugió Juan.

—Ni lo hacen tampoco estos hombres, señor —replicó Hugh, consiguiendo que su voz no se alterase a pesar de que el corazón le retumbaba con fuerza en el pecho—. La mayoría somos veteranos.

—Veteranos en perfidia y en pensar solo en beneficio propio —dijo Juan, enseñando los dientes—. Maldigo el día en que accedí a hacer las paces con el papa y permití que los hombres que habían conspirado contra mí regresaran del exilio y recibieran el beso de la paz. Embarcaré cuando haya subido la marea y empiece el reflujó, y me seguiréis en el transcurso de dos días. Atended vuestras armas y caballos y preparaos. Consideraré traidor a todo aquel que no lo haga. ¡Idos de aquí, todos!

Ya en el soleado exterior de la tienda real, Hugh respiró hondo para recuperar el equilibrio.

—¡Es un bastardo! —exclamó Ranulf, fuera de quicio—. Tantas palabras de contrición, tanto juramento... Jamás fue sincero. ¡Lo único que quería era liberarse de la presión del papa y de Francia y embarcarnos a todos hacia Poitou! Si quieres, hazte a la mar rumbo a una guerra extranjera, pero yo me vuelvo a casa. — Levantando airado las manos, echó a andar hacia su pabellón.

Hugh le siguió, más despacio. No esperaba otra respuesta de Juan aunque, a diferencia de Ranulf, él tenía más de una opción. No albergaba la más mínima intención de seguir al rey, pero tenía la excusa de que necesitaba la autorización de su padre para conducir a los hombres de los Bigod a ultramar. Tenía además a su mando un contingente de marineros de Ipswich y Yarmouth, y si decidía finalmente no embarcarse, siempre podía dar aquellos hombres al rey a modo de tripulación de mercenarios.

Ranulf empezó a vociferar órdenes de levantar el campamento y cargar las acémilas. Hugh ordenó a sus criados que desmantelaran su pabellón y fue a ver a su cuñado.

—Cuídate —le dijo—, y cuida de Marie y de los niños.

Ranulf le dio un apretón en el brazo.

—Lo mismo digo.

Intercambiaron miradas que decían mucho sin decir nada. Ambos conocían muy bien los peligros del camino que habían decidido seguir.



Mahelt, en la casa de Friday Street, en Londres, se inclinó sobre la pequeña Isabella, la hija de cuatro meses de Ela, que gorjeaba en su cunita. Le dio unos toquecitos en la barbilla para hacerla reír, e intentó reprimir la respuesta de su instinto maternal. Era el tercer hijo de Ela en tres años y Mahelt no tenía ninguna intención de emularla. Parir hijos de una manera tan seguida acababa causando estragos en el cuerpo de la mujer y con Hugo de ni tan siguiera dos años de edad, podía permitirse esperar un poco más.

Ela estaba sentada en el alféizar de la ventana, cosiendo un blusón mientras una niñera se ocupaba de sus dos hijos mayores. Había ido a visitar a Mahelt a Londres y tenía previsto regresar a Salisbury por la mañana. Longespée estaba en Flandes y no se esperaba su vuelta a casa hasta otoño. Asuntos del rey. Asuntos de guerra. Aunque Mahelt tenía la sensación de que los asuntos de guerra y los asuntos de paz eran con frecuencia lo mismo. Su padre estaba ocupado en Gales sofocando una sublevación. Hugh asistía a un consejo en San Pablo acompañando al arzobispo de Canterbury. El rey seguía enfurruñado en Wallingford, amenazando con hacer uso de sus mercenarios y castigar a todo aquel que se había negado a hacerse a la mar rumbo a Poitou. La expedición había fracasado. Ninguno de los barones había respondido a su emplazamiento y los únicos hombres dispuestos a acompañarlo habían sido los caballeros de su propia casa y los soldados a sueldo. Había zarpado hacia Guernsey y había regresado blanco de rabia, declarando que había sido el hazmerreír de todos y reiterando que jamás habría accedido a la paz de haber sabido que la insubordinación de sus ingratos barones y de su clerecía continuaría.

—¿Sabes qué tal están la hermana de Hugh y su esposo? —preguntó Ela, levantando la vista de su costura.

—La madre de Hugh me escribió desde Framlingham para contarme que Ranulf ha enviado allí a Marie y a los niños para que estén seguros —dijo Mahelt—. Ranulf sigue en Middleham, tratando de pasar desapercibido.

Ela suspiró.

—Son tiempos muy preocupantes. Rezo a la santa Virgen María para que todo acabe en paz.

Mahelt tenía en la punta de la lengua decir que acompañar las oraciones con actos

solía ser más beneficioso que limitarse a rezar, pero no abrió la boca. Ela debía de saberlo también, puesto que, a pesar de su bondad, no era tonta. El otoño estaba al caer, después llegaría el invierno y tal vez con él llegara asimismo la paz. Solo los extremistas combatían durante los meses más gélidos, cuando no había forraje para dar a los caballos, pero la situación no había alcanzado aún ese punto.

Mahelt miró por la ventana y vio que Hugh corría hacia la casa procedente de los establos. Notó una sacudida en el estómago, puesto que no esperaba en absoluto que llegara de aquella manera del debate que había tenido lugar en San Pablo. Algo había pasado. Se alejó de la ventana y se apresuró a abrir la puerta.

Hugh le dio un somero beso en la mejilla, fue directo al arcón y extrajo de su interior su gruesa capa de viaje.

—Acaban de informarnos de que Juan ha salido de Wallingford y se dirige hacia York con la intención de castigar a los señores del norte. Hay que detenerlo antes de que empiece una guerra abierta. El arzobispo está preparándose para emprender la marcha y le he dicho que iría con él.

Mahelt se quedó alarmada, aunque no sorprendida. La posibilidad de que Juan atacara siempre había estado ahí.

—¿Podrá impedirselo?

Hugh cogió sus alforjas y guardó en ellas una camisa y una túnica limpias. Le ordenó al escudero que había llegado pisándole los talones que cogiera la bolsa de cuero que contenía la cota de malla y el casco y la cargara en el equipaje.

—Eso esperamos todos. Posee un verdadero don para la oratoria y la argumentación. Y, gracias a Dios, posee además la dentadura y las garras de un perro de presa. Juan pasará por Northampton. Intentaremos detenerlo allí. Langton le dirá al rey que con su conducta desacata la palabra que dio en juramento en el momento de su absolución y que carece de base legal para perseguir a esos hombres. —Cerró el arcón y se volvió, su pecho agitándose todavía por lo excitado de su respiración, su piel sonrosada—. Dice Langton que excomulgará a todo aquel que vaya a la guerra antes de que se levante el interdicto... y eso no sucederá hasta que se haya alcanzado un acuerdo sobre la compensación. Lo cual no será hasta mediados de invierno, como mínimo.

—¿Y la reunión? —preguntó Mahelt.

Hugh esbozó una sonrisa adusta.

—Langton ha leído la carta de las libertades en la catedral ante todos los presentes. Se ha convertido, pues, en un documento público. No espero que eso cambie las cosas de inmediato, pero ahora que ha salido a la luz, podrá empezar en serio el debate.

—¿Qué carta? —preguntó Ela, desconcertada.

—Una carta que servirá para poner freno a los excesos del rey y hacerlo responsable de sus actos —respondió Mahelt, que acto seguido le explicó rápidamente la situación a su prima.

Ela movió la cabeza afirmativamente para mostrar su acuerdo.

—Hace ya tiempo que se debería haber hecho. Estoy segura de que incluso mi William compartiría mi opinión de estar aquí.

—Probablemente es mejor que no esté —replicó Hugh—, puesto que tendría que seguir de parte del rey, ¿no te parece? Esta carta es una cosa; pero conseguir que Juan la acepte y la respete es otra muy distinta. Y lo mismo se aplica a mi suegro. Independientemente de lo que piense sobre los méritos de la carta, su juramento de honor hacia Juan está por encima de todo. No me extraña que se alegrara de tener que viajar a Gales. —Abrazó a Mahelt—. Y ahora tengo que irme. La velocidad es esencial. Comeré sin desmontar.

Se marchó volando. La presión del beso que le dio a Mahelt en la boca fue tal que el hormigueo continuó presente durante un buen rato.

—Tenemos que dar gracias a Dios de que Marie y sus hijos estén en Framlingham —dijo.

—No pensarás que Juan podría... —empezó a decir Ela, aunque no terminó la frase.

—Nadie está a salvo de ese hombre ni con todas las cartas del mundo —aseguró Mahelt, sintiendo la repentina necesidad de salir de allí para abrazar con cariño a sus hijos.

Framlingham, primavera de 1214

Mahelt posó los dedos en los trastes del laúd y extrajo de sus cuerdas una delicada y melancólica melodía. La abombada caja de resonancia de madera de tejo reflejaba la clara luz de la primavera, que resaltaba además el rojo de las cintas de seda sujetas a su mástil. Era una melodía que Mahelt había aprendido de niña sentada en las rodillas de su padre y cuya letra hablaba sobre el júbilo de la primavera y la renovación de la vida.

Ida le había pedido a Mahelt que tocara y cantara en lugar de coser, y Mahelt la había complacido encantada puesto que la música era para ella cien veces mejor que la costura. Aunque su cabeza no estaba concentrada del todo en lo que tenía entre manos. Hugh marchaba al día siguiente para servir al rey en Poitou y estaba muy distraída.

La campaña que se había abortado en verano había quedado simplemente pospuesta, pero no anulada. La llegada de un nuevo año significaba que los hombres debían prestar su servicio militar una vez más, o pagar tributos en su lugar. Desde otoño, se había extendido sobre el país una paz incómoda, una manta rasposa sobre un durmiente inquieto. Langton había conseguido convencer al rey de que no tomara medidas punitivas en el norte, pero Juan había continuado igualmente camino hacia Durham en una demostración de fuerza, amparándose en que lo que lo llevaba allí era un asunto diplomático. Había habido amenazas, pero no combates, y se había hablado también sobre la carta, aunque no se había avanzado más. En diciembre se había levantado por fin el interdicto y Juan había iniciado los preparativos de su aplazada marcha hacia Poitou. Ralph y Longespée se encontraban ya en Flandes, estableciendo contactos con los aliados que los ingleses tenían allí y reclutando tropas.

Mahelt comprendía que el servicio de Hugh formaba parte obligatoria de su

posición, pero no le gustaba tener que estar separada de él durante casi todo el verano, teniendo en cuenta además que tenía que ir a servir a Juan. Sabía lo que le esperaba. Había pasado toda su infancia viendo a su padre partir a finales de primavera para no regresar hasta que las noches eran largas, oscuras y frías.

Terminada la primera pieza, buscó un tono distinto y experimentó con notas que había oído tocar con el arpa irlandesa en el solar de su madre. Entonó una canción típica de Leinster que había escuchado de niña, y aunque desconocía el significado de la letra, sabía que giraba en torno a las distintas etapas de la vida de la mujer. Era una canción triste y conmovedora, cuya letra no comprendía pero que le tocaba de todos modos la fibra sensible. La había vuelto a escuchar recientemente cuando había ido a visitar a su madre con motivo de la fiesta de compromiso de Will con Alais de Béthune. El matrimonio entre la pareja se celebraría a finales de año. Alais le había parecido un proyecto difícil, puesto que la chica se mostraba taciturna y callada en compañía de gente, aunque se iluminaba con la presencia de Will, que parecía también locamente enamorado. No entendía muy bien cómo, pero daba la impresión de que Alais reconfortaba el dolor que pudiera habitar en el alma de su hermano y lo convertía en un hombre más dócil, y por eso Mahelt estaba dispuesta a concederle carta blanca a la chica.

Cuando extrajo del laúd las últimas y apagadas notas y dejó que su voz muriera con ellas, se dio cuenta de que Ida sorbía por la nariz y se secaba los ojos con la manga de su vestido.

—¿Madre? —Mahelt dejó el laúd, consternada. Ida se había recuperado bastante bien de la enfermedad que había sufrido el invierno anterior, aunque le había dejado un estado de fragilidad permanente y una mayor propensión a las lágrimas.

—Esa música —lloró Ida— es muy triste.

—Lo siento, no debería haberla cantado.

—No, no, si es preciosa. Me alegro de que la hayas cantado.

—Desconozco el significado de la letra. Lo único que sé es que versa sobre una mujer que reflexiona sobre su vida.

—Suen a canción de mujer. —Ida se inclinó de nuevo sobre su costura, pero tuvo que volver a parar porque las lágrimas mojaban constantemente la tela—. Mis hijos... —dijo con una voz rota por el dolor—. Los parí con el esfuerzo de mi cuerpo. Los bañé y cuidé de ellos, los atendí y curé sus males con amor y ungüentos. Y ahora marchan continuamente a la guerra. Su padre pasaba tantos meses al servicio del rey que los buenos años escaparon y ahora, en nuestro ocaso, solo existe la familiaridad de dos piedras que se rozan entre sí, donde la más dura erosiona poco a poco a la más blanda hasta que la más blanda queda reducida a polvo. Veo que mis hijos abandonan a sus esposas y a sus hijos, veo que me abandonan a mí, y veo también que el patrón vuelve a repetirse. —Miró fijamente a Mahelt con ojos acuosos—. Lo primero que un hombre se pregunta sobre su hijo recién nacido es si será un buen soldado, si tendrá puños fuertes. Nunca se pregunta si será buen esposo y buen padre. Y como madres,

nosotras jamás formulamos esa pregunta. Eso es lo que me hace llorar.

—A menos que nuestros hijos se hagan monjes, están destinados a ser soldados —replicó con pragmatismo Mahelt—. Es su puesto en la vida. Lo primero que yo me preguntaría es si mi hijo será honorable. Si será fuerte... pero no si sus puños serán fuertes, sino si lo serán sus principios. Deberíamos intentar cambiar aquello que podemos cambiar y aprovechar al máximo aquello que no podemos.

Ida se secó de nuevo los ojos y se obligó a sonreír.

—Hablas como hablaría tu padre.

Mahelt se ruborizó.

—Es lo que nos enseñaron desde la cuna. —Rio con humildad—. Yo soy demasiado impaciente. Querría cambiarlo todo.

—La paciencia llega con la edad —dijo Ida—. Pero nunca dejes que se transforme en resignación, como he hecho yo. —Miró hacia la ventana abierta donde las primeras golondrinas se abatían y descendían en picado aprovechando las corrientes de aire—. Rezaré por mis hijos durante cada día de su ausencia y le suplicaré a Dios que sea misericordioso y permita que regresen sanos y salvos. Aunque a veces me pregunto si Dios escucha mis oraciones.

—Estoy segura de que lo hace —respondió Mahelt, consciente de que aquello no era más que un tópico.

—He rezado en vano por la reconciliación de mis dos hijos mayores.

—Estoy segura de que llegará con el tiempo. —Más tópicos.

—A veces temo que yo no tendré tiempo para verlo —musitó con tristeza Ida—. Toca algo más, ¿quieres? Algo alegre.

Mahelt se mostró complaciente e interpretó «El verano ha llegado», una de las canciones preferidas de los Bigod. Era sencilla, repetitiva, infantil... y optimista.



Mahelt, acostada en la cama, dobló el brazo para recostar la cabeza y poder ver a Hugh mientras se vestía. Su cabello le envolvía el cuerpo en una madeja oscura y brillante, pues lo había peinado con unos diestros toques para que cuando Hugh se dispusiera a partir hacia Poitou se llevara la imagen de ella desnuda, acostada sobre las sábanas sugiriendo una invitación, el cálido aroma de su cuerpo atrayéndolo. Era una pose que correspondía tanto a una amante como a una esposa, y era justo eso lo que pretendía.

—Cuídate mucho esta vez —le pidió—. Quiero que vuelvas a casa sano y salvo y no en el estado en que llegaste cuando volviste de Irlanda.

Hugh le sonrió y Mahelt notó un vacío en el pecho, aunque se sentía plena a la vez. Delicadas arrugas empezaban a marcar las comisuras de los ojos de su esposo y le daban un aspecto arrebatadoramente atractivo. Un hombre en la flor de la vida con el que acababa de hacer el amor y a quien no volvería a ver hasta pasado el verano.

—No te preocupes por mí. —Su sonrisa se volvió burlona al recorrer el cuerpo de ella con la mirada—. Si lo que pretendes es tentarme para que no me marche, vas por buen camino. —Regresó a la cama y se inclinó para besarla. Mahelt lo atrajo hacia ella por un instante, para saborearlo de nuevo, para percibir su piel bajo los dedos. Él se retiró pasado un momento, se puso las medias y empezó a atarlas a las calzas. Ella se echó el pelo hacia atrás, exagerando el gesto para que llamara la atención hacia su brazo desnudo y la curvatura de su pecho, y se arrodilló para ayudarlo. Fue un servicio íntimo, y a pesar de que acababan de saciar su apetito, resultó también intensamente erótico.

—Quiero que recuerdes este momento —dijo Mahelt con una risilla—. Llévalo contigo para que te dé calor cuando te acuestes en el disparejo camastro de tu tienda.

Hugh emitió un sonido que quedó entre una carcajada y un gruñido.

—Ten por seguro que un recuerdo así me abrasará —afirmó—. No sé si eres un ángel o una mujer muy malvada.

—Tampoco lo sé yo. —Después de lanzarle una sensual mirada, Mahelt se incorporó para ir a buscar un cinturón trenzado en azul que había dejado previamente sobre su arcón—. He cosido personalmente todas sus perlas y lo he trenzado con mi propio cabello. Dicen las mujeres sabias que la esposa mantiene al hombre a su lado si sabe envolverlo con ella. Mira. —Le mostró el reverso del cinturón. Estaba recorrido en toda su longitud por un hilo dorado con el que había bordado las letras apuntadas en el pergamino que en su día le dejara él sobre la almohada: «*Ne vus sanz mei, ne mei sanz vus*».

A Hugh se le hizo un nudo de emoción en la garganta mientras ella le enlazaba con el cinturón y aseguraba la hebilla. Reconoció enseguida el dibujo y los colores. Era la pieza que tejieron juntos cuando Roger era un bebé.

Se habrían metido de nuevo en la cama, pero no disponían del tiempo necesario para hacer el amor con la tranquilidad y la ternura exigidas. Los hombres y las acémilas empezaban a congregarse en el patio y el retumbar del equipaje moviéndose lentamente se filtró por la ventana en cuanto el primer grupo emprendió la marcha por delante de la tropa. Aquel sonido señalaba indefectiblemente el inicio de una despedida para mucho tiempo. A regañadientes, Hugh se apartó de ella y, después de acariciarle el cabello por última vez, salió de la habitación para que su esposa terminase de vestirse.

En el patio hubo una segunda despedida, mucho más formal. El pequeño Roger estaba enfadado porque quería ir a la guerra con su papá y llevaba encima un disgusto tremendo por tener que quedarse en casa. Tenía casi cinco años y se consideraba un «niño mayor», con edad suficiente para ejercer las funciones de paje de su padre. El

hecho de que le hubieran dicho que quedaba bajo su responsabilidad cuidar de las mujeres y ayudar a su abuelo a proteger Framlingham no era más que un pequeño consuelo. Pero la mano de su abuelo posada sobre el hombro lo calmó, y despidió a su padre luciendo con orgullo y colgado al cuello mediante una cuerda el anillo de oro que este le había entregado como muestra simbólica de la responsabilidad que a partir de ahora ostentaba.

Mahelt sostenía a Hugo en brazos. Ajeno a la solemnidad del momento y al hecho de que los hombres Bigod partieran hacia una lejana y dura campaña, el bebé agitó los brazos y gritó con alegría: «¡Adiós, adiós!». Fue un instante conmovedor y gracioso al mismo tiempo, que provocó tanto risas como lágrimas entre los adultos. Los escoltas espolearon sus monturas y partieron al trote envueltos en un resplandor de estandartes de color rojo y oro. Llegó después el turno de los caballeros de la casa, con Hugh ocupando el puesto central, seguidos por más caballeros, sargentos y soldados de infantería. Michael, el capellán, marchó a lomos de su mula con la capilla portátil embalada en las cestas que cargaba su jamelgo. El estruendo de las ruedas, las pisadas de los cascos y el sonido estridente de los atavíos militares inundaron el patio de armas como el estrépito de un trueno que luego, como si de una tormenta se tratara, avanzó hasta perderse en la distancia. El agua embarrada de los charcos del patio acabó por fin estancándose. Mahelt subió a las almenas junto con los demás miembros de la casa para ver cómo el desfile iba tornándose cada vez más pequeño hasta perderse de vista.

—¿Se ha ido papá? —preguntó Hugo—. Papá se ha ido.

Mahelt notó que le temblaba la barbilla. Era la primera vez que su segundo hijo era capaz de hilar una frase y Hugh, pese a ser el catalizador, se lo había perdido.

—Sí, papá se ha ido —dijo, y con Hugo aposentado en su cadera, aprovechó la mano que le quedaba libre para acariciar la cabeza de su otro hijo—. Tu hermano es ahora el hombre del castillo.

Nantes, Poitou, verano de 1214

Hugh hizo chocar con estrépito la hoja de su arma con la de un soldado francés, lo obligó a replegarse y lo golpeó con la empuñadura de la espada. El soldado cayó al suelo y Hugh espoleó a su garañón para que siguiera adelante, irrumpiendo y abriéndose camino entre la agitación y el vaivén del grueso de la batalla. El calor de pleno verano incendiaba su cota de malla y tenía la sensación de tener la cabeza inmersa en un caldero de plomo en ebullición. Respiraba con dificultad a través de la boca y su garganta se había convertido en un túnel en llamas. Al principio de la escaramuza había resultado herido en la muñeca derecha, que no dejaba de sangrar. La fuerza sólida e implacable de *Stott* estaba demostrando su valía y Hugh se esforzó en sacarle el máximo partido.

—*À moi!* —vociferó a los caballeros que levantaban una polvareda a su alrededor—. *¡Bigod, à moi!*

El rey Juan continuaba su avance y estaba decidido a arrebatárselos a los franceses la ciudad portuaria de Nantes. Hugh y el contingente de los Bigod estaban inmersos en el grueso de la lucha. La milicia de la ciudad, integrada por gente corriente, no podía seguir soportando aquella arremetida y estaba replegándose hacia Nantes, pero la guarnición tenía aguante y acababa de producirse una repentina embestida bajo el mando de uno de sus comandantes, que volvía a contraatacar. La zona que rodeaba el estandarte rojo y dorado de los Bigod se convirtió en una melé de hombres dando machetazos y cuchilladas. Un soldado de infantería agarró a Hugh desde abajo para intentar derribarlo de la silla, pero Hugh acabó con él y espoleó a su caballo. *Stott* se encabritó y echó a correr con toda la potencia de sus patas traseras. Hugh se abrió camino a golpes de espada entre el nudo de franceses, hizo girar prácticamente en redondo a su corcel y se lanzó de nuevo sobre ellos. El fragor de la batalla era como

el rugido del mar encabritado y Hugh se sentía como una piedra atrapada en la espuma.

Se abalanzó sobre el otro caballero, su escudo exhibiendo el blasón a cuadros azul y oro de los Dreux, su sobreveste de seda con el mismo motivo, rasgada y manchada de sangre. Hugh se dio cuenta enseguida de que se trataba de un miembro de la realeza. El primo del rey Felipe, nada menos. Hugh se giró para enfrentarse a él y detuvo el primer golpe de Dreux presentando el escudo. El ataque escopleó chispas del escudo de Hugh y lo aplastó con fuerza contra su silla. Arremetió con un contragolpe y espoleó a su caballo para seguir adelante. *Stott* se precipitó sobre la montura de Dreux, que contraatacó, y la lucha se convirtió de este modo en un altercado de cascos, dientes y másculo de semental, además de un combate a espada y escudo. Hugh se percató de la presencia de Hamo Lenveise, que estaba luchando a su derecha utilizando el estandarte de los Bigod a modo de lanza, y de sus hermanos Roger y William a la izquierda, luchando a brazo partido. Ver los colores de los Bigod sirvió para envalentonarlo y Hugh redobló sus esfuerzos. Dreux era un oponente duro, y ese hecho había acabado aislándolo de sus tropas. Cuando los soldados de los Bigod cerraron filas a su alrededor, Dreux comprendió el peligro que corría y que era ya demasiado tarde para emprender la retirada.

—¡Me rindo! —gritó—. ¡Soy el primo del rey, Robert de Dreux, y me rindo! — Bajó la guardia, dejando su pecho expuesto, y presentó a Hugh la espada con la que había estado intentando matarlo.

Hugh proporcionó a Dreux sus credenciales y aceptó la rendición. Cuando se hizo evidente que la batalla estaba perdida, más caballeros franceses empezaron a rendir sus armas o a huir. Ante la claudicación de la guarnición, los habitantes de la ciudad se encerraron a cal y canto en sus casas o echaron a correr en busca de un lugar seguro donde refugiarse. Nantes acababa de caer en manos de Juan y los ingleses estaban lo bastante cerca de Angers como para lanzar un ataque. Una vez más, un rey angevino se adentraba en el corazón de la región.

Hugh desplegó a sus hombres para asegurar la posición y Lenveise les buscó acuartelamiento cerca del río. Los propietarios del lugar habían huido apresuradamente y en el fuego hervía todavía un caldero de estofado. La presencia de gallinas en el corral significaba que aquella noche cenarían bien y que disfrutarían de huevos frescos por la mañana. Albram, el cirujano que acompañaba a las tropas, lavó y vendó la herida de la muñeca de Hugh y, con cara de preocupación, insistió en que debía suturarse antes de que Hugh fuera a reunirse en consejo con el rey y los demás comandantes. En el calor de la batalla Hugh no sentía el más mínimo dolor, pero cuando se cambió para vestirse con la túnica, tuvo la sensación de haber sumergido el antebrazo en un avispero.

El rey estaba inquieto e impaciente. Había dividido sus efectivos y la otra mitad estaba en el norte, comandada por Longespée y supuestamente tendría que haber empezado a cerrarse hacia el sur en un movimiento de pinza cuyo objetivo era atrapar

a los franceses entre dos frentes. Pero la división de Longespée no había emprendido todavía la marcha porque los aliados alemanes, al mando de Otto de Sajonia, estaban llegando aún al punto de encuentro y Otto no estaba preparado para iniciar la marcha. Juan quería ponerse en marcha cuanto antes para aprovechar su posición ventajosa.

—Mañana atacaremos Angers —dijo, sus ojos brillando de impaciencia—. Los franceses están a la defensiva. Hoy hemos capturado a veinte de sus mejores caballeros, incluyendo al primo del rey. —Su mirada descansó por un instante en Hugh a modo de reconocimiento—. Esta misma semana pienso instalar mi corte en la capital de mis antepasados.

Las palabras de Juan fueron recibidas con murmullos de aprobación y gestos de asentimiento.

—Desde allí, tomaremos La Roche-aux-Moines.

—Los hombres tienen que descansar, señor —dijo Aimery de Thouars, uno de los barones de Poitou, tomando la palabra—. Deberíamos disponer por lo menos de un día, por el bien de los caballos.

—No. —Juan negó enérgicamente con la cabeza y le lanzó una dura mirada—. Si holgazaneamos, los franceses se aprovecharán de ello. Podrás descansar en Angers, si te place. Aquí tenemos una tarea que llevar a cabo, y no es precisamente sentar nuestro culo.

De Thouars se sonrojó y recorrió la estancia con la mirada, buscando apoyos, desafiando a cualquiera de ellos que estuviera riendo o burlándose. Sin decir palabra, dio media vuelta y abandonó la cámara.

—¿Piensa alguien más que deberíamos rezagarnos, o son los ingleses, como bien creo, hombres de más duro aguante? —preguntó Juan, arqueando una desdeñosa ceja.



A finales de semana tomaron Angers y durante dos noches el rey presidió la ciudad que fuera la cuna desde la que sus antepasados, los condes de Anjou, empezaron a ascender al poder a través de matrimonios y conquistas.

La herida de Hugh se curaba con más lentitud de la esperada y le producía algo de fiebre que le hacía estar cansado y de mal humor, pero no por ello dejó de cumplir en ningún momento con sus deberes. Durante la breve estancia en Angers, ordenó verificar el estado de sus caballos y cambiarles las herraduras. Sustituyó dos agotadas acémilas por nuevas bestias de carga y puso a punto su cota de malla, reparando los eslabones rotos y poniendo en remojo la malla en una cuba con arena y vinagre para eliminar el óxido. Pensando en los comentarios de censura de Mahelt, encontró

también tiempo para darse un baño, despiojarse y buscar un barbero que le cortase el pelo.

Al tercer día, el ejército de Juan abandonó Angers al amanecer y puso rumbo al sudeste, hacia la recientemente construida fortaleza de La Roche-aux-Moines. Su llegada a las murallas fue recibida con sangre fría por sus defensores, que respondieron con una lluvia de disparos de honda y un simbólico parpadeo de flechas que pretendían dar muestra de su actitud desafiante sin un gran derroche de munición. Juan plantó el campamento, ordenó el montaje de las máquinas de asalto e inició el ataque contra el castillo.



Una quincena más tarde, Hugh se encontraba junto a un fundíbulo mientras los integrantes del equipo que lo manejaba se disponían a lanzar una nueva piedra contra los muros del castillo. Se secó la frente con la manga y pensó en Mahelt, imaginándola más que capaz de dar en el blanco. Por un momento la vislumbró casi de pie a su lado, enfundada también en una cota de malla, una espada ceñida en el cinto. Los ojos le escocían por el sudor y pestañeó con tanta fuerza que a punto estuvo de perder el equilibrio.

—Id con cuidado, milord —dijo el capitán del equipo del fundíbulo.

Hugh sabía que estaban preguntándose si también habría bebido sin medida la noche anterior. Tenía la sensación de haberlo hecho, pero el malestar era consecuencia del cansancio y la herida de la muñeca, que seguía supurando y empeoraba poco a poco.

—¿Cuándo creéis que será? —preguntó.

—Los muchachos y yo estamos apostando a que será hoy a última hora o mañana a primera hora —contestó el hombre—. No tardaremos mucho en abrir una brecha en esa sección de la muralla de ahí.

—Eso pensaba yo. —Y lo que esperaba, también. Y después darse un respiro y una cama decente.

En aquel momento, llegó corriendo uno de los escuderos de Juan.

—¡Señor, se os convoca a la tienda del rey!

—¿Ahora mismo? —se extrañó Hugh, rascándose la frente.

—Sí, señor. —El joven se pasó la lengua por sus labios secos—. El ejército del príncipe Luis ha sido avistado por los forrajeadores. ¡Viene a liberar el castillo y nos desafía en batalla!

Hugh intercambió miradas con los componentes del equipo del fundíbulo.

—¡Mejor que me apresure! —les dijo. El escudero salió corriendo para convocar a otros hombres que estaban en sus acuartelamientos u ocupados con sus deberes y Hugh marchó hacia el pabellón real. De camino hacia allí vio un heraldo francés que salía del campamento escoltado bajo una bandera de tregua.

Cuando todos estuvieron reunidos, habían arribado ya más forrajeadores que confirmaron que las fuerzas francesas se aproximaban procedentes de Chinon y que si Juan decidía aceptar el desafío y entrar en batalla, tendría que intervenir al amanecer del día siguiente.

—Los duplicamos en número —explicó Juan con pasión a los reunidos—. Podemos hacerlos temblar igual que una rata hace temblar a un perro y acabar con ellos aquí y ahora.

Sus capitanes mercenarios y los caballeros de su casa respondieron con murmullos de aceptación. Los barones ingleses se mostraron estoicos. Los barones de Poitou se revolviéron inquietos e intercambiaron miradas. Una vez más, Aimery de Thouars dio un paso al frente, erigiéndose en su portavoz, y levantó la cabeza en un gesto desafiante.

—No estoy preparado para enfrentarme a los franceses en batalla —dijo enérgicamente—. Sería una locura. Nos matareis a todos.

Juan miró al conde de Thouars con rabia e incredulidad.

—¡Traidor! —espetó—. ¡Eres un chucho enclenque! ¡No me harás eso!

De Thouars se sonrojó, pero se mantuvo firme.

—No soy un cobarde, pero no pienso arriesgarlo todo en una única lucha. No es mi batalla. Os digo esto a la cara porque soy un hombre de honor. ¡Si tan cerca está el ejército francés, debo salir a defender mis tierras, puesto que los franceses las asolarán!

—¡Ja! —se mofó Juan—. ¡Tienes tanto honor como la alcahueta de una furcia!

—En ese caso, estoy en buena compañía... señor. —De Thouars saludó con una reverencia y salió de la tienda, seguido de sus capitanes. Juan tensó la mandíbula y se le hincharon las venas del cuello como si fueran a estallarle a través de la piel.

—¿Voy a por él, señor? —preguntó Gerard D'Athée.

Juan respiró hondo con tanta fuerza que su cuerpo tembló por entero.

—No, no pienso dividir más mis tropas e ir detrás de un cobarde, no merece la pena. Me ocuparé de él en otro momento. —Entrecerró los ojos—. No pienso olvidar esta traición. No tendrá ni una buena noche de sueño a partir de este día.

Conociendo a Juan, la mayoría de los hombres no dudaba que De Thouars sufriría insomnio una buena temporada y pasaría toda su vida mirando por encima del hombro y con miedo a comer cualquier plato que llegara a su mesa sin el servicio previo de un catador.

Juan se levantó de repente de su silla y pasó por debajo del toldo para retirarse hacia la parte posterior de su tienda. Momentos después, envió un ayuda de cámara con el anuncio de que iban a retroceder hacia La Rochelle.

A Hugh le hervía la bilis. No podían combatir sin la ayuda de los de Poitou. Necesitaban sus hombres. Dada la tendencia de los de Poitou de cambiar de bando con la rapidez que el tiempo cambia en abril, era muy posible que en aquel momento estuvieran ya de camino para reunirse con las tropas de Luis. Todo habría sido en vano, a menos que Longespée hubiera cerrado con éxito su campaña en el norte.

Puerto de La Rochelle, julio de 1214

Hugh estaba sentado en el malecón con las piernas colgando sobre el agua. Brillaban a su lado dos hermosos arenques con agallas de color rubí y plateadas escamas que acababa de comprar por impulso a uno de los barcos de pesca que estaba descargando su captura. Bajo sus botas, la marea arrastraba aguas verdosas y turbias contra los muros del puerto. Una multitud de pequeños navíos, galeras y cocas se balanceaban anclados, mientras que las barcazas descargaban su mercancía en los embarcaderos. Había hombres cargando toneles de vino en las galeras que se preparaban para zarpar hacia Inglaterra y un grupo de caballeros templarios esperaba para subir a bordo de un barco en el que ondeaba la cruz de su orden. Hugh observaba toda aquella actividad con ociosa curiosidad y escuchaba el revoloteo y los gritos de las gaviotas. El sonido se había infiltrado en su sueño febril mientras estaba acostado en una habitación que dominaba el puerto, con las contraventanas abiertas para dejar que la brisa marina refrescara su ardiente cuerpo.

Hugh había estado muy enfermo durante la retirada de La Roche-aux-Moines, sin apenas fuerzas para tenerse en pie sobre la silla, aunque se había negado a ser trasladado en litera. Ya en el puerto, sus hombres, tremendamente preocupados, habían buscado un médico español que lo atendiera, puesto que los españoles tenían fama de ser los mejores en esa especialidad. Mascullando entre dientes, el hombre había abierto la herida supurante e inflamada y al limpiarla con agua con sal, había descubierto en el interior del corte un fragmento de metal oxidado. Le había dicho a Hugh que era afortunado por tener una constitución fuerte, y más afortunado aún por haber tenido la posibilidad de que él descubriera el fragmento pues, de lo contrario, el veneno se habría extendido por su cuerpo y habría acabado matándolo pese a su fortaleza. Los servicios del médico le habían costado un palafren, pero la herida

empezaba por fin a curarse, la fiebre y la debilidad habían desaparecido y lo consideraba un precio pequeño a pagar a cambio de seguir con vida.

Juan había hecho enviar más tropas desde Inglaterra para sustituir a los hombres de Poitou. Y poco a poco había arribado un goteo de hombres desganados, aunque no los suficientes como para enfrentarse a Luis. El segundo ejército inglés, hasta entonces apostado en Flandes al mando de Longespée, había emprendido la marcha hacia París y amenazaba al ejército del rey Felipe en el campo de batalla.

Hugh, notando que el sol empezaba a quemarle el cogote, cogió su plateada cena, se levantó y emprendió camino de regreso a su alojamiento pisando con cautela las planchas combadas del malecón. Cuando llegó al extremo, vio que Hamo Lenveise se acercaba corriendo hacia él.

—Señor, hay noticias del norte. —Lenveise se detuvo y se llevó la mano a los puntos de sutura que tenía en un costado—. Ha habido una batalla... en el camino hacia París, en Bouvines... ¡Se han impuesto los franceses!

Hugh se quedó mirando al caballero mientras digería sus palabras. La cuerda que ensartaba los arenques empezaba a segar la piel entre sus dedos índice y medio.

—Mis hermanos... ¿Qué se sabe de mis hermanos?

Lenveise negó con la cabeza.

—No lo sé, señor. El mensajero se ha marchado. Pero ha dicho que fue un desastre. El emperador Otto ha huido; en el campo de batalla han quedado más de nueve mil muertos.

Hugh se sintió mareado y débil, como si la fiebre de su herida hubiera reaparecido de repente. Todo el dinero, todo el esfuerzo, tanto jugarse el pellejo, ¿para qué? Ralph podía ser a aquellas horas un cadáver picoteado por los cuervos en el campo de batalla, o un amasijo de brazos y piernas arrojado a una fosa común. Y Longespée... Se le cerró la garganta. Siempre había creído que lo que pudiera pasarle le traería sin cuidado, pero le resultaba imposible plantearse la idea de que ya no estuviese en este mundo. Cuando llevabas tanto tiempo comparándote con alguien, aunque fuera con enemistad de por medio, ¿cómo enfrentarse al hecho de que ese ser ya no estuviera aquí?

Entró en su alojamiento y entregó los arenques al mudo cocinero. Estaban aún turgentes y frescos. Ralph y Longespée; Longespée y Ralph. Se lavó las manos, se echó agua en la cara y se encaminó a los aposentos reales del castillo con la intención de averiguar todo lo que pudiera.



El carromato descubierto dio una sacudida al sortear un nuevo surco del camino. Ralph cerró con fuerza sus pegajosos párpados y contuvo un gemido. Le dolían todos los huesos del cuerpo, como si alguien se los hubiese arrancado para luego reinsertárselos mezclándolos de cualquier manera. Estaba cubierto de rasguños y magulladuras, tanto resultado de la batalla como del vapuleo que había recibido después. Sabía que aún podían matarlo, o morir como consecuencia del trato virulento y negligente que recibían los prisioneros. No conseguía recordar la última vez que había comido o bebido. Su espada había desaparecido, al igual que su cota de malla. Su caballo y todo su equipo. Su capa incluso. Únicamente le quedaban las prendas rasgadas y sucias que llevaba encima, que para nada lo protegían de la llovizna que caía sin cesar desde primera hora de la mañana. Levantó las manos para limpiarse la cara y los grilletes que excoriaban sus muñecas emitieron un sonido metálico al entrar en contacto con la cadena a la que estaban sujetos.

Se ponía enfermo solo de pensar en la facilidad con la que se había rendido cuando había llegado el momento. Debería haber seguido luchando; le había fallado a Longespée, aunque sabía también que poco más podía hacer en el momento álgido de la batalla. Habían sido derrotados porque su enemigo los había superado en fortuna y estrategia. Lo más sensato había sido rendirse, pero tenía aún un regusto amargo en la boca. Finalizada la batalla, los hombres de condición humilde, cuya vida no valía un rescate, habían sido asesinados en el acto en lugar de ser hechos prisioneros. A Ralph no le habían cortado el cuello, pero se sentía igualmente vulnerable. Después de todo lo que había presenciado en el campo de batalla y posteriormente, comprendía que el hombre era capaz de cualquier tipo de atrocidad. Los franceses eran muy capaces de ahorcarlo en París por el simple hecho de divertir y satisfacer a los ciudadanos. Era muy posible que ser hermano de Longespée e hijo del conde de Norfolk no fueran circunstancias suficientes para salvarle la vida. Los hijos menores no siempre eran merecedores de un buen trato y sabía que su supervivencia carecía de importancia en los planes de los reyes. Por mucho que fuera quien era, podía morir.

Se movió un poco para estar más cómodo, pero era en vano. El estómago le dio entonces un vuelco cuando vio que por la parte posterior del carro se acercaba al trote un grupo de soldados y divisó entre ellos a Longespée, montado a lomos de un espléndido caballo bayo. Pese a que iba desarmado, seguía luciendo su espléndida capa forrada con piel de marta cibelina y conservaba su eterna elegancia. Ralph bajó la cabeza para intentar pasar desapercibido, consciente de que, después de su fracaso en el campo de batalla, debía ser castigado a compartir un oscuro calabozo con los demás ocupantes del carromato. Longespée estaba bromeando con uno de sus captores, diciéndole que si le devolviesen su mandoble, les mostraría unas cuantas florituras. Rieron con sus palabras, y el sonido de las carcajadas sonó hueco en los oídos de Ralph. El paso de Longespée junto al carromato se estaba haciendo eterno. Se aventuró a levantar la cabeza y vio que su hermanastro observaba con atención a los ocupantes y buscaba con la mirada entre prisioneros y heridos. Ralph se apresuró

a bajar la vista, pero ya era demasiado tarde.

—Ese hombre, ese hombre con las calzas rotas es pariente mío e hijo del conde de Norfolk —gritó de repente Longespée, el tono guasón de su voz desaparecido por completo—. Quienquiera que se ocupe de él y cuide de que sigue con vida, se garantizará un buen rescate.

Ralph intentó tragar saliva, pero tenía la garganta tan seca que empezó a toser y atragantarse. Puntos negros empañaban su visión. Oía de lejos a Longespée pidiéndole a alguien que trajera agua. Notó un borde duro pegado a los labios y un líquido derramarse en su boca. Tragó y farfulló. Tiraron de él para bajarlo del carromato y le dieron una monta: un jamelgo viejo con corvejones artríticos y renqueantes pasos que arreó a Ralph casi tantas sacudidas como el carromato. Agradeció el dolor como si fuera una penitencia y le murmuró a Longespée:

—Te fallé.

Longespée lo miró con el ceño fruncido.

—No digas eso jamás. El destino nos ha fallado a los dos. Es un contratiempo, eso es todo. El mayor fracaso es darse por vencido. Pagarán el rescate y pronto seremos libres. Hasta entonces, ante nuestros captores solo haremos gala de nuestra valentía y nuestro orgullo.

Ralph no tenía ni idea de cuánto orgullo y valentía quedaban en él, pero si Longespée se lo exigía, lo intentaría. Sospechaba que debajo de su apariencia confiada, Longespée albergaba también dudas acerca de su futuro. ¿Qué sucedería cuando se pagara el rescate? La derrota en Bouvines era un desastre para el rey Juan porque acababa con cualquier esperanza de recuperar algún día Normandía y Anjou. Tantas tierras, tanto dinero, tantas vidas humanas... todo perdido. El rescate se pagaría con sangre.



Mahelt estaba supervisando la elaboración del queso. La temporada había dado un buen excedente de leche y disfrutaba con las labores de la lechería. Su padre decía que lo llevaba en la sangre, puesto que su abuela Sybilla era una experta. Barones y obispos se desviaban de su ruta para pasar por Hamstead con el único fin de catar sus famosos quesos y siempre que John, el abuelo de Mahelt, acudía a Westminster, lo hacía indefectiblemente con un buen queso maduro de Hamstead que obsequiaba a los demás barones que se reunían con él allí para servir al erario.

Controló que la criada estuviera retirando correctamente la nata que cubría la leche y, viendo que todo estaba en orden por el momento, salió de la vaquería para ir

a ver a su hijo mayor, que estaba con su abuelo siguiendo una clase de equitación. Sonrió al ver al conde montado en su robusto palafrén gris y al pequeño a lomos de *Pastel*. El poni tenía mentalidad propia y no siempre era fácil de dominar. El conde estaba enseñándole a Roger a presionar las rodillas contra los flancos para que *Pastel* se desplazara en sentido lateral y *Pastel*, por una vez, obedecía. Independientemente de las diferencias que pudiera tener con su suegro, Mahelt se veía obligada a reconocer que era un maestro bueno y paciente. Regresó a la vaquería para darle más instrucciones a la criada y cuando volvió a emerger al patio, vio que acababa de llegar un mensajero a lomos de un sudoroso caballo, que le entregaba un pergamino al conde y hablaba con celeridad. Vio asimismo que su suegro se quedaba rígido y que el mensajero movía apesadumbrado la cabeza.

—¿Pongo eso ahí, *milady*...?

El miedo se apoderó de ella.

—No, ahora no —le dijo a la criada, cortándola. Se quitó el delantal y corrió hacia donde estaban los hombres, sin importarle la posibilidad de que su presencia pudiera irritar a su suegro. Si habían llegado noticias, tenía derecho a conocerlas.

Del pergamino que sujetaba el conde colgaba una borla verde con un lacre de cera donde estaba estampado el sello de Hugh.

—¿Qué ha pasado? —Mahelt reprimió el deseo de arrancárselo de las manos.

El mensajero se pasó la lengua por los labios y miró a su señor con aprensión.

—Se ha producido una batalla entre nuestras fuerzas y los franceses —dijo el conde, moviendo la cabeza—. Ha sido un desastre para nosotros...

—Hugh —musitó Mahelt con voz tensa—. ¿Hugh no...?

—Hugh está a salvo. Se encontraba con el rey en Poitou y no estuvo implicado en la batalla... pero piden rescate por Ralph y también por el conde de Salisbury. —Su mirada era poco prometedor—. En el campo de batalla murieron nueve mil hombres.

—Dios mío. —Mahelt se santiguó.

—Hugh está de regreso —prosiguió el conde tratando de controlar el tono de su voz—. Vete —le ordenó al mensajero—. Busca algo de comida y descansa. En poco tiempo necesitaré que emprendas de nuevo viaje.

Mahelt le indicó a un mozo de cuadras que se encargara de Roger y siguió a su suegro hacia su solar. El conde se dejó caer en su silla tapizada y se rascó la cara.

—Es un desastre para el rey —masculló—, un desastre para todos.

—Al menos Hugh no estuvo presente en la batalla y a pesar de que Ralph y Longespée han sido hechos prisioneros, no se cuentan entre los fallecidos —dijo con valentía, aun a pesar del vacío que sentía en el estómago.

El conde la miró con cinismo.

—Sí, Dios es misericordioso. Ha perdonado la vida de mis hijos, pero entre los fallecidos hay muchos soldados por los que sentía un gran afecto. Habrá sillas de montar vacías, mujeres viudas y niños huérfanos. Habrá rescates que pagar, y que

costarán bastante más que un simple saco de habichuelas.

—¿Y la condesa?

Roger tensó su expresión y su boca se torció en las comisuras.

—Díselo tú —dijo con rudeza—. Yo tengo mucho que hacer aquí. Se lo tomará mejor si se lo dices tú que si lo hago yo.

Mahelt cerró la boca con fuerza. De haber sido su familia la que se hallara en aquellas circunstancias, su padre habría encontrado sin duda tiempo para contárselo a su madre y se habrían enfrentado juntos al problema.

—Señor, creo que deberíais ser vos quien...

El conde la miró echando chispas por los ojos.

—¿Acaso no puedes, por una sola vez, hacer lo que se te dice sin patear?

A Mahelt le ardían las mejillas. Deseaba replicar diciéndole que tenía que hacerlo él si quería tratar con decencia aquel asunto, pero sabía que con ello provocaría una discusión tremenda sobre lo que era y no era decente y que perdería, puesto que lo que decía el conde iba a misa. Sin abrir la boca, lo saludó con una exagerada reverencia, depositando en el gesto toda su rabia, y abandonó airada la estancia. Pero estaba tan nerviosa que no podía ir a ver directamente a Ida. Le apetecía ensillar su yegua y cabalgar a todo galope por la reserva de caza. Pero como esa solución no era factible, se encaminó hacia el jardín ornamental y, para sorpresa y turbación de los jardineros, pasó un buen rato sacando malas hierbas y lanzándolas lo más lejos que le daban sus fuerzas. Finalmente, cuando se sintió lo bastante tranquila como para ir a ver a Ida, abandonó el jardín, aunque tuvo que apoyarse en el umbral de la puerta un instante para coger fuerzas antes de entrar en la habitación.

Su suegra estaba cosiendo junto a la chimenea, la actividad que, aparte de cuidar a sus nietos y contarles cuentos, llenaba sus días. Su mano, manchada ya por la edad, se movía sobre la tela tensada sobre el bastidor. De delante hacia atrás, de delante hacia atrás, en un veloz y repetitivo gesto.

Ida levantó la vista iniciando una sonrisa, vio la cara de Mahelt y dejó de coser. Su expresión se derrumbó.

—¿Qué ha pasado?

Mahelt cruzó la estancia, se arrodilló a los pies de Ida y le dio la noticia, intentando comunicarla con delicadeza, insistiendo en el detalle de que Hugh estaba a salvo y de que Ralph y Longespée, pese a ser rehenes, no se contaban entre los fallecidos.

Los ojos castaños de Ida no abandonaron la cara de Mahelt en todo el rato.

—No —susurró—. ¡Mis niños no, mis bebés no!

—Están a salvo, ha dicho el mensajero que estaban a salvo. —Mahelt envolvió a su suegra con un abrazo—. El rey ayudará a pagar el rescate del conde de Salisbury y nosotros podemos reunir la plata para Ralph. Pronto los tendremos de nuevo en casa, ya lo veréis. El conde se ha puesto ya a escribir las cartas. —O eso era lo que Mahelt esperaba que estuviera haciendo—. Yo escribiré también a mi padre; hará pesar su

influencia.

Ida se levantó vacilante y cruzó la estancia para coger el cofre donde guardaba las joyas.

—Todo esto es para vender. —Extrajo del interior un puñado de anillos, broches y hebillas con piedras preciosas—. No me lo pongo nunca y lo daría todo con tal de ver a mis hijos sanos y salvos en casa. Cuando me los imagino prisioneros, con grilletes... no lo soporto. Daría mi alma por salvarlos. Cogería todo mi oro y mis joyas y caminaría descalza para depositarlas en manos de sus captores y les suplicaría de rodillas y con el pelo suelto que los liberara. —Su mirada era de desolación—. Los reyes son crueles —dijo—. Y los hombres, muchas veces, también...

—Madre... —Mahelt se acercó a ella con una mano extendida en un gesto suplicante, pero Ida le impidió aproximarse más.

—No. No quiero ningún consuelo mientras ellos no puedan tenerlo.

Mahelt se mordió el labio.

—¿Y el consuelo divino? Pedidle a la Virgen María que interceda por ellos. Es madre, y a buen seguro que os escuchará.

Ida tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Tienes razón. ¿Me acompañas a la capilla?

—Claro que sí. —Mahelt cogió la capa de Ida que estaba colgada en la percha y la depositó con ternura sobre los frágiles hombros de su suegra.

Cuando atravesaron el pabellón, vieron de lejos al pequeño Roger y su hermano gritando y persiguiendo las aves de corral. La niñera los reñía y se había levantado la falda por encima de los tobillos para poder correr mejor detrás del más pequeño, que era raudo como una centella. Ida contuvo un sollozo al verlos.

—Mis hijos —susurró con voz angustiada—. Por mucho que se hayan convertido en hombres, sigo recordándolos como niños.

Y a pesar de que el día era cálido, Mahelt se estremeció y deseó haber cogido también una capa.



Una semana después, Hugh llegó a casa procedente de Poitou. Mahelt estaba en el patio de armas para recibirlo junto con el resto de la casa y se quedó conmovida al verlo tan flaco. Los caballos estaban en baja forma después de un verano de campaña, los huesos de sus caderas sobresalientes y sus flancos revelando costillares. A pesar de que Hugh había hecho su llegada a un buen trote, el impulso no había durado. En la tropa faltaban hombres y caballos y en el carromato del equipaje, los heridos

ocupaban el espacio de las provisiones. Hugh desmontó y estrechó a su padre con un abrazo de hombre a hombre antes de dirigirse a Mahelt. Le saludó ella con una reverencia, se incorporó y se arrojó a sus brazos, estrechándolo con fuerza. Hugh le correspondió por un momento y enterró la cara en su cuello, pero enseguida, con gran esfuerzo, se armó de valor y fue a abrazar a su madre con delicada ternura. Al verlo, Mahelt experimentó una abrumadora oleada de amor, orgullo y dolor.

Ida se aferró a su hijo, acariciándole la cara y el pelo, sin dejar de llorar y repetir «hijo mío, hijo mío». Y Mahelt comprendió que Hugh representaba la esperanza y la supervivencia para Ida, aunque enfatizaba asimismo la angustia de que sus otros dos hijos no hubieran vuelto a casa.

Deshizo con cuidado el abrazo.

—Estoy bien, madre. Yo no estuve en el norte. Ralph y Longespée siguen con vida y están a salvo. Traigo cartas de los dos. Sécate las lágrimas; todos estamos a salvo.

—¡Pa-pá, pa-pá! —Incapaz de reprimirse por más tiempo, el pequeño Roger se soltó de los brazos de su niñera y corrió veloz hacia su padre. Hugh lo levantó en volandas y su hijo aprovechó de inmediato la circunstancia para removerse y sentarse sobre sus hombros—. ¡Tengo una espada nueva! ¿Quieres verla? ¿Jugarás conmigo?

Hugh no quería ver otra espada en su vida, pero no podía decirlo. En su infancia, una nueva espada era siempre un acontecimiento especial; de niño, se imaginaba a menudo como un circunspecto hombre hecho y derecho con un arma de verdad, como un guerrero consumado. Y cuando finalmente consiguió una espada, practicó a diario hasta ser capaz de hacer malabarismos con ella y convertir hoja y empuñadura en un simple borrón para la vista. Estúpidos trucos de volatinero.

—Por supuesto, le echaremos un vistazo a esa maravilla —dijo—, pero más tarde, cuando haya hablado con tu abuelo y tu madre. —Bajó a Roger para que marchara corriendo a buscar su espada y cogió entonces en brazos a Hugo, que lo observaba con una sonrisa radiante, esperando su turno con una paciencia de la que carecía su hermano mayor. Hugh agradecía estar de vuelta a casa, pero el abrazo de su familia y de los gruesos muros de Framlingham depositaba sobre él la carga de la culpabilidad, puesto que él estaba allí, pero sus hermanos seguían ausentes.



Hugh daba vueltas sobre la cama con su hijo menor. Roger estaba fuera jugando con su nueva espada de madera con otros niños del castillo y por un momento reinaba la paz. Cuando la última de las criadas que se había encargado del baño cerró la puerta a

sus espaldas, Mahelt se volvió hacia su esposo, que tenía el pelo húmedo, aunque las puntas empezaban ya a estar secas. En esta ocasión no había habido más pulgas y piojos de lo habitual y solo la acostumbrada acumulación de sudor y mugre. Hugh estaba aseado y envuelto en un débil aroma a agua de rosas, que se mezclaba con el olor a lavanda seca del arcón donde estaban guardadas la camisa y las calzas limpias que acababa de ponerse. La cárdena cicatriz de la muñeca había asustado a Mahelt. Estaba acostumbrada a ver aquel tipo de marcas en los hombres, pero nunca en alguien tan allegado. Su padre tenía muy pocas, excepto la vieja cicatriz blanca del muslo consecuencia de una herida que sufrió mucho antes de que ella naciera, pero ver en la piel de Hugh las imperfecciones de la guerra le había hecho darse cuenta de que podía haberlo perdido con mucha facilidad y que las noticias que habían llegado a Framlingham podían haber sido mucho peores.

—Longespée será intercambiado por el primo del rey Felipe —le explicó—. Resulta irónico que mis hombres y yo capturáramos a Robert de Dreux en el combate por Nantes. Eso de tener que darme las gracias por su rescate pondrá a Longespée más furioso que tener un erizo bajo la camisa. Y a mí también me fastidia, puesto que preferiría que el intercambio se realizara con Ralph.

—Hay que pensar que al menos uno de ellos quedará en libertad.

—El que no toca.

Mahelt percibió la impaciencia de su esposo.

—Tu padre va a hacer todo lo posible para reunir el dinero y tener a Ralph de vuelta a casa enseguida. ¿Y no crees que Longespée colaborará en cuanto quede en libertad? Es su obligación. —Retiró las horquillas de su cofia y la dobló para dejarla sobre un arcón.

—Eso ya lo veremos. —Hugh miró a su hijo—. No se lo he dicho a mi madre, pero temo por la situación en que se encuentra Ralph.

—¿Por qué? —La preocupación hizo mella en Mahelt.

—Mientras Longespée continúe prisionero, Ralph disfrutará de la protección de su influyente hermano. Pero en cuanto se pague el rescate por Longespée, la importancia de Ralph disminuirá. Pasará de ser el familiar del hermanastro del rey de Inglaterra a ser el hijo menor de un conde. Nadie cuidará entonces de su bienestar. Escribí a sus carceleros en La Rochelle y les envié todo el dinero que llevaba encima para que cuiden de él, pero no va a durar mucho tiempo.

—¿Sabes cuánto exigen por él?

—Todavía no, pero será una suma considerable debido al vínculo que lo une a Longespée. Si Longespée vale un Robert de Dreux, el precio de Ralph no será barato.

—Razón de más para que se esfuercen en mantenerlo con vida y en buenas condiciones.

—Dependiendo de la paciencia que tengan, sí, pero en cuanto Longespée quede en libertad, todo se complicará.

—¿Y cuánto es mucho?

Hugh se rascó la frente.

—Tal vez mil marcos.

Mahelt sofocó un grito.

—¡Eso es lo que cuesta liberar un condado!

—Los franceses no son tontos. Calculan cuánto tienen los hombres en sus cofres y qué les causará mayores molestias. Y eso sirve para aumentar el resentimiento contra el rey y para agotar aún más las reservas de plata de Inglaterra. —Hugo se escabulló de entre sus brazos y decidió ir a jugar con sus animalitos de madera—. Es la ruina y nunca debería haber sucedido. De nada sirve que los hombres sean valientes y entregados en la lucha, si sus acciones no están coordinadas. Si hubiéramos atacado todos al mismo tiempo, habríamos barrido a los franceses del campo de batalla, pero ellos controlaron mejor la situación y tuvieron mejores hombres al mando. Juan tendrá que acceder a los términos humillantes que le imponga el rey Felipe, y habrá rabia e insatisfacción por todas partes. Son momentos amargos y muy complicados. —Le indicó a Mahelt que se acercara y ella se tendió a su lado—. He soñado con tu cabello —dijo con voz quebrada. Le acarició la cabeza y empezó a deshacerle la trenza.

—¿Solo con mi cabello? —le preguntó ella en tono guasón.

—Bueno, no, también con otras partes de ti... y con frecuencia.

Balbuceó ella algo y le dio un codazo, pero el brillo de la mirada de Hugh le cortó la respiración. Hugh acunó su cara con delicadeza y la besó, y ella deslizó las manos hacia la parte de la camisa que seguía aún con los lazos desatados y acarició su piel, húmeda todavía después del baño.

El pequeño Hugo saltó a la cama con su colección de animalitos de madera y, con ánimos de compartir, entregó la oveja a Mahelt, la vaca a su padre y se quedó con el caballo. Y les pidió que jugaran a emitir los sonidos característicos de cada animal. Cuando Hugh y Mahelt acabaron de balar, mugir y relinchar, no podían más de la risa. Era en parte una liberación, y en parte también reían por la incongruencia de que un juego tan simple como aquel se representara aun a pesar de todo lo sucedido y del incierto futuro.

Marlborough, Wiltshire, febrero de 1215

Ela, condesa de Salisbury, se alisó una vez más el vestido y enlazó de inmediato las manos, la derecha por encima de la izquierda, la presión actuando a modo de áncora. Detrás de las contraventanas, un húmedo anochecer de febrero engullía los últimos destellos de luz del día. Había partido de Salisbury al amanecer y el viaje se le había hecho interminable, puesto que los caminos estaban embarrados y montar de costado en la silla había sido complicado, aunque absolutamente necesario para mantener la dignidad. Habría preferido no tener que desplazarse a la corte, pero estaba decidida a hablar con el rey e insistir para que se apresurara en poner los medios necesarios para conseguir la liberación de su esposo. Las negociaciones llevaban seis meses en marcha y seguía sin haber indicios de acuerdo. Ela no comprendía por qué Juan demoraba el asunto de aquella manera, siendo la presencia de su hermanastro, que tanto se había sacrificado por él, tan necesaria en Inglaterra.

En el aposento real se habían dispuesto mesas de caballete cubiertas con manteles blancos bordados repletas con comida para los invitados, pero el rey había decidido circular informalmente entre sus barones y obispos. Le hacía pensar a Ela en un lobo presto a devorarla si surgiera la ocasión. Aborrecía estar en su presencia porque le resultaba difícil mantener las distancias sin transgredir las normas de la cortesía. Pero por el bien de su esposo y sus hijos, había decidido desafiar al lobo en su guarida.

—Señor —dijo, saludándolo con una reverencia.

Resplandeciente y envuelto en una capa con incrustaciones de piedras preciosas forrada con armiño y marta cibelina, Juan le ordenó que se incorporara.

—Hermana. —La saludó con un beso en cada mejilla y, a continuación, deslizó el dedo índice hasta debajo de su barbilla y ejerció presión—. Levanta la barbilla. Las cosas van por buen camino. Pronto tendremos a Longespée de vuelta a casa... ya que

imagino que estás aquí por esto. —Hizo un gesto abarcando su entorno—. Todos los aquí presentes quieren algo de mí. Si nada tuvieran que pedirme, no habrían venido. Un motivo más por el que echo en falta al dulce William. Al menos, él me haría compañía y perdería conmigo a los dados sin resentirse por ello. —Le lanzó una mirada especulativa, como el halcón que observa desde lo alto a su presa.

La tensión de la garganta de Ela era tan grande que sentía como si estuvieran estrangulándola.

—Sí, señor, estoy aquí por mi esposo. —Levantó la mano para llevársela al cuello y Juan siguió con avidez el movimiento.

—Como mínimo eres honesta, lo que te distingue de la mayoría. —Juan hizo una mueca—. ¿O no?

Ela no dijo nada, pero se mantuvo derecha, como si tuviera una vara de acero clavada en la espalda que la ayudara a enfrentarse a él.

—Will no está encadenado, lo sabes —prosiguió Juan—. Su encarcelamiento es honorable.

—Por lo que doy a diario gracias a Dios y a su Madre, pero sigue causándome gran dolor no tenerlo conmigo —dijo con rigidez Ela—. Los niños necesitan a su padre.

Juan la miró con cinismo.

—Sin duda alguna tendrás maneras de encontrar solaz para ti y para tus hijos. Eres una mujer con recursos. No creo que te estés volviendo loca.

Ela se armó de valor.

—Encuentro consuelo en la oración y en Dios.

Juan la miró compungido.

—Por supuesto.

—Rezo también por Ralph Bigod —dijo, consciente de su deber para con su familia.

Juan miró con una mueca de desprecio el contingente de los Norfolk que estaba allí presente.

—Corresponde a su familia ocuparse de este asunto.

—Pero podéis ayudarlo. Es hermanastro de mi esposo. —Ela miró también hacia aquella dirección. Mahelt estaba presente, en compañía de las esposas de otros barones. En un momento encontraría refugio en ellas. La cantidad se traducía en seguridad.

—¿Y casi familiar mío puesto que la condesa de Norfolk era la muñequita de mi padre? —dijo Juan con desdén—. Me parece que no. Los Bigod no son pobres, ¿verdad? —Habló elevando el tono de voz para que los demás pudieran oírlo. Hubo risillas e intercambios de miradas.

—La condesa está indispuesta y teme por sus dos hijos —replicó con dignidad Ela.

Sin dejar de sonreír, Juan se volvió hacia la mesa atiborrada de comida que tenía a

sus espaldas y cogió un pequeño huevo duro moteado de amarillo por la cocción con azafrán.

—Tu tierno corazón te alaba, hermana. Es una extraña exquisitez... como este plato. ¿Lo has probado ya?

Ela negó con la cabeza.

—No, señor.

—Pues deberías hacerlo. En esta época del año es difícil obtener huevos, y el cocinero ha impregnado la yema con granos del paraíso^[7], nada menos. —Levantó e hizo descender las cejas en un gesto sugerente y tendió la mano con el huevo hacia ella.

Sabiendo perfectamente bien que los granos del paraíso tenían fama de afrodisiacos, y llena de repugnancia tras oír el tono con el que Juan había pronunciado la palabra «impregnado», Ela negó con la cabeza.

—Os lo agradezco, señor, pero no tengo hambre.

—Oh, pero debes probarlo. ¡Insisto! —Juan la obsequió con una sonrisa zorruna—. ¿Pretendes consumirte de pena en ausencia de mi hermano? Él no querrá encontrarte a su regreso convertida en piel y huesos, sería un pecado terrible. Abre la boca y sé buena chica.

Estaba acorralada. Todos los demás se limitarían a mirar como si Juan estuviese divirtiéndose con ella. Que el rey te obsequiara con comida era el mayor de los cumplidos y el hecho de no compartir plato convertía aquello en una simple variación de ese favor. Pero no soportaba la idea. Estaba segura de que, si el rey acercaba aquel huevo a su boca, le entrarían náuseas. Pero abrió sumisamente la boca, y Juan abrió la suya a la vez. Con los ojos brillantes de puro placer, presionó el huevo hacia el interior de la boca de ella. Era demasiado grande para engullirlo de una vez y Ela se vio obligada a morderlo, a masticar luego y tragar. Y a continuación, la otra mitad. Las especias despertaron una sensación acre y picante en su paladar, después en su garganta.

—¿No es maravilloso? —preguntó Juan, relamiéndose con sensualidad, como si fuese él quien saboreara aquella exquisitez.

Ela no pudo responder. Se llevó la mano a la boca para ocultar el movimiento de su mandíbula. Juan se quedó a la espera de que tragara, lo que imposibilitaba la opción de escupir el huevo en el pañuelo. Consiguió engullirlo por fin, pero el sabor persistía en su boca y notaba aún pequeños fragmentos entre los dientes y en la lengua.

—Señor, si me disculpáis... —Saludó con una reverencia, y sin esperar que él se despidiera, se tapó la boca con la mano y abandonó corriendo la estancia. En cuanto encontró una letrina, vomitó con violencia en el maloliente agujero hasta que el estómago le dolió por el esfuerzo. Se secó la boca y presionó la frente contra la gélida pared con la intención de dejar de temblar. Pero entonces oyó algo a sus espaldas que la llevó a girarse con premura y a gritar, pues Juan estaba en la puerta, bloqueándole

la salida.

Intentó chillar de nuevo, pero no salió de su boca más que un inarticulado gemido. Juan avanzó hacia ella, la agarró por los antebrazos y la empujó contra la pared. Recorrió entonces su cuerpo con una mano, desde el pecho hasta la entrepierna.

—¿No te ha gustado lo que te he dado? —preguntó con voz ronca—. Pues es una pena, tratándose de algo tan perfecto.

Ela ladeó la cabeza, debatiéndose, pero él la sujetó con más fuerza.

—Piensa en lo que voy a decirte —dijo él—. La esposa de un hermano se convierte en la propiedad del otro hermano cuando su esposo no está presente para defenderla. Ahora debes confiar en mí para seguir a salvo... ¿entendido? —La atrajo hacia él—. Recuerda en todo momento que estoy aquí para defender tu honor, hermanita... dulce como la miel. —Le dio un beso en el pómulos con la boca entreabierta, para que ella percibiese sus dientes, y después le repasó la cara con una lengüetada antes de apartarse y pellizcarle juguetonamente la nariz—. Esa es mi chica, así de valiente. Tu esposo estará de vuelta en casa antes de que te des cuenta.

Cuando Juan se hubo ido, Ela se apoyó de nuevo en la pared porque le flaqueaban las piernas. La presión que sentía en el pecho impedía que el aire entrara en sus pulmones. No podía gritar para pedir ayuda y tenía la sensación de que el rey acababa de desgarrarla y arrancado de su interior una parte muy íntima y vital.

—¿Hermana?

Sus rodillas acabaron cediendo de puro alivio cuando vio a Mahelt y a Hugh, este último con la mano presta en la empuñadura de su cuchillo.

—Dios mío, Ela... —Mahelt se apresuró a abrazarla y ayudarla a incorporarse.

—Estoy bien —jadeó.

—No, no estás bien. No te he quitado el ojo de encima desde que Juan te ha obligado a engullir ese huevo. ¿Te ha hecho algún daño?

—No —dijo Ela, pero sus temblores se hicieron más pronunciados.

—Ven. —Mahelt llamó a Hugh—. Te acompañaremos a tu pabellón.

Condujeron a Ela hacia la tienda redonda en azul y dorado que ocupaba una esquina del patio de armas. Mahelt despidió a las asistentes de Ela y sentó a su prima en el camastro de viaje cubierto de pieles mientras Hugh le servía una copa de vino.

—Sería capaz de deshonorar incluso a su propio hermano —dijo Ela, transmitiendo todo su odio en el tono de su voz.

—¿Qué te ha hecho?

—Me ha... me ha tocado y me ha dicho que tenía que confiarle mi seguridad porque en ausencia de mi esposo, soy de su propiedad.

Hugh hizo una mueca de asco.

—El muy bastardo.

Ela le lanzó una mirada de pánico.

—No debes decir ni hacer nada. Mi esposo y Ralph continúan prisioneros. Quiero

que los dos vuelvan sanos y salvos a casa. Si hablas, caeré en la deshonra, al igual que mi William. Es un hombre orgulloso y esto lo alteraría.

—No eres la primera a la que intimida de esta manera —dijo en tono grave Mahelt—. Atentó contra la esposa de De Vesci y a mí me insultó cuando visitó Framlingham. Por lo visto, cree que todo debería ser suyo.

Ela se quedó mirando a Mahelt más conmovida si cabe que antes.

—Dios mío...

Mahelt le sonrió con amarga satisfacción.

—Le retorcí sus joyas con tanta fuerza que lo sufrió después cuando tuvo que subirse a la silla. No fue castigo suficiente, pero era consciente de que no podía ir más lejos con sus mercenarios instalados en nuestro patio de armas y teniéndolo como invitado. Nadie hubiera podido hacer otra cosa.

Ela tragó saliva.

—Quiero que mi esposo vuelva a casa —dijo y, escondiendo la cara entre sus manos, rompió a llorar—. Quiero a William.

Mahelt arropó a Ela entre sus brazos.

—Esta noche puedes dormir en nuestro pabellón, y mañana por la mañana te escoltaremos hasta Salisbury.

Ela asintió, pero un escalofrío le recorrió el diafragma cuando se enderezó y trató de controlarse.

—Gracias.

Hugh convocó a las damas de honor de Ela y les dijo que prepararan lo que consideraran necesario para que su señora pudiera trasladarse al pabellón de los Bigod. Y acto seguido, atravesaron el patio con Hugh caminando protectoramente a su lado. Por el camino se cruzaron con el hermano mayor de Mahelt, que regresaba a su alojamiento en compañía de otros caballeros. Mahelt no tenía intención de contarle nada de lo sucedido. Lo que hizo, en cambio, fue preguntarle por Alais, su joven esposa, y comportarse como si Ela y ella estuvieran socializando, tal y como solían hacer las mujeres en aquel tipo de reuniones.

—Está muy bien —le informó Will, su expresión más alegre y satisfecha de lo que recordaba Mahelt en mucho tiempo—. Esperamos el nacimiento del bebé para cualquier día de estos. —Miró a Hugh—. Un heredero para el heredero. Ya debes saber lo que se siente.

—Por supuesto —dijo Hugh con una sonrisa—. Tener una parte de ti que continúe tu nombre en el futuro es un auténtico regalo de Dios. Me alegro por ti.

Will le devolvió la sonrisa.

—¡Tenéis que venir al bautismo para mojarle la cabeza al pequeño!

—Tenlo por seguro —respondió Hugh, con una nueva sonrisa.

Los jóvenes continuaron su jovial camino y la sonrisa se esfumó al instante del rostro de Hugh. Ela caminaba pegada a la capa de Mahelt. Cuando llegaron al pabellón de los Bigod, Hugh mandó montar una guardia doble y ordenó a los

hombres mantener la hoguera encendida y las antorchas prendidas toda la noche.

Framlingham, abril de 1215

Hugh estaba tumbado en la cama de su alcoba, las manos unidas detrás de la cabeza y las piernas cruzadas a la altura de los tobillos. Se había despojado de la túnica, el cinturón y el calzado y se sentía feliz de poder disfrutar del lujo de un blando colchón de plumas en lugar de la dureza de una silla de montar, y lo prefería con creces a un astillado banco de madera en el castillo de Northampton, de donde acababa de regresar junto con su padre. Más de dieciocho meses después de que se redactara el primer borrador, la carta de las libertades estaba por fin sobre la mesa y siendo discutida por todas las partes interesadas.

—El rey ha rechazado la carta —le explicó Hugh a Mahelt—. Dice que escuchará las quejas caso por caso, pero se niega a considerar un documento que le mantendría obligado eternamente.

—¡Pues claro que la ha rechazado! —espetó Mahelt—. Va totalmente en contra de sus intereses.

Hugh levantó los codos por detrás de su cabeza y se tiró del pelo en un gesto de frustración.

—Creíamos que habría cierta oportunidad de negociación, puesto que el texto está basado en una carta aceptada por el primer rey Enrique, pero se ha negado en rotundo. Ahora debemos decidir si renunciamos de manera abierta a nuestro compromiso de lealtad. Esto acabará en confrontación, no te quepa la menor duda. —Se quedó pensativo—. Tu padre está del lado de Juan, al igual que Langton. Dice que el acuerdo solo puede alcanzarse si se sanciona a través de negociación. Juan ha solicitado el respaldo del papa. FitzWalter y De Vesci quieren obligar a Juan a negociar desafiándolo, y para ello invitan a los franceses a intervenir, pero ni FitzWalter ni De Vesci tienen capacidad de liderazgo.

Mahelt tenía la sensación de estar atrapada en la estrechez del umbral de una puerta entre dos habitaciones. Su padre se mantendría firme al lado de Juan pasara lo que pasase, porque su honor así se lo exigía. Le había dado su juramento para bien o para mal. A ella le había enseñado que una promesa era una promesa y que había que mantenerse fiel a ella, ¿pero, qué sucedía cuando la persona a quien habías dado tu palabra era un perjurio y un expoliador? ¿Dónde estaba el límite entre lo correcto y lo incorrecto? Mahelt ya no lo sabía, y le parecía que los demás habían dejado también de saberlo.

—Si renuncias a Juan, entrarás en guerra con mi padre. —Sabía que Will estaría también entre los rebeldes. A pesar de que se hablaba con su padre, seguían situados en bandos opuestos del conflicto.

Hugh suspiró.

—Si consiguiéramos que Juan se planteara al menos algunos de los compromisos, habría aún esperanza. No existe hombre que desee una guerra abierta.

—A menos que sea un mercenario, o a menos que pueda aumentar su poder gracias a ella. —Mahelt cerró las contraventanas para proteger la estancia de la gélida brisa del atardecer y encendió más velas.

—En este caso debemos asegurarnos de que todo el mundo salga ganando con la paz. Es lo que ambicionan tu padre y el mío, y también el arzobispo, pero debemos esperar y ver qué dice el papa. —Hugh bajó la vista hacia sus manos—. Acabo de enterarme de que por fin han liberado a Longespée. El intercambio tendrá lugar esta semana.

El rostro de Mahelt se iluminó.

—Es una noticia estupenda para Ela y para tu madre.

Hugh no parecía especialmente ilusionado.

—Lo es, pero Ralph sigue siendo prisionero... y son ya nueve meses. Es evidente que ser hermanastro del hermanastro del rey no sirve para nada excepto para elevar los términos del rescate. Que fuera yo quien capturara a Dreux carece de importancia. En cuanto Longespée vuelva a casa, confío en que considere adecuado contribuir a favor de la liberación de Ralph, pero no pondría la mano en el fuego por ello. Sospecho, además, que si Juan ha decidido llevar a cabo el intercambio de Longespée en este momento es porque necesita su apoyo para combatir la amenaza de un desafío armado.

Mahelt se apartó de la luz de las velas y se tumbó junto a Hugh en la cama.

—No dejes que Longespée atormente tu alma. Dios sabe bien que ya tenemos preocupaciones suficientes sin que estés ensimismado todo el día pensando en él.

—No atormenta mi alma —replicó Hugh—. Es solo que no me parece correcto que él quede libre y Ralph no. —Se quedó pensativo—. Me pregunto qué hará Longespée cuando se entere de lo que Juan le hizo a Ela.

Mahelt lo miró alarmada.

—No irás a contárselo...

Hugh emitió un sonido de fastidio.

—Por supuesto que no. No me corresponde, y aun siendo ese el caso, no me escucharía. No soy más que su ramplón hermano Bigod, que no entiende en absoluto que nobleza obliga y no tiene ni idea de cómo debe comportarse un hombre como Dios manda. —Hizo ademán de levantarse de la cama, puesto que pensar en Longespée lo inquietaba sobremanera, pero Mahelt tiró de él para retenerlo.

—Yo también tengo noticias para ti. —Le cogió la mano y la acercó a su cintura—. Estoy de nuevo encinta.

Como Mahelt esperaba, el centro de su atención cambió de inmediato. La expresión de Hugh se alteró lentamente hasta esbozar una sonrisa y le acarició el vientre. Mahelt era alta y musculosa y sus embarazos no se hacían visibles hasta bien entrado el quinto mes, por lo que no había manera de adivinar de cuánto tiempo estaba. Llevaban desde Navidad sin tomar precauciones.

—Eso sí que es una buena noticia. ¿Sabes para cuándo?

—Para antes de noviembre, creo.

La atrajo hacia él y la besó con ternura, y por un breve instante se olvidó de sus inquietudes y sus preocupaciones para prestar toda su atención a su esposa.



A la mañana siguiente, Mahelt fue a visitar a Ida, que dormitaba junto a la chimenea, como era habitual en ella últimamente. Comía como un gorrión, pero de pronto levantó la cabeza y se mostró animada, su mirada radiante.

—¿Te has enterado de la noticia sobre mi hijo, sobre mi William? —preguntó—. ¡Van a liberarlo!

Mahelt la abrazó.

—Sí, madre, ya me he enterado.

—Confío en que venga a visitarnos pronto. Tengo muchas ganas de verlo.

—Seguro que vendrá —dijo con diplomacia Mahelt.

—Naturalmente, antes tendrá que ver a su esposa, y al rey.

Mahelt no dijo nada.

—Los hombres y sus asuntos de política —dijo con desdén Ida—. Luchando siempre como gallitos para ver quién se sitúa en lo más alto del pudridero. —Cogió su bordado y empezó a dar puntadas. Mahelt observó los hábiles dedos de Ida. A veces pensaba que su suegra había perdido la cabeza de tanto bordar y que ya solo era capaz de tomar decisiones en lo concerniente a sus labores.

—Ralph también será liberado pronto. —Mahelt se puso a revolver las sedas de la

cesta de labores de Ida para ver si andaba escasa de algún color—. No lo retendrán mucho tiempo más.

Ida dejó de dar puntadas.

—No he olvidado a Ralph —dijo, su voz repentinamente cortante—. Rezo por él igual que rezo por todos mis hijos. Desearía con todo mi corazón que mis hijos hubiesen sido liberados conjuntamente, pero viendo que no va a ser así, considero que es mejor alegrarse por el uno que llorar por el otro... al menos hoy.

—Por supuesto, madre, lo siento —concedió Mahelt, aun sin poder evitar preguntarse qué habría pasado de haberse producido la circunstancia contraria y Ralph hubiera sido liberado mientras que Longespée seguía cautivo.

Ida se quedó dormida mientras bordaba y Mahelt se acercó a la ventana que dominaba el jardín. Quería hablar con el jardinero para que plantase algunas rosas como las que tenía en la mansión de su padre en Caversham, con su maravilloso aroma y sus pétalos del color de las fresas salvajes y la cuajada. Sus cavilaciones se vieron interrumpidas por Orlotia, la dama de honor de Ida, que cruzó la estancia de puntillas y se dirigió a ella en voz baja.

—Señora, acaba de llegar vuestro hermano.

Mahelt frunció el entrecejo. No esperaba visitas.

—¿Cuál de ellos?

—Milord William, señora.

Mahelt se quedó sin saber qué decir. ¿Qué estaría haciendo Will en Framlingham cuando debería estar con su padre u ocupándose de los asuntos del condado? Su esposa, además, iba a dar a luz cualquier día... o a lo mejor lo había hecho ya. El corazón le dio un vuelco.

—¿Dónde está?

El tono de voz de Orlotia le hizo entender enseguida que había sucedido algo terrible. Sin despertar a Ida, abandonó corriendo la estancia.

Will estaba sentado en la bancada de la chimenea más pequeña, de espaldas al fuego, la cara hundida entre las manos.

—¿Will? —De pronto estaba terriblemente asustada y, por ello, enfadada casi. No era normal que su hermano se comportase así. No era lo correcto.

Will se enderezó y dejó caer las manos.

—Cierra la puerta y asegúrate de que nadie nos escucha —dijo con voz quebrada.

Con una intensa sensación de náuseas, Mahelt hizo lo que le pedía su hermano y después se acercó a la cortina que separaba el solar de la alcoba para asegurarse de que no hubiera por allí ninguna criada.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¡Dímelo!

Will tragó saliva una y otra vez y negó con la cabeza.

—Mira, voy a buscarte algo para beber. —Mahelt se volvió hacia la puerta, pero Will la detuvo extendiendo la mano.

—No, solo... solo déjame que recupere el aliento.

Mahelt desanduvo sus pasos y tomó asiento en el banco, realmente asustada. ¿Y si su padre había vuelto a caer enfermo? ¿Y si le había pasado algo a su madre o a alguno de sus hermanos?

—Tómame todo el tiempo que quieras —dijo, pensando tanto en su propio beneficio como en el de él.

—Se trata... —Will agitó la cabeza y Mahelt vio que le daba una arcada—. Se trata de la vida de mi hijo nonato y de mi esposa... la luz de mi vida.

—¿Qué? —Mahelt se quedó mirándolo, atónita y conmocionada. Las preguntas se acumulaban en su cabeza, a tal velocidad que ni siquiera le daba tiempo a formularlas.

—¡Alais ha muerto! —Will empezó a sollozar con voz ronca. Horrorizada al ver que su imperioso hermano se desmoronaba ante sus ojos, Mahelt trató de abrazarlo, pero él la apartó de un empujón, y tuvo que conformarse con acariciarle de arriba abajo la espalda. Santo Dios, Alais debía de haber muerto de parto. Intentó no pensar en la nueva vida que llevaba en su vientre, como si con la asociación de ideas pudiera causarle algún daño.

Will se pasó las manos por la cara.

—Mi esposa, mi hijo, mi futuro —dijo sin apenas voz—. Asesinados por los sicarios de Juan justo allí donde más seguros deberían de haber estado.

Mahelt se quedó boquiabierta, mirándolo con incredulidad.

—¿Asesinados?

—Los dejaron desangrándose. Los mataron, y la vigilancia en Pembroke era tan negligente que el asesino consiguió escapar. Alais estaba al cuidado de nuestros padres y no la protegieron. Ignoraron la amenaza. Juan se ha propuesto destruirnos, desde dentro y desde fuera. —Mahelt notó bajo la mano el escalofrío que recorría la espalda de su hermano.

—¿A qué te refieres? —Le sorprendía oírle hablar de su padre y de su madre empleando aquel tono. La situación parecía irreal e increíble—. Mamá y papá siempre están en guardia. Estás alterado y te equivocas.

—No me equivoco. He visto sus cuerpos. —Abrió el puño que había mantenido cerrado y le mostró la florecilla bordada que guardaba en su interior—. Del vestido de novia de Alais —dijo con voz ronca—. Ese día no estaban en guardia. ¡Por mucho que los defiendas, esto es indefendible!

Mahelt sintió entonces un terrible vacío interior.

—¿Cómo sabes que Juan envió un asesino?

—¿Quién si no? —dijo, enseñando los dientes—. ¿Quién si no haría una cosa así o querría hacer daño a nuestra familia de esta manera? Nunca ha perdonado ni olvidado cómo lo humilló nuestro padre en Irlanda. No sabes ni la mitad de lo que pasó en la corte cuando Richard y yo estábamos en sus garras. Acabará con todos nosotros. Richard está lejos, en Normandía, pero el resto seguimos aquí.

Sus palabras, su tono, lo que acababa de decirle empujaron a Mahelt a llevarse la

mano al vientre. Deseaba salir corriendo de allí para comprobar que sus hijos seguían sanos y a salvo. Si alguien había sido capaz de hacerle aquello a Alais en el seno de la protección familiar, no existía lugar que no fuera peligroso.

—No puedes culpar de lo sucedido a nuestro padre y nuestra madre —insistió.

Will le hizo caso omiso.

—Eran mi orgullo y mi alegría —continuó con voz temblorosa—. Hacían que mi vida fuera soportable. Ahora tengo que vivir con este mal y sobrevivir a duras penas hasta que acabe reuniéndome con ellos en la tumba. —Sacudió los hombros y rompió de nuevo a llorar.

Esta vez permitió que Mahelt lo acogiera entre sus brazos: su hermano mayor, con quien había luchado encarnizadamente siendo una niña. Ninguno de los dos había claudicado ni retrocedido una pulgada jamás, pero ahora le embargaba una oleada de lástima y ternura maternal. No lo silenció, sino que lo dejó llorar hasta que la tormenta amainó lo suficiente como para permitirle levantar la cabeza. Encontró Mahelt una servilleta para secarle la cara y le sirvió una copa de vino de la jarra que había junto a la cama. Era poca cosa, pero al menos le daba la sensación de estar ayudándolo.

—¿Y ahora qué harás? —le preguntó, ofreciéndole la copa.

—No lo sé —dijo, paralizado—. Solo te pido que me dejes quedarme unos días aquí hasta que me calme un poco y pueda pensar, luego me marcharé a cualquier parte. Tengo amigos. —Su mirada se volvió mordaz—. No quiero que les digas a nuestros padres dónde estoy... júramelo.

Mahelt notó que el corazón le daba un vuelco.

—Tienen que saberlo, Will.

—Te lo prohíbo —gruñó—. He cortado mis vínculos con ellos y no hay marcha atrás... no mientras nuestro padre respalde a ese tirano. Debes prometérmelo, ¡debes hacerlo!

Mahelt no estaba muy segura de poder prometérselo, pero la angustia de la mirada de su hermano, la torsión de su boca, la llevó a consentir.

—Habrás que contárselo a Hugh y a mi suegro. No puedo mantenérselo en secreto y, además, se enterarán de que estás aquí.

Will se frotó de nuevo los ojos.

—No me importa. Incluso es posible que estén dispuestos a escuchar, y a cambiar de idea. Nuestro progenitor sigue firme en su idea de respaldar al rey pase lo que pase. Prefiere conservar supreciado honor antes que desviarse ni que sea un paso. Es como un cordero que sigue un camino trillado y que nunca se apartará de él porque siempre ha sido así.

Mahelt se quedó boquiabierta ante la amargura del comentario.

—¡No deberías decir eso!

—¿Y entonces qué se me permite decir? —Rabió—. ¿Acaso no es cierto? ¿No nos han alimentado a la fuerza, desde nuestra más tierna infancia, con la idea de que

el honor es sagrado? Cueste lo que cueste, hay que conservarlo. ¿Pero qué sucede cuando el coste del honor se traduce en respaldar el deshonor de otros? ¿Entonces qué?

Mahelt no dijo nada porque, de existir una respuesta, la desconocía.

—He acudido a ti porque no se me ocurría otro lugar donde ir —dijo Will, dejando caer los hombros—. Sé que no soy del agrado del conde Roger, pero es un hombre justo y de opinión sensata y he creído que tal vez estaría dispuesto a escucharme. ¿Hay... hay algún lugar donde pueda dormir?

—En una de las torres hay una cámara de invitados. La haré airear y ordenaré que pongan un colchón en la cama.

—Gracias. Y un cerrojo para cerrar la puerta por dentro. —Cerró la boca con fuerza.

Mahelt iba a decirle que no había necesidad, que en Framlingham estaba totalmente seguro... aunque luego pensó que también Alais estaba totalmente segura en Pembroke.

—Espera aquí —dijo—. Voy a encargarme de todo.

—No... no te vayas. —Le tiró de la manga—. Por favor.

La ira y la rabia la asaltaron de nuevo al ver a su hermano, fuerte y seguro, reducido a tener que vivir aquello. La pérdida de un hijo.

—Solo para dar instrucciones a las criadas —aseguró, intentando tranquilizarlo—. No te abandonaré. Te lo prometo.



Los hombres de la casa de los Bigod estaban sentados alrededor de la mesa de caballete de la cámara del conde escuchando cómo Will les relataba poco a poco su historia. Mahelt también estaba presente, sentada junto a su hermano, dándole su silencioso apoyo, con Hugh ocupando su otro lado. Will repelió las exclamaciones de repulsa y las ofertas de horrorizada compasión como si se defendiera de los golpes con un escudo astillado.

El conde se recostó en su asiento.

—Independientemente de si ha sido o no Juan quien ha perpetrado este acto, esta no es manera de gobernar un país. Los mercenarios del rey hacen lo que les viene en gana y él los coloca en puestos de autoridad de los que luego abusan. Nadie está seguro. Hay espías en todas las casas. Lo que el rey no consigue por medios legítimos, lo logra con golpes bajos. Utiliza señas y contraseñas secretas y sus hombres actúan según sus dictados, por mucho que en público digan lo contrario.

Hay torturas, asesinatos y matanzas. Las exigencias son continuas. Se falta a las promesas. Ya basta. Opino que hay que oponer resistencia al rey hasta que no solo acceda a acatar los términos de esa carta, sino que además los haga realidad.

—Hay quien ya se ha sublevado contra él —dijo Will—, y no solo en el norte. Mowbray, De Bohun, De Vere y Albini se han declarado en contra del rey, y vendrán aún más.

El conde lo miró desde debajo de la amplia ala de su sombrero.

—Pero no tu padre. —Cambió de posición en la silla de respaldo alto que ocupaba—. Poseo información. De Vere y Albini son familiares míos. No quiero tomármelo a la ligera, puesto que, si desafío al rey, debo estar preparado para enfrentarme tanto a sus mercenarios, como a los barones que no se rebelen en su contra... y lo más probable es que el enfrentamiento se produzca con espada y escudo, además de con la pluma del jurista. No me queda fuego en el estómago para un conflicto de este tipo, pero se ha llegado a un punto en el que hay que elegir bando. —Lanzó una grave mirada a los reunidos en torno a la tabla.

Mahelt bajó la vista y acarició con el pulgar su anillo de casada. Notaba un vacío en el estómago, se sentía atrapada. En caso de producirse un desafío como el que se estaba planteando, su esposo y su hermano se enfrentarían a su padre. Su familia por matrimonio se enfrentaría a su familia de sangre. Odiaba a Juan, pero desafiarlo significaba también desafiar a su padre, y la idea resultaba insufriblemente dolorosa.

—¿Qué hacemos entonces? —preguntó Hugh—. Una cosa es decir que vamos a desafiar al rey, y otra muy distinta hacerlo. Necesitamos ejercer presión, pero de momento no tenemos nada.

—Estoy de acuerdo contigo —replicó el conde—. Sabemos quiénes de nuestros pares nos apoyarán, pero debemos lanzar la red más lejos, ir más allá de nuestros muros y alcanzar las ciudades... quizá llegar también hasta París.

Siguió un prolongado silencio durante el cual los presentes reflexionaron sobre la enormidad de aquellas palabras, puesto que pronunciarlas en voz alta les daba visos de realidad.

—¿Te refieres a Londres y a Luis? —dijo Hugh, después de respirar hondo.

Su padre asintió.

—Si nos hacemos con Londres, tendremos el corazón del comercio de toda Inglaterra. Y si con todo y con eso Juan continúa negándose a negociar, piensa que Luis de Francia lleva tiempo a la espera de su oportunidad...



Terminada la conferencia, Mahelt salió al jardín y esperó a que Hugh le diera las buenas noches a su padre. Su hermano se había retirado ya a su cámara y cerrado la puerta atravesándola con la barra. El camino de ronda de Framlingham estaba repleto de soldados; habían doblado la guardia y endurecido las medidas de seguridad. Mahelt se estremeció y posó una mano protectora sobre su vientre y el bebé que estaba en camino.

Hugh salió de la habitación de su padre, se separó la capa y la envolvió con unas alas forradas de piel.

Mahelt se mordió el labio.

—Lo que le ha pasado a Will... lo que está sucediendo en estos momentos me lleva a darme cuenta de que nos lo pueden quitar todo muy fácilmente.

—Aquí todo el mundo está a salvo. —La atrajo hacia él y Mahelt percibió la fortaleza del cuerpo de su esposo—. Hay guardias apostados en las puertas de todas las cámaras... hombres leales.

—Pero no tendría por qué ser así. Deberíamos poder dormir seguros, sin miedo a morir asesinados en la cama.

—Estoy de acuerdo contigo. Hay que pedirle explicaciones a Juan y acabar con todas sus criaturas.

—Y cuando esto suceda, mi padre caerá con todos ellos. Si sobrevive Juan, en cambio, seremos nosotros los que caeremos. Es un estado de cosas imposible.

Hugh le acarició la mejilla con el dedo.

—Tu padre es hombre versado en política y sobrevivirá, aunque eso signifique tener que retirarse a Irlanda. Si Juan prevalece... no le hará ningún daño ni a la hija ni al nieto del hombre que es su sostén principal.

—¿Aun después de ordenar el asesinato de la esposa de mi hermano?

—No hay pruebas de que haya sido él, no es más que la opinión de tu hermano, y no es del todo fidedigna. Sabes lo mucho que odia al rey.

—Porque ha vivido con él —dijo con un tono de voz lleno de repugnancia.

—Sí, pero eso sigue sin demostrar que fuera Juan quien ordenara el acto.

—Está detrás de todo. Basta con echar un vistazo a su reputación. ¿Quién podría haber sido si no? —Mahelt se apartó de su abrazo y echó a correr hacia su cámara. Al llegar a sus aposentos, pasó por delante de un guardia que custodiaba la puerta exterior y encontró a otro de los hombres de más confianza de Hugh sentado junto a las cortinas que daban acceso a la parte de la cámara donde dormían sus hijos. El hombre se levantó en silencio, la saludó con una reverencia y se apartó para dejarle paso. Mahelt separó las cortinas para mirar a los niños. Jamás en su vida había sentido con aquella intensidad la posibilidad de desastre y destrucción de todo lo que más quería. Los rumores sobre Arturo, la verdad sobre Maude de Braose y su hijo, la intimidación depredadora de Juan con las mujeres y ahora la sospecha y las especulaciones sobre la muerte de la esposa y el bebé de su hermano. ¿Qué más prueba necesitaban Hugh y el resto del mundo? Alejó de sus pensamientos la lealtad

de su padre hacia Juan porque resultaba demasiado dolorosa y complicada.

Roger estaba tendido boca arriba, sus mejillas sonrosadas por el sueño, su pelo oscuro húmedo. Su hermano pequeño dormía con el pulgar en la boca, sus pestañas y cejas salpicadas de oro. Dios. Mahelt se llevó la mano a la boca y se le nubló la vista.

Hugh llegaba en aquel momento y la rodeó por el hombro para contemplar también a sus hijos dormidos.

—Pase lo que pase, juro por mi alma que lucharé por vuestra seguridad, la tuya y la de ellos —dijo.

Roger murmuró algo en sueños y se removió en la cama. Sus padres se retiraron para no despertarlo. Ya en su cama, Hugh encendió la lámpara que colgaba del dosel. Mahelt lo miró fijamente como el guerrero que fija la mirada en el terreno donde está a punto de librarse la batalla.

—Por tu alma —repitió.

—Sí —confirmó Hugh, su mandíbula tensa—. Por mi alma.

Tuvo ella que bajar la vista. O bien Hugh se tomaba las cosas muy a la ligera y pronunciaba aquel juramento a modo de placebo, o bien sentía profundamente todas y cada una de sus palabras, y si ella aceptaba su juramento y Hugh le fallaba, caería en desgracia... y ella también.

—Cumple, pues, tu palabra —dijo Mahelt mientras el aroma del incienso que perfumaba el aceite empezaba a impregnar el ambiente de la cama.

—Que me condene en el infierno si no la cumplo. —Hugh cogió la cara de ella entre sus manos y puso rúbrica al momento con un beso prolongado e intenso. Mahelt dudó un instante, pero lo abrazó acto seguido para transmitirle toda su confianza.

Winchester, mayo de 1215

Longespée verificó su talabarte y se ajustó el enganche. Había adelgazado durante su confinamiento y si se abrochaba el cinturón en la muesca habitual, le quedaba flojo. Tendría que volver a acostumbrarse a ir armado. Sentir de nuevo en la cadera su famoso montante resultaba reconfortante, pero nada le quedaba como antaño y eso le preocupaba. La mancilla de la derrota y la prisión necesitaban tiempo y oraciones antes de subsanarse por completo.

Miró por la ventana de su alcoba y vio que un escudero había atado su corcel a la cuerda del caballo de batalla... que no era uno de los animales de los Bigod, sino un robusto semental de color indeterminado de los establos del rey. Por el patio pululaban soldados flamencos, atareados con los preparativos de último momento antes de la inminente marcha hacia Londres.

Longespée respiró hondo para serenarse. No había vuelto todavía a casa, ni siquiera había visto aún a Ela ni a sus hijos. Juan había estado en Sandwich para presenciar su desembarco y su canje por Robert de Dreux y de inmediato lo había puesto en marcha alegando que ya habría tiempo mas tarde para todo lo demás. Por el momento, lo necesitaban para gestionar la rebelión de diversos barones antes de que el movimiento ganara fuerza y apoyos. Northampton llevaba quince días soportando el asedio, pero Bedford había caído y los rebeldes estaban ya camino de Londres. Entre los rebeldes había buenos amigos, familiares incluso. Sus hermanastros Bigod, el esposo de su madre. Frunció los labios. Tal vez Ralph, que seguía prisionero en París, estaba donde mejor se podía estar en aquel momento.

—¿Estás listo?

Longespée se volvió hacia Juan, a quien no había oído entrar en la habitación. Su hermano había envejecido. Tenía los ojos inyectados en sangre y lucía terribles

ojeras. En las comisuras de la boca habían aparecido nuevas arrugas. Y en su interior escondía algo que Longespée no lograba captar, un elemento de vigilancia que no estaba antes ahí y que suponía que estaría causado por la estrecha relación que unía a Longespée con los Bigod, o tal vez incluso por un sentimiento de culpa por haberlo tenido tantos meses encerrado después de lo de Bouvines. De agosto a mayo había sido mucho tiempo.

—Sí, señor —dijo—. Estoy listo. —Prendió su capa con el broche redondo de oro que iba tan unido a su persona como el talabarte que llevaba a la cadera.

—No te entretengas por el camino —le alertó Juan—. Quiero asegurar Londres y después quiero que De Melun y tú rodeéis a esos bastardos y acabéis con ellos.

—Me apresuraré. —Longespée se calzó las espuelas.

Juan hizo una mueca.

—Al menos puedo contar contigo. Hombres a quienes consideraba aliados han desertado de mí y renegado de los juramentos que me dieron el día de mi coronación.

Longespée captó un extraño matiz en la voz de su hermanastro. Había ansiedad y tristeza, casi un atisbo de acusación, como si estuviese incluso calculando hasta qué punto Longespée le sería fiel.

—Nunca desertaré de vos, señor. —Se detuvo para arrodillarse delante de Juan, que le ayudó a incorporarse y le estampó un beso de paz en cada mejilla.

—Me alegra oírte decir eso. Y ahora ve a lo que te ocupa. Confío en que ni tú ni De Melun me falléis. —No dijo «esta vez», pero podía muy bien haberlo hecho.



Hugh sacudió el polvo de la tabla con su sombrero, tomó asiento junto a la mesa de caballete de la estancia principal de la casa que la familia poseía en la londinense Friday Street y aceptó una copa de vino del aturullado portero, que no esperaba en absoluto la repentina llegada del conde, su heredero y sus caballeros. Su esposa estaba confeccionando con celeridad un improvisado potaje con lo que tenían en las despensas y había mandado a varios mozos a las posadas del barrio para ver si podían hacerse con algo para comer.

—Más fácil que Northampton —dijo Ranulf FitzRobert después de ordenarle a un escudero que dejara en un rincón su rollo de equipaje. Aceptó la copa que le ofrecía Hugh y se sentó a su lado. Hugh movió la cabeza con un gesto afirmativo. Era domingo, los ciudadanos de Londres habían acudido a la iglesia y habían dejado las puertas abiertas de par en par a los rebeldes. Y pese a que la bienvenida no había sido apoteósica, el sentimiento de aprobación era evidente—. Ahora el rey se verá

obligado a negociar.

El conde hizo su entrada en el salón y miró de reojo, solazado y enojado a la vez, al ver que su hijo y su yerno compartían la mesa.

—Por lo que veo, todo el esfuerzo que he consagrado a tu educación se ha echado a perder —dijo.

Hugh se encogió de hombros.

—Ahora somos rebeldes.

—Eso no significa que debemos relajar nuestros modales... más bien al contrario —replicó con mordacidad, pero cuando Ranulf hizo ademán de levantarse, el conde agitó la mano para impedirlo—. Ah, dejadlo correr. No comeremos nada hasta las vísperas, como mínimo. ¿Qué tal el vino? —Cogió la copa que Hugh acababa de servirle.

—Rancio, pero bebible.

—El del rey Enrique solía tener el sabor y la consistencia del barro. —El conde bebió un sorbo, frunció la boca, pero no hizo comentario alguno—. Me han dicho que hemos llegado primero por los pelos. El conde de Salisbury y Savaric de Melun vienen pisándonos los talones.

—Llegar por los pelos nos basta —dijo Hugh—. No pueden hacernos nada. Mientras no perturbemos a los ciudadanos, estamos en lugar seguro.

Su padre asintió.

—La posesión de Londres y el apoyo de los londinenses son una importante baza para la negociación. No negaré que no habernos hecho con Northampton ha sido un contratiempo, pero tenemos Bedford.

Ranulf hizo girar el vino en el interior de su copa.

—Hay quien lo considerará menos una baza para la negociación y más una adquisición. Una base desde donde poder ofrecer el gobierno de Inglaterra a los franceses.

—Efectivamente —replicó Roger—, pero esperaremos a ver cómo responde Juan. La idea de ver un príncipe francés sentado en el trono de Inglaterra no me llena de alegría... Juan es el soberano ungido, pero hay que refrenarlo y hacerle responsable de sus actos. —Lanzó una sombría mirada a Hugh y Ranulf—. Mi padre se rebeló contra el gobierno del que consideraba un tirano, pero fue derrotado. Nos usurparon Framlingham, que fue arrasado por completo. Consagré los doce años que siguieron a la muerte de mi padre a recuperar nuestras tierras y a obtener los permisos necesarios para la reconstrucción de Framlingham. Siempre he jugado con cautela porque soy consciente de que basta un solo día para destruir de nuevo lo que tanto tiempo me ha costado reconstruir. Un movimiento en falso es más que suficiente.

—¿Y crees que esto es un movimiento en falso? —preguntó Hugh.

—Dímelo tú, hijo mío —dijo con cansancio Roger—. ¿Lo es?



Longespée cerró la boca con fuerza cuando el batidor tiró de las riendas para detener su caballo y levantó una nube de polvo. Incluso antes de que tomara la palabra, sabía que traía malas noticias.

—¡Los rebeldes han entrado en Londres, señor! Los ciudadanos les dejaron las puertas abiertas.

Longespée giró la cabeza hacia el perfil emborronado de las murallas de la ciudad. Había cabalgado raudo como una centella para cortarles el camino a los rebeldes y mandado emisarios a la ciudad para suplicar por la defensa de su causa, pero todo había sido en vano. Se había visto superado y le habían ganado la partida hombres más rápidos que él.

—¿Y ahora qué? —preguntó el capitán mercenario de Juan, Savaric de Melun. Era de compleción fornida, ancho de hombros y tenía tantas cicatrices de guerra como los perros que se utilizaban en los espectáculos de combates contra osos. Cada vez que respiraba, los destellos de su cota de malla recordaban la piel de una serpiente.

Longespée mordisqueó el nudillo de su dedo pulgar.

—Dejaremos un contingente para controlar sus movimientos y asediar la entrada y salida de cualquier mensajero. Quedarnos aquí carece de sentido. Iremos a ver al rey y que sea él quien decida qué hacer a continuación.

—Se pondrá furioso —le advirtió De Melun.

—¿Y qué otra cosa quieres que hagamos? —dijo Longespée, con un gesto de indiferencia—. Poner sitio a una ciudad de este tamaño y con lo que tenemos a nuestra disposición es imposible.

De Melun lo miró de soslayo.

—Pues serás tú quien se lo diga —espetó—. Al fin y al cabo, llevas su sangre.



Mahelt jadeó ante el apasionado abrazo de Hugh, que fue seguido por un beso intenso y abrasivo. Estaba musculoso y bronceado después de tantos días de campaña y Mahelt sintió su corazón dando tumbos de amor y deseo. Había recibido alguna que

otra carta de su esposo, pero no tenía ni idea de para cuándo tenía previsto su regreso a Framlingham. Durante su infancia, su padre solía estar ausente todo el verano y se había resignado a que Hugh siguiera un modelo similar, de modo que verlo en aquel momento era una maravillosa sorpresa... y un gran alivio.

Se apartó de ella para esquivar a Roger, que quería demostrarle las habilidades que había adquirido con la espada a lo largo del verano. Riendo, Hugh eludió el golpe y se agachó, para dejarse atrapar y matar a continuación.

—¡Me rindo, me rindo! —gritó, soportando la paliza de su hijo. Lanzó una mirada de humorista preocupación hacia Mahelt—. ¡Que Dios me libre cuando tenga a tres saltando sobre mí!

Riendo también, Mahelt se llevó la mano a su maduro vientre.

—Eso no será de aquí a una temporada —dijo—. Dispones de unos años de gracia. —Cuando Hugh consiguió por fin separarse de las intenciones asesinas de su hijo y lo envió a atacar a sus escuderos, Mahelt le preguntó dónde estaba su padre.

—Sigue todavía en Londres, ocupado en asuntos legales. —La expresión de Hugh fue tornándose seria a medida que amainaba la satisfacción inicial que le había producido la vuelta a casa. Se despojó de la túnica, se subió las mangas de la camisa y se sentó en la cama—. Ranulf ha vuelto a su casa en Middleham para prepararse para el conflicto.

—¿Conflicto? ¿Por qué? —La sensación de placer y bienestar que había embargado a Mahelt se disipó cuando miró alarmada a su esposo.

—El rey ha firmado la carta de libertades. Nos reunimos con él en la pradera que hay delante de Windsor y estampó su sello en los términos. Fui testigo del acto; igual que mi padre, y el tuyo, y también Will y Longespée.

—¿Y no es una buena noticia? ¿No es lo que todos deseabais?

Hugh suspiró.

—Debería serlo, pero carece de valor. Justo después de firmar, Juan escribió una carta al papa suplicándole que le absolviera de su juramento de cumplir los términos. Considera que la carta de libertades es algo eludible por completo, susceptible a ser pisoteado o arrojado al pudridero. Es como si no la hubiera firmado. Y la disputa no ha hecho más que escalar.

—¿Y ahora qué pasará?

Hugh hizo un gesto de negación y dijo, sin entusiasmo alguno:

—El príncipe Luis ha accedido a enviarnos refuerzos franceses mientras delibera si desplazarse personalmente hasta aquí. Tu padre y el arzobispo Langton están haciendo todo lo posible desde su puesto al otro lado de la valla, ya que entienden que necesitamos una paz factible... pero de momento, no muestra visos de que vaya a ser así. Juan firmó sin intención de mantener su palabra y los moderados de nuestro bando han ido perdiendo terreno. De Vesci, y los que piensan como él dicen que si no podemos hacerle frente, no habrá más remedio que acabar con él.

—¿Y si aparece Luis?

—Se le ofrecerá el trono.

—Y eso significa guerra...

—La guerra ya es un hecho —replicó con tristeza Hugh—. Se libra ya en estos momentos. No he venido a casa a descansar sino, como Ranulf, a prepararlo todo para lo que está por llegar.



Por vez primera en todo un año, Longespée entraba en su cámara del palacio de Salisbury y se regalaba la vista con la imagen de su esposa. No recordaba haber visto en su vida nada tan bello. Ella lucía un vestido entallado confeccionado en lana verde, suave como la piel de un gatito. Una toca de fina gasa insinuaba el brillante pelo rubio oscuro que escondía en su interior. El sol que entraba por la ventana la bañaba con una luz dorada otorgándole el aspecto de una transparente figura de cristal.

Con un chasqueo de dedos despidió al chambelán de la estancia. Longespée esperó a oír el sonido del pestillo al caer para abrazarla, besarla en la frente, en ambas mejillas y, finalmente, en sus cálidos labios rosados. La distanció luego de él, por el puro placer de poder contemplarla de nuevo.

—He soñado contigo cada día que he permanecido en prisión. Pensar en ti y en nuestros hijos servía para subirme los ánimos en mis momentos más bajos. —Le cogió la mano y acarició el anillo de boda, para besar a continuación la pieza de oro, disfrutando al máximo el momento, intensificando aquel juego de amor cortesano—. Vuelvo a ti transformado, amante y esposa mía, para pedir de nuevo tu favor y tu aceptación.

Ella se quedó mirándolo casi inerte, con una expresión de desesperación en su rostro. Captó él el movimiento de su frágil garganta al tragar y empezó a sentirse ansioso.

—¿Qué sucede, amada mía? ¿Tanto he cambiado? ¿Ya no te resulto agradable? —Y su alarma aumentó al ver que se cubría la cara con la mano y rompía a llorar.

—No es eso, esposo mío —susurró ella—. Es porque ya no soy digna de ti; de hecho, nunca volveré a ser digna de ti.

Longespée empezó a sentirse mal de verdad.

—¿Pero, qué es todo esto? —La agarró por el brazo y la zarandéó—. ¿Me has engañado? ¿Me has sido infiel? —Jamás se habría imaginado a su Ella mirando a otro hombre, pero había estado ausente mucho tiempo y no se le ocurría otra cosa que justificara aquella reacción.

—No porque yo lo haya querido —sollozó Ella—. Juro por mi honor que no ha

sido porque yo lo haya querido, pero una determinada persona ha hecho caer en desgracia el concepto de hermano.

Longespée se tambaleó. Las ideas giraban en su cerebro como un torbellino, hasta el punto de que era incapaz de pensar.

—¿Qué te ha hecho ese campesino Bigod? —espetó. Cerró la mano con fuerza sobre la empuñadura de su espada—. Quiero saberlo todo.

—¿Bigod? —Sus ojos bañados de lágrimas lo miraron con perplejidad—. ¿Te refieres a Hugh? ¡Oh, él no fue, no! Él y Mahelt me rescataron y me pusieron a salvo. Piensa más bien en tu hermano el rey... —Hizo un esfuerzo por serenarse y se lo explicó todo.

Conmocionado, Longespée se derrumbó en un banco.

—¿Estás diciéndome que Juan nos ha deshonrado con su lascivia? ¿Que te tocó y que se detuvo a una pulgada escasa de cometer el acto en sí?

Ela asintió.

—Me temo que es cierto, esposo. —Unió las manos para retorcerlas entre sí—. Jamás te mentaría. Dijo... dijo que, en tu ausencia, yo era de su propiedad.

Longespée cerró los puños con fuerza, sus ojos oscuros de rabia.

—En ese caso, no puede seguir siendo mi hermano. Ha profanado nuestro vínculo.

Ela lo miró aterrorizada.

—¿Qué piensas hacer?

—Nada, por el momento. Necesito tiempo para pensar. —Su cabeza empezaba a trabajar de nuevo superada la conmoción inicial. Experimentó una punzada de culpabilidad por haber pensado de entrada que Hugh era el responsable de los hechos. Que Hugh hubiera protegido a Ela por no poder él hacerlo le producía humillación y consternación. Y estaba además Ralph, su hermano Bigod que había cabalgado y luchado a su lado y que seguía languideciendo en una prisión de París. Y después pensó en Juan. Su hermano, el rey, a quien había apoyado contra viento y marea... ¿y a cambio de qué recompensa? Pero con todo y con eso, sabía que debía andarse con pies de plomo. Pese a ser uno de los puntales de Juan, no era hombre que poseyera una riqueza independiente y seguir camino en solitario resultaría difícil. Solo comandaba los feudos de sesenta y cuatro caballeros y el resto de su riqueza procedía de las arcas reales. Por el momento tenía que seguir tal y como estaba, pero elaboraría un plan y actuaría cuando llegara el momento adecuado.

Se giró hacia Ela, se arrodilló como si fuese un barón rindiendo homenaje a su señor, y entrelazó las manos entre los frágiles y blancos dedos de ella.

—Te juro vasallaje feudal, esposa mía. Mi primera lealtad ya no será para mi hermano. Esa corona te pertenece ahora a ti. Haga lo que haga, será por ti y por tu honor y tu gloria.

Ela dudó un instante y se agachó hacia él. Sus labios se encontraron de nuevo y esta vez sellaron el pacto de un nuevo rumbo en su relación. Longespée se levantó y

cogió las manos de su esposa entre las suyas.

—Vayamos a misa a la catedral —dijo— y nos limpiaremos de todo lo profano. Después de esto, no volveremos a mencionar jamás lo sucedido.

Framlingham, noviembre de 1215

Hugh levantó la vista cuando una de las parteras salió de la alcoba. Hacía tan solo unos instantes había oído los vacilantes gemidos de un recién nacido entre la mezcolanza de voces femeninas.

—Vuestra señora esposa acaba de dar felizmente a luz una hija, señor —anunció la mujer con una sonrisa—. Es un bebé fuerte y no le falta de nada.

Hugh se levantó enseguida.

—¿Y mi esposa?

Pero antes de que a la partera le diera tiempo a responder, Mahelt respondió por sí misma y gritó para decir que se encontraba bien.

Su respuesta le hizo sonreír: típico de Mahelt saltarse todas las buenas maneras.

—¡Me alegro de ello, amor mío! —replicó él con otro grito—. Vengo a verte enseguida. Tráeme a mi hija —le dijo a la partera.

Saludó la mujer con una cortés reverencia, restituyendo sin palabras una cierta corrección al proceso, y entró de nuevo en la habitación, regresando momentos después con la recién nacida envuelta en una piel de cordero. La hija de Hugh graznaba como un cuervecillo enojado. Sus escasas briznas de pelo mojado eran rubias como el oro y sus ojos tenían el azul neblinoso de todos los infantes. No sabía muy bien por qué, pero esperaba otro varón y la pequeña era una sorpresa, aunque bienvenida. Sentía hacia sus hijos un instinto protector, pero mirando a su hija, con escasos minutos de vida, experimentó un profundo y antiquísimo sentimiento que circulaba por un canal distinto. Le dio un beso en la frente y se sintió reconfortado por una sensación de paz y continuidad en un mundo peligroso. Era casi como si la pequeña le devolviera la mirada, con una concentración que le recordó a Mahelt cuando empezaba a decidir si creía o no lo que él estaba diciéndole.

Su madre emergió de la habitación de la parturienta arrastrando con ella el aroma a hierbas e incienso. Había recogido las mangas de su sobreveste y se secaba las manos con una toalla.

—¿No te parece preciosa?

—Por supuesto. —La sonrisa de consenso siguió allí hasta convertirse en una expresión que le llegaba de oreja a oreja. Se agachó para besar a su madre, que estaba aquel día sonrosada y animada como una niña, sus ojos brillantes por el doble placer de ser madre y tener una nueva nieta.

—Tienes una hermanita —le dijo Hugh a su heredero, que correteaba por allí con un estandarte de juguete fingiendo ser un abanderado.

—¡Déjamela ver, déjamela ver! —Roger corrió hacia su padre y empezó a dar brincos con la intención de vislumbrar el contenido de la piel de cordero.

—¡Yo también, yo también! —Hugo se puso de puntillas y estiró el cuello, puesto que su padre continuaba sujetando el bebé a una altura excesiva. Hugh se agachó entonces y retiró el envoltorio para mostrarles la carita de la recién nacida. Roger se apartó de inmediato, arrugando la nariz.

—¿Por qué tiene todas esas marcas? —preguntó.

—Porque nacer no es fácil. Tú también las tenías.

—¡No tiene dientes!

—Ya le crecerán.

Roger hizo una mueca y, nada convencido, retomó su juego. Su hermano miró a hurtadillas, le acarició la mejilla al bebé y salió corriendo tras Roger. Hugh rio entre dientes y mirando a su madre y moviendo la cabeza, entró en la habitación con el bebé en brazos. Las parteras revoloteaban alrededor de su esposa como golondrinas haciendo el nido. Mahelt estaba sentada en la cama, convenientemente cubierta, su pelo peinado y trenzado.

—Deja que la coja. —Extendió los brazos para coger a la recién nacida y Hugh observó con ternura el examen a la que la sometía su esposa, comprobando que tuviera todos los dedos de manos y pies, llenándose de su imagen y su aroma—. Isabelle —dijo—. Quiero que se llame Isabelle en honor a mi madre.

—Como tú quieras, amor mío. Los chicos llevan nombres Bigod. Es de justicia que decidas tú el nombre de la primera hija y, de hecho, es *très belle*. Rezo para que tenga un carácter tan dulce como el tuyo.

Mahelt lo miró de reojo. Vio que su marido se mordía la mejilla por dentro.

—Eso por descontado —dijo con altivez.

—Yo... —Levantó la vista porque en aquel momento una criada asomó la cabeza por detrás de la puerta de la estancia y le susurró algo al oído a una de las doncellas de Mahelt. La mujer asintió y corrió hacia la cama.

—Condesa, milord, *milady*, lord Ralph acaba de llegar.

Ida sofocó un grito y, recogiendo las faldas, abandonó volando la habitación. Hugh recuperó apresuradamente a su hija.

—Enseguida vuelvo. —Besó otra vez a Mahelt y salió detrás de su madre.

Ralph estaba junto a la chimenea. Miraba a su alrededor como si quisiera grabar en su memoria las paredes, los tapices y el mobiliario del salón. Estaba demacrado, ojeroso y sucio por el viaje. Ida se abalanzó hacia él y rompió a llorar, repitiendo su nombre sin cesar. Ralph la abrazó y cerró los ojos con fuerza, pero no por ello consiguió evitar las lágrimas, ni impedir que su cuerpo temblara por el llanto. Al cabo de un rato, sin dejar de llorar, se separó de su madre para abrazar a Hugh, pero con cuidado para no dañar al bebé.

—Tu nueva sobrina —presentó Hugh, su voz temblorosa también—. Nacida esta misma mañana.

Ralph miró al bebé y, después de secarse los ojos con el dorso de la manga, le acarició con delicadeza la cara. Los niños irrumpieron en el salón, persiguiéndose, gritando, batiendo sus armas de juguete. La capa de Roger ondeaba sobre sus hombros y sus piernas imitaban un galope como si fuera montado a caballo. Hugo seguía la estela de su hermano mayor.

—Veo que ya va vestido, el menor —dijo Ralph con voz trémula—. La última vez que lo vi llevaba todavía blusón... y el bebé... Dios mío, si ni siquiera estaría concebida... —La emoción le hizo tartamudear y las lágrimas rodaron de nuevo por sus mejillas.

Hugh entregó a su hija a una criada con instrucciones de devolverla a Mahelt. Y entonces volvió a abrazar a Ralph, como es debido, y fue entonces cuando se fijó en el tremendo cardenal rojo que erosionaba la muñeca de su hermano.

—¡Por Dios bendito!

Ralph apartó la mano y miró alarmado a su alrededor, pero su madre estaba en el otro extremo del salón, ordenando que preparasen un baño caliente, comida y vestimenta limpia.

—No dejes que lo vea —le susurró encarecidamente—. En cuanto Longespée se marchó, volvieron a ponerme los grilletos, puesto que imaginaban que el rescate no estaba en absoluto próximo.

Hugh hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No estaba al corriente de que nuestro padre hubiera pagado.

—Mis carceleros me dijeron que había enviado la mitad del dinero y que había jurado entregar el resto en el transcurso de los próximos dos años. Longespée actuó como fiador. —Ralph hizo una mueca—. Aunque no sea un primogénito, los franceses me han valorado como un conde.

—¿Longespée no pagó nada por tu liberación?

Ralph se encogió de hombros.

—No puede permitírsele.

—¿No? —Hugh levantó una ceja en un gesto de desdén—. Podría intentar vender alguna de sus estafalarias capas.

—Me salvó la vida —explicó de manera concisa Ralph—. De no ser por él, me

habrían colgado.

Hugh se mordió la lengua. No le apetecía discutir el día del nacimiento de su hija y de la vuelta a casa de su hermano.

—Entonces se lo agradezco, y le doy gracias a Dios por tenerte sano y salvo de vuelta a casa —dijo, encontrando una solución diplomática.

—¿Dónde está nuestro padre?

—En Londres...

—Ah. —Ralph frunció la frente—. Mientras estuve prisionero apenas me contaron nada, pero incluso así se oyen cosas, y en el camino de vuelta a casa hablé con el capitán del barco. Me he enterado de que hemos desafiado al rey. Creo que esto también ha tenido que ver con que me soltaran. Los franceses van a querer apoyo cuando el rey Luis invada Inglaterra.

Los hermanos se miraron. A pesar de la antipatía que sentían por Juan, la idea resultaba inquietante: la perspectiva de jurar lealtad a un señor francés.

—Longespée continúa con Juan —dijo Hugh—. Dios sabrá por qué después de... —Volvió a morderse la lengua. No era él quien tenía que razonar aquello—. Es tu decisión, naturalmente, y entiendo que tengas una deuda de gratitud hacia él.

Ralph suspiró.

—Combatí contra los franceses en Bouvines... y cambiar y luchar ahora para ellos... —Se pasó la mano por el pelo—. No sé dónde estoy.

—No lo sabe nadie —dijo Hugh, y añadió—: Pero lo que sí sé es que eso de tenerte de vuelta en casa es estupendo.

Ralph esbozó una descolorida sonrisa.

—Me imagino que no habrás conservado mis pieles de lobo.

Hugh negó con la cabeza.

—Eso sería pedir demasiado.

Yorkshire, enero de 1216

Mahelt cabalgaba de vuelta a casa junto a Hugh a lomos de su yegua negra, siguiendo el ancho camino del norte después de visitar Yorkshire. Aunque era pleno invierno, el sol brillaba con fuerza y el cielo tenía un precioso azul y estaba salpicado por nubes que le recordaban a Mahelt su rebaño de ovejas pastando en las colinas de las tierras altas. Estaba disfrutando de la cabalgada y del aire fresco. Diez semanas después del nacimiento de su hija, se sentía bien y llena de energía y, además, siempre le había gustado viajar a caballo.

Les seguía una carreta cubierta tirada por dos robustas jacas. Envueltas en pieles, las damas de Mahelt, la niñera y el bebé, viajaban cálidamente en su interior, mientras que el joven Roger montaba con orgullo su poni. Se consideraba todo un hombre ahora que le dejaban cabalgar solo —unas cuantas millas— y hasta el momento había conseguido seguir el ritmo, ayudado por las amistosas palabras de ánimo de su tío Ralph, que los acompañaba. Hugo estaba disfrutando de su turno en la silla de su padre y miraba a su alrededor como si fuera el señor de todo lo que veía.

—Corre, corre, caballito —cantaba Hugo, dando palmas.

Roger espoleó su poni para que acelerara el ritmo. Hugh rio entre dientes al ver el atrevimiento de su hijo, pero al ver que Roger echaba a correr al galope y se perdía de vista, le pasó a Hugo a Mahelt y galopó tras el descarriado para devolverlo al rebaño.

Al doblar un recodo, Hugh vio que Roger había tirado de las riendas y estaba mirando algo al borde del camino. Esperando encontrarse con algún animal muerto, Hugh cabalgó hacia donde se había quedado parado su hijo y tiró con fuerza de *Ébano*. En la hierba había tres cuerpos: una mujer, un hombre y un niño, sus ropajes hechos trizas y ensangrentados. Con un horrorizado sobresalto, reconoció a Matthew, su esposa y su hijo. El buhonero yacía de costado, las piernas dobladas y los brazos

levantados, una gigantesca mancha oxidada impregnando el lado izquierdo de su túnica.

—¿Están muertos, papá? —Roger lo miraba con los ojos como platos, buscando consuelo.

—Sí, hijo. —Hugh cogió las riendas de las manos de Roger y obligó al poni a dar media vuelta. Se le cerraba la garganta. Tenía náuseas. El pequeño tenía el pelo dorado como Hugo.

En aquel momento llegó Mahelt y se llevó la mano a la boca.

—¡Santo Dios!

Ralph espoleó su montura y continuó camino, la espada desenfundada, el escudo presto.

Hugh hizo un enérgico gesto hacia sus caballeros cuando llegaron a la escena del crimen.

—Mantened los ojos bien abiertos —gritó. Le dijo a Roger que subiera al carromato con la niñera y el pequeño, que se había quedado blanco, obedeció sin cuestionar ni protestar la orden. Mahelt entregó a Hugo a uno de los caballeros.

Cuando Hugh desmontó para inspeccionar los cuerpos, la piel empezó a escocerle como si tuviera arañas correteando por debajo. Habían muerto por herida de lanza. Las sacas habían desaparecido y la mujer había sido violada. Hugh intentó reprimir las ganas de vomitar.

—Subid a esta gente a un caballo y cubridlos —ordenó con voz ronca—. En nombre de Dios, pongamos aquí algo de decencia, por mucho que no la haya. Y hacedlo rápido; corremos peligro. —Maldijo para sus adentros, deseando haberse quedado en Settrington.

El sonido de cascos en el camino anticipó el regreso de Ralph al galope, que llegó gritando una advertencia:

—¡Cuidado! ¡Hombres armados!

Hugh saltó corriendo a su silla y dio gracias a Dios por habersele ocurrido vestirse con el gambesón. Lo había hecho tanto por el frío como para protegerse, y ahora le resultaría muy útil. Cogió con rapidez el casco y el escudo que portaba el caballo de carga. Y apresuradamente ordenó a sus caballeros que formaran una barrera de protección alrededor de Mahelt y el carromato.

Los soldados que perseguían a Ralph eran media docena de mercenarios, los animales que los acompañaban cargados con el botín. El escudo de su líder era rojo sin adorno alguno, pero la tela que cubría su silla lucía borlas en azul y oro.

—¡Son hombres de nuestro hermano Longespée! —jadeó Ralph—. ¡Ese es Girard de Hesdin!

—¿Qué? La repugnancia de Hugh no hizo más que aumentar. ¿Los secuaces de su propio hermano profanando su territorio? ¿Hasta cuán hondo en la mierda podría llegar a hundirse Longespée? ¡Lo quiero vivo! —chilló.

Los mercenarios se dieron rápidamente cuenta de que con la persecución de

Ralph habían acabado topándose con un grupo que multiplicaba por cuatro sus efectivos e iba además bien armado. Dieron media vuelta e intentaron dispersarse por el bosque invernal, pero los arqueros de Hugh derribaron a dos de ellos mientras huían hacia los árboles y otros tres fueron abatidos y capturados antes de que Hugh hiciera sonar su cuerno de caza para reagrupar a los hombres junto al carrozato, impidiendo así que sus tropas se dividieran. Capturaron los ponis de carga, más lentos y cargados con el botín, y entre la diversidad de bultos Hugh reconoció la saca de Matthew repleta todavía de granates, azabache y ámbar. El botín contenía también un puchero de hierro completamente nuevo, una lonja de panceta evidentemente hurtada de un ahumadero, ristras de cebollas y una bolsa con objetos de menor tamaño, como joyas baratas de cobre, bronce y plata, algunas de ellas manchadas de sangre. La conmoción y la rabia habían dejado a Hugh completamente rígido. Cuando había hablado con Ralph de cazar lobos, no se había imaginado que serían ejemplares de dos patas. Los mercenarios que habían capturado apestaban a humo y sus prendas estaban sucias de la batalla. Y ahora que la idea del humo le había venido a la cabeza, captó una tufarada en el ambiente. En algún lugar de las cercanías había una casa en llamas.

Hugh ordenó que colgaran tres sogas de la rama de un robusto roble. Comprendiendo el destino que le esperaba, Hesdin se arrodilló a sus pies y suplicó piedad. Hugh se apartó del hombre para evitar que sus dedos mancillaran el bajo de su túnica.

—¿Qué hacías montando *chevauchée* por mis tierras? —espetó—. ¡Dímelo, por Dios, o te rajaré el vientre y te colgaré de ese árbol por las entrañas! ¿Ha sido Longespée quien te ha mandado hacer esto?

Hesdin lanzó una intensa mirada a sus compañeros.

—Puedes morir de un modo complicado, o de un modo más fácil... y eso va por todos.

—Rochester ha caído en manos del rey —empezó Hesdin, el sudor empapando su frente—. Nos envió al norte para castigar a los rebeldes y se nos ordenó devastar las tierras de sus enemigos.

—¿Quién lo ordenó? —Hugh le dio un puntapié en el estómago. La noticia de la caída de Rochester resultaba desalentadora, puesto que era un castillo muy importante para su causa—. Volveré a preguntártelo: ¿quién te envió a hacer todo esto?

—Lambert de Allemain —contestó Hesdin, atragantándose, las manos pegadas a su vientre.

Que cabalgaba junto a Longespée y había trabajado para él en Irlanda.

—¿Y está Lambert de Allemain al servicio del conde de Salisbury? —preguntó Hugh—. ¿Está William Longespée metido en todo esto?

Hesdin negó con la cabeza.

—El conde continúa en el sur. Esto es por orden del rey.

—¿Cuántos?

—No lo sé... yo...

Hugh le arreó una nueva patada.

—¿Cuántos?

—Todos los que el rey pueda permitirse pagar. No lo sé... pero pronto vendrá él personalmente. —Hesdin levantó una suplicante mano sin separar la otra de su vientre—. He hecho lo que me ordenaron. Os suplico piedad, señor.

—¿Como hicieron ellos? —Hugh señaló los cadáveres—. ¿Como hizo ese niño? ¿Como habrías hecho conmigo, mi esposa y mis hijos?

—No, milord. Os juro que...

—Colgadlos —dijo implacable Hugh.

—¡Un sacerdote, por el amor de Dios, un sacerdote!

Hugh llamó por señas a su capellán.

—Confiéshalos —gruñó.

—¡Exijo un juicio y una sentencia justa!

—Yo soy juez —replicó sin misericordia alguna Hugh—. Y te declaro culpable del asesinato de estos inocentes. Confiéshalos.

Se quedó a presenciar la ejecución, insensibilizándose para contemplar a los hombres balancearse en la soga, patalear hasta quedarse finalmente inmóviles. Acudieron inevitablemente a su cabeza los recuerdos de lo sucedido en Nottingham, pero se mantuvo frío. No estaba colgando niños; estaba aplicando justicia a unos asesinos. Mahelt observó también la escena, su espalda rígida y la mandíbula prieta.

Se alejaron de aquello, dejando atrás a los mercenarios colgando a merced del viento. Hugh, montado en su silla, cogió la saca de Matthew para verificar su contenido.

—La caída de Rochester es un golpe duro —le dijo a Mahelt—. Si tu padre alterara sus lealtades...

—No lo hará —replicó ella con seguridad—. Will se lo ha suplicado hasta quedarse afónico, pero mantendrá su juramento de fidelidad hasta caer. Tal vez sea bueno contar con alguien íntegro en el otro bando para impedir que los peores de esa facción causen estragos...

—Pero no parece que esté influyendo mucho, ¿no crees? —Hugh revolvió el interior de la saca de Matthew, hurgando hasta el fondo.

Mahelt se quedó mirándolo.

—¿Pero, qué haces?

—Hay un falso fondo. —Un instante más tarde, después de varios tirones y una palabrota, extrajo del interior una larga tira de pergamino llena de lo que, a primera vista, parecían letras normales y corrientes. Pero Mahelt lo reconoció al instante como un mensaje cifrado. Los había visto en suficientes ocasiones en casa de su padre. Hugh buscó entonces en sus alforjas y sacó una fina vara de madera de haya. Tiró de las riendas para detener un momento al caballo y, con precisión meticulosa,

enrolló la tira de pergamino en torno a la vara hasta alinear unas determinadas filas de letras.

—¿Qué dice? —El aliento de Mahelt nubló el aire. Ralph acercó su montura y estiró el cuello.

Hugh recorrió la vara con el dedo y sus labios articularon las palabras en silencio.

—Los franceses han desembarcado siete mil soldados en la desembocadura del Orwell, donde impera el mandato judicial de mi padre, y marchan hacia Londres para ayudarnos. Hay más en camino y Luis está terminando los preparativos para su viaje. Matthew debía de estar de camino para entregarme esto.

Mahelt frunció el entrecejo, sin saber muy bien si aquello era o no una buena noticia. Cuanto más consolidado estuviera cada bando, más atrocidades se cometerían y más complicado sería alcanzar la paz.

—La cuestión está escalando, ¿verdad?

—Estaba escrito que sería así —dijo apesadumbrado Hugh—. Juan firmó el tratado con una mano y lo negó con la otra. La caída de Rochester es una mala noticia, pero al menos contamos ahora con el respaldo de las tropas francesas. —Guardó el pergamino en su bolsa y la vara en las alforjas—. Debemos regresar a Framlingham a toda prisa. Con el rey de camino hacia el norte y sus mercenarios saqueando estas tierras, no estamos en absoluto seguros. Los lobos han salido en manada y será noche de luna llena.

Framlingham, marzo de 1216

En su día, siendo aún casi una niña, Mahelt reía como una chiquilla mientras ayudaba a Hugh a cargar un carromato con los objetos de más valor que pretendían esconder para desbaratar las exigencias de los recaudadores de impuestos del rey Juan. Ahora, con las ráfagas huracanadas de aquella gélida mañana de marzo, se negó a levantar un dedo para colaborar en la carga de todas las riquezas de Framlingham a lomos de bestias de carga y carromatos. Había toneles y sacos llenos de peniques de plata, e incluso unas cuantas bolsas repletas de valiosos sólidos bizantinos de oro. Rollos de seda, bobinas de hilo de oro en clavijas de marfil. Cajas rebosantes del brillo de anillos de oro y piedras preciosas. Copas y bandejas de plata. Tapices flamencos. La diadema de oro y zafiros de Ida. Estaban amontonando en carros todas las riquezas muebles de Framlingham para repartirlas entre las diversas abadías que los Bigod tenían bajo su patrocinio. Uno de los lotes viajaría rumbo a Londres para que el conde pudiera disponer de él. Otra considerable porción tenía como destino el convento de Colne, desde donde podría transportarse con facilidad a ultramar en caso de que se dieran las peores circunstancias posibles. Y otras caravanas partirían rumbo a Thetford, Hickling y Sibton.

Mahelt sintió náuseas cuando Hugh llegó procedente de su cámara cargado con su joyero personal. ¿Pensaba retirar también aquello? Virgen Santa. Después de arrasar Yorkshire y Lincolnshire, el rey había enfilado de nuevo rumbo sur. Castillo tras castillo, todos habían ido capitulando. Muchos parecían creer que el hecho de que Rochester hubiera caído significaba que no había fortaleza alguna capaz de soportar las fuerzas reales, y la profecía había acabado haciéndose realidad. Pero Framlingham estaba bien fortificado. Disponía de una guarnición entrenada y de suministros suficientes como para resistir un asedio de meses. Sus defensas no se habían puesto

jamás a prueba, pero eran fuertes y de novedoso diseño. ¿Por qué todo el mundo se comportaba como si Framlingham fuese a caer?

—¿Por qué tienes que marcharte ahora? —le preguntó mientras Hugh sujetaba el joyero al caballo de carga—. No lo entiendo.

Hugh tensó las correas y se volvió hacia ella, pero aunque la miró a los ojos, sabía que no estaba viéndola.

—Es una cuestión de precaución. Solo un tonto guardaría todos los huevos en la misma cesta. Dice mi padre que es mejor que dividamos nuestras riquezas y las guardemos en lugares distintos, como ya hicimos en aquella ocasión.

—¿Y sacarlo todo de Framlingham? —preguntó, subiendo la voz—. ¿Hasta el último objeto?

—Ya te lo he dicho, no es más que una salvaguarda. Mi padre está quedándose sin fondos y piensa que es mejor guardar las reservas en Londres. No estaré mucho tiempo ausente. En cuatro días regresaré, te lo prometo.

Mahelt insistió porque sabía que no estaba siéndole del todo sincero.

—Si tan urgente es la situación que tienes que trasladar todas nuestras reservas, no entiendo por qué no me llevas también a mí contigo, y a tu madre y a los niños.

Hugh negó con la cabeza.

—De hacerlo así, tendría que velar por vuestra seguridad además de la de nuestros bienes. No podría viajar tan rápido... mi madre está tan frágil que no podría seguir el ritmo. —Se adelantó para acariciarle el brazo—. Hasta mi regreso, estaréis más seguros aquí, detrás de las murallas.

Mahelt le retiró la mano.

—De modo que el tesoro no está seguro aquí, pero tu familia puede correr ese riesgo. ¿No es eso? —Bajó la voz porque la gente empezaba a mirarla, lo que le traía sin cuidado.

Hugh se mantuvo firme.

—No puedo hacer dos cosas a la vez. No dispongo de hombres suficientes para escoltaros a vosotros y al tesoro a la vez. De momento estáis más seguros aquí en Framlingham. —Extendió de nuevo la mano hacia ella—. Lenveise está al mando de la guarnición. No tienes nada que temer.

—Lo que tú digas —replicó Mahelt con ironía. William Lenveise no era hombre de su agrado, y el sentimiento era recíproco.

—A mi regreso, decidiremos si nos trasladamos todos a Londres.

Mahelt no dijo nada porque no había nada más que decir. Hugh anteponeía a su tesoro más valioso su deber hacia todos aquellos barriles y sacos llenos de escoria brillante.

Hugh le dio un beso y ella no reaccionó al gesto ni hizo ademán alguno de abrazarlo.

—Mejor que te marches ya —dijo con frialdad, consciente de que si daba rienda suelta a sus sentimientos empezaría a gritarle como una pescadera y sería en vano,

porque su esposo acabaría yéndose de todos modos.

Hugh tensó la mandíbula.

—Voy a despedirme de mi madre y de los niños —dijo—. Y después partiré.

—Como quieras. —Mahelt se clavó las uñas en las palmas de la mano mientras las palabras «¡No me abandones!» la zarandeaban interiormente como una furibunda tormenta. Las frases de la canción de amor que él le había dejado sobre la almohada carecían de valor, como si la tinta se hubiera secado en el cuerno y no hubieran quedado escritas.



—¿Qué otra tela tenemos? —Ida señaló el fondo del armario—. ¿Eso qué es?

Mahelt sacó un rollo de lana de un tono azul intermedio. Se habían llevado toda la seda, así como las mejores sargas, pero quedaban aún algunos *ells*^[8] de lino y algunos largos de lana para confeccionar túnicas. Una de las criadas tenía un hijo a punto de contraer matrimonio e Ida le había prometido tela para un buen par de calzas.

—Esto podría servir. —Ida comprobó el tacto de la tela acariciándola entre el dedo índice y el pulgar.

Mahelt desplegó el rollo y lo inspeccionó personalmente para asegurarse de que la polilla no hubiera dejado agujeros en el tejido. Oía por las proximidades a sus hijos jugando a caballeros y escuderos, con Roger dándole órdenes a Hugo con voz imperiosa. Encontró aún ánimos para esbozar una débil sonrisa. Hugh llevaba dos noches ausente y era ya la mañana del tercer día. Estaba todavía con los nervios de punta, pero mantenerse ocupada le servía para apaciguar lo peor de su ansiedad. Seguía enfadada con él por no estar allí presente para controlar las defensas, pero se repetía constantemente para sus adentros que muy pronto estaría de vuelta en casa. Había tenido, de todos modos, la tentación de coger a sus hijos y los pocos caballos que quedaban en los establos y emprender camino hacia la mansión de su padre en Caversham, pero sabía que no podía abandonar a Ida en el frágil estado en que estaba y que deambular por los caminos sin una escolta adecuada era muy peligroso. Allí, sin embargo, se sentía prisionera. Pero prefería no pensar tampoco en aquello.

Se dirigía con la tela a la mesa de cortar cuando Michael, el capellán, entró corriendo en la estancia.

—Condesa, *milady*, debéis venir enseguida —dijo jadeando—. ¡Han avistado un ejército acercándose a nuestras murallas!

—¿Qué? —Ida lo miró sorprendida.

—¡Se trata del rey y de Savaric de Melun, señora!

A Mahelt se le heló la sangre. Movi6 la cabeza en un gesto de negaci6n.

—No puede ser.

Michael se humedeci6 los labios.

—Ojalá no fuera así, se6ora, pero el centinela est seguro de los escudos y los estandartes que ha visto.

Mahelt dej6 caer el rollo de tela sobre la mesa. Choc6 contra un recipiente lleno de alfileres, esparci6ndolos sobre la tabla como min6sculas y brillantes dagas. Se qued6 mirándolos y tuvo que reprimir una mareante sensaci6n de pánico.

—Sabía que pasaría.

Ida se llev6 la mano a la garganta.

—Qu vamos a hacer?

—No abrir las puertas, eso seguro —le espet6 Mahelt y, corriendo, sali6 de la habitaci6n en direcci6n al camino de ronda. Un áspero viento de marzo sacudía las defensas y atraves6 su vestido y su camisa como gélido acero. Se había congregado ya una multitud para observar la aproximaci6n de las tropas. Mahelt fij6 la vista en los estandartes que ondeaban de lanzas y astas, los leopardos de Inglaterra rampantes destacando sobre el oro bru6ido. Los mercenarios lucían el mismo blas6n en sus escudos, filas y filas al mando del capitán mercenario Savaric de Melun. Virgen Santa!

William Lenweise lleg6 a las almenas vestido con su armadura. Había subido corriendo las escaleras y su pecho se agitaba con fuerza. Sin separar la mano de la empu6adura de la espada, mir6 con la mandíbula tensa en direcci6n a las fuerzas que avanzaban hacia ellos con paso firme. Algunos de los soldados de infantería golpeaban sus escudos con las lanzas, mientras que otros entonaban un himno para acompa6ar su marcha. En la parte posterior del pelot6n, robustas jacas tiraban de carros cargados de material de asalto, mientras que al fondo, columnas de humo indicaban los lugares donde ardían almiares y granjas.

—Djame mirar! Djame mirar! —Roger no paraba de dar saltos. Uno de los caballeros acab6 cogi6ndolo en brazos para mostrarle lo que se veía desde las almenas y el peque6o abri6 los ojos como el perímetro de un cáliz. Ida, jadeando por el esfuerzo, se sum6 a Mahelt en el camino de ronda. Se llev6 las manos a la boca y grit6 al ver el ejército que avanzaba en manada alrededor de sus torreones como la marea cuando entra. Mahelt cerr6 los ojos por un instante. «Qu nos has hecho, Hugh? Por qué no me escuchaste?».

Mientras el ejército de Juan empezaba a desplegarse y a montar el campamento, dos hombres se separaron de la multitud y cabalaron hacia la puerta fortificada, uno de ellos avanzando al trote portando un estandarte de tregua mientras el otro ralentizaba el paso. Mahelt reconoci6 al último como Savaric de Melun en persona y un helado escalofrío le recorri6 la espalda. El heraldo grit6 el nombre del mercenario, exigiendo la rendici6n de los habitantes del castillo para impedir con ello un derramamiento de sangre y perdonarles la vida.

—Diles que no —dijo Mahelt, apretando los dientes—. ¡Dile a Juan que se marche y que se pierda bien lejos!

Lenveise la miró encolerizado.

—Deberíamos escuchar, como mínimo, lo que tengan que decirnos, *milady*.

—¿Por qué? —Hizo una mueca—. Serán todo mentiras y falsedades. No pienso darles ni una pizca de tierra a menos que sea para cavar sus tumbas.

Lenveise movió de un lado a otro la cabeza.

—Con todos mis respetos, *milady*, en ausencia del conde y lord Hugh tengo el mando de esta casa. Haré lo que juzgue conveniente para su defensa y protección.

Mahelt lo miró fijamente y él le devolvió la mirada atravesándola, como si tuviera la consistencia de una simple sombra.

—Deberíamos escuchar lo que tengan que decirnos, *milady*, aunque luego lo rechacemos. —Hizo un gesto brusco—. Necesito despejar la muralla y apostar solo a mis hombres. No puedo permitir que mujeres y niños abarroten las plataformas de batalla.

Mahelt sabía que no podía oponer resistencia... que aquel hombre iría a la suya independientemente de lo que ella dijera. Sin mediar más palabra, dio media vuelta y abandonó las almenas con la cabeza muy alta.

Corrieron la barra de la poterna para dar paso a De Melun y enviar dos caballeros de la guarnición como garantes de su seguridad. Cuando hizo su entrada en el gran salón en compañía de Lenveise, Mahelt se levantó y extendió protectoramente los brazos para abarcar a sus hijos, Ida temblorosa, pero resoluta, a su lado. Roger tiró del vestido de su madre.

—Mira, mamá, ¡mira qué espada! —Señaló la vaina decorada de De Melun.

Mahelt le presionó el hombro.

—No es la espada lo que hace al hombre, recuérdalo —dijo con un tono de voz lo suficientemente elevado como para que se oyera. De Melun volvió la cabeza hacia donde ella estaba y le lanzó una mirada a la vez guasona, calculadora y astuta. Mahelt le respondió con una ojeada gélida. Viéndolo observar la estancia con detenimiento, haciendo inventario, le entraron ganas de arrancarle los ojos.

Lenveise le indicó con un gesto a un escudero que le sirviese a De Melun una copa de vino. Dudó este antes de probarlo.

—Sin ánimos de ofender, pero tomar precauciones me ha salvado la vida en más de una ocasión.

—Es comprensible. —Lenveise se sirvió una copa de la misma jarra y dio un buen trago—. Si me acompañáis al solar del conde, podremos discutir este asunto más confortablemente. —Le hizo un gesto con una mano abierta y De Melun se dirigió a la puerta. Mahelt, dejando a los niños al cargo de Ida, hizo ademán de seguirlos, y aun cuando De Melun la miró enarcando una ceja y Lenveise puso mala cara, se mantuvo en sus trece.

—No pienso ser excluida —dijo con frialdad—. Soy la hija del conde de

Pembroke y mi hijo es el futuro conde de Norfolk. Hablo por su derecho y por el de mi marido.

A Lenveise empezó a pulsarle una vena del cuello.

—Como queráis, señora —replicó con una afectada reverencia. De Melun entrecerró los ojos pero no dijo nada.

En cuanto llegaron al solar del conde y cerraron la puerta a sus espaldas, De Melun dejó su copa de vino sobre una pequeña mesa de caballete. Observó el sombrero que coronaba una pila de pergaminos, varias plumas de faisán engarzadas en su lateral mediante una filigrana de ámbar.

—Mi señor el rey exige que le abráis las puertas de Framlingham y rindáis a su clemencia el castillo y su guarnición —dijo.

—¡Y nosotros hemos visto repetidas veces esa «clemencia»! —espetó Mahelt, sus ojos echando chispas—. Nunca abriremos las puertas... ¡jamás!

De Melun le sonrió con amargura.

—Tenéis coraje, *milady*, pero poco sentido común. Cooperar con el rey sería la postura más inteligente.

Intervino entonces Lenveise:

—No podemos rendir Framlingham sin el consentimiento del conde. Debo obtener su permiso, y en estos momentos no está aquí.

—¿Y lo harías si así te lo ordenara?

Lenveise inclinó la cabeza.

—Obedezco la voluntad del conde, y la última vez que hablé con él no me dio tal instrucción. El castillo está bien defendido, como bien puedes comprobar y como cualquiera de tus hombres descubrirá si entra dentro del alcance de nuestros arcos.

—Tal vez, pero cualquier castillo es susceptible de caer, como bien sabes. Ni siquiera la gran fortaleza de Rochester demostró estar a prueba de los zapadores del rey. Toda plaza fuerte que ha sitiado ha caído a su arremetida.

—Londres resiste —observó Lenveise.

—Efectivamente, pero no tardará en quedar aislada...

—Los franceses...

—... no vienen —dijo De Melun con un gesto desdeñoso—. Estoy autorizado a daros a elegir. Rendir Framlingham y marcharos de aquí en la paz de Dios conservando intactas vuestra vida y vuestras tierras, o ser testigos de su ruina y su destrucción. La isla de Ely arde en llamas. Hacer lo mismo con Framlingham llevaría muy poco tiempo.

—¿Crees que mi padre se quedará cruzado de brazos y te permitirá hacernos esto? —le preguntó Mahelt con gélida rabia.

De Melun se encogió de hombros. Su mirada era tan dura que sus ojos parecían de cristal marrón transparente.

—El conde Marshal sabe tanto lo que hay en juego como dónde tiene sus lealtades. Tal vez penséis que como hija suya que sois merecéis una consideración

especial, pero como esposa de traidor, vuestro destino está unido al de vuestra familia por matrimonio. Rendíos y todo irá bien. Incluso en las actuales circunstancias, el rey está dispuesto a ofrecer la paz al conde de Norfolk y a su hijo, pero antes tendrán que devolverle su lealtad.

—¡Nunca nos rendiremos, jamás! —exclamó Mahelt—. Resistiremos todo lo que enviéis contra nosotros. Diles a tus hombres que vengan y los verás morir. —Volvía a ser la niña que lanzaba puñados de unguento a sus hermanos. Estaba dispuesta a defender el castillo con lo que tuviera a mano, estaba decidida a vencer.

—Señora, esto no es trabajo para una mujer —dijo bruscamente Lenveise—. El conde dejó en mis manos la tarea de defender el castillo. Las decisiones recaen en mí. Mahelt se quedó rígida.

—En casa de mi padre, y siempre que el señor no estaba presente, esta tarea recaía en las mujeres. Mi madre se enfrentó a los lores ingleses en ausencia de mi padre, y eso que estaba en avanzado estado de gestación.

—Pero ahora no estáis en casa de vuestro padre, *milady*. Sois una esposa Bigod y aquí se aplican reglas distintas. Os ruego que os retiréis y dejéis este asunto en manos de los hombres.

Mahelt miró furiosa a Lenveise, odiándolo desde el último rincón de su ser porque su postura la dejaba impotente, y la única amenaza que podía ofrecerle era el poder de otro hombre. Por mucho que le dijera, nunca conseguiría ser más que un gato rabioso rodeado de perros.

—Tal vez sea una Bigod por matrimonio —dijo, dirigiéndose a la puerta—, pero mi sangre es Marshal, y te enterarás de ello más temprano que tarde.



Cuando Mahelt se hubo ido, De Melun miró a Lenveise. Ni el uno ni el otro hicieron más mención de ella, por mutuo acuerdo. La marcha de Mahelt era como cerrar una ventana para evitar el paso de una corriente fría y estar más cómodos para hablar de negocios.

—Todo será mucho más fácil si rendís el castillo —sugirió De Melun.

Lenveise negó con la cabeza.

—No puedo hacerlo sin el permiso de mi señor.

—Si no os rendís, el rey causará estragos. Ya has visto de lo que es capaz. Ordenará la destrucción de las tierras del dominio, colgará a toda la guarnición y si hombres como tú llegarais a sobrevivir, sería para vivir la humillación de los grilletes y esperar el rescate que los tuyos puedan mendigar. —De Melun se inclinó hacia

delante para enfatizar sus palabras—. Sabes que puede tomar el castillo. Rochester tenía fama de inexpugnable, pero no lo era. Los franceses no vendrán.

Lenveise lo miró sin inmutarse.

—Si elegís una matanza, nuestros arqueros podrán manteneros alejados de estas murallas todo el tiempo que queráis.

—Comprendo que quieras hablar de batalla —dijo De Melun, con un gesto de asentimiento que pretendía transmitir sensatez—. Sé que tienes que hablar así. ¿Pero de verdad quieres ver tus tierras confiscadas o destruidas? ¿Tus graneros devastados? El rey podría ordenar a sus mercenarios que lo arrasasen todo mientras permanecéis aquí encerrados. Las matanzas funcionan en ambos sentidos.

—Y si ahora accedo a rendirme, ¿cómo sabes tú que evitaría ese castigo?

—Tienes la palabra del rey.

Lenveise arqueó las cejas.

—En ese caso, prefiero tentar la suerte y asegurar mi vida y la de todos los que están a mi cuidado.

—Se os entregarán cartas de hidalguía —dijo De Melun, gesticulando con brusquedad—. Pediremos rehenes a vuestros caballeros en señal de buena voluntad y a cambio recibirán la paz del rey y el derecho de posesión plena de sus tierras. Si no... ya te he contado cuál es la alternativa.

Lenveise se mordisqueó la uña del dedo pulgar.

—¿Y la condesa y *lady* Bigod? —preguntó al cabo de un rato.

—Eso es negociable. El rey no tiene queja alguna de la condesa, y la otra dama es la hija del conde Marshal. Teniendo en cuenta que es uno de los principales puntales del rey, estoy seguro de que podremos alcanzar una solución de mutuo acuerdo.

Lenveise terminó su vino y observó las plumas del sombrero de su señor estremeciéndose por la corriente de aire.

—Necesitaré un día para considerar mi decisión...

De Melun apuró su copa e hizo el gesto de marcharse.

—Transmitiré tu respuesta al rey. Y no te equivoques, será él quien ganará esta batalla y los que no se inclinen ante él acabarán destruidos.

Cuando De Melun se hubo ido, Lenveise se pasó las manos por la cara y a continuación, cuadrándose de hombros, ordenó a su escudero de más edad que convocara a todos los caballeros en la sala de guardia. Se mordió el interior de la mejilla al ver que Mahelt avanzaba hacia él, su zancada decidida y firme como la de un hombre. La condesa conocía su espacio, pero la joven señora era imperiosa y carecía por completo del sentido del orden natural de las cosas.

—*Milady*. —Inclinó la cabeza en un gesto mínimo.

Pero ella no le respondió con pareja cortesía.

—¿Qué le has dicho?

—Le he dicho que necesitábamos tiempo para pensar —respondió él inexpresivamente.

—No hay nada que pensar —espetó ella.

—Al contrario, señora, hay mucho que pensar, para empezar en la vida de todos los que estamos en el interior del castillo.

—Pues mantén las puertas cerradas. Debes enviar un mensajero a lord Hugh y al conde de Norfolk.

Lenveise se esforzó en mostrarse paciente.

—Ellos no disponen de los recursos suficientes para liberar el sitio, *milady*. Si vienen, lo único que conseguirán será que los capturen.

—Podemos resistir. Tenemos hombres y provisiones. —Echaba chispas por los ojos—. No pienso claudicar ante ese hombre.

—*Milady*, haré todo lo que pueda por todos los implicados. ¿Creéis que me gusta rendirme a la tiranía? Si me disculpáis. —Sin esperar, inclinó de nuevo la cabeza para dar por finalizado el encuentro y dio media vuelta.

Mahelt cerró los puños con fuerza. Intuía que aquello no iba a terminar bien porque Lenveise no tenía agallas suficientes para luchar. Ella había tenido razón, y el precio de la negativa de Hugh a hacerle caso acabaría arruinando a todo el mundo.



Por la mañana, los heraldos del rey regresaron para exigir la rendición del castillo. Mahelt estaba rezando en la capilla en compañía de Ida cuando llegó el llamamiento y una amedrentada criada interrumpió sus oraciones para susurrarle que el ejército real estaba haciendo su entrada en Framlingham.

—¡No! —exclamó, incorporándose. Corrió hacia la puerta y vio mercenarios y soldados cruzando las verjas. El rey se adentraba en el corazón de su casa a lomos de un palafren blanco, el caballo volviendo la cabeza hacia un lado, su paso elevado. La guarnición se arrodillaba a su paso, las armas amontonadas en medio del patio en muestra de rendición—. ¡Santo Dios, no!

Ida se sumó a Mahelt en la puerta de la capilla y se santiguó.

—Que sea lo que Él quiera —murmuró.

Mahelt la miró horrorizada.

—¡Lenveise dijo que no iba a rendirse!

Ida negó con la cabeza.

—Si Lenveise considera que es lo mejor, debemos confiar en su buen juicio. Cálmate, hija, o conseguirás que la situación sea mucho peor de lo que ya es.

Mahelt cerró la boca con fuerza e intentó controlar su rabia y su terror. Le pasaron por la cabeza las imágenes de Maude de Braose muriéndose de hambre y de la esposa

y el bebé de Will asesinados. ¿Sería ese su destino? ¿Acabarían muriendo de hambre y de sed en una mazmorra? ¿O a punta de cuchillo? Juan debía de estar regodeándose.

Ida se volvió hacia Mahelt con el aplomo que solo proporciona el más puro agotamiento.

—Iré yo a recibirlo —anunció—. Soy la condesa y es mi deber. Tú quédate aquí. —Echó a andar, una figura frágil y diminuta envuelta en un vestido de seda verde.

—No, no pienso esconderme. —Mahelt levantó la barbilla y se serenó, consciente de que no podía permitir que su suegra tuviera que soportar aquella escena en solitario.

A Mahelt se le heló la sangre al salir de la capilla y ver que su hijo mayor había escapado de manos de la niñera, se había plantado intrépidamente delante de Juan y blandía ante él su espada de juguete. Sin pensar en otra cosa que en salvar a su hijo, Mahelt echó a correr, agarró a Roger y se colocó delante de él, protegiéndolo con su cuerpo.

Juan desmontó tranquilamente, la indolencia de sus movimientos una amenaza en sí misma.

—*Lady Bigod* —saludó con amabilidad—. Condesa Ida.

—Señor. —Ida se hincó de rodillas.

Juan esbozó una sonrisa y dijo sin alterarse:

—Supongo que os alegráis de que no haya echado a perder las defensas del castillo. Habría sido una verdadera pena. —Su tono insinuaba que las murallas de Framlingham no eran más que una caprichosa ornamentación de delicadeza similar a la del mazapán. Se quitó los guanteletes—. Vuestro condestable es sabio y más afortunado de lo que se imagina. Su prudencia os ha salvado... así como la fidelidad de tu padre, *lady Bigod*. Jamás trataría con rudeza a la hija favorita de un hombre tan fiel, por mucho que sea aliada de quienes nos quieren mal. —Dio un paso al frente y rodeó a continuación a Mahelt para enfrentarse a Roger—. Estás hecho todo un caballero, ¿verdad, chico?

Roger levantó la barbilla con orgullo. Mahelt se clavó las uñas en las palmas de las manos para contenerse.

—Dejadlo tranquilo —dijo con pasión.

Juan posó la mano sobre el hombro de Roger y miró a las mujeres con triunfante desdén.

—Condesa, *lady Bigod*, tenéis mi permiso para iros de aquí y buscar auxilio donde queráis. Podéis tomar una escolta de dos caballeros y los cazadores y los mozos de cuabras del conde. Que les dé él de comer, y no yo. Tu hijo menor y la recién nacida pueden acompañaros, me da igual, pero tengo intención de quedarme con este a modo de garante.

—¡No! —Mahelt tenía la sensación de que acababa de caerle encima una piedra lanzada desde gran altura—. ¡Jamás!

Juan entrecerró los ojos.

—Podría reteneros a todos; piénsalo bien. Espero que informes al conde y a su hijo que deseo de todo corazón que vuelvan a estar en paz conmigo. Si lo hacen, los trataré con la misma indulgencia con la que os trato ahora a todos vosotros. Disponen de un mes para obedecer y, entre tanto, el chico estará a mi servicio... Cumplirá bien, me parece.

El dolor y el terror eran tan impresionantes que Mahelt no podía ni pensar. Lo único que sabía era que no iba a permitir que el rey se llevara a su hijo del mismo modo que se había llevado a sus hermanos. Arrancó a Roger de manos del rey y lo encerró entre sus brazos.

—No —dijo, enseñando sus dientes—. ¡No lo tendrás!

Juan indicó con un gesto a De Melun que separase a madre e hijo. Mahelt se aferró aún con más fuerza a Roger, protegiéndolo como una armadura.

—¡No lo cogéis! —chilló—. ¡Antes tendrás que matarme a cuchillazos! —Mordió a De Melun y consiguió liberarse de sus manos. Maldiciendo, el hombre volvió a sujetarla. Otro de los hombres la agarró por el otro lado. Mahelt luchó contra ellos con la fuerza que le daba su histerismo, pero sus músculos acabaron debilitándose y, finalmente, la redujeron. Entre cuatro le arrancaron a Roger, la arrojaron al suelo y un quinto hombre la inmovilizó mientras ella no dejaba de retorcerse y debatirse.

—Es la voluntad del rey —dijo un jadeante De Melun. Le sangraba la mano allí donde Mahelt le había mordido—. ¡Y os doblegaréis a ella, señora!

—¡Matadme! —sollozó Mahelt, sus lágrimas cegándola—. ¡Porque si os lo lleváis es como si estuviera muerta!

Roger la miraba fijamente, blanco de la conmoción, pero sin soltar aún su espada de madera. Se volvió para atacar a De Melun, pero el mercenario lo cogió por el pescuezo, le arrancó la espada de un manotazo y la arrojó al otro lado de la estancia.

—Ya aprenderás modales, mocoso —dijo, sacudiéndolo como haría un terrier con una rata—. ¡Por mucho que seas el nieto del mariscal!

Juan se había mantenido al margen de la pelea.

—Señora, eres una arpía —insultó con desdén, chasqueando los dedos en dirección a De Melun—. Encárgate de que la encierren por su propio bien. Tráeme al chico.

—Señor.

Levantaron del suelo a Mahelt, que no dejó en ningún momento de debatirse y gritar, la llevaron a rastras hasta la celda del cuarto de guardia de una de las torres y la arrojaron en su interior. Se estampó contra la pared, rebotó y cayó al suelo, donde se quedó sin aliento y magullada, vencida, pero negándose a admitir la derrota. Se incorporó a duras penas y se arrastró hacia la puerta, donde empezó a patear y gritar, arrojándose con fuerza contra las sólidas planchas de madera de roble. La puerta tenía una rejilla e intentó mirar por ella, pero el soldado que la custodiaba se

percató y la cerró, sumiéndola en la oscuridad.

Agotada, Mahelt se derrumbó en el suelo y lloró de rabia y desesperación. Hugh los había dejado completamente desprotegidos sabiendo que aquello podía pasar. Él seguía libre y con las arcas llenas de dinero, mientras que ella y los niños habían pagado por todo. En su día, sus hermanos fueron tomados como rehenes sin que ella pudiera evitarlo; la historia acababa de repetirse con su hijo, y ella volvía a sentirse impotente. Era como si el pasado de su familia fuera un bucle que se repite una y otra vez. ¿Llegaría Roger a ser mayor y tener hijos, para ver también cómo los alejaban de él? ¿Llegaría, de hecho, a hacerse mayor? ¿Llegaría a hacerse mayor alguno de sus hijos? No le extrañaría que Juan los arrojara al pozo del castillo y luego declarara que su muerte había sido un desgraciado accidente. Pensar en aquello la hizo levantarse de un brinco para ir a aporrear de nuevo la puerta y gritar por sus hijos. Pero no acudió nadie. Finalmente, exhausta, se acurrucó en un rincón, convertida en una bola de tristeza y fijó la vista en la pared, completamente aturdida.



Era de día cuando la dejaron salir. Emergió a una mañana encapotada, con aguanieve y un aire gélido. Magullada, despeinada, su rostro manchado por las lágrimas, Mahelt salió de su encierro tambaleándose y vislumbró a William Lenveise, que se mantenía a unos cautelosos pasos de distancia de ella.

—¡Bastardo traidor! —masculló entre dientes—. ¡Ojalá ardas en el infierno! ¿Qué les has hecho a mis hijos? ¿Dónde están? Quiero verlos. Si han sufrido algún daño...

Lenveise dio un paso atrás.

—Están a salvo con su abuela, os lo prometo. —La cogió por el brazo para sostenerla y también como advertencia—. Mejor que primero os pongáis presentable, *milady*. Si vais a verlos en este estado, se asustarán.

—¿Y de quién sería la culpa? —gritó Mahelt, apartándose—. ¡No me toques! ¡Te odio! —Se fijó en que en el patio estaban cargando carromatos y enjaezando caballos.

—Hice lo que consideré más adecuado, *milady*. —No se atrevía a mirarla a los ojos.

—Pues en ese caso, no eres «adecuado» para tener el mando del castillo.

—Mi hijo también ha sido tomado como rehén —dijo con precaución Lenveise—. Sabes que es una decisión que no he tomado a la ligera.

—¡Que te pese en la conciencia durante el resto de tu vida!

—Será así, sin duda —contestó con gran tensión—. En cuanto todo esté preparado, os escoltarán para abandonar el castillo esta misma mañana.

Mahelt cobró conciencia de las miradas de criados y soldados y les devolvió la mirada hasta que todos ellos bajaron la vista, avergonzados.

—¿Para qué no recuerdes tu perfidia cada vez que me veas? —Le abofeteó la cara, como el soldado que lanza un desafío en batalla. La cabeza de Lenveise se tambaleó, pero recibió el golpe. Mahelt no se sintió mejor por ello. Le dio la espalda y echó a andar hacia su cámara.

Sus damas la esperaban, gorjeando como una manada de gorriones inquietos. Pero ella no era un gorrión; era una leona, por mucho que le hubieran arrancado las garras. La habitación, con las paredes desnudas de los tapices que solían adornarla y que habían abandonado el castillo junto con los demás objetos de valor, parecía un granero vacío. Habían guardado todas sus cosas en los arcones y desmontado la cama. Su capa estaba ya a punto. Ignorando por completo los lamentos de consternación y las exclamaciones, ordenó a una de sus damas que le trajera un peine y una jofaina con agua perfumada. Les hizo abrir uno de los arcones que ya habían cerrado y buscar en su interior una camisa y un vestido limpios. Cuando llegó el agua, Mahelt se desnudó y se frotó con una manopla de la cabeza a los pies para, a continuación, secarse con vigor con una toalla, como si con ello pudiera quitarse de encima el día y la noche que acababa de pasar. Dejó claro que no quería hablar con ninguna de sus damas, ni consolarlas ni dejarse consolar por ellas. La única manera de soportar aquel momento y seguir adelante era cerrando la puerta a sus emociones. Era otra forma de cárcel, autoimpuesta, pero era también su defensa contra todo aquel que se le acercara.

Terminadas sus abluciones, vestida con ropa limpia, se sintió capaz de erguirse y levantar la cabeza. Sabía, por el dolor que sentía en un lateral de la cara, que iba a mostrar sus magulladuras al mundo, pero no podía evitarlo. Que sirviera también para que el mundo comprendiera con ello de lo que Juan era capaz.

Con el porte de una reina, atravesó el patio en dirección al solar de Ida. En cuanto abrió la puerta, Hugo se apartó de su abuela para correr hacia ella, gritando:

—¡Mamá! ¡Mamá!

Mahelt lo cogió en brazos y lo estrujó con fuerza.

—¡Te quiero mucho! —le dijo ella jadeando—. ¡No me dejes nunca, jamás!

Ida, que tenía al bebé en brazos, se levantó de su silla.

—Oh, Dios mío, ¿qué te han hecho? —preguntó, su mirada rebotante de inquietud.

—Me han partido el corazón por la mitad —respondió con amargura Mahelt—. Pero por mucho que me lo arranquen entero y lo dejen marchitar, no me rendiré. ¿Dónde está Roger? ¿Qué le han hecho?

A Ida empezó a temblarle la barbilla.

—Oh, querida mía. Roger ya se ha ido. Se lo llevaron ayer, justo después de que

te encerraran en ese calabozo. El rey lo ha enviado al castillo de Norwich. Lo siento, lo siento muchísimo. —Ida empezó a llorar y besó y acunó con más energía al bebé—. Fue muy valiente. Dijo que no te preocuparas, que cumpliría con su deber.

Mahelt hizo esfuerzos por respirar, pero se mantuvo serena, consciente de que, si se desmoronaba, se haría añicos sin solución.

Ida cerró los ojos.

—Me habría gustado anteponerme también ante él, pero no fui lo bastante fuerte.

—No, actuasteis con inteligencia. —La voz de Mahelt amenazó con romperse—. Los pequeños os necesitaban. ¿Quién, si no, cuidaría de ellos conmigo encerrada? —Volvió a abrazar a Hugo, y lo depositó en el suelo antes de que se le hiciese imposible separarse de él.

Ida tragó saliva.

—Tuve que ayudar a Roger a preparar su arcón de viaje. Tuve que separar su ropa de la de su hermano, y no podía dejar de pensar en cuando yo era una chiquilla en la corte y me obligaron a abandonar a mi hijo por voluntad del rey... aquel día yo también luché, pero fue en vano. Los reyes siempre ganan. Siempre se los llevan. —Dejó de hablar, sus ojos vidriosos por las lágrimas.

En el umbral de la puerta, el caballero Enguerard de Longueville tosió para aclararse la garganta antes de hablar.

—Es hora de marcharnos, señoras —anunció.

Mahelt asintió. Cuanto antes se alejara de aquel lugar, mejor. Ya nada la retenía allí. No tenía causa alguna por la que defenderlo. Se lo habían llevado todo. Se envolvió con su capa y se arrodilló para ayudar a su hijo a ponérsela.

—Abróchate bien —dijo—. Fuera hace mucho frío. —Le cubrió con ternura con la capucha, le acarició su sonrojada mejilla e intentó no pensar en Roger y en si alguien tendría el cuidado o la consideración de hacer lo mismo por él.

Hugo la examinó con solemnes ojos azules.

—¿Dónde vamos?

—A Londres... a casa de tu abuelo.

—¿Estará allí papá?

Mahelt notó que se le encogía el estómago.

—No lo sé. —Le habría gustado añadir que le daba lo mismo, pero no lo hizo. Aquello era demasiado. Y lo que sentía por encima de todo era rabia y culpabilidad.

Ida había cogido la labor en la que trabajaba últimamente para no guardarla con el resto de sus pertenencias.

—Tengo que llevarme esto —dijo—. Así estará terminado para cuando regresemos. Hay que mantenerse ocupadas. Siempre hay ropa que remendar. ¿Lograremos algún día acabar con todo? ¿Cómo compondremos todo lo que hay por arreglar? —Perdió su mirada, como si hubiese perdido el hilo de lo que estaba diciendo.

—Tal vez no podremos hacerlo —respondió Mahelt—. Hay cosas que no pueden

arreglarse.

La escolta estaba esperándolos en el patio. Habían dispuesto un pequeño carromato para Ida, las damas y los niños. Y también para *Tripas*, que estaba ya demasiado viejo y débil para corretear detrás de los caballos. Mahelt tenía ensillada su yegua negra. El patio de armas estaba repleto de caballeros y mercenarios desconocidos, y de hombres que no se atrevían a mirarla a los ojos. La ausencia de Lenweise era flagrante. Pero Juan estaba presente, observando la escena desde una ventana, sin decir nada, pero luciendo su triunfo como si llevara en el cuello una cadena de oro.

—Quiero a Roger —dijo Hugo cuando Orlotia lo instaló en el carromato y lo envolvió con una manta. Echó el labio inferior hacia fuera, amenazando con empezar a temblar.

—Lo verás otra vez de aquí a unos días —contestó Mahelt con voz tensa, consciente de que seguramente estaba mintiendo—. Ha tenido que ir a Norwich.

—¿Por qué?

—Porque el rey le ha dicho que tenía que hacerlo.

—¿Por qué?

«Porque el cielo cae sobre nosotros. Porque el rey es un tirano. Porque tu padre y tu abuelo han permitido que suceda todo esto a quienes más deberían haber protegido».

—Porque hay que pagar un precio por todo.

Ida distrajo rápidamente la atención de Hugo dándole un poco de lana para que le hiciese un ovillo y contándole cualquier tontería. Cuando abandonaron Framlingham, Mahelt se concentró en cabalgar y se negó a pensar. Era como si estuviese azotando una terrible tormenta y se hubiese encerrado en sí misma para protegerse. Algún día llegaría el momento en que tendría que salir de allí y verificar los daños, pero no en aquel momento, todavía no. O tal vez nunca mientras siguiera caminando por la faz de la tierra.

Londres, marzo de 1216

Mahelt e Ida llegaron a la casa de los Bigod, en Friday Street, al anochecer de su tercer día de camino. La llovizna no había cesado desde mediodía y el frío calaba los huesos. Ida tosía y estaba febril; Hugo estaba macilento y tembloroso; la pequeña estaba echando los dientes y se había pasado el día gimoteando y malhumorada. Mahelt era consciente de todas aquellas penurias, pero las veía pasar desde el refugio de su castillo interior. Nada quebrantaría sus defensas.

Cuando hicieron su entrada en el patio, vio que *Ébano* estaba fuera de los establos, con el mozo de cuadras de Hugh ocupándose de limpiarlo. El lomo del semental lucía la huella reciente de la silla y de su pelaje oscuro emanaban zarcillos de vapor. Vio más mozos trabajando con los caballos y los establos llenos a rebosar.

Cuando Mahelt desmontó de su yegua, Hugh salió del edificio, su expresión atormentada y de desesperada preocupación. Su capa de viaje estaba manchada de barro desde el bajo hasta la altura de las rodillas y estaba blanco de agotamiento. Mahelt lo vio y no vio a Hugh. Lo único que sabía era que había permitido que sus hijos y ella fueran víctimas de Juan cuando le había prometido que siempre estarían seguros. Tenía el estómago hecho un nudo por el esfuerzo de no gritarle, porque sabía que si empezaba, no podría parar.

—¡Papá, papá! —Hugo saltó del carromato y corrió hacia su padre.

Hugh lo cogió en brazos y lo llenó de besos.

—¡Estás bien! ¡Gracias a Dios que estás bien!

—¡El rey se ha llevado a Roger! —le explicó Hugo.

—Lo sé... Y lo recuperaremos. Te prometo que lo recuperaremos.

Mahelt cerró los puños con fuerza al ver que Hugh se encaminaba hacia ella y dio un paso atrás porque no quería ni que la tocara.

—¿Es esa otra de tus promesas?

—Estaba cumpliendo con mi deber... —Extendió una mano hacia la mejilla de Mahelt—. Por Dios, Mahelt, tu cara... ¿Qué te han...?

—¿Tu deber? —espetó—. No me hables de deber. Nos abandonaste a mí y a tus hijos en manos de débiles traidores. ¡Pusiste el oro y la plata por encima de nuestra vida! —Le palpitaban las sienes del esfuerzo por reprimir su rabia.

La mirada de Hugh se oscureció.

—Eso que dices ni es verdad ni es justo.

—¿Cómo te atreves a hablar de verdad y de justicia? Tú no estabas presente cuando entró el rey a caballo y se llevó a Roger. ¡Cuando me lo arrancaron a la fuerza de entre mis brazos y me arrojaron a una celda! —Se le rompió la voz—. Tú no estabas allí, Hugh. ¡No estabas allí!

Ida bajó del carronato con ayuda y se tambaleó un poco al tocar suelo después de un viaje tan largo.

—Por favor —imploró acongojada—, no discutáis, por favor, aquí no. Cobijémonos de este frío y esta lluvia.

Mahelt cerró los ojos y tiró de sus últimas reservas. Por el bien de los niños. Por el bien de Ida y de los refugiados de Framlingham, debía mantener el equilibrio.

—¿Está aquí tu padre? —Ida dio unos pasos hacia la casa y se tambaleó. Hugh depositó a su hijo en el suelo y cogió por el brazo a su madre—. Estoy bien —aseguró, aunque era evidente que no era así—. Es el viaje. Solo necesito descansar y ver a tu padre... saber que está bien.

Una neblina roja enturbiaba la mirada de Mahelt. Si el conde hubiese puesto a su familia por delante de su precioso tesoro, no estarían en la situación en la que estaban.

—Seguro que lo está —murmuró Mahelt—. Preocupémonos primero por vos.

Hugh cogió a su madre en brazos y la condujo a su cámara privada. Dio rápidamente órdenes a los criados para que trajeran mantas y mandó a uno de ellos a buscar a su padre.

Habían depositado una piedra caliente a los pies de Ida y estaban cubriéndola con mantas cuando apareció el conde, sus ojos enrojecidos y su rostro apagado y cansado. Miró a su esposa y se pellizcó el puente de la nariz entre el índice y el pulgar.

—Esposo —dijo Ida, tragando saliva en seco. Mahelt le pidió a un criado que le sirviera algo para beber.

El conde se aproximó dubitativo a la cama, como si intentara recordar cómo se hacía lo que tenía que hacer. Se agachó y le cogió la mano.

—Has tenido un viaje muy largo —dijo—. Ahora descansa.

Ida le dio unos sorbos a la copa y se recostó entre los cojines.

—Solo necesito dormir —musitó—. Estoy muy cansada.

El conde le sostuvo la mano hasta que cerró los ojos y la desenlazó entonces con cuidado. Sin mirar a nadie, abandonó la estancia. Hugh salió tras él. Agotada y

exhausta, pero consciente de que no podría dormir por mucho que lo intentara, Mahelt ordenó a las criadas que se quedaran con Ida y siguió a los hombres fuera de la habitación.

De Longueville estaba informando de lo sucedido en Framlingham y el conde tenía un aspecto sombrío.

—Lenveise debería haber presentado batalla —dijo Mahelt, sumándose a ellos sin previa invitación, considerando que estaba en su derecho de estar incluida—. Teníamos la guarnición, teníamos recursos militares. Le dije que batallara.

—Estoy seguro de que mi condestable sabe mucho de cuestiones militares, pues esa es la formación que ha recibido prácticamente desde la cuna —contestó su suegro en tono de reproche.

Mahelt ladeó la cabeza.

—Y yo soy la hija de William Marshal y mi madre resistió en Kilkenny contra todos los que querían hacerse con la fortaleza.

—El que dirigió la resistencia de Kilkenny fue el condestable de tu madre —replicó el conde—. Por mucho que tu padre sea un gran soldado, estoy seguro de que estarás de acuerdo conmigo en que tú no posees ni sus habilidades ni su formación y, además, tu padre nunca resistió ningún asedio a un castillo. Estamos hablando de mucho más que de la profesión de soldado.

Mahelt estaba furiosa.

—Cierto, puesto que ahora el rey tiene a mi hijo, a vuestro nieto. ¿Cómo lo llamaríais a eso?

—Es un revés, estoy de acuerdo.

—¿Un revés? —Mahelt estaba tan rabiosa que se atragantó con la palabra.

—De haber dispuesto de más tiempo, habríamos evacuado el castillo. De hecho, los menores siguen libres. Hugh y tú estáis sanos y salvos.

Mahelt captó rápidamente la implicación de que Hugh y ella estuvieran a salvo y en libertad para poder engendrar más hijos y se encolerizó.

—Pero no puede calificarse precisamente de victoria —replicó—. ¿Acaso vuestro nieto no cuenta?

El conde frunció el entrecejo.

—Hija, el tono en el que hablas está fuera de lugar.

—Hablo como me sale —dijo con desprecio.

—Mahelt... —Hugh tomó la palabra, pero su padre le cortó.

—Hija, te sugiero que vayas a atender a tus hijos y descanses un poco, ya que es evidente que estás alterada. Hablaremos cuando hayas recuperado el juicio.

—Si he perdido el juicio, como mínimo conservo el honor. ¡Tenedlo presente! —espetó Mahelt y, sin regalarle ni reverencia ni saludo de obediencia, dio media vuelta y salió de la habitación.

Hugh la vio marchar, horrorizado. Estaba exhausto, tambaleándose por una situación que los superaba. Los cimientos que apuntalaban su vida se desmoronaban a

un ritmo acelerado y lo dejaban colgado al borde de un abismo terriblemente oscuro.

Su padre se tocó la cara y suspiró.

—La paz no reina en ningún lado —dijo—. Ni en el país, ni en mi casa. —Miró agotado a Hugh—. Ese chico es mi nieto y lo quiero, por mucho que su madre piense lo contrario. No haberlo podido proteger supone una pesada carga.

—Pero menor que la de ser su padre —sentenció Hugh con tensión—. Mahelt tiene razón. Yo tampoco estuve allí. Debería habérmelos llevado conmigo tal y como ella quería, pero pensé que estarían mejor en Framlingham. Pensé que estarían a salvo. Pensé que me daría tiempo...

—El parentesco del chico con el mariscal lo protegerá —dijo con brusquedad su padre—. No tiene sentido seguir llorando, lo hecho, hecho está.

Hugh lanzó una dura mirada a su padre.

—Sí, pero saber por qué se ha hecho sirve para solucionarlo. Roger es mi hijo, no tiene más que seis años y está por encima de todos estos tópicos. Y sé muy bien de lo que el rey es capaz.

—Te lo repito, el muchacho estará protegido porque es nieto del principal puntal del rey. Mi padre perdió su condado por rebelarse contra el rey y Framlingham fue completamente arrasado. Necesité doce años de duro trabajo para recuperar nuestra herencia y nuestro título. Reconstruí nuestro hogar desde las cenizas y no pienso volver a verlo reducido a eso, ni pretendo acabar mi vida en el exilio. Somos contrarios al rey, pero debemos dejar también la puerta abierta. Juan nos ofrece un mes de gracia para acercarnos a él y hacer un llamamiento a la paz.

—¿Bajo qué términos? —preguntó Hugh con voz ronca. Una idea terrible empezaba a tomar forma en su cabeza.

Su padre abrió las manos.

—Seguramente serán términos inaceptables para nosotros. Piensa que un Juan triunfante será el doble de malo que un Juan a la defensiva. Debemos conseguir una paz que comprometa a ambos bandos. Tenemos caballeros franceses en Londres y Luis acabará llegando, pero el futuro inmediato es como la bruma, complicado y cambiante. Debemos navegar sin alejarnos de la costa para mantenernos seguros, aún sin pisar tierra.

—Dime una cosa: ¿le diste órdenes a Lenveise de rendirse si el rey acechaba nuestras murallas? ¿Forma eso parte de tu política de «navegar sin alejarse de la costa»?

Su padre bajó la cabeza de tal modo que Hugh solo veía ante él el ala de su sombrero.

—El rey se ha movido más rápido de lo que me imaginaba —dijo—. Confiaba en que Framlingham estuviera vacío para cuando llegara.

Hugh tragó bilis.

—Le diste órdenes de rendirse aun sabiendo que estaban allí.

—Le dije a Lenveise que hiciera uso de su buen criterio. No seas ingenuo. Sabes

perfectamente que corriamos ese riesgo y que erramos nuestros cálculos en cuanto al momento elegido. Eso es todo.

—¿Eso es todo? —Hugh se estremeció—. ¿Y las consecuencias?

—Las afrontaremos. —Su padre levantó entonces la vista, sus ojos grises implacables.

Hugh soltó el aire con fuerza y, apretando los puños, abandonó la estancia.

Encontró a Mahelt en una cámara que tenía acceso directo al salón y que se utilizaba para alojar a los invitados. Se había acostado en la cama, de espaldas a la puerta, y estaba abrazada a Hugo y la pequeña. Respiraba despacio y profundamente, pero Hugh pensó que tal vez estuviera haciéndose la dormida. Se sentó a los pies de la cama y los miró a los tres, consciente de que allí debería haber cuatro.

—Lo siento —dijo, y estiró la mano para acariciar su brillante trenza—. Sé que he generado un verdadero desastre. Lo recuperaremos, te lo prometo. Sé que mis promesas no tienen valía alguna para ti, y no te culpo por ello, pero esta pienso mantenerla aunque tenga que dar mi vida por ello.

Mahelt no respondió, y Hugh no supo si sentirse aliviado o defraudado por ello. El ángulo en que estaba acostada dejaba a la vista la magulladura de la mejilla y al verla, tuvo la sensación de haber sido él la víctima directa de aquel maltrato.

Priorato de Bradenstoke, Wiltshire, abril de 1216

Con Ela a su lado, Mahelt se arrodilló frente a las tumbas de sus abuelos, situadas en el interior de la iglesia del priorato agustino de Bradenstoke, para rendirles homenaje. John FitzGilbert y su esposa Sybilla yacían bajo losas de piedra de Purbeck grabada, su hijo mayor enterrado entre ambos. Los bisabuelos de Ela y de Mahelt, Walter de Salisbury y Sybire de Chaworth, descansaban también allí, junto con otros familiares.

Mahelt prestó especial atención a la tumba de su abuela Sybilla, que se vio en su día obligada a ceder como rehén a su hijo menor. El niño había sobrevivido a la dura experiencia y se había convertido en el padre de Mahelt. ¿Pero qué debió de pensar Sybilla cuando el enemigo se llevó a su hijo? ¿Habría muerto también su corazón? Su padre apenas hablaba de aquella experiencia, aunque otros lo hacían por él, relatando con deleite la historia de que había estado a punto de morir ahorcado. Intentaba no pensar en aquel hecho, pero, aun así, seguía obsesionando sus sueños.

En el mes transcurrido desde la caída de Framlingham no se había tomado decisión alguna. Hugh y su padre seguían recabando apoyos y recursos de aquellas partes de sus tierras que no habían sido ocupadas o arrasadas. Habían enviado mensajes a Juan pidiendo más tiempo, con el argumento de que estaban considerando su postura. Roger seguía como rehén en Norwich, pero Mahelt estaba afinando ideas y había viajado a Bradenstoke para reflexionarlas junto a la tumba de su abuela. Había llevado consigo una ofrenda de un marco de plata para dar en limosna y había pagado catorce libras de cera de abeja para confeccionar velas. Finalizada su súplica personal, había besado la guirnalda de flores frescas que llevaba en la mano y la había depositado con reverencia sobre la tumba de su abuela. Con el gesto, las flores de espino desprendieron parte de sus pétalos sobre la losa de la tumba. Mahelt se

santiguó antes de incorporarse y abandonar la iglesia para adentrarse en el claro resplandor del sol abrieno. Ela siguió su estela y disfrutaron por un momento de la benevolencia del clima y de las vistas que proporcionaba la situación elevada del priorato.

—¿Cómo está la condesa? —le preguntó Ela.

Mahelt hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Un poco mejor, pero sigue sin estar bien... inquieta y confusa, sobre todo.

—Cuánto lo siento —dijo Ela con preocupación—. Es una dama buena y gentil.

—Lo es. —Mahelt pensó en su suegra. La chispa que poseía cuando la conoció se había extinguido por completo para ser sustituida por una fatiga apagada. Le costaba un tremendo esfuerzo ir superando los días. Cuando mejor se sentía era en compañía de sus nietos, meciendo sobre las rodillas a Isabelle, contándole cuentos a Hugo o dándole golosinas. Seguía con sus labores, pero con un ritmo repetitivo que no era más que un mecanismo de consuelo, lo mismo que impulsaba a Hugo a chuparse el pulgar. Mahelt se mordió el labio—. Tengo algo que pedirte... un favor.

—Por supuesto, si puedo ayudarte. —Ela le apretó el brazo—. Ya lo sabes.

Mahelt respiró hondo.

—Mi hijo sigue prisionero en Norwich. Hace ya un mes que está en manos del condestable.

—Sí —dijo Ela, la compasión reflejada en su mirada, aunque también la cautela—. Lo siento mucho. No me gustaría tener que imaginarme a William o Richard bajo esa custodia.

Mahelt dudó, porque lo que iba a pedirle a su prima no era una nimiedad.

—¿Estaría tu esposo dispuesto a solicitarle al rey la custodia de Roger y conseguir que lo trasladara a Salisbury para que estuviese con sus primos?

Ela se quedó desconcertada un instante, pero enseguida se recuperó.

—No lo sé. —Arrugó la frente—. Tenía la impresión de que William y Hugh estaban peleados.

—Así es, pero esto es mucho más grave que una pelea.

Ela entrecerró los ojos, desconfiada de repente.

—Estás pidiéndomelo sin tener la aprobación de Hugh, ¿verdad?

Mahelt impulsó la mandíbula hacia fuera.

—Hugh sabe que he venido a verte —dijo con frialdad.

—¿Y a hacer algo más que presentar nuestros respetos a nuestros antepasados?

Mahelt levantó la cabeza hacia las aborregadas nubes que recorrían el cielo como un rebaño de ovejas trashumantes. Se volvió luego hacia Ela y le dijo, en tono suplicante:

—Eres madre y eres de mi familia. Si mi hijo estuviera contigo, sé que lo tratarías bien. Temo por lo que pueda estar sucediéndole. Sé lo que sufrió mi hermano en manos del rey (mucho más de lo que jamás haya podido contarles a mis padres) y sé lo que hizo Juan con aquellos niños galeses que tenía como rehenes en Nottingham.

No me atrevo ni a pensar en las cosas que mi hijo puede estar viendo y oyendo mientras permanece bajo custodia de hombres que solo piensan en robar y en torturar a los demás. Ida me dijo que acudiera a ti. Normalmente no opina en cuestiones relacionadas con política, pero ha tenido la amabilidad de mencionarme esta alternativa.

Ela estaba inquieta, pero finalmente asintió.

—Veré qué puedo hacer —dijo, y abrazó a Mahelt con compasión.

—¡Gracias! —Mahelt experimentó una oleada de esperanza, pero la reprimió antes de que se apoderase de ella. Antes estaba segura de que pedir equivalía a recibir, pero ya no. Y sus expectativas con respecto a aquella petición en concreto eran escasas.

Ela dio un paso atrás y dijo.

—Le conté a William lo que Juan me hizo en Marlborough.

Mahelt deseaba preguntárselo desde hacía tiempo, pero había considerado que era mejor esperar a que Ela se lo comentara cuando creyera oportuno.

—¿Y qué dijo?

—Se puso furioso y se llevó un disgusto, pero cuando se enfrió dijo que era inútil embestir como un toro rabioso y que si lo hacía no conseguiría más que empeorar las cosas para nosotros. —Levantó la cabeza y sus ojos del color de la avellana brillaron con orgullo—. Dice que su fidelidad es hacia mí y hacia Dios, que ya no se la debe a su hermano... que yo soy su dama soberana. —Cerró la boca con fuerza—. La gente me considera delicada y callada. Nadie conoce lo fuerte que puedo llegar a ser cuando tomo una decisión. Lo que me sostiene es la fe que tengo depositada en mi esposo, en Dios y en su Santa Madre.

Mahelt, que había perdido por completo aquella fe, no dijo nada. Su fuerza provenía de arrodillarse en la tumba de antepasadas que en vida tuvieron que encontrar en su interior un espacio que iba más allá del coraje. Había jurado honrar aquel linaje y encontrar dentro de sí misma la fuerza necesaria para sobrevivir.



A Roger le castañeteaban los dientes y temblaba con tanta fuerza que llegó a pensar que también los huesos debían de estar chasqueando entre ellos bajo su piel. Carecía de una capa decente para protegerse de la gélida lluvia de primavera que caía a raudales. Su mejor manto, confeccionado con cálido tejido, se había quedado en Framlingham cuando lo trasladaron a Norwich. No le gustaba el condestable de aquel castillo, Hervey Beleset, que lo trataba con rudeza y lo mantenía todo el día

encerrado excepto cuando lo obligaba a salir para realizar tareas como limpiar los arneses o retirar a paladas los excrementos. En una ocasión, Beleset lo había sacado de su encierro para forzarlo a presenciar cómo colgaban del patíbulo a los rebeldes, dándole a entender con ello que aquello podía sucederle también a él o a su familia si el rey lo decidía así. Él quería a su madre, a su abuela, a Hugo y a la pequeña Isabelle, por mucho que llorara y eructara leche cada vez que la cogían en brazos. Deseaba disfrutar de sus sonrisas, sus elogios y sus palabras de consuelo. Echaba desesperadamente de menos a su padre, que habría sabido reconocer sus miedos y se los habría quitado de inmediato, o como mínimo le habría ayudado a entenderlos. Tenía constantemente hambre y sed. Beleset se ocupaba de que le dieran comida, pero siempre era ternilla y gachas... lo suficiente para mantenerlo en pie, pero en absoluto para disfrutarlo. Roger soportaba aquella asquerosa bazofia repitiéndose para sus adentros que eran raciones de soldado y que el trato que estaba recibiendo era el que se administraba a los hombres de verdad. Era igual que en las historias que su tío Ralph le había contado de cuando estuvo prisionero en Francia.

El día anterior por la tarde, había llegado un hombre con órdenes de trasladarlo desde Norwich a Sandwich, un lugar localizado más al sur. Se había hecho cargo de él un mercenario fornido y de barba gris llamado Faulkes de Breauté, que lo había cogido en brazos hasta situárselo a la altura de sus ojos, su agarre sólido y robusto como el hombre en sí.

—Una palabra fuera de lugar, mocoso, un lloriqueo, y colgarás de una soga, ¿entendido? —le había dicho.

Roger se había negado a dejarse intimidar y había asentido sin dejar de mirar osadamente a los ojos negros del mercenario. De Breauté lo había depositado en el suelo con un gruñido y Roger no se había frotado sus doloridos brazos hasta que el hombre le había dado la espalda.

Habían viajado un día y medio. La noche anterior habían montado las tiendas a la vera del camino. Roger había ayudado a desplegar la lona y había ido a buscar leña. En cierto sentido, le había gustado estar en compañía de adultos e imaginarse que era mayor. Había ayudado a atender los caballos, había vigilado la hoguera y removido el potaje. De Breauté le había gruñido algo desde lejos y le había arreado un poco entusiasta puntapié al pasar por su lado, pero por lo demás, lo había dejado tranquilo, y Roger se sentía agradecido por ello. Había oído al mercenario quejarse ante los demás hombres diciendo que no era una niñera y que escoltar a un cachorro señorial no era para alguien de su categoría. Roger consideraba una afrenta a su posición estar al cargo de un hombre tan grosero como aquel y se propuso evitarlo siempre que le fuera posible y mantener las distancias cuando no lo fuera.

A lomos de su caballo, empezó a reconocer un territorio que le resultaba familiar. El camino que se desviaba hacia el campo de *campball*, el bosquecillo de avellanos donde su perro había perseguido a un zorro hasta su madriguera, el árbol hueco donde el verano pasado había construido una guarida. A pesar de estar congelado, Roger

empezó a hervir de excitación a medida que iban acercándose a Framlingham. ¿Acaso iba a reunirse con su madre, Hugo y su hermana pequeña? ¿Estaría allí su padre? Se planteó preguntárselo a De Breauté, pero decidió no hacerlo al ver la expresión hosca de la boca del mercenario, rodeada por una incipiente barba azulada.

La lluvia seguía imparable y goteaba por el cogote de Roger, empapándole el pelo y la cara. Sediento como estaba, lamió la humedad de su manga. Continuaron chapoteando y cuando el castillo se vislumbró a lo lejos, vio también que las almenas estaban repletas de hombres, atareados como hormigas. De Breauté, que lideraba la comitiva a lomos de un enorme semental moteado, tiró de las riendas para rezagarse y quedarse a su altura.

—Veamos, ratita empapada —dijo con una mueca—. Qué poco pareces ahora el heredero de los Bigod, ¿no crees, chico? Más bien me recuerdas un golfillo recién desembarcado de una barca de pesca de arenques.

A Roger le gustaba ir a pescar arenques, pero sabía que el hombre estaba insultándolo y mantuvo la boca cerrada. Estaba helado y cansado. Tenía las piernas congeladas y ardientes a la vez como consecuencia del roce contra la silla. Consciente de que De Breauté estaba observándolo, levantó la barbilla y se imaginó que iba a hacer su entrada en Framlingham como su dueño y señor. El mercenario refunfuñó y apreció el gesto del pequeño a su pesar.

Las puertas del castillo estaban abiertas, pero bien guardadas y el patio bullía de actividad cuando hicieron su entrada. De Breauté se volvió sobre su silla para examinar con atención el abarrotado patio. Roger intuyó que algo había que le incomodaba. Miró a hurtadillas a su alrededor el ir y venir de la gente y le embargó un extraño sentimiento de inquietud al ver tantos desconocidos en su casa. Ojeroso por el frío y el hambre, se fijó en un hombre que atravesaba el patio y creyó reconocerlo. Tenía el pelo oscuro y brillante y lucía una magnífica capa verde con un enorme broche de oro sujetándola al hombro. De Breauté murmuró alguna cosa para sus adentros al desmontar y dobló a continuación la rodilla.

—Milord —dijo a regañadientes.

El hombre le indicó que se levantara y lanzó una luminosa mirada avellana en dirección a Roger. La rabia empañó sus facciones.

—Por el amor de Dios, hombre, ¿cómo es que el niño no tiene una capa decente?

De Breauté se encogió de hombros.

—Un poco de lluvia no le hará ningún daño. Nunca me lo hizo a mí cuando tenía su edad. Así se criará más duro.

—Y criará también un resfriado en sus pulmones. Conoces bien su importancia.

—Ah, no lo miméis tanto —rugió De Breauté—. El chico está bien... más de lo que puedo decir yo de mi culo. —Se frotó el trasero y le indicó a un mozo de cuabras que se ocupara de su caballo.

Roger desmontó de su poni, sus piernas tan rígidas y entumecidas por el frío que a punto estuvo de caer. Se aferró a la brida y se mordió el labio y cerró los ojos con

fuerza para contener el vergonzoso calor de las lágrimas. El hombre de la majestuosa capa llamó con un gesto a un subalterno y Roger se encontró de repente envuelto en una gruesa y rugosa manta y fue conducido a una cámara de la torre de guardia. Al alejarse y mirar por encima del hombro, vio que De Breauté y el señor de la capa mantenían una acalorada conversación. No podía oír qué decían, pero se fijó en que acompañaban sus palabras con gestos crispados y vigorosos.

El soldado que se había hecho cargo de Roger lo sentó en un banco frente a una chimenea donde ardía la turba y le sirvió un tazón de caldo de pollo del puchero que colgaba sobre el fuego. Roger ahuecó las manos en torno al calor y los dedos empezaron a quemarle, señal de que estaba recuperando el tacto. Acababa de escaldarse la lengua con el primer sorbo de aquella sopa maravillosamente grasa cuando hizo su entrada el hombre de pelo oscuro. Su capa desprendía un tenue aroma a incienso.

—¿Sabes quién soy? —le preguntó bruscamente.

Roger frunció el entrecejo y negó con la cabeza, pero entonces su mirada fue a parar a la larguísima vaina que el hombre llevaba al cinto y emergió a la superficie un débil recuerdo.

—Mi tío FitzHenry —dijo muy despacio—. Mi tío Longespée.

Se le marcaron al hombre las patas de gallo.

—Un chico listo. Y tú eres mi sobrino.

Roger lo miró con una mezcla de recelo y curiosidad.

—¿Qué haces en Framlingham? —Las sensaciones estaban regresando con venganza a sus miembros y el dolor le hizo desear expresarlo en sus facciones, pero sabía que los caballeros valientes no mostraban nunca su debilidad.

—Estoy de paso de camino a reunirme con el rey y tengo que hablar además con algunos de los hombres que están ahora aquí.

—Yo también voy a reunirme con el rey —dijo Roger.

—Lo sé. —Longespée se volvió hacia el escudero que acababa de entrar en la estancia—. Búscales ropa seca al muchacho, y no te entretengas.

—Señor.

Roger le dio un nuevo sorbo al caldo y, acto seguido, se quedó mirando fijamente a Longespée.

—¿Sabes dónde está mi madre?

—En Londres, con el resto de tu familia —respondió su tío, añadiendo a modo de lacónica reflexión—. Todos están a salvo.

—¿Los has visto?

—No, pero confía en mí, están a salvo.

Roger deseaba estar a salvo con ellos. Eso de que le dijeran que tenía que ser un caballero valiente estaba muy bien, y su intensa imaginación y su tenacidad le habían ayudado a soportar la penuria hasta entonces. Pero ya empezaba a estar harto. Deseaba la ternura de un brazo cariñoso, y no lo encontraba. Con la cabeza bien alta

y negándose a llorar, depositó todo su orgullo en la mirada que le lanzó a su tío.

A Longespée se le encogió el estómago porque el chiquillo tenía la misma mirada que su abuelo, el gran William Marshal. Firme, calculadora. El escudero regresó con la ropa y Longespée vio que Roger dejaba su caldo sin terminar y empezaba a despojarse de sus empapadas prendas. Tenía la ropa pegada al cuerpo y temblaba de tal manera que no avanzaba, pero Longespée reconoció y aprobó el orgullo y la determinación de sus esfuerzos. Le dijo al escudero:

—Un caballero siempre debe de tener ayuda para vestirse. Eso es lo correcto.

Roger lo miró receloso para comprobar si estaba tratándolo con condescendencia, pero luego asintió y permitió que el joven le ayudara a vestirse con camisa, calzón y túnica limpias. La ropa le iba grande, pero estaba caliente y seca y con eso ya le bastaba por el momento. Longespée sintió una punzada al ver el blanco cuerpecillo de su sobrino. Independientemente de los conflictos que él tuviera con Hugh, el niño seguía siendo de su familia y continuaba siendo un chiquillo vulnerable. Mientras Roger volvía a tomar asiento junto al fuego para terminar su sopa, Longespée bebió una copa de vino observando a su nueva responsabilidad. El niño tenía buenos modales y encanto. Por mucho que le doliera, se vio obligado a reconocer que hasta el momento Hugh había hecho un buen trabajo con él.

—De Breauté te ha dejado bajo mi custodia para el resto del viaje hasta el rey — le dijo a Roger cuando este dejó el tazón—. Después, serás enviado a vivir con tus primos hasta que puedas volver con tu familia.

Una chispa iluminó la mirada de Roger.

—¿Con mis primos Ranulf y Marie?

Longespée negó con la cabeza.

—No, con mis hijos. Mi hijo William tiene cinco años y tiene un hermano de aproximadamente la edad de Hugo. —Su imaginación se llenó con la cara del rubio segundo hijo de Hugh y recordó el incidente que había provocado su distanciamiento. Seguía considerándolo ridículo. Por nada del mundo le habría hecho daño a su sobrino. Un juego, no había sido más que un juego. Sabía perfectamente cuándo tenía que parar... a diferencia de Juan. Tensó la boca. Los viejos puentes seguían ahí, pero estaban podridos, y si quería disfrutar de su futuro, tendría que destruirlos y construir otros nuevos.

A Roger empezaba a pesarle la cabeza. Longespée le ordenó al escudero que le preparara un camastro en su cámara y calentara antes el lecho con una piedra caliente.

Roger miró a Longespée parpadeando como una lechuza.

—¿Les gusta jugar a caballeros?

Longespée sonrió.

—Es su juego favorito —aseguró, y le embargó la tristeza, puesto que había visto tan poco a sus hijos que ni siquiera sabía si a William le gustaba o no jugar a caballeros.



Ela levantó la vista del mantel de altar en el que estaba trabajando para mirar por la ventana y ver a los niños, que estaban jugando en el patio. Habían construido barquitos con corteza y paja para hacerlos navegar en el abrevadero de los caballos y estaban absortos en su juego. Era un cálido día de primavera, el sol quemaba en los rincones más abrigados y era prácticamente imposible creer que tan solo una semana atrás una tormenta hubiera asolado la cumbre de la colina, derribado uno de los edificios del patio de armas y arrancado tablillas de roble del tejado de los establos para dejarlo lleno de agujeros, como si estuviera comido por la polilla. Era la misma tormenta que había dispersado la flota inglesa que defendía la costa ante una posible invasión francesa. William le había escrito diciéndole que la noche de la tempestad no estaba en alta mar, y le daba gracias a Dios por ello, pero seguía preocupada porque había leído perfectamente la tensión que escondían las palabras de su esposo. Tenían las defensas abiertas y si los franceses desembarcaban, Salisbury les quedaba de camino. Era un palacio fortificado, pero no una fortaleza robusta.

Los niños dejaron sus barquitos para jugar al pilla pilla. Roger era experto en volcar ruedas de carretas y su primo intentaba imitarlo, pero no tenía la ventaja de edad de Roger ni su desarrollo muscular. Su pequeño sobrino le estaba dando mucho trabajo a Ela. Era un torbellino y poseía unos niveles de energía y curiosidad prodigiosos. Daba la sensación de que tenía que experimentarlo todo a la vez. Le recordaba a Mahelt en muchos aspectos. Poseía la incansable vitalidad de su madre y podía ser mandón. Pero no tenía ni pizca de rencor o de mezquindad, y no se enfurruñaba ni lloriqueaba. Tenía coraje y buen corazón. Era también orgulloso, pero cuando Ela había ignorado el protocolo para hacerle arrumacos, él no se había echado atrás, sino que se había relajado en la seguridad y el consuelo de su abrazo, conteniendo las lágrimas.

Ela retomó su costura, pero no había dado más que media docena de puntadas cuando oyó el sonido de caballos y al levantar la vista vio que su esposo y su séquito entraban en el patio de armas a sudoroso galope. El corazón empezó a latirle con fuerza. Dejó la labor, dio unas rápidas órdenes a sus damas y bajó corriendo a recibirlo.

Longespée se acercó a ella dando grandes zancadas y Ela comprendió por la expresión de su rostro —intensa, luminosa, ansiosa— que había ocurrido algo de suma importancia.

—Esposo. —Hizo una reverencia.

—Esposa mía. —La ayudó a incorporarse y le besó primero ambas manos y luego

los labios—. Luis ha desembarcado y el rey se ha refugiado en Winchester. El mariscal le ha aconsejado no arriesgarlo todo en una batalla campal. Canterbury se ha rendido a los franceses y Luis está en estos momentos poniendo sitio a Rochester junto con los barones de Londres.

Ela le miró fijamente.

—¿Y qué tenemos que hacer?

William no le había soltado aún las manos.

—No puedo oponerme al poderío de los franceses —dijo—. A diferencia del mariscal, no poseo tierras en las Marcas galesas ni en Irlanda donde poder retirarme o proteger a mi familia a salvo en caso de ser invadidos. No me queda otra elección que rendirme ante Luis. —Le apretó las manos con fuerza y la miró a los ojos—. Cuando me arrodillé ante ti y te di mi lealtad, hablaba muy en serio. Te serviré a ti en primer lugar y por encima de todo, salvo a Dios. Quiero que prepares todo lo necesario y viajes a Londres con los niños. De momento, es un lugar seguro para nosotros.

Ela levantó una mano, sin soltar la de él, y le acarició a su esposo la mejilla.

—Sé lo difícil que es esto para ti. —Su esposo siempre había mantenido con pasión su postura dentro de la realeza y cerrar aquella puerta no era una nimiedad. Notó la fuerza del pulso en su cuello y percibió su tensión.

Le respondió él con una dolorida sonrisa.

—De Warenne, Arundel, Aumale y Albini son de la misma opinión. Iremos en grupo y ofreceremos nuestras espadas. —Movi6 la cabeza en sentido de negaci6n—. No es dif6cil, amor mío. Lo dif6cil ha sido todo lo que hemos vivido hasta ahora, y tambi6n ser6 cortar mi lealtad para con determinados hombres honorables que seguir6n a mi hermano. Sé que he hecho lo correcto para nosotros, y eso hace que todo, en realidad, sea muy sencillo.



Hugh sali6 de su tienda y, con las manos posadas en las caderas, estudi6 las murallas del castillo de Winchester. Los defensores recorrían sin cesar las almenas y lanzaban piedras y exabruptos a cualquiera que se aproximara a su rango de tiro. Y terrones de esti6rcol. El día anterior, uno de los caballeros de los Bigod había sido v6ctima de un proyectil de materia fecal que le había dado directo en el hombro. Podía haber sido peor; Thomas podía haber muerto, pero retirar excrementos humanos de los eslabones de una cota de malla era una lecci6n saludable.

Luis había tomado Rochester sin ning6n problema y se había trasladado a Londres, donde se le había ofrecido formalmente la corona en medio de un gran

regocijo. Se había celebrado una procesión majestuosa en la catedral de San Pablo y los barones rebeldes se habían arrodillado ante Luis para rendirle homenaje, quien a su vez había jurado restaurar sus buenas leyes y los patrimonios que habían perdido. Desde allí, habían partido hacia el interior del país. Reigate, Guildford y Farnham se habían rendido y acababan de acampar frente a Winchester. Juan había huido ante sus mismas narices, prendiendo previamente fuego a los suburbios. Las llamas se habían propagado hacia la ciudad, convirtiéndola en humeantes ruinas, pero el castillo y la fortaleza del obispo en Wolvesey seguían bajo el mando de Savaric de Melun. Luis había puesto en marcha sus máquinas de asalto y era ya la décima mañana que las murallas recibían un vapuleo. Se decía que De Melun había enviado emisarios a Juan para pedirle permiso para rendirse.

—No tardarán mucho —dijo Ralph, acercándose a Hugh. Estaba desayunando un currusco de pan que envolvía un buen pedazo de queso azul—. ¿Quieres un poco?

Hugh aceptó la porción que Ralph le partió.

—¿Piensas que hoy será el día?

—Podría ser. Los hemos machacado hasta tal punto que están a una sola pulgada de la rendición. Pero con todo y con eso, aún es posible que las murallas se manchen un poco de sangre. —Ralph masticó y tragó—. Recuerdo cuando estaba con Longespée en un castillo en Poitou. Cogimos una red de pesca, la llenamos de piedras y las lanzamos contra los atacantes. No es muy agradable.

—Confiemos en que no recurran a esos trucos. —Hugh miró de reojo a su hermano. Recuperado del periodo que había pasado prisionero, Ralph había redescubierto su optimismo, aun en situaciones peligrosas como a la que se enfrentaban, y paladeaba la vida con sinceridad. Su comentario llevó a Hugh a mover la cabeza de un lado a otro, pero a sonreír aun sin quererlo.

—¿Qué opinas de Luis? —Ralph se introdujo en la boca el último mendrugo de pan y se sacudió las manos.

Hugh se encogió de hombros.

—En lo referente a su capacidad para desempeñar la tarea, es adecuado. No es el salvador, pero es mucho mejor que la otra alternativa. Pero debemos vigilar nuestras tierras y nuestros privilegios y asegurarnos de que no los erosiona a favor de sus señores franceses.

Ralph sonrió.

—Teniendo en cuenta que nuestro padre y tú estáis tan versados en cuestiones de leyes, dudo que nos desplumen.

—Cierto, pero no por ello debemos relajar la vigilancia.

Una de las máquinas de asalto lanzó el primer peñasco de la jornada, que fue a estamparse contra las ya maltrechas defensas del castillo. El impacto levantó una nube de polvo y volaron como misiles fragmentos de piedra rota.

—Bien lanzado —dijo Ralph—. Aunque debería ir un poco más alto. A la próxima darán en el clavo.

Hugh movió afirmativamente la cabeza y se volvió a continuación al oír alboroto cerca de la entrada del campamento. Entrecerró los ojos para fijar mejor la vista.

—Banderas de tregua —dijo.

—¡Santo Dios, es... fíjate en los escudos! —Ralph señaló hacia los hombres, acalorado—. Son Longespée y De Warenne.

El estómago de Hugh dio un vuelco al ver a los hombres entrando a caballo.

—Parece como si viniesen a rendirse ante Luis —dijo Ralph con alegría—. Es una buena noticia, ¿no crees? Dios bendito... ¡si están también Arundel y Albin! —Estiró el cuello—. Jamás me lo habría imaginado de Longespée.

—Salisbury está justo en el camino que va a seguir Luis —explicó Hugh, recuperándose—. Se rinde antes de que lo asedemos. De este modo conservará intactas todas sus tierras. Además, tiene una cuenta pendiente con Juan.

—¿Acaso no la tiene todo el mundo? ¿Qué cuenta pendiente tiene Longespée?

—La de su esposa —dijo Hugh.

—¿Te refieres a Juan y Ela? —preguntó Ralph, pasmado.

—La amenazó y la atacó estando Longespée prisionero.

Ralph hizo una mueca de repugnancia.

—¿Y por qué lo haría? En Bouvines, Longespée luchó con uñas y dientes por Juan.

—Por celos —respondió Hugh, sin dejar de observar el avance de su hermanastro a lomos de su potente palafrén moteado—. Quería a Longespée solo para él, y Ela era una distracción.

—A veces me pregunto si estaremos haciendo lo correcto —dijo Ralph—, pero cuando oigo cosas así, estoy seguro de que sí.

—Es también por una cuestión de poder. Para destrozarse lo que pertenece a otro. Me sorprende que Longespée haya esperado tanto, aunque también me imagino que, por el bien de Ela, ha tenido que calcular el momento adecuado para hacerlo. —Cerró la boca con fuerza, pues sus palabras le recordaron que él había errado en sus cálculos y había destruido su vida con ello, tanto la política como la doméstica. Mahelt seguía sin apenas dirigirle la palabra—. Van a requerir nuestra presencia en el consejo —dijo de pronto, y llamó a su escudero para que fuera a buscarle el talabarte.



Hugh se contaba entre los barones que estaban ya luchando para Luis y fue testigo de cómo el príncipe francés aceptaba la rendición y el homenaje de los cuatro señores que acababan de llegar a un acuerdo con él. Luis sabía perfectamente bien cómo

hacerlos jugar a su favor. Esbozaba una comprensiva sonrisa y se mostraba amable. Les allanaba el camino con elegancia y los peticionarios empezaron poco a poco a relajarse. Los modales cortesianos de Luis recomfortaron muy especialmente a Longespée. Estaba en territorio conocido y se hablaba un idioma que dominaba a la perfección. No era tanto un caso de caída en desgracia de los más poderosos, sino más bien de aliados que habían llegado tarde a la reunión. Luis les ordenó que acercaran su equipaje y sus hombres y que acamparan en un clima de camaradería. Después de que Longespée hubiera ofrecido su obediencia a Luis, su mirada se cruzó con la de Hugh y permanecieron un instante examinándose mutuamente, antes de apartar ambos la vista. Hugh sabía que en un momento u otro tendrían que hablar, pero que lo que se dijeran sería forzado y poco natural. Alguno de los dos tendría que dar el primer paso. Hugh se mordió el labio. Después del incidente con Hugo había jurado que nunca jamás volvería a tener relación con su hermanastro, pero no podía ignorarlo si lo tenía instalado en el campamento de Luis.

Regresó a su pabellón sin dejar de darle vueltas al asunto, pero se detuvo de golpe y observó el espacio vacío que quedaba a su lado. Antes de que le diese tiempo a cambiar de idea, envió a Ralph a decirle a Longespée que junto al campamento de los Bigod había espacio suficiente para instalar una tienda.

—Dios sabe bien que no encontrará alojamiento con la ciudad reducida a cenizas —dijo.

La mirada de Ralph se iluminó y corrió con prontitud a cumplir con su encargo. Hugh se acarició las sienes y suspiró.

Empezaron a llegar los caballeros de Longespée, seguidos por sus caballos de carga y los carros con el equipaje. Hugh los dirigió hacia el espacio y cruzó unas palabras con el chambelán de Longespée. Captó en la periferia de su visión un fornido poni blanco y negro y se giró de repente, sorprendido y conmocionado.

—¿Roger? —dijo con incredulidad.

Su hijo desmontó con un consumado salto y corrió hacia él con un grito de puro placer. Hugh lo cogió y lo levantó en volandas y Roger lo asfixió casi con la fuerza de su abrazo.

—¡El tío Longespée dijo que veníamos a verte! —gritó Roger, su voz aguda de excitación. Estaba sonrosado y rebosante de vida, su pelo oscuro brillaba como el de su madre y olía débilmente a hierbas y a limpieza.

—¿De verdad? —Hugh apenas podía hablar. Saber que Roger era rehén del rey le provocaba un dolor interno constante, exacerbado por el sentimiento de culpa por el papel que su actitud había desempeñado en el asunto. Pero tener ahora a Roger con él, tan vibrante y tan rebosante de vida, lo llenaba de alegría, alivio y remordimiento —. ¿Qué haces con tu tío? —Depositó a Roger en el suelo.

—Soy su paje —respondió Roger con decisión.

—Me refiero a cómo es que estás a su cuidado. —Levantó la vista y vio que se aproximaba Longespée, su conocida capa verde sobre sus hombros y el suave

centelleo de la contera que adornaba la vaina de la espada que colgaba de su cadera.

—Vino a buscarme —dijo Roger.

—Veo que os habéis encontrado. —Longespée se detuvo a cierta distancia de Hugh y se cruzó de brazos—. Como observarás, sigue entero y lleno de chispa.

Hugh se percató de las nuevas arrugas talladas en las comisuras de los ojos de Longespée, así como entre la nariz y la boca, y de las siniestras sombras de sus pómulos, que hablaban de una tremenda falta de sueño.

—Cierto, pero me gustaría que me contaras cómo ha llegado hasta tu custodia.

—¿No lo sabes? —La oscura mirada avellana de Longespée expresó agotamiento y sorpresa.

—Es evidente que no, pues de lo contrario no estaría preguntándotelo —espetó muy tenso Hugh.

Longespée se rascó el cogote.

—Fue un acuerdo entre mujeres —explicó—. Tu esposa le pidió a la mía que lo acogiéramos y nos aseguráramos de que no sufría ningún daño. —Esbozó una amarga sonrisa—. Al menos, tu esposa es de la opinión de que puede confiar en mí el bienestar de tu hijo. Comprendo por qué no consideró adecuado ponerte al corriente.

A Hugh se le encogió el estómago al tener conocimiento de aquella traición.

—¿Que Mahelt te pidió que te hicieras cargo de él?

—Se lo pidió a Ela cuando fueron a Bradenstoke y Ela le dijo que sí y me escribió proponiéndomelo. Accedí porque Ela es mi amada esposa... y mi dama soberana. Le debo lealtad y fidelidad y haría cualquier cosa que me pidiera.

—¿Del mismo modo que le debes lealtad a tu hermano el rey?

Longespée lo miró con dureza.

—No —respondió—, ya no se la debo... y creo que conoces el motivo de que así sea.

Tambaleándose aún por enterarse de que Mahelt había ido a visitar a Ela sin consultárselo previamente, Hugh consiguió esbozar un mudo gesto de asentimiento.

Longespée se ruborizó.

—Ela me contó que te ocupaste de ella cuando sucedió eso, y te lo agradezco.

—No lo hice por ti, sino por Ela.

—Lo sé, pero incluso así, te estoy agradecido.

Hugh negó con la cabeza.

—Dame las gracias si quieres, pero no es necesario. —Tosió para aclararse la garganta—. Y yo te las doy a ti por mantener a mi hijo sano y salvo.

La mirada de Longespée se iluminó.

—Comprendo, pues, que firmamos una tregua.

Hugh asintió con sequedad.

—Sería una tontería no hacerlo.

Los hermanos se abrazaron y se dieron un beso de paz, y aunque fue un gesto forzado, fue en público y sincero. Longespée volvió entonces a sus quehaceres y,

antes de irse, alborotó el pelo del pequeño Roger.

—Has sido un buen aprendiz de escudero, sobrino —dijo—. He disfrutado mucho de tu compañía.

Roger sonrió y lo saludó con una reverencia cortesana perfecta. Longespée rio y le dijo a Hugh:

—Aprende rápidamente modales en cuanto se los enseñas.

Hugh entrecerró los ojos.

—Mi hijo tenía buenos modales antes de estar contigo, pero ya se sabe que bordar oropeles en prendas que ya son más que correctas siempre ha sido uno de tus caprichos.

Longespée lo miró sorprendido y un poco herido.

—Lo decía como un elogio.

Hugh suspiró para librarse de su desazón.

—Sí —dijo—. Por supuesto que sí.

Londres, julio de 1216

Mahelt estaba sentada a la cabecera de la cama de Ida, cogiéndole la mano. Su suegra estaba más frágil a cada día que pasaba. Su apetito era escaso y había que obligarla a comer. Dormía mucho y cuando estaba despierta, solía desvariar. El capellán y el médico la visitaban con frecuencia, pero este último había declarado que el asunto se le escapaba ya de las manos y que la condesa de Norfolk se recuperaría por la gracia de Dios, o que Dios la acogería pronto con su gran misericordia.

En aquellos momentos, Ida estaba despierta y consciente. Con la mirada fija en las contraventanas abiertas, dijo en un susurro de desolación:

—No volveré a ver a mi hijo. Es demasiado tarde.

—¡Por supuesto que volveréis a verlo! —replicó Mahelt con falso entusiasmo—. En otoño volveréis a estar en casa, en Framlingham, ya lo veréis.

Ida negó con la cabeza.

—Eso no importa —musitó débilmente—. Framlingham siempre ha sido más del conde que mío. Yo me habría conformado con vivir con él en el viejo salón de piedra antes de que levantara las torres, yo no quería más que una vida tranquila. Sí, de chiquilla me encantaba la corte... los juegos y los bailes, pero hace mucho tiempo que mi señor no baila conmigo... y entonces éramos muy distintos.

Mahelt bajó la vista hacia la mano que entrelazaba la suya. Era pequeña y capaz, las marcas de los años parecían motas sobre una hoja otoñal. Llevaba las uñas muy cortas porque Ida no quería que le molestasen para coser. No lucía anillos, excepto su aro de casada. Mahelt acarició con el pulgar el círculo de oro que rodeaba el dedo de Ida, miró el suyo y pensó en Hugh y en la distancia que se había abierto entre ellos desde la pérdida de Framlingham. Hugh le dijo en su día que velaría por su seguridad y que habría tiempo de sobra, pero se había equivocado en ambos aspectos. ¿Lo

condenaría eternamente por aquel juicio erróneo? Cada vez que él le sonreía o bromeaba, Mahelt se preguntaba cómo podía hacerlo sabiendo que su hijo era rehén del rey. Cada vez que la abordaba para hacer el amor, su respuesta era gélida porque no soportaba la idea de engendrar más hijos que acabaran convertidos en peones de los juegos de poder de otros hombres. Era consciente de que continuaba estando muy enfadada, pero aquel enfado era bueno en cierto sentido, pues la ayudaba a ser fuerte, y Dios sabía perfectamente bien que en aquellos momentos necesitaban disponer de todas sus fuerzas.

Con enorme ternura, Mahelt destrenzó el fino pelo gris de su suegra y lo peinó aplicando una aromática loción de rosas y nuez moscada, recordando las veces que Ida le había hecho a ella lo mismo cuando estaba encamada a la espera del parto de sus hijos. Fue luego a buscarle un chal de seda rosa para echárselo a los hombros. La tonalidad del tejido otorgaba a las mejillas de Ida un ilusorio color.

—Eres una buena chica —dijo Ida.

Mahelt negó con la cabeza.

—Yo no estaría tan segura.

—Calla, sé lo que me digo. —Ida estuvo un momento toqueteando el chal y luego señaló con una lánguida mano una cajita con esmaltes dorados y rojos del interior de su cofre—. La llave cuelga de mi cinturón.

Mahelt le acercó ambas cosas a la cama. Ida cogió la cajita y la abrió; extrajo de ella un par de diminutos zapatos confeccionados con delicada piel de cabritilla. El interior de uno de ellos guardaba un mechón de fino cabello oscuro sujeto con una descolorida hebra escarlata.

—Fueron sus primeros zapatos —dijo Ida—. De mi William, de mi Longespée. Los he guardado todos estos años, desde el día en que lo dejé marchar. —Le tembló la voz—. Perdí a un hijo y nunca lo recuperé. Esto es todo lo que tengo.

Mahelt casi se atraganta de emoción. Ver aquellos zapatitos, tan frágiles y minúsculos, partía el corazón. Haberlos conservado tanto tiempo, un tesoro tan precioso encerrado en aquella cajita... Dios bendito.

Ida acarició la débilmente veteada piel de cabritilla.

—Prométeme que se los darás. Dile que es una parte de él que he conservado toda mi vida. Siempre fue mi carga, mi dolor... y mi consuelo. Prométemelo.

—Os lo prometo —susurró Mahelt. Aquello era más de lo que podía soportar y en cuanto pudo abandonar la estancia sin que fuera evidente que huía de la situación, lo hizo. Ya en su cámara, despidió a las criadas, corrió los cortinajes de su cama y se echó a llorar. En alguno de sus arcones guardaba una túnica de su hijo Roger. ¿La guardaría durante toda su vida como un objeto de veneración, imaginándose el cuerpo de su hijo rellenando sus pliegues? ¿Y qué decir de los objetos de su propia y reducida infancia? Sorbiendo las lágrimas, se acercó a un arcón de madera que tenía en un rincón de la habitación y abrió la tapa. Debajo de las camisas dobladas cubiertas de lavanda, debajo de viejos guanteletes de cetrería, de un juego de patines

hechos con hueso, de varias piezas de tejido y retales de piel, encontró una bolsa fruncida confeccionada en lana azul y cerrada con cintas de seda blanca. Mahelt la sacó del arcón, tiró de las cintas para abrirla y extrajo de su interior las *poupées* de madera con las que solía jugar cuando era niña: pequeñas perchas de madera talladas hasta adoptar una forma humana y vestidas para representar a los diversos miembros de su familia. Un hombre con una sobreveste verde y amarilla con un exquisito león rojo cosido al pecho y una capa orlada con piel. Una mujer con gruesas trenzas doradas hechas con hilo de seda de color amarillo. Niños... sus cuatro hermanos, ella y sus tres hermanas. Y allí se acababa. No estaban Ancel ni Joanna, porque no habían siquiera nacido. Tampoco estaba ella con su vestido de novia, ni Hugh, ni Ida, ni Roger, Hugo o Isabelle. Su historia no estaba tallada allí.

El sonido de los caballos y la voz de los hombres en el patio ascendieron hacia la ventana. Mahelt se secó los ojos con la manga y, después de guardar apresuradamente las *poupées* en su hogar de tela, asomó la cabeza entre las contraventanas y vio caballeros y soldados desmontando entre una nube de polvo veraniego.

—¡Mamá, mamá! —Roger irrumpió en la habitación loco de excitación, su cara encendida. Se serenó enseguida y frunció levemente el entrecejo como si acabara de recordar alguna cosa. Lentamente, extrajo la espada de madera de su cinturón, hizo una genuflexión y le ofreció su juguete, que había dejado de serlo, extendiendo las manos—. Mi señora madre —dijo.

Mahelt solo deseaba estrecharlo entre sus brazos y apretujarlo para cicatrizar aquel enorme agujero vacío que llevaba encima desde el mes de marzo, pero sabía que no podía hacerlo... o al menos hasta que la escena hubiera finalizado. Se le hinchó el corazón de orgullo y euforia y se vio obligada a cerrar los puños con fuerza para contener las emociones que amenazaban con superarla.

—Podéis alzaros, mi señor Bigod —le dijo, consiguiendo que no le temblara la voz.

Roger se levantó y le sonrió. Había perdido un diente y había crecido. Su piel lucía el tinte dorado de un verano pasado al aire libre y sus ojos brillaban como el sol.

—He estado practicando con la espada —le contó—. No te preocupes; ahora podré protegerte. Mi tío Longespée ha estado enseñándome.

Mahelt tragó saliva.

—Has regresado hecho un hombre y un auténtico caballero de tu casa. Me resulta imposible expresar con palabras lo orgullosa que me siento de ti. —Y entonces la presa se desbordó, abrazó a su precioso hijo y rompió a llorar.

Llegó en aquel momento una criada con una jarra de suero de leche y una bandeja con pastelitos de miel, lo depositó todo en una mesa y salió de la habitación con una reverencia, dejando la puerta abierta para ceder el paso a Hugh. Mahelt lo miró y la tensión llenó de tirantez el ambiente. Se avecinaba tormenta y la temía y se alegraba a la vez. Pero la tempestad no estallaría mientras el niño estuviera presente, por mucho que fuera él la pura personificación del rayo.

—¿Cómo ha sido? —preguntó.

Hugh respondió con cautela, midiendo sus palabras como si tratara de mantener el equilibrio en una cuerda floja en pleno vendaval.

—Longespée decidió que Luis estaba acercándose demasiado a Salisbury y que había llegado el momento de dar el paso y renunciar a su lealtad. Viajó a Winchester y trajo con él a Roger.

—Ha sido una suerte —dijo Mahelt, sus palabras punzantes como cuchillos—. De haber estado aún bajo custodia de De Melun o de Beleset no lo tendríamos de nuevo en casa, ¿verdad?

Hugh respiró hondo antes de responder, pero se lo impidió la acelerada llegada de Hugo, que entró gritando el nombre de su hermano y se abalanzó sobre él como un cachorrillo eufórico. La escena continuó con un rato de golpes y caídas, y Roger se transformó de un cortés caballero en un chiquillo excitado en un abrir y cerrar de ojos.

—Ve —dijo Hugh—. Vete a jugar con tu hermano mientras yo hablo con mamá.

Roger se moría de ganas de salir fuera y enseñarle a Hugo la nueva espada de juguete con su vaina en rojo y dorado. Los gritos desaparecieron por el umbral de la puerta y dejaron su rastro hasta esfumarse en el espléndido día. La habitación se quedó en silencio y Mahelt notó que el corazón empezaba a latirle con fuerza.

—Deberías haberme contado que le pediste a Ela que lo aceptara en su casa —le reprochó Hugh—. ¿Sabes la conmoción que sentí cuando vi a Roger aparecer en Winchester en compañía de Longespée? ¿Al enterarme de que habías actuado a mis espaldas?

Mahelt se enfrentó a su esposo con la barbilla muy alta.

—Tal vez me haya acostumbrado a utilizar mi propio ingenio y a defenderme por mí misma. Si dependes de otros, acaban decepcionándote, ¿no crees?

Hugh se ruborizó.

—¿Piensas apalearme con esa vara para siempre jamás? Sabías lo que Longespée me había hecho en el pasado, y lo que había hecho a mi familia, y con todo y con eso acudiste a él.

—¿Habrías preferido que siguiera bajo la tierna custodia de los mercenarios? —espetó ella—. ¿De hombres como Engelard de Cigogne y Gerard D'Athée? William Longespée es mil veces mejor que cualquiera de esas alternativas. Pregúntaselo a tu madre. Ella me dio su bendición.

—Me lo imagino. Cree que el sol nace justo en el trasero de Longespée... siempre lo ha creído.

—¡Oh, en el nombre de la Santísima Virgen! —Mahelt agitó la cabeza—. Longespée no es un santo, pero tampoco es un monstruo. Es un hombre, Hugh, y era mi mejor esperanza para Roger. Si tú no nos hubieras abandonado, no estaríamos en la situación en la que nos encontramos ahora. ¡Tuve que pensar, escarbar e hincar las uñas para protegerlo porque tú, su propio padre, no acababa de ver claro que ese era

su deber!

—Por Dios, mujer, yo no lo abandoné, ni os abandoné a ti, ni a Hugo e Isabelle. También podrías decir que tu padre abandonó a tu madre en Irlanda... aunque, naturalmente, no sería lo mismo, ¿verdad? ¡Los mortales normales y corrientes se rigen por determinadas reglas, y los Marshal por otras! —Su voz sonaba cruda y rota por el dolor—. Yo también soy un hombre e intento encontrar una forma de salir de esta ciénaga. Sí, cometo errores y voy dando tumbos por el lodazal, pero en nombre de Dios, Mahelt, ¿por qué pasas por alto los fallos de los demás y no muestras la misma compasión hacia mí? ¿O acaso es que soy yo quien debe cargar con las culpas de todos los que te han defraudado alguna vez en tu vida? ¿Soy tu chivo expiatorio? ¿Es esa la verdad que se esconde detrás de todo esto? —Sus ojos brillaban como lascas de zafiro—. ¡Si yo te abandoné, tú me traicionaste! ¿O vas a tener por fin la elegancia y la humildad de ver que quizá no se trata de ninguna de estas dos cosas?

Un bolo de tristeza y rabia obstruía dolorosamente la garganta de Mahelt. De tristeza y rabia hacia Hugh, hacia sí misma, hacia el mundo.

—¿Cómo te atreves? —dijo sin apenas levantar la voz.

Roger entró de nuevo en estampida en la habitación, jugando aún a peleas con Hugo. Se les habían sumado dos niños más, y la hija de uno de los caballeros.

Hugh soltó el aire y miró a Mahelt, que le devolvió su mirada de escrutinio con la sensación de ser como dos luchadores que se desenganchan para evaluar sus fuerzas, sangrando ambos sin parar, pero ambos también con las espadas en alto. La tensión llenaba el espacio entre ellos, a la espera del inicio de un nuevo asalto.

Los niños revolotearon por la estancia como una bandada de gorriones, se abalanzaron sobre los pastelitos de miel y marcharon corriendo, sus voces inundando el patio.

—Dios —dijo Hugh con la voz rota—. Soy tu esposo, no tu enemigo. Piénsalo bien. —Abandonó también la habitación, pero sin cerrar la puerta a sus espaldas. Mahelt se quedó viéndolo alejarse bajo un amplio rayo de luz que capturaba el oro de su cabello y extraía de su capa el matiz azul de la campanilla, y luego cerró los ojos.

Friday Street, Londres, septiembre de 1216

Hugh aspiró el aroma de la noche otoñal que inundaba el patio. Era aún demasiado temprano para que se produjera una helada, pero el aire llevaba consigo un aviso de frío y el olor a humo de hoguera y humedad dominaba el ambiente. Se alegró, por lo tanto, de haberse decantado por coger del perchero la capa más gruesa antes de salir.

De la casa emanaban distintas variedades de silencio: el de los durmientes perdidos en el limbo de sus sueños, el tenso silencio de la respiración contenida para no emitir sonido alguno que pudiera transmitir emociones y aquel en el que cada exhalación era una victoria. Londres permanecía callada bajo el toque de queda, pero Hugh percibía el respirar agitado de la ciudad detrás de los muros del patio, como si fuese un sigiloso gigante.

Estaba terminando los preparativos para partir de Londres y proteger Lincolnshire y el norte de la depredación del rey. Longespée y Ralph estaban con Luis en el asedio de Dover y su padre se quedaría en Londres con Ida, Mahelt y los niños.

Hugh tenía un sabor amargo en la boca. Juan había conseguido separar a la familia. Había ido horadando el mortero a punta de espada hasta lograr que todo se viniera abajo, y Hugh no sabía si algún día podría llegar a reconstruirlo, igual que en su día su padre reconstruyó Framlingham.

Hizo la ronda de los establos, verificó los caballos, consolándose con el sonido sordo de sus pasos, con las cálidas ráfagas de alientos perfumados de heno. Le ofreció a *Ébano* un currusco de pan que el semental comió de la palma de su mano. *Pastel* pateó en su compartimento y dio guerra como siempre hacía cuando sabía que había algún manjar por las proximidades. Sonriendo a regañadientes, Hugh se acercó a él con dos corazones de manzana que había guardado en el bolsillo. El poni los mascó con avaricia y buscó más. Hugh rememoró el día en que *Pastel* intentó

comerle la toca a Mahelt, recordó las risas que les partían el estómago, aquella chispa que existía entre ellos. Sonrió primero, pero después cerró los ojos con fuerza y maldijo para sus adentros. Mahelt había continuado manteniendo las distancias después de que Roger volviera a casa. Se mostraba educada, cortés, atenta, y no era Mahelt. Era como tener una excelente vela de cera que se negaba a dejarse encender por él, y le habría resultado insoportable de pensar muy a menudo en ello. Intentaba estar ocupado —había mucho qué hacer— y mantenía su vida emocional a un nivel meramente superficial. La solución le funcionaba casi siempre aunque había ocasiones, como la de aquella noche, en las que el dolor emergía desde las profundidades e intentaba engullirlo por completo.

Regresó a la casa y entró de puntillas en la alcoba protegida por cortinas adyacente al salón donde los niños dormían bajo un cobertor de claras y esponjosas pieles de oveja. Las contraventanas estaban abiertas y pudo contemplar a sus hijos bañados por la luz de la luna y acurrucados como cachorrillos. Su hermanita dormía en la cuna, cerca del camastro de la niñera. Hugh experimentó una punzada abrasadora de amor y un aumento del peso de la carga que llevaba sobre sus hombros. ¿Cómo podía serlo todo para tanta gente?

Arrastrando los pies, se acercó a la cama, aunque antes se había planteado incluso dormir aquella noche en el salón con los demás hombres. Sería más fácil, pero sería también admitir la derrota y, teniendo en cuenta cómo estaba el país, cabía la posibilidad de que no volviera a ver a Mahelt nunca más. Desconsolado y medroso, hizo su entrada en la alcoba con la intención de acostarse a su lado y ver si ella se volvía hacia él o lo ignoraba. Pero la cama estaba vacía y no había indicios de la presencia de su esposa. Con una fuerte presión en el pecho, se preguntó si habría huido, si habría lanzado una escalera de cuerda por el muro y se habría marchado como ya hiciera en una ocasión. Pero negó con la cabeza pensando que era un estúpido. Tal vez a él sí acabara abandonándolo, pero jamás dejaría atrás a sus hijos.

Vio que en la cámara de su madre aún ardía una luz y encontró a Mahelt allí, sentada velando a su madre. Llevaba una capa sobre la camisa y su larga trenza oscura colgaba sobre su hombro, pero se había cubierto la cabeza con un pañuelo en señal de respeto. El padre Michael ocupaba el otro lado de la cama, sus manos unidas en silenciosa oración.

Mahelt levantó la vista hacia el umbral de la puerta.

—No durará mucho —dijo sin levantar la voz—. Los que tengan que despedirse de ella mejor que lo hagan pronto.



La luz de la mañana se filtraba a través de las contraventanas, otorgando un tono dorado a la alfombrilla de lana que cubría el suelo y destacando el rojo del cobertor de seda. Los niños jugaban en el huerto, sus risas llenas de vida y felicidad.

Ida abrió los ojos. Sus labios secos esbozaron una descolorida sonrisa.

—Me alegro de oír jugar a mis nietos —susurró—. Es un bálsamo para el dolor.

—Intentad descansar —pidió Mahelt. Su suegra había sobrevivido a la noche y se había reanimado con el amanecer, pero estaba muy débil.

—Ya habrá tiempo de sobra para eso —repuso Ida—. Mucho, mucho tiempo. —Pero cerró los ojos y se adormiló un instante. Los gritos de los niños subían de volumen cuando pasaban por debajo de la ventana, para apaciguarse a continuación.

Excepto por el sacerdote, Mahelt estaba sola en su vigilia. Hugh había salido un momento para dar órdenes a los hombres y continuar con la preparación del viaje hacia el norte, y el conde seguía sin hacer acto de presencia. Habían enviado un mensaje a Longespée y a Ralph, pero estaban a cuatro días de camino y, aun disponiendo de caballos veloces, Mahelt sabía que no llegarían a tiempo.

Ida abrió de nuevo los ojos y dijo débilmente, pero con voz clara:

—Hija, debes perdonar a Hugh y dejar atrás toda esta culpabilidad. No es bueno para nadie, y mucho menos para ti y para los niños.

Mahelt no dijo nada y se enderezó, dando con el gesto la impresión de que iba a marcharse.

—Lo pido como una bendición para una moribunda —insistió Ida con voz ronca—. Quiero que mi hijo y tú viváis en armonía, no como enemigos. No debéis permitir que el rey separe a esta familia, porque eso significaría que ha vencido. —Tragó en seco y Mahelt le ayudó a beber un sorbo de vino aguado—. Eres más fuerte que todo eso. —Ida descansó la cabeza en los almohadones, el vino brillando en sus labios, sin apenas engullirlo—. Más fuerte de lo que yo fui... mucho más fuerte. —Su voz se apagó. Mahelt la miró, de pronto atemorizada, pero Ida estaba simplemente cobrando fuerzas—. Prométemelo. —Le apretó la mano a Mahelt.

Mahelt sentía una resistencia en su estómago. Lo que Ida le pedía era imposible; ¿pero, cómo negarse a ello?

—Os lo prometo —respondió, y fue ella quien le apretó entonces la mano a su suegra.

—Bien —dijo Ida con un gesto de asentimiento—. Ahora, tráeme a Hugh.

Mahelt salió a buscarlo, pero se tropezó primero con el conde, que estaba sentado en el otro extremo del salón dictando mensajes a un escriba. Mahelt sintió náuseas. Era el hombre a quien tenía que llamar padre. Un hombre que se dedicaba a redactar cartas mientras su esposa agonizaba en la cama. El hombre que era el último responsable de lo sucedido en Framlingham. ¿Querría a alguien aquel hombre?

Roger y Hugo estaban sentados a su lado. El conde los vigilaba después de haberles dado permiso para hundir el sello en la cera caliente de color verde para enseñarles a poner el lacre. La voz y los modales del anciano tenían un ronco tono de

ternura y los niños estaban conmovedoramente serios.

—Señor —dijo Mahelt haciendo una rígida reverencia.

—Hija —replicó el conde sin mirarla.

—La condesa... —Levantó la barbilla—. ¿Iréis a verla?

Continuó él con sus cosas.

—Ya sabe que tengo mucho que hacer. Se ha hecho por ella todo lo que se ha podido. No le falta de nada.

—Salvo vuestra presencia, señor.

La mandíbula del conde se agitó en un movimiento de masticación. Despidió al escriba y se puso en pie.

—Sigues sin saber cuándo debes morderte la lengua.

Mahelt lo miró fijamente, pensando que era un hombre indiferente y malvado. Y entonces, como antes, vio el destello del miedo en sus ojos y se dio cuenta de que no solo estaban húmedos por las legañas, sino que las lágrimas los hacían brillar, y que su barbilla, cubierta con el rastrojo plateado de un anciano, estaba temblando.

—Sé hacerlo, señor —replicó—. La condesa considera que carece de importancia para vos, pero yo diría que os importa mucho, y si esto es no saber cuándo debo morderme la lengua, no pienso pedir disculpas.

El conde le dijo a Hugo que devolviera el sello a su caja y, sin decir palabra, abandonó la estancia.

—¿Por qué se ha enfadado el abuelo? —preguntó Roger.

—Porque le he recordado un deber que preferiría evitar —respondió Mahelt, posando las manos en los hombros de su hijo—. Pero no está enfadado con vosotros.

—He estado ayudándole a poner su sello en muchas cosas —explicó Roger dándose importancia—. También a una carta para un convento. Ha dicho que era por el alma de la abuela.

—¿Ah, sí?

Las cartas estaban muy bien, pensó, pero ni hacer pactos con Dios, ni procurar médicos, ni pagar por el rezo de oraciones eran lo mismo que estar allí. Aquello era una huida. De haber sido la situación al contrario, sabía que Ida no se habría alejado ni un instante de la cabecera de la cama del conde. Mandó a Roger y a Hugo con su niñera y continuó buscando a Hugh. Y cuando dobló la esquina de los establos se detuvo en seco, pues su suegro estaba apoyado contra la pared del edificio, llorando de forma desgarradora, derramando lágrimas de sangre de su corazón. Mahelt retrocedió apresuradamente, consciente de que su presencia sería recibida con un gruñido y que jamás le perdonaría haberlo visto en aquel estado. Dio media vuelta y decidió seguir el camino más largo que conducía al jardín y fingir que iba a coger unas rosas tardías y algo de verdor para adornar la habitación de Ida. Pero se paró, puesto que Hugh abandonaba en aquel momento el pequeño jardín enclaustrado con un ramo de flores en la mano.

Parados ambos, se miraron con incomodidad.

—Es para mi madre —dijo él—. He pensado que le gustaría.

—Iba a hacer justo lo mismo. —Decidió no comentarle lo de su padre.

—Entonces podemos llevarle el ramo entre los dos. —No se movió, pero se cuadró de hombros, como si estuviera preparándose para la batalla—. He estado reflexionando mucho.

Mahelt enarcó las cejas.

—¿Sobre qué?

Hugh exhaló un prolongado suspiro.

—He hecho todo lo que he podido para solucionar las cosas entre nosotros. Tal vez algunas de ellas no hayan sido las más adecuadas, pero no dispongo de más remedios y estoy perdiendo la voluntad necesaria para seguir intentándolo. Quizá me he vuelto incapaz de soportar vivir en un jardín que en su día estaba florido y hoy está ahogado por las zarzas, sabiendo que no he sido un jardinero diligente y que la persona para quien lo creé ya no pasea por él.

Mahelt notó un fuerte escozor en los ojos y su garganta estaba tan tirante que le dolía incluso.

Bajó él la voz.

—Si no me quieres... si quieres vivir en otra casa... puedo gestionarlo.

La enormidad de aquella sugerencia se asentó entre los dos como un nubarrón oscuro y cargado y Mahelt sintió su cuerpo tensándose para protegerse contra el inminente diluvio.

—Soy una esposa Bigod —dijo con rigidez—. Mis responsabilidades están aquí, con esta casa y con esta gente. ¿Qué mensaje enviaríamos al mundo si hiciese una cosa así? ¿A nuestros hijos? ¿Qué me has echado? ¿Que no me valoras en absoluto?

Hugh se quedó horrorizado.

—¡Por Dios bendito, no! ¿Por qué tienes que enredarlo todo?

—No. El primero que empezó a enredarlo fuiste tú.

—Entonces deja que se desenrede... te lo ruego.

—¿Es eso lo que quieres? ¿Separarte?

Hugh negó con la cabeza.

—¡Nunca! Creía que eso era lo que tú deseabas y quería darte el honor de poder tomar la decisión. Nada te degradaría.

—¿Esperas que te dé las gracias o que te tenga en buen concepto por esto?

Hugh la miró desolado.

—No —respondió—. No espero nada de eso, pero tengo esperanzas, tal vez en vano. Reflexiónalo. Volveré a preguntártelo cuando regresemos del norte. —Dio media vuelta y Mahelt siguió sus pasos en completo silencio. Su vida era un enredo, era evidente, pero en lugar de desenredarse, estaba enmarañándose cada vez más.



La respiración de Ida apenas movía los cobertores y sus manos eran tan frágiles y frías como las garras de un gorrión en invierno. Hugh las cogió entre las suyas, recordando su destreza con la aguja. Recordó todos sus abrazos, todas las veces que lo había estrechado con fuerza o que le había apoyado con un amor potente e incondicional, algo que ya nunca volvería a tener. Al otro lado de la ventana abierta, el día de otoño brillaba como una luminaria. Las flores del jardín decoraban el alféizar en el interior de un jarrón y una fresca brisa transportaba aire desde el exterior y sofocaba el olor a incienso y enfermedad.

El padre Michael se arrodilló junto a la cama, las cuentas de su rosario entrelazadas en sus dedos, su sonora voz potente pero contenida dirigiendo las oraciones para la moribunda. Los otros hermanos de Hugh acababan de entrar en la habitación sin hacer ruido, pero su padre seguía sin dar muestras de su presencia. Orlotia hizo entrar a Roger y Hugo en la cámara y se situaron junto a sus padres, sus ojos solemnes abiertos de par en par. Hugo empezó a elaborar una pregunta, pero entonces recordó la circunstancia y se acalló llevándose él mismo un dedo a los labios. Ida movió la cabeza entre las almohadas, dando a entender que seguía consciente pero demasiado cansada y apagada como para musitar ni una palabra.

—Quiere al abuelo —dijo Hugo en voz alta.

Mahelt estaba sentada al lado de Hugh, rezando y murmurando de vez en cuando palabras de consuelo. Se levantó y salió de la estancia.

Su suegro estaba en su cámara, sentado en su silla, en sus manos el último bordado que Ida había realizado antes de que la enfermedad le imposibilitara continuar con sus labores. Era una banda para un sombrero con un diseño de verde follaje. Un conejito asomaba curioso la cabeza por detrás de una de las hojas.

—Señor —dijo Mahelt—. Tenéis que venir ahora mismo. —Viendo que no respondía, añadió—: Es vuestro deber. A menudo me habéis insistido en cuál era el mío. Ahora soy yo quien os recuerda el vuestro.

Observó que tensaba la mandíbula.

—No puedo —repuso el conde.

—Pregunta por vos. ¿Pensáis defraudarla?

Pensó por un instante que iba a responderle con un nuevo gruñido, pero el conde se levantó y respiró hondo.

—Tienes razón, hija. Le adeudo este deber. Tal vez no te ame precisamente por esto, pero tienes razón en insistir en recordármelo. —Arrastrando unos tambaleantes pies, abandonó su santuario y se dirigió a la cámara de su esposa. Mahelt caminó a su

lado a modo de escolta y apoyo, y durante aquel breve recorrido, tuvo la sensación de haber crecido mientras su acompañante se encogía.

Cuando el conde entró en la habitación, Hugh dejó de inmediato su lugar junto a la cabecera de la cama y le indicó a su padre que ocupara su lugar. El conde tropezó al sentarse sobre el taburete plegable, pero no llegó a caer. Muy despacio, levantó las manos y se quitó el sombrero, descubriendo su escaso pelo plateado. Inclinandose hacia delante, cogió una mano de Ida entre las suyas.

—Esposa —dijo—. ¿Me abandonarás sin terminar tu costura? —Colocó la banda bordada bajo la otra mano de Ida.

Ida emitió un leve sonido y volvió la cabeza hacia él. Presionó la banda de tela.

—No quiero irme —susurró—, pero cuando se corta el hilo, las cosas se acaban, estén terminadas o no. Deberías saberlo. Siento no haber cumplido con mi deber...

—Ida, siempre lo has hecho, y más.

Esbozó ella una débil y triste sonrisa.

—Te he amado desde el primer momento en que te vi. —Después de pronunciar aquellas palabras, ya no volvió a hablar.



El silencio se impuso en el momento que siguió a la muerte de Ida, en el espacio infinitesimal entre la toma de conciencia y la emanación del dolor. Mahelt controló su angustia, sabiendo que acababa de convertirse en la señora de la casa y que su funcionamiento y su estabilidad dependían de ella y de su gestión. Habría que lavar a Ida y prepararla; amortajarla, conducirla a la iglesia y montar el velatorio.

Su suegro continuaba sentado junto a la cabecera de la cama, sujetando la mano de su esposa, observando su rostro inmóvil con una desolada cara de desesperación, como si esperara que de un momento a otro fuera a despertarse. Mahelt se acercó a él y le puso un brazo alrededor de los hombros en un gesto de consuelo. Él pasó apuros para contener las lágrimas que anegaban sus ojos, la banda bordada entrelazada aún en sus dedos.

—La amaba —dijo con la voz tomada.

Mahelt se preguntó hasta qué lugar remoto en el pasado se remontaría aquella afirmación. Era demasiado tarde para arrepentirse de ello. Siempre había cosas que se interponían en el camino del amor, como ella muy bien sabía, siendo además aquel hombre parte importante de aquel impedimento. Pero lo único que sentía ahora por él era pena y lástima. Por mucho que se pavoneara en el interior de sus ropajes, por mucha grandeza que cupiera en sus manos, estaba en aquel momento indefenso y

desnudo, y la que tenía la fuerza era ella.

—Venid —pidió—. Dejad que las mujeres nos ocupemos de ella. La lavaremos y la prepararemos adecuadamente y podréis volver a visitarla enseguida.

Se levantó el conde como un sonámbulo y Mahelt lo entregó al cuidado de Hugh. El rostro de Hugh era también la pura imagen del dolor, pero, al igual que ella, su esposo estaba sereno y con pleno dominio de sus facultades. Sus ojos se encontraron en un instante de cooperación y entendimiento y, aunque fuera solo por cuestiones prácticas, era un primer paso.



Los preparativos para trasladar el cuerpo de Ida a Thetford se iniciaron enseguida. Aquella primera noche la velaron en la iglesia de Santa Margarita, cerca de la casa. El conde insistió en envolver su féretro con el paño de seda más rico que pudieron encontrar y con sus propias manos depositó los estandartes de los Tosney y los Bigod y la banda de sombrero a medio bordar, con la aguja clavada aún en la parte posterior de la labor, como si su propietaria acabara de dejarla para salir de la habitación un momento.

Al amanecer, legañosos todos, desayunaron después de acudir a misa y los hombres se vistieron con su armadura. Un grupo apagado partió de Londres para escoltar el féretro de Ida durante el recorrido de ochenta millas que los separaba de Thetford. Empezaba a chispear y el cielo encapotado amenazaba con más lluvia. Habían protegido las sedas que envolvían el féretro con un paño de lana gris y, por encima de este, con lona encerada de la que se utilizaba para las tiendas. Antes de subir a su yegua, Mahelt se despidió de sus hijos y de la pequeña Isabelle con un beso. Los niños se quedarían en Londres con las niñeras y los criados. El conde se había recluido en un abstraído y acongojado silencio y sus acompañantes se veían obligados a guiar todos sus movimientos. Mahelt se había preguntado si Hugh o su padre intentarían dejarla en Londres, pero nadie había hecho mención de ello y les habría llevado la contraria en caso de que se hubieran atrevido a insinuarle algo... segura de que en aquella ocasión saldría vencedora.

Thetford, octubre de 1216

Ida fue enterrada en el coro del priorato de Thetford con el debido ceremonial, aunque no con la pompa normalmente asociada con el eterno descanso de una condesa. En cierto modo, la ceremonia fue un reflejo de su vida, pensó Mahelt. Ida nunca había ejercido su poder más allá del círculo doméstico, ni había mostrado tampoco ningún interés por hacerlo. Enterrarla allí era lo más adecuado, y en un futuro se le sumaría su esposo, que descansaría a su lado para toda la eternidad. El fallecimiento había sumido al conde en un universo personal vago y distante, como si estuviera recorriendo su propio crepúsculo entre la vida y la muerte. Por el momento, no parecía tener la cabeza sobre los hombros. Hugh había asumido el mando, tomado la decisión de dónde detenerse para pasar la noche y se había ocupado de todo lo concerniente a la seguridad del séquito.

Se habían alojado en la hospedería del priorato, donde el padre Vincent les había ofrecido cautelosa hospitalidad. Hasta el momento, Thetford había escapado del vapuleo de los diversos ejércitos que habían cruzado de punta a punta la región y no tenía el más mínimo deseo de que Saint Mary atrajera la atención de cualquiera de los bandos. Recibió con cariño a sus patrones, pero no por ello dejó de preguntar educadamente cuándo tenían intención de partir.

—Por la mañana —dijo Hugh, tranquilizándolo—. Con la primera luz del día.

El prior se relajó al oír aquello y tomó entonces su turno para garantizar que la condesa descansaría allí a salvo y se celebrarían misas diarias por su alma.

—Es terrible ver que el país vuelve a desmembrarse —dijo el prior Vincent—. Mi abuelo me contó terribles historias de la guerra entre la emperatriz Matilde y su primo Esteban por el derecho a gobernar Inglaterra. Dicen que Jesucristo y sus santos permanecieron dormidos. Y ahora ha vuelto a empezar otra vez. Los campos arden y

los hombres se matan entre ellos por hacerse con el poder. Rezo a diario por la paz.

—Lo hacemos todos —aseguró Hugh—. Pero la paz no llegará si no es con la justicia.

—Rezaré entonces también por ella.

—Amén.

—Y gracias.

Hugh asintió dándole con ello su consenso, algo que últimamente brillaba por su ausencia, aunque en algún rincón de su cabeza seguía creyendo que Dios era misericordioso. Toda aquella crueldad tan despiadada era obra exclusiva del hombre.

Pasó otra noche de velatorio junto a la tumba de su madre, apoyando a su padre, que era una sombra de su antigua persona, como si Ida fuera la parte que alimentaba su alma. El conde se negó a despojarse de su armadura e insistió en montar guardia con su cota de malla, su casquete y sus grebas.

—Siempre estaba abandonándola —dijo, su cuerpo aplastado por el peso de la malla—. Durante toda mi vida siempre tuve que ausentarme y ella lo odiaba. Supongo que recuerdas esos momentos... los dolores de cabeza y las lágrimas. Era inevitable; tenía que cumplir con mi deber, pero ella nunca lo comprendió. Y ahora... —Cerró los ojos—. Que Dios me ayude, ahora es ella la que me abandona, y no sé cómo podré soportarlo... pero debo hacerlo, porque igual que le sucedía a ella, no tengo otro remedio. —E inclinó la cabeza para llorar.



Por la mañana, Mahelt fue a despedirse por última vez de su suegra mientras el grupo estaba ocupado con los preparativos para regresar a Londres.

—Descansad en paz —dijo, y depositó sobre la tumba una guirnalda de hojas verdes—. Volveré... a menudo. No caeréis en el olvido, eso os lo juro.

Su única respuesta fue el suave repiqueteo de la lluvia sobre las tablillas del tejado, el sonido arrastrado de las suelas de un monje sobre el suelo enlosado y una profunda sensación de melancolía.



Cuando llevaban recorridas unas cinco millas del camino de vuelta a casa, empezaron a percibir un olor de humo en el ambiente, y después a ver oscuras columnas de humo levantándose en la dirección de una granja cercana. Hugh ordenó cerrar la formación y pidió a algunos hombres que fueran a investigar.

—Esto no viene de una carbonera ni es un fuego normal —declaró con cara de preocupación. Posó la mano sobre la empuñadura de la espada.

La yegua de Mahelt sacudió la cabeza y avanzó con sigilo, inquieta por el olor.

—No puede tratarse del rey, seguro —dijo Mahelt.

—Podría ser un grupo en busca de comida.

Regresó al galope uno de los hombres de la avanzadilla.

—Una granja incendiada, milord —anunció Gervase de Bradefield—. Animales sacrificados y un par de cadáveres. Calculo que todos los demás consiguieron huir. Los excrementos de caballo son frescos. Diría que habrán llegado justo después del amanecer. Una treintena, diría por las huellas, aunque el terreno está muy revuelto.

Que era aproximadamente la cifra de su propio grupo, excluyendo al conde y a Mahelt. Una tropa tan numerosa sugería una partida que había salido en busca de comida para un ejército de mayor tamaño situado a más distancia, pero Hugh no tenía ni idea de dónde podía estar dicho ejército. De camino a Cambridge, quizá, o rumbo a Peterborough, pero era imposible tener certeza de ello. Confiaba en que no se dirigiera a Thetford, porque estaba sembrando destrucción a su paso.

Justo cuando emprendieron de nuevo camino, la campana de la iglesia de un pueblo lejano empezó a tañer un toque de alarma. Mahelt se estremeció y se alegró de haber decidido montar a horcajadas y poder seguir gracias a ello el ritmo acelerado del grupo. Se alegró también de que sus hijos se hubieran quedado seguros en Londres. Empezó a llover con más fuerza. Hugh cabalgaba a su lado, verificando constantemente el entorno con la mirada, su mano cerca en todo momento de la empuñadura de la espada. Hablaron poco, concentrados en mantener el ritmo en un veloz trote.

De pronto surgió entre la lluvia una banda de hombres a caballo, armados hasta los dientes, que les cerró el paso. Mahelt cogió el cuchillo que llevaba al cinto. Los caballeros y sargentos de los Bigod prepararon sus armas.

—Quietos —les advirtió Hugh, levantando la mano derecha—. Son aliados. Mirad sus escudos. Llevan el distintivo de Perche. Están al servicio de Luis... ¿y no es además pariente tuyo el conde de Perche?

—Primo lejano de mi padre —respondió Mahelt, intentando no revelar su ansiedad.

Hugh empujó suavemente a *Ébano* y saludó al líder del grupo, un hombre de dura mirada y nariz partida al que le faltaba un diente.

—No queremos pelea con vosotros —dijo Hugh—, a menos que la provoquéis.

—Ni nosotros con vos, milord Bigod —replicó el hombre, exhibiendo con su respuesta sus conocimientos de blasones heráldicos. Su mirada recayó en Mahelt con

vivaz impertinencia—. Ni con los parientes de mi señor. Permittednos seguir adelante con nuestros asuntos y nosotros os permitiremos seguir con los vuestros.

—¿Y cuáles son vuestros asuntos? —preguntó Hugh.

—El antiguo rey de Inglaterra. Dicen nuestros exploradores que se encuentra en Cambridge, milord. Vamos a por él.

—Necesitaréis más hombres que estos.

—Hay más —dijo el soldado—. Somos una avanzadilla. Nos siguen muchos más.

—Entonces id con cuidado. A unas tres millas al este acaban de saquear una granja; podríais tropezaros con una batida del rey.

—Gracias por la advertencia, señor; estaremos en guardia.

Los soldados se hicieron a un lado para dejarlos pasar. Hugh se fijó en que sus animales de carga iban llenos hasta los topes de pucheros, ristras de ajos, tarros de miel y varias gallinas descabezadas, una de ellas rezumando oscuras gotas de sangre por el pico. Su sensación de inquietud se incrementó. Cuando miró por encima del hombro, fue para toparse con la dura y especuladora mirada del caballero.

La siguiente casa que se cruzó en su camino también había sido saqueada. Encontraron a una anciana sentada sobre un tocón en su jardín, lamentándose y maldiciendo, mientras a sus espaldas las llamas devoraban su casita y su corral. En el patio, un perro guardián muerto, sus tripas derramándose a través de la profunda cuchillada que había sufrido en un costado. Al ver más hombres armados, la mujer intentó huir, pero tropezó y cayó cuan larga era en el suelo. Hugh hizo el ademán de desmontar, pero su padre, deshaciéndose de repente de su humor sombrío, fue más rápido y corrió hacia la mujer para impedir que escapara.

—¡Bastardos, bastardos! —gritó en inglés, sacudiendo sus nudosos puños cerrados—. ¡Franceses hijos de furcia!

—Señora, no somos franceses, nosotros somos ingleses —le dijo el conde, dirigiéndose a ella en su idioma, que hablaba con suficiente decencia.

—Ingleses, franceses, sois todos iguales —espetó la anciana—. No os importa nada... ¡nada de lo que es nuestro! Mi casa ha desaparecido, mis gallinas descabezadas, mis almacenes saqueados... Matadme ahora, pues no sobreviviré al invierno. ¡Más me valdría estar muerta!

El relato emergió en arranques incoherentes. El día anterior se habían presentado los soldados, exigiéndole comida y provisiones. Se habían llevado sus cabras y el cerdo que llevaba tiempo engordando para la matanza, los sacos de harina e incluso las setas que había recogido aquella misma mañana. Las gallinas estaban comiendo por el campo y no se habían tomado la molestia de cogerlas, pero había perdido su ganso y su oca. Aquella misma mañana había aparecido otra banda y se había llevado lo que habían dejado los otros: sus pucheros, las gallinas, la miel. Le habían pedido dinero y cuando ella les dijo que no tenía nada, habían prendido fuego a su casa a modo de «regalo» de despedida.

Era un relato ordinario de *chevauchée*. Pasaban los soldados. Saqueaban,

incendiaban, destruían para que sus enemigos no pudieran quedarse con el botín o sacar provecho de la tierra.

Hugh se ofreció a acompañarla hasta la población más próxima, pero ella se negó con malas maneras. Pero sí aceptó el puñado de peniques de plata que le entregó y las mantas y el pan que Mahelt retiró de su equipaje.

—Deberías mantenerte alejada del camino y acudir al priorato de Thetford —le dijo Hugh a la anciana—. Diles que te envía el conde de Norfolk y que tienen que darte limosna en nombre de la condesa Ida.

La mujer lo miró con desdén.

—¿Y en nombre de quién he recibido esto? —preguntó, señalando los restos de su casa.



Hugh tomó la decisión de retirar la tropa del camino y seguir también rutas secundarias, ya que a pesar de que aumentaba el tiempo de viaje, hacía menos probable tropezarse con los grupos que merodeaban por aquellas tierras, fueran de la facción que fuesen. De todas maneras, el hedor a humo seguía pesando en el ambiente y se cruzaron con gente que escondía sus bienes y sus animales en bosquecillos y agujeros. A veces vieron cadáveres: hombres balanceándose de ramas de árboles con la garganta hinchada y el cuello partido. Vieron al borde de los caminos cuerpos de ancianos y enfermos, caídos durante la huida. Se tropezaron también con la descorazonadora imagen de una anciana abrazada a un bebé, que a buen seguro era su nieto. Mahelt se obligó a mirar porque sabía que tenía que ser testigo de aquello y que volver la cabeza era de cobardes. Hugh contempló asimismo la escena, su boca tensa por la repugnancia silenciada. Por todos lados se oía la misma historia: los hombres del rey Juan habían pasado por allí saqueando y quemándolo todo y los franceses les pisaban los talones haciendo exactamente lo mismo. Tal y como les había contado la anciana, nada los diferenciaba. El mundo ardía en llamas.

El grupo se detuvo al anochecer para abreviar las monturas y pasar la noche en Bishop's Stortford, un lugar que Hugh consideraba razonablemente seguro ya que estaba a una jornada a caballo de Londres. No había hombres del rey y los franceses que iban hacia el norte arrasándolo todo ya habían pasado por allí.

Pidieron hospitalidad en la casa solariega y el mayordomo del obispo de Londres se la ofreció en forma de establos para los animales y espacio para dormir en el salón. La comida escaseaba y tuvieron que conformarse con sus propias provisiones,

complementadas con una cerveza de elaboración local que tenía un sabor débil y amargo. Los criados los observaron con los ojos abiertos de par en par.

El padre de Hugh se acurrucó entre sus pieles y reflexionó con la mirada fija en su copa.

—Esa anciana —recordó—, ¿es eso justicia? Todas esas granjas pasadas por la antorcha. Todos esos campos en llamas, la gente y los animales muertos. Administramos y criamos, y luego nos lo destruyen, o nos armamos con antorchas y lo destruimos nosotros mismos. Tuve una esposa encantadora y para nosotros reconstruí desde las cenizas el castillo que el rey había incendiado. Ahora no tengo ni esposa ni castillo y hoy no he visto más que hogares calcinados, cortesía de más reyes. Ya he vivido demasiado.

—Estás agotado, cansado por el viaje y de luto. —Oír a su padre dándose por vencido sorprendió por completo a Hugh. Él siempre había estado allí, afrontando cualquier reto con una calma firme y estoica—. Cuando lleguemos a Londres lo verás todo de otra manera.

Su padre lo miró con ojos enrojecidos y exhaustos.

—No te atrevas a decirme lo que debo sentir. —Buscó el jergón de paja que su escudero le había preparado y, sin mediar más palabra, se envolvió en su capa y les dio la espalda.

Hugh se sentó en el banco de la chimenea y se envolvió con su capa. Mahelt se sentó a su lado y él le pasó su copa. Dio ella un trago y observó él la ondulación de su garganta. Mahelt apenas había hablado durante el viaje y se había ido encerrando cada vez más en sí misma a cada nueva rapiña y atrocidad que veían, ante tantas granjas en llamas, destrucción y desperdicio de vida.

—Tu padre tiene razón —dijo sin vivacidad—. Todos son iguales. Juan y Luis. No los diferencia ni un penique, ¿no crees?

—En tiempos de paz existe una enorme diferencia entre ellos —aseguró Hugh—, pero en tiempos de guerra... no. Al menos no para la gente de a pie. —Le cogió la copa, bebió y volvió a llenarla, porque a pesar de que aquella cerveza estaba asquerosa, era al menos algo que podían compartir. Miró la forma acurrucada de su padre bajo la manta sin poder creer que se hubiera vuelto de cara a la pared.

—Debes coger las riendas —dijo Mahelt—. Aun en el caso de que tu padre se recuperara, ya no es capaz de tomar decisiones.

Hugh rio sin ganas.

—¿Y me consideras a mí capaz?

Mahelt se quedó un instante en silencio y luego dijo en voz baja:

—Sí.

Hugh soltó el aire. Mahelt era valiente, sincera y fuerte, pero nunca reconocía sus errores. Incluso comprometerse era un verdadero esfuerzo para ella. Tuvo de repente la sensación de que la puerta que le había cerrado en las narices se abría levemente para dejar pasar un débil rayo de luz.

—¿Y de tomar las decisiones correctas?

—¿Crees que alguien lo es? —La barbilla empezó a temblarle—. Sé por qué querías que los niños y yo nos quedásemos en Framlingham. No eres más que un hombre, como bien dijiste. Y yo no soy solo la hija del mariscal, sino también una esposa Bigod, y tengo que seguir adelante o de lo contrario me quedaré para siempre atrapada en este lugar tan solitario y horrible.

A Hugh le dolía el pecho por culpa de todas las emociones que empezaban a inflarse en su interior, por todas las esperanzas que no se atrevía a mostrar. La atrajo hacia él y la besó con indecisión. Ella le respondió de la misma manera, su abrazo una pregunta mutuamente formulada y, con todo y con eso, sin respuesta segura. Se retiraron a los jergones de paja que los escuderos habían preparado y durmieron el uno en brazos del otro, más cerca de lo que habían estado en muchísimo tiempo, la mano de Hugh reclamando la larga trenza oscura de Mahelt y la de ella posada sobre el pecho de él, sobre el sólido ritmo de su corazón.

Y el conde durmió solo, como llevaba tanto tiempo haciendo, las lágrimas veteando las arrugas que los años habían trazado en las comisuras de sus ojos.

Londres, octubre de 1216

Mahelt estaba ocupada con la supervisión de la instalación de un nuevo conjunto de cortinajes para la cama grande de la casa de Friday Street. Eran de color rojo intenso, confeccionadas con tela tupida y de buena calidad hilada en Flandes, estupendas para el invierno, pero su colocación estaba abrasando los brazos de todo el mundo. Cuando terminaron, retrocedió ella unos pasos, estudió la caída, verificó el largo y, con un gesto afirmativo, indicó a las mujeres que separaran las cortinas hasta que llegara la hora de correrlas de nuevo para ir a dormir.

Habían transcurrido ya diez días desde que regresaran a Londres y poco a poco iba entrando en la rutina. Lo primero que había hecho al llegar había sido abrazar a sus hijos y no perderlos de vista durante un buen rato.

Hugh había tenido que marchar casi de inmediato para ocuparse de asuntos del condado, lo que conllevaba un viaje a la abadía de Colne para recoger fondos del tesoro que habían depositado allí. La sola mención del lugar, saber que iba a desplazarse a la abadía, había renovado las fricciones entre ellos, pero Mahelt había procurado no abrir de nuevo heridas que justo empezaban a cicatrizar. Tenían que recuperar fondos y vivir de sus excedentes, puesto que apenas tenían acceso a los ingresos que pudieran reportarles las fincas de sus dominios.

Desde su regreso a Londres, su suegro había pasado casi todo su tiempo sentado junto a la chimenea, al principio contemplando simplemente el fuego, conjurando imágenes del pasado y entrelazando los dedos con la banda bordada en la que Ida había estado trabajando. Pero en el transcurso de los últimos días había empezado a emerger de su aturdimiento y se había puesto a trabajar en documentos y estatutos relacionados con los aspectos legales del gobierno de Luis. El estudio, el uso de palabras calculadas y las cuestiones cerebrales que no exigían un despliegue de

emociones parecían proporcionarle consuelo. También había buscado solaz en sus nietos, y mientras que Roger poseía tanta energía que le costaba permanecer quieto mucho rato, Hugo disfrutaba sentado junto a su abuelo y viéndolo escribir. Los niños estaban fascinados con el rociador de arena, el proceso de derretir la cera y la presión del sello sobre tan maleable sustancia. Mahelt recordaba haber hecho lo mismo cuando su padre sellaba los documentos que le entregaba el escriba, y lo importante que se sentía. Experimentó una punzada de tristeza. Apenas había visto a su padre desde que este regresara a Inglaterra. Las hostilidades actuales le impedían visitar a su familia porque no era seguro. Mientras el padre de Hugh pasaba el día sentado junto a la chimenea y analizando minuciosamente documentos legales, el suyo cabalgaba de acá para allá al servicio de Juan, todavía activo y rebosante de energía, todavía en su silla, aunque con setenta años, debería estar ya en su casa y con sus nietos correteando a sus pies.

—Señora, está aquí vuestro hermano —anunció Orlotia desde el umbral de la puerta.

—¿Mi hermano? —Mahelt se volvió hacia ella.

—Lord William.

Se le hizo un nudo en el estómago. La última vez que su hermano se había presentado sin previo aviso había traído con él noticias catastróficas.

—Dile que suba —dijo, sin alterar su tono de voz—. Y tráenos vino y pan de miel.

Orlotia se fue. Instantes después, Will hizo su entrada en la habitación. Mahelt corrió a abrazarlo con un alegre grito de bienvenida, aunque le sorprendió lo demacrado de su aspecto.

—¡Cuánto me alegro de verte! —exclamó—. ¿Qué tal vas?

Respondió él con un breve gesto con las manos abiertas.

—No voy mal, hermana —dijo, más por cortesía que con sinceridad—. ¿Y tú?

Mahelt hizo una mueca.

—Tampoco voy mal. Estaba preparando esta habitación para el invierno porque creo que acabaremos pasándolo en Londres.

Orlotia regresó con el vino; Mahelt le ordenó que se retirara y sirvió ella a Will.

—Hemos oído decir que Lincolnshire entero ha ardidido por orden de Juan y que incluso él prendió algunos fuegos. —Se estremeció, recordando su penosa experiencia—. Dicen los informes que cuando De Melun aceptó un soborno de los monjes de la abadía de Crowland para que dejase en paz sus tierras, Juan le quitó la plata y cometió personalmente el terrible acto. Dicen que prendió fuego a almiarés y edificios y que corría arriba y abajo riendo a carcajadas como un loco.

Will asintió.

—Me temo que todo eso es cierto. Considero que el rey que tenemos es muy capaz de eso y de más. —Hizo una mueca—. En estos momentos se encuentra en Lynn, solicitando el apoyo de los mercaderes, pero hay noticias, y por eso estoy aquí.

—Su mirada brillaba de impaciencia—. De Burgh está pasando apuros en Dover y ha pedido una tregua mientras le pide a Juan permiso para rendir el castillo. Si cae Dover, Luis tendrá el control del sur y estaremos un paso más cerca del fin. ¿Dónde está Hugh?

—Ha ido a la abadía de Colne —respondió Mahelt—, pero regresará enseguida. ¿Has visto a nuestro padre?

Will negó con la cabeza y su boca se torció hacia abajo por las comisuras.

—No desde Gloucester. Me retiré de allí porque tenía que hacerlo... no tenía otra elección.

Mahelt asintió.

—No podíais combatir el uno contra el otro. —Will había tomado Gloucester, pero su padre y el conde de Chester acudieron para liberarlo. De no haber claudicado Will, se habría producido una batalla campal entre padre e hijo y no habría habido vuelta atrás.

Will se estremeció.

—Estoy cansado de tanta guerra. Por muchas veces que salga adelante a golpe de espada, acabó enredado de nuevo, y cada vez me resulta más difícil distanciarme. Jamás dejaré de luchar contra Juan, pero a veces me pregunto para qué fin. ¿Qué tipo de paz disfrutaremos aun en el caso de que Luis saliera vencedor? La paz de la tumba, pienso a veces, y de este modo al menos podría descansar junto a Alais. —Miró a su sobrinita, que acababa de entrar gateando a la habitación perseguida por su niñera—. Mi hijo estaría ahora empezando a dar sus primeros pasos, si se le hubiera permitido vivir.

—Will, no... —Mahelt lo cogió por el hombro. Aborrecía ver a su vital e imperioso hermano tan abatido y su dolor le partía el corazón.

Will levantó una mano y la posó sobre la de Mahelt, aceptando en silencio su muestra de compasión.

Entró por la ventana el sonido de cascos de caballo en el patio y Mahelt corrió a asomar la cabeza.

—Hugh está de vuelta —dijo, experimentando una oleada de alivio. Vio que levantaba la mirada hacia la ventana y que subía rápidamente las escaleras—. Algo ha pasado.

Will se levantó y llevó por instinto la mano a la empuñadura de la espada.

Hugh irrumpió en la estancia, arrastrando consigo el potente viento de octubre.

—¿Os habéis enterado? —jadeó, sus ojos brillantes como verónicas y su pecho agitándose con fuerza—. ¡Juan ha muerto!

Mahelt y Will se quedaron mirándolo.

—De disentería. Cayó enfermo en Lynn, pero continuó camino hacia Newark y murió allí. Me he enterado de la noticia de camino hacia aquí. Creí que ya lo sabríais. Al mediodía todo Londres estará enterado.

—¿Que Juan ha muerto? —Will pestañeó como cuando a alguien lo zarandean

para despertarlo de un sueño profundo—. ¿Estás seguro?

Hugh movió afirmativamente la cabeza.

—Fue conducido a Newark en una litera, chillando de agonía a cada paso. El abad de Croxton lo acompañó en su lecho de muerte. Ha nombrado a vuestro padre como uno de los responsables de la ejecución de su testamento y le ha encomendado el cuidado de su hijo mayor.

—¿Mi padre? —repitió Mahelt, su corazón acelerándose.

—Con la supervisión del legado papal. El rey será enterrado en Worcester y el joven Enrique será coronado en la abadía de Gloucester. Por lo visto, vuestro padre o Ranulf de Chester serán nombrados regentes hasta que el niño alcance la mayoría de edad.

Mahelt miró a su hermano y a su esposo y vio en sus rostros expresiones parejas. Parecían nadadores que han batallado contra la marea durante tanto tiempo que están agotados, pero que finalmente alcanzan tierras desconocidas y no tienen ni idea de qué hay más allá de la arena. El alivio de seguir aún respirando no se traduce en euforia, puesto que respirar cuesta un verdadero esfuerzo.

Will cogió aire, tembloroso.

—He sufrido toda mi juventud y toda mi edad adulta en manos de ese hombre. Me quitó a mi esposa, a mi familia, mi honor. Y ahora ya no está... Es como si hubiera levantado mi espada para atacar y la hubiera hendido simplemente en la bruma. —Se pasó las manos por el cabello y se incorporó—. Tengo que irme y reflexionar sobre esto... sobre qué hacer.

—Es lo que haremos todos —dijo Hugh, su tono más pesimista que alegre.



Sentado junto a Mahelt en la cama con cortinajes nuevos, Hugh cogió el peine que ella estaba a punto de utilizar. Era muy tarde, pero todo el mundo había esperado hasta entonces para retirarse. Londres entero estaba anhelante con la noticia de la muerte del rey. Cervecerías y casas de comidas se habían llenado hasta los topes de clientes que comentaban la noticia y especulaban con lo que sucedería a continuación. Nadie quería volver a casa. Había habido alborotos con los borrachos y la mañana amanecería con más de una cabeza dolorida... no todas ellas resultado de un exceso de vino.

Hugh cogió un puñado del pelo oscuro de Mahelt y pasó el peine por su espléndido brillo.

—Si no tuviera otra tarea que hacer en el resto de mis días, me sentiría satisfecho

con esto —murmuró.

—Pronto se te cansaría el brazo —replicó ella, aunque con una sonrisa.

—Lo soportaría. El placer superaría el dolor.

Rio ella con la boca cerrada.

—¿Tú crees?

—Cabría esperar que sí. —La naturalidad entre ellos era indecisa, pero estaba allí, como el primer día de primavera después de un largo y crudo invierno. Era muy fácil que el suelo volviera a helarse. Peinó y alisó su pelo hasta convertirlo en una madeja lustrosa y centelleante de vida. Al final, ella se volvió hacia él y enlazó las manos por detrás de su cuello.

—Pues en ese caso, confiemos en la esperanza —dijo ella.

Hicieron el amor con una mezcla de pasión y ternura. Con una ferocidad que extinguió residuos de enfado y frustración, que alivió tensiones, sació heridas y forjó nuevos vínculos. Hugh apretó los dientes cuando vio que se aproximaba su clímax y se dispuso a retirarse de su cuerpo, pero ella enlazó las piernas a su alrededor y lo atrajo hacia sí con más fuerza.

—No —jadeó en su oído—. ¡Te quiero todo! ¡Ahora!

Sus palabras lo transportaron hacia la oleada final y presionó la cabeza sobre el cuello de ella, sollozando su nombre; cuando ella arqueó el cuerpo para recibirlo, tuvo la sensación de haber vuelto a casa después de un largo y tormentoso viaje. Con el acto de culminación en el interior de su cuerpo, Mahelt estaba diciéndole que estaba dispuesta a concebir otro hijo... que había avanzado lo bastante en el camino como para querer portar de nuevo su semilla.

Luego siguió abrazándola, reacio a separarse de ella, y subió el cobertor para taparse. Ella le acarició la cara bajo la tenue luz de la lámpara de la cama.

—Si de esto sale un hijo —susurró—, si nos vemos agraciados con esa bendición, quiero que él o ella nazca en una tierra de paz. Estoy segura de que para entonces esto habrá tocado a su fin. Estoy segura de que podemos volver a pensar en vivir.

Hugh pasó los dedos entre el cabello de ella.

—El mayor impedimento ha desaparecido, pero mi padre y yo hemos dado juramento de fidelidad a Luis y debemos actuar con cautela por el bien de todos. Una gran parte de todo depende de lo que suceda ahora.

—¿Depende de mi padre, quieres decir?

—Sí, depende de tu padre. Si existe un hombre capaz de guiarnos en todo esto, es él.

Mahelt levantó la cabeza para mirarlo.

—¿Apoyarías a mi padre contra Luis?

—¿Y perjurar con ello? —Hugh frunció el entrecejo—. Le dimos a Luis nuestra palabra de honor. Tu padre, precisamente, es de entre todos los hombres quien mejor lo entendería. Ante todo, tenemos que saber dónde nos encontramos. ¿Cómo podremos, si no, mantener el equilibrio? —Esperaba que ella se enfadara y le dijera

encolerizada que debía jurar de inmediato ante su padre, pero Mahelt permaneció en silencio y pensativa.

—¿Y si le escribo?

Hugh se quedó dudando. El hecho de que Mahelt le estuviera pidiendo permiso era un compromiso por parte de ella que le enternecía, pero, al mismo tiempo, tenía que ir con cuidado.

—No confías en mí. —La voz de Mahelt dejó entrever parte de su antiguo enfado.

—No es eso —replicó Hugh apresuradamente, consciente de que no debería de haber hecho una pausa porque ella las pillaba al vuelo y porque las heridas estaban aún en carne viva... en ambas partes—. Sé que harás todo lo posible por conseguir una reconciliación. Pero nuestras cartas tienen que ser un esfuerzo conjunto.

Ella le miró entrecerrando los ojos.

—¿De confianza mutua?

—De amalgama —dijo—. Como aquel cinturón azul que tejimos juntos, o como los hijos que hemos engendrado entre los dos. —Volvió a besarla a modo de rúbrica de sus palabras, y también para tranquilizarla. En parte estaba tenso, a la espera de que ella le subrayara que confianza y amalgama no eran exactamente lo mismo. Añadió entonces—: Siempre hay un lugar donde las cosas se solapan y se mezclan, por muy diferentes que sean.

Ella rio a regañadientes.

—Oh, por supuesto —admitió—. Por supuesto, esposo mío. —Humedeció el pulgar y el índice y se inclinó para apagar la vela. Y la oscuridad los engulló.



El anochecer de finales de febrero era tremendamente frío. Envuelta en una capa forrada con piel, Mahelt, de pie junto a Longespée, extendió las manos hacia el fuego que acababan de encender en la chimenea. Empezaba tan solo a dar calor a la zona más próxima, pero más allá de aquel círculo, el ambiente seguía siendo gélido. Habían llegado a Thetford aquella misma tarde y, mientras los criados preparaban la casa, ella había asistido a misa en la abadía y presentado sus respetos ante la tumba de Ida. Había ofrecido tres mantos para los pobres a modo de limosna y tres marcos de plata en recuerdo de Ida, además de depositar una nueva corona de hoja perenne sobre la tumba.

Su suegro estaba en la iglesia, concediéndole a Ida en su muerte el tiempo que no le había dedicado en vida, y rezando oraciones por ella mientras la vela ardía hasta

quedarse en nada. Tal vez estuviera reflexionando sobre el tiempo que le quedaba y el momento en que descansaría también bajo una losa en la iglesia del priorato. El resto de la familia lo había dejado solo en su vigilia y había vuelto a la casa. El edificio llevaba meses cerrado y estaba frío y húmedo, debido sobre todo a la proximidad del río, pero la chimenea tiraba bien y la ropa de cama que Mahelt había traído con ella de Londres estaba limpia y perfumada con hierbas. El prior había prometido enviar platos de sus cocinas y pese a que siendo pleno invierno la comida consistiría en un simple potaje y pescado en salazón, al menos estaría caliente. Hugh estaba fuera hablando con los mozos de cuadras, acompañado de Roger y Hugo. Se oían sus voces en el patio jugando a perseguirse y el tono más grave de su padre hablando seriamente sobre el estado de un caballo que había sufrido un cólico.

De momento, durante el largo periodo de Cuaresma, se había establecido una tregua mientras ambos bandos se recuperaban y consideraban su postura y sus opciones. El padre de Mahelt había sido elegido regente en nombre del hijo de nueve años de edad del rey Juan. Había ofrecido amnistías y había rescrito con un formato más reflexionado la importante carta que se negoció y firmó en Runnymede. Algunos barones habían vuelto al rebaño, pero todo el mundo andaba con pies de plomo. Su suegro decía que era como dejarse conducir hacia un gallinero con el señuelo de un camino de migajas de pan sin saber si en el interior te esperaba una percha confortable... o el hacha del verdugo. En su opinión, el hecho de que fuera el padre de Mahelt quien esparcía las migajas no significaba diferencia alguna. Hugh se mostraba reticente sobre el tema, y cuando se mencionaba la analogía del pollo, lo único que decía era que lo de ser conducido hacia el gallinero carecía de relevancia, que lo que importaba era tener las ideas claras y saber quién eras y dónde estabas ubicado. ¿Cómo iba a ser posible avanzar sin pisar antes suelo firme? Cuando habías prestado juramento ante un hombre, no podías renegar de ello, a menos que él renegara primero, puesto que lo que estaba en juego era tu honor.

Mahelt se volvió hacia Longespée que, al igual que ella, llevaba un rato contemplando el fuego en silencio.

—Me alegro de que hayas venido —dijo—. Por el bien de tu madre y por el tuyo. Le ofreció él una sonrisa torcida.

—También yo, aunque no sabía hasta qué punto iba a ser bienvenido.

—Los tiempos han cambiado —contestó ella—. Tenían que hacerlo. —Se acercó a un arcón de equipaje que estaba en una esquina, lo abrió y extrajo de su interior la cajita esmaltada que Ida le había confiado—. Tu madre conservó esto con ella durante toda su vida —dijo—. Quería que lo tuvieses tú.

Longespée cogió la cajita con cuidado y la abrió para descubrir los minúsculos zapatitos y el mechón de pelo.

—Son tuyos —le explicó Mahelt—. Era todo lo que tenía de ti cuando se vio obligada a abandonarte. Siempre le dolió inmensamente haberte perdido y era uno de sus grandes tesoros.

Longespée cerró con delicadeza la caja.

—Gracias. —Empezó a latirle un músculo debajo del pómulo—. Yo también los guardaré como un tesoro. —Se volvió en el momento en que Hugh entraba en la estancia, con sus hijos siguiéndole, y se guardó la cajita bajo el brazo, su expresión tornándose hermética.

Hugh se percató del movimiento de su hermano y envió a los niños a lavarse las manos y la cara.

—Te quería —le dijo—. Y de tal manera que siempre fue una herida sin cerrar... para todo el mundo.

Longespée sacó de nuevo la caja y la miró.

—Siento mucho no haberla conocido mejor. —Acarició el dorado de la tapa.

—Todos lo sentimos... y mi padre sobre todo. Mi madre vivió toda su vida con remordimientos; mi padre ha empezado a vivir así desde la muerte de ella. —Se volvió hacia la puerta—. Debería ir a buscarlo.

—Voy contigo —dijo Longespée.

Hugh disimuló su sorpresa. Compartir compañía era algo que no tenía nada que ver con el hecho de que su hermanastro y él se hubieran concedido una tregua. Salieron de la casa y recorrieron la corta distancia que los separaba del priorato, el camino iluminado por un muchacho de los establos que portaba una linterna. El río brillaba como el azabache y el viento ululaba entre árboles todavía desnudos, pero en los que empezaban a asomar los primeros brotes.

Longespée tosió para aclararse la garganta.

—He estado pensando mucho.

—¿Sobre qué? —Hugh presentía lo que iba a venir a continuación puesto que también él había estado sumido últimamente en profundas reflexiones.

Después de una prolongada pausa, dijo Longespée:

—He decidido acudir al mariscal y otorgar mi lealtad al hijo de mi hermano, el legítimo rey de Inglaterra.

—Eso significará renunciar al juramento que le hiciste a Luis.

Se acercaban a la verja de la abadía y Longespée se quedó dudando. Bajó la cabeza y entró en el recinto, como si estar en suelo consagrado fuera a sustentar lo que iba a decir.

—Tuve que renunciar a Juan... por lo que le hizo a Ela, y porque no podía negarme a apoyar a Luis. Pensé que con ello metería a mi hermano en cintura. Nunca fue derrocar al soberano, y no destituiré a mi propio sobrino a favor de un francés. Mi padre era el abuelo del joven rey.

—Encontrar tu conciencia te ha llevado su tiempo —dijo secamente Hugh.

Longespée movió los hombros en un gesto de incomodidad.

—No podía permitir que mi hermano se comportara como estaba haciéndolo. Luis era la única alternativa en aquel momento, pero ahora tenemos al mariscal y confío en él. Con él al timón, no temo por Inglaterra. Luis ha pedido una tregua y se

ha marchado a Francia. Es posible que nunca regrese.

—Esto no son más que ilusiones vanas. Lo que está haciendo, simplemente, es reunir más tropas. Luis no es desleal como lo era Juan.

Longespée echó la mandíbula hacia fuera.

—Mi decisión está tomada. Tal vez me odies por ello; estás en tu derecho. No quiero un enfrentamiento de nuevo hermano contra hermano; es lo último que habría querido nuestra madre y creo que hemos seguido demasiado a menudo ese camino como para volver a tomarlo.

—No te odio —aseguró Hugh con fatiga—. Pero no por ello tienes que ser de mi agrado ni deben agradarme las decisiones que tomes. Por el bien de nuestra madre y por su memoria, estoy dispuesto a mantener la paz.

Se detuvieron al llegar frente a las puertas de la iglesia. Hugh unió las manos por encima de su cinturón y pasó el peso de su cuerpo a una pierna.

—Le di mi juramento a Luis. Y lo mismo hizo mi padre; tenemos por honor la obligación de apoyarlo hasta que él disuelva este vínculo. —No hizo mención alguna al honor de Longespée. Aquello era un asunto única y exclusivamente de la conciencia de su hermanastro.

—Hablaré en nombre vuestro con el mariscal si así lo deseas.

—Podemos hablar por nosotros mismos —le espetó Hugh, y suspiró—. No soy un desagradecido, pero mejor que tú sigas tu camino y que yo siga el mío. Llegará un momento en que habrá que negociar treguas y ambos bandos necesitarán buenos juristas. Aquello por lo que luchamos debe quedar reflejado en pergamino y por ley, y eso es tan importante como esta lucha porque servirá para determinar el futuro.

Entraron juntos en la iglesia y recorrieron en silencio la nave hasta llegar al coro. El padre de Hugh se había levantado y alisaba el sombrero que tenía en la mano. Era un sombrero viejo, deslucido y con el brillo de la grasa, aunque la pluma de pavo real de la banda era nueva.

—Era su favorito —dijo el conde—. Me lo he puesto por ella.

—A ella le habría gustado —contestó con ternura Hugh. Y pasado un respetuoso momento, añadió—: ¿Vienes a la casa? Hay comida y ya está caliente, y Longespée quiere hablar contigo.

Su padre inclinó la cabeza, pero volvió de nuevo a la tumba y depositó el sombrero junto a la guirnalda que había dejado Mahelt. Se santiguó, hizo una reverencia y abandonó la abadía con la cabeza descubierta.

Londres, septiembre de 1217

Hugh observó cómo Luis seguía deambulando de un lado a otro de su cámara en la Torre de Londres como un flaco león rabioso, su carácter normalmente apacible desplazado por un rubor de enojada frustración. Desde que Luis regresara con refuerzos a finales de abril, su causa había sufrido una atroz derrota en la batalla de Lincoln el pasado mes de mayo. Hacía solo una quincena, los refuerzos que habían llegado en barco desde Francia habían sido destruidos y dispersados en una desastrosa batalla marítima que había tenido lugar frente a las costas inglesas de Sandwich. Sus partidarios ingleses desertaban de él a manadas para jurar lealtad al joven rey y su regente, William Marshal. A Luis no le quedaba otra opción que demandar la paz.

Hugh seguía aún a su lado, porque había jurado fidelidad a Luis y el honor era para él la virtud mas importante en un hombre. Además, su capacidad para desenvolverse en cuestiones legales, sus conocimientos de la ley inglesa y su parentesco con William Marshal lo colocaba en una posición envidiable para obtener lo mejor para su familia en las negociaciones del tratado de paz. Hugh no había combatido ni en Lincoln ni en Sandwich, sino que había permanecido en Londres como miembro esencial del cuerpo administrativo de Luis.

—Cuatro días han tardado en dar su respuesta —rugió Luis, señalando con desdén los pergaminos extendidos sobre la mesa—. ¡Cuatro días! Y ahora pretenden que me presente ante ellos vestido con mis prendas de interior como muestra de mi sumisión. ¡No pienso someterme a tal humillación! —Su mirada echaba chispas—. ¡Antes lucharía a muerte! Me pedisteis que fuera vuestro rey porque el que teníais no estaba capacitado para serlo, y ahora, después de haber intentado salvaros, ¿me sometéis a esto?

Salomon de Basing, el alcalde de Londres, se frotó las manos con preocupación.

—Señor, el regente ha llegado con sus tropas para asediarnos. Debemos firmar la paz. Si seguimos negándonos a ello, temo por la ciudad.

Luis hizo una mueca.

—Negociaré una paz honorable; no me rendiré, y no me veré avergonzado. El mariscal lo sabe muy bien.

—Tal vez si os pusierais una buena capa por encima de vuestras prendas de interior —sugirió Hugh—. ¿Quién lo sabría entonces, excepto los que estén más cerca de vos? De este modo, nadie del público os vería sin vuestra túnica.

Luis lo miró enojado.

—Pero lo sabría yo —gruñó, y reinició su deambular.

Hugh bajó la vista hacia los pergaminos. Luis no quería reconocer la derrota —nadie de todos ellos, de hecho—, pero no les quedaba otra elección. Como acababa de decir el alcalde, Londres estaba sitiado y la situación empezaría muy pronto a deteriorarse. Pero, por otro lado, su suegro no podía permitirse actuar en perjuicio propio porque tenía intereses en Francia que debía salvaguardar, y ya se sabía que un perro, por mucho que estuviese herido, podía morder sin impunidad.

Luis se acercó de nuevo a la mesa y cogió de nuevo el pergamino con las exigencias, releyéndolas entrecerrando sus oscuros ojos.

—Muy bien —dijo—. Si se muestran de acuerdo con lo de la capa, iré y me rendiré. —Levantó la vista y fijó la mirada en Hugh—. Aunque si pago este precio, espero obtener algo a cambio...



En la mansión de los Marshal en Caversham, Mahelt abrazó a su padre, consternada al ver lo agotado de su aspecto. Su rostro mostraba nuevas arrugas y la cojera de su antigua herida de guerra era más acentuada, pero su sonrisa seguía allí y su abrazo fue como regresar a ese lugar tan amado que continuaba siendo su hogar.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y su padre rio por su debilidad.

—Hemos capeado bastantes temporales, ¿no te parece? —dijo—. No hay motivos para llorar justo ahora.

—No lloro —replicó Mahelt con energía—. O si lo hago, es simplemente de alegría por volver a verlos a todos. Hacía tanto tiempo.

Corrió a abrazar a su madre, a sus hermanos y a sus hermanas. Todos estaban presentes salvo Richard, que seguía en Normandía. Will estaba de buen humor, aunque caminaba apoyándose en un bastón porque dos días atrás su corcel le había

dado un pisotón y le había fracturado tres dedos de un pie. Abrazó a Mahelt y la saludó con un remedo de su antigua sonrisa arrogante, aunque atemperada por la tristeza y la experiencia. Al igual que Longespée, había vuelto al rebaño poco después de que su padre pasara a ocupar la regencia y en los meses transcurridos desde entonces, había ido solucionando poco a poco las diferencias con sus padres. La muerte de Juan había facilitado la curación de las heridas y el ambiente era agradable, aun cuando las cicatrices seguían todavía muy sensibles al tacto.

El padre de Mahelt alborotó el pelo de Roger después de que este lo saludase con una florida reverencia.

—Ocho años —se asombró— y ya apunta maneras de caballero. —Hizo lo mismo con Hugo y miró a su pequeña y rubia nieta con evidente ternura. Abrazó a Hugh con el beso de la paz, que ambos se esforzaron en subrayar. La familia entró unida en el salón y tomó asiento para cenar y demostrar al mundo su comunión.

Nada relevante se dijo durante la comida, en el transcurso de la cual solo se tocaron temas sociales y asuntos de familia y se pusieron mutuamente al corriente de los años transcurridos para hilarlos en un tejido con muchos hilos sueltos. Mahelt sabía, sin embargo, que las palabras jamás conseguirían transmitir la textura de las experiencias vividas y que, en el camino, se habían perdido muchas cosas.

Finalizada la comida, William y Hugh salieron a cabalgar por los terrenos del dominio mientras Will se llevaba a Roger y a Hugo para impartirles una lección de espada junto con sus otros tíos. Las mujeres se retiraron a la bien equipada cámara de Isabelle, situada justo encima del salón. Mahelt asomó la cabeza por la ventana y vio a su padre y a su esposo partir juntos, su padre a lomos de su alazán favorito y Hugh montando a *Ébano*. Los caballos avanzaban a la par bañados por la dorada luz de septiembre, mientras un par de sabuesos de su padre correteaban detrás de ellos.

Como era habitual, la cena de Roger ya le había bajado a los pies y corría por el patio dando vueltas y gritando, divirtiendo con ello a sus tíos Marshal.

Mahelt se llevó la mano al vientre y captó la mirada de escrutinio de su madre sin dejar de observar a los hombres.

—Conozco ese gesto —dijo Isabelle.

—En estos momentos no es más que un pensamiento —replicó Mahelt—. Como esta paz. Igual se queda en nada, pero espero que no sea así.

—Rezo por ello —dijo su madre, pensativa, aunque le dio un beso a Mahelt en la mejilla pensando en la buena nueva—. Tu padre necesita descanso. A veces me he planteado incluso si atándolo conseguiría pararlo. Tiene ya más de setenta años y todas estas cargas suponen un gran peso para él.

Mahelt miró a su madre con ansiedad.

—¿Se encuentra bien?

—Por lo que yo sé, sí. —Isabelle movió la mano en un gesto de exasperación—. Ya sabes cómo es... se niega a rendirse y no hace ni caso cuando le digo que descanse. Will asume todo el trabajo que su padre le permite.

—Me alegro de que todo vuelva a estar bien entre vosotros.

El rostro de su madre se ensombreció al recordar, pero se recuperó enseguida y movió afirmativamente la cabeza.

—Ha sido una época difícil para todos —dijo—, una época terrible, pero hemos resistido. Tu hermano vuelve a estar en casa y, como bien has podido comprobar, incluso ha empezado a sonreír de vez en cuando.

—Sí, ya me he fijado. —Mahelt apoyó los codos en el antepecho. Will había localizado un taburete para sentarse y dirigía las operaciones con su bastón, como si fuese la vara de oficio de un mariscal. Roger se defendía a la vez de Walter, Gilbert y Ancel y Mahelt no pudo más que sonreír. Le embargó un enorme sentimiento de cariño. Aquello era casi la vida que había sido siempre... y tal vez, si así lo quería Dios, un presagio de lo que estaba por llegar.

—¿Cómo está tu padre por matrimonio? —le preguntó su madre.

Mahelt frunció el entrecejo y miró a su alrededor.

—La vista le falla cada vez más y las rodillas no cesan de dolerle. Hugh se ha hecho cargo de todos los asuntos prácticos del condado. —Arrugó aún más la nariz—. Le gusta todavía dar su opinión, aunque sea solo para decir que la salsa de la carne está muy espesa o que el pan no está lo bastante blando. —Se encogió de hombros—. Este conflicto le ha pasado factura... ha sido un golpe bajo a su orgullo. Pero el golpe más duro ha sido el fallecimiento de mi suegra, que Dios la tenga en su gloria. No la apreciaba como debería y la consideraba casi un estorbo, y ahora que ya es tarde reconoce por fin su verdadero valor.

—Cuánto lo siento. —Isabelle se santiguó—. Ida era una dama dulce y encantadora.

—Yo la quería mucho —dijo Mahelt con sincera convicción.

—¿Y te llevas bien con Hugh últimamente?

Mahelt se mordió el labio al comprender que su madre se había dado cuenta.

—Hemos solucionado nuestras diferencias... por ahora. Estoy aprendiendo a llevar la batuta sin que lo parezca... como haces tú con mi padre.

Su madre rio aun sin quererlo.

—Oh, me salgo con la mía la mayoría de las veces, pero no cometo el error de tratar de empujar puertas que jamás se abrirán. Hay que saber cuándo aprovechar la ventaja y cuándo rendirse.

—Mi suegra se rindió siempre, hasta que dejó de ejercer cualquier tipo de poder. —Mahelt levantó la barbilla—. No permitiré que a mí me suceda lo mismo.

—Mientras sepas cuándo ceder también un poco —le advirtió Isabelle, muy seria ahora.

—Es lo que intento hacer... pero no es fácil. Confío en que Hugh y mi padre puedan cerrar este acuerdo. Dice Hugh que la diplomacia siempre es una batalla complicada, y tiene razón.

—Por supuesto que sí —replicó su madre con una mirada elocuente—. En todos

los sentidos.



Hugh y su suegro recorrieron el camino de herradura que partía de la mansión y se adentraba en la reserva de caza. El sol era una bendición dorada que iluminaba las hojas cambiantes e incorporaba un toque de delicada calidez al día. Los caballos cabalgaban con entusiasmo, tan contentos como sus jinetes por poder salir de casa.

—¿Y qué dice Luis? —preguntó William al cabo de un rato.

Los perros seguían correteando y olisqueándolo todo.

—Dice que acudirá a la isla de Kingston y accederá a firmar la paz. Irá vestido con su gambesón y sus calzas, tal y como deseáis, pero solo si puede cubrirse con su capa y preservar con ello su dignidad.

Su suegro refunfuñó con humor.

—Parece una tímida damisela —dijo.

—¿No haríais lo mismo de estar en su posición? —le preguntó Hugh y tomó nota de que William había utilizado el término «damisela» para describir a Luis. No implicaba solo una jovencita tímida, sino también un caballero joven y sin experiencia. Y no era ni mucho menos el caso, aunque imaginó que la larga carrera de William le concedía el derecho de utilizar esa palabra.

—Haría lo que tuviera que hacer, y si eso implicaba tener que mostrarme en público con mis prendas de interior, lo haría. —William le lanzó una mirada de reojo cargada con el peso de la experiencia—. Cuando me eligieron para la regencia era ya un anciano, y he envejecido diez años desde entonces. Este conflicto entre ingleses, liderados por un príncipe francés, no tendría por qué ser mi vida, pero lo es. Quiero la paz para poder dar esposos a mis hijas y saber que las que ya están casadas viven en su casa y duermen seguras en sus lechos. Quiero sentarme en compañía de mi esposa y disfrutar de los últimos rayos del sol al atardecer.

—Completamente de acuerdo. —Hugh palmeó el reluciente cuello de *Ébano*—. Todos aspiramos a estas cosas.

Entraron en un claro y aflojaron las riendas de sus caballos para que pudieran pastar en la hierba. Dijo entonces William:

—He reescrito la carta que fue el origen de tantísimas dificultades para ambos bandos. Para ello, he tenido que ser pragmático y adaptarme a nuevas maneras de pensar... aceptar ideas distintas. Hay veces en que la prenda que ya no sienta bien tiene que desecharse para confeccionar otra nueva. Y Luis lo comprende, puesto que es estadista además de soldado. Debemos tomar compromisos sin comprometer

nuestro honor.

—¿Como cuando hay que lucir una capa para cubrir las prendas de interior? —dijo Hugh.

William esbozó una mueca.

—Luis puede lucir su capa. Me encargaré de que nadie ponga objeciones.

—Gracias, señor. —Ébano tiró de un pedazo de hierba y los arcos del bocado tintinearón. Una nube de mosquitos danzaba ante los ojos de Hugh, arriba y abajo. Tosió para aclararse la garganta.

—Hay algo más, ¿verdad? —dijo William—. Conozco a Luis.

Hugh suspiró.

—Dice milord que, para regresar a Francia en cuanto quede acordado el trato, exige el pago de diez mil marcos en concepto de compensación por los daños sufridos en Inglaterra.

Los ojos de su suegro se abrieron por un breve instante de par en par antes de recuperar su habitual expresión neutral.

—Entiendo.

—Os libraríais de él por esa suma. Promete hablar con su padre sobre la restauración de Anjou y encargarse del asunto en cuanto suba él al trono.

—Luis no es tonto. Ni por un momento se me ocurriría pensar que fuera a cumplir tal promesa. Yo no lo haría de estar en su lugar. Es como si yo dijera que intentaré convencer a los barones para que le concedan ese dinero... es algo que no sucederá jamás. Aun estando yo de acuerdo, no tengo esos fondos a mi disposición. El país está prácticamente en bancarrota, y lo sabes.

Hugh tiró de las riendas percibiendo el calor del sol en la nuca. Discutir con su suegro no era precisamente asunto de su agrado, pero sabía que debía mantenerse firme.

—Señor, disponéis del botín de la batalla de Sandwich... un botín francés. Conozco el valor del contenido de los navíos que hicisteis vuestros.

—Has estado haciendo sumas, ¿no es eso? —El tono de su suegro sonó ahora más frío.

—Forma parte de mi deber para con mi señor feudal. Solo un tonto desconoce el valor de los otros hombres.

—¿O el precio que está dispuesto a pagar?

Hugh inclinó la cabeza.

—Poseéis tierras en Normandía que debéis tener en cuenta, y la buena voluntad del rey francés es vital para vuestros planes. Si hacéis prisionero a su hijo o pretendéis manteneros en vuestros trece, no saldréis beneficiado.

William miró a Hugh de arriba abajo.

—Eres hijo de tu padre —apreció—. Te ha enseñado bien.

—Lo tomo como un cumplido, señor.

—Y así debes hacerlo. Siento un gran respeto por tu padre y su capacidad... eso

sin mencionar sus purasangres. —Después de aligerar el tono de la discusión con la mención al caballo que cabalgaba, palmeó el cuello del alazán y añadió—: El conde de Chester jamás se mostraría de acuerdo con un trato como el que propones.

—No en forma de tratado, pero en un acuerdo privado... un compromiso entre hombres de honor.

William chasqueó la lengua para llamar la atención de su montura y espoleó al caballo.

—De modo que este es el filo dorado que remata la preciosa capa de Luis y con el que pretende dejarme peligrosamente desnudo. ¿Guarda alguna otra demanda escondida en el interior del forro?

—No, señor, solo las que he mencionado. Mi señor no quiere seguir en Inglaterra. Lo único que le mantiene aquí es su orgullo y la obligación que impone el deber. Si puede satisfacer ambos aspectos, partirá y todos podremos volcar nuestros esfuerzos en la tarea de reconstruir estas tierras. En cuanto quede absuelto de mi juramento de fidelidad hacia Luis, serviré al joven rey, y al regente, como mejor sepa hacerlo. Lo juro por mi honor.

—De manera que el precio de la paz es una capa, diez mil marcos y una carta de libertades que ambos bandos deberán aceptar... y si no se llega a un acuerdo, iniciaremos otra partida de ajedrez.

—Sí, señor. Una partida en la que nadie gana.

Su suegro se quedó pensativo. Cabalgaron un rato en silencio entre la primera lluvia de hojas de otoño desprendidas de los fresnos. Detuvo de nuevo el caballo cuando viraron hacia la orilla del río. Mirando río abajo, Hugh vislumbró el embarcadero del conde y la barcaza atracada que los conduciría a Londres a la mañana siguiente.

William observó el agua un rato y permaneció inmóvil en su silla, Hugh quieto a su lado, a la espera, intentando no contener su respiración, pero sí ser consecuente con la calma del momento. El sol proyectaba monedas doradas sobre las aguas. Diez mil relucientes lentejuelas de luz.

Por fin su suegro aspiró con fuerza.

—Ya te lo he dicho —dijo—, soy un anciano. He sobrevivido a todos los hijos del rey Enrique, algunos de los cuales no eran más que bebés cuando fui nombrado caballero, pero no sobreviviré a sus herederos. El trabajo que he hecho es para que tú y mis hijos lo continuéis. Para mis hijos. Para Mahelt y sus hermanas. Para sus hijos. Que el príncipe de Francia cubra su desnudez con diez mil marcos, pero, al igual que su capa, que eso no forme parte de la paz escrita, porque me temo que el conde de Chester no lo verá de la misma manera que yo.

—Señor. —Hugh respiró aliviado.

El mariscal le lanzó una cariñosa mirada, casi la de un padre a un hijo.

—Hugh, coge a mi hija y vuelve con ella a tu casa en Framlingham. Ve y construid vuestra vida y criad a mis nietos en paz para que sean hombres y mujeres

de bien. Esto es una orden, y no pienso negociarla.

—Con mucho gusto, señor —dijo Hugh, y sintió como si todas las monedas del agua brillaran y relucieran en su pecho—. Con muchísimo gusto.

Framlingham, mediados de verano de 1218

Era tarde pero el cielo seguía luciendo una llamarada de oscuro turquesa en el oeste, sobre Edmunsdsbury. Hugh y Mahelt paseaban por el almenaje de Framlingham, contemplando juntos las estrellas. Debajo del camino de ronda, en la cámara, la habitación de la torre y el cenador, los habitantes del castillo se disponían por fin a acostarse; excepto los centinelas y el portero que cuidaba la puerta. Por la mañana habían celebrado la misa de acción de gracias por Mahelt, seis semanas después de dar a luz a Ralph, su tercer hijo. Tenía el pelo oscuro como ella, pero iba a tener los ojos con el azul de verano de su padre.

Los padres de ella se habían desplazado para asistir a la misa, así como varios de sus hermanos y hermanas. Todos los hermanos de Hugh estaban presentes y el optimismo reinaba en el ambiente. Incluso su padre por matrimonio había mostrado interés por la celebración, había acunado a su nuevo nieto en su regazo, manifestando que eso era lo que le habría gustado hacer a Ida y, ya que ella no podía hacerlo, lo haría él en su recuerdo.

Posteriormente, su suegro y su padre habían mantenido una larga conversación sobre purasangres equinos. Habían paseado juntos hasta el potrero para echar un vistazo a las yeguas y los potrillos, su padre cojeando como consecuencia de su antigua herida, pero, con todo y con ello, obligado a templar su paso para adaptarse al caminar más lento del conde Roger y a su tenue visión. Al escuchar el desarrollo natural de su conversación, Mahelt se había sentido feliz al ver solventado un obstáculo más y saber que hablaban no de guerra ni de política, sino de cosas del día a día que eran del agrado de ambos.

El príncipe Luis había firmado el tratado de paz en Kingston, sus prendas de interior escondidas bajo un majestuoso manto y, concluida la ceremonia, había

partido hacia Francia aprovechando la siguiente marea, dejando a aquellos que le juraron en su día fidelidad libres para ponerse al servicio del joven rey y su protector. Framlingham había sido devuelto acto seguido y el padre de Mahelt había escrito de inmediato a Hugh para que le ayudara con los asuntos legales del gobierno y en temas relacionados con la culminación de la paz.

Mahelt exhaló un leve suspiro, en parte de satisfacción y en parte como forma de desprenderse de todo lo viejo y asumir todo lo nuevo.

—¿Pensamientos profundos? —preguntó Hugh, y ella vio de reojo que sonreía y percibió que las arrugas de las comisuras de sus ojos se habían acentuado. La enlazó él por la cintura y pasó el dedo pulgar por el cinturón que llevaba su esposa, aquel que habían tejido juntos en parte en diversos tonos de azul mientras su primer hijo estaba en pañales. «*Ne vos sanz mei, ne mei sanz vos*».

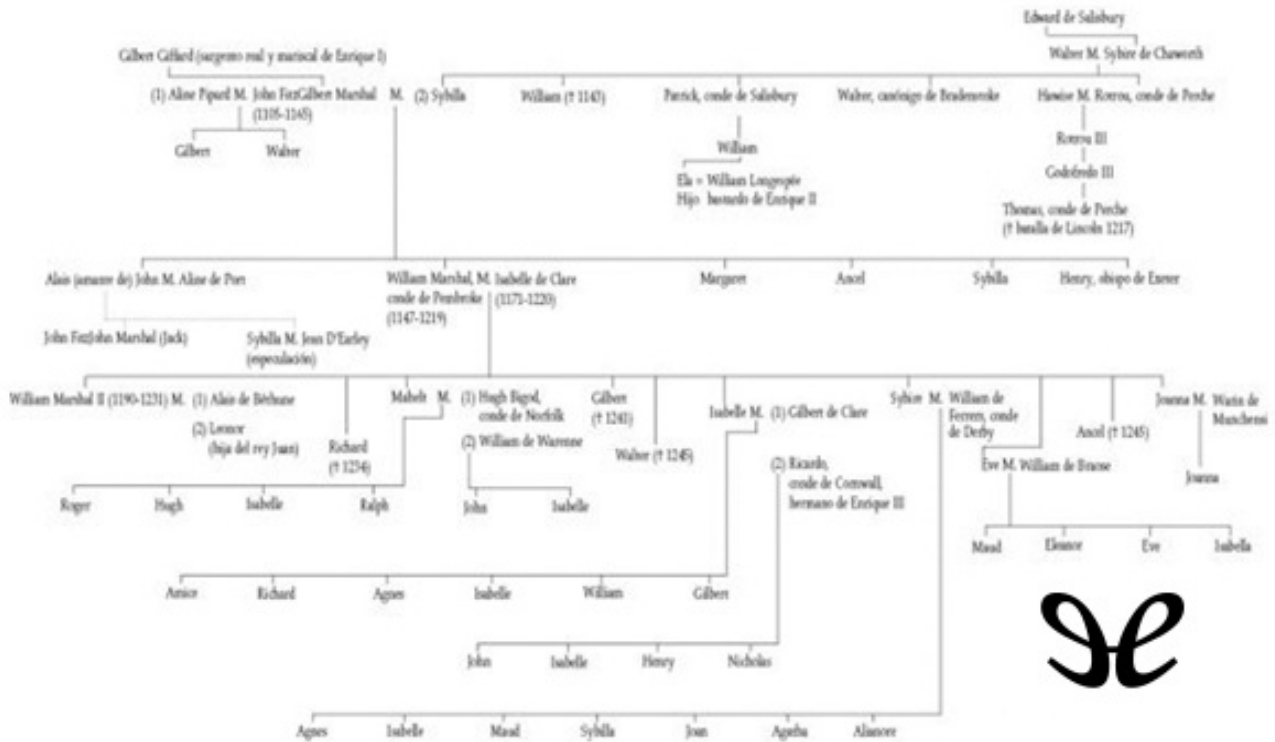
Respondió a su sonrisa con la calidez de su voz y se apoyó contra él.

—Estaba pensando en que hace una noche preciosa y que mañana será un día estupendo... y pasado mañana también. Voy a elegir el mejor vellón de las ovejas que me regalaste. Hilaré la lana, la teñiré y tejeremos juntos otra trenza, tú empezarás por un extremo y yo por el otro, hasta que nos encontremos. Y así cada uno tendrá un cinturón, de manera que, pase lo que pase, el uno será siempre parte del otro.

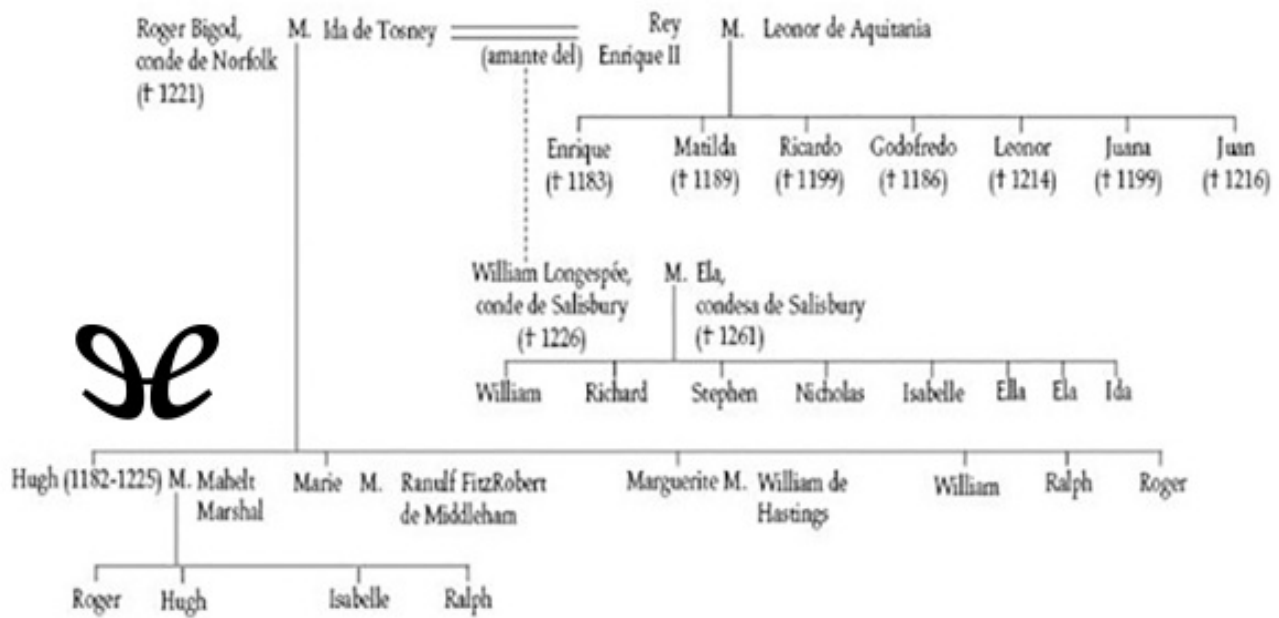
—Me parece una idea magnífica —dijo Hugh, y por mutuo acuerdo, abandonaron el camino de ronda y pasearon hacia la estrecha cuña de luz que se filtraba a través de la puerta abierta del salón.

ÁRBOLES GENEALÓGICOS Y MAPAS

Árbol genealógico de la familia Marshal



Árbol genealógico de los miembros de la familia Bigod vinculados con Salisbury y la familia real



Inglaterra en el siglo XIII



Francia en el siglo XIII



Irlanda en el siglo XIII



Nota de la autora

Esta es la parte en la que conduzco a los lectores detrás de bambalinas y confieso el trasfondo histórico de la novela. Si los lectores descubren alguna que otra anomalía entre *Desafiar a un rey* y los títulos anteriores dedicados a la familia Marshal, les pido disculpas. Mi investigación es continua y a veces tropiezo en los archivos históricos con material del que no tenía conocimiento previo, pero que considero debo incorporar. Por ejemplo, hacia el final de *The Scarlet Lion*, aparece una escena en la que Mahelt presenta un embarazo avanzado en 1217, pero posteriormente descubrí que su tercer hijo nació al año siguiente y esa es la fecha que aparece reflejada en *Desafiar a un rey*. También, cuando escribí *The Scarlet Lion* desconocía el asedio al que fue sometido el castillo de Framlingham, un detalle que suma un nuevo elemento a la historia. Me esfuerzo por proporcionar la máxima exactitud histórica, pero reconozco que no soy infalible y que estoy escribiendo ficción, no una obra de referencia. En todo momento, no obstante, he intentado mantenerme fiel a los personajes, a su vida y a su época.

Mahelt Marshal no posee en la historia la fama o la resonancia de su ilustre padre, el gran William Marshal, pero ello no la convierte en un personaje menos fascinante. Su mención en los archivos históricos es escasa. Sin embargo, algunas cartas y documentos ofrecen pistas sobre su personalidad y su vida... huesos esparcidos que una vez unidos y ensamblados nos permiten entrever su personaje y alumbran el camino incluso ochocientos años después.

Su fecha de nacimiento se desconoce. En *El caballero más grande*, daba como fecha 1194, pero después de revisar los datos, considero que es más probable que naciera en algún momento de 1193. Mi excusa para este cambio es que la investigación más concienzuda de personajes previamente secundarios suele sacar a la luz nuevos detalles que obligan a realizar pequeños ajustes en el relato.

Mahelt fue la tercera de los hijos de William Marshal e Isabelle de Clare, y su primera hija. Sus primeros dos hijos fueron varones: William y Richard. En cartas y fuentes diversas aparece mencionada como Matilda, Maheut y Mahelt, y me he decantado por este último nombre, tomándolo prestado de la biografía de su padre, la *Histoire de Guillaume le Mareschal*. Dos varones más siguieron a Mahelt, Gilbert y Walter, y la siguiente chica, Isabelle, no vino al mundo hasta cerca de 1200. Durante siete años, Mahelt fue la única niña de la familia y, en este sentido, tuvo a su padre solo para ella, lo que al parecer creó un vínculo especial entre los dos. Dice la *Histoire* que Mahelt poseía el don de la «sabiduría, generosidad, belleza, nobleza de corazón, elegancia, y puedo decir la verdad, todas aquellas buenas cualidades que una dama noble debería poseer». En estas descripciones hay frases hechas, formales y bastante comunes, y no me las tomo al pie de la letra. Sin embargo, la *Historie* añade también que «su honorable padre [...] la amaba muchísimo». Este detalle resulta interesante puesto que justo después de este comentario, se menciona a las demás hijas y sus cualidades, aunque la frase «la amaba muchísimo» no vuelve a repetirse. Mahelt es la única hija que recibe este elogio.

Naturalmente, en la Edad Media, ni siquiera un padre que adoraba a su hija podía permitir que ese afecto se interpusiese en la política y William Marshal abordó a Roger Bigod, conde de Norfolk, y le «solicitó con gentileza, siendo el hombre sabio que era, que dispusiera un atractivo matrimonio entre su hija y su hijo Hugh. El chico era honorable, de modales afables y corazón noble y la dama era muy joven y tan noble como bella. El matrimonio era de lo más adecuado y fue de la satisfacción de las dos familias implicadas». Roger Bigod era rico y poderoso. Sus tierras en Anglia Oriental, territorio que dominaba, eran prácticamente un reino y poseía además fincas de considerable tamaño en Yorkshire. La familia tenía también un vínculo de parentesco con la realeza puesto que Ida, condesa de Norfolk, era madre de William Longespée, conde de Salisbury, hermano bastardo del rey Juan. Longespée era además pariente por matrimonio de la familia Marshal, siendo su esposa Ela prima lejana de William Marshal.

Cuando, a principios de 1207, Hugh y Mahelt contrajeron matrimonio, Hugh tendría unos veinticuatro años de edad y Mahelt aproximadamente catorce. La diferencia de edad, el matrimonio concertado y la juventud de la novia resultan chocantes para una mentalidad moderna, pero era de lo más habitual en la sociedad medieval. La edad de consentimiento para el matrimonio era doce años para la chica y catorce para el chico. Se consideraba que, a esa edad, cualquier persona era capaz de desempeñar en la sociedad el papel de un adulto responsable. Pese a que en círculos aristocráticos las chicas solían casarse muy jóvenes, la consumación del matrimonio no era siempre inmediata. Existen contratos escritos en los que ambas familias acuerdan una edad antes de la cual no debe consumarse el matrimonio, y en *Desafiar a un rey* he hecho mención de este tipo de contratos. La historia nos cuenta que Mahelt Marshal y Hugh Bigod contrajeron matrimonio a principios de 1207. Su

primer hijo nació a finales de 1209. Lo más joven que Mahelt podía ser cuando nació Roger, su primer hijo, eran catorce años y, como máximo, podía tener diecisiete. Su siguiente hijo, Hugh (Hugo), nació tres años más tarde, en 1212, y luego encontramos otro intervalo de tres años hasta el nacimiento de Isabelle, en 1215, y después hasta el de Ralph, en 1218. Resulta interesante especular que pese a que la Iglesia prohibía las prácticas anticonceptivas, es muy posible que Hugh y Mahelt las aplicaran de alguna manera.

Los versos del poema que aparecen en algunas escenas son un extracto de un lay titulado *Chevrefoil*, obra de la autora Marie de France, que vivió y trabajó en el siglo XII.

El esposo de Mahelt, Hugh, supo por vez primera lo que era gobernar en torno a los diecisiete años de edad, cuando su padre le concedió los feudos de diez caballeros en Yorkshire. Cuando Hugh se casó, con veinticuatro años, era ya un terrateniente, soldado y jurista experimentado. Solía acompañar a su padre en las campañas de guerra y en 1210 lo representó en la campaña irlandesa. De hecho, es probable que a medida que Roger Bigod fue ganando años, delegara en su hijo Hugh los trabajos relacionados con el condado. Tanto Roger como Hugh se sublevaron en el levantamiento que desembocó en la Carta Magna, y es probable que ambos estuvieran implicados en su redacción. Roger era un jurista experimentado y Hugh siguió sus pasos. La razón de su rebelión se desconoce, pero en cuanto se comprometieron para derrocar a Juan y aceptar en el trono a Luis de Francia, permanecieron fieles a la causa hasta que Luis los absolvió de su juramento de fidelidad antes de regresar a Francia. A partir de aquel momento, prestaron fiel servicio al regente y al joven rey Enrique III.

En 1207 se exigió un impuesto de un decimotercio que fue tremendamente impopular. La gente empezó a buscar lugares donde esconder sus bienes y sus enseres, con frecuencia en monasterios, que fueron registrados. El condestable del castillo de Richmond perdió su mansión como castigo por intentar ocultar sus posesiones ante el recaudador de impuestos. Se produjeron registros rutinarios en iglesias y abadías. La abadía de Swineshead se quedó sin fondos para continuar su construcción porque la condesa de Aumale había escondido allí su dinero. Durante el interdicto, cuando los miembros del clero se pusieron en huelga siguiendo órdenes de Roma, el rey Juan ordenó que sus «esposas» e hijos fueran arrestados y que hubiera que pagar un rescate para poder liberarlos. El matrimonio de los miembros del clero, que fue tolerado en su día, había sido recientemente prohibido, una decisión que no fue más que un ardid malicioso de Juan para extraer más dinero de la Iglesia.

El rey Juan puso sitio a Framlingham en marzo de 1216 y cayó casi de inmediato, es decir, no hubo resistencia. El condestable que lo defendía, William Lenveise, se rindió rápidamente al rey Juan. Por lo que he podido recabar, ni el conde Roger ni Hugh estaban presentes en esas fechas en el castillo y el pequeño Roger, el hijo de Mahelt, fue hecho rehén y conducido primero a Norwich y luego a Sandwich, con

Faulkes de Breauté. Por lo que parece, desde allí fue enviado a casa de William Longespée, conde de Salisbury, donde permaneció custodiado. No consta el momento en que fue devuelto a su familia, pero es seguro que estaba ya en casa en otoño de 1217, y probablemente antes de esa fecha.

No han llegado detalles sobre la fecha del fallecimiento o el lugar de sepultura de Ida, condesa de Norfolk, aunque sabemos que murió antes que su esposo, que lo hizo en 1221, puesto que en el testamento del conde no aparecen disposiciones para ella. Pido disculpas si he enterrado equivocadamente sus restos en Thetford, pero mi investigación apunta a que le habría gustado descansar allí junto con su esposo.

William Longespée, conde de Salisbury, lideró la flota inglesa hacia una gran victoria en el puerto de Damme, donde capturó a la flota francesa, saqueó los navíos y prendió fuego a varios de ellos. Por lo visto, era hombre de alma aventurera y debió de vivir su vida a lo grande. Su tumba, la de un caballero con gran estilo, puede visitarse hoy en día en la catedral de Salisbury. Fue tomado como rehén en la desastrosa batalla de Bouvines y un recuento de la prisión de la misma época enumera entre los prisioneros a un tal Ralph Bigod, a quien Longespée nombra como su hermano. Este listado ha sido una pieza de información vital para seguir la pista al nexo de unión entre los Bigod y Salisbury. Ha llegado hasta nuestros días una carta de Roger Bigod, conde de Norfolk, al justicia Hubert de Burgh, en la que le solicita la devolución de los diez marcos que le debe para poder reunir la suma necesaria para el rescate de su hijo Ralph.

El ataque del rey Juan a Ela Longespée aparece mencionado en tan solo una fuente: William de Armorica. Algunos historiadores lo descartan y aluden que la razón más probable por la que Longespée desertó de Juan fue que su pequeño palacio fortificado de Salisbury no podía resistir un ataque de los franceses. Personalmente creo que fue una mezcla de ambas cosas, un momento en el que se combinaron la política y los rencores personales. Juan tenía la reputación de manosear a las esposas e hijas de sus barones, en parte rumores sin base y en parte hechos constatados. En mi opinión, es muy probable que Juan acosara sexualmente a Ela, que Longespée se enterara de los hechos y que la invasión de los franceses fuera la gota que colmó el vaso.

Ya en un tono más frívolo, debo decir que Roland le Pettour existió en realidad. Poseía tierras en Langham, Norfolk, a cambio del servicio de representar «cada Navidad un salto, un silbido y un pedo ante el rey». En latín, la hazaña se describe graciosamente como «*unum saltum et siffletum en unum bumbulum*».

He detenido la novela en un momento en la vida de Mahelt y Hugh en el que miran felices hacia el futuro después de haber superado la crisis del reinado de Juan. Pero vendrían más tiempos difíciles. Mahelt perdió a su amado padre en 1219, a su madre en 1220 y el padre de Hugh falleció en 1221. Hugh murió en 1225, con solo cuarenta y tres años de edad. Fue repentino. Se encontraba lleno de vitalidad y energía asistiendo a un consejo en Westminster. Y una semana después fallecía,

dejando a Mahelt viuda con cuatro hijos, posiblemente cinco, siendo el mayor de todos ellos un adolescente de dieciséis años de edad. Mahelt se movió con rapidez, o lo hizo tal vez su entorno, y en cuestión de tres meses se casó con William de Warenne, conde de Surrey. Era vecino de los Bigod, con tierras en Norfolk y Yorkshire y castillos en Castle Acre y Conisburgh. Era considerablemente mayor que ella (calculo que tendría al menos sesenta años de edad). Mahelt le dio un hijo y una hija: John e Isabelle. Me parece muy interesante que en todas sus cartas de esta época se autodenomine «Matildis la Bigot», nunca «Matildis de Warenne», o lo haga solo *a posteriori*. Por ejemplo: una carta fechada entre 1241 y 1245, posterior al fallecimiento de su segundo esposo, incluye el saludo «... ego Matilda Bigot comitissa Norf et Warenn». «Warenn» aparece como título oficial, así como «Norf». «Bigot» aparece como su nombre personal. Recuperó su nombre de nacimiento en 1246, cuando el rey Enrique III le otorgó la vara de mariscal. Todos sus hermanos y hermanas habían muerto y la herencia del mariscalato de Inglaterra pasó a sus manos. En sus cartas aparece a partir de entonces como «Matill Marescalla Angliae, comitissa Norfolciae et Warennae». Intuyo un brillo de militancia en sus ojos, y una aceptación de la tradición que abarca a todos sus antecesores, incluyendo su amado padre. Era una Bigod, era una Marshal, pero nunca sería una De Warenne excepto por cuestiones oficiales.

Mahelt Marshal fue una mujer fuerte que sobrevivió y ganó sabiduría superando adversidades. Pienso que fue muy querida, aunque no necesariamente afortunada en el amor. Falleció en 1248 y fue enterrada en la abadía de Tintern, junto a su madre, siendo su féretro transportado por cuatro de sus hijos.

A pesar de que el nombre de los Marshal desapareció de los libros de historia con el fallecimiento sin hijos de los cinco varones de William, Mahelt fue una matriarca cuyos hijos continuaron forjando relevantes vínculos en la historia del siglo XIII y más allá. Los reyes Estuardo de Escocia descienden en parte del linaje de Mahelt.

Como en mis otras novelas sobre la familia Marshal, he recurrido a los registros akhásicos, la creencia de que el pasado continúa presente en el espacio cósmico y puede ser visto por aquellos capaces de acceder a él. En mi página web, el lector podrá encontrar más detalles sobre esta rama de mi investigación. Estos registros son también responsables, entre muchas otras cosas de la novela, del incidente de «la bajada por el muro», del incidente del «baño al regreso de Irlanda». (¡Alison King, que lee estos registros para mí, está todavía recuperándose de ese!) y del incidente del «huevo» entre Ela y Juan.

He hecho asimismo un uso extensivo de la investigación convencional. Para quien desee leer más sobre el periodo, adjunto una selección bibliográfica. Mi página web contiene un listado completo de mis obras de referencia.

ATKIN, Susan A. J., *The Bigod Family: An Investigation into Their Lands and Activities 1066-1306*, Universidad de Reading, publicado a demanda por el

Servicio de Tesis de la British Library.

BROWN, R. Allen, «Framlingham Castle and Bigod 1154-1206», *Proceedings of the Suffolk Institute of Archaeology*, XXV, 1951.

—, *Castles, Conquests and Charters: Collected Papers*, Boydell, 1989.

CARPENTER, D. A., *The Minority of Henry III*, Methuen, 1990.

History of William Marshal, vol. II, ed. A. J. Holden con traducción al inglés de S. Gregory y notas históricas de D. Crouch, Anglo-Norman Text Society, 2005.

HOLT, J. C., *The Northerners*, Clarendon Press at Oxford, 2002.

KARRAS, Ruth Mazo, *Sexuality in Medieval Europe: Doing unto Others*, Routledge, 2005.

KING, Alison, Consultora de registros akhásicos.

MORRIS, Marc, *The Bigod Earls of Norfolk in the Thirteenth Century*, Boydell, 2005.

NORGATE, Kate, *John Lackland*, Kessinger, 2007.

PAINTER, Sydney, *The Reign of King John*, The John Hopkins University Press, 1949.

WARREN, W. L., *King John*, Eyre & Methuen, 1978.

Agradezco cualquier opinión que mis lectores puedan ofrecer sobre mis novelas y podrán contactarme a través de [mi página web](#) o a través de correo electrónico en la dirección elizabeth.chadwick@live.co.uk.

Publico regularmente actualizaciones sobre mis escritos y mi investigación histórica en mi blog [Living the history](#). Podrá encontrarme asimismo en Facebook y Twitter en [@chadwickauthor](#). ¡Le invito a sumarse al grupo!

Agradecimientos

Me gustaría dar mi más enorme agradecimiento a las personas que me han ayudado entre bambalinas mientras he estado escribiendo *Desafiar a un rey*. Mi esposo Roger mantiene la casa en marcha cuando yo desaparezco el día entero en mi estudio, y a veces también parte de la noche. Mi maravillosa agente, Carole Blake, y los miembros de la Blake Friedmann Agency me hacen trabajar y, gracias a su esfuerzo, mis libros están actualmente disponibles en dieciocho idiomas... ¡una hazaña que jamás podría haber logrado por mí misma! Me gustaría dar las gracias a mis editoras Barbara Daniel, Joanne Dickinson y Rebeca Saunders por su participación activa y, a la vez, por dejarme total libertad. Me dejan actuar a mi manera, pero están siempre ahí cuando necesito ayuda. Mi agradecimiento también para Richenda Todd, por echar una ojeada al manuscrito final y controlar todo lo referente a edades, fechas y nombres. ¡Los errores que puedan quedar son única y exclusivamente míos!

Mi agradecimiento también para Alison King, mi amiga y compañera de viaje, ¡a quien le pido de nuevo mis más enormes disculpas por el baño de Hugh!

A nivel virtual, mi agradecimiento a los miembros de Historical Fiction Online y Penmanreview por las discusiones sobre el libro y las conversaciones en torno a nuestras afinidades.



ELIZABETH CHADWICK (Bury, Lancashire 1957). Se mudó con su familia a Escocia cuando tenía cuatro años y pasó su infancia en la aldea de Newton Mearns cerca de Glasgow. Se trasladó a Nottingham cuando ella tenía diez años y ha vivido allí desde entonces. Su primera incursión en la ficción histórica, una novela sobre la Tierra Santa en el siglo XII, la llevó a la realización de lo que ella quería escribir, la ficción histórica para ganarse la vida.

En 1989, después de años de escritos y rechazos durante los cuales sus obras ganaron algunas competiciones, un agente literario se interesó en *The Wild Hunt*, uno de sus libros. El libro fue subastado a Michael Joseph, que forma parte de Penguin Group. Un año más tarde, el libro ganó un Premio Betty Trask, que fue presentado al autor en Whitehall por HRH Charles, Príncipe de Gales.

Elizabeth Chadwick se ha convertido en una de las novelistas históricas más importantes de Gran Bretaña y ha sido llamada por la Sociedad de Novelas Históricas «La Mejor Escritora de Ficción Medieval que hay actualmente». Se publica internacionalmente y su trabajo ha sido traducido a 16 idiomas. Chadwick es famosa por su extensa investigación sobre el período medieval y sobre todo en el área de las familias Marshal y Bigod. Sus novelas sobre el magnate del siglo XIII Guillermo Marshal, el caballero más grande, y el león escarlata, han traído su aclamación internacional.

Notas

[1] Unidad de medida del sistema anglosajón utilizada en las carreras de caballos, equivalente a una longitud de 201 metros. (*N. de la T.*). <<

[2] Juego de estrategia para dos jugadores cuyo origen se remonta a la antigua Roma. Cada jugador dispone de nueve piezas que se mueven por el tablero entre veinticuatro intersecciones. El objetivo es dejar al oponente con menos de tres piezas. (*N. de la T.*). <<

[3] Juego de mesa que hoy en día se conoce como *backgammon*. (N. de la T.). <<

[4] Siempre que a lo largo del texto se habla de «cerveza», se hace referencia a la cerveza tipo *ale*, una cerveza en la que la fermentación se produce en la superficie del líquido a diferencia de la cerveza tipo *lager*, donde el proceso se produce cerca del fondo. La *ale*, con sabores complejos, no suele servirse muy fría y fue la cerveza más popular en Europa hasta verse recientemente desplazada por las *lager*. (N. de la T.).

<<

[5] El *verjus* es un zumo extraído de la uva verde o de la manzana que se utiliza para la elaboración de salsas para platos de carne o pescado. (*N. de la T.*). <<

[6] El *campball*, conocido también como *camping*, *campyon* o *campan*, era un juego de pelota medieval muy popular en Norfolk y otras zonas de Anglia Oriental. De entre todos los juegos de balompié practicados en Europa, era uno de los más duros y peligrosos, lo que seguramente explica su abolición en el siglo XIX. (N. de la T.). <<

[7] El *Aframomum melegueta*, conocida también como «grano del paraíso», es una especia originaria del oeste de África picante al paladar y con un sabor muy similar a la pimienta negra. Los comerciantes medievales afirmaban que procedía del Edén para justificar su elevado precio. (*N. de la T.*). <<

[8] El *ell* es una antigua medida de longitud, utilizada principalmente para los tejidos, equivalente a 45 pulgadas en Inglaterra y a 37 pulgadas en Escocia. (*N. de la T.*) <<